HISTORIA DE LA ANTIGÜEDAD

POR

MÁXIMO DUNCKER

TRADUCIDA POR

D. FRANCISCO MARÍA RIVERO

DOCTOR EN FILOSOFÍA

SEGUNDA EDICIÓN

TOMO II

Los asirios.—Las tribus de Israel

MADRID
LIBRERÍA DE FRANCISCO IRAVEDRA
calle del Arenal, núm. 6

1895

LIBRO TERCERO.

FUNDACION DEL IMPERIO ASIRIO
Y DE LOS ESTADOS Y VILLAS SIRIACAS.

I.

FUNDACION DEL IMPERIO ASIRIO.

Bajo del muro que forman las colinas escarpadas de la Armenia superior y en el curso medio del Trigis, extiéndese un país montañoso, regado al Oeste por las aguas que descendiendo del Sinchar se confunden más tarde con las del Tigris, y al Este por abundantísimos veneros, Al Sur del lago Urmia, tócanse la cordillera de montañas del alto Iran y la meseta Armenia, las cuales, tomando luego la direccion del Sud-Este, quedan encerradas del lado del Oriente por el valle del Tigris. De sus poderosas y no interrumpidas cadenas de montañas, llamadas por los griegos Zagros, corren el Lycos y el Kapros (Zabates mayor y menor), el Adhim y el Diyala, cuyas aguas, unidas á la elevacion del suelo, mitigan al Este del Tigris el ardor del sol, favoreciendo en las colinas el crecimiento de olivos y viñedos con otras plantas, tales como el sésamo y el trigo en los espacios que dejan libres las palmeras y árboles frutales. Espesas selvas de encinas y nogales cubren los flancos que á las montañas conducen

del lado Oriental. Al Sur no es tan fértil la tierra; pero va mejorando á medida que se aparta del curso del Adhim, hasta llegar al llano, cuya fertilidad en nada cede á la del campo de Babilonia.

Estas comarcas fueron la cuna del imperio asirio, nombre que dieron los griegos principalmente al espacio comprendido entre el Tigris y el gran Zab, pues á los situados entre el Zab superior é inferior, llamaron Arbelitis y Adiabene. A la parte de tierra que limitan el Zab inferior y los rios Adhim y Diyala pusieron por nombre Sitacene, y Jalonitis (posteriormente Holvan) á la porcion de tierra situada hácia los montes del Oriente (1).

Cuenta Herodoto, que ántes de los Persas dominaron los Medas en Asia por espacio de ciento cincuenta y seis años. Anteriores á estos, mandaron en Asia los Asirios 520 años; siendo los Medas los primeros de entre los pueblos vencidos que se segregaron de los Asirios. Como el imperio de los Medas resistió el empuje de los Persas en el año 558, ántes de Cristo, debió empezar su dominacion en el año 714; y pues ántes que ellos, debieron haber dominado los Asirios 520 años, hay que colocar en el 1234, ántes de Cristo, los comienzos del imperio Asirio; porque, ántes de poder dominar los Asirios, debió existir su imperio. De modo que hay que establecer, que el principio del imperio Asirio, fué por los años de 1400. Con Herodoto está de acuerdo en lo esencial el historiador de los Babilonios, Beroso, el cual declara que mandaron en Babilonia durante 526 años, 45 reyes Asirios, entre ellos Senaquerib, Asordan, Samuges y su hermano. Esta afirmacion nos lleva en vista de las hipótesis mencionadas á fijar la dominacion de los Asirios en el espacio de tiempo que media de los años 1273 al 747 ántes de Cristo; cálculo que sólo se aparta del de Herodoto en 30 ó 40 años.

Ctesias, médico griego, que residió mucho tiempo en la córte del rey de Persia, Artajerjes Mnemon (405-359 ántes de Cristo), opina de otro modo. Segun su cuenta, el imperio Asirio terminó en el año 883 ántes de Cristo, despues de haber reinado treinta reyes en el espacio de 1306 años. El comienzo, pues, del imperio asirio, segun

el historiador griego, hay que fijarlo en el año 2189 ántes de Cristo (2).

Al mismo historiador se debe lo que dicen los griegos acerca de la fundacion del imperio Asirio, y sobre los hechos de Nino y Semíramis. Antiguamente (dice la narracion) reinaron en Asia reyes, cuyos nombres no se conservaron, porque nada hicieron que fuese digno de mencion. El primero, de cuyos grandes hechos se conserva memoria, es Nino, de carácter belicoso y amigo de la gloria, que dió armas á todos los mozos capaces de tomarlas, acostumbrándolos, mediante grandes y variados ejercicios, á las dificultades y peligros de la guerra. Luego que formó un respetable ejército, alióse con el rey de los Arabes Arieo, y cayó con numerosas tropas sobre los descuidados Babilonios, á los cuales venció facilísimamente, pues carecian de hábitos guerreros, cautivó y dió muerte á su rey, imponiendo á los Babilonios un fuerte tributo anual. Dirigió luego sus armas contra los Armenios, y destruyó algunas villas. Comprendiendo Barzanes, rey de los Armenios, que no podia resistir al invasor, entregóse á él con grandes dones, y gracias á estos, dejóle Nino generosamente el reino, pero cargándole los gastos de la guerra y la manutencion del ejército. De aquí llevó sus armas contra los Medas, cuyo rey Farno le salió al encuentro con poderoso ejército, siendo vencido y clavado en una cruz con su mujer y siete hijos, quedando por gobernador del reino un íntimo del vencedor. Tan felices sucesos indujeron á Nino á conquistar el Asia hasta el Nilo y el Tánais. Conquistó el Egipto y el país de los Fenicios, la Cœlesyria, Cilicia, Licia y Caria, la Lidia, la Mesia, la Frigia, Bitinia y Capadocia, sometiendo á los pueblos que habitaban desde el Ponto hasta el Tánais. Luego se apoderó del país de los Carducios y Tapucios, de los Hircanios, Drangos, Dervicios, Carmanos, Joramios, Barcianos y Partos.

Demás de estos, venció á los Persas, Susianos y Caspianos y otros muchos pueblos de ménos significacion. No fué tan feliz en sus varias tentativas contra los Bactros, así por la aspereza de los lugares que habitaban, como por el número de sus valientes defensores. Dejólos, pues,

para mejor ocasion, y en 17 años conquistó el Asia entera, con excepcion de los Indos y Bactros. Hizo grandes dones con los despojos de la guerra al rey de los Arabes, y emprendió edificar una ciudad que no sólo fuese superior á todas las que entonces subsistian, sino que tambien en lo futuro ninguna otra pudiera sobrepujarla. Edificóla orillas del Tigris (3) en forma de cuadrilátero, rodeándolo de fuertes muros, cuyos lados median 150 estadios, los más largos, y 90 los más cortos. De modo que todo el cuadrilátero sumaba 480 estadios. La altura de los muros media 100 piés, y eran tan anchos, que el terraplen dejaba espacio á tres carros de guerra que marchasen de frente. Flanqueaban los muros 1.500 torres, que tenian 200 piés cada una. Pobló la nueva ciudad de Asirios, que eran los más numerosos y autorizados; mas permitió tambien á los otros pueblos establecerse en ella, y dió á los colonos grandes terrenos de los alrededores y á la ciudad el nombre de Nínive.

Luego que hubo edificado la ciudad, resolvió Nino emprenderla con los Bactros. Conociendo el número y valor de los Bactros y la aspereza de la tierra, reunió un ejército, compuesto de todos los pueblos vencidos, en número de 1.700.000 infantes, 210.000 caballos, y sobre 10.600 carros de guerra. Lo estrecho de los desfiladeros que conducian al país de los Bactros, obligó á Nino á dividir su ejército. Oxiartes, que á la sazon reinaba en la Bactria, reunió un ejército de todos los hombres de armas tomar, en número de 400.000 combatientes, para disputar los pasos al enemigo; con cuya maniobra inutilizó parte del ejército Asirio, y tan luego como sacó al llano suficiente número de guerreros, cayó sobre los invasores, dando muerte á 100.000 de ellos; pero reuniendo el invasor más fuerzas, logró penetrar en el país con grande estrago y dispersion de sus habitantes. Fácil le fué á Nino, despues de esto, conquistar el resto del país; pero la soberbia capital Bactra, donde estaba el régio alcázar, no pudo rendirla.

Como se prolongase el sitio, dejó Onnes, primer ministro y gobernador de Siria, que habia acompañado al rey en esta expedicion, venir al campamento á su mujer

Semíramis. Una vez que pasaba revista en Siria á los ganados del rey, vió una hermosa jóven, pupila de un pastor llamado Simmas, de la cual se enamoró, y cuya mano pidió y obtuvo de su tutor. Encontraron los zagales á la niña de edad de un año en uno de los pedregales del desierto, conforme iban á llevarle las palomas leche y quesos; y como Símmas no tuviese hijos, hubo de adoptarla, dándola por nombre Semíramis. Más adelante, llevóla Onnes á la ciudad de Nínive, y dióle dos hijos, Hiapastes é Hidaspes, y siendo muy bella y amable, logró dominar á su esposo, el cual no hacia nada sin consultarla, y todo le salia á pedir de boca. Tenía Semíramis entendimiento y habilidad bastante para distinguirse. Luego que Onnes le mandó venir al campamento, aprovechó ella la oportunidad para encumbrarse. Vistióse al efecto con una túnica que no dejaba ver su séxo, y le cayó tan bien, que más tarde los Medas, y tras ellos los Pérsas, creyeron ver la estola de Semíramis. Llegada al campamento, vió ella que el ataque sólo se dirigia sobre la parte de la ciudad situada en el llano, mas no contra las alturas del alcázar, y comprendió que atacarlos allí mismo, obligaria á los Bactros á descuidar la vigilancia. Reunió, pues, á aquellas de sus tropas ejercitadas en trepar por los riscos, subió con ellas á la fortaleza por un desfiladero profundo, se apoderó de parte de la misma y dió la señal de ataque á las tropas que desde el llano rodeaban los muros. Cejaron los Bactros, luego que vieron sitiado el alcázar, y la ciudad fué tomada. Nino admiró la sagacidad de aquella mujer; honróla con ricos presentes, y quedó muy luego prendado de su belleza. En vano trató de convencer á Onnes de que le abandonase á Semíramis; en vano le pidió que aceptase la mano de su propia hija Sosana en compensacion de la esposa perdida. Por fin amenazóle Nino con sacarle los ojos, si no accedia á su demanda: el miedo á la amenaza y la fuerza de su amor le quitaron el juicio, y colgóse.

Así subió Semíramis al trono de Asiria. Despues que Nino se hubo apoderado de los grandes tesoros que habia en Bactra, y puesto todo en órden, sacó de allí su ejército. Semíramis dió á Nino un hijo que se llamo Ninias, y he-

redó el trono á la muerte de su padre. Mandó Semíramis enterrar el cadáver de su esposo en el régio alcázar, y levantar sobre su sepulcro un mausoleo de 6.000 piés de extension, y 5.400 de altura que dominase la ciudad de Nínive, á manera de acrópolis, y pudiera verse desde más allá de la llanura sobre que estaba edificada la ciudad. Este mausoleo existe todavía, á pesar de que los Medas destruyeron á Nínive al derrocar el poder de los Asirios. Dada Semíramis á las grandes cosas, y deseando ofuscar la gloria de Nino, fundó ella la gran ciudad de Babilonia con fuertes muros y torres, los dos régios alcázares y el puente sobre el Eufrates, el templo de Belos, y mandó hacer un gran canal para desviar el curso de dicho rio. Fundó tambien otras ciudades orillas del Tigris y el Eufrates, y mandó erigir depósitos para trasportar las mercancías de los Medas Paretaquenos y pueblos limítrofes. En Armenia mandó sacar de la cantera un monólito de 130 piés de largo por 25 de ancho, conduciéndolo por el Eufrates hasta Babilonia, donde lo mandó colocar en el sitio más frecuentado de la ciudad para admiracion de los espectadores. Acabada esta obra, penetró con grande ejército en el país de los Medas. Plantó jardines en el monte Bagistanon. La vertiente de esta montaña, que mide 10.000 piés de altura, dejó sitio para la estátua de Semíramis, que guardaban por dentro 100 guardias, y tenia una inscripcion en letras siriacas, que decia que aquella reina habia dejado caer una junto á otra las albardas de sus bestias de carga, poniendo sobre ellas la cima del monte. Tras esto construyó en la ciudad de Janon, en el país de los Medas, grandes jardines, y sobre una roca que hay en medio de la misma, mandó erigir magníficos y espléndidos edificios, desde los cuales contemplaba ella los floridos vergeles y el ejército acampado en el llano. En esta última ciudad residió mucho tiempo dando satisfaccion á sus gustos, y sin querer contraer nuevas nupcias por no perder la corona; pero vivió con aquellos de sus guerreros que se distinguian por su apostura. Cuantos habian gozado de sus amores, vivian con ella en el palacio. Siguiendo este método de vida, trasladóse á Egbatana, y mandó perforar el monte Zagros

para abrir una hermosa vía, que fuese monumento imperecedero de su poder. Erigióse tambien en Egbatana un magnífico alcázar, y á fin de dotarla de aguas, mandó hacer un túnel á la raíz de la elevada cordillera del Oronte, que condujese á la ciudad las aguas derivadas de un rio nacido allende la citada cordillera. Tras esto sometió á los Persas y demás pueblos asiáticos; mandó hacer al través de los montes hermosas calles tiradas á cordel; y á los jefes militares que habian muerto erigió mausoleos, muy luego coronados de ciudades. Donde estuvieron situados los reales, se mandó ella construir eminencias, desde las cuales pudiese divisarlo todo. De estas obras quedan todavía en Asia algunas que llevan el nombre de Semíramis. Luego que hubo conquistado el Egipto, gran parte de la Libia y casi toda la Etiopia, volvióse á Bactra.

Hubo paz durante mucho tiempo, hasta que resolvió Semíramis llevar la guerra al país de los Indos, el más poblado y hermoso de toda la tierra. Dos años estuvo publicándola por todo el imperio, y pasados tres, reunió en la Bactriana un ejército de 3.000.000 de infantes, medio millon de caballos, 100.000 cuadrigas y otros tantos camellos, cubiertos de negras pieles de toro y montados por un hombre de guerra: los tales camellos así enjaezados debian los Indos tomarlos por elefantes. Para atravesar el Indo armó dos mil barcos que podian desarmarse y ser conducidos á lomo. Estabrobates, rey de los Indos, preparado para la guerra con numerosísimo ejército, esperaba á los Asirios orillas del famoso rio. A la aproximacion de Semíramis, envióle un mensaje, acusándola de hacer la guerra injustamente, no sin echarle en cara su vida licenciosa, y amenazándola con el suplicio de la cruz, si por la voluntad de los dioses fuese vencida. Semíramis leyó la carta, rióse y dijo: que los Indos apreciarian su virtud por sus actos. La armada de los Indos, pronta á la pelea, apostóse en el rio; y Semíramis, despues de reunir todos sus barcos y de dotarlos de los guerreros más experimentados, tras largo y porfiado combate quedó victoriosa, apoderándose de las islas y poblaciones de la rivera, y cogiéndoles 100.000 prisione-

ros. El rey de los Indos retiró su ejército del rio con apariencias de fuga; pero, en realidad, con el designio de obligar al enemigo á que pasase el Indo. Para darle gusto, mandó Semíramis echar sobre el rio un hermoso puente, por el cual pasó todo el ejército. Con el fin de cubrir el puente citado, dejó Semíramis 60.000 hombres, y seguidamente emprendió la marcha contra los Indos, haciendo que avanzasen los camellos disfrazados de elefantes. En un principio inquietáronse los Indos, porque no comprendian de dónde pudo Semíramis sacar tantos elefantes, pero el engaño fué de corta duracion; pues unos soldados, culpables de abandono en el cumplimiento de sus deberes, pasáronse al enemigo y descubrieron el secreto. Al punto descubrió Estabrobates su ejército, hizo alto, y presentó la batalla á los Asirios. Puestos ambos ejércitos á distancia conveniente, el rey de los Indos mandó que atacasen sus caballos y cuadrigas, á los cuales opuso Semíramis los fingidos elefantes, cuyas extrañas emanaciones fueron parte para que los escuadrones enemigos se desbandasen, ya porque los caballos despedian á sus ginetes, ó porque se desbocaron. Aprovechando Semíramis aquel momento de confusion, lanzóse á caballo ejecutivamente sobre los Indos y los puso en fuga. Estabrobates mandó entonces que se adelantasen sus mejores elefantes, y tras estos, la infantería, y en el ala derecha encontró casualmente á su rival. Mientras procuraba abrirse paso hácia ella, que iba sola, siguió al rey el resto de los elefantes. Breve fué la resistencia del ejército de Semíramis. Los elefantes hicieron gran mortandad en los Asirios, que se desbandaron y huyeron, mientras que Estabrobates, persiguiendo de cerca á Semíramis, logró herirla con su venablo en el brazo y en la espalda, pudiendo escapar, no sin que sus soldados, arremolinándose y pisándose unos á otros, se viesen en el caso de precipitarse del puente para esquivar la persecucion de los Indos. En cuanto vió Semíramis aquende el rio la mayor parte de su ejército, mandó cortar las amarras que sujetaban el puente, cuyas vigas arrastraron las aguas, en las cuales se ahogaron cuantos en él estaban. Seguros ya los Asirios, y no siendo peligrosas

las heridas de Semíramis, quisieron los dioses que Estabrobates no pasase el Indo. Despues de canjear los prisioneros, volvióse á Bactra Semíramis con dos terceras partes menos de su ejército.

Sorprendiéronla poco despues las conspiraciones de su propio hijo Ninias, auxiliado de algunos eunucos, en las cuales creyó ver realizadas ciertas predicciones que se le hicieron cuando su expedicion á Libia: este vaticinio decia que cuando su hijo Ninias conspirase contra ella, debia desaparecer de entre los humanos, tributándosele por algunos pueblos asiáticos honores divinos. Así, no sólo no hizo mal á Ninias, sino que abdicó en él la corona, mandando á los gobernadores que le obedeciesen, y suicidóse luego, como si los dioses la hubiesen arrebatado, á los 62 años de edad y 42 de reinado. Algunas fábulas dicen, que huyó del palacio transformada en paloma, de donde vino á los Asirios el tener por inmortal á Semíramis y rendir culto á la paloma.

Esta historia de Nino la debemos á Diodoro, que siguió á Ctesias. Diodoro abrevió indudablemente los documentos originales, y todavía más, Ctesias al narrar la muerte de Semíramis, como lo prueba uno de sus fragmentos, que nos ha trasmitido Nicolás de Damasco. Segun éste, Hiapates é Hidaspes, hijos de Semíramis en su primer matrimonio, aguijoneados por el eunuco Satibaras, quitaron la vida á su régia madre. En la guerra de los Indos, dice el indicado fragmento, como atravesase la reina Semíramis el país de los Medas, puso el pié en una elevadísima y escarpada montaña, sólo accesible por uno de sus lados, sobre la cual mandó construir al punto un edificio para vigilar el ejército. Como estuviese alojada en el edificio citado, anunció Satibaras á los hijos de Onnes, que Ninias les quitaria la vida en cuanto subiese al trono; y para evitarlo no tenian ellos otro medio que el de apoderarse de la corona, quitando antes de enmedio á Ninias y á Semíramis, cuyas liviandades censuraba grandemente el eunuco instigador, porque, ya entrada en años, aun tenia algo que ver con cuantos buenos mozos tropezaba. El proyecto era de fácil realizacion, si lograba Satibaras que la reina mandase llamar á sus hijos (cosa en

que tenia confianza); pues estos, una vez en la cumbre del monte, podian precipitar de él á su madre; pero un meda que descansaba tras del altar en que hablaban los conspiradores, oyó la conversacion, y en una membrana la trasmitió por escrito á Semíramis. Cuando esta hubo leido el mensaje, dejó correr á los hijos de Onnes con mandar de intento que viniesen con armas. Contentísimo Satibaras que veia en la órden dada una prueba de que los dioses favorecian la empresa, condújolos á la presencia de Semíramis, la cual, como los viese, mandó apartar á los eunucos, y habló á los hijos de Onnes de esta manera: vosotros, malos hijos de un padre tan esforzado como apuesto, os habeis dejado seducir por un esclavo perverso para despeñar á vuestra madre, que de los dioses recibió el poder, ganar fama entre los hombres y escalar el trono por muerte violenta de vuestra madre, y de Ninias vuestro hermano. En seguida tuvo á los Asirios el mismo lenguaje (4). Aquí termina el fragmento de Nicolás de Damasco. De los fragmentos de Cefalion podemos sacar en limpio, que Semíramis mandó dar muerte á los hijos de Onnes. La muerte de Semíramis la cuenta Cefalion de otro modo que Ctesias, pues la atribuye á su hijo Ninias (5). Ctesias en sus fragmentos, y Diodoro de Sicilia hablan solamente de las maquinaciones de Ninias contra su madre (6).

A la muerte de Semíramis, dice Diodoro, continuando á Ctesias, reinó en paz Ninias, que no compartia el ardor belicoso ni la temeridad de su madre. Permanecia siempre en el palacio y sin dejarse ver más que de las concubinas y eunucos, ni dar oido á los cuidados de su oficio, cuidábase tan sólo de perder tiempo, pues entre los fines del supremo poder, contaba el de entregarse sin reserva á todos los placeres. Su voluntaria reclusion sirvió únicamente para ocultar sus vicios, apareciendo á los ojos de sus súbditos como un dios incógnito á quien nadie se atrevia á mentar por miedo de ofenderle. Para regir el imperio, puso caudillos en el ejército, gobernadores, jueces é intendentes en los pueblos, arreglándolo todo como le pareció más conveniente. A fin de poner miedo á sus súbditos, mandó que cada pueblo pusiese anualmente so-

bre las armas cierto número de hombres, á los cuales reunia en un campamento extramuros de la ciudad, bajo las órdenes de jefes de toda su confianza. Al espirar el año licenciaba estas tropas, reemplazándolas en la misma forma. Así veian siempre los pueblos en el campamento buen golpe de gente, dispuesta á castigar la desobediencia y la rebelion. De esta manera gobernaron sus sucesores durante treinta generaciones hasta la dominacion de los Medas. No es necesario decir los nombres de estos reyes, ni cuántos años reinó cada uno de ellos; porque nada hicieron digno de mencionarse (7).

Los monumentos asirios nos enseñan, que este Imperio no se fundó, como quiere Ctesias, en el año 2189 ántes de Cristo, ni fué derrocado en el 883 ántes de nuestra era; y contradicen las afirmaciones de Beroso y Herodoto respecto á que la dominacion asiria en Asia, comenzó en el año 1273 ó 1234 ántes de Cristo y terminó en el 747 ó 714 de la reparacion humana. Ni en los principios ni en el apogeo del Imperio Asirio, hablan las inscripciones de una reina belicosa, ni sobre todo de una mujer al frente del Estado. Una vez solo encontramos en los monumentos el nombre de Semíramis, á saber: en la dedicatoria grabada al pié de la estátua del dios Nebo por un empleado de Binnirar III, rey de Asiria, por la cual vemos que este rey extendió sus dominios más allá del Occidente y Oriente. Fuera de esta mencion, nada más se sabe de ella. Los nombres de Nino y Ninias son del todo peregrinos en las inscripciones; y aunque de estas no resulta que mandase nunca en Asiria un rey llamado Nino ó Ninias, Ctesias nos habla de una dinastía que dió reyes al trono asirio, número mucho mayor en las inscripciones. Entre los treinta reyes, cuyos nombres y épocas de su reinado menciona Ctesias (segun lista que nos han conservado los cronógrafos), no hay ningun nombre acorde con el del monumento en cuestion. Menos los nombres de Nino, Semíramis, Ninias y alguno de su vigésima série, los demás parecen inventados por Ctesias, que ordenó las séries libremente y bajo el punto de vista de sincronismos artificiales.

¿La narracion de Ctesias con respecto á Nino y Semí-

ramis, es más auténtica que su lista de reyes? Es probable que la tradicion del Asia anterior atribuyera la creacion de los grandes monumentos de la antigüedad á reyes famosos de un Imperio extinguido, y que así modificada pasase á la historia de Ctesias, el cual pudo muy bien atribuir al primer rey ó á la primera reina de Asiria, no solamente la edificacion de Nínive, sino tambien la de Babilonia con los grandes monumentos de sus olvidados reyes (que en realidad Asirios dominadores edificaron en Babilonia desde fines del siglo octavo), las anchas vías al través de los montes, los acueductos y canales en el valle del Tigris y Eufrates y las obras sobre los montes occidentales del Iran. Lo mismo que Ctesias afirman los que le siguieron y los que no le siguieron, por estar familiarizados con las tradiciones del Asia anterior. Estrabon, cita los burgos, ciudades, vias al través de las montañas, puentes y canales construidos por Semíramis en toda Asia; y Luciano atribuye á Semíramis la creacion del gran templo de los Siros (8). Por otra parte era tan poco viva la tradicion local, que Jenofonte, huésped como Ctesias del rey Artajerjes, y testigo ocular de las ruinas de Asur, Jalá y Nínive, únicamente afirma que dichas antiguas ciudades eran Medas y habian sido destruidas por los Persas al derrocar el poder de aquellos (9). Aún es más extraño que Ctesias que residió en la corte de los Persas y de estos y de los Medas, hubo de tomar informes, atribuya en su historia á Semíramis las construcciones de los reyes Medas y Persas, la fundacion de Egbatana (residencia primero de los reyes Medas y luego de los Aquemeníes) los jardines y estátuas de piedra de los Medas, y hasta la estátua de 15.000 piés de elevacion y no 10.000, como dice Ctesias), del monte Bagistanon (que custodiaban cien guardias de corps, y existe hoy en el valle de Coaspes en la vertiente del Bisutum), mandada erigir por el rey Darío de Persia para conmemorar la victoria más insigne de toda su historia, es á saber: la que obtuvieron contra los reyes que alzados en armas fueron vencidos por él ó hechos prisioneros. ¿Cómo un Persa habia de atribuir á Semíramis la creacion de tal monumento? Es, pues, evidente que á cada paso tropezamos

aquí con amplificaciones, hipótesis é invenciones de Ctesias.

Pero se podria demostrar con toda claridad que la tradicion del Asia Mayor acumuló, en la persona del primer rey de Asiria, los hechos relativos á la época de la fundacion y apogeo de dicho imperio, á las expediciones de una larga série de grandes é impetuosos conquistadores, y, en fin, á la série de hechos, mediante los cuales se fundó y enalteció aquel vasto imperio. Aun en esta parte de la narracion de Ctesias deberíamos notar algunos puntos oscuros que no pueden ser de orígen asiático. Los Medas y Persas no podian, como los griegos, juzgar insólito y extraño el método de vida de sus propios reyes, ni su reclusion y apartamiento en las capitales, ni lo afeminado de sus hábitos: tales costumbres se explican por la vida licenciosa de Ninias, y semejantes hábitos se deben á Semíramis que los introdujo para soportar las fatigas de la guerra ú ocultar su sexo.

Las omisiones en la historia de Ctesias, así como la precision de los puntos oscuros, saltan á la vista. Cita los nombres de los príncipes árabes, medas, bactros, indos con quienes tuvo que ver Semíramis, el número de soldados que puso en movimiento contra indios y bactros. Describe por intuicion el órden de los ejércitos orillas del Indo, la marcha del combate, las heridas que en él recibió Semíramis y el canje de los prisioneros. No es posible que Semíramis, vencedora en Egipto y en Libia y en cuantas expediciones intentaba, fracasase en la última y más notable contra los Indos, sólo por haberla emprendido sin que estos la provocasen. La súplica de Stabrobates y su carta á Semíramis acriminándola por su método de vida, no pueden de modo alguno atribuirse á la tradicion primitiva del Asia. Otro tanto puede decirse de los extensísimos pormenores que nos da Ctesias al narrar las relaciones de Onnes y Semíramis, la conjuracion de los hijos de este matrimonio (á los cuales parecia censurable la conducta de su anciana madre), la carta del Meda que la descubrió, las palabras de Semíramis en esta conyuntura y el vaticinio que llegó á sus oidos. Estas fábulas corren parejas con la manera como narra Ctesias el prin-

cipio y fin del imperio asirio; pero en medio de todo, y al considerar el arte y colorido de esta descripcion, se deduce que Ctesias, al escribir su historia, consultó documentos de carácter poético, y esto se prueba con sólo examinar la estructura de los nombres propios, que en su mayoría son de orígen medo-persa, si no exclusivamente iranios.

Cuenta Plutarco (10), que un poeta cantó los grandes hechos de Semíramis. El cantor no pudo ser de Asiria, la que habia ya desaparecido cuando escribia Ctesias; y, al escribir Plutarco quinientos años despues de él, nada sabian los asirios de las hazañas de Semíramis. En la corte del rey de los Medas, debió haber poetas que para celebrar el triunfo definitivo de su pueblo sobre los asirios, cantasen las glorias de estos precisamente cuando desaparecian tras larga y sostenida dominacion, siendo en esta hipótesis la conquista de Nínive el mejor argumento para los cantores Medas. A medida que celebraban con frecuencia los poetas á los muchos guerreros Medas y Asirios, las hazañas de los héroes antiguos, pudieron estos cantos ir formando poco á poco una epopeya que rematase en la ruina de la metrópoli asiria. Podemos seguir las huellas de tales cantos (que los Medas trasmitieron á los Persas) en las obras de Ctesias, Heródoto y otros escritos griegos sobre el destino de Medas y Persas, sin dejar género alguno de duda respecto á que semejante epopeya debió de existir positivamente. Al punto que aquellos cantos formaron coleccion, debieron empezar los poetas Medas por celebrar el levantamiento de los Asirios, la resistencia que estos encontraron y su vencimiento, pintando de pasada la crueldad del triunfador que crucificó al rey asirio con su mujer y siete hijos y en fin la rota de los Asirios y la destruccion de Nínive por las armas de los Medas. Ni podia ocurrírseles narrar la larga série de los reyes Asirios y cantar por órden cronológico sus hazañas, aunque estas fuesen para ellos tan familiares como aquella, proponiéndose únicamente describir el triunfo sobre los Medas al mando de grandes y valerosos caudillos; pues cuanto mayor fuesen el poder de los Asirios, más gloria habria para los Medas

que lograron vencerlos. Debian ellos poner en parangon el inmenso poder de los Asirios y su completa decadencia, presentando el hecho como realizado de una vez, gracias á la larga série de reyes holgazanes. Lo que dice Ctesias de las medidas de gobierno de Ninias, tiene por objeto esquivar la necesidad de explicar la duracion del imperio ante la supuesta perenne somnolencia de esta larga série de reyes.

¿Cómo han de ser creaciones libres de los rapsodas medo-persas las figuras de aquellos príncipes asirios que tan grandes cosas realizaron hasta la aparicion en Bactria de aquella mujer de incierto orígen que, abandonada en el desierto y educada por los pastores, se elevó desde los más ínfimos principios á la cumbre de la bienandanza? (11) La figura de esta mujer extraordinaria, que en habilidad supera á los más hábiles y en fama eclipsa la de Nino, dotada además de atractivos tales que pierden á cuantos se acercan á ella, esclavizándolos, no obstante su edad avanzada, despues de haberles concedido sus favores; y en fin, tan ambiciosa, que para tener honores divinos se dió la muerte al saber el atentado de su propio hijo contra ella, no puede ser invencion de ningun rapsoda medo-persa. ¿Pues de qué estofa, se preguntará, están sacadas figuras tan llenas de vida? Ya hicimos notar que la historia de Asiria no lo dice.

La capital de Asiria se llamó Nínive, del nombre de Ninos ó Ninias: Honraban los Asirios como á su especial patrona, á la diosa de la guerra Istar; y á ésta y á la diosa Assur, invocan frecuentemente en las inscripciones los reyes Asirios. Era Istar diosa terrible de la muerte y de la victoria, y tenia dos naturalezas que ya dimos á conocer. No solamente era diosa de las batallas sino tambien la diosa Bilit, i. e. señora de los impulsos y deseos amorosos, dando en cambio vida, deseo y muerte. Como diosa de los deseos amorosos, estábanle consagradas las palomas; y en los templos de Siria hay estátuas de esta divinidad, que tienen sobre el hombro una paloma de oro, invocada más tarde con el nombre de Semíramis, palabra que puede significar «nombre elevado,» «nombre de la Alta (12).»

Tienen además los rapsodas medo-persas la leyenda de una diosa, venerada en Asiria, cuyo culto floreció en Siria cuando el imperio Asirio se fundaba, transformada en heroina (cual la esencia divina en la epopeya griega, trasladada luego á la germánica), la cual, como diosa, inspiraba á los hombres un amor irresistible, esclavizando y dando muerte, como diosa de la guerra, á los que se entregaban á ella, pues en ardor guerrero superaba á todos los hombres. El orígen de esta heroina (especie de union maravillosa de Vénus y Marte), transformada en diosa, es desconocido y sobrenatural; pero explica su existencia el templo más antiguo y famoso de esta divinidad del amor, que hay en las cercanías de Ascalon. Las palomas alimentaron y sostuvieron en el desierto á la diosa del amor, cuyo culto se propagó en Siria, lugar de su crianza. No es fácil decidir si el pastor Simmas, padre putativo de nuestra diosa, proviene de Siamas, dios del sol entre los semitas, y el de Onnes primer marido de Semíramis, reconoce por orígen al dios Anu de Babel y Assur. Pero en sus relaciones con Onnes, á quien esclavizó, dirigiéndolo en todas sus empresas, coronadas por el éxito, hasta que se dió la muerte desesperado de haberla perdido, los rapsodas medo-persas dan bien claramente á entender lo funesto de sus inclinaciones y gustos amorosos. Aun despues de la muerte de Nino, en la expedicion contra los Indos, se entregó ella al amor, dando luego muerte á sus preferidos. Así justifican los rapsodas las conspiracionos de los hijos de Semíramis, la que en un principio logró salvarse, gracias á la fidelidad de un Meda. Como para los poetas no era Semíramis una diosa, sino heroina, podian muy bien pintarla padeciendo naufragio, derrotas y heridas. Al fin de su vida, el arte sublimóse, rodeándola de cierto prestigio sobrenatural: huyó del palacio con la paloma Bilit, que la habia protegido en su niñez; y pues en Ascalon adoraban á la paloma Bilit, con el nombre de Derceto, tenian motivos los griegos para sostener que á los hijos y sucesores de Semíramis se les apellidaba Dercetos (13).

Relativamente ménos poéticos fueron los comienzos del imperio Asirio, pues, al decir de los hebreos, Elam y

Assur eran hijos de Sem. De los Elamitas y su dominacion ya hablamos más arriba. Sobre la fundacion de Asiria, dice el Génesis: «De Sinear (esto es, Babilonia) se trasladó Asur fundando á Nínive, Rehobotir, Jalah y Resen entre Nínive y Jalah, esto es, la gran ciudad (14).» En vista de esto no hay fundamentos para negar que los babilonios poblaron y civilizaron el imperio asirio; siendo la lengua y la religion las que prueban de una manera indubitada la íntima union entre babilonios y asirios, los cuales, á juzgar por los más antiguos monumentos de Babilonia, fueron núcleo del Estado y el punto céntrico de la cultura y potencia predominante en el país regado por el Tigris y el Eufrates. Ya hemos visto cómo el punto céntrico del imperio babilonio fué primeramente el Sur y sucesivamente se fué extendiendo más hácia el Norte, en cuya direccion progresiva veremos luégo á los asirios ocupar el valle del Tigris. Podemos, pues, afirmar con fundamento, que la poblacion semítica logró avanzar hácia el Sur de las montañas armenias.

En sus inscripciones dice Tiglat-Pilesar I de Asiria: «el templo de los dioses Anu y Bin, edificado en Asur 641 años ántes por Samsi-Bin, hijo de Ismidagon, yace en ruinas; el rey Asur-dayan mandó nivelar el terreno, pero no reedificó el arruinado templo, cuyos cimientos estaban intactos sesenta años más tarde.» Esta última afirmacion la comprueban las ruinas de Kileh-Sergat en el Tigris más allá de la embocadura del Zabetes menor. En un fragmento del templo citado se lee la siguiente inscripcion: «Samsi-Bin, hijo de Ismidagon, edificó el templo del dios Asur (15).» Más tarde recibió Samsi-Bin honores divinos en un templo levantado en el sitio de Kileh-Sergat, cuyo antiguo nombre nos dan á conocer las inscripciones de las ruinas de Asur. La época de Tiglat-Pilesar I, podemos fijarla, si no con bastante exactitud, al ménos con seguridad en el año de 1120 ántes de Cristo, igualmente que la de Samsi-Bin, ó sesenta años despues; al paso que la del templo de Anu y Bin no puede pasar del 1820 á 1760, y la de su padre Ismidagon en el año de 1850 á 1790 ántes de Cristo.

Como quiera que sea, lo cierto es que un lugar llamado

Asur, cuya existencia demuestran las ruinas de Kileh-Sergat al Occidente del Tigris, tuvo habitantes y santuarios por los años de 1800 ántes de Cristo. El sitio tomó el nombre del dios Asur (es decir, *el bondadoso*), que allí se veneraba (16). Esta denominacion, epíteto del dios El, primero entre los semitas de Babilonia, era la principal entre los asirios, y de ella tomaron nombre la ciudad y el país que lo adoraban como patrono y único señor. Junto á la ciudad de Asur, quince millas allende el Tigris, debió de existir, en la época indicada, otro lugar llamado Ninua (Nínive), hipótesis que confirman los montones de ruinas de Cuyumxic y Rebiyund (frente á Mosul), si es verdad que Samsi-Bin levantó aquí un templo á la diosa Istar (17.)

El nombre del padre de Samsi-Bin, fundador del templo dedicado á Asur y Ninua, es decir, de Ismidagon, lo hallamos ya en las ruinas de Mugheir y Nisser en una inscripcion que dice. «Señor de Arku Erej y Nipur, Rey de Sumir y Akkad» (esto es, Rey de Babilonia) (18), y debemos admitir, por consiguiente, que la dominacion de los babilonios se extendió en la primera mitad del segundo milenario ántes de Cristo por el valle del Tigris y el país de Asur. Las inscripciones de Tiglat-Pilesar I dan á Ismidagon y Sansi-Bin el título de «Patis de Asur,» cuya significacion no parece muy clara. Hallamos tan sólo, que los últimos reyes de Asiria, llevan juntamente el título de «Patis de Asur y el de rey del país de Asur» (19).

Densas tinieblas rodean la historia de Asiria tras este primer rayo de luz. Verdad es que los fragmentos de las ruinas de Kileh-Sergat y las inscripciones de Tiglat-Pilesar citan los nombres de cuatro ó cinco reyes de principios del imperio asirio, á los cuales no es posible asignar un lugar determinado en la cronología que vamos examinando. Las tablas asirias citan como contemporáneos de Binsumnasir, rey de Babilonia, á los reyes de Asiria, Asur-nirar y Nabudan. Si los reyes de Asiria podian figurar al lado de los de Babilonia, es prueba de que Asiria era ya entónces reino independiente; y como sabemos qué reyes gobernaron en Asiria por los años de 1450 á 1280 ántes de Cristo, apenas parecerá aventurada la

hipótesis de que Babilonia era independiente de Asiria 1500 años ántes de la era cristiana.

Por esta época, sobre poco más ó ménos, entran los reyes de Asiria en la historia de Babilonia: Asur-bel-nisi de Asiria (1450 ántes de Cristo), celebró un tratado con Caratadas de Babilonia; y su sucesor Busur-Asur concluyó otro con Purnapurias de Babilonia (20): A Busur-Asur sucedió Asur-u-balit (1400 años ántes de Cristo). Como pereciese Caratadas (21) de Babilonia en una insurreccion, sucediéndole en el trono Nasibugas, penetró en dicha ciudad Asur-u-balit, el cual destronó y dió muerte á Nasibugas, elevando al trono de Babilonia á Curigalsu, hijo de Purnapurias. Al rey Asur-u-balit sucedieron Bel-nirar, Pudiel y Bin-nirar (22).

Salmanassar I, hijo de Bin-nirar, reinó en Asiria por los años de 1310 a. C., habiendo sometido á su imperio los lugares del Tigris superior (23). En un fragmento de las ruinas de Kileh-Sergat se lee la inscripcion siguiente: «Palacio de Salmanassar, hijo del rey Bin-nirar», y el rey Assurnasirpal (883 á 859 a. C.) nos dice, que «Salmanassar, el Magno, su predecesor, habia fundado la antigua ciudad de Jalah (24).» Aun ántes del 1300 (a. C.) tuvieron los asirios otra ciudad á diez millas del N. de Assur, sobre la banda oriental del Tigris, poco más arriba de la desembocadura del Zab mayor, lugar más seguro que Assur, y defendido por ambos rios. En la nueva ciudad, sobre cuyas ruinas está hoy Nimrud, hubo indudablemente un palacio real construido *ad hoc*. Ya hemos visto que en el Génesis figura Jalah entre las cuatro ciudades levantadas por Assur. Tiglat Adar (esto es, el que confia en Adar), hijo de Salmanassar I. (1290 a. C.) batió á los príncipes de Babilonia, con tal fortuna, que les tomó el sello real, segun dice la inscripcion: «Tiglat-Adar, rey de los pueblos, hijo de Salmanassar, rey del país de Assur, conquistó la tierra de Kar-Dunyas (Babilonia). El que borre mi nombre de esta inscripcion, Assur y Bin causarán su ruina y la de su tierra (25).» Sin embargo, dejó más tarde este mismo sello en manos de los babilonios que lo guardaron en su tesoro á guisa de trofeo (26).

Tras la série de estos ocho reyes, desde Assur-bel-nisi hasta Tiglat Adar I, que reinaron en Asiria de 1450 á 1280, ántes de Cristo, hay, á nuestro modo de ver, una laguna. Sabemos, ante todo, que despues de los ocho reyes citados hubo nuevas guerras con Babilonia, y en una de ellas perdió la vida el rey de Asiria, Belkudurussur (1200 ántes de Cristo), invadiendo los babilonios el territorio asirio; pero Adarpalbitkur, sucesor de Belkudurussur, logró rechazarlos. El cuarto sucesor de Adarpalbitkur, dice que este fué «protector de la soberanía de Assur, cuya debilidad curó radicalmente, organizando su ejército (27).» Su hijo Assur-dayan (1180 ántes de Cristo), hizo de nuevo la guerra á Babilonia, volvióse á su pátria con los despojos de tres ciudades (28), y alzó los escombros del derruido templo de Sansi-Bin en Asiria, no permitiendo que lo reedificasen. Assur-dayan, segun las palabras de su nieto, llevó con energía el cetro, y colmó de dicha al pueblo de Bel, y mereció bien de los dioses magnos, que acogieron la obra de sus manos y las ofrendas de sus dedos: murió viejo y harto de dias (29).

De Mutakkil-Nabu, sucesor de Assur-dayan (1160 ántes de Cristo), únicamente sabemos que «le elevó al trono el gran señor Assur, y á fuerza de constancia ganó el afecto de los suyos.» Assur-ris-ilim (1140 ántes de Cristo), hijo de Mutakkil-Nabu, sostuvo muchas guerras con los babilonios, que dirigidos por su rey, Nabucodonosor I, invadieron otra vez el territorio de Asiria. Finalmente, pudo Assur-ris-ilim rechazar á Nabucodonosor, el cual perdió cuarenta carros de guerra y la bandera. Sobre los hechos de su padre, dijo Tiglat Pilesar con alguna exageracion: «que habia conquistado los paises del enemigo, sometiendo enteramente todo su territorio (30).»

En un trozo de cimiento, sacado de las ruinas de Assur, se lee que «Tiglat Pilesar, el favorecido de Assur, reedificó el templo del dios Bin, su señor;» y á cuatro piés de profundidad descubrióse un cilindro arcilloso, de figura octógona, en el cual se narran uniformemente los hechos de los cinco primeros años de este rey, cuyas habitaciones, que estaban derruidas, así como las fortalezas del país, restauró, repoblando al mismo tiempo los bos-

ques de Anu, en los cuales renovó el templo de las diosas Istar y Bilit. Al principio de su reinado, pidiéronle Anu y Bin, que restaurase el templo á ellos dedicado por Samsi-Bin, lo cual ejecutó cumplidamente, conduciéndolos á su espléndida morada con inmenso regocijo del dios Assur. «Que Anu y Bin me hagan para siempre feliz, bendigan la obra de mis manos, escuchen mi oracion, y me den siempre la victoria, así en combates irregulares, como en batallas campales. Que logre yo vencer á cuantos se levanten contra mí, sean pueblos ó reyes; y quieran los dioses sostener y aumentar mi raza hasta los más remotos dias (31).»

Con el mismo cuidado que enumera Tiglat Pilesar los edificios mandados construir en su reinado, cuenta sus expediciones venatorias. En honor de Adar, su patrono, dió muerte á cuatro toros, cuyas pieles condujo á Assur, diez jabalíes, cogiendo vivas cuatro jabalinas; finalmente mató con el auxilio de Adar 120 leones, y cogió vivos 800, no habiendo logrado esquivar las aves del cielo los tiros de su azagaya.

De sus expediciones militares, cuenta Tiglat Pilesar: que los árabes no pagaban tributo hacía ya cincuenta años, habiendo penetrado en tierra de Kumuj (32). Al principio de su reinado, batió á 20.000 árabes con sus cinco reyes, cogiéndoles 6.000 prisioneros, y más tarde la emprendió con los rebeldes. Despues de pasar el Tigris, hizo prisionero á Kaliantaru, elevado al trono por los rebeldes, destruyó sus ciudades y sometió luego de uno á otro extremo la tierra de Kumuj, encerrándola en las fronteras de su imperio. Demás de esto atravesó el Zab mayor, sometiendo á su dominio várias tribus orientales que hemos de ver en la cadena del Zagros. Dirigióse luego contra el rey de Nairi y le venció y cogió 120 cuadrigas, imponiéndole un tributo de 1.200 caballos y 2.000 bueyes, é inmediatamente avanzó hasta el Océano, «á donde ninguno de sus predecesores en el trono habia llegado.» De aquí llevó sus armas al país de Aram, «que no conocia al dios Assur.» Por tierra de Karjemis atravesó el Eufrates, conquistando sobre la otra banda seis ciudades, cuyos despojos se llevó á la ciudad de

Assur. Narra seguidamente el rey sus campañas de Oriente en la cordillera del Zagros, contra Musri y Jumani, no muy léjos de Nínive. Condensando, finalmente, sus hechos, dice: «Veinte y dos (cuarenta y dos) pueblos con sus príncipes desde la orilla del Zab mayor hasta el Eufrates, la tierrra de Jatti, y el mar superior conquisté sucesivamente en el primer lustro de mi reinado, imponiéndoles tributos demás de los rehenes.» «Este templo de Anu y Bin y estos baluartes, concluye diciendo Tiglat Pilesar, eran antiguos; el que en la sucesion de los tiempos ocupe mi silla, ojalá los renueve, y junto al mio ponga su nombre, y por añadidura dénle Anu y Bin feliz éxito en sus empresas. Mas al que sepulte, borre ó destruya mis lápidas ó ponga su nombre en lugar del mio, exécrenlo Anu y Bin, derriben su trono, amengüen el poder de su imperio y pongan en fuga su ejército; permita el dios Bin que su tierra sea aniquilada, sembrando por doquiera la miseria, el hambre y la peste, hasta borrar de sobre la haz del suelo su nombre y descendencia. A los veinte y nueve dias de kisallu, año de In-iliya-allik (33), jefe de los eunucos.»

Aun nos queda un monumento erigido por Tiglat Pilesar en celebridad de su expedicion á tierra de Nairi, y es su estátua, coronada de la tiara, con barba larga y cabellos crespos, y la túnica que cae en profundos pliegues hasta los tobillos, tallada en las rocas situadas cerca del lago oriental, occidente del Trigis, junto á Karkar . En dicha estátua hay una inscripcion que dice: «Yo Tiglat Pilesar, por la gracia de Assur, Samas y Bin, dioses magnos, mis señores, rey del gran mar de Occidente (*mat acharri*), hasta llegar á tierra de Nairi, la cual invadí tres veces (34).» De estas tres victorias, la primera, sobre todo, no pudo ser más completa.

Aunque del monumento citado se deduce que las expediciones militares de Tiglat Pilesar terminaron en el primer quinquenio de su reinado, narran, sin embargo, las tablas sincrónicas dos batallas libradas contra el rey de Babilonia, Marduk-nadinaj (Merodaj-nadinaj), la segunda junto al Zab menor. En el segundo año de la guerra sometió el norte de Akkad, conquistando ade-

más las plazas fuertes de Dur-Kurigalzu, las dos Sippara y hasta la misma Babilonia, en la que no pudiendo sostenerse, tuvieron un descalabro los asirios. El rey Senaquerib dice en la inscripcion de Bavian: «Los dioses de la ciudad de Hekali (esto es, ciudad de los palacios), conquistada por Merodaj-nadinaj, rey de Akkad, en tiempo de Tiglat Pilesar, y conducidos á Babilonia, saquélos de dicha ciudad y los traje de nuevo y puse en su sitio en la de Hekali (35).»

Por las inscripciones citadas, se ve que Tiglat Pilesar, cuyo reinado fué de 1130 á 1100 ántes de Cristo, dirigió sus principales expediciones hácia el Norte contra las más remotas fuentes del Tigris y Eufrates, y en esta direccion avanzó hasta el gran lago de Nairi, es decir, hácia el lago de Van, llegando tal vez á las orillas del mar Negro. Es evidente que no adelantó mucho por el Este, y sin duda alguna no llegó á la cordillera del Zagros, y, en definitiva, nada emprendió del lado de Babilonia. Mejores resultados obtuvo indudablemente de sus expediciones al Oeste, pues hizo guerra al Arameo Arimi, conquistó á Jatti, vanagloriándose de haber llegado hasta el gran mar de Occidente, es decir, hasta las costas de Siria. Llamaban los asirios país de Aram (*mat aramu*) al terreno que media desde el Eufrates hasta Hamat. Con la antigua denominacion de tierra de los Heteos (*mat jatti*), designaban el país de Hamat hasta Canaan, principalmente la tierra de Damasco; y con el nombre de país de Occidente, comprendian desde su punto de vista el Jordan y las costas fenicias (36).

A Tiglat Pilesar sucedieron en el trono sus hijos Assur-bel-kala (1090 ántes de Cristo) y Samsi-Bin (1070 ántes de Cristo). Del primero sabemos tan sólo que hizo guerra sucesivamente á tres reyes de Babilonia, y pactó con ellos; mediante la paz con el tercero afirmó las fronteras entre Assur y Akkad. De Samsi-Bin no tenemos noticias, pues hay tras él una laguna de ciento cincuenta años. En efecto, desde Assur-dayan II, que subió al trono de Asiria por los años de 930 ántes de Cristo, podemos seguir sin interrupcion la cronología de los reyes. Al rey Assur-dayan II sucedió Bin-Nirar II (900 ántes de Cris-

to), y á este Tiglat Adar II (889-883 ántes de Cristo), el cual peleó en tierra de Nairi, cerca de Karkar, mandó tallar en piedra su estátua y la de Tiglat Pilesar; pero sólo la de este último ha llegado hasta nosotros, si bien poseemos de su época una tablilla con la siguiente inscripcion: «Permiso de entrada en el palacio de Tiglat Adar, rey de Assur, hijo de Bin-nirar, rey de Assur (37).»

II.

VIAJES POR MAR

Y COLONIZACION DE LOS FENICIOS.

Al tiempo que Asiria y Babilonia mantenian en Oriente la antigua cultura, crecian en poder y se preparaban á más lejanas empresas, una raza semítica logró fundar al Occidente un imperio distinto, llevando su influjo á lejanas y dilatadas tierras, y afirmándose en ellas por sus colonias. Un elemento del todo extraño á los semitas, surcará y dominará luego esta raza, la que, gracias á su génio aventurero, gran prevision y tenaz perseverancia, supo hallar en las olas del mar el medio de adquirir riquezas y poderío incontrastables.

Fundaron, ante todo, colonias, segun vimos, en la montaña de Siria, llevando á ellas la vida y el progreso. Los muchos nombres de lugar que nos han trasmitido las inscripciones de Tutmosis III; los tributos que le pagaban los siros; los despojos llevados á Egipto durante la dominacion de los primeros Ramessies, muestran cómo poblaron y colonizaron el país los fenicios, cuán grande era ya á mediados del segundo milenario ántes de Cristo el desarrollo de sus artes. En la segunda mitad del dicho milenario, nos encontramos con un respetable principado, capaz de hacer frente á los egip-

cios, al lado de los cuales forman las ciudades de la costa una verdadera confederacion, cuya cultura y adelantos podemos hacer extensivos al N. de Siria.

Al pié del Líbano estableciéronse en la costa los sidonios, giblíes y arvadíes en sus antiguas ciudades de Sidon, Tiro, Biblos, Arvad y Berytos, conocidas por los griegos con el nombre de Fenicia, esto es, tierra roja ó país de la púrpura. Los hebreos y los pueblos occidentales ponderaban la fertilidad y hermosos paisajes de las costas fenicias: Oseas llama á Tiro «poblacion asentada en lugar delicioso (1),» y Dionisio Periégeta habla de Sidon como de un hermoso vergel orillas del Bostrenos, sin olvidar la encantadora tierra de Berytos (2). Desde los montes cubiertos de manzanos y viñedos, descúbrense los pastos y dehesas, las espesas selvas del Líbano, en cuyas entrañas abundan las minas de hierro y de cobre (3). Dejando atrás estas imponentes montañas, tenian los fenicios delante de sí un extenso archipiélago, un prolongado aunque estrecho brazo de mar, del cual se apoderaron muy luego (los sidonios tenian su nombre de la pesca), por cuanto siendo numerosa la poblacion de la costa, llegó á serlo más intramuros de las ciudades. Las expediciones de Tutmosis III y Ramsés II en los siglos décimosexto y décimocuarto ántes de Cristo tuvieron algun influjo sobre las ciudades fenicias, pues el segundo de los faraones citados, mandó tallar su estátua en las montañas que hay junto á Berytos; no siendo posible que dejára de tener eco en el suelo fenicio la expedicion á Siria de Ramsés III. Mas como luego en la primera mitad del siglo décimotercio, ántes de Cristo, los Amorreos sojuzgaron á los Heteos, estos y los Heveos, que no quisieron someterse, se vieron empujados hácia la costa, invadida no mucho despues por los hebreos vencedores de los Amorreos, á quienes el vencedor obligó de nuevo á tomar la direccion de la costa.

Por este tiempo comienza en las ciudades fenicias un animado movimiento marítimo del que sólo nos quedan escasas noticias, por cuyo motivo podemos trazar de él solamente los contornos. A veinte millas de la costa fenicia hácia el N. O. se levanta en el Mediterráneo la gran-

de y fértil isla de Chipre, la cual sacaron los Sidonios de manos del rey Belos, á lo que parece, ántes de la guerra de Troya (4). Las monedas sidonias llaman á la ciudad de Kition en Chipre, hija de Sidon (5). Esta ciudad de Kition (Jit y Kit de las inscripciones fenicias (6), (Kittii de las Asirias) que aparece como propiedad de Belos, esto es, de Baal, está situada sobre la costa meridional de la isla que mira á los fenicios; como tambien la de Amathus que se dice la ciudad más antigua de Chipre (7). Entre los Semitas occidentales se dá el nombre de Kition (Jittim, Kitim) no solo á la ciudad de que acabamos de hablar, sino tambien á toda la isla, denominacion que más tarde se aplicó en un sentido más lato á las islas del Mediterráneo (8). El nombre de Heteos parece ser como el de Amathus, antigua ciudad de los Heveos, repeticion de Hamaths. Segun esto, fuera de desear que se hubiesen establecido los fenicios en Chipre, á donde llevaron á los vencidos Heteos y Cananeos. No es fácil averiguar qué poblacion encontraron los fenicios á su llegada á la isla; pues el Génesis pone á los Jittim entre los pueblos occidentales que vinieron con los descendientes de Javan, hijo de Jafet. Heródoto dice, que durante la guerra de los persas, la poblacion de la isla se componia de fenicios, griegos y etíopes (9). La presencia de los fenicios en Chipre, como dominadores, está fuera de duda; porque los príncipes, que mandan en las ciudades de Chipre, los vemos luego bajo la dominacion de los reyes de Tiro, siendo tambien fenicia la religion de la isla. El culto de Bilit-Axera fué exclusivo en Amathus y en Paphos (Pappa en las inscripciones asirias) al Occidente de la isla, cuyas hijas veneraban á la diosa de los marinos extranjeros, y cuentan los griegos que el Zeus de Salamis (Sillumi de las inscripciones asirias) ciudad de Chipre, se honraba con sacrificios humanos (10). Para determinar el tiempo en que los fenicios se hicieron dueños de Chipre, conviene no perder de vista la circunstancia de que los colonizadores siriacos transportaron á dicha isla las inscripciones cuneiformes de Babilonia, las cuales adquirieron allí cierto desarrollo, dando lugar á cierta escritura silábica y

tan consistente, que habiéndose apoderado los griegos de la isla á principios del siglo VIII a. C., servíanse todavía en la quinta centuria ántes de la era cristiana de dicha escritura silábica en sus inscripciones y monedas (11). Los colonizadores siriacos en Chipre deben, pues, ser posteriores á la época en que los caractéres siriacos aun no habian remplazado á los cuneiformes, lo cual sucedió ya en el siglo undécimo a. C. Segun el testimonio de Tucídides los de Caria y Fenicia habitaban en tiempos antiguos las islas griegas: «pues estos habian colonizado la mayor parte de ellas (12).» Heródoto observa que el templo de Aphrodite Urania, esto es, la Aphrodite siriaca en la isla de Kythera hácia la costa de Laconia, era de origen fenicio. Pausanias dice que el templo de esta diosa de Kythera era el más antiguo y venerado entre los Griegos; la estátua de madera de Aphrodite Urania nos la muestra con armas (13). Los fenicios de Byblos se establecieron en la isla de Melos, á la que dieron el nombre de su metrópoli (14), y los Heráclidas del Ponto afirman que los Sidonios habitaban la isla de Olíaros junto á Paros (15). Cuenta Diodoro Sículo que el rey de los fenicios confió á Cadmo, hijo de Agenor, el encargo de buscar y conducir á Fenicia á la jóven Europa, sin que pudiese mientras tanto volver á su pátria Sorprendido por una furiosa tempestad, prometió Cadmo erigir un templo á Poseidon. Salvóse y desembarcó en la isla de Rhodos, cuyos habitantes adoraban al Sol, que allí habia tenido siete hijos y entre ellos Makar, como el primero de los dioses. Cadmo erigió luego en Rhodas un templo á Poseidon, dejando allí algunos fenicios para que lo cuidasen; pero en el santuario de Rhodas, dedicado á la diosa Athene de Knidos, consagró una estátua de metal, obra de arte notable con una inscripcion en caractéres fenicios la más antigua de que tuvieron noticia los griegos. De Rhodas trasladóse Cadmo á Samotracia donde casó con Harmonía, hija de Zeus, solemnidad que celebraron los dioses con donativos y fiestas solemnísimas (16). Afirma Ephoros que Cadmo yendo á Samotracia, robó á la hija de Zeus, Harmonía, por cuya razon todavía la celebran en sus festivida-

des (17). Segun Heródoto. Cadmo de Tiro, hijo de Agenor, buscando á Europa desembarcó en la isla de Thera, llamada entónces Kallisto, donde dejó, porque le agradase el país ó por otro motivo, algunos fenicios, los cuales habitaron allí ocho generaciones, ántes que desembarcára en ella Theras de Lacedemonia. Los demás llegaron á la isla de Thasos y erigieron allí la ciudad del mismo nombre y un templo á Heracles; y esto cinco generaciones ántes que hubiese nacido Heracles, hijo de Anphitryon. Mas despues de esto llegó Cadmos al país que ahora se llama Beocia, y en el cual se establecieron los fenicios que le acompañaban, de quienes aprendieron los griegos muchas cosas, y entre ellas el abecedario, que á mi parecer ántes no tenian los griegos. Aprendieron estos el abecedario fenicio tal como ellos lo usaban; pero en el trascurso del tiempo, hubieron de alterarse los rasgos de las letras á la par del idioma. De estos mismos fenicios aprendieron los Jonios, que vivian en medio de ellos, las letras del alfabeto, alterando su forma y propagando su uso. Como es natural, llamaron los griegos fenicio al abecedario que estos introdujeron en Hellas. He visto en el templo de Apolo Isménico, en Thebas, inscripciones en caractéres cadmeos (esto es, del tiempo de Cadmo) (18).» «Segun la narracion de Hellánicos mandó á Cadmo el oráculo que siguiese á la vaca en cuyo lomo se viera el signo de la luna llena, y fundase una ciudad donde la tal vaca pariese. Cadmo obedeció al oráculo, y como la vaca se echase cansada en el sitio donde hoy está Thebas, fundó Cadmo la Cadmeia (Burgo de Thebas) (19). Asegura Pherécides que Cadmo fundó tambien la ciudad de Thebas (20). Para Hecateo de Mileto es tambien Cadmo inventor del alfabeto (21); para otros lo fué de las armas y explotacion de minas. La tradicion relativa á Cadmo era antigua entre los griegos, pues en los cantos homéricos se dá el nombre de Cadmeos á los habitantes de Thebas, y la Thebais ensalza «la ciencia divina de Cadmo,» al paso que segun las poesías de Hesiodo Cadmo se casa con Harmonía, «hija de Ares y Aphrodite» (22), y Píndaro describe cómo «las Musas cantaron al divino Cadmo, el más dichoso de los mortales,» cuando en

Thébas, la ciudad de las siete puertas, condujo al lecho nupcial á la diosa Harmonía, la de los ojos de vaca (23).

La aseveracion de Thucydides, respecto á que en un tiempo ocuparon los fenicios la mayor parte de las islas griegas, los establecimientos fenicios en Rhodos y Kythera, Samotracia y Thasos, en Thera, Melos y Olíaros, confirman é ilustran lo que dice la narracion citada, y afirma Thucydides respecto al hecho de haber ocupado un tiempo los fenicios la mayor parte de las islas griegas. Por estas indicaciones es imposible desconocer el curso progresivo bien determinado que del S. E. á N. O. siguieron los establecimientos fenicios desde Rhodas á las Cíclades por las islas de Laconia hasta las costas de Tracia, y, finalmente, desde el estrecho de Eubea hasta el continente helénico. Bien clara es la série de hechos que en Heródoto y Diodoro Sículo enlaza las fundaciones fenicias en Rhodas, Samotracia, Thera, Thasos y Beocia. El nombre de Cadmos significa, como sabemos, el oriental ú hombre venido del Este. Ninguna explicacion hace falta para comprender lo que dicen los griegos respecto á Cadmo, el primero que casó con la hija de un dios y de una diosa, gran solemnidad que el olimpo presenciara, y de cuya union nacieron dos diosas, Leucothea y Semele. Para ir en busca de Europa debia Cadmo seguir á la vaca que llevase impreso en los lomos el signo de la luna llena. Vimos que el belicoso dios del Sol de los fenicios fué en busca de la diosa de la Luna, la que tenia cabeza de buey, representada tambien en forma de vaca, hasta encontrarla en el lejano occidente, donde celebró con ella el sacro himeneo: es el mytho de Melkart y Astarte-Axera, alterado por los griegos para fundar la tradicion del establecimiento de los fenicios en sus islas y costas.

No faltan pruebas para demostrar cómo los fenicios colonizaron algunas islas separadas y tambien las del mar Egeo. Sabemos que los dorios, allá por el siglo décimo a. C., desembarcaron en Rhodas; y aunque á ello se opusieron los fenicios, fueron estos vencidos, quedando, no obstante, en la isla algunas familias fenicias (24). Asegura Diodoro Sículo que en el templo de la isla de Rhodas quedaban vestigios de las artes é inscripciones fe-

nicias; y en el dios del Sol, el más venerado entre los rhodios, segun cuenta el mismo historiador; en los siete hijos que le nacieron habremos de reconocer al Baal de los fenicios, el número siete de sus planetas, y en el total ocho, el número de los Cabirim. Demás de esto sabemos que en la cumbre del Atabyris, montaña elevadísima de la isla citada, se veneraba á Zeus en figura de toro, y hasta ofrecíanse anualmente á Kronos sacrificios humanos (25). En el Atabyris es fácil distinguir el Tabor; en el Zeus tauromorfo á Baal, y en el dios Kronos á Baal Moloc. Tan hondas raíces tuvo en Rhodas el culto fenicio, que las ciudades de Gela y Akragas, fundadas en Sicilia por los rhodios en los siglos décimosétimo y décimoctavo, adoraban tambien al Zeus Atabyrios. Las monedas de Gela llevan grabado el toro (26) en señal de que el patrono era Zeus Atabyros, á cuya imágen de cobre se ofrecian sacrificios humanos á mediados del siglo sexto en la ciudadela de Akragas. De Samotracia cuenta Estrabon, que esta isla se llamó ántes Melite (Malta), y luégo tomó nombre del monte Samos, que significa altura (27); siendo la mayor de la isla como de unos 5.000 piés: ambos vocablos son de estirpe semítica, y de orígen fenicio el culto de los Cabirim. Tenemos noticias de las ocho grandes divinidades que, con el nombre de Cabirim, pintaron los fenicios en un ciclo de dioses, y á él hemos visto que pertenecia la diosa de la luna Astarte Harmonía. Ephoros dice, que ya en las fiestas de Samotracia, buscábase á la diosa Harmonía, y para Diodoro Sículo en Samotracia ó Thébas hubieron de celebrarse las nupcias de Cadmos y Astarte-Harmonía. En los tiempos de Heródoto existía aún en la isla de Thasos el templo de Herakles, es decir, de Baal Melkart, fundacion de los fenicios, trasladado á otro santuario de la misma divinidad en Tyro. Pues si el burgo de Thébas guardó siempre el nombre de Cadmos, el oriental; si la tradicion y poesía griegas se ven en los fuertes muros de dicha ciudad, y en sus famosas siete puertas, cada una de ellas bajo el patrocinio del Sol, de la Luna y de otros cinco planetas semíticos (28); si los griegos recibieron las armas, el arte de explotar minas y el abecedario de los fenicios, que se

quedaron en Thébas, se comprenderá cómo los establecimientos fenicios en el continente griego echaron profundas raíces que, manteniéndose durante mucho tiempo, ejercieron no poco influjo sobre el mundo heleno.

No termina aquí la série de establecimientos fenicios en el suelo de Hellas; porque en el istmo de Corinto adoraban á Melikertes, esto es, al Melkart de los fenicios; pues se ve en las monedas las figura de Melikertes, montado en un delfin (29); y el templo de Aphrodite en lo más alto de la acrópolis corintiaco, estaba servido como el de la Axera-Bilit de los fenicios, por sacerdotisas de Vénus. Tambien en Argos hubo un templo dedicado á la diosa Aphrodite siriaca. Diodoro Sículo, siguiendo á Zenon de Rhodas coloca á Melkart entre los hijos del dios del sol en Rhodas, y lo llama con ligera alteracion «Makar,» forma adoptada en Thasos y Lesbos (30). En el Atica llamaban Makaria, del nombre de una hija de Heracles (31), á una fuente situada junto á Marathon. La diosa Kythera tuvo tambien en el Atica andando el tiempo, un santuario erigido por los fenicios, como dice Heródoto; pues las amazonas, es decir, las sacerdotisas de la diosa de la guerra entre los orientales, llegaron hasta el territorio de los atenienses. Los sepulcros de las amazonas, que allí se veian, es probable que fuesen lugares abandonados del culto á dicha diosa consagrado.

Segun la tradicion griega, Zeus en figura de toro llevó á Creta por mar á Europa de Phœnix, es decir, hija de Fenicia, y en dicha isla dió á luz á Minos. En Homero se lee que la «gran ciudad» de Knossos, en Creta, es la residencia de Minos, el cual recibia cada nueve años la revelacion de Zeus, y á su muerte, empuñando el cetro de oro, terminaba la contienda en el reino de las sombras. Mas tarde se cuenta que Héphaestos envió á Minos un gigante de metal, que unos llaman Talos, y otros Tauros, esto es, Toro (32), el cual, como vigía de la isla, alejaba de sus costas á los barcos extranjeros, ó bien hacia morir de sofocacion á cuantos osaban desembarcar. Mas Pasiphae, esposa de Minos, tenia amores con el toro de Poseidon, y de ellos nació un hombre monstruoso con cabeza de toro, esto es, el Minotauros (toro de Mi-

nos), al cual dejó Minos que construyese el laberinto de Dédalo; y como venciese Minos á los de Athenas, les impuso un tributo anual (otros dicen cada nueve años) de siete jóvenes é igual número de mozas que debian enviar á Creta para servir de pasto al Minotauro (33). Como se fugase Dédalo á Sicilia, fué en su busca Minos, al cual acogió bien el rey de los Sikanios, mandando prepararle un baño caliente, en el que se asfixió. Los de Creta enterraron á Minos, levantando sobre su cadáver un templo á la diosa Aphrodite; y como no podian volver á su isla por haberles quemado sus barcos los Sikanios, fundaron entonces la ciudad de Minoa.

Al decir de Heródoto, en la época antigua de los héroes, Minos de Kinossos fué el primero que ejerció el imperio del mar, tuvo fortuna en la guerra, é hizo súbditos á varios países, inclusos los Carios, que habitaban las islas; pero no les impuso tributos, y únicamente debian tripular los barcos en caso de necesidad (34). «El más antiguo de los héroes (dice Thucydides), de que nos habla la trádicion, fué Minos, que poseyó barcos, se hizo dueño de la mayor parte del mar griego y de las Cíclades, cuya soberanía dió á sus hijos, quitándosela á los de Caria (35).» Platon asegura que Minos recibió de Zeus las sábias leyes que introdujo en Creta. Aristóteles atribuye á la buena situacion de la isla de Creta el que Minos pudiese parte someterla, parte colonizarla, y tiene á Minos por el legislador cretense (36).

Los nombres de lugar en Creta son, en parte, de orígen semítico. En Sidonia desemboca en el mar el Jardanos (i. e. Jordan); Lebena es, sin duda, el Líbano (i. e. el monte Blanco); Knossos, la ciudad de Minos, debe ser Kairatos (*karat*, ciudad), (37) Itanos (Etanat) en la costa oriental, pasa con seguridad por ser fundacion de los fenicios (38). Otro tanto puede decirse del culto. El cuño de las monedas de Gortys y Phaestos, ciudades cretenses, es el toro, ó un hombre con cabeza de toro. La jóven Europa fué llevada á Creta por un toro; del toro de Poseidon y Pasiphae nació el hombre taurocéfalo, un toro de bruñido metal guardaba la isla y quemaba á los extranjeros. Al toro de Minos se sacrificaba en las fiestas

de los semitas cierto número de jóvenes de ambos sexos, y luégo veneraban á un dios, cuya imágen representaba un toro, á la manera de los fenicios de Creta. Sabemos que el toro era atributo del hijo del sol, del Baal siriaco, particularmente en forma de Baal Molok. Entre los fenicios vimos ya que Europa era la diosa de la Luna, que luego se llamó Pasiphae (i. e. la que todo lo ilumina), siendo esta última denominacion otro apelativo de la señora de los cielos, durante la noche, del cielo cubierto de estrellas. Baal Melkart descansaba en Occidente, despues de celebrar el sagrado himeneo, en las aguas del mar Occidental que él habia calentado (en la creencia de que los rayos del sol poniente eran más intensos, cuanto más próximos) (38). Minos se dirigió á Sicilia, donde murió en un baño caliente, y sobre el sepulcro del héroe, levántase un templo de Aphrodite, esto es, á la diosa siriaca, á la que venció el dios, por cuyo motivo transformóse en diosa del amor, en vez de sérlo de la guerra. Al Sur de Sicilia, en la embocadura del Halykos está la ciudad que los griegos llamaron Minoa del nombre de Minos, ó Herakleia Minoa, entre los fenicios Rus Melkart.

Dedúcese de esto, que los griegos atribuyeron ciertos perfiles del dios de los fenicios, á su Heracles, cuyo orígen buscan unos en tierra de Cadmo, al paso que otros en la de Minos. En las costas griegas, várias islas y penínsulas llevaron tambien el nombre de Minoa, sobre todo el islote frontero al puerto de Megara. Minoa puede significar habitacion (de *navah*), cuya etimología revela seguramente que dicha ciudad fué fundacion de los fenicios. De Creta pasaron evidentemente á Minos aquellos nombres y el culto de los fenicios, pues estos no colonizaron la mayor parte de las islas esparcidas por el mar Egeo; no estando equivocada la tradicion griega al considerar la isla de Creta como el punto céntrico del poder marítimo de Minos, es decir, de la dominacion fenicia sobre las Cícladas. Luégo que los griegos se apoderaron de Creta, convirtieron en héroe el dios de los fenicios. Conforme pusieron en cabeza de Cadmo la fundacion de la ciudad y del templo fenicios, atribuyeron á Minos la dominacion marítima de los fenicios en el mar Egeo; transformando en

tributo que á Minos pagaban el Atica y Creta, las víctimas humanas sacrificadas á Baal Moloch en Creta y en el islote de Minoa, frente á Megara. Tanto en Creta como en Sicilia, se ven las zanjas de Minos, esto es, los lugares donde reposaba Baal Melkart; pero, como segun la mitología fenicia, el dios de que hablamos no murió, de aquí que el redivivo dios fuese para los griegos árbitro y rey en la mansion de las sombras.

No poco influjo debieron de ejercer sobre los griegos colonizadores de Creta, las artes y la cultura de las ciudades que allí fundaron los fenicios. La tradicion griega puso á Minos al lado del ingenioso Dédalo, atribuyendo al mismo Minos las leyes é instituciones de las ciudades fenicias. En el ciclo de los Kabirim era Baal Samin el guardador de las leyes. Minos era para los griegos príncipe legítimo, y en concepto de tal, debió de acabar con los piratas; Zeus le revelaba sus leyes, hasta tal punto, que las ciudades griegas de Creta consideraron como fundacion de Minos sus peculiares instituciones.

¿Por qué motivos fueron los fenicios á Rhodas y Creta, á Thera y Thasos, á Kythera, al istmo y al estrecho de Eubea? ¿Quisieron tal vez dar salida al sobrante de su poblacion, la que hubo de encontrar en las islas y costa de Hellas habitacion y subsistencias? A poco de establecidos, vendian los siros á las caravanas del desierto el sobrante de sus trigos, vinos y aceites, á cambio de carnes frescas, dátiles, lanas y pieles; los dichos mercaderes encontraron luégo ventajas al llevar al Eufrates vinos y aceites de Siria. Como se multiplicasen estas idas y venidas, á principios del segundo milenario se hizo más frecuente el comercio de Siria y Babilonia, cuyos pesos y medidas se usaban ya en Siria en el siglo décimosexto ántes de la era cristiana. No tuvo poca parte en la conexion y ensanche de las relaciones mercantiles de las ciudades siriacas, la circunstancia de que una misma raza y un mismo idioma dominasen el Tigris y el Eufrates, hasta el mediodía de Arabia. Del contacto de los árabes con las ciudades de Siria y Babilonia surgió aquel comercio de los siros con el país del incienso, que tuvo principio, á nuestro modo de ver, en la primera mitad del segundo

milenario; en cuyo comercio, entre el Eufrates y el Sur de Arabia, tomaron una parte más ó ménos viva las más antiguas ciudades de Siria; pues las de la costa hallaron á mano los adelantos de las poblaciones situadas en el valle del Nilo. Ya vimos que en la primera mitad del segundo milenario mandaron en Egipto príncipes de estirpe semítica. Los de Babilonia no tenian vinos ni metales, á los egipcios les faltaban maderas, vinos y aceites; careciendo tambien de lanas y pieles para alimentar su industria; pero las ciudades de Siria tenian sus manufacturas, pues, como vemos por los tributos que pagaban, debió ser grande el adelantamiento de las artes. Las ciudades de los fenicios sobresalieron muy luégo en el arte de trabajar los metales, en la fabricacion de tejidos y enla tintorería; y sacaban no poca utilidad de proveer de las primeras materias á las industrias de Babilonia y Egipto. Fácil era el cambio de armas, útiles de fabricacion, joyas, esclavos, lana y pieles entre la Caria y las islas del mar Egeo, entre las costas de Thracia y la de Grecia, y todavía más el de los metales. Los montes de Chipre daban minas de cobre, los de las costas de Thasos y Thracia albergaban criaderos de oro. Para teñir de púrpura estimaban, sobre todo, los fenicios, la posesion de caracolillos sin concha, no bastándoles los que tenian para dar impulso á su industria tintorera. Hallaron gran número de estos caracoles en las playas de Hellas, en la baía de Lacedemonia, desde Argos hasta la costa de Eubea (39). En la isla de Kythera fundaron los fenicios una de las primeras, quizá la primera de sus colonias en las costas de Hellas, y erigieron el antiquísimo templo de Aphrodite oriental, de Aphrodite armada; siendo llamada desde luégo la isla de Kythera porphyrussa, por sus caracoles, que daban jugo color de púrpura (40). En las cercanías de Athmon en Atica, fundó Porphyrion (i. e. el hombre de la púrpura, el fenicio) en época remota el templo de Aphrodite siriaca (41).

Así pudieron los fenicios hallar en las costas de Grecia grandes cantidades, no solamente de esclavos, pieles y lanas, sino tambien metales y materias colorantes que necesitaban en gran manera. En posesion de una cultura

secular y de una habilidad artística superior, estaban los fenicios más adelantados que los tracios y helenos de la costa, ya que no sobrepujaban á los carios de las islas. Naturalmente, debió mediar la fuerza para introducir el comercio en pueblos muy atrasados; porque era indispensable á los fenicios el tener buenos puertos para salvar las naves de las tempestades y borrascas, y dar á la marinería seguro y bien provisto albergue; necesitaban tambien una factoría para depositar los caracolillos y prensarlos, si era posible; importábales, en fin, fundar estaciones permanentes para entregarse con toda seguridad á la explotacion de minas.

¿Es posible determinar la época en que los fenicios se establecieron en las islas y costas de Grecia? Heródoto afirma que Minos habia muerto tres generaciones, es decir (segun su manera de contar), cien años antes de la guerra de Troya (42); y como el mismo historiador asegura que la toma de Ilion sucedió en el año 1280 ó 1260 a. C., debió de ocurrir la muerte de Minos por los años de 1380 á 1360 ántes de la era cristiana. El desembarco de los fenicios en Thasos, acaudillado por Cadmo, ocurrió al decir de Heródoto, cinco generaciones ántes de Heracles, anticipándose 900 años; pero si el historiador griego contaba desde el año 450 ó 430 a. C., debió vivir Heracles por los años 1350 ó 1330, y Cadmo cinco generaciones, es decir, 166 años y dos tercios ántes, ó lo que es lo mismo, 1516 ó 1496 años a. C. (43). En la isla de Thera, observa Heródoto en otro pasaje de su historia (44), habitaron los fenicios que allí dejó Cadmo durante ocho generaciones, es decir, 266 años y dos tercios ántes que los dorios viniesen á la isla (44). Melos, cerca de Thera, fué tambien ocupada por los dorios, los cuales sostenian en el año 416 a. C. que su tribu existia allí hacia ya 700 años; de modo que los dorios llegarian á Melos 1116 años a. C. (45). Pero las genealogías de Heródoto son fabulosas, dándonos mejores noticias los libros hebreos. La tabla genealógica del capítulo décimo del Génesis menciona entre los hijos de Japhet á Javan (i. e. el jonio), cuyos hijos fueron Elisa, Társis, Jittim y Dodanim. Cualquiera que sea el escrito funda-

mento del Pentateuco á que pertenezca la tabla citada, siempre resultará que á mediados del siglo undécimo ó décimo a. C., se conocia el nombre griego, no sólo en los puertos, sino tambien en el interior de Siria. Entiéndase que Dodanim significa los de Dodona en Epiro ó Rhodanim (i. e. los de Rhodas); alude la palabra Elisa á la isla de Sicilia ó «país de la costa», lo cierto es que la tabla genealógica indicada afirma que los fenicios visitaban las islas y costas del mar griego por los años de 1100 a. C.; y admitiendo que ya habian surcado los fenicios el estrecho de Gilbraltar por los años de 1100 antes de la era cristiana, no se pondrá en duda su instalacion en las islas griegas por los años de 1200 a. C.

Los establecimientos fenicios se extendieron á lo largo del mar de los griegos. Observa Thucydides que en época remota se apoderaron los fenicios para su comercio del promontorio é islotes de Sicilia (46). Cuenta Diodoro Sículo, que como extendiesen su comercio los fenicios por el Océano occidental, colonizaron la isla Melita (Malta), á causa de no estar situada en medio del mar, y por su buen puerto para refugio de sus naves. Igualmente es fundacion de los fenicios la isla de Gaulos, situada junto á Melita (47).

En el promontorio al S. O. de Malta hay un templo de Heracles-Melkart, cuyos cimientos se ven hoy dia; más claros testimonios de la poblacion primitiva dan las inscripciones fenicias descubiertas en esta isla, famosa en la antigüedad por sus tejidos. Consérvanse tambien en Gaulos restos de un templo fenicio. Entre Sicilia y la costa de Africa, hácia aquella parte por donde ésta se acerca más á Sicilia, está situada la isla de Kossyra, que en las monedas fenicias se llama «isla de los hijos» (48), esto es, de los hijos del dios del sol, que vimos ya en Rhodas. Al Sur de Sicilia, en la embocadura del Halykos, fundaron los fenicios la ciudad que llamaron los griegos Makara y Minoa ó Heracleia Minoa; las monedas de esta ciudad llevan en caractéres fenicios la leyenda *Rus Melkart*, es decir, «promontorio de Melkart» (49). Al O. de Sicilia se apoderaron los fenicios del islote llamado Motye (50). Sobre la costa de la misma isla, en el monte Erix, que re-

mata en una planicie, fundaron la ciudad de Erix y un templo á Aphrodite siriaca, á cinco mil piés de la cumbre del monte citado. Virgilio atribuye á los extranjeros venidos del Oriente, los cuales eran para él compañeros de Eneas, la fundacion de un templo á Vénus Idalia, esto es, á la diosa venerada en Idalion (Idial) en Chipre, «sobre la cumbre del Erix que toca en las nubes» (51). Las hetairas de este templo y su obsceno culto (52) no dejarian duda de su orígen siriaco, áun sin las inscripciones fenicias y los restos que todavía existen. Segun Diodoro Sículo, Erix, hijo de Aphrodite, edificó el templo citado, que Eneas adornó con muchas ofrendas consagradas á su madre» (53). Juntamente con la diosa siriaca veneraban los fenicios al dios Baal Melkart, tambien de orígen siriaco. Heracles, segun la narraccion de Diodoro Sículo, venció á Erix á brazo partido, y ganóle su tierra, que abandonó, sin embargo, á sus moradores (54). Los reyes de Esparta se apellidaban descendientes de Heracles. No queriendo Dorieus, hijo de Anaxandridas, rey de Esparta, que su hermano Cleomenes ciñese la corona, y dispuesto á emigrar para lograrlo, díjole un oráculo que la tierra de Erix pertenecia á los heráclidas por juro de heredad. Los cartagineses no reconocieron semejante derecho, y Dorieus y sus secuaces fueron desposeidos (55). Al N. de Sicilia estaban situados Panormos y Soloeis, notabilísimas colonias de los fenicios. Panormos, fundacion de MAJANAT (i. e. el *Campamento*), veneraba á la diosa del amor; Soloeis (SELA, roca) á Melkart. Safo pregunta en un himno á la diosa Aphrodite, si ella habita en Chipre ó Panormos (56). En el siglo quinto poseian los cartagineses, en Sicilia, tres solidísimos puntos de apoyo, á saber: Motye, Soloeis y Panormos (57).

Los cartagineses, al decir de Diodoro Sículo, fundaron tambien colonias en Cerdeña (58), cuyos montes encierran minas de plomo, hierro y plata. Cuenta la tradiccion griega, que Sardos, hijo de Makeris (que así llamaban á Heracles los de Libia), fué el primer ocupante de la isla. Posteriormente envió Heracles á Cerdeña en union de sus propios hijos, que estaban en el Atica, á Jolaos, hijo de su hermano, y como Heracles se hiciese dueño

de todo el O., á Jolaos y á sus compañeros pertenecia legalmente el territorio. Jolaos venció á los indígenas que ocupaban lo mejor del país, al que dió luégo su nombre. Luégo mandó levantar edificios, sacó á Dédalo de Sicilia, donde se le tributaban honores divinos, y le estaba consagrado un templo famoso en Agyrion, en «el cual (dice Diodoro Sículo) áun hoy se le ofrecen anualmente sacrificios» (59). Makeris, padre de Sardos, será probablemente como Makar, una forma del dios Melkart. Si, pues, la Cerdeña y todo el O., como el Erix, pertenece á Heracles; si éste envia á sus compañeros más íntimos á dicha isla; si se une, como Minos en Creta y Sicilia, al hábil artista Dédalo, es claro que los santuarios de Baal Melkart en las costas de Cerdeña y Sicilia deben su orígen á las tradiciones griegas, y que los fenicios, al fundar sus colonias, introdujeron en las costas de Cerdeña el culto de sus dioses. Jolaos, como dijimos más arriba, puede ser un epíteto ó forma distinta de Baal (60).

Como la tradicion griega atribuye á Heracles la dominacion de todo el O., se deduce de ahí, que el establecimiento de los fenicios en esta direccion, debió de avanzar más allá de Cerdeña. En el N. de Africa, por la parte más cercana á Sicilia, vemos las primeras colonias fenicias, siendo Hippona la más antigua (61); y en las monedas, cuyas leyendas examinamos arriba, figura Hippona al lado de Tiro y Sicione como hija de Sidon. Más tarde fundaron otra ciudad del mismo nombre al S. O. de Cerdeña sobre la embocadura del Ubos, y para distinguirla de la primera, llamáronla «Ippo ajeret», entre los griegos «Hippon zarytos», esto es, la otra Hippona (62), junto á la cual está situada Itike (Utica) en la embocadura del Bagradas (Medxerda). Aristóteles dice que los fenicios suponian la fundacion de Itike 287 años más antigua que la de Cartago (63), y Plinio (64) sostiene que en su época llevaba Utica 1178 años de existencia. Ahora bien, Plinio escribia 50 ú 80 años despues de Cristo; luego la fundacion de Utica (atak, colonia), se remonta al año 1100 a. C.

Por la misma época se habian extendido los fenicios más allá del O., Claudio Iolaus dice en su historia fenicia,

que Archaleus (Arkal, Heracles) hijo del Fenicio fundó á Gadeira (Gades) (65). «Antiguamente (dice Diodoro Sículo) comerciaban los fenicios sin obstáculos de ninguna especie y fundaban colonias en Africa y Europa; y como saliesen con bien de sus empresas y con no escaso provecho, resolvieron surcar el mar allende las columnas de Hércules, llamado Océano, y fundaron á su paso por las columnas en cierta península de Europa una ciudad que llamaron Gadeira; en la que levantaron edificios notables, entre ellos el magnífico templo de Heracles, ornado con ricas ofrendas al estilo fenicio, y tenido en gran estima hasta nuestros dias. Queriendo los fenicios rebasar las costas allende las columnas, dirigiéronse hácia la Lybia; pero las grandes tempestades del Oceano los detuvieron y al cabo de muchos dias arribaron á una hermosa isla, frente á Lybia, de tal fertilidad y de aires tan puros, que les pareció más digna de ser habitada por los dioses que por los hombres (66).» «Los gaditanos cuentan, al decir de Estrabon, que un oráculo mandó á los de Thyro fundar una colonia en las columnas de Hércules; y como llegasen al través del estrecho al monte de Kalpe, creyeron que este y el Abilyx (67), frente á Libya, eran las columnas, límite de la tierra y fin de la expedicion de Hércules, segun lo declarado por el oráculo. Desembarcaron, pues, en este lado del estrecho donde está situada la ciudad de los Axitanos (Sexi); pero se volvieron atrás, porque los dioses no hallaron aceptable el sacrificio hecho. Los que tras de estos surcaron el estrecho, logrando arribar á las columnas, anclaron frente á la ciudad de Onoba, en Iberia, á 1500 estadios de la isla consagrada á Hércules; pero no habiendo aceptado tampoco los dioses el sacrificio, volvieron á desandar lo andado. Finalmente desembarcó una tercera expedicion, á 150 estadios del monte Calpe, en una pequeña isla junto al continente, no léjos de la embocadura del Baetis, y al oriente de esta isla levantaron los expedicionarios un templo á Herakles, al occidente de Gadeira, y en el extremo O. un santuario dedicado á Kronos. En el templo de Heracles habia dos fuentes y «dos columnas de metal de ocho codos de altura con una inscripcion que declaraba lo que se gastó en

construir este templo (68).» La fundacion de Gades (en las monedas Gadir y Agadir, esto es, Muro) hoy Cádiz, una de las más antiguas ciudades de Europa que han conservado su nombre, debió ser por los años de 1100 á. C. (69).

El espectáculo maravilloso é imponente de las rocas que á modo de puertas abrian á las olas del Mediterraneo el camino del inconmensurable Atlántico, pudo inspirar á los navegantes fenicios que por vez primera arribaron á él, la creencia de que dichas montañas eran las columnas erigidas por el dios para señalar el límite de la tierra; la vista del inmenso Océano que trás ellas se extendia debió parecerles el mar en el que descansaba el dios del Sol. Está fuera de duda que Gades, situada á orillas del mar en que se sumergia el Sol, consagraba un culto ferviente y especial al dios Melkart, festejando de un modo singular el despertar del dios con el sol de primavera. Las tradiciones relativas á las Hespérides, hijas de la tarde, en cuyos jardines figuraba como dios Melkart al lado de Astarte y á las islas de los bienaventurados, parecen tener un fondo local en la rica fertilidad y privilegiada naturaleza de la isla de Madera y de las Canarias.

Llamaron los fenicios Tarsis (Tarxix) y los griegos Tartessos, al valle del Guadalquivir en el que estaba situada Gades. El cuadro genealógico del Génesis pone á Tarsis entre los hijos de Javan. La galera Tarsis lleva á Tyro, segun el profeta Ecequiel, plata, hierro, estaño y plomo, «Los barcos de Tarsis (así llama el profeta á la ciudad de Tiro) fueron tus caravanas; por eso te enriqueciste tanto en medio del mar (70).» Mucho más claramente se expresa el Siciliano Stesíchoro al hablar de Himera, pues ensalza los ricos veneros de plata de Tartessos (Guadalquivir) de donde extrajeron los griegos metales preciosos y estaño. Segun dice Heródoto, el patron del primer barco griego, procedente de Samos, que arribó á Tartesos á impulsos de una tempestad por los años de 630 a. de C., ganó la suma de sesenta talentos (71). Cuenta Aristóteles, que los primeros fenicios que arribaron á Tartessos, adquirieron por casi nada tanta plata, que no

podian con ella los barcos. Por eso volvieron provistos de los útiles necesarios para exportar grandes cantidades del precioso metal (72). Poseidonio asegura que entre aquellos hombres no ocupaba Hades el mundo subterráneo, sino Pluton. En cierta ocasion incendiáronse los bosques y corrieron arroyos de oro y plata: purificaban los fenicios valiéndose de cribas, las arenas, que al N. O. arrastraban partículas metálicas hasta extraer de ellas oro, plata y estaño (73). La misma fábula se lee en Diodoro Sículo, el cual afirma que en tiempos antiguos, los bosques del Pirineo ardieron (de cuyo incendio les viene el nombre) corriendo en tal abundancia la plata derretida, que hicieron muchos anillos. Conocian tan poco los indígenas el valor de la plata, que la adquirian con gran provecho los fenicios por trueques insignificantes, para llevarla al Asia y otros pueblos. Creció tanto la codicia de los navegantes fenicios, que si una vez cargado el barco restaba mineral, cambiaban por él hasta las anclas. Asevera Estrabon que el país regado por el Betis no tiene rival en el mundo por lo tocante á fertilidad y riquezas de mar y tierra: en ninguna parte habia en cantidad y calidad tan abundante copia de oro, plata, cobre y hierro. Habia oro, no solo en los criaderos, sino tambien en las arenas que arrastraban los arroyos, y de ellas extraian por el lavado el precioso metal; bien que á las veces no era necesaria esta operacion para sacar pepitas de media libra de peso. Abundaba igualmente la tierra en sales, ganados que daban excelente lana, trigo y vinos. La costa del mar, allende las columnas, producia crustáceos y grandes moluscos purpuríferos, pescados (entre ellos atunes y las murenas de Tartessos, tan buscadas en la antigüedad) (74) que arrojaba á la orilla el flujo y reflujo del mar. Extraian tambien de este afortunado país, cereales, vinos, aceites de superior calidad, cera, miel, pez y cinabrio (75).

Si los fenicios pudieron en el siglo décimotercio colonizar las islas de Chipre y Rhodas, las del mar Egeo y las costas de Hélade, debió tambien aumentarse su poblacion, hacerse más activa su industria, y más lucrativo su comercio. El hecho de haber ocupado en el siglo duodécimo las costas de Sicilia, Cerdeña y Africa sep-

tentrional, muestra que debió ser mucha la actividad desplegada en busca de las primeras materias y de los metales de Occidente en Siria y Egipto, Babilonia y Asiria, cuyos mercados, sumamente lucrativos, compensaban á los fenicios sus largas navegaciones y los establecimientos fundados en lejanas tierras. Habiendo podido los fenicios 1100 años a. C., descubrir el estrecho de Gibraltar, es prueba de que sus expediciones marítimas eran ya frecuentes. En el siglo noveno limitaban el horizonte del marino griego las aguas de Sicilia, y áun en el siglo quinto a. C., tardaba ochenta dias un barco griego en salvar la distancia que media entre las costas de Siria y las columnas de Hércules (76). Despues de la fundacion de Gades, dominaron en el Mediterráneo los fenicios, gracias á sus puertos y factorías: sus barcos cruzaban las extensas cuencas de los rios, encontrando por doquiera puertos seguros. Mostráronse los fenicios en viajes por mar no ménos hábiles y afortunados que lo fueran los babilonios en artes y astronomía, y áun más ingeniosos y emprendedores que los belicosos asirios, y más osados y tenaces en el mar, que los árabes en las arenas del desierto. Poseedores los fenicios de la antigua cultura oriental, apenas se diferenciaron sus navegantes y mercaderes, al dirigirse á los tracios, helenos, sicilianos, libyos é iberos, de los portugueses y españoles al sojuzgar 2500 años despues á las razas de América.

III.

HÉROES DE LAS TRIBUS DE ISRAEL.

No léjos de las ciudades que señoreaban con sus bajeles el Mediterráneo, descubrian la tierra del oro, y encerraban en sus muros los productos de Occidente para exportarlos con no escaso provecho, despues de elaborados, á los países que riegan los rios Nilo, Tigris y Eufrates, vivian los hebreos en los montes y valles que lográran conquistar, manteniendo con aquellas relaciones casi primitivas. Aun en medio de la guerra con la antigua poblacion de Canaan, no tuvieron los hebreos un jefe que los guiase; pero no obstante esto, y gracias al número y á la inteligencia de los israelitas, pudieron las tribus aisladas enseñorearse de territorios más ó ménos extensos y de vária fecundidad. Divididos los conquistadores en cantones ó estados á cuya formacion ayudaba la naturaleza del terreno, vivian independientes unos de otros, y sin mantener entre sí las relaciones que constituyen un gobierno regular. La vida pastoral y bucólica dominaba así en las montañas como en los territorios ménos fértiles de la banda occidental del Jordan: en el llano y en los valles del O. la mayoría de los colonos se dedicaba al cultivo de la vid y á los ordinarios trabajos del campo. La poblacion era más densa, mayor el desarrollo de las artes, y más perfecto el órden en las muchas ciudades de las tribus del N., que al abrigo de los muros, y libres de las

incursiones enemigas, podian labrar los campos y cultivar las vides. El comercio de los fenicios, que de vez en cuando logró penetrar en tierra de Israel, y el progresivo desenvolvimiento de las ciudades de la costa, no pudieron ménos de ejercer influjo en la cultura hebrea.

Careciendo el pueblo de toda organizacion, no tenian las tribus quien dirimiese sus contiendas, y á la desbandada, y sin concierto ni enlace, lograban extenderse por montes, valles y llanos. Los jefes de las familias más antiguas hacian de directores, y en habiendo diferencias entre las gentes del campo ó de la ciudad, se constituian en árbitros, al paso que, en otros lugares, un guerrero hábil y afortunado, puesto á la cabeza de muchedumbres de voluntarios, lograba enseñorearse del territorio que en lo sucesivo gobernaron ancianos y jueces. Familias elevadas de esta manera, á una con los jefes de otras, formaron la antigua distincion de nobles y ancianos, «que presidian en juicio, y cabalgaban en asnas blancas, mientras el pueblo seguia su camino (1).» A las veces fundaban los ancianos su autoridad suprema en un hecho de fuerza ó en la prudencia con que zanjaban las dificultades, cuando los contendientes no preferian entenderse. Veíase apurada una tribu, y al punto se reunian nobles y ancianos para aconsejar lo conveniente, miéntras el pueblo esperaba el resultado de la deliberacion, si no surgía un hombre, que alzándose con la autoridad, se constituia en jefe de la tribu amenazada. En caso de una invasion, dispersábanse los agredidos como Dios les daba á entender; pero solamente en casos extraordinarios congregáronse nobles y ancianos de todo el país y muchedumbres armadas, procedentes de todas las tribus, en torno del arca santa en Silo, Rama, en los montes de Ephraim ó en Mispa; aunque los dictámenes de aquella especie de senado, cuando llegaban á formarse, encontraban séria resistencia en la indómita pujanza de una sola tribu.

Cuenta el libro de los Jueces (2), que á un hombre de la tribu de Leví, que moraba en el monte de Ephraim, fugósele la concubina á casa de su padre, sita en Betlehem de Judá. El marido siguióla y pudo conseguir que le acompañase á su vuelta. A la primera puesta del sol

llegó el levita con su mujer á la ciudad de los Jebuseos; pero no queriendo hacer noche en ninguna ciudad de extranjeros, siguió su camino y pernoctó en Gabaa, lugar de la tribu de Benjamin, donde, no habiendo nadie que los acogiese, tenian que dormir á campo raso; pero un viejo, que á la caida de la tarde venia de trabajar, al oir que el forastero pertenecia como él á la tribu de Ephraim metiólo en su casa, dió de comer á sus asnos, y el levita y su concubina laváronse los pies, comieron y bebieron y se regocijaron. En esto, los hombres de Gabaa cercaron la casa, y batieron las puertas con fines *non sanctos* para que el dueño les entregase la persona del forastero. Para apaciguar el tumulto, y que el extranjero quedase incólume, el amo de la casa entregó la concubina del hombre de Leví á los de Gabaa, y estos abusaron de ella toda la noche, en términos que la desgraciada vino á morir en los umbrales de la casa donde moraba su marido. Púsose en camino el levita, llevando á la grupa á su mujer muerta, y en llegando á Ephraim echó mano de un cuchillo con el cual despedazó el cadáver de su concubina en doce partes y enviólas por todos los términos de Israel. Todo el que veia aquello, decia: «jamás se ha visto cosa tal desde que Israél salió de Egipto.» Y los principales del pueblo reunidos juraron dar pena de muerte á todo el que no subiese á Mispa, lugar de la tribu de Benjamin. Congregáronse, pues, en Mispa todas las tribus en número de 400.000 hombres (3); pero los de Jabes, Galaad y Benjamin no acudieron al llamamiento. Entónces el hombre de Leví contó lo que le habia sucedido, y las tribus reunidas enviaron órdenes á la de Benjamin para que les entregasen á los mozos que habian ultrajado á la infortunada concubina del levita; mas los de Benjamin no hicieron caso, y juntando 26.000 hombres de guerra salieron contra los de Israél. El pueblo se levantó y dijo: «maldito el que diese mujer á los de Benjamin.» Tomáron luégo por suerte diez hombres de cada tribu y salieron contra los de Benjamin (4); pero estos vencieron á los de Israél tres veces junto á Gabaa. Mas reanimándose los varones de Israél lograron poner en fuga á los de Benjamin, que se refugiaron en la peña de Rimmon, en el Mar Muerto.

Y como viesen los israelitas congregados en Betel que no habian acudido los de Benjamin á la reunion de Mispa, enviaron 12.000 hombres contra Jabes, para que arrasasen la ciudad sin hacer mal á las doncellas, de las cuales hallaron 400 que dieron á los de Benjamin, cuando estos hicieron las paces y abandonaron la peña de Rimmon; mas no bastándoles las 400 doncellas, autorizó el pueblo de Israel á los de Benjamin para que durante la solemnidad de Jehová en Silo, se emboscasen en las viñas, y tomára cada uno para sí mujer de las hijas del país. Así explica la tradicion la negativa de los israelitas á dar sus hijas por mujeres á los de Benjamin, y la restauracion de esta tribu, despues de arruinada Jabes-Galaad (5).

Los habitantes del país conquistado por los israelitas se diferenciaban de estos, no sólo por la raza, sino tambien por las ideas religiosas, y oponian un obstáculo á la constitucion y unidad del pueblo escogido. Tan mal organizada estaba entre los israelitas la sociedad civil como la religion que fundó Moisés; así que debió perderse la unidad del culto por falta absoluta de direccion al ocupar los israelitas extensos territorios. Verdad es que el arca santa permaneció en Silo, y los oficios sacerdotales continuaron á cargo de los descendientes de Eleazar, hijo y sucesor de Aaron; pero no puede negarse la existencia de otros muchos cultos al lado del santuario de Silo como consecuencia de la conquista: se veneraba á Jehová en los montes y bajo las encinas en Ramá, Betel, Mispa y Guilgal; ofreciéndole primicias y cabras, ovejas y toros por la mediacion de los sacerdotes ó sin ella, áun tratándose de impetrar el auxilio de Jehová, sin cuyo permiso nada emprendian los israelitas, lo cual sucedia regularmente echando suertes. Si se extraviaba una vaca, acudia el dueño á interrogar al sacerdote ó adivino, el cual recibia, en pago de su respuesta, un pan ó un pedazo de oro (6). Al erigir un altar, instituian, mediante un salario anual, sacerdote que lo sirviese, designando al efecto á los sucesores de Moisés y Aaron, á cuyo cargo estaba el cuidado del arca santa en Silo; mas no por eso los hombres de otras tribus estaban excluidos de este ministerio (7).

Mal organizados, pues, la iglesia y el sacerdocio israelitas, sólamente el gran influjo personal de los levitas de Silo hubiera podido sacar incólumes del contubernio cananéo la religion y el culto de Israel; pero sucedió todo lo contrario. Nada bueno cuenta la tradicion de las costumbres de los sacerdotes de Silo: á los que venian á ofrecer sacrificio, decia el criado del sacerdote: da carne que ase para el sacerdote; porque no tomará carne cocida, sino cruda. Y si respondia el portador de la oblata: quema el sebo y toma luégo lo que quisieres, contestaba el criado: ahora la has de dar; de lo contrario la tomaré por fuerza. Cuando el sacerdote queria carne cocida, se apropiaba toda la que salia en el garfio de tres ganchos que mandaba á su criado meter en el caldero. Cuéntase de los hijos de Elí (descendientes de Itamar, hijo menor de Aaron), sacerdotes de Silo en el primer tercio del siglo undécimo, que fecundaban á las mujeres que venian á la tienda sagrada para adorar y ofrecer sacrificios (8).

No se defendian mejor del influjo cananéo las creencias religiosas de los israelitas, siendo las tribus de aquella raza vecinas de los hebreos y de un carácter parecido. Veneraban, pues, los israelitas á su dios indígena, Jehová, juntamente con las divinidades cananéas Baal y Astarte; y la metrópoli Siquem, á una con otras ciudades, elevó un templo á Baal, sufriendo por doquiera el antiguo culto la presion de los nuevos dioses. Mas donde esto no sucedió, el roce con el culto siriaco hubo de erigir aquí y acullá imágenes á Jehová en los altares de Israél.

Si el concepto de la divinidad se reveló primero en la conciencia de los pueblos por sensaciones vagas ,que luégo se fueron determinando; si con este progreso coincidieron los rudimentos de las artes y oficios ó el espíritu de imitacion, por doquiera veremos consolidarse las fuerzas de la naturaleza, deificadas más tarde en imágenes y formas visibles; y esto fué lo que sucedió á los israelitas. En contraposicion á las imágenes de los dioses egipcios, cayó en desuso el conocido precepto de Moisés. Mijá, de la tribu de Ephraim, mandó á cierto artífice que hiciese de talla y fundicion una imágen de Jehová, cuyo valor era de 200 siclos de plata; púsola en un san-

tuario erigido en el monte de Ephraim, instituyendo por sacerdote de la dicha imágen á un levita, esto es, á un «descendiente de Moisés.» Como se dirigiera al N. una parte de la tribu de Dan para establecerse en territorio que no pudiese caer en manos de los filisteos, robaron los danitas de paso á Mija el ídolo y el sacerdote, trasládandolos á la ciudad de Lais (Dan), arrebatada á los sidonios, sin que por eso el descendiente de Moisés y sus sucesores abandonasen el cuidado del ídolo ephraimita (9). Cuéntase de Gedeon, el hombre más notable de Israel por aquel entónces, que derribó el altar dedicado á Baal y Astarte en Ophra por su padre, contra la voluntad de los hombres de la ciudad (10); pero que el mismo héroe erigió luego á Jehová, con los despojos de sus victorias, una estátua cubierta de láminas de oro, que los israelitas adoraron. Existian igualmente en Nob imágenes áureas de Jehová, y en las casas muchos ídolos anthropomórphicos (Theraphim) (11).

Careciendo, pues, de unidad la religion de los hebreos, y expuestos á ser víctimas de las discordias de las tribus, de las familias ó de las individualidades aisladas; ante la anarquía que los obligaba á defenderse por sí mismos y á vengarse, pues en aquel entónces «cada uno hacía lo que le parecia bien», periclitando la independencia israelita, cabe preguntar si podian los hebreos conservar por mucho tiempo el terreno conquistado. Por dicha, que ni los filisteos ni los fenicios superaban en unidad á los israelitas, limitándose los fenicios á sus colonias en el Mediterráneo; pues aunque las ciudades de los filisteos estuvieron en el siglo undécimo a. C., ó ántes, firmemente unidas, no por eso pensaron en conquistas. Mas no podia dejar de suceder que la antigua poblacion, sobre todo en el N., donde era más numerosa que la de Israél, se levantase de nuevo, y apoyadas por los príncipes cananeos de Hazor y Damasco, intentasen las tribus de pastores del Oriente y S. de Israél pasar las fronteras, dispersar los rebaños, saquear las mieses, y, caso de no encontrar séria resistencia, establecerse en el país. Como los israelitas no tenian fronteras naturales, ni cohesion, ni gobierno, sólo podian defenderse de tales incursiones, guiados por

un guerrero capaz y hábil, que indujese á su tribu, y tal vez á otras dos, á rechazar al invasor ó á expulsarlo del territorio. Las hazañas de tales héroes es casi lo único de que conservaron memoria los irsaelistas en los dos primeros siglos que siguieron á la conquista; reduciéndose la historia de Israél durante dicha época á estas narraciones, casi siempre fabulosas.

Los moabitas invadieron el territorio de la tribu de Ruben, pasaron el Jordan, tomaron á Jericó, y se establecieron en ella con su rey Eglon, obligando á los israelitas á pagar tributo ántes que á sus vecinos los de Benjamin. Diez y ocho años llevaban los israelitas de servir á Eglon, cuando Aod, de la tribu de Benjamin, vino con otros á traer el tributo, y luégo que lo hubo presentado, manifestó deseos de hablar secretamente con el rey. Aod, con un puñal oculto debajo de sus vestidos, presentóse al rey, que sin acompañamiento estaba sentado en la sala de verano. Y llegándose á él, dijo Aod: tengo para tí palabra de Dios; y como se levantase el rey, que era muy obeso, para escuchar la embajada, «hundióle Aod su puñal en el vientre hasta la empuñadura, y, saliendo al pátio, cerró tras sí las puertas de la sala.» Al ver los criados que éstas permanecian cerradas, creyeron que su amo estaba descansando; pero al fin tomaron la llave y abrieron; y encontráronse con que su señor habia caido en tierra muerto. Aod sonó la bocina en el monte de Efraim, y, arrastrando consigo á muchos de los suyos, tomó los vados del Jordan, y mató á diez mil moabitas, retirándose á su antiguo territorio los que lograron escapar de la matanza (12).

Otros peligros amenazaban á las tribus septentrionales: Jabin, rey de Hazor, tenia carros herrados y por general de su ejército á un guerrero animoso llamado Sísara; de suerte que la opresion de los israelitas hubo de durar unas dos décadas (13). Mas Débora, la profetisa, mujer de Lapidot, de la tribu de Isacar, salvó de nuevo á Israél. La cual Débora vivia bajo de una palma, entre Betel y Rama, y el pueblo acudia á ella para que lo aconsejase y juzgase. De su órden, cuéntase que Barac, hijo de Abinoam, reunió á los hombres de las tribus de Zabulon y Neftalí,

prestándole tambien socorro los de Benjamin, Isacar, Manasés y Efraim. Sísara, con novecientos carros y mucho pueblo, atravesó el arroyo de Cison, y en el valle de Meguiddo tuvo encuentro con los israelitas; mas quedó vencido, descendió del carro, huyó á pié, y se acogió Sísara á la tienda de Heber Cineo. Y saliendo Jael, mujer de Heber Cineo, á recibir á Sísara, díjole: «Vén, señor mio, ven á mí; no temas.» Como pidiese una sed de agua, abrió Jael un odre de leche y dió de beber á Sísara, y cubriólo con una manta para que descansase. Estenuado de fatiga, durmióse profundamente el héroe moabita, y entónces Jael calladamente echó mano de la estaca de afirmar la tienda, y con un mazo atravesó las sienes del moabita, clavándole materialmente en el suelo. Y siguiendo Barac á los fugitivos, díjole Jael: Ven y te mostraré al varon que tú buscas, y llevóle á la tienda en que yacia por tierra el cadáver de Sísara.

El epinicio de Israél, que debió cantar Débora, dice así: «Oid, reyes; estad, oh príncipes, atentos: yo cantaré á Jehová, tañiré instrumentos de música en honor de Jehová, dios de Israél. Los príncipes habian decaido en Israél hasta que yo, Débora, me levanté como madre en Israél. ¡Levántate, Barac, y lleva tus cautivos, hijo de Abinoam! Entónces dije yo: desciende, ¡oh pueblo de Jehová! contra los fuertes, que tú eres refugio contra los poderosos. De Efraim vinieron, y de Benjamin, y los príncipes de Isacar estuvieron con Débora, y Zabulon expuso su vida y Neftalí en las alturas del campo. Junto á los arroyos de Ruben hubo gran consejo; mas ¿por qué te quedaste entre las majadas, para oir los balidos de los rebaños? Galaad quedóse de la otra parte del Jordan: mantúvose Asur á la ribera del mar, y quedóse en sus puertos; y Dan en sus alturas. Vinieron los reyes, y pelearon junto á las aguas de Meguiddo; mas no hallaron ganancia alguna de dinero. Isacar, apoyo de Barac, púsose á pié en el valle. El torrente de Cison barrió á los enemigos: el arroyo de Cison, que es torrente de batallas. Hollaste, oh alma mia, á los poderosos. ¡Bendita sea Jael sobre las «mujeres; sobre las mujeres, bendita sea »en la tienda! El pidió agua, y dióle ella leche: en ta-

»zon de nobles le presentó manteca. Su mano tendió »á la estaca, y su diestra al mazo de los trabajadores, y »majó á Sísara, y machucó y atravesó sus sienes. Cayó á »sus piés como herido del rayo. La madre de Sísara asó»mase á la ventana, y por entre las celosías exclama: »¿por qué se detiene su carro, que no viene? ¿Por qué no »andan las ruedas de sus carros? Las más avisadas de sus »damas, respondíanle, y áun ella misma se respondia: »¿no han hallado despojos, y los están repartiendo: á cada »uno una moza ó dos: los despojos de tejidos de colores »para Sísara? ¡Así perezcan todos sus enemigos, ¡oh Jeho»vá¡ mas los que le aman sean como el sol, cuando nace »en su fuerza!»

Apenas libres los israelitas de los cananeos de Hazor, tuvieron que habérselas con los madianitas, cuyos ganados se extendieron por el S. O. de Canaan y la península del Sinaí. «Venian en gran número (dice la tradicion) como langosta con sus ganados y con sus tiendas y camellos sin cuento. Pues como los de Israél habian sembrado, subieron los hijos del Oriente, y destruyeron los frutos de la tierra, hasta llegar á Gaza, y no dejaban que comer en Israél ni ovejas, ni bueyes, ni asnos. Y los hijos de Israél, se hicieron cuevas en los montes y cavernas y lugares fuertes (14).» Durante siete años, devastaron los madianitas el territorio de Israél, estableciéndose en Ofra (15), junto al Tabor, la familia de Abiezer, de la tribu de Manasés. En una incursion de los madianitas perecieron los hijos de un hombre de la tribu, llamado Joas, al cual no quedó vivo sino el menor, que tenia por nombre Gedeon. Como los madianitas volviesen, segun tenian de costumbre, en la época de la siega, acampando en el llano de Israél, conforme Gedeon estaba sacudiendo el trigo en el lagar para hacerlo esconder de los madianitas, escogióle Jehová para salvar á Israél. Reunió Gedeon en torno suyo á los de su tribu, en número de trescientos (16). Luego que, acompañado de su escudero Fara, hubo reconocido el campo de los madianitas, resolvió atacarlos de noche, y repartiendo los trescientos hombres en tres escuadrones, dió á cada guerrero una bocina y una tea ardiendo, oculta en un cántaro vacío. Por tres distin-

tos lados debian aproximarse á los madianitas los hombres de Gedeon, y cuando éste tocase la bocina y encendiese la tea, habrian de imitarle sus animosos compañeros. Como acabasen los madianitas de renovar las guardias á eso de la segunda vela, dió la señal Gedeon, y sus hombres tocaron las bocinas, rompieron los cántaros y blandieron las teas, gritando: ¡la espada de Jehová y de Gedeon! Y huyeron los madianitas, siguiéndoles los alcances los de Manasés, Aser, Zabulon y Neftalí. Mandó Gedeon á los de Efraim que á toda priesa tomasen los vados del Jordan á los madianitas, dos de cuyos príncipes, Oreb (cuervo) y Zeeb (lobo), cayeron en manos de los perseguidores; mas no pudieron dar alcance á Zeba y Zalmunna, matadores de los hermanos de Gedeon. Los de Efraim reconvinieron á Gedeon, porque no los llamó á la guerra contra Madian; pero él les respondió: ¿no es el rebusco de Efraim mejor que la vendimia de Abiezer? Dios entregó en vuestras manos á los príncipes de Madian; ¿qué puedo yo hacer como vosotros? Continuando Gedeon su marcha victoriosa, pasó el Jordan, y pidió á los de Succot que diesen á su cansada gente un bocado de pan; mas los ancianos de Succot respondieron: ¿tienes ya en tu mano á Zeba y á Zalmunna, para que hayamos nosotros de dar pan á tu ejército? Y contestó Gedeon airado: pues cuando Jehová hubiese entregado en mi mano á los matadores de mi familia, trillaré yo vuestra carne con espinas y abrojos del desierto. Los habitantes de Penuel, en Jabloc, á donde se trasladó Gedeon, no quisieron, imitando la conducta de los de Succot, socorrer á su gente; porque temian como aquellos la venganza de los madianitas. Y subiendo Gedeon hácia los que habitaban en tiendas, condujo su gente más allá de Carcor, donde dispersó los restos del ejército madianita é hizo prisionero á los dos príncipes, Zeba y Zalmunna. Volvióse luégo Gedeon á los de Succot, y dijo á sus ancianos: ved aquí á Zeba y Zalmunna, por los cuales me zaherísteis; y tomando los nombres de los ancianos, que eran setenta y siete en número, dióles con espinas y abrojos pena de muerte. Asimismo derribó la torre de Penuel y degolló á la gente del lugar. Luégo dijo

á los aprisionados príncipes: ¿cómo eran los hombres que matásteis en Tabor? Y ellos respondieron: como tú eran, ni más ni ménos, que parecian hijos de rey.—Mis hermanos eran hijos de mi madre, dijo Gedeon. Vive Jehová, que si los hubiéseis dejado con vida, yo no os mataria. Levántate y mátalo, dijo Gedeon á su primogénito Jetter; mas el jóven no desenvainó su espada, pues tenia miedo, que aún era muchacho. Entónces dijeron los prisioneros: levántate tú y mátanos; porque como es el varon, tal es su valentía. Y así lo hizo Gedeon. En el reparto del botin, pidió y obtuvo el victorioso israelita que le diesen los zarcillos de oro de los enemigos muertos. Y tendiendo Gedeon su capa, echó allí cada uno los zarcillos, cuyo peso fué de 1.700 siclos de oro, sin los vestidos de púrpura que traian los príncipes muertos, y sin las joyas en figura de lunetas y sin los collares que traian al cuello sus dromedarios.

Terminada la conquista de Madian con el triunfo glorioso de Gedeon, y habiendo sido éste el libertador de su patria, ejerció aun en tiempos de paz la suprema autoridad en Israél; pero rehusó la dignidad real que le ofrecieron (17): tan grande era el anhelo que tenian los israelitas de buscar proteccion y órden á la sombra de un poder regularmente establecido. Derribó de noche Gedeon, como expresamente se asegura, el altar de Baal y la imágen de Astarte en su ciudad, levantando á Jehová un altar en la montaña y otro en la ciudad, á cuyo altar puso por nombre «paz de Jehová» («y se conserva hoy dia en Ofra»), y una estátua cubierta de láminas de oro en la ciudad de Ofra. Si esta imágen áurea de Jehová fué, como se asegura (18) para todos los israelitas, incluso el mismo Gedeon, causa de idolatría; si, á lo que se pretende, tuvo Gedeon setenta hijos de sus muchas mujeres, y á ellos trasmitió la suprema autoridad, entónces debió gozar en vida de una posicion casi regia, y parece que no le faltó su harem. Murió Gedeon, segun dice la historia, en buena vejez, y fué sepultado en el sepulcro de su padre 1150 años a. C. (19).

Las mismas causas que mantuvieron la suprema autoridad en manos de Gedeon hasta su muerte, impulsaron

aun en vida del caudillo israelita, á ciertas ciudades del país, á semejanza de los filisteos, á concluir un pacto para asegurar su independencia y protegerse mútuamente. Siquem, antigua capital de la tribu de Efraim, fuélo tambien de esta confederacion de ciudades. En el burgo de Siquem levantaron á Jehová las ciudades aliadas un templo á Baal Berit (i. e. á Baal del Pacto), poniendo en el tesoro de dicho templo la caja de la confederacion. Uno de los setenta hijos, que tuvo Gedeon de una mujer de Siquem, llamado Abimélec, valiéndose del nombre respetable de su padre, y utilizando para sus designios el anhelo de los confederados por tener quien les diese órden y seguridad, y con el apoyo de dichas ciudades aliadas formó el plan de entronizar en Israél la monarquía. Trató luégo de que las ciudades le confiriesen el mando supremo, y conseguido esto, quiso desembarazarse de sus hermanos y subir al trono como único heredero de Gedeon. Un guerrero de capacidad como Abimélec, imágen de la fama y autoridad de su ilustre padre, debia ser bien recibido por las ciudades como guía en época tan inculta. Dirigióse Abimélec á los de Siquem, y les habló de esta manera: yo soy vuestro en carne y hueso: ¿qué teneis por mejor, que os señoreen setenta hombres ó yo sólo? Reuniéronse, pues, todos los de Siquem, y junto á las encinas eligieron á Abimélec por rey, dándole setenta siclos de plata del templo de Baal Berit, con los cuales pudo sostener una especie de guardia real. Gracias á esta y al apoyo de los de Siquem, vino á la casa de su padre en Ofra, y mató á sus hermanos, despues de cuya hecatombe prestáronle obediencia las tribus de Israél; y hubiera logrado sostenerse en el poder amasado con sangre, si no se le hubiesen sublevado las ciudades que le ayudaron á subir al trono; pero el sol de Abimélec habia llegado á su ocaso, y para defender el sanguinoso trono, dirigióse con su gente de guerra á Siquem, foco de la rebelion, destruyéndola y dando muerte á mil almas, entre hombres y mujeres, que perecieron quemadas en el templo de Baal Berit, donde se refugiaron. Fuése luego Abimélec á una ciudad llamada Tebes, situada á pocas millas al N. O. de Siquem, y púsola cerco. En medio de

aquella ciudad habia una torre fortificada, á la cual se retiraron todos los habitantes; y cerrando tras sí las puertas, subiéronse á lo alto. Al acercarse Abimélec á la puerta de la torre para incendiarla, una mujer dejó caer una piedra que alcanzó en la cabeza al caudillo israelita, y le abrió el cráneo. Llamó luégo el moribundo rey á su escudero, y díjole: saca tu espada y mátame, porque no se diga de mí: una mujer lo mató. Naufragó, pues, la monarquía en la lucha de las ciudades con el nuevo rey; continuando el inveterado fraccionamiento y disgregacion de la sociedad israelita.

A la manera que las tribus del N. guardaron la memoria de Débora, las del centro no olvidaron las hazañas de Gedeon, al paso que las de allende el Jordan se vanagloriaban de un guerrero de capacidad, que en otro tiempo las sacára de los mayores aprietos. Los ammonitas, situados entre el Arnon y el Jabloc, junto á las tribus cercanas á la orilla izquierda del Jordan, empujaron hácia la montaña de Galaad á las tribus de Ruben y Gad. A semejanza de los moabitas, que extendieron su dominacion por los valles del Jordan, los ammonitas ensancharon sucesivamente sus expediciones, y vadeando el citado rio, hicieron incursion en las tierras de Judá, Benjamin y Efraim. Durante diez y ocho años hubieron de gemir las tribus de Ruben y Gad, bajo la presion de los ammonitas; acudiendo luégo los ancianos de Galaad á Jefté (al cual habian negado la cualidad de heredero de su padre, porque era hijo de una ramera, y no de legítimas nupcias) (20), que refugiado en los desfiladeros de las montañas y á la cabeza de una turba de bergantes (que ciertamente no escaseaban en tierra de Israél), realizaba intrépidas hazañas, pidiéronle que fuese su capitan y guia en la lucha contra los hijos de Ammon. Y Jefté respondió á los ancianos de Galaad: ¿no me habeis aborrecido vosotros, echándome de la casa de mi padre? ¿Por qué, pues, venís ahora á mí cuando estais apurados? Cedió al fin Jefté al llamamiento de los ancianos; y el pueblo de Galaad, reunido en Mispa al oriente del Jordan, eligióle por su capitan general, habiendo hecho voto á Jehová, si volvia triunfante de los hijos de Ammon, de ofrecerle en holo-

causto al primero que le saliese á recibir á las puertas de su casa. Despues de apelar en vano á la tribu de Efraim, logró alistar á las de Ruben, Gad y Manasés contra los ammonitas, á los cuales venció junto al Arnon en sangrienta batalla. Y volviendo Jefté á su casa de Mispa, le salió á recibir su hija única, acompañada de las doncellas que tañian adufes y bailaban una série de danzas. Al verla rasgó Jefté sus vestiduras, exclamando: ¡hija mia, hasme afligido tú profundamente, porque he abierto mi boca á Jehová y no puedo retractarme! ¡Padre mio! respondió ella, si abriste tu boca á Jehová, haz de mí como prometiste, pues que Jehová te ha dado el vengarte de tus enemigos los ammonitas. Déjame, sin embargo, por dos meses que vaya á los montes con mis compañeras, y llore mi virginidad. Pasados dos meses, consumó en ella Jefté el voto que habia hecho, de donde nació la costumbre de las doncellas de Israél de endechar á la hija de Jefté cuatro dias al año.

Subleváronse tambien los efraimitas contra Jefté, como se habian levantado contra Gedeon. Celosos de la fama de Jefté, querelláronse de que hubiese domeñado sin ellos á los ammonitas, y en son de guerra pasaron el Jordan; pero Jefté les respondió: tuve yo y mi pueblo una gran contienda; y os llamé y no me ayudásteis. Juntando, pues, Jefté á los varones de Galaad, peleó contra los de Efraim, y tomándoles los vados del Jordan, murieron sobre 40.000 hombres de aquella tribu sediciosa. Y Jefté juzgó todavía seis años más en el país allende el Jordan, esto es, que aseguró el sosiego público.

IV.

INSTAURACION DE LA MONARQUIA EN ISRAÉL.

Siglo y medio habia trascurrido desde el establecimiento de los israelitas en tierra de Canaan, sin que durante tan largo período de tiempo hiciese verdaderos progresos el pueblo de Dios. Verdad es que la mayor parte de las tribus pudo aprender la agricultura y los rudimentos de los oficios mecánicos; pero la unidad del pueblo se perdió, y en vez del entusiasmo religioso que en otro tiempo le animára á su salida de Egipto, deslizóse al lado del culto de Jehová el de las divinidades siriacas. El fraccionamiento y division del pueblo lo hizo presa de las incursiones de los vecinos; y habiendo fracasado la tentativa de Abimélec, aliado con las ciudades, para fundar la monarquía, continuó el desórden por falta de concentracion en el poder. Peligros mayores aguardaban á los israelitas: las incursiones de Moabitas, Madianitas y Ammonitas eran de índole transitoria; ¿pero y si las poblaciones educadas de la costa juzgaban conveniente, aprovechándose de las circunstancias en que se hallaba Israél, penetrar tierra adentro, desalojando poco á poco del litoral al pueblo escogido? Nada tenia que temer por parte de los fenicios, completamente dedicados á sus expediciones marítimas y comerciales; pues desde principios del siglo undécimo surcaron el estrecho para hacer descubrimientos en el Océano Atlántico. No suce-

dia lo mismo con las belicosas poblaciones de los filisteos; porque, limitadas al O. por el mar, y por el desierto al S. O., la tierra de Israél dejaba solamente al descubierto el lado hácia el cual podian extenderse los filisteos. Contentándose durante mucho tiempo con haber puesto límites al engrandecimiento de las tribus de Judá y Dan, las circunstancias de Israél parecieron bastante favorables á la federacion de los filisteos para dar principio á sus invasiones en la primera mitad del siglo undécimo ántes de Cristo. Obraron desde luego con actividad y energía, alcanzando sus golpes á las tribus de Judá, Simeon y Dan, hasta entónces libres de irupciones extrañas, estando, como estaban protegidas por el desierto al S., y por el Mar Muerto al O. Luego dirigieron los filisteos sus ataques del lado del mar, y los israelitas al rechazarlos, léjos de ir en son de conquista y devastacion, defendian su independencia y libertad. Proponiéndose los cinco príncipes filisteos ensanchar sus fronteras y aumentar su propio poder, hicieron luego á Israél una guerra sistemática; y no ciertamente porque los filisteos tuviesen más fuerzas que los israelitas, sino gracias á la buena organizacion federal de las ciudades. Sometidas las tribus de Judá y Dan (1), no lograron los israelitas concentrar sus fuerzas, ni recuperar el terreno perdido, aunque inútilmente lo intentaron varias veces; siendo, al parecer, cosa evidente la ruina de la religion y patria israelitas. Ahora bien: ¿el pueblo de Israél, extraviado por su manera de vivir fiera, independiente y libre, tendria penetracion y constancia suficientes para salir del atolladero en que se hallaba?

Malos tiempos eran aquellos en que los filisteos invadieron el S. de Israél. En época posterior consolaron á los israelitas de tamaña vergüenza las historias del fuerte y generoso Sanson, hijo de Manoah, de la tribu de Dan, cuyas hazañas supone la tradicion realizadas en aquella época oscura y turbulenta. Jugó Sanson á los filisteos muchas malas pasadas; y como acabase sus dias por haberse prendado locamente de una mujer filistea, todavía al morir quitó la vida á tres mil enemigos de su pueblo (2). Así las cosas, es evidente que los esfuerzos

aislados no podian salvar á Israél ante las enérgicas disposiciones tomadas por los filisteos para sojuzgar tambien á las tribus del N., si el pueblo escogido no se alzaba y ponia sus fuerzas en las manos de una autoridad sólidamente constituida.

En Israel hacía muchos años que el levita Elí, de la familia de Itamar, descendiente del hijo menor de Aaron (3), desempeñaba el oficio de sacerdote cerca del arca santa en Silo, juntamente con las funciones de juez supremo. Trataron, pues, los filisteos de penetrar con buen golpe de gente en la region septentrional del país; y estando ya en Afec, á dos horas S. O. del Tabor, reuniéronse los israelitas en dicho monte para salir al encuentro del enemigo, el cual derrotó en el primer combate á los hebreos, que perdieron cuatro mil hombres. Con el fin de reanimar al pueblo, los ancianos de Israél dejaron trasladar al campamento el arca de Jehová, que estaba en Silo. Hofni y Pinehas, hijos de Elí, acompañaban el arca santa, la que fué recibida por el ejército en medio de aclamaciones de gozo. Presa de la más viva inquietud (tenia á la sazon 98 años de edad), sentóse Elí á la puerta del santuario de Silo, esperando el resultado de la lucha. Un hombre de la tribú de Benjamin, cubierto de polvo y rotas las vestiduras, acercóse apresuradamente y dijo á Elí; «¡Israél ha huido ante los filisteos, han muerto tus hijos y se ha perdido el arca de Dios!» Elí cayó de la silla, desnucóse, y murió. Treinta mil hombres quedaron tendidos en el campo (1070 ántes de Cristo (4).

A la muerte de Elí y de sus hijos no quedó en Silo más sacerdote que Samuel, hijo de Elcana, cuya morada era la montaña de Efraim. Nacido despues de una larga esterilidad, consagróle su madre á Jehová, encomendándolo á Elí para el servicio del templo, donde siendo todavía niño, vestia éfodo de lino, y creció en el temor de Jehová. Tras la horrible catástrofe de su pueblo, tocó á Samuel, ya en edad madura, el llenar los deberes de sumo sacerdote, y estableció su residencia en Rama junto á Gabaa en tierra, de la tribu de Benjamin. Reunidos los israelitas en Mispa, perteneciente á la mis-

ma tribu, ayunaron, ofrecieron libaciones abundantes á Jehová, y en llegando los filisteos sacrificó en holocausto un cordero de leche. «Jehová fulminó en aquel mismo dia terribles rayos contra los filisteos, arruinándolos en términos que hubieron de quedar completamente deshechos.»

Esta batalla ganada no tuvo consecuencias, si es que en puridad hubo de reñirse, pues la narracion de ella pertenece á la parte poética de los libros de Samuel. La posicion asignada á Samuel por la tradicion oral de los hebreos, demuestra que su actividad como sacerdote al par que profeta y vidente debió de haber sido importante; que elevó el culto del Dios antiguo, y supo apoderarse del corazon de los israelitas de tal modo, que su arbitraje era buscado y tenido en mucho en Israél. No pudo, sin embargo, evitar el peligro de las irrupciones de los pueblos vecinos; creciendo el peligro cuando los filisteos se dispusieron á ocupar de un modo permanente el territorio de Israél. Con el fin de atraer á las tribus del N. á la misma dependencia en que ya estaban las de Dan, Judá y Simeon, construyeron los filisteos un campo atrincherado en territorio de la tribu de Benjamin, junto á Mijmas y Gaba, para tener á raya el territorio de esta última, como ya lo estaba el de las tribus septentrionales: los hombres de armas tomar de las tribus de Judá y Simeon debian salir al campo contra sus paisanos: ambas medidas las llevaron á cabo rápidamente; y todo el territorio de Israél aquende el Jordan sometióse á discrecion del invasor. Para cortar el vuelo á los levantamientos, desarmaron á los israelitas; y como los filisteos no se contentaban con la entrega del armamento entónces existente, expulsaron del país á los artífices, al efecto de que ningun hebreo pudiese acicalar ni las espadas ni las lanzas. Si los arados, las hoces y los azadones se embotaban, ó las horquillas se torcian, los hijos de Israél tenian que bajar á lás ciudades de los filisteos para componer y aguzar sus aperos de labranza *(5)*.

Las tribus situadas al Oriente del Jordan quedaron exentas de la dominacion de los filisteos; pero tambien les llegó la hora de perder su libertad é independencia; por-

que los Ammonitas no quisieron, segun parece, desaprovechar ocasion tan favorable. Sometido al poder de los filisteos el país de la banda occidental del Jordan, las tribus del E. debian fácilmente hacer botin. Acamparon, por lo tanto, las mencionadas tribus orientales ante Jabes de Galaad, y estando á punto de rendirse sus moradores, Nahas, rey delos Ammonitas, no quiso, á lo que se dice, aceptar la capitulacion, como no se dejasen arrancar el ojo derecho los habitantes de Jabes Galaad. Entónces los ancianos de dicha ciudad enviaron mensajeros á los de allende el Jordan pidiéndoles que acudiesen en su auxilio prontamente.

Habia en Gabaa, tribu de Benjamin, un hombre valeroso llamado Saul, hijo de Cis, tio de Abiel, descendiente de familia poderosa, y respetable; en lo mejor de su edad y tan alto que «del hombro arriba sobrepujaba á cualquiera del pueblo;» habiéndole dado el Señor hijos capaces. Teniendo los filisteos un campo atrincherado en territorio de Benjamin, debió sentir la casa de Saul todo el peso de la dominacion extranjera; y áun en medio de la servidumbre oyó el generoso mancebo la noticia de que los moradores de Jabes pedian auxilio «precisamente al volver á casa de arar la tierra con sus bueyes.» Airado el ánimo al ver la ignominia y ruina de su pueblo, y sin cuidarse de los filisteos, tomó la hábil resolucion de ir en socorro de los oprimidos. Despedazó dos bueyes, enviando trozos á todas las tribus (6), y publicó la guerra, diciendo: el que no siga á Saul, verá descuartizados á sus hijos. Repartió Saul en tres pelotones la muchedumbre que se le unió, obedeciendo á su llamamiento y á la inclinacion natural en pró de los sitiados de Jabes. Al toque de diana cayó sobre el campamento de los Ammonitas, y dispersando el ejército enemigo, libertó á Jabes.

El pueblo de Israél, á pesar de sus violencias y crueldades al establecerse en tiera de Canaan, no obstante sus federaciones y apuros, afirmó en medio de la libertad anárquica é impotente contra el enemigo, una sola idea salvadora, un poder vigoroso que en ocasiones críticas no podia faltarle. La atrevida resolucion de Saul que con-

siguió libertar á la ciudad más comprometida; la victoria que alcanzara tras prolongado insulto, primer rayo de alegría y de esperanza, mostró al pueblo la perspectiva de que en Saul tenía el hombre capaz de expulsar á los filisteos, restablecer el órden y fundar la independencia de su patria. Terminado el sacrificio de accion de gracias á Jehová, junto á Guilgal en el Jordan, por la reñida batalla ganada á los Ammonitas, «fuese todo el pueblo hácia Guilgal, é hizo rey á Saul delante de Jehová con grande regocijo de todos los hombres de Israél (1055 á. C.).»

Las calamidades que sufria el pueblo hacia ya tiempo; la dura presion de la tiranía filistea; las circunstancias cada vez más críticas enseñaron al fin á la mayoría de Israel, que únicamente podia salvarse por medio de la union estrecha de las tribus, concentrando sus fuerzas y poniéndolas bajo la custodia de una autoridad sólidamente constituida. Para matar la anarquía en el interior y la opresion en el exterior, necesitábase un brazo fuerte, movido con imperio, y una autoridad por todos acatada. El pueblo de Israel estaba persuadido de que las discordias intestinas serian interminables mientras careciese de direccion; y al poner á Saul á la cabeza del Estado, lo esperaba todo de su energía y habilidad. Los israelitas hicieron, pues, uso de su soberanía dándose un amo, con la esperanza racional de haber fundado un porvenir mejor: Pero Samuel no lo creyó así, temiendo perder el influjo religioso y civil que por sí y por medio de sus hijos ejerciera áun bajo la dominacion de los filisteos; y uniéndose á otros sacerdotes se puso enfrente de la recien instaurada monarquía (7).

El nuevo rey dirigióse al punto de ser elegido, á desalojar el campamento de los filisteos junto á Gabaa y Mijmas, orillas del Jordan, consiguiendo que Jonatan, su primogénito, alcanzase un triunfo parcial cerca de la primera de las citadas poblaciones. Mas los príncipes de los filisteos no estaban en ánimos de mirar impasibles cómo los israelitas completaban su unidad; y para impedirla, reunieron un ejército de 3.000 cuadrigas, 6.000 caballos é innumerable gente de á pié; de cuyo ejército formaban parte las tribus de Judá y Simeon, puestas en el duro

trance de esgrimir las armas contra sus hermanos (8). Sea lo que fuere, tocante al número de que constaba el ejército filisteo, la verdad es que los preparativos del enemigo bastaron para desalentar á los israelitas. En vano mandó Saul reunir su gente al son de bocina, pues los israelitas «escondiéronse en las cuevas, en los riscos, en los zarzales, en las torres y en los fosos,» y pasando el Jordan, refugiáronse en tierra de Galaad. El rey, y su valiente hijo Jonatan fueron los solos que no se arredraron, ni ante el número, ni ante el empuje del enemigo; y eso que no acompañaban á Saul arriba de 600 hombres. El numeroso ejército de los filisteos ocupó, ante todo, el campo atrincherado de Mijmas; y abandonando luégo su defensa á una division en que iban los israelitas de Judá y Simeon, se abrió en tres alas, con el fin de envolver por todas partes á los israelitas é impedir la union de sus fuerzas. Una columna tiró al O., hácia Betjoron; la segunda, al N., en direccion á Ofra, y sobre el valle de Tseboin, al E., marchó la tercera (9). Gracias á este fraccionamiento del ejército filisteo, pudo Saul atacarlo por el lado más débil y ménos defendido, es decir, por la division de Mijmas, miéntras que él en persona se lanzaba inopinadamente sobre el fortificado campamento; Jonatan subió á una altura que habia detrás de la fortificacion, miéntras Saul la atacaba de frente. En la confusion del ataque pelearon los hebreos que habia en el campo de los filisteos del lado de sus compatriotas, logrando así Saul apoderarse del fuerte que abandonaron en su fuga los enemigos; y sin perder de vista lo que se habia propuesto, sabiendo el rey cómo iba la batalla, procuró sacar todo el partido que posible fuese (10); en el acto mandó á los suyos que persiguiesen á los fugitivos. Para evitar que su gente se diseminase, buscando provisiones, dijo: Cualquiera que comiere pan ántes de ponerse el sol, hasta que yo haya tomado venganza de mis enemigos, sea maldito. Empero Jonatan no oyó el conjuro de su padre; y como entrase el pueblo, que perseguia á los filisteos, en un bosque donde habia miel silvestre, comió de ella el primogénito de Saul, y estuvo á punto de morir, porque estaba consagrada á Jehová. Sin embargo del juramento de Saul,

mostróse el pueblo en esta ocasion más enérgico que de costumbre, y dijo al rey: ¿Ha de morir, pues, Jonatan, el que ha logrado triunfo tan grande para Israél? No será así. ¡Vive Jehová que no ha de caer en tierra ni uno solo de sus cabellos, pues que ha obrado hoy obedeciendo á Dios. «Así libró á Jonatan de la muerte el pueblo de Israél (11).» La victoria alcanzada sobre los filisteos por los israelitas, sacó á éstos de su apartamiento de Saul, decidiéndose á seguirle, lo cual les dió animo y confianza en sí mismos. Pero como sólo una parte del ejército enemigo habia sufrido un revés, «los filisteos siguieron peleando tenazmente mientras vivió Saul,» dice la parte más antigua de los libros de Samuel.

Mas Saul tenía tambien que habérselas con otros enemigos fuera de los filisteos: los amalecitas, que ocupaban el lado meridional de la tribu de Judá en el desierto, penetraron en tierra de Israél, y tanto, que Saul hubo de batirlos junto al Carmelo (así llamado tambien en nuestros dias), al S. de Hebron. Luego ensanchó Saul su territorio hasta las fronteras de Egipto, haciendo prisionero á su rey Agag. Aunque la pintura de esta expedicion contra los amalecitas pertenezca á la parte poética más moderna de los libros de Samuel, no cabe duda de que Saul dió un golpe muy rudo á los amalecitas (12). La narracion histórica más extensa de la guerra citada, dice: Saul pasó á cuchillo á los prisioneros amalecitas, destruyó lo que era de poco valor; mas trasladó á Guilgal al rey Agag y el ganado mayor, atravesando el territorio de la tribu de Judá. Vino luego Samuel de Rama para ofrecer el sacrificio de accion de gracias, y dijo á Saul: ¿qué balido de ganados y bramido de bueyes es este que yo oigo con mis oidos? Tú hiciste lo malo á los ojos de Jehová, pues te mandó que acabases con los amalecitas: y no quiso Samuel ofrecer el sacrificio. Eran las costumbres del pueblo muy bárbaras, y tenía por eso sobrado motivo el sumo sacerdote para desear mayor derramamiento de sangre. Victorioso el rey, sin embargo, mostrándose conciliador, hubo de confesar su falta, diciendo: he pecado; mas ruégote que me honres delante de los ancianos de mi pueblo; no te vayas de aquí: vuelve conmigo para que adore yo á

Jehová, tu Dios. Luego pidió Samuel que le trajesen al rey de Amalec, y viniendo Agag, cortóle Samuel en pedazos delante de Jehová en Guilgal (13).»

El rey Saul, como dice la narracion antigua, fué valeroso, y salvó á Israél de mano de los merodeadores, é hizo guerra á todos los enemigos que tenía al rededor: peleó contra Moab y contra los hijos de Ammon y contra Edom y los reyes de Soba y contra los filisteos, y á donde quiera que se tornaba era vencedor. «La espada de Saul nunca se tornó vacía,» pudiendo, las hijas de Israél, vestirse de púrpura con los despojos de sus victorias, y adornarse las ropas con ornamentos de oro (14). Y á cualquiera que Saul veia que era valiente y hombre de esfuerzo, juntábalo consigo. Apoyaron al rey Saul en sus luchas incesantes, en primer término, Jonatan, su primogénito, el más fiel y bravo de cuantos hermanos de armas tuvo á su lado; su tio Abner, á quien hizo insigne soldado y general de su ejército. Tras largas y tenaces guerras consiguió Saul rechazar enérgicamente á las tribus del E., acabando con la preponderancia de las armas filisteas.

La autoridad real fué, pues, en nombre de Saul lo que esperaban los israelitas al establecerla. Estando el pueblo de Israél al borde del precipicio, debió su salvacion al esfuerzo de Saul, sin el cual las tribus de allende el Jordan hubieran cedido al empuje de Ammonitas y Moabitas, al paso que los filisteos habrian encontrado al fin en las de aquende obedientes súbditos. No por ser elegido rey, alteró Saul los hábitos anteriores de su vida: bien en el campo ó en sus tierras de Gabaa vivia con su mujer Ahinoam y cuatro hijos, á saber: Jonatan, Abinadab, Maljisua é Isboset y con su hija Mijal; la mayor Merab casó con Adrid, hijo de Barsilai. Su concubina Rispa, de la que ya hicimos mencion, dió á Saul dos hijos más. sentábanse á su mesa Abner y algunos otros de sus buenos compañeros de armas. Nada dice la historia acerca de la córte de Saul, ni del boato, ni de los magnates, ni de las ceremonias, ni del harem (15). Que Saul amaba y gustaba de acercarse al pueblo, demuéstranlo las lágrimas derramadas á su muerte y la adhesion á su casa de la mayor parte de los israelitas.

Las tierras conquistadas, la enérgica defensa de su independencia, y el ensanche de sus fronteras no fueron los únicos beneficios que debieron los israelitas á su primer rey: debióle tambien mucho la religion, pues Saul era celoso servidor de Jehová, á quien hacia sacrificios, elevaba altares y consultaba por medio de los sacerdotes que le acompañaban hasta en sus expediciones militares. Tenía en mucho la observancia de los usos religiosos: á ningun guerrero fatigado consentia comer carne sanguinosa. Con el mayor rigor expulsó del país á todos los magos y nigrománticos: «celoso de la gloria de Israél,» castigó severamente á los jebuseos de Gabaon, que una vez se pusieron del lado de Israél contra los amorheos, y tuvo pensado exterminarlos; pero sea de ello lo que fuere, lo cierto es que los trajo á la dependencia y sujecion de su gobierno. En el reinado de Saul volvió á Israél el arca de la alianza que cayó en poder de los filisteos en la batalla dada junto á Afec; y aunque ningun bien les produjo, segun dicen los hebreos, pusiéronla á guisa de trofeo en el templo de Dagon en Asdod; pero el ídolo de este dios se hizo pedazos y sólo quedó su tronco: la gente de Asdod vióse atacada de peste y las sementeras destruidas por los ratones. Lo mismo sucedió en Gat, á donde fué trasladada el arca, de suerte que no quisieron hacerse cargo de ella los habitantes de la ciudad de Ecron. En esto colocaron los filisteos el arca en una carreta, y dejando que los bueyes siguiesen libremente su camino, la sagrada reliquia llegó á Bet Semes, en la tribu de Judá; pero la contemplacion del arca de Jehová produjo muchas muertes á los de Bet Semes, hasta que se encargaron de ella los hombres de Kiriat Zearim (poco distante de Bet Semes), y Abinadab la colocó en una casa situada en un monte de sus tierras, habiendo instituido por guardian y sacerdote del arca á su hijo Eleasar (1045 a. C.) (16.[a]).

La ambicion y deslealtad de un hombre elevado por Saul, inutilizó tantos y tan grandes esfuerzos como habia hecho Israél, y puso de nuevo sus destinos en tela de juicio. David, hijo menor de Isaí, de Belen, pobre aunque de buena familia de la tribu de Judá, era de los valientes «que Saul logró atraerse.» Distinguióse en la

guerra de los filisteos (porlos años de 1040 (16[b]) y el rey Saul le hizo su paje de armas (17), y salia David á donde quiera que Saúl le enviaba, y portábase prudentemente. Fué David en sus expediciones militares contra los filisteos más afortunado que los demás capitanes de gente de guerra, y era acepto á los ojos de todo el pueblo y á los de la servidumbre de Saul, cuyo esforzado hijo Jonatan «hizo alianza con David, porque le amaba más que su alma (18).» En la casa de Saul ocupaba David el primer lugar entre la gente de guerra por su fidelidad á los mandatos del rey (19). Hízolo, por tanto, Saul capitan de miles y jefe de la guardia real (20); siendo el primero despues de Abner en el séquito de Saul y uno de sus comensales. Hizo todavía más Saul: dió á David por mujer á Mijal, su hija menor. ¿Quién soy yo (cuenta la narracion más antigua que dijo David á Saul), qué es mi vida y la familia de mi padre en Israél, para ser yerno del rey? Pero yo soy pobre y hombre de ninguna estima (21).

En los últimos años de su reinado tuvo sospechas Saul de que este hombre, á quien habia encumbrado tanto, haciéndole su yerno, y que era amigo de corazon del primogénito del rey, conspiraba contra él y su casa en union de Samuel y otros sacerdotes, enemigos acérrimos de la recien instaurada monarquía. Sospechó tambien Saul, que su yerno trataba ya de despojar á viva fuerza de su herencia á Jonatan, ó de quitarle á él la corona. Segun la narracion antigua, Saul miró á David de través envidioso de sus hazañas guerreras; segun la moderna, dijo Saul á Jonatan: «Miéntras viviere el hijo de Isaí, ni tú estarás seguro, ni tu reino (22).» Quiso, pues, Saul enclavar á David con su lanza en la pared; pero éste esquivando el golpe, huyó á su casa aquella misma noche. Saul mandó luego gente para que circunvalasen la casa de David y lo matasen á la mañana siguiente; pero Mijal descolgó de noche á David por la ventana, poniendo en su lecho un dios penate cubierto con la ropa de cama y por cabecera una almohada de piel de cabra. Huyó David á Nob, refugiándose en casa del sacerdote Ahimélec (que era descendiente de Elí, de la familia de Itamar), el cual consultó á Jehová lo que haria con el fugitivo,

dándole de comer y una espada; y luego acogióse David á los dominios del príncipe de los filisteos, Ajis, rey de Gat (23). Afeó Saul á su hija el haber protegido la fuga de David (24), é hizo luégo justicia seca con los sacerdotes á la sombra de los tamarices. Conducidos Ahimélec y los demás sacerdotes á Nob, díjoles Saul: ¿por qué habeis conspirado contra mí, tú y el hijo de Isaí, que contra mí se ha levantado? Morirás, Ahimelec, tú y toda la casa de tu padre. Entónces dijo el rey á la gente de su guardia: matad á los sacerdotes; que tambien es con David la mano de ellos: en aquel dia murieron ochenta y cinco de los que vestian éfodo de lino (25); mas uno de los hijos de Ahimelec, llamado Abiatar, escapó y huyóse á David, llevando la imágen áurea de Jehová que estaba en Nob (por los años 1036, a. C. (26). Saul casó á su hija Mijal, esposa de David, con otro hombre llamado Palti de Galim.

No sabemos hasta qué punto eran fundadas las sospechas de Saul contra David: las narraciones escritas y retocadas á favor de David, nos dicen solamente que el hijo de Isaí estaba, en efecto, íntimamente ligado con los sacerdotes, aunque tuviera por lo ménos razon para quejarse á Jehová de la envidia de Saul; hablando muy alto las hazañas de David (luego que rompió con Saul) en favor de sus vastos proyectos, bien calculados aunque no se mostrara muy escrupuloso en la eleccion de medios para realizarlos. Mas como quiera que Saul descubriese á tiempo las ambiciosas miras de David, quizá por haber ido éste demasiado léjos en el camino de su realizacion, lo cierto es que David faltó á Saul; y no contentándose en manera alguna con evitar los efectos de la cólera del rey, hizo buena con su conducta la sinrazon de que era víctima (27). No habrian los filisteos dado asilo en Gat á un enemigo tan temible como David, que tanto daño les habia hecho, ni dado cuartel á sus compañeros, si aquél no les prometiera desde luégo unirse á ellos para hacer armas contra Saul. Tambien tuvo tratos David con otros enemigos de su pátria. Para salvar á sus padres de la venganza de Saul, llevólos David no á tierra de filisteos, los cuales ninguna prenda contra su antiguo ene-

migo veian en ellos, sino á casa del rey de Moab, frecuentando asimismo el trato de Nahas, rey de Ammon (28). Penetró luego David en las desiertas llanuras del territorio que ocupaba la tribu de Judá, orillas del Mar Muerto, procurando allí organizar una sublevacion: para ello creyó poder contar con el afecto que tenia á su propia tribu de Judá, enemiga de Saul, procedente de la pequeña tribu de Benjamin, aunque la tribu de Judá, muy castigada por los filisteos, debia estar singularmente obligada á Saul. Rodeóse, pues, David de una turba compuesta de «todos los oprimidos y de cuantos tenian acreedores y se hallaban en amargura de espíritu (29),» llegando á juntar como unos seiscientos hombres, los cuales se reunieron con su jefe en la cueva de Adulam. Vióse obligado David, luego que sus primeras empresas resultaron fallidas, á vivir vida de aventurero con su turbamulta, lo que le puso en contingencia de indisponerse con los moradores del distrito en que merodeaba. Para salir de apuros, acudió David á los términos medios: envió á casa de Nabal, varon que moraba en el Carmelo, junto á Hebron, y poseia tres mil ovejas y mil cabras, un emisario descendiente de aquel Caleb, que en un tiempo se abrió allí paso con la espada, mandándole que dijese: David no ha tomado á Nabal ni una cabeza de ganado con que pudieran alimentarse él y los suyos; pero Nabal contestó al ruego de David: ¿quién es David? ¿Quién es el hijo de Isaí? Hoy dia hay muchos siervos que se huyen de sus señores (30). Entónces condujo David á sus hombres para caer de noche sobre la casa y bienes de Nabal. Abigail, mujer de Nabal, salió al encuentro de los aventureros, y de miedo dióles asnos cargados de carne de ovejas, panes, odres de vino, higos y pasas, á fin de que los condujesen secretamente al campo de David. ¡Loada sea tu inteligencia, mujer, dijo David, que si no hubieras tú salido á mi encuentro al romper el dia, no le quedara á Nabal meante á la pared! Y cosa digna de notarse: Nabal el rico murió diez dias despues de este acaecimiento; y viendo David (cuya esposa Mijal, hija de Saul, habia casado con otro) la conveniencia de ser propietario en aquella region, envió al Carmelo unos criados

los cuales dijeron á la viuda de Nabal: David nos ha enviado á tí para tomarte por mujer. Levantóse Abigail, inclinó su rostro á tierra, y dijo: tu esclava está pronta á lavar los piés de los criados de tu señor; y acompañada de cinco mozas, siguió á los mensajeros de David, y fué su mujer (31). Parece, en efecto, que este enlace fué útil á David en su empresa; porque se declararon á su favor los lugares del S. de Judá, á saber: Aroer, Horma, Ramot, Jatir, Estemoa y hasta Hebron (32). Avanzando luego hácia el N., apoderóse David de Quehilá, plaza fuerte (33). Al saberlo, dijo Saul: Dios lo trajo á mis manos, pues se ha metido en ciudad que tiene puertas y cerrojos. Mas entendiendo David que Saul se aproximaba, mandó al sacerdote Abiatar, aquel que se fugó de Nob al campo de David con la imágen de Jehová, traer dicha imágen y consultándola, dijo: me entregarán á los vecinos de Quehilá, á mí y á mis hombres en manos de Saul? Jehová, dios de Israél, ¿me lo dirá? Y Jehová respondió: te entregarán (34). David entónces perdió toda esperanza de permanecer en la ciudad y huyóse á la selva que hay junto al Mar Muerto, cerca de Sif y Maon; pero Saul iba á los alcances de David, que estaba ya cercado y en peligro de perderse, pues los dos ejércitos estaban separados por una montaña (que tuvo por nombre roca de la escapada) (35), cuando recibió Saul la nueva de que los filisteos, viniendo en auxilio del apurado rebelde, habian invadido el territorio de Israél. Luégo que el rey hubo batido de nuevo á los filisteos, escogió tres mil hombres de su ejército para sofocar por completo la rebelion; y como huyese David hácia el E. orillas del Mar Muerto á la region de Enguedi en las «rocas del revezo,» púsole Saul en tal aprieto, que no pudiendo David permanecer en Judá, dirigióse con su turbamulta á tierra de filisteos, poniendo así término á la rebelion (36).

Fracasada completamente la intentona de David para separar del lado de Saul á la tribu de Judá, y expulsado del territorio donde alzó bandera de insurreccion, no esquivó David el entrar formalmente en el partido de los filisteos, que aceptaron gustosos los servicios de un valiente y hábil guerrero ántes su enemigo y ahora en Judá

rival de Saul, á quien ayudara á expulsarlos de Israel, en la creencia deque la animosidad contra su jefe y bienhechor les serviria de gran provecho. Ajis, rey de Gat, en cuyos dominios buscó de nuevo asilo David, decia: «que habiéndose David hecho odioso al pueblo de Israél, sería siempre su siervo,» y dióle por morada á él y su turba de aventureros la ciudad de Siclag, plaza fronteriza (37).

Como vasallo de Ajis y residente en su ciudad de Siclag, debia David salir á campaña á las órdenes de su señor y entregarle parte del botin que hiciera (38). Aun así logró David hacer á Saul y á su pátria una guerra de emboscadas, valiéndose de los israelitas descontentos que pasaban la frontera para aumentar sus filas (39). Era David bastante hábil para olvidarse de lo que debia á sus primitivos partidarios y á las ciudades que por él se declararon; y así dirigió sus ataques contra los secuaces de Saul, pero sostenia relaciones con sus amigos de Judá, y enviaba á los ancianos de las ciudades parte de los despojos que hiciera en sus incursiones y pillajes (40).

Vivia David hacía ya tiempo en Siclag (41), cuando los filisteos reunieron todas sus fuerzas contra Saul. Inspeccionando sus tropas los príncipes de los filisteos, vieron á David y su gente entre los soldados de Ajis, y preguntándole quiénes eran aqnellos hebreos, dijeron: no dejes á David tomar parte en la lucha, no sea que se vuelva contra nosotros, y quiera recuperar el afecto de su rey, con riesgo de nuestras cabezas. Ajis, que tenía confianza en David, contestóles: un año hace que vive David en mi reino, y hasta hoy no encontré nada que justifique vuestras sospechas; pero los príncipes no se dieron á partido, temerosos quizá de que se repitiera lo de Mijmas, cuando Saul, ayudado por sus compatriotas, que iban en el ejército filisteo, ganó á estos su campo atrincherado. Como Ajis anunciase que no podria seguir al ejército el hebreo David, disgustóse éste y dijo: ¿pero qué he hecho yo y qué has notado en tu siervo desde que vivo contigo hasta hoy, para que no pueda yo luchar contra los enemigos de mi rey? A despecho de sus apremiantes deseos no logró David salirse con la suya (42).

El ejército de los filisteos avanzó hácia el N. O. acam-

pando en Sunem; y el rey Saul con los israelitas situóse enfrente de aquellos cerca de los montes de Guilbóah (43). Trabóse la batalla que fué empeñada por ambas partes, viendo morir Saul á sus hijos Abinadab y Malquixúaj, y en fin al mismo Jonatan: huyeron los israelitas, y los arqueros enemigos la emprendieron con el rey, que no quiso huir ni salvar su vida una vez vencido y muertos sus hijos. Acudió, pues, á su escudero y le dijo: tira de tu espada y atraviésame, á fin de que no caigan sobre mi estos incircuncisos y me maltraten; pero el fiel conmiliton negóse á poner mano en la persona de su señor, y Saul echóse sobre su espada, siguiendo el paje de armas el ejemplo de su rey, cuyo ejército desbandóse completamente. Regocijáronse los filisteos al encontrar en los montes de Guilbóah el cadáver de Saul, desnudáronle las armas y las enviaron por todas las tribus para que estas se convenciesen de que el temido jefe de Israél ya no existia, depositándolas luégo en el templo de Astarte. Cortaron, asimismo, la cabeza á Saul y colgáronla en el templo de Dagon: expusieron tambien en el muro de Bet-San no léjos del campo de batalla, los cadáveres de los hijos de Saul, con el fin de que las tribus no esperasen socorro de la familia de su rey (1033 a. C. (44.)

Israél enmudeció de terror: el aya de Mefiboset, hijo menor de Jonatan, dejóle caer tan luégo como supo la nueva del desastre de Guilbóah: muchos israelitas pasáronse á los filisteos, al paso que otros se dirigieron á Siclag, poniéndose bajo la proteccion de David. Pero de Jabes de Galaad, salvada en otro tiempo por Saul de un gravísimo aprieto, salieron hombres animosos, los cuales pasaron el Jordan y dirigiéndose á Bet-San, quitaron de noche del mercado los cuerpos de Saul y de sus tres hijos, condujéronlos á Jabes, y enterráronlos bajo los tamarices, ayunando durante siete dias los habitantes de Jabes y doliéndose por la caida de Saul (45). Y tenian sobrada razon los israelitas para dolerse de la muerte de Saul. En una de las elegías cantadas por aquel entónces resalta con claridad lo que fué Saul para con sus vasallos: «¡Pereció la gacela de Israél sobre tus montañas! Han caido tus héroes. No lo conteis en Gat, no lo anuncieis en las calles

de Ascalon; porque no se alegren las hijas de los filisteos, ni salten de gozo las hijas de los incircuncisos. ¡Montes de Guilbóah, ni rocío ni lluvia caiga sobre vosotros, ni seais tierra de ofrendas! Que allí fué rechazado el escudo del héroe, el escudo de Saul. Sin sangre de muertos, sin grasa de valientes el arco de Jonatan no volvió atrás, ni se tornó vacía la espada de Saul. Saul y Jonatan, que se amaron y quisieron en vida, en su muerte tampoco se separaron. Fueron ellos más ligeros que águilas, más fuertes que leones. Hijas de Israél, llorad por Saul que os vestia graciosamente de púrpura, que adornaba con áureas joyas vuestras ropas. ¡Ay! ¡Cayeron los valientes en medio de la batalla!» (46).

Una sola batalla aniquiló el resultado de trabajosas y prolongadas luchas: los filisteos dominaron otra vez aquende el Jordan como en los calamitosos tiempos anteriores á Saul; mas no obstante la caida del héroe que habia sido protector de Israél y espanto de sus enemigos, subsistió la monarquía. Isboset, hijo menor de Saul, escapó con vida de la batalla de Guilbóah, salvándose con el general Abner allende el Jordan; y en Majanaim sentó sus reales con asentimiento de las tribus que le reconocieron por rey. La espada de Abner fué para Isboset un seguro arrimo, y la adhesion de los israelitas á la familia de Saul permitió luégo á su heredero atravesar el Jordan al abrigo de Majanaim, logrando Isboset que hasta los mismos filisteos le reconociesen como sucesor de su padre: así lograron el valor y la constancia de Abner arrancar de nuevo á los filisteos el fruto de la victoria de Guilbóah, libertando del yugo extranjero á las tribus del N. incluso las de Efraim y Benjamin (47).

Miéntras se ocupaba Abner en salvar los restos del imperio de Saul para su hijo y en expulsar del país á los filisteos, David no perdia tiempo. En los primeros momentos que siguieron á la rota de Guilbóah, refugiáronse en Siclag muchos israelitas. El nombre de David inspiraba respeto á los israelitas de armas tomar, los cuales estaban seguros de encontrar quien los defendiese en el vasallo de los filisteos. Por otra parte, ocupaba en gran mayoría el filisteo los lugares de la tribu de Judá que primero se

declararon por David, el cual, segun dice la tradicion, consultó á Jehová si subiria á una de las ciudades de Judá, y Jehová le respondió: que subiese á Hebron. Así lo hizo y «los hombres de Judá ungieron allí á David por rey sobre la casa de Judá, pues esta sola fué la que seguía á David (48).» Así consiguió David lo que no pudo lograr en vida de Saul, esto es, crearse una posicion independiente en el territorio de la tribu de Judá, pues comenzó á reinar tranquilamente en Hebron como vasallo de los filisteos (49). Mas luégo que Abner hubo arrebatado de mano de los filisteos el N. y el centro del país, uniendo bajo el cetro de Isboset todo el territorrio de Israél ménos una parte de la tribu de Judá, volvió sus armas contra el protegido de Hebron para emancipar del todo á Israél.

«Y hubo larga guerra entre la casa de Saul y la casa de David,» dice la narracion más antigua (50[a]). Peleábase hacía ya años sin resultado decisivo, cuando una disidencia entre el rey Isboset y su general Abner suministró á David el medio de escalar por fin el trono de Saul. Parece que Isboset desconfiaba de Abner á quien todo lo debia; porque habiendo tomado este último por mujer á Rispa, concubina de Saul, creyó Isboset que se acercaba al trono para alzarse un dia con el mando, y no ocultó por ello su enojo (50). Apartóse Abner del hombre á quien habia engrandecido y entró secretamente en tratos con David, el cual acudió gustoso al llamamiento de aquél. Con su astucia acostumbrada exigió David primeramente que se le devolviese su mujer Mijal, hija menor de Saul, casada por éste con Palti cuando David se hubo declarado en abierta rebelion; porque conociendo la adhesion de los israelitas á la familia de Saul, comprendió perfectamente que nada le ayudaria tanto á subir al trono como su renovada alianza con la descendencia de Saul; pues no habiendo sobrevivido al primer rey de Israél más que su hija segunda, casada con David, venia éste á ser su legítimo heredero. Abner envió á David su mujer Mijal, yendo en persona á Hebron para tratar de la entrega del reino de Isboset. Llegaron á un acuerdo, logrando Abner cuanto se propusiera. Iba, pues, camino de Ma-

janaim, cuando tuvo que desandar lo andado por acudir al llamamiento de Joab, general de David. Luégo que Abner volvió á Hebron, apartólo Joab, á un lado de la puerta como si quisiese hablar con él reservadamente; pero en vez de esto lo atravesó de parte á parte con la espada. En un encuentro junto á Gabaon entre las partidas de Isboset y las de David, habia Abner dado muerte á Asahel, hermano de Joab (51). Dolióse David (protestando su inocencia) de la muerte de Abner, que debió tener entre los israelitas muchos amigos y parciales. Dióse al cadáver de Abner honrosa sepultura en Hebron, yendo David, que vestia saco, detrás del féretro, pero el crímen de Joab quedó impune (52).

Cuando llegó á Majanaim la nueva de la muerte de Abner «descoyuntáronsele las manos á Isboset y se atemorizó todo Israél.» Lloraron los israelitas la muerte de Abner, en loor del cual decian en sus cantos: «¿Murió Abner como muere un villano? Tus manos no estaban atadas, ni tus pies ligados con grillos: ¡caiste como los que caen á manos de los hijos de la perfidia (53)!» Con la muerte de Abner quedó sin apoyo el reino de Isboset: dos de sus capitanes queriendo congraciarse con David, entraron á la hora de más calor del dia en la cámara donde Isboset estaba durmiendo la siesta, cortáronle la cabeza y deslizándose sin que ningun criado de la casa real lo notára, lleváronla precipitadamente á David en Hebron. Este hecho pudo no desagradar á David, pues le condujo brevemente al fin que se propusiera (54); pero no queriendo nada con los cómplices, mandólos matar.

Vacante el trono de Saul, vióse David, marido de la hija segunda de aquél, á la cabeza de un poder no despreciable. ¿A quién podian elevar al sólio las tribus que obedecieron á Isboset, sino al que habiendo puesto fin á la civil discordia volveria á unir bajo un mismo cetro todo el pueblo de Israél? Los ancianos de las tribus tenian harta inteligencia para comprender este aspecto de las cosas; y así todo el pueblo juntóse en Hebron, y en plena reunion alzó por rey de Israél á David, al cual ungieron los ancianos (55). Cerca de ocho años habian transcurrido desde que Saul y sus tres hijos murieron en Guil-

bóah: por doquiera reinaban la alegría, la concordia y la esperanza, pues tras larga civil contienda divisábanse mejores tiempos. (1025 a. C.)

Llegó por fin David al logro de lo que tan tenazmente y con varias alternativas persiguiera; mas quedaban todavía descendientes de Saul por la línea masculina. Los Heveos de Gabaon odiaban de muerte á la familia de Saul por haber este procurado exterminarlos «con motivo de celo por los hijos de Israel.» Dijo, pues, David á los Gaboanitas: «¿que haré para remediar el mal que os causára Saul (56)?» Y los gaboanitas le respondieron: porque nuestro país padece hambre hace tres años, dénsenos siete varones de la familia de Saul «para ahorcarlos á Jehová en Gabaa,» residencia de Saul. Quedaban precisamente siete descendientes varones de Saul, á saber: dos hijos de su concubina Rispa, y cinco nietos que le diera su hija mayor, Merab, casada con Adriel. «Entrególos, pues, David en manos de los Gabaonitas, y ellos los ahorcaron en el monte delante de Jehová.» Aún vivia otro descendiente de Saul, á saber: Mefiboset, hijo de Jonatan, primogénito de Saul; pero Mefiboset contaba á lo sumo diez ó doce años y era cojo de la caida que le hizo dar su ama. Acordándose David de la estrecha amistad que en otros tiempos le uniera á Jonatan, perdonó á su hijo Mefiboset, dejándole vivir en paz en Gabaa, corte de Saul. Mandó tambien David que los huesos de Saul y Jonatan fuesen trasladados desde Jabes á Sela en Gabaa donde descansaban los restos de Cis, padre de Saul. En la tribu de Benjamin á la que perteneció Saul, no faltaron parciales de su casa que conservaron vivo el recuerdo de los hechos del yerno de Saul, y odiaban, por tanto, «á los sicarios de David.»

V.

APOGEO DEL REINO DE ISRAÉL.

Subió David al trono de Israél rebelándose contra su legítimo soberano, protegido por los enemigos de la patria, á costa de su propio pueblo y manchado con la sangre de los descendientes de Saul. Era, por tanto, un deber para David el conducirse de modo que durante su mando quedasen olvidados los medios que empleara para llegar al trono. Preparóse, en efecto, convenientemente, pues la intencion de David era negar la obediencia á los filisteos, en cuanto no los necesitase para satisfacer sus ambiciosas miras.

El nuevo rey previó que el ataque de los filisteos sería tanto más cierto cuanto más tardio, pues no desconocia la dificultad de ganar tiempo para reunir fuerzas con que hacer frente á la invasion del enemigo en un campo abierto como el de Israél. Hacia falta un puesto fortificado ante el cual se estrellase el primer empuje del enemigo: necesitaba David hallar una ciudad sólidamente amurallada y con circuito capaz de albergar en sus muros buen golpe de gente militar. Los Jebuseos, restos de los amorheos, vivian al N. de la tribu de Judá en territorio de Benjamin emancipados de la dominacion israelita: su capital Jebus estaba situada en unas alturas inaccesibles, y circundábanla profundos valles y hondonadas naturales: los muros que caian al E., lugar del burgo de Sion, eran tan sólidos, que los Jebuseos se vanagloriaban

de que los ciegos y los cojos fuesen bastantes para defenderlos. Pareció á David esta ciudad bien situada, así para su residencia como para rechazar las invasiones filisteas; porque tenia al S. las fieles tribus de Judá y Simeon, y venia á ser un puesto avanzado en el territorio de las tribus del N. Desde Hebron, donde todas las tribus de Israél le confirieran la dignidad de rey, dirigióse David á tomar la ciudad de Jebus: empezó por cortar las aguas; consiguiéndo luego que Joab, con los mejores soldados veteranos, asaltase impetuosamente los muros (1).

Al saber los filisteos que las tribus de Israél habian proclamado rey á David, empezaron sus preparativos militares (2). Cuando se acercaban los filisteos, encerróse David en la conquistada fortaleza de Sion. Como el ejército de los filisteos acampase delante de la ciudad y se alargara á merodear por el valle de Refaim, consultó David á Jehová si, yendo contra el enemigo, podria vencerlo Y habiendo sido favorable la respuesta de Jehová, salió David contra los enemigos, y los rompió y venció; mas volvieron por segunda vez á sitiar la fortaleza de Sion; y el oráculo de Jehová mandó á David que no subiese contra ellos, sino que los rodease y atacara por delante de los morales; y cuando oyese un estruendo en las copas de los morales, entónces se moviese; pues era señal de que Jehová iria delante de él para tomar el campo de los filisteos. Y David lo hizo así; consiguiendo una gran victoria sobre los filisteos, á los cuales persiguió hasta Gaza (3). No por esto acabóse la guerra, que duró bastante tiempo; cuatro batallas se dieron en la frontera junto á Gob y cerca de Gat, para rechazar más de un encuentro sério con los filisteos. Los restos de la tradicion que han llegado á nosotros, demuestran que David hubo de sostener ahora una guerra más encarnizada que nunca, contando Israél algunos héroes más que en ella se distinguieron (4). Logró por fin David «cortar el cordon formado por los filisteos, y romper sus extremos (5),» obligándolos á encerrarse en sus antiguas fronteras y dándoles tan rudos golpes, que perdieron todo cuanto habian ganado en siete años de constantes luchas con los hebreos. Una enérgica tentativa para extender hasta el

mar las fronteras de Israél, sometiendo al mismo tiempo las ciudades de los filisteos, convirtió á David en el rey más afortunado entre los israelitas por sus victorias.

Pasado el peligro mayor de los filisteos, volvió David sus armas hácia el S. y el E. contra los Amalecitas, los Moabitas y Ammonitas, que tanto daño habian hecho á Israél; y aunque Saul los había ya vencido varias veces, atacólos David tan ejecutivamente, que el nombre de los Amalecitas apenas vuelve á sonar desde aquel entónces, sucediendo lo mismo con los Idumeos (6). Fué David, aliado del rey de Moab, al cual confió la guarda de sus padres, cuando huia de la persecucion de Saul; mas rompió con aquél, sin que sepamos el motivo; pero es cierto que David se mostró cruel con los prisioneros Moabitas, y haciéndolos echar por tierra, midiólos con un cordel y los separó en tres partes: dos fueron condenadas al suplicio de morir aplastadas por las máquinas de trillar; y haciendo á la tercera gracia de la vida (7). Al rey de Ammon, Nahas, que tuvo tratos con David, sucedió su hijo Hanon, el cual despachó vergonzosamente á los enviados de aquél, despues de raparles las barbas y cortarles los vestidos hasta las nalgas. Viendo esto, y para vengar el ultraje hecho á sus embajadores, envió David contra los Ammonitas á Joab con lo mejor de su ejército. Hanon (á quien habia ya batido Saul) llamó en su auxilio al rey de Soba y á los reyes de Bet Rehob, Maaja y Tob en Siria: Hadad-Ezer, rey de Soba, envió á Hanon 20.000 hombres: 12.000 acudieron de Tob y 1.000 caballos de Maaja. Dividió Joab su ejército, y dejando parte de él á su hermano Abisai para que detuviera á los Ammonitas, acometió con gente escogida á los Siros, y los derrotó antes que pudieran juntarse con aquellos (8). Hadad-Ezer reunió todas sus fuerzas, las cuales fueron derrotadas allende el Jordan por David en la decisiva batalla de Helam: los israelitas hicieron prisioneros 20.000 infantes y 1.700 caballos, cogiendo además los carros de guerra (9). Continuando David la guerra contra el enemigo, puso cerco á las ciudades del rey de Soba, en tanto que el de Damasco venia en auxilio de Hadad-Ezer y los Idumeos invadian el territorio de Judá. Para hacer fren-

te á los siros quedóse David en el campo de batalla, despachando á Joab con una parte de su ejército para batir á los Idumeos, los cuales fueron vencidos en el valle de la Sal, al S. del Mar Muerto, por Joab y Abisai, quedando tendidos en el campo 12.000 enemigos (10). No obstante la tenaz resistencia del rey de Edom, consiguió Joab echarle del país, cuya poblacion viril (11) exterminó en su mayor parte en los sucesivos combates que duraron seis meses, quedando el resto del vecindario sometido á la dominacion de David, el cual, miéntras tanto, batió á los de Damasco, y puso fin á la guerra en el N., aliándose con él Toi, rey de Hamat, enemigo de Hadad-Ezer. Ya sólo los Ammonitas continuaban resistiéndose; pero Joab saqueó la tierra y tomó una tras otra sus ciudes: los habitantes perecieron unos quemados en tejares, otros aserrados y descuartizados con hacha, ó como los Moabitas, aplastados bajo el peso de las máquinas de trillar. Finalmente, Joab anunció á David que habiendo caido en su poder Rabbat Ammon, capital de los Ammonitas, podia pasar á la ciudad. Destruida Rabbat (por los años de 1015 a. C.)(12), sufrieron sus moradores la misma suerte que la poblacion de las restantes ciudades Ammonitas. Los reyes de Moab, Ammon y Edom hubieron de pagar tributo á David, admitiendo guarnicion israelita en las plazas fuertes: igual gravámen pesó tambien sobre el rey de Damasco (13).

Vencedor el rey David en estas peligrosas expediciones, dominando sus huestes la parte septentrional del Mar Rojo, desde las fronteras de Egipto hasta Damasco, pudieron con justicia decir los israelitas: «Saul mató mil, David diez mil.» De la expedicion de Siria trajo cien caballos de silla, vasos de metal de las ciudades conquistadas á Hadad-Ezer, rey de Soba, y finalmente los escudos de oro tomados al generalísimo de este rey: de Rabbat sacó la corona de oro del rey de los Ammonitas, que pesaba un talento y estaba adornada de piedras preciosas, juntamente con otros objetos de oro y plata. Consagró David estos despojos en el tesoro de Jehová, y dió gracias al dios de Israél por haberle sacado victorioso de tantos y tan grandes peligros. Tenía David vivísimos sentimientos religiosos; y como

estaba además dotado de númen poético, le fué posible darles muy adecuada expresion. Si David no hubiera compuesto notables cánticos piadosos, no habria sido posible que la tradicion de los hebreos le atribuyese la poesía de los salmos: su cántico de accion de gracias á Jehová por haberle sacado con bien de las grandes guerras, es como sigue: ¡Jehová, roca mia, fortaleza mia, escudo mio y el cuerno de mi salud y mi refugio! Invocaré al que es digno de alabanza, y quedaré libre de mis enemigos. Dios oyó mi voz desde su palacio, y mi clamor llegó á sus oidos. Y la tierra conmovióse y tembló; y vacilaron los fundamentos de la tierra, porque indignóse Jehová. Humo subió de su nariz, y de su boca fuego devorador; carbones encendidos salieron de él. Y abajó los cielos y cabalgó sobre el querube, y voló sobre las alas del viento. Puso tinieblas por retiro suyo, y por su pabellon noche de aguas y nube oscura. Y tronó en los cielos Jehová, y el Altísimo dió su voz; granizo y carbones de fuego. Y envió sus saetas, y desbarató á los enemigos, y relampagueó y destruyólos. Contigo, Jehová, deshice yo ejércitos, y con mi Dios asalté muros. Jehová ciñóme de fuerza; dióme piés de ciervo; adiestró mi mano en la batalla, y mi brazo rompió el arco de acero. Perseguí á mis enemigos y alcancélos, y no volví hasta acabarlos; hélos heridos, y no pudieron levantarse. Y los molí como polvo delante del viento; esparcílos como lodo de las calles. Librásteme, Jehová, de contiendas de pueblos, y pusísteme por cabeza de ellos: pueblos que yo no conocia me sirven; por sólo la fama obedeciéronme, y los hijos de extraños aduláronme; flaquearon los extraños, y desde sus castillos tuvieron miedo. ¡Loado sea mi protector, ensalzado sea el Dios de mi salud (14)!»

Saul libertó por vez primera á Israél de manos de sus opresores, y las discordias intestinas arruinaron luego la obra de aquel rey, continuada ahora por David, el cual, apoyándose en una sola tribu, á las veces oprimida y saqueada por las vecinas, logró reunirlas y formar con ellas un sólo pueblo. Un cambio tan brusco de situacion debió de ejercer notable influjo en el progreso ulterior de los israelitas. Ni se contentó David por el momento con ha-

ber asentado felizmente su reino sobre aquellos grandes y esplendentes hechos de armas; ántes bien, pensó darle sólidos apoyos para lo venidero. Juntó, pues, los despojos de sus victorias para fortificar y ensanchar la ciudad que escogió para su residencia (15), la cual llamóse primero ciudad de David, luego Jerusalem. Formó David la poblacion de su capital con los vecinos de las tribus inmediatas, y principalmente con los de Judá, Benjamin, Efraim y Manasés, á fin de convertirla en punto céntrico del imperio. Mandóse construir David en la fortaleza de Sion un palacio, exornado suntuosamente en los últimos años de su mando con peregrinas obras de arte (16). No debió desagradar á los fenicios la fundacion en Israél de un gran imperio que, al consolidar la paz y el órden, facilitaba y hacía prosperar el comercio, contrabalanceaba la creciente prosperidad de las ciudades de los filisteos, y á las puertas de Tiro y Sidon ponia coto á sus progresos. Por lo ménos, Hiram, rey de Tiro, tuvo trato amistoso con David, y le envió albañiles para que le hermoseasen su alcázar; porque los israelitas no se entendian con las artes arquitectónicas.

Pudo David desde su importante y bien defendida capital mandar en Israél con más seguridad y energía que Saul desde su rústica córte de Gabaa. Para allegar á la corona recursos permanentes, creó David, con los despojos y tributos de los pueblos conquistados, un tesoro que corria á cargo de Amavet: nombró tambien inspectores de los jardines reales y de los olivares, viñas é higuerales, y quienes cuidasen de las ovejas, vacas y camellos que David poseia particularmente (17).

El mejor apoyo de su trono consistia en los tercios de guerreros escogidos y completamente fieles á su persona: formaban el núcleo de ellos los voluntarios que se le unieron primero en la cueva de Adulam y luego en Siclag, ya amaestrados en cien combates. Habia un tercio, fuerte de seiscientos hombres, que se llamaba de los bizarros; «guibborim» (18), el cual salia al campo acompañado de pajes y escuderos. Los dichos tercios estaban divididos en tres secciones, mandadas por otros tantos capitanes: la primera de las tres secciones contaba en su

seno treinta de los héroes más notables, bajo el mando de Abisai, hermano de Joab (19). Demás del tercio de los bizarros, tenia David una guardia real, mandada por Benaía, que le acompañaba á todas partes y á cargo de la cual corria, como es uso en Oriente, la ejecucion de las sentencias de pena capital (20). No faltaban extranjeros entre los «guibborim» ó sea tercio de los valientes, pues entre ellos habia Fetitas, Ammonitas. Moabitas y otros que siguieron desde su principio á David, ó acudieron luego al rumor de sus últimas hazañas; de modo que puede asegurarse que la guardia de corps de David se componia en su totalidad de extranjeros, principalmente de filisteos y cretenses; siendo costumbre general y admitida entre los reyes de Oriente el confiar á extraños su seguridad personal. Introdujo David en el ejército israelita, hasta entónces compuesto sólo de infantes, el uso de cuadrigas, mandados por Ioseb Bassebet (21), los cuales á una con los «guibborim» y como divisiones militarmente organizadas, debian de dar apoyo y solidez al contingente formado por todo el pueblo.

Para gobernar la gente militar, debió de tener el generalismo Joab á sus órdenes algunos oficiales encargados de dar cuenta por escrito de todos los hombres de armas tomar desde Jabboc hasta Hermon, y desde Dan hasta Beerseba, para cuyo ministerio gastaron nueve meses y veinte dias. Pasada muestra á la gente militar, dividíase en centurias y escuadrones de á mil (con el fin de no mover para cualquier expedicion el total de gente armada, pues hasta entónces sólo se habia movilizado la más resuelta, quedando en sus hogares los que proferian la paz y la tranquilidad), repartiéndose luego el conjunto de gente armada en dos divisiones de á 24.000 hombres cada una, que prestaban servicio durante un mes anualmente. Cada una de estas divisiones tenia sus jefes especiales, cuyo número podia aumentarse en determinadas circunstancias. Si hemos de dar crédito á estas afirmaciones, constaba el ejército israelita de 300.000 hombres para una poblacion de dos millones de habitantes (22).

En cada tribu habian ejercido hasta entónces una autoridad suprema los descendientes de las familias más an-

tiguas, de aquellos jefes que durante la conquista ocuparon por fuerza de armas algunos lugares del llano ó de la montaña, y cuyos prudentes consejos atendian los israelistas en momentos graves, ó bien acudian á los sacerdotes y adivinos en demanda de proteccion y ayuda. Segun parece, hubo de nombrar David príncipes y jueces de las tribus, confiando á hombres de muchas señas el cargo de administrar justicia, así á las tribus como á la generalidad del pueblo. No sabemos con toda claridad cómo se organizó en el reinado de David una administracion regular, encargada de hacer cumplir á todos las órdenes que emanaban de la régia voluntad; pero es cosa cierta que demás del capitan general de los ejércitos, del tesorero y del intendente de la real casa, instituyó David los cargos de cancelario, escriba y preboste. Fué Ajitofel el consejero áulico de David, y Husai su mejor amigo (23).

Figuraban al lado de David sacerdotes de alguna suposicion en Israél, y que diciéndose oriundos de antigua prosapia se declararon en contra de Saul. Abiatar, hijo de Ajimélec, de la casa de Elí, pretendido descendiente de Itamar, hijo menor de Aaron (24), hubo de compartir la suerte de David desde que se unió á él, huyendo de Nob con la imágen de Jehová. Declarado rey David en Hebron, no desmintió los sentimientos de amistad que le ligaban con el sacerdote Abiatar, el cual, apoyándose en el poder de David y en la autoridad real, esperaba que al regularizar el culto, tenido por verdadero como emanacion de Dios, daria validez á la religion de Jehová, realzando á la par su propia posicion. Pero David desconoció del todo la importancia que habria de dar á la corona el influjo de un clero adicto á ella y el esplendor que resultaria para su capital del ejercicio de un culto regularmente establecido; porque la nueva metrópoli de David lo sería plenísimamente de Israél, á condicion de convertirse tambien en punto céntrico de la religion nacional, cuando el santuario de Jerusalem eclipsase á los que anteriormente existieron en Silo, Betel, Mispa, Dan, Rama, Guilgal y Nob. La antigua primacía de la tribu de Efraim quedaba arrinconada en cuanto el primer santuario fuese el de la tribu de Judá. Hablando

en puridad, no se gobernaba David por semejante órden de ideas, aunque tuviese, como vimos, verdadero sentimiento religioso. Es indudable que llevado David de sus convicciones religiosas, quiso levantar á Jehová noble monumento, miéntras preparaba á su religion sitio estable, declarando á Jerusalem lugar del santuario nacional.

Veinte años hacía que en casa de Abinadab estaba el arca santa custodiada por uno de sus hijos desde que la devolvieron los filisteos. El rey David mandó poner el arca de Dios sobre un carro nuevo que guiaban Ahio y Uza, hijos de Abinadab; y como en el camino diesen sacudida los bueyes y se ladeara el arca, Uza extendió la mano, y túvola. «Y el furor de Jehová se encendió contra Uza, é hiriólo allí Dios, y cayó muerto delante de Dios.» Tras este desgraciado acaecimiento, temió David que el arca siguiese adelante, y hubo de dejarla en el camino en casa de Obed-Edom, á quien bendijo Jehová: lo cual, sabido por David al cabo de tres meses, resolvió trasladar el arca á Jerusalem, donde la recibió el pueblo «con júbilo y sonido de trompeta,» y vestia David un éfodo de lino, y «danzaba ante el arca de Jehová,» cantando al mismo tiempo: «abrid vuestras puertas, que viene el Rey de reyes.» En Sion quedó depositada el arca de Jehová en una tienda: y sacrificó David holocaustos y pacíficos sacrificios y dió á cada israelita una medida de vino, una torta de pan y un hilo de pasas (1020 a. C.) (25).

La instalacion del antiguo santuario nacional en la nueva metrópoli, convertida en morada habitual del Dios de Israél, excedió con mucho á las esperanzas de David y de los sacerdotes, y á la prevision de los hombres más perspicaces de aquella época; siendo para la historia de Israél y su movimiento religioso un acontecimiento de importancia capital y decisiva. David elevó al sumo sacerdocio á su antiguo partidario Abiatar, y con él á Sadoc, que se decian oriundos de Eleasar, tercer hijo de Aaron, uno de cuyos hijos, Pinehas, acompañó el arca como sacerdote en tiempo de Josué. Erigido el santuario en la capital de la monarquía, y teniendo los sacrificios lugar en sitio fijo, era natural que el sacerdote de antiguas fa-

milias oriundos, se rodease de un número respetable de ministros, descendientes reales ó pretendidos de sumos sacerdotes para asistirle en los oficios del tabernáculo. Repartiéronse dichos sacerdotes, segun su descendencia, en suertes, y «linajes», cuyo punto de arranque era para los más Eleasar, tercer hijo de Aaron, y para el resto Itamar, cuarto hijo del primer sumo sacerdote (26), á los otros dos hijos, del cual Nadab y Abihu exterminó Jehová por haberse acercado al fuego sacro. El sacerdocio habia ya vuelto los ojos desde Hebron á los tiempos primitivos de la religion de Israél, al culto verdadero tal como se manifestó y practicó en vida de Moisés y Aaron, corroborando esta idea sus funciones en el nuevo, aunque primitivo santuario de Jerusalem. De aquí provino la conveniencia de afirmar el monopolio del mismo con mengua de los antiguos santuarios, la necesidad de establecer un culto uniforme para todo el país, á fin de dar á su Dios un culto digno, y poner de nuevo en vigor las verdaderas reglas del culto, olvidadas y caidas en desuso.

El poder supremo, conferido á Saul por su elevacion á la dignidad real, fué en manos de David, en vez de nominal y débil, algo positivo y sólido que le permitió, á usanza de los reyes circunvecinos, mover el pueblo á su talante y disponer de sus fuerzas. Mas lo que David introdujo en Israél fué principalmente la monarquía oriental: los nuevos cargos de república, sobre todo las intendencias, eran de nombramiento real, cuya facultad ejerció harto duramente: los abusos del despotismo imperaron durante el reinado de David; y si su alcázar de Sion mostraba el esplendor del trono, apenas carecia de eunucos ni de harem. David no tuvo sucesion de Mijal, hija de Saul: su primogénito Amnon nacióle de Abinoam Jezreelita, y el segundo fué de Abigail, viuda de Nabal, la que vivió con él durante su insurreccion. Luégo que David pudo desde Hebron atraerse á la tribu de Judá y con el fin de consolidar por medio de enlaces su todavía vacilante poder, casó con Maaja, hija del príncipe Talmai de Guesur, pequeño estado de Siria, de cuyo matrimonio tuvo un tercer hijo, llamado Absalom, y una hija que se llamó Tamar: de Hagguit nacióle el cuarto hijo que tuvo

por nombre Adonía. Fueron, pues, en número de siete las mujeres que trajo David desde Hebron á la nueva capital de su reino. Pero no se contentó David con sus siete mujeres, pues, demás de los cuatro hijos mencionados, se le conocieron diez y siete hijos más y varias hijas (27). Cuando tan numerosa prole llegó á la edad viril, mostróse á las claras la envidia que dominaba entre los hijos de distintas madres, saliendo á luz las torpezas que mútuamente se hicieran.

Por excelente que fuera la direccion monárquica para rechazar á los enemigos del país (habituado hacia ya muchos años á vivir vida independiente y salvaje), no es ménos cierto que, alejado el peligro de la dominacion extranjera, y humillados los pueblos circunvecinos, miraron los israelitas el nuevo régimen, más bien como una carga, que como un beneficio. La reaccion vino pronto, y el hecho de estar asimilado el gobierno de Israél al de las monarquías orientales, muy bien comprendido por el comun de las gentes, suscitó al poder la oposicion que era dable hacer en aquel entónces. En los últimos años del reinado de David propagóse por todas las tríbus, incluso la de Judá, que en Hebron se declarára por él primeramente, el descontento contra su gobierno. Favoreciendo este movimiento unánime del pueblo, pretendió Absalom, tercer hijo de David, ceñirse la corona ántes que le llamara á llevarla el derecho hereditario (28).

Era Absalom mozo de gentil presencia, de conducta intachable, adornado de luenga y hermosa cabellera, y tenía de su parte al pueblo, que le amaba á pesar de su triste condicion. La hermosura de Tamar, hermana consanguínea de Absalom, excitó los deseos del primogénito de David, Amnon, el cual habiendo logrado insidiosa mente encerrarse con la bella Tamar, deshonróla, y luégo la echó fuera de su casa. El rey David no castigó el crímen de Amnon; y como le convidase Absalom á ver esquilar los ganados en Baal Hasor, hízole allí matar por sus criados en venganza de la afrenta de Tamar. Huyó luego Absalom y refugióse en casa de su abuelo el príncipe de Guesur, y, al cabo de tres años de destierro, volvió á Jerusalem; pero no se presentó al rey, su padre,

permaneciendo alejado de él dos años enteros. Por entónces sucedió, á lo que parece, la muerte de Jileab, segundo hijo de David, y no quedando, muerto Amnon, otro heredero del trono que Absalom, volvió éste á la gracia de su padre.

En prueba de que se habia reconciliado con su padre David, hízose Absalom de carros y caballos con más un acompañamiento de cincuenta eunucos: levantábase muy de mañana y poníase á la puerta de Jerusalem; interrogaba á cuantos pasaban sin permitirles que se inclinasen, ántes bien, les tomaba la mano y los besaba. A cualquiera que venia y traia pleito le decia, despues de informarse del negocio: tu causa es justa; pero no te oirán; si yo fuera rey de Israél, haríate justicia. Cuatro años despues de su vuelta del destierro, teniendo Absalom de su parte á su primo Amasa, hijo de una hermana de David, y al consejero áulico Ajitófel (29), creyó que era llegado el momento favorable á sus designios. Envió confidentes á todas las tribus con instrucciones de proclamarle rey en cuanto supiesen su llegada á Hebron. So pretexto de ofrecer un sacrificio en Hebron, donde era mal mirada la nueva metrópoli, abandonó Absalom su residencia de Jerusalem. Las tribus respondieron á la señal convenida, y declarándose en abierta rebelion, alzáronse en armas por el heredero de David, cuya capital Jerusalem, se vió muy luégo amenazada.

Sorprendió á David completamente desprevenido la noticia de la insurreccion de su hijo, el cual así castigaba las ofensas que su padre hiciera en otro tiempo al rey Saul. Por hábil y previsor que fuese el rey David, pareció por esta vez al ménos encontrar quien le sobrepujára, pues, no contando con la fidelidad del pueblo jerosolimitano, le era imposible defenderse en su misma ciudadela, y apenas le quedaba otro recurso que el de abandonar prontamente la capital de su reino. En circunstancias tan críticas, pareció como que abandonaba á David aquella astucia que tanto le socorria en los dias de su azarosa vida. Lo peligroso en la insurreccion del sucesor de David, no era precisamente la persona que dirigia el alzamiento, sino más bien los consejos de Ajitófel que asistia á

Absalom. Ordenó, pues, á Husai que permaneciese en Jerusalem á la mira de lo que fraguaban los partidarios de Absalom, con el fin de contrarestar los consejos de Ajitófel. Proponíase David con esta maniobra de Husai inducir á Absalom á no aprovecharse inmediatamente de las ventajas de su posicion, ganando así tiempo para recurrir á sus partidarios. Mandó, asimismo, á los sumos sacerdotes, Abiatar y Sadoc deseosos de acompañarle en la fuga, que continuasen en Jerusalem; porque la autoridad de los sacerdotes era para David de tanta valía, como que por medio de sus hijos podian tener á David al tanto de lo que pasaba en la ciudad (30). Hecho esto, abandonó David muy de mañana la capital de su reino, acompañado de sus mujeres é hijos, de sus fieles partidarios, de los Guibborim y de la guardia real. Despues de pasar el torrente Cedron y el monte de las Olivas, apresuróse á vadear el Jordan. En Bajurim, vió Simeí Benjaminita, de la familia de Matri, partidario que habia sido de Saul, desde una altura la fuga del rey: apedreóle y decia: «Jehová derrama sobre tí la sangre de la casa de Saul, cuyo trono usurpaste: ahora te vés en desgracia por tus muchos crímenes.» Los guardias querian aprisionar á Simeí para darle muerte; pero David se lo prohibió diciéndoles: mi hijo, que ha salido de mis entrañas, atenta contra mi vida, cuanto más un indivíduo de la tribu de Benjamin; dejadle escapar. Tal vez, pensó David en esta coyuntura que en adelante no deberia tratar á su pueblo tan duramente; porque es lo cierto, que con posterioridad al alzamiento de Absalom, no olvidó ni torció David el sentido de las palabras que dirigiera á Simeí.

En el mismo dia entró Absalom en Jerusalem, viendo con asombro entre los que iban á saludarle á Husai, antiguo amigo de su padre; pero creyó en las seguridades que aquel le diera «de servir al elegido de Jehová y del pueblo de Israél». No halló Ajitófel suficientes ni decisivas las consecuencias del alzamiento, estando limitadas á la insurreccion de la parte citerior del Jordan, y al entronizamiento pacífico de Absalom en la capital y en el régio alcázar. Comprendió claramente la situacion, y de

dujo que todo se perdería, dando tiempo á David para reunir los partidarios que le habian acompañado en sus victorias. Convencido de que sólo podria llegar la insurreccion á su objeto, aprovechando rápidamente las ventajas obtenidas por sorpresa, Ajitófel opinó que Absalom persiguiera sin descanso á David; para cuya expedicion queria Ajitófel escojer 12.000 hombres de entre los muchos que acudieron á Hebron, en seguimiento del heredero de David. A esto se opuso con éxito el otro consejero Husai; pues decia dirigiéndose á Absalom: «Bien sabes que tu padre es guerrero experimentado, y saldrá al campo cual si fuera jóven imberbe, seguido de sus héroes que son hombres resueltos. Por otra parte, es seguro que David no se quedará al raso, sino que buscará el abrigo de alguna gruta. Y si por desgracia ocurriera á los nuestros un fracaso, la gente que te sigue creerá en una derrota y se desbandará. Más bien creo en la conveniencia de que te pongas al frente del ejército, y caigas sobre tu padre como las arenas del mar, para que ninguno pueda escapar con vida.» Para desgracia suya dió oidos Absalom al consejo de Husai; el cual temeroso de que Ajitófel arrastrase á Absalom, obligándole á salir inmediatamente contra David, envió á una criada suya á la entrada de la fuente del batan (situada al S. de la ciudad donde se juntaban los torrentes Cedron é Hinnom) en la que se hallaban ocultos Jonatan, hijo de Abiatar, y Ahimaaz hijo de Sadoc (pues la gente de Absalom custodiaba las puertas), para que dijese á estos que avisasen al rey David los peligros de acampar aquende el Jordan. Burlando la vigilancia de los centinelas de Absalom que los seguian, lograron los mensajeros arribar felizmente al campamento de David, el cual se puso en marcha cuando todavía era de noche. Al saber Ajitófel que el rey David se encontraba allende el Jordan, y dudando del éxito de la insurreccion, enalbardó su asno, se dirigió á su ciudad, puso en órden sus cosas, y ahorcóse. En tanto Absalom tomó en Jerusalem posesion de la corona, y en prueba de que habia roto para siempre con su padre, confiscóle el harem. En efecto, mandó poner en el terrado del palacio de Sion una tienda donde á vista del pueblo de Israél

cohabitó Absalom con las diez mujeres que su padre dejára en Jerusalem. Hecho esto, reunió Absalon sus huestes y se dirigió al Jordan en seguimiento de David.

Debió éste á sus ocultos preparativos, hechos desde que huyó de Jerusalem, el llegar sin tropiezos al Jordan y poder reunir allende sus partidarios, en tanto que se movia la vanguardia del ejército de Absalom. Llegó, por fin, el momento decisivo: orgulloso David de la gente que mandaba (los Ammonitas, tributarios suyos le seguian tambien) (31), asentó sus reales en Majanaim como en otro tiempo lo hiciera Isboset, hijo de Saul, cuando Absalom vadeaba el Jordan. Repartió David su gente militar en tres escuadrones, cuyos mandos confió á Joab, Abisai, hermano de éste, y á Itai, filisteo natural de Gat; quedándose él en Majanaim y ordenando á sus capitanes que tratasen blandamente á Absalom. Encontráronse ambos ejércitos en el bosque de Efraim, no léjos del Jordan: los antiguos y bien probados guerreros de David derrotaron, no obstante la superioridad del número, las indisciplinadas y mal armadas huestes de campesinos del ejército contrario. Absalom fué despedido por el mulo que montaba, dió en un jaral, y enredósele su larga caballera en las ramas de un copudo alcornoque, y se quedó colgado, pues la cabalgadura pasó adelante. En esta disposicion le encontró Joab y la atravesó el corazon de tres botes de lanza. Volvióse luego Joab con el ejército á Majanaim, bien porque pareciese suficiente ventaja á los guerreros de David el haber vencido y muerto al jefe del alzamiento, ó porque no creyesen bastante significativa la victoria alcanzada sobre el ejército de Absalom, ya porque se sintieran débiles para seguirle los alcances.

La insurreccion acaudillada por Absalom distó mucho de ser vencida por la muerte de su jefe: Amasa, sobrino de David y general del ejército insurrecto, rehizo sus fuerzas; los ancianos de las tribus y el pueblo se manifestaron dispuestos á continuar la lucha contra David, si es que al lado de éste quedaban personas de valía. Era, sin embargo, segura la victoria si la division estallaba en las tribus, y Amasa se ponia en desacuerdo con los ancianos de la ciudad; y esto fué precisamente lo que ideó y

llevó á cabo el rey David. Valiéndose de los sacerdotes Abiatar y Sadoc, dió á entender á los ancianos de Judá, que habiéndole ofrecido las demás tribus restaurarle en el trono (lo cual no era cierto), ¿cómo eran ellos los postreros en hacer otro tanto, siendo de su misma carne y sangre, esto es, hermanos suyos? Al mismo tiempo, los indicados sacerdotes ofrecieron á Amasa, si se reducia, el puesto de general del ejército de David, promesa que éste confirmó con el siguiente juramento: «Así me haga Dios, si no fuere para siempre Amasa general de mi ejército en lugar de Joab (32).» Cayeron en el lazo los ancianos de Judá é igualmente Amasa, que ignoraba con quien tenia que habérselas. Los sometidos enviaron, pues, al rey mensajeros, anunciándole que podia ya pasar el Jordan, y se dirigieron á Guilgal para recibir al nuevo rey, el cual mostróse conciliador y dispuesto á perdonar á los secuaces de Absalom. Hasta Simeí, aquel que insultó á David fugitivo de Jerusalem, salióle al encuentro y echóse á sus piés: otro tanto hicieron los caudillos, convictos de haber permanecido aquende el Jordan. David hizo á Simeí gracia de la vida (33), á Mefiboset, hijo de Jonatan, que se declaró por Absalom, confiscóle la mitad de sus bienes patrimoniales (34).

Indispusiéronse las demás tribus con la de Judá, parte por descuidar ésta los negocios de interés general, parte por haberse llevado el galardon de restaurar ella sola al rey fugitivo. Dividiéronse, pues, las tribus, rota la unanimidad en dos mitades: la una quedó sometida y la otra sirvió tan sólo para mantener en la obediencia á los vencidos (35). Alzóse luego un hombre de la tribu de Benjamin, llamado Seba, hijo de Bijri, el cual dijo á los que aun estaban indecisos: ¿qué parte tenemos nosotros en David, ni qué heredad en el hijo de Isaí? Sonó la trompeta y la insurreccion tuvo nuevo punto de apoyo en el grito dado por Seba. Encargó David á su general Amasa que congregase la gente militar, dándole tres dias de término para cumplimentar la órden y volver á Jerusalem. Miéntras se ocupaba Amasa en ejecutar las órdenes del rey, mandó éste contra el insurrecto Seba al general Joab con los guibborim y la guardia real. Como se en-

contrase en Gabaon con Amasa, díjole: váyate bien, hermano mio, y tomó Joab con la diestra la barba de Amasa para saludarlo, en tanto que con el puñal en la siniestra, le atravesaba de parte á parte (36). Así quedó muerto en el campo, como ántes habia sucedido á Abner, el hombre temible á quien sedujera David con promesas ilusorias. Igual suerte debia de alcanzar á Seba y á las tribus que capitaneaba. Sitió, en efecto, Joab al insurrecto Seba, refugiado en la ciudad de Abel-betmaaja, batiendo sus muros con máquinas de guerra; y al ver los moradores que era inminente su ruina, salváronse, arrojando desde el muro al general de David la cabeza de Seba (37).

Quedó, pues, vencida la reaccion del pueblo contra el nuevo régimen, y á cuya cabeza estuvieron sucesivamente Absalom, Amasa y Seba. Pero luégo se tocaron las consecuencias del régimen implantado por David al tratarse de la sucesion á la corona. Las intrigas de las mujeres de David para designar heredero del trono, llegaron á su colmo en el momento de acercarse el fin de sus dias; descollando entre las influencias cortesanas las del primer sacerdote y las del general del ejército. En cierta ocasion, cuando Joab sitiaba la ciudad de Rabbat de los Ammonitas, estando David tomando el fresco por la tarde en las azoteas de su palacio de Sion, desde el cual veia la rambla que separaba el alcázar del resto de la ciudad, vió bañarse una mujer de extraordinaria hermosura: llamábase Betsabé, y era mujer de Urías Heteo, que peleaba en el escuadron de los valientes. Llamóla el rey á su palacio, y muy luego anunció ella á David que estaba en cinta. Al saber esto, ordenó David á su general Joab que Urías abandonase el campo y se presentase en Jerusalem. Una vez allí preguntó David á Urías por el estado de la guerra y del ejército, dejándole luego en libertad de retirarse á su casa con Betsabé; pero Urías se quedó á las puertas del palacio. Como pregúntase David al dia siguiente á Urías por qué no habia querido hacer noche en su casa, contestóle: Israél está en guerra y mis hermanos sitian á Rabbat, ¿y he de ir yo á mi casa á comer, beber y dormir con mi mujer? Pues quédate aquí, le replicó David, que mañana te despacharé. Convidióle el rey de

nuevo, dióle de beber, pero tambien pasó Urías la noche á las puertas del palacio. Al dia siguiente envió David á Urías al campamento con una carta para Joab, que decía: pon á Urías en el sitio de más peligro y abandónale para que muera. Muy luego vino un mensajero del campamento, y dijo al rey: los de Rabbat hicieron una salida y nosotros los rechazamos, persiguiéndolos hasta llegar á las puertas de la ciudad; pero los flecheros que defendian el muro, dieron muerte á algunos de los nuestros, y entre ellos á tu siervo Urías. David dió entrada en su harem á Betsabé, pasado el luto por la muerte de Urías; y habiéndose desgraciado el primer hijo que Betsabé tuviera de David, concibió y parió otro que se llamó Salomon (38).

Muerto Absalom, correspondia la corona á Adonías, cuarto hijo de David, que lo hubo en Hebron de su mujer Hagguit. Entre los hijos de David ocupaba, por lo tanto, Salomon el sétimo lugar, siendo el menor de todos. No obstante esto, hubo de empeñarse Betsabé en que Salomon subiese al trono. Apoyaban la pretension de la viuda de Urías el sacerdote Sadoc y el vidente Natan, el cual gozaba de gran autoridad en los últimos años del reinado de David. Ambos á dos esperaban más de la condescendencia del jóven Salomon para corroborar el influjo sacerdotal que del carácter independiente de Adonías, sobre todo en el caso de que ellos lograsen mejorar á Salomon contra el derecho de su hermano mayor. Al fin consiguió Betsabé que el rey jurase solemnemente nombrar por su heredero á Salomon en vez de designar á Adonías (39). Resuelto este último á no dejarse arrebatar por una intriga de harem su derecho de sucesion á la corona, no se descuidó un punto; pues si Sadoc se habia declarado por Salomon, en cambio Abiatar, el antiguo y respetable amigo de David, se puso del lado de Adonías, por quien tambien se decidió (cosa grave en verdad) el general Joab, que tanta parte tuvo en las grandes victorias de David. Betsabé habia logrado, además, atraer á su partido á Benaia, jefe de la guardia real; de suerte que las miras de ambos partidos eran las mismas, estando casi equilibradas las fuerzas.

Luego que David estuvo postrado en el lecho de muerte, juzgó Adonías que era el momento más idóneo para hacer frente á sus adversarios, y al efecto, reunió extramuros á sus secuaces, junto á la fuente del Batan. Acudió Joab á la cita, acompañado del sacerdote Abiatar, dispuesto á ofrecer un sacrificio, y de todos los hijos de David, ménos Salomon. Empezado el sacrificio y degolladas muchas ovejas, no pocas vacas y algunos lechones, y estando dispuesta la proclamacion de Adonías inmediatamente despues de concluido el sacrificio, tuvo el partido contrario noticia de lo que sucedia. Betsabé y Natan se apresuraron á recordar al moribundo rey el juramento solemne que habia hecho en favor de Salomon. Mandó, pues, David, que Salomon cabalgase sobre la mula que él habia usado, y que Sadoc ungiese al jóven soberano, bajo los muros de Sion, al E. de la ciudad, junto á la fuente de Guijon; y que luégo le volviese á la ciudad Benaia, jefe de la guardia real, anunciándole con trompetas, y le condujera al palacio para sentarlo en el trono; como en efecto, se hizo. Sadoc tomó del tabernáculo el cuerno del óleo, ungió á Salomon, y lo condujo solemnemente al palacio entre las aclamaciones de júbilo del pueblo que exclamaba: ¡Viva el rey Salomon! Cuando Adonías y sus secuaces oyeron las exclamaciones de gozo extramuros de la ciudad, y tuvieron noticia de lo sucedido, juzgaron perdida su causa, y se desparramaron tristemente por todos lados. Regocijóse David de su último triunfo (40), mandó llamar á Salomon, y le dijo: haz bien á los hijos de Barsilai, de Galaad, el cual me favoreció, cuando por causa de tu hermano Absalom hube de atravesar el Jordan. A Simei, que me insultó, huyendo yo á Majanaim, le juré perdonarle la vida. No dejes impune su delito, ni permitas que desciendan sus canas sin dolor á la sepultura. Bien sabes lo que Joab hizo con Abner y Amasa; no le dejes, por tanto, que muera tranquilamente (41).

Consiguió David cicatrizar las heridas que su ambicion hiciera á Israél; porque supo consolidar la monarquía, y con ella el poder y la seguridad del Estado, dando, al mismo tiempo un impulso tan grande al culto y á la religion de los hebreos, que su reinado fué altamente sig-

nificativo para el desenvolvimiento del pueblo israelita. Pero al lado de tan grandes triunfos y de servicios tan notables se dibujan espesas sombras. Si nos admiran la actividad, el valor, la astucia y la prevision que demuestran las medidas de su gobierno, habremos tambien de notar las flaquezas de sus últimos años, que le hicieron alterar arbitrariamente el órden de sucesion á la corona, poniendo así en peligro la obra de su vida, cuyos fines, á despecho de sus sentimientos religiosos y morales, no fueron por cierto desinteresados.

La conducta de David se revela muy á las claras en sus últimas palabras, las cuales dan idea de su carácter sanguinario, fundado á la verdad en la manera de sér de las tribus semíticas, unidas aparentemente por los vínculos de la disimulacion y del crímen, imputables al mismo David. A un hombre oscuro, perdonado en circunstancias críticas, David moribundo quiere quitarle la vida por mano de su hijo. Desconociendo David los servicios de Joab, á quien debia todas sus victorias, ordena á Salomon, para satisfacer añejos rencores, que mate al hombre de quien se valiera para consolidar su trono, y al que por lo mismo no se atrevió á tocar en castigo de supuestos delitos que cometió Joab, si no de concierto con David, á lo ménos sin contrariar su voluntad, y para cuya correccion nunca hizo el anciano rey tentativa alguna. Más verosímil parece que David quisiera la muerte de Joab por haberse éste declarado en contra del partido que deseaba poner las sienes en la corona de Salomon. Pero ¿acaso no era Adonías el legítimo sucesor de David?

El jóven príncipe (Salomon llegaba entónces á los veinte de su edad) (42-43) que subió al trono de Israél en el año 993 a. C. empezó á reinar al uso de Oriente, derramando sangre, segun las últimas disposiciones de su padre. Adonías, hermano de Salomon y de más años que él, acogióse al altar de Jehová, cuyo asilo abandonó mediante promesa que le hizo Salomon de perdonarle, si se reducia á vivir pacíficamente. Pero deseando luégo tomar por mujer á una concubina de su padre, mandóle Salomon dar muerte por mano de Benaia, jefe de la guardia real. Joab ignoraba lo que David moribundo habia dicho respecto

de él á Salomon; pero como sabia bien que este último nunca le perdonaria el haber sido partidario de Adonías, refugióse en el tabernáculo, y se abrazó á los cornijales del altar. Benaia no se atrevió á profanar el altar; pero Salomon se lo mandó, diciendo: vé á él, y mátale (44). En lugar de Joab fué nombrado general Benaia, el cual, tambien de órden de Salomon, dió muerte á Simei (45). Salomon perdonó al sacerdote Abiatar que habia sido partidario de Adonías: «No te mataré, dijo Salomon, porque tú estuviste antes con mi padre; y le desterró como á «hombre de muerte» de Jerusalem á sus tierras de Anatot (46). Sadoc quedó por único sacerdote del tabernáculo.

Al saber la muerte del anciano rey, moviéronse los pueblos sometidos por David á la dominacion de Israél. Huyendo del empuje de Joab, refugióse, en otro tiempo, en Egipto Adad, hijo del rey de Edom; pero volvió ahora en armas contra Salomon á la cabeza de los Idumeos (47). Reson, hijo de Eliada, general de Hadad-Eser, rey de Soba, vencido por David se refugió en el desierto, donde vivió del merodeo; y ahora que su vencedor habia muerto, se apoderó de Damasco, donde se hizo proclamar rey. Los Idumeos sufrieron rudos golpes de las armas de Salomon; pero éste no pudo recobrar á Damasco. Reson se mantuvo en su puesto, siendo miéntras vivió Salomon adversario de Israél (48). En cambio conquistó Salomon al O. de Damasco, á media jornada entre esta ciudad y Tifas, orillas del Eufrates, en el desierto, el oasis de Tadmon, fundando y fortificando allí la ciudad de este nombre (49).

Segun esto, tenemos, pues, que admitir que Salomon sostuvo con algunas pérdidas el imperio que heredara de su padre; y que despues de la pérdida de Damasco se abrió paso hasta el Eufrates, al través del conquistado oasis de Tadmon; de suerte que, á semejanza de David, dominó Salomon desde el N. E. del Mar Rojo hasta el valle del Eufrates. A fin de poner el reino á cubierto de las invasiones, y al efecto de aumentar su poder, mejoró y ensanchó las obras de defensa mandadas construir por David en la fortaleza de la capital. Mandó cerrar al N. E.

por medio de una fortaleza especial que se llamó de Milo, el portillo ó rambla que extendiéndose de N. á S. separaba la ciudad de Jerusalem del monte al O. y al E. de la fortaleza de Sion; al S. de esta rambla, y en la confluencia del alcázar y de la ciudadela estaba enterrado David. Atravesando otra obra de defensa llamada Ofen, mandó Salomon levantar un estribo que al N. E. del alcázar separaba á éste del monte que subia más hácia el N. O. El ensanche que tuvo la ciudad por las nuevas construcciones, esto es, la ciudad baja, rodeóle Salomon de un muro (50). Para defender el N. de Israél de un ataque de los de Damasco, fortificó la ciudad de Hazor, á cuyo rey tan duramente oprimieron los israelitas; la vía, al través del Eufrates, quedó asegurada por las fortalezas de Tadmor, y las fronteras occidentales por las fortificaciones de Meguiddo, Guesur, Baalat y Betjoron (51). Tenia Salomon 1.400 carros de guerra, para los cuales empleaba 4.000 caballos. Formó tambien una caballería de 12.000 caballos; de modo que, incluyendo la guardia real, el ejército de Salomon constaba de 20.000 hombres (52).

Tuvo Salomon no sólo amistad con el Egipto sino tambien relaciones de parentesco, porque estuvo casado con la hija de Faraon. Por eso pudo Salomon sacar de Egipto no sólo carros de guerra, caballos de tiro y de silla, sino tambien tropas que le prestara Faraon (53). La alianza de su padre David con Hiram, rey de Tiro, no sólo la mantuvo Salomon, sino que se apoyó en ella, fortaleciéndola más y más. La consolidacion del reino que nada podia temer de sus vecinos, y el órden que mantuvo Salomon dentro del país, dió á los fenicios las seguridades que deseaban para comerciar con los israelitas. En el reinado de Salomon, dice el Libro de los Reyes, vivian los israelitas seguros cada uno debajo de su parra ó debajo de su higuera (54); en el primer año vivió Salomon en profunda paz con el extranjero, y gracias á ella revivió el comercio, mejoróse el trabajo, aumentó el bienestar general, y el ejemplo de la córte dió á conocer á los civilizados israelitas necesidades y goces hasta allí extraños á su sencillo modo de vivir. Así Israél fué para los fenicios en el reinado de Salomon un mercado mucho más pro-

ductivo que nunca. Los israelitas habian vendido á los fenicios vino, aceite, lana, y el sobrante de sus trigos á cambio de maquinaria y tegidos; mas ahora encontraron tambien salida en el mercado de Israél los géneros más delicados de fabricacion fenicia. Pero el comercio no se limitaba sólo al mercado de Israél: que su rey inclinado á los fenicios les abrió el camino de Egipto, dejándoles atravesar el territorio israelita. Sometidos los Ammonitas, Moabitas é Idumeos, podia Salomon interceptar ó abrir el camino á las caravanas fenicias que se dirigian á la Arabia meridional por Rabbat-Ammon, Quir-Moab y Elat; y estando en su poder la ciudad de Tadmor, podia abrir ó cerrar á los fenicios el paso de sus caravanas por el Eufrates junto á Damasco. Nada les negaba Salomon que favorecia el tráfico de los comerciantes, á los cuales dejó establecer depósitos y almacenes en todas las vías mercantiles que cruzaban su país (55). La extraccion de carros y caballos de guerra de Egipto para Siria que Faraon habia permitido á su yerno, confióla Salomon á una compañía de mercaderes (56). Todavía emprendió con el rey de Tiro otro negocio más lucrativo con la mira de favorecer su comercio; era para los fenicios de utilidad suma el abrirse hácia la Arabia meridional camino más fácil que el peligroso y nada seguro de las caravanas ya al través de Damasco y Duma, ó por Elat á lo largo de la costa del mar Rojo en la tierra de los Sabeos: porque el rodeo por Babilonia era camino más largo y ménos seguro. La dominacion de Salomon sobre los idumeos abrió una senda y aseguró la posibilidad de llegar á la Arabia meridional, por el Mar Rojo. En Eziongueber, junto á Elat, construian los carpinteros de Tiro los barcos que habrian de descubrir las costas de la Arabia meridional, las costas de la tierra del oro. Guiados por pilotos fenicios surcaron éstos y los israelitas el ignoto mar, llegando al límite del mundo conocido entónces. Llegaron no sólo á las costas de la Arabia meridional y á la del Africa oriental, sino que tambien tocaron en la tierra de Ofir, esto es, en la desembocadura del rio Indo, segun todas las apariencias. Al cabo de tres años de ausencia, trajo la primera flota abundancia de oro, plata, marfil, made-

ra de sándalo, piedras preciosas, simios y pavos. El cargamento de esta primera flota valió á Salomon 420 talentos de oro, esto es, unos 19 millones de thalers (57).

Al sucesivo aumento de la produccion nacional, á la mejora y seguridad de las grandes vías del comercio, á la entrada de Israél en el tráfico de los fenicios y al flujo de capitales considerables, debióse la carestía del numerario y el alto precio que logró alcanzar. Antes de existir la monarquía importaba el sueldo de un sacerdote diez siclos de plata con el ordinario de comida y vestido (58). La suma que gastaba Abimelec en la manutencion de sus eunucos ascendia á 70 siclos de plata. El adivino cobraba ántes de la proclamacion de Saul la cuarta parte de un siclo que era el sueldo de un vidente. El rey David compró en 50 siclos de plata la era que Arauna tenia en Sion y dos bueyes (59). En cambio parece que Salomon pagaba á los guardas de sus viñas un sueldo anual de 200 siclos de plata; dándose en sus tiempos 200 siclos por un caballo y 600 por una cuadriga egipcia (500 thalers) (60).

David en los últimos años de su reinado pensó edificar un templo para colocar allí el tabernáculo, en el cual estaba depositada el arca santa, como sucedia en los primitivos tiempos, cuando los hebreos hacian vida de pastores y luego vagaban por el desierto. El propósito de David quiso realizarlo Salomon de una manera espléndida escogiendo para ello la cumbre situada más arriba de la montaña que domina el N. O. del palacio allí construido por su padre. Empezaron las obras en el segundo mes del cuarto año del reinado de Salomon. Hiram, rey de Tiro, tenia, como vimos, fundados motivos para ayudar voluntariamente á Salomon, dándole maestros de obras y fnndidores fenicios, maderas de construccion y cedros del Líbano, á fin de proseguir las obras. Miéntras tanto Hiram no estaba ocioso: sacó piedra de sillería en cantidad suficiente de las canteras vecinas; extrajo y labró piedras de precio y maderas del monte Líbano, que luego llevó á la costa, rodeando el promontorio del Carmelo hasta llegar á Jafo (Joppa), desde donde fueron trasportados á Jerusalem (61). El maestro Hiram fundió allende el Jordan entre

Sujot y Sartan «en tierra arcillosa» las obras de metal y los adornos que habia de tener el templo (62).

Primeramente hubo de nivelar el terreno, haciendo luego, al través de las obras de fábrica, un terrado que forma el círculo del templo, y debia de dar entrada al mismo. El ámbito del templo estaba rodeado de un muro, en el cual se levantaban las habitaciones de los sacerdotes. Era el templo un edificio de regulares dimensiones y magníficamente exornado. Un pórtico de veinte codos de alto por diez de ancho, abierto al E., daba acceso á la casa del templo. Delante de dicho pórtico habia, á la manera siriaca, dos columnas de metal, llamadas la una Japin y Boas la otra. El recinto del templo medía, sin el pórtico, sesenta codos de largo por veinte de ancho y treinta de alto. Limitaban el ancho las ventanas de la techumbre. Detrás y á los dos lados de la casa del templo apoyábanse habitaciones accesorias, las cuales sólo llegaban á media altura del cuerpo del edificio. Al través de las aberturas enrejadas que habia sobre la casa del templo, penetraba la luz en el piso principal del templo. Estas grandes habitaciones principales del templo, á las cuales se entraba al través del vestíbulo por una puerta de madera de ciprés decorada con entalladuras recubiertas de láminas de oro, estaban espléndidamente exornadas. El solado era de ciprés y oro sobrepuestos: planchas de cedro que figuraban magníficas entalladuras de querubes y palmas cubrian las paredes y los techos, de suerte que por dentro no se veia ninguna piedra. En el *Santuario* del templo veíase el altar de oro para las ofrendas ú oblaciones, y la sagrada mesa, sobre la cual habia siempre doce panes á guisa de ofrenda permanente de las doce tribus, y en el *Sancta Sanctorum* cerca del espacio posterior ardian diez candelabros y además uno de siete mecheros. El *Sancta Sanctorum* estaba separado del *Oráculo* por una pared de cedro, en la cual habia una doble puerta de madera de oliva y ángeles de oro. Sólo el sumo sacerdote podia entrar en el lugar santísimo, cuyas paredes estaban cubiertas de láminas de oro; y la vista del arca santa estaba vedada por una cortina de púrpura azul y roja, y el acceso á la misma obstruido por una cadena áurea. Inme-

diatamente junto al arca habia dos querubines de madera de oliva cubiertos de entalladuras y planchas de oro y con las alas extendidas de seis codos de altura; de suerte que de la punta de un ala á otra, la medida era de diez codos (63).

Las víctimas eran sacrificadas al aire libre ante el pórtico del templo; para cuyo menester habia en medio del vestíbulo un gran altar de metal que medía diez codos de alto por veinte en cuadro. Al S. de dicho altar habia una fuente, en la cual se purificaban los sacerdotes y hacian sus abluciones: la tal fuente llamábase mar de bronce, y era obra maravillosa del maestro Hiram: estaba sostenida por doce bueyes repartidos en ternos, cada uno de los cuales miraba á los cuatro puntos cardinales, siendo el borde de figura de azucena abierta con una profundidad de cinco codos y treinta de circuito (54). Demás de la fuente grande, habia otras cinco, tambien de fundicion, que se movian sobre ruedas y adornadas de querubes y leones, palmas y flores de mucho arte; las cuales servian para lavar y limpiar en ellas la obra del holocausto.

La edificacion del templo duró siete años y seis meses; quedando concluido en el octavo mes del año undécimo del reinado de Salomon (982 a. C.) Los ancianos de Israél, los sacerdotes y levitas y el pueblo todo «desde Hamat hasta el mar de Egipto» acudieron á Jerusalem. En procesion solemne fué conducida el arca santa al sitio que le estaba designado en el templo; innumerables bueyes y carneros fueron sacrificados durante siete dias; y Salomon en las tres grandes festividades ofrecia anualmente holocaustos y pacíficos sacrificios en el nuevo templo (65).

No satisfacian ya á Salomon ni á su espléndida córte las proporciones de la casa que David se mandó edificar en Sion; y, acabado el templo, emprendió Salomon erigir un palacio tan extenso, que duraron las obras trece años (66). El solar escogido por Salomon para el nuevo palacio no fué en Sion. sino enfrente del templo, cerca de la fortaleza del Milo. Habia en el nuevo palacio varios grandes compartimentos, patios y habitaciones para la servidumbre, estando todo él circundado de una muralla espe-

cial: el compartimento mayor era una casa de tres pisos, construida de piedra de sillería, recubiertos de cedro las paredes y el techo, así como las columnas y ventanas; su longitud era de cien codos, el ancho de cincuenta y la altura de treinta codos (unos cincuenta piés). En esta casa real habia una balaustrada ó escalinata construida de madera de sándalo, importada de Ofir por los barcos de Esion-gueber (67). Al dicho compartimento daban tres salas de columnas, la mayor tenia cincuenta codos de largo por treinta de ancho, en la tercera estaba el trono y la sala de justicia (68). El magnífico trono de Salomon «que no tenia semejante en ningun otro reino» estaba recubierto de marfil y oro: conducian á él seis gradas sobre las cuales habia doce leones, y otros dos junto á los brazos de la silla (69). Seguia luego la casa de Salomon que comunicaba con el templo por una escalera especial y los tocadores de las mujeres del rey (cuyo número se dice que subia á 700, y las concubinas á 300 (70), y finalmente, la casa destinada á su mujer egipcia, la cual ocupaba el primer lugar entre las demás mujeres, y recibia de ellas honores y distinciones. Acabáronse estos edificios en el vigésimo año del reinado de Salomon (973 a. C.), «y subió la hija de Faraon de la ciudad de David á su casa que Salomon le habia edificado (71).» No agotaron en Salomon el amor á las edificaciones la del templo y la de su nueva casa, pues «construyó en Jerusalem, en el Líbano y en todo el país de su dominacion,» dicen los Libros de los Reyes. Demás de los almacenes de provisiones, estaciones para los comerciantes, cuarteles para la guardia real, cuadras para los caballos y cuadrigas, habia casas de campo en el Antilíbano, estanques y acueductos. Asímismo plantó Salomon viñas en Baal-Hammon y tambien jardines.

Sin gran trabajo se hizo dueño Salomon del reino que fundara su padre, y que éste se ganó por fuerza de armas, venciendo á los pueblos vecinos en largas y tenaces luchas. Usó el rey Salomon del poder que heredara para levantar edificios que fuesen el símbolo de la riqueza pública y sirvieran de ornato á la córte. Los productos de los viajes de Ofir y del comercio, las rentas de las propie-

dades particulares de Salomon, los tributos de los pueblos sojuzgados y las contribuciones de Israél importaban anualmente 666 talentos de oro, esto es, unos treinta millones de thalers. Se dice que era sumamente extraordinaria la magnificencia de su córte: todos los vasos y otros muchos utensilios del palacio de Jerusalem y de la casa del bosque en el Antilíbano eran de oro puro, estando la servidumbre espléndidamente vestida (72). Iba Salomon á sus viñas y casas de recreo en el Antilíbano en una magnífica litera de cedro, cuyas columnas eran de plata, el fondo de oro y el asiento de púrpura; acompañándole sesenta eunucos escogidos de la guardia (73). Los dias de gala usaba la guardia quinientos escudos magníficos: doscientos eran de oro puro (siendo el costo de cada uno de seiscientos siclos), trescientos con láminas de oro sobrepuestas (74). Debió de ser excesivo el número de cantores de ambos sexos; como igualmente el de los criados del rey, los del bien poblado harem y los sirvientes de la cocina. Fué muy considerable el gasto de Salomon en artículos de comer y beber. Habia en Jerusalem por causa de la córte y del resultado del tráfico mercantil tanta abundancia de oro, que en el reinado de Salomon no era de estima la plata (75).

El nuevo órden de cosas, parte consolidado, parte entronizado por Salomon, los ócios de la paz, el contacto con los fenicios y egipcios, la entrada de Israél en las grandes vías del comercio, el aumento del bienestar general, los nuevos horizontes abiertos á la actividad; las múltiples y complicadas relaciones de la vida debieron de ejercer influjo en el movimiento intelectual de los israelitas. Produjo desde luego una grandísima actividad, que sirvió de estímulo á los israelitas para observar, comparar y reflexionar, como ántes no lo hicieran, condensándose en máximas, sentencias y proverbios, el resultado de esta energía mental. Salomon llevó la mejor parte en el nuevo movimiento intelectual. Dado á la poesía como su padre, compuso, al decir de la tradicion, más de mil cantos religiosos y profanos: amante del saber y dotado de gusto artístico, la razon de estado y los recursos de que disponia hicieron el resto; y apenas cabe dudar que

fuese Salomon el más docto de su época, «y dió el Señor á Salomon (dicen los Libros de los Reyes), sabiduría inconmensurable como las arenas del mar, y fué mayor su sabiduría que la de todos los orientales y que toda la sabiduría de los egipcios, y fué aún más sábio que todos los hombres, y disertó de los árboles, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que nace en la pared. Asímismo disertó de los animales, de las aves, de los reptiles y de los peces (76). Poeta, gran naturalista, superior á sus doctísimos compatriotas, Etal y Eman, Jaljol y Darda, llamó extraordinariamente la atencion por sus ingeniosas observaciones, por su conocimiento del hombre y de la vida. Sus aforismos y proverbios fueron á los ojos de los israelitas tan notables y acabados, que atribuyeron á Salomon todo el tesoro de la poesía gnómica, reunido y coleccionado posteriormente. De estos proverbios apenas cabe atribuir con plena seguridad á Salomon uno solo tan siquiera; pero el hecho de que la tradicion le suponga autor de todos ellos, prueba suficientemente que Salomon conoció, cual ninguno de sus contemporáneos, los repliegues del corazon humano y los secretos de la naturaleza, despuntando entre todos por su facultad de condensar en máximas concisas y nerviosas, tesoros de ciencia práctica.

La historia de las dos mujeres que se presentaron á Salomon en demanda de justicia, prueba la idea que de su sagacidad é inequívoca penetracion jurídica tenia formada el pueblo. Como pleiteasen dos mujeres sobre un niño que cada una decia ser su hijo, vinieron al rey. Y dijo una: yo y esta mujer morábamos en la misma casa y dímos á luz cada una un niño. Y una noche murió el hijo de esta mujer, la cual se levantó y puso su hijo muerto á mis pechos, y tomando á los suyos mi hijo vivo. Al despertar tenia yo en los brazos un niño muerto; mas por la mañana ví que este no era el niño que yo habia parido.» Entónces la otra mujer dijo: «no; mi hijo es el que vive, y tu hijo es el muerto.» El rey, dirigiéndose á los eunucos, dijo: «partid en dos mitades el niño vivo y dad una parte á cada una.» Entónces conmoviéronse las entrañas de la madre cuyo era el hijo vivo, y dijo: «Señor, dad á esta el niño vivo y no lo mateis.» El rey sentenció:

«dad á aquella el niño vivo: ella es su madre. Luégo se cuenta que llegando á remotos paises la fama de la sabiduría de Salomon, vinieron á verle algunos reyes. De Arabia vino la reina de los Sabeos con gran comitiva de camellos, cargados de especias, oro y piedras preciosas, á probarle con preguntas. Y Salomon contestó á todas las preguntas, resolvió todos los problemas sin que se le escondiese cosa alguna. Cuando vió la reina toda la sabiduría de Salomon y la casa que habia edificado, y la comida de su mesa, sus maestresalas y coperos, sus siervos y los holocaustos que sacrificaba en la casa de Jehová, dió ella al rey 120 talentos de oro y tanta especiería como nunca vino despues á Jerusalem. La memoria del sábio rey Salomon se conserva hoy dia en el Oriente, en cuyos cuentos y fábulas, tiene á un mismo tiempo el primer lugar entre los magos y nigrománticos.

Por mucha que fuese la prosperidad de Israél bajo el reinado de Salomon, no faltaron sus sombras al cuadro de tanto progreso. Las nuevas vías que Salomon abriera á su pueblo, trajéronle bienestar y riquezas con los beneficios y estímulos propios de una cultura superior y del más activo desarrollo intelectual. Mas el lujo y fausto de la córte dieron al través con la primitiva sencillez de costumbres: el pueblo tenia que soportar las cargas de una monarquía cuyas tradiciones cortesanas y manera de gobernar estaban absolutamente calcadas sobre las antiquísimas de Egipto y Siria, Babilonia y Asiria. Necesitábanse grandes sumas para el sostenimiento de la córte, del ejército y de las obras públicas, y á todo ello debia de atender en su mayor parte el pueblo con su dinero y con sus servicios. Salomon impuso á las tribus, no sólo la carga del ejército permanente con su caballería y carros, sino que tambien las obligó al mantenimiento de la córte por medio de prestaciones personales: servicio que por cierto no era leve; pues consistia diariamente en treinta koros de flor de harina y sesenta de harina ordinaria, diez bueyes engordados y veinte de pasto, y cien cabezas de ganado menor, sin los ciervos, cabras, búfalos y otras aves cebadas. Los suministros para las obras de Salomon, hechos por Hiram, rey de Tiro, sobre todo de maderas

del Líbano, costaron á los israelitas anualmente 20.000 koros de trigo, 20.000 bathos de aceite y vino y una contribucion en dinero equivalente á la indicada suma (77). Aún más duras hubieron de ser las corveas para las obras del rey, el cual no empleó en ellas primeramente sino á los sojuzgados Amorrheos, Heteos, Heveos y Jebuseos (78), y luégo á los mismos israelitas. Salomon puso en cada tribu un veedor de los trabajos, dependiente del principal que era Adoniram. Los israelitas que trabajaban en las obras públicas gozaban de dos meses de descanso por cada treinta dias de trabajo, segun el sistema establecido para los relevos. En el período de más actividad empleábanse en las obras 80.000 trabajadores entre cortadores de maderas del Líbano y picapedreros, bajo la direccion de maestros tirios, y otros 70.000 cuidaban del trasporte de los materiales. Los trabajadores pudieron siempre alternar, facilitando así la suma de corveas, pero ni tenian costumbre de ello, ni lo deseaban seguramente. Para metodizar las prestaciones personales y hacer efectivas las contribuciones del país, quedó este dividido en doce distritos, sirviendo de base el territorio de cada tribu, al cuidado de oficiales de la Corona. Cada distrito tenia que proveer durante un mes la despensa de la casa real. Los jefes de distrito estaban sometidos al superior, llamado Azaría, hijo de Natan, á quien debia Salomon el trono ántes que á su madre (79). Mas á pesar de los servicios de los súbditos y de todas las rentas, los gastos de Salomon excedian á los ingresos: concluidas las obras del templo y del palacio, ajustó Salomon cuentas con el rey Hirám, resultando á favor de éste un crédito de 120 talentos de oro; y como no pudiera pagarlo, Salomon cedió veinte lugares fronterizos al rey de Tiro, á quien debió de agradar el poder redondear su territorio en el continente (80). El ejemplo de una corte fastuosa y sibarita, la conducta de las mujeres del colmado harem, hicieron su efecto, no sólo en las costumbres del pueblo, sino tambien en sus hábitos religiosos. El orgullo nacional de los israelitas en la época de Saul y de David no consintió al lado de la religion de Jehová la existencia de cultos extraños entronizados por la conquista; mas en

tiempo de Salomon fué su córte la que se apropió las formas y costumbres religiosas de los fenicios y de los siros, dando así entrada en Israél al culto de dioses extranjeros. Entre las mujeres del rey, habia muchas de Sidon, Ammon, Moab y Edom; y bien pudo Salomon tener por cosa prudente el usar de tolerancia con la religion de sus pueblos tributarios, y áun dejar la entrada libre en tierra de Israél, cuando el mismo rey, despues de edificar al dios nacional un templo tan magnífico y suntuoso, erigia para solaz de sus mujeres, santuarios y altares á la diosa Astarte de Sidon, á Camos de los Moabitas y á Milcom de los Ammonitas (81).

Notable, y por demás preponderante, fué el impulso que dió Salomon en su reinado al culto de Jehová; pero es natural pensar que el magnífico templo de Jerusalem debió mucho á las influencias religiosas extrañas, fenicias y filisteas, pues ántes no habian conocido los israelitas otros altares y santuarios que los levantados en las alturas y bajo las encinas; de suerte que todo el esplendor del culto estaba concentrado en el tabernáculo. El templo de Jerusalem, imitacion del de los siros, era el sello de la obra comenzada por David; y tenia el primer lugar entre las obras ejecutadas en el reinado de Salomon; siendo de notar que una obra mirada en sus principios como antinacional sirvió luego para el sostenimiento de la religion, y sobre todo, para su desarrollo. Si el rey Salomon al edificar el templo, solamente se propuso satisfacer su amor al fausto y su deseo de adquirir fama (ya vimos que David apenas comprendió el apoyo que habria dado al trono la adhesion del sacerdocio y el esplendor que habria resultado á la capital de la magnificencia del culto, la cual redundaria en pro de la corona), lo cierto es que formó el reino y la vida política del pueblo, centralizando en el templo la religion más enérgicamente que el tabernáculo de David. La preponderancia de los antiguos santuarios pasó toda al templo de Jerusalem, qnedando aquellos abandonados, y siendo frecuentados raras veces. Los sacerdotes rurales, que en su mayor parte vivian de las ofrendas, hubieron de trasladarse á Jerusalem y tomar habitacion en el templo, donde encontraron ya un sacer-

docio congregado en torno de Abiatar y Sadoc. La reunion en Jerusalem de tan gran número de sacerdotes dirigidos por el sumo pontífice que instituyera David, despertó en ellos el espíritu de cuerpo, ciñéndolos más estrechamente á los deberes del oficio divino; al contrario de lo que ántes sucedia, cuando los sacerdotes andaban diseminados por los distintos santuarios, viviendo confundidos y apenas diferenciándose del pueblo. Tan numeroso clero dió luego al culto el esplendor que la dignidad del templo requeria, para cuyo ministerio los oficios divinos se repartieron entre determinadas secciones de sacerdotes.

Para la organizacion del clero sirvieron de núcleo, como es natural, los que se decian descendientes del sumo pontífice Aaron, los cuales en el reinado de David tuvieron la preferencia sobre los que decian ser de la misma estirpe. A cargo de los descendientes de Eleasar é Itamar quedaron, pues. los principales oficios de los holocaustos y sacrificios pacíficos, esto es, las funciones del verdadero sacerdocio, separando de ellas á los descendientes de Kahat. Los Sacerdotes rurales que vinieron á Jerusalem concluido el templo, juntamente con los sucesores de Merani, Guerson y Kahat desempeñaron los oficios menores del culto, que era muy complicado. Hubo tambien secciones de cantores y músicos, á las que se agregaron igualmente los peritos que no eran de sangre sacerdotal, y tenian la obligacion de acompañar con el arpa los cánticos sagrados durante las ceremonias del culto. Unos cuidaban de los vasos sagrados, otros desempeñaban el cargo de hostiarios; oficios que luego debian de trasmitirse por herencia. Esta organizacion del sacerdocio no pudo existir inmediatamente despues de concluido el templo, como dice la tradicion, debió más bien comenzar, cuando las funciones solemnes del culto en la capital del reino alcanzaron gran celebridad, y perfeccionarse luégo bajo la direccion de los sacerdotes que custodiaban el Arca de la Alianza (82).

De esta manera reconciliáronse las familias de la tribu de Leví, si es que anteriormente formaron una sola tribu, con otras familias muchos años hacia dedicadas al servicio del templo, y quedó organizado el sacerdocio (83).

La clase sacerdotal tuvo, ante todo, posicion independiente de la monarquía, y lo prueba el hecho de que edificado el templo, acreció su autoridad con el esplendor del culto. A la cabeza de la nueva corporacion estaban los sacerdotes del arca de Jehová, los cuales tuvieron desde un principio grande autoridad, notablemente aumentada luego por la reforma del culto. Pero tambien dependian de la córte, aunque despues llegaron á tener en ella cierta influencia. A la manera que David instituyó sumos sacerdotes á Sadoc y á Abiatar, separó Salomon al último, confiando á Sadoc, descendiente de la familia de Eleazar, el sumo pontificado. Mucho más segura que la posicion del sacerdocio en la corte, fué la conciencia de la tarea que se le habia impuesto, el sentimiento de sus deberes y de los derechos á que aspiraba en la nueva sociedad. Al paso que el sacerdocio trabajaba para dar á Jehová un culto decente, ántes de Salomon logró ya descubrir cierto enlace entre el pasado y el presente del pueblo, para conocer el pacto que Jehová habia hecho con Israél. Con ayuda de los preceptos tomados de la tradicion y de los usos antiguos, formó el ritual de modo que se le tuvo por ordenado desde lo antiguo y en cuya observancia habia de consistir el mantenimiento de la alianza de Dios con Israél: tal era á los ojos del sacerdocio el destino del pueblo escogido, y á semejante norma se atuvo en el primer decenio del reinado de David. El culto que deseaba el clero, la unidad y centralizacion del mismo, el esplendor con que se celebraba la rigorosa observancia del ritual que el clero tenia por verdadero y digno de Dios, la posicion ganada ó que pretendia ganar el sacerdocio, fueron ya para él cosas ordenadas por Jehová desde los tiempos en que con mano firme salvaba á su pueblo sacándole de Egipto para conducirle á la tierra de Canaam. Si andando el tiempo abandonó Dios á su pueblo, fué ciertamente por haber olvidado éste la observancia del pacto. Era, pues, llegada para el clero la ocasion de restaurar y poner de nuevo en vigor las verdaderas leyes de Moisés; porque importaba grandemente á la moral que el presente estuviese en buenas relaciones con un pasado remoto. La elevacion del sentimiento religioso por virtud

de estas ideas y de estos trabajos encontró expresion adecuada en una poesía lírica de indudable mérito. David probó sus fuerzas, no sólo componiendo cánticos sencillos, sino tambien, como vimos, extensas invocaciones á Jehová, contribuyendo el acompañamiento musical á la mayor elevacion del sentimiento religioso, cuya vivacidad y manifestacion en cánticos sagrados debió de enlazarse con la direccion tomada hasta entonces por el adivino y el vidente, el cual creia comprender dentro de su pecho la voluntad de Jehová, y por efecto de esta preferencia, y gracias á una especie de iluminacion interior, darse cuenta de sus mandatos. Todos estos impulsos obraron su efecto en la clase sacerdotal: la actividad mental del pueblo dió primeramente ocasion á los sacerdotes para formar con los anales de los últimos años de Salomon y disertando sobre la suerte de Israél al examinar sus leyes, una narracion de la mayor importancia que puso expresamente de relieve en la historia de José los nuevos conocimientos adquiridos por los hebreos de la vida egipcia; el servicio prestado por una hija de Faraon al gran caudillo de Israél en la más remota antigüedad, las bendiciones del cielo miéntras hubo relaciones de amistad entre egipcios é israelitas, y finalmente el por qué del rompimiento entre ambos pueblos.

VI.

CONSTITUCION DEL SACERDOCIO.

Las pretensiones de las familias congregadas para el servicio del templo, las obligaciones que se impusieron y las exigencias que formularon de ser una misma cosa con el Dios nacional, saltan á la vista en los escritos que hablan del ritual, y dan reglas sobre el modo de vivir de los sacerdotes, y ordenan la manera de purificarse. Al paso que esta constitucion obliga á los sacerdotes á no salirse de las funciones propias de su ministerio, y á guardar más continencia que el resto del pueblo, dióles en cambio mayor autoridad y honores especiales.

Desde la edad de veinticinco ó treinta años hasta los cincuenta estaba obligado todo levita á servir en el templo; desde los cincuenta debia tan sólo ayudar á sus hermanos (1). Si, como hemos notado, sólo los descendientes de Aaron eran aptos para tomar parte en las distintas ceremonias de los sacrificios, lo cierto es que lo mismo para las funciones altas y bajas del sacerdocio, así para los hostiarios como para la aspersion de la sangre, prescribe la ley una verdadera consagracion, acompañada de purificaciones, reconciliaciones, sacrificios y ceremonias simbólicas. Siete dias duraba la recepcion de un sacerdote, consistiendo lo esencial de las ceremonias en presentar al futuro sacerdote como un sacrificio hecho á Jehová. Podian solamente recibir la consagracion sacerdotal los

que estuvieren exentos de todo defecto físico. Porque no se allegará para traer las ofrendas encendidas de Jehová el varon ciego ó cojo, falto ó sobrado; ó que fuere corcovado ó tuviese nube en el ojo, ó sarna, empeine ó compañon relajado (2).

Los sacerdotes no se raparán la cabeza, ni la punta de la barba, ni en su carne harán rasguños (3), y antes del sacrificio se abstendrán del vino y de bebidas espirituosas; guardarán castidad, se purificarán y observarán estrictamente la ley que trata de los alimentos; mujer infame ó repudiada por su marido, y mucho ménos ramera, no tomarán, ni habrán de contanimarse por un muerto; porque sólo por su pariente cercano se impurificaban los sacerdotes. La ley describe minuciosamente las vestiduras de los sacerdotes: usaban primeramente una túnica de lino blanco torcido, y la ceñian por medio de un cinturon de tres colores, á saber: rojo, azul y blanco: demás de esto cubrian las carnes con pañetes de lino blanco, porque el sacerdote no descubriese su desnudez al subir las gradas del altar (4).

Entre los sacerdotes que recibian la consagracion, figura, en primer lugar, el sumo pontífice, el cual tenia únicamente derecho de penetrar en el tabernáculo, donde estaba el Arca de la Alianza, en tanto que á los sacerdotes sólo se les permitia la entrada en la antesala: el sumo sacerdote ofrecia sacrificios en nombre de todo el pueblo, anunciaba el oráculo de Jehová, y consagraba á los sacerdotes. El ritual del sumo sacerdote era el más minucioso; pues, segun la creencia de los hebreos, se necesitaban muchos conocimientos y no poca prevision para ofrecer á Jehová un sacrificio como era debido, y evitar su enojo por faltas cometidas en la celebracion de las ceremonias; y como la ley mandaba á los sacerdotes que se purificasen antes de asistir á los sacrificios, mayores y más estrechas debian de ser las observancias relativas al sumo pontífice, el cual no podia casarse sino con una doncella de la tribu de su parentesco, y habria de abstenerse de toda impureza, hasta el punto de evitar todo contacto con los cuerpos de su padre y de su madre, ni podia nunca rasgar sus vestiduras en señal de duelo. Consistian las

insignias del sumo sacerdote en una túnica de lino azul, ribeteada de borlas y campanillas, las cuales, dice la ley, anunciaban la entrada en el tabernáculo del sumo sacerdote, á fin de que no muriese (5). Sobre la túnica llevaba el sumo pontífice una especie de sobretodo corto, llamado éfodo, y por delante sobre el pecho, el racional con los Urim y Tummim, que servian para consultar á Jehová cuando el rey ó alguno del pueblo lo deseaban. En los tiempos más remotos usaban tambien los sacerdotes el éfodo y el racional; pero el éfodo del sumo pontífice se sujetaba en los hombros por dos piedras preciosas, y la parte anterior del racional tenia doce piedras con engastes de oro, en las cuales estaban grabados los nombres de las doce tribus. La mitra del sumo pontífice que nunca debia descubrirse, diferenciábase de la usada por los demás sacerdotes, por una placa de oro con la leyenda: «Santidad á Jehová (6).»

La autoridad de la tribu que por su vocacion religiosa estaba más cerca del Dios nacional, quedó sancionada en la ley por el lugar que esta asignó á la de Leví entre las demás tribus. Ya sea que las familias, unidas á la de Leví, formasen en lo antiguo una sola tribu, que luego se dispersó, y con el tiempo volvió á juntarse, ó que esta tribu hubiese aumentado por virtud de la reunion de los sacerdotes en el templo de Jerusalem, lo cierto es que la de Leví debia ser no ya igual, sino superior á las demás tribus. Naturalmente era imposible en Israél, muy al contrario de lo que sucedió en otros pueblos, que la tribu de los sacerdotes se sobrepusiese á las demás, precisamente por ser la primera y más antigua, en la cual se habia consolidado la participacion en los oficios por el derecho hereditario. El pueblo tenia á la tribu de Ruben por la primogénita, esto es, por un conjunto de las familias más antiguas y de más rancia alcurnia popular; y siendo muy despejada la posicion de la tribu de Judá en la conquista y despues de la conquista de Canaam, no podia traer consecuencias el que la tribu de Leví entrase en concurrencia con la más antigua; pero la falta de antigüedad de la tribu de Leví quedaba enmendada con las bendiciones y cierto grado de santidad que le conce-

diera Jehová, al cual pertenecia el primogénito, segun las antiguas ideas de los israelitas. En el primer escrito fundamental del Pentatéuco, dice Jehová á Moisés: que queria tomar los levitas en lugar de todos sus primogénitos de Israél. Tomada la cuenta de todos los primogénitos resultaron 22.373; y el número de todos los varones de Leví de edad de un mes, fueron 22.000, los cuales tomó Jehová en lugar de los primogénitos del pueblo. Jehová rescató á los 373 que los de Leví tenian de ménos sobre los de Israél, á razon de cinco siclos por cabeza (7). Así elevó Jehová á los levitas á la consideracion de tribu primogénita de Israél: fué la tribu de Leví elegida por Jehová para su servicio, viniendo á ser la predilecta del pueblo escogido. A esto se agregó luego la circunstancia de que Moisés y Aaron pertenecieron á dicha tribu; y si con el tiempo se pusieron en lugar de algunas familias, las que estuvieron al lado de Moisés, cuando éste sacó á Israél de la esclavitud de Egipto y restauró el culto del Dios nacional, siendo ya entónces la tribu de Leví el mejor apoyo de Moisés, ni podia éste evitar que le venerasen por haber hecho á su pueblo servicio tan considerable, ni faltaba á los levitas la consagracion de una remota antigüedad.

Los levitas no se ocupaban en el cuidado de su subsistencia, ni trabajaban para adquirir, pues no podian tener propiedad: vivian exclusivamente dedicados al servicio de Dios, el cual era la única heredad de los hijos de Leví (8). Verdad es que el cuadro de la dotacion de la tribu de Leví, trazado en el primer escrito fundamental del Pentatéuco al narrar la reparticion de la tierra de Canaan, el cual consistia en las 48 ciudades, repartidas entre el territorio de las doce tribus quese adjudicaron á los levitas (13 para los sacerdotes, 35 para los sirvientes (9), no fué de mucha duracion; mas pudo siempre tener sus pretensiones. Tenian los sacerdotes para vivir una porcion no despreciable de las víctimas sacrificadas: los israelitas traian por deber al altar primicias de aceite y de mosto y de trigo y otros artículos de comer; y todas estas ofrendas podian los sacerdotes aplicarlas á su mantenimiento (10). La renta más lucrativa para el sacerdocio

era sin duda la décima parte del producto de los sembrados, cuyo diezmo debia, segun la costumbre antigua, ofrecerse á Jehová como su parte en la recoleccion. Prescribia la ley consignar á los sacerdotes el diezmo del trigo, del vino, del aceite y del fruto de los árboles, como igualmente el de las vacas ó de ovejas (11). Las amplificaciones de los profetas y las pruebas de los libros históricos demuestran que el diezmo se pagaba, ya que no por todos, al ménos como preceptuaba la ley. Como los levitas, que no eran al mismo tiempo sacerdotes, no tenian participacion en los sacrificios, dispuso la ley que se les pagase el diezmo; pero, á su vez, los levitas debian entregar á los sacerdotes la décima de lo que les tocaba. Finalmente, mandaba la ley que se diese á los levitas parte de los despojos de la guerra, y que en los censos y revistas cada uno pagase por su rescate al santuario un impuesto personal (12).

El culto quedó establecido por la ley de una manera sistemática: demás del sábado, cuya observancia recomendaba y ensalzaba la ley con la mayor precision en prueba de las relaciones de Israél con Jehová, celebraban los israelitas la entrada del novilunio y del plenilunio (13), y anualmente tres grandes festividades populares, las cuales representaban en su orígen períodos de la revolucion natural del año. La primera de dichas festividades tenia, sin embargo, cierta significacion religiosa: ya indicamos que para celebrar la entrada de la primavera, ofrecian los hebreos á su Dios, no solamente las primeras espigas, sino tambien al comenzar una nueva cosecha, un sacrificio pacífico en sustitucion del cordero que hacia las veces del primogénito; significaba tambien la fiesta de la primavera el perdon del primogénito, esto es, la Pásaj (pascua) que vale tanto como Paso de Jehová. El precepto sacerdotal, que se esforzaba por dar á los usos religiosos un motivo determinado, indicacion del mismo Jehová, relacionó con la salida de Egipto los antiguos usos de la fiesta primaveral, y ya vimos que las antiguas narraciones de los sacrificios ofrecidos en la mencionada festividad, arrancaron de este punto de vista, ó con él hubieron de enlazarse. Como la fiesta de entrada de primavera se co

lebraba en el mes de Nisan (Marzo-Abril), primero del año hebreo (empezando en la noche del dia décimocuarto, despues de la neomenia con la entrada del plenilunio, al pasar el sol por el signo de Aries) la salida de Egipto debió ser en la mañana siguiente á la indicada noche. La Pásaj duraba siete dias, y desde la mañana del segundo dia hasta la noche del sétimo, sólo comian los hebreos, á la antigua usanza, pan sin levadura, esto es, de las primicias de trigo, y de ninguna manera les era lícito emprender trabajo alguno. En cada uno de los siete dias de fiesta ofrecian los israelitas en holocausto en el templo dos becerros, un carnero y siete corderos de un año, amen de un macho cabrío en sacrificio expiatorio. Castigaba la ley con pena de muerte cualquier descuido en la celebracion de la pascua, y el comer panes con levadura (14). Con el tránsito de las más de las tribus á la vida sedentaria y á los trabajos agrícolas, era natural que al lado de la fiesta primaveral, figurase la de las primicias. Celebraban los israelitas la fiesta del pan nuevo cincuenta dias despues de la segunda páscua, luego que recogian las gavillas y desgranaban las espigas. Segun la ley, todo israelita que poseyese tierras de labor y ganados, debia ofrecer en sacrificio pacífico dos panes con levadura de las primicias y dos corderos de un año, sin cuya observancia ninguno podia comer el pan de las primicias (15). Con más júbilo celebrábase la fiesta de la siega, que empezaba á los catorce dias del sétimo mes del año hebreo, terminando á los veintiuno del mismo: era festividad de la recoleccion al par que de la vendimia, cuyo orígen se remonta á la conquista de Canaan (16). Como los trabajos para el beneficio de los campos y de las vides eran léjos de las ciudades, se hizo necesario levantar chozas cubiertas de hojas de palmera, yerbas y ramajes de encina, bajo las cuales celebrábase luego la fiesta, cuando no preferian ofrecer el sacrificio pacífico en algun santuario célebre, donde pasaban igualmente el dia de la fiesta, cobijados en tiendas ó chozas (17). La fiesta de los tabernáculos duraba, como la de primavera, siete dias; y durante ella, ofrecia Israél en holocausto 70 toros, 14 carneros y siete veces catorce corderos. La di-

cha fiesta tenia tambien significacion histórica: recordaba el paso de Israél por el desierto, donde vivió en tiendas de campaña.

Las tres grandes fiestas hubieron luego de celebrarse por todo el pueblo en el templo de Jerusalem. El carácter singular de la páscua como fiesta de reconciliacion que cada familia celebraba habitualmente, consolidóse tanto que la ley trasladando á Jerusalem esta festividad general, no pudo desarraigarlo del todo (18); pero en cambio sólo podia hacerse en el templo la reconciliacion prescrita por la ley en el décimo dia del sétimo mes. Antes que el pueblo pudiera gozar de las bendiciones de la cosecha en la fiesta de los tabernáculos, debia de rescatar y extinguir todos los pecados que lo impurificaran durante el año; para cuyo efecto mandaba la ley cesar en toda obra servil y guardar rigoroso ayuno desde la tarde del noveno hasta la del décimo dia, conminando á los infractores con la pena de muerte, si no cumplian con la ley ó lo hicieran fuera de Jerusalem (19). Primeramente se purificaban el sumo pontífice y los demás sacerdotes, y luego el templo, pues este podia haberse contaminado con las faltas de los levitas. Purificado el sumo sacerdote, y revestido de una túnica y pañetes de lino blanco con ceñidor y mitra de la misma tela, ofrecia un becerro en sacrificio cruento: llenando luego la copa con la sangre de la víctima, y tomando del altar de los perfumes en el interior del templo el thuríbulo con carbones encendidos é incienso bendito, penetraba el sumo pontífice completamente sólo en el *Sancta Sanctorum*, donde pasada una antesala, yacia el Arca de la Alianza; y á fin de que no le viera Jehová y muriese el sumo sacerdote, llenaba el ámbito del lugar santísimo con el humo del incensario. Luego rociaba siete veces el arca con la sangre de la copa, volviendo así reconciliado al vestíbulo del templo, donde habia ya dos machos cabríos preparados para el sacrificio, echando suerte para decidir cuál de ellos habia de ofrecer á Jehová y cuál á Azazel, maligno del desierto. El sumo pontífice, sabido el resultado de la suerte, ponia la mano sobre la cabeza del macho cabrío destinado al maligno Azazel, y confesaba todos los peca-

dos de Israél, encabezándolos en la víctima que volvia seguidamente al desierto de donde viniera al templo. Luego inmolaba el macho cabrío destinado á Jehová y hacia aspersiones con la sangre de la víctima, volviendo á penetrar en el santuario para reconciliar por segunda vez al pueblo. Hecha en la misma forma una aspersion sobre el altar de los perfumes en la parte anterior del templo, declaraba el sumo sacerdote que Jehová se habia reconciliado, y tras una segunda ablucion, revestia sus vestiduras pontificales, ofreciendo un carnero en holocausto por sí, por el sacerdocio y por el pueblo (20).

Todos los sacrificios debian ofrecerse en el templo de Jerusalem: la ley imponia pena de la vida al sacerdote que sacrificase en otra parte (21). Los pormenores esenciales en la celebracion de los sacrificios eran los siguientes: el que deseaba ofrecer un sacrificio, debia purificarse durante varios dias: las fieras no podian ser materia del sacrificio, el cual, en concepto de los hebreos, consistia en ofrecer á Dios parte de lo que poseyesen. Por eso únicamente los animales domésticos, tales como vacas, ovejas y machos cabríos, eran materia de sacrificio; porque sólo ellos constituian el haber de los israelitas. Á los pobres mandaba la ley ofrecer palomas en sacrificio. Las víctimas debian de ser robustas y sin tacha; no enervadas por eltrabajo, ni degradadas. El sacrificador no procedia á inmolar la víctima, sin poner sobre su cabeza la mano durante algun tiempo. Seguidamente inmolaba la víctima el que la ofrecia fuese ó no sacerdote; pero sólo éste podia recoger en la copa la sangre caliente de la hostia cruenta para rociar con ella el pié, los cornijales y frontales del altar; pues en la sangre estaba el alma de la víctima, segun las ideas de los hebreos, constituyendo los asperges la esencia de las sagradas ceremonias. Desde los antiguos tiempos el sacrificio más solemne era el holocausto, al cual se destinaban solamente el ganado vacuno. Muerta y descuartizada la víctima quemábasela por entero en el altar sin que, como sucedia en los demás sacrificios, tocase parte alguna al sacrificador ó al sacerdote, al cual sólo correspondia la piel. Si los holocaustos ganaban el favor de Jehová, los

sacrificios expiatorios aplacaban su cólera, y borraban los pecados. El ganado ovejuno servia para los sacrificios expiatorios, como el vacuno para los holocaustos (22); pero tambien se ofrecian becerros y machos cabríos en sacrificios expiatorios por todo el pueblo, por las faltas ó descuidos que cometieran los sacerdotes en la práctica del ritual y por el príncipe. En el sacrificio expiatorio quemábanse los riñones, el hígado y algunas otras vísceras, miéntras el sacerdote rociaba los cornijales del altar con la sangre de la víctima; perteneciendo al sacrificador la carne no destinada al fuego. En los sacrificios eucarísticos (cuya esencia consistia en inmolar y consumir la víctima), quemábase solamente la grasa, quedando á beneficio de los sacerdotes el pecho y las espaldillas (23) y consumiendo lo restante el sacrificador en una comida solemne en union de los huéspedes convidados; pero esta comida debia darla el sacrificador en el mismo santuario y en el mismo, ó por lo ménos, al siguiente dia de hecha la ofrenda. Los sacrificios incruentos consistian en derramar vino alrededor del altar (aunque los libros históricos hablan solamente de grandes libaciones de agua), en frutos, granos y flor de harina que el sacerdote arrojaba al fuego del altar; en panes y tortas sazonadas con aceite, sal é incienso que en parte se quemaban, en parte quedaban á beneficio de los sacerdotes; y finalmente en sahumerios de incienso quemados, no como en los demás sacrificios, en el altar grande de bronce colocado en el vestíbulo del templo, sino en el pequeño cubierto de láminas de oro, que estaba dentro del templo delante del *Sancta Sanctorum* (24).

En el templo debia ofrecerse, al tenor de la ley, un sacrificio perpétuo. Nunca debia apagarse el fuego sagrado del altar de los perfumes en el interior del templo: en la antecámara del Santísimo habia constantemente doce panes ázimos sazonados con sal é incienso, á guisa de ofrenda simbólica y permanente de las doce tribus; cuyos panes sin levadura se renovaban todos los sábados, quedando los viejos á beneficio de los sacerdotes. En la antesala del *Sancta Sanctorum* ardia constantemente el candelero de los siete mecheros; y por mañana y tarde

debian los sacerdotes del templo ofrecer en holocausto un macho cabrío, dos ovejas los sábados, y el sumo pontífice un sacrificio eucarístico (25).

Juntamente con la obligacion de asistir á los sacrificios, imponia la ley á los sacerdotes la observancia de una série de reglas para la purificacion. La ley exigia á los israelitas algo más que la pureza corporal y el apartamiento de ciertas cosas repugnantes y prohibidas, sin que por eso creyera en su sencillez en la identidad de la pureza física y moral; la ley hacia algo más que poner cierto freno á los impulsos naturales de la vida, porque con todo eso escindia un lado de la naturaleza y de la vida natural que pareció impura y profana: semejante escision no se explica sin suponer la idea de Dios sujeta á ciertos elementos naturales, que están en contradiccion con el lado escindido de la vida natural. Las reglas de la purificacion de los israelitas no eran tan rigorosas y estaban ménos bien trabadas que las de los Egipcios é Indios; pero formaban un sistema profundamente arraigado en la vida del pueblo, el cual podia borrar y enmendar las faltas cometidas en la observancia del ritual.

Exigia la ley igualmente á los laicos el modo y manera de vestir con pureza: no podian llevar telas de dos clases; mas se hacian pezuelos en los remates del vestido: tampoco les permitia sembrar los campos y las vides con dos clases de semillas, ni uncir el arado con yuntas de asno y buey (26). Los animales impuros no se podian comer: los animales puros y que se podian comer eran: el buey, la oveja, el macho cabrío, el ciervo del campo, la cabra y la gacela, y principalmente los fisípedos y rumiantes. Eran impuros todos los animales carniceros zancudos, y con especialidad el camello, el cerdo, la liebre y la marmota. Eran puros los peces con aletas y escamas; pero los ofidios, tales como la anguila, no lo eran, ni tampoco la mayor parte de las aves acuáticas. En cambio se podian comer las palomas y las codornices; mas no los reptiles, alados y no alados, con excepcion de la langosta (27). Era, sin embargo, impura la carne de los animales que se podian comer, cuando no se observaban las formalidades prescritas en la inmolacion, ó habian sido

despedazadas por las fieras (28). Más estrecha era la prohibicion de alimentarse de la sangre de los animales, «pues el alma de toda carne es la sangre;» y así vertian en el suelo, y cubrian de tierra la sangre de los animales puros y que se podian comer (29). Al modo que impurificaba la posesion de los animales prohibidos, así tambien contaminaban las relaciones sexuales del hombre y de la mujer y todas las dolencias relacionadas con ellas, incluso el parto natural. Demás de esto, era impuro todo el que tuviere en su cuerpo herida, tumor ó costra, y especialmente lepra blanca (30): impurificaba, en fin, el contacto de un cadáver de hombre ó fiera, casual ó intencionado. Toda casa en que moria un hombre quedaba impura con todos sus muebles, é igualmente el que se contaminaba con un sepulcro ó alguna osamenta humana (31).

Las prescripciones sacerdotales exponen minuciosamente los usos, abluciones y sacrificios que podian dar lugar á impurificaciones, las cuales no era posible borrar en ciertas dolencias graves hasta pasado cierto tiempo, quedando miéntras tanto el enfermo separado del santuario y de todo roce humano. Para curar ciertas impurezas no bastaba el agua usual, y en casos tales mataban los sacerdotes y quemaban una vaca roja y sin tacha, y con cenizas de madera de cedro y hojas de hisopo preparaban una especie de agua lustral. La admision en la comunidad de un leproso curado exigia muchos preparativos y manipulaciones escrupulosas.

Entre las prescripciones lustrales figura tambien la circuncision, la cual, introducida en Israél, se dice que fué sancionada por la ley. El fundamento de esta costumbre, que se celebraba á los ocho dias del nacimiento (32), parece tener otros motivos que el de separar del cuerpo del hombre la parte considerada como impura. Los Ammonitas, Idumeos y Moabitas, y las tríbus árabes del N. de la Península, que tenian afinidades con los de Israél, observaban tambien la costumbre de circuncidar á los varones (33), haciendo otro tanto los fenicios, pero no los filisteos (34). Parece, pues, que la circuncision debió reconocer por fundamento motivos religiosos de carácter general. Inútil seria demostrar que, segun una antigua

opinion de los israelitas, el primogénito debia ser absuelto y rescatado por Jehová. No es, por tanto, inverosímil, dada la significacion de una historia oscura, que la circuncision del miembro viril fuese un sacrificio cruento por la vida del niño, bien así como el cordero pascual se ofrecia en sustitucion del primogénito, símbolo de la existencia de la familia. Cuando Moisés volvió á Egipto de la tierra de Madian, «aconteció en el camino (dice el escrito fundamental de orígen efraimita) que en una posada le salió al encuentro Jehová, y quiso matarlo. Entónces Séfora, mujer de Moisés, cogió un instrumento cortante y amputó el prepucio de su hijo, y echólo á sus piés. El Señor le dejó luego ir (35).» Era la circuncision para los israelitas una prueba de sumision á su pueblo y señal de que éste, mediando un pacto, habia sido escogido por Jehová.

Lo esencial entre los israelitas para no impurificarse era el mantenimiento del culto de Jehová y vivir apartados completamente de la religion de los vecinos y de todo trato con ellos: despreciaron de hoy más todo influjo que el trato y frecuentacion de los Cananeos pudiera ejercer en la religion nacional; siendo cierto que hacia ya siglos la religion siriaca habia seducido al pueblo, y aún ejercia al presente cierta fuerza de atraccion. Así debió Moisés haber mandado derribar los altares é imágenes de los Cananeos, desterrarlos á todos, y no celebrar con ellos ni contratos ni bodas (36). La ley prohibia bajo pena de muerte ofrecer sacrificios á Moloc; el que los hiciera, habria de ser apedreado; imponiéndose la pena de destierro al que sacrificase á otros dioses que á Jehová, y la de ser apedreados á los nigrománticos (37). «No cortareis en redondo las extremidades del pelo de vuestras cabezas, ni dañarás la punta de tu barba. Y no hareis rasguños en vuestra carne por un muerto, ni desgarrareis la piel. No contaminarás tu hija haciéndola fornicar (38).» Asímismo prohibia la ley cuanto se relacionara con las costumbres, duelos y ceremonias de la religion cananea. Israél no miraba á los extranjeros ni como ciudadanos ni como parientes, y ménos todavía podian casarse con mujeres no israelitas; aunque posteriormente autorizó la ley el casamiento de

los israelitas con las prisioneras de guerra (39). Tales son las leyes misantrópicas de los judíos, de las cuales habló Tácito con tan profunda indignacion.

El sacerdocio del templo adquirió mediante la ley grande influjo religioso: sólo él podia atraer sobre el pueblo, la gracia de Jehová y aplacar su cólera ofreciendo sacrificios en toda regla; sólo el daba á conocer la voluntad de Jehová por medio del oráculo; sólo él actuaba en las enfermedades y sobre todo en la lepra, ejerciendo en todo el pueblo funciones de policía, velando por que se cumpliesen las reglas sobre la purificacion y usos de alimentos; solo él podia excluir de la comunidad del pueblo al que ofreciese sacrificios infringiendo el ritual; él tenia, en fin, conocimientos de que carecia el pueblo. El sacerdocio puso en órden la cronología y las fiestas, cuidaba de los pesos y medidas, (40) sabia las antigüedades del pueblo y su antiguo pacto con el Dios nacional, conocia, en fin, los dogmas de Jehová; de donde venia la pretension de que el sacerdocio habia de vigilar el cumplimiento de estos dogmas, y ser el primero en sostener el órden y hacer observar la ley. Pero esta pretension adelantóla primero el sacerdocio tímidamente. En el ritual, fueron incluidas las antiguas leyes penales, las prescripciones jurídicas caidas en desuso las cuales modificó el sacerdocio segun sus ideas quedando en la vida real como normas del derecho en todas sus manifestaciones, aunque con el mismo carácter ideal de que participaban los ritos para los lugares santos y las ceremonias del culto y de la purificacion. Prescindiendo, pues, del lado moral, inseparable del jurídico en esta exposicion de la sabiduría clerical israelita; haciendo caso omiso de las reglas y mandatos de índole exclusivamente moral, podríamos tomar alguna de las siguientes indicaciones como reglas jurídicas, peculiares de los hebreos.

Segun las ideas sacerdotales, Jehová era el verdadero propietario de la tierra que habia dado en préstamo al pueblo de Israél. De este supuesto deduce la ley consecuencias singularísimas, que podian ser de esencial interés para el propietario entrampado, á fin de conservar en la misma mano, los bienes de la tribu y sostener

la familia y su constitucion, cosas de tanto peso entre los hebreos. La ley se esforzaba en vano por venir en ayuda del deudor contra el acreedor, del pobre contra el rico, del trabajador contra el que le daba trabajo, del esclavo contra el amo.

Así como toda clase de trabajo cesaba en el sétimo dia, consagrado á Jehová, así tambien se introdujo el descansar cada siete años: tal fué el orígen del año sabático. En honor de Jehová, verdadero propietario que les diera en feudo el suelo, debian los israelitas dejarlo reposar cada siete años. No podian los israelitas en el año del jubileo sembrar la tierra, ni podar las viñas, ni espantar las fieras, cada cual podia buscar en los campos incultos lo que buenamente produjeran sin el trabajo del arado: la observancia de este año sabático traeria las bendiciones de Jehová sobre los seis anteriores, y no habria que temer la miseria (41). Pasado siete veces este período del sétimo año de descanso, quedaba luego cerrado el siclo; partiendo la ley de la idea de que todo volveria á su anterior estado. Pasados siete veces siete años sabáticos (año del jubileo), descansaban los campos y volvian á sus antiguos dueños ó á sus herederos todas las tierras vendidas, con los caserios y accesorios (42); de donde resultaba que en realidad no se vendian los bienes, sino que pasaba su usufructo á otras manos; pudiendo el propietario rescatar sus bienes muebles é inmuebles, siempre que pagase ántes de empezar el año del jubileo las anualidades vencidas.

Pero el sacerdocio estuvo muy distante de haber logrado que tan grandes exigencias, fundadas en la santidad del sábado, y en el presupuesto de que la tierra de Israél pertenecia á Jehová, que la emprestara á cada familia, diese á los israelitas una idea clara de la verdadera nocion de la propiedad. La ley trazaba un cuadro ideal que dificultosamente habria pasado á vías de ejecucion, y no hacia poco al lograr que el préstamo no tuviera consecuencias para el pobre y que á éste no le confiscasen su capa (43). Las léyes sobre deudas eran, sin embargo, rigorosas, permitiendo al acreedor incautarse de los bienes muebles é inmuebles del deudor, si éste no pagaba á su

debido tiempo; y hasta podia el acreedor destinar á su servicio, ó vender como esclavos, la mujer é hijos y la persona del deudor.

En los procedimientos judiciales decia la ley: «un sólo testigo no hará fé contra alguna persona para que muera: no harás agravio en el juicio: no tendrás respeto al pobre, ni honrarás la persona del grande: con justicia juzgarás á tu prógimo (44).» Los daños causados á otro en su persona y bienes, daban derecho al perjudicado á una imdemnizacion. Ya sabemos que las antiguas leyes exigian vida por vida, ojo por ojo, diente por diente. Tambien declaraba la ley, que tenia derecho á indemnizacion completa el que fuese perjudicado en sus bienes muebles é inmuebles y en sus ganados. Condenábase al que robaba á pagar por vía de indemnizacion las cuatro quintas partes del valor de los bienes robados. Si el ladron no podia pagar la indemnizacion, pasaba en calidad de siervo á manos del robado. Pero el que robaba á un hombre, con el fin de reducirle á esclavitud ó venderlo, era castigado con pena de muerte (45). Cuando ocurria un asesinato, el vengador, esto es, el más próximo pariente y heredero del muerto debia perseguir y matar al asesino donde quiera que fuese, en cuanto probara con dos testigos que aquel era en realidad el delincuente. Siempre que la ley prohibia al vengador tomar venganza del homicidio involuntario, el país quedaba profanado por la sangre del muerto, y «la tierra no se aplacará, (dice la ley) por causa de la sangre derramada sinó con la sangre del homicida voluntario.» Establecia la ley una excepcion en el caso de que alguien matase á otro, no por odio ni enemistad, sinó por acaso ó involuntariamente. En tal caso, el homicida habia de acogerse á alguna de las seis ciudades designadas como lugares de refugio (46). El vengador que fuese en persecucion del asesino, habia de pedir á los ancianos la entrega del delincuente, tocando á ellos decidir si el homicidio habia sido por odio, enemistad ó accidente casual. Si los ancianos descubrian que el homicidio habia sido premeditado, debian entregar luego al asesino en manos del vengador para que le matase. En los demás casos, el homicida involuntario, permanecia en la ciudad de refu-

gio hasta la muerte del sumo sacerdote; no teniendo responsabilidad alguna el vengador si ántes de esto mataba al delincuente fuera del término de la ciudad de refugio (47). Las prescripciones de los sacerdotes iban hasta establecer que si un toro bravo mataba á un hombre, fuese apedreado el toro, cuya carne no podia comerse, como inmunda; y que el dueño habia de morir, ó por lo ménos expiar su delito, si sabiendo que el toro era bravo, no tuviera con él la debida vigilancia (48).

Cual sucedia en Oriente, no se contentaban los israelitas con una sola mujer. La ley de los sacerdotes no combatió una costumbre que halló defensa y apoyo en las narraciones de los padres de las tribus. Seguian tambien los israelitas la costumbre, generalmente admitida en Oriente, de comprar la mujer al padre por vía de indemnizacion de una propiedad lucrativa, de dos manos que trabajaban, perdidas para él al permitir que su hija abandonase la casa paterna. Así Jacob solicitó la mano de una hija de Laban, sirviéndole catorce años. El precio que se pagaba al padre de una doncella, cuya mano era solicitada, parece haber sido de quince á cincuenta siclos de plata. (12-42 thalers) (49). La celebracion del matrimonio se festejaba con una comida de boda, concluida la cual los padres conducian á la desposada á la alcoba nupcial. El rigorismo de la ley tendia á contrarestar la prostitucion de las doncellas, habitual entre los vecinos de los hebreos, la influencia de Lucina. La hija de un sacerdote que hubiese fornicado, debia ser quemada; porque ella «profanaba con su conducta, no sólo á sí misma sino tambien la persona de su padre (50)». La ley perseguia el adulterio con más rigor aún que los delitos contra la castidad, porque daba pena de muerte á la adúltera y al que la hubiese seducido (51). Si el marido tenia sospechas de la infidelidad de su mujer, sin poderlo demostrar, decidia entónces el juicio de Dios. El sacerdote conducia á marido y mujer al templo, ante el vestíbulo del Santísimo. Ponia luego agua sagrada (de la pila del templo), en un vaso de barro y mezclándola con tierra sacada del suelo del templo, decia á la mujer: «si no te has desmandado á espaldas de tu marido, libre seas de esta agua amarga

que acarrea maldicion; pero si te has descarriado de tu marido, Jehová te dé en maldicion y en conjuro en medío de tu pueblo, haciendo Jehová á tu muslo que caiga, y á tu vientre que te se hinche:» y la mujer respondia: «así sea», y enseguida debia beber el agua despues de sumergir en ella el sacerdote un escrito que contenia las palabras del anatema (52). Así era dado á la mujer, confesar su delito, ó disipar las sospechas del marido.

Estaba prohibido el matrimonio no solo con mujeres extrañas, en ciertos grados de parentesco en la línea ascendente, sino tambien en algunos grados dentro de los cuales era lícito casarse en otros pueblos. La ley de los sacerdotes partia del sano principio, de que el matrimonio no ha de pertenecer á un ciclo natural ya existente, sino que ha de formar una nueva comunidad. Estaba, pues, prohibido el matrimonio no sólo con la madre, sino tambien con alguna barragana ó concubina del padre, con la hermana, hija ó nieta, con la nuera viuda, con la tia paterna ó materna, con la hermana política ó hermana casada, con el hermano político, y con la hermana de la mujer, caso de que esta viviese (53).

Cual si fuera una propiedad compraba el hombre á la mujer, la cual, aun despues de casada, vivia con su marido independientemente. El hombre no podia faltar á la mujer; pero habia lesion del derecho de otro cuya mujer fuera seducida. Podia el hombre tener al lado de su primera mujer, cuantas barraganas y concubinas quisiere, tantas doncellas y esclavas como juzgase conveniente. Era lícito al hombre repudiar á su mujer «si esta no encontraba gracia á sus ojos», al paso que la mujer no podia nunca anular el matrimonio ó pedir el divorcio: la voluntad de la mujer no tenía fuerza de obligar. Los hijos vivian con la mujer, en relacion de la más estrecha dependencia del padre, el cual, no sólo vendia su hija al casarla, sino que podia tambien deshacerse de ella á título de prenda pretoria; y siempre que la mirase como esclava, no la podia vender á pueblo extraño (54). Pero si el padre no se atrevia á vender al hijo como esclavo, entónces le era lícito repudiarla. Las antiguas leyes, que se remontaban á la época de Moisés, inculcaban á los ni-

ños el respeto y obediencia á los padres: el hijo que infamaba ó mataba á su padre ó á su madre, tenia pena de la vida (55). El primogénito era el heredero de la casa, y despues de la muerte del padre, tenia los derechos de aquel sobre los hermanos menores y las mujeres, como cabeza de familia. No aparece con claridad si la ley daba algun derecho sobre la totalidad de los bienes semovientes al segundogénito que heredase sin condiciones las tierras de labor: el hijo de concubina y esclava no tenia derecho á heredar en habiendo hijos de legítimas nupcias: las hijas heredaban como no hubiese hijos. La hija que heredaba no podia casarse fuera de la tríbu, para que la sucesion recayese, por lo ménos, en un indivíduo de la tríbu. Si no habia hijos ni hijas, heredaba el hermano del padre y luego su tio (56).

La ley trataba de asegurar y hacer más llevadera la posicion de los jornaleros y esclavos. «No se detendrá en tu casa el salario del trabajador hasta la mañana (57).» El número de esclavos parece no haber sido insignificante: eran éstos prisioneros de guerra ó enemigos comprados por vía de transaccion mercantil, ó hebreos cogidos en flagrante delito de robo y que no habian podido pagar la indemnizacion ó extinguir su deuda, ó doncellas hebreas vendidas por sus padres. El matrimonio de los esclavos entre sí aumentaba su número. La ley queria que el sábado fuese tambien dia de descanso para los esclavos (58). Las antiguas leyes limitaban ya el derecho de vida y muerte que tenia el amo sobre el esclavo, dando á éste libertad como le hiriese gravemente su señor, al cual se le imponia un castigo, caso de que muriese el esclavo (59). El peregrino debia ser rescatado por sus parientes, si podian éstos (60): el esclavo hebreo habia de recibir de su señor igual trato que si fuese criado ó huésped (61). El esclavo hebreo, despues de servir seis años, recobraba al sétimo la libertad, sin dar rescate alguno á su amo. Solamente podia un hebreo no salir de la esclavitud, si á los seis años de servicio declaraba espontáneamente estar en ánimos de no abandonar á su amo; y, una vez hecha esta declaracion, y en señal de perpétua obediencia á su señor, horadaba éste con un punzon junto al poste de la puerta la oreja del esclavo (62).

VII.

CISMA DEL REINO DE ISRAEL.

La monarquía se mostró en Israél guardadora del depósito que le confió el pueblo para contener á los filisteos, cuyas temibles armas asolaban y destruian el país. Malogróse, sin dejar huella ninguna, la primera tentativa de la monarquía para organizar las ciudades del país. La monarquía popular y sencilla de Saul, no obstante el apoyo que encontró en la inmensa mayoría de los israelitas, apenas logró consolidarse; mas cuando la institucion monárquica, aliada con el sacerdocio, apeló á las medidas usuales de gobierno entre los orientales, á fortificar la capital, á la creacion de un ejército permanente y de una guardia pretoriana y de oficios altos y bajos, halló la estabilidad que no habia logrado primeramente. El nuevo gobierno salvó á Israél; pero fué yendo más allá de la idea que presidiera á su fundacion, porque hubo de convertirse en despotismo, el cual, alejando, de una parte, los peligros que amenazaban á la nacionalidad, de otra, los atrajo entronizando en el país las costumbres y ceremonias de la religion siriaca.

La profunda transformacion que sufrió la fisonomía de Israél durante los reinados de David y Salomon, hubo de provocar un movimiento popular en sentido inverso. Trás el largo reinado de Salomon, dadas sus maneras de gobernar y las cargas que impuso al pueblo, debió éste ser mucho más fuerte que cuando el levantamiento de Absa-

lom conmovió el trono de su padre. Si los israelitas vivieron antes de David y Salomon sin vínculo alguno político, tenian ahora un gobierno respetado: á la autoridad patriarcal de los ancianos y jefes de tribu, cuyo arbitraje buscaban antes, reemplazó ahora el imperio de los oficiales de la Corona, ejercido, en verdad, harto arbitrariamente. Vivieron antes los israelitas gozando de absoluta libertad en sus tierras de labor y en sus parras é higuerales; ahora se vieron obligados á pagar intereses, contribuciones, y á prestar servicios personales.

La tríbu de Judá pudo soportar las nuevas cargas, por ser la que gozaba del beneficio de las nuevas instituciones y porque el rey habia salido de su seno y en él estaban la capital y el templo; pero los intereses de las demás tribus quedaron grandemente lesionados. La tribu de Efraim debió sentirse humillada antes que ninguna otra, porque ella conservaba la memoria de Josué, el recuerdo de la conquista del país, habiendo ejercido primero la autoridad y en su territorio estuvo depositada el arca de Jehová. El poder habia pasado á la tribu de Judá, la cual por mucho tiempo sufrió el yugo de los filisteos; el arca santa se trasladó á Jerusalem, quedando abandonados los antiguos santuarios. El reino de Salomon continuó, por más señas, tal cual lo dejara constituido el fuerte brazo de David; pero la monarquía aún no era tan antigua ni tenia como institucion tal solidez, que los israelitas no se acordasen de la época anterior. Sin que las discordias de los hijos de Salomon ni las intrigas del harem pusiesen ahora en peligro la sucesion al trono, acordáronse los israelitas del derecho que tenian de elegir rey; y al cundir la noticia de la muerte de Salomon, acudió el pueblo, no á Jerusalem, sino á Siquem, antigua capital de la tríbu de Efraim (953 a. C.).

Sólo una habilidad y prevision grandes hubieran podido en estas circunstancias asegurar la corona en las sienes de Roboam, hijo mayor de Salomon, el cual le naciera de Noama Ammonita. Roboam no era ya niño, pues estaba á la muerte de su padre, en los cuarenta y dos años de su edad; y comprendiendo que no debia permanecer ocioso ante la reunion de Siquem, como tuviese fuerzas para di-

solverla, tomó el camino de la antigua metrópoli efraimita. Salióle al encuentro una diputacion del pueblo, la cual dijo al nuevo rey: «Tu padre forzó nuestro yugo: aligera tú las muchas contribuciones y el pesado yugo que tu padre nos impuso, y seremos luego tus súbditos.» Roboam prometió decidir de allí á tres dias, y al efecto reunió su Consejo. Los ancianos (dicen los anales) aconsejaron á Roboam que transigiese con el pueblo: los jóvenes, engrandecidos por el nuevo rey, habituados á la adulacion y áun ganosos de ejercer sobre la muchedumbre un poder ilimitado, instáronle para que rechazase desde luego tales pretensiones y prescindiera de semejante apoyo. Fascinado Roboam, siguió este último consejo, que debió serle fatal, pues si no dijo al pueblo las palabras que ponen en sus lábios los Libros de los Reyes: «Mi padre os castigó con azotes y yo os flagelaré con látigo acerado,» de cierto que rechazó las exigencias de los israelitas. Entónces surgió en la reunion del pueblo la voz de «¡Nada tenemos que ver con David ni con la casa de Isaí: Israél, á tus estancias!» Trató luego Roboam de reducir á la muchedumbre alborotada, valiéndose de Adoniram, inspector general de obras públicas; mas el pueblo dió muerte á pedradas al mal elegido comisario, y Roboam, tomando apresuradamente su carro, huyó á Jerusalem.

Hacia ya mucho tiempo que los graves sucesos ocurridos cien años antes, indujeran al pueblo unánime en Guilgal, á proclamar por rey á Saul y á ponerse en Hebron del lado de David, á la muerte de Isboset. Quedó relegada al olvido para las últimas afortunadas generaciones la causa que produjera en época remota la discordia entre los israelitas, los cuales únicamente traian en la memoria los males presentes y la opresion venidera, como siguiese la monarquía el camino del despotismo. Nombró Salomon por inspector de las obras públicas de Efraim á Jeroboam, hijo de Nabat, Efrateo de Sereda, hombre activo y emprendedor. En su nuevo empleo supo Jeroboam hacerse amar de toda la tribu de Efraim, admnistrándola con dulzura, bien porque tal fuese su modo de pensar, ó porque de intento buscase el bien de sus compatriotas. Salomon

hubo de saber indudablemente que el núcleo de la oposicion estaba en la tribu de Efraim; y puesto en cuidado por la autoridad que en ella habia adquirido Jeroboam, y por sospechas de que éste pensaba sublevarse, procuró matarle (1). Vióse, pues, obligado Jeroboam á buscar asilo en la córte del Faraon Sisac; y no volvió á Israél hasta que le llamaron sus compatriotas y administrados, poco despues de la muerte de Salomon. La negativa de Roboam á plantear un gobierno templado, decidió la eleccion de Jeroboam para rey de Judá; siendo prueba suficiente del grado de aversion que tenia la plebe á la casa de David y á la monarquía de Jerusalem.

Permanecieron fieles al hijo de Salomon la capital del reino, las tribus de Judá y de Simeon, mucho tiempo hacia refundidas, y una parte de la tribu de Benjamin, cuyas tierras estaban en las inmediaciones de Jerusalem. La monarquía de David volvió, pues, á los límites que tuvo en sus comienzos. ¿Sabria Roboam imitar á su abuelo David, y siguiendo sus huellas restablecer la unidad de Israél apoyado en la tribu de Judá? Tal fué, al ménos, su pensamiento, y con el fin de someter por fuerza de armas á las tribus rebeldes, reunió la gente de guerra de las tribus de Judá y Benjamin; pero desistió luego de esta idea, no porque le disuadiese de ella el vidente Semaia, como asegura la narracion profética interpolada en los anales (la cual dice tambien que hubo lucha todos los dias entre Roboam y Jeroboam) (2), sino porque tuvo que habérselas con un enemigo más temible.

Desde que los hebreos conquistaron la tierra de Canaan, ningun peligro les amenazó del lado de Egipto, cuyos reyes, desde la época de Ramsés III, dejaron quietas las armas. El Egipto vivió en relaciones de amistad y parentesco con el rey Salomon; pero en el año 961 a. C. (3). fundó Sisac una nueva dinastía, la cual mudó de conducta con los hebreos. En la córte de Sisac refugióse Jeroboam, antes de subir al trono de Salomon, interesaba igualmente á Jeroboam y á Sisac el mantener la alianza que el nuevo rey de Israél hiciera en el destierro antes de heredar á Salomon. No es, por lo tanto, inverosímil que Sisac moviese guerra á Roboam,

con el fin de afirmar el nuevo trono de Jeroboam. ¿Por qué no habia de aprovecharse el Egipto de la guerra intestina del reino de Israél, tan poderoso con David y Salomon, que se hizo dueño de la Siria y llegó hasta las fronteras de Egipto? ¿Por qué no ahondar la division, y por ende la impotencia de Israél, ganando con tiempo y á poca costa gloria militar, é incautándose á la par de los tesoros de Salomon? Faraon invadió el territorio de Judá en el año 949 a. C. con un ejército de «1.200 carros de guerra y 60.000 caballos é innumerable muchedumbre de Egipto, Lybia y Etiopia.» No habiendo podido Roboam hacer resistencia á las fuerzas de Sisac, las ciudades, incluso Jerusalem, unas trás otras abrieron sus puertas al invasor, el cual se apoderó de los tesoros del templo y de la casa real y de las rodelas de oro que Salomon habia mandado fabricar. El rey Sisac se propuso no ya vencer á los israelitas y conquistar la Siria, sino más bien saquear y reducir á la impotencia el reino de Judá. Hecho esto, volvióse á Egipto el Faraon. En las afueras del templo de Karnak se ven 133 estátuas barbadas con las manos atadas á la espalda, y conducidas por el Faraon Sisac á Ammon y Mut. La parte inferior de dichas estátuas contiene los nombres de los lugares de Judá tomados por Sisac, ó á los cuales impuso contribucion: entre dichos nombres, cien de los cuales pueden todavía leerse, no figura ninguno correspondiente á Israél, de donde se deduce que la expedicion egipcia redundó en pró de Jeroboam, y hubo de quedar circunscrita al territorio de Judá (4): desgracia grande para el reducido reino, y lo que era peor, Jeroboam podia aprovecharse de la expedicion de Sisac, y éste volver á saquear el territorio de Judá. Comprendió Roboam que no le era posible aumentar sus fuerzas, ni contener la ruina de su dominacion, sino fortificando la capital de su reino y transformando en baluarte los lugares más considerables del país. Así lo hizo, y tambien, segun se dice, que muy luego se proveyó de tropas, armas, municiones y generales.

Trás el breve reinado de Abiam, hijo de Roboam (932 á 929 a. C.) subió al trono de Judá su hermano Asa;

en cuya época, el Kuxita Serah, como asegura la crónica, hubo de invadir con poderoso ejército el reino de Judá penetrando hasta Maresa; pero Asa derrotó á los Kuxitas en el año décimoquinto de su reinado, y de los despojos sacrificó á Jehová en Jerusalen 700 bueyes y 7.000 ovejas. Los Libros de los Reyes afirman únicamente que Asa luchó sin cesar contra Baasa, rey de Israél (925-901 a. C.) (5), el cual llegó hasta Rama, (á dos horas de Jerusalem) en cuyo punto se fortificó poniendo en grave aprieto la capital de Judá, interrumpiendo su tráfico y cortándoles los víveres. Parece que no siendo las fuerzas de Asa suficientes para sacar á los sitiados de tan crítica situacion, tomó «todo el oro y plata que habia quedado en el tesoro de la casa de Jehová y en el de la casa real», y lo envió á Benhadad, hijo de Tabrenion, descendiente de Hesion, rey de Damasco, para que rompiese su alianza con Baasa, é invadiera su territorio, á fin de que éste dejara en paz á Judá. Benhadad, accediendo á las exigencias de Asa, invadió el territorio de Israél; y así como Jeroboam acudió al Egipto para hacer la guerra á Judá, así este último reino impetró el auxilio de Damasco para resistir á los israelitas. Baasa desistió de hacer la guerra á Judá, y Asa mandó súbitamente transportar de Rama la madera y las piedras de las fortificaciones de Baasa, y con estos materiales puso á Gaabá y á Mispá en estado de defenderse de los israelitas (6).

En una adicion al Libro de los Reyes se lee, que Asa echó del país á los sodomitas y derribó el ídolo de Astarte, erigido por su madre, y lo quemó en el valle de Cedron (7). En los últimos años del reinado de Salomon, operóse una sana reaccion contra los cultos extranjeros y el que más avanzó en este sentido fué Josafat, hijo de Asa (873-848 a. C.), el cual expulsó del país á los sodomitas que aún quedaban é hizo las paces con Israél. Quedó por Judá la soberanía sobre los Idumeos á los cuales venció Saul, sojuzgó David, y volvió de nuevo á someter Salomon después de haberse inútilmente alzado contra él. Josafat mantuvo por medio de gobernadores (8) su soberanía sobre los Idumeos, los cuales le pagaron contribucion de guerra,

segun hallamos escrito, y llegó hasta el N. E. del mar Rojo. Como en tiempo de Salomon, se construyeron en Elat grandes barcos para las expediciones á Ofir (9).

Las diez tribus, á cuya cabeza se puso Jeroboam, constituian la masa del pueblo, así por la extension de su territorio, como por el número de habitantes. Creian, por lo tanto, las diez tribus, que el reino de Israél subsistia no obstante la sublevacion del Sur que segregó de la comunidad poco más que una tribu. La residencia del nuevo rey fué Siquem, antigua capital de la tribu de Efraim, lugar de su proclamacion. Luego que Jerusalem no fué ya capital del reino, dejó de ser su templo el santuario de todas las tribus; pues al acudir estas á Jerusalem para celebrar las grandes festividades y ofrecer sacrificios solemnes, peligraba la soberanía de Roboam. Debian, pues, quedar encerrados en las fronteras los santuarios del nuevo reino. En el S. de Efraim consagró de nuevo Jeroboam el antiguo santuario de Betel, donde Abraham habia erigido un altar y descansaban los restos de Jacob, y al N. de su reino el de Dan, fundado por los Danitas cuando arrebataron á los Sidonios la ciudad de Lais. En ambos santuarios restaurados erigió el nuevo rey á Jehová un becerro de oro é instituyó sacerdotes, acudiendo los israelitas como un solo hombre, al decir de la narracion, á las festividades de Dan y á los sacrificios de Betel, cuyo santuario tuvo tambien su tesoro. Cuanto á los hechos de Jeroboam, sabemos tan sólo que edificó i. e. construyó fortificaciones en Peniel allende el Jordan para mantener su soberanía sobre los Ammonitas. Afirmóse Jeroboam en su trono, gracias á la expedicion de Sisac contra el reino de Judá, sin que por eso cesasen las escaramuzas en la frontera durante todo su reinado.

Nadab, hijo de Jeroboam (927-925 a. C.), la emprendió con los filisteos para desalojarlos de Guibeton situada en la parte meridional del territorio Danita, y en el campamento de dicha plaza dióle muerte Baasa, uno de los generales de su ejército, el cual acabó con toda la familia de Jeroboam, subiendo al trono que habia ocupado Nadab durante dos años. Baasa declaró capital de su reino á Tirsa, lugar delicioso situado al N. O. de Siquem (10).

El cisma del reino de Israél, que lo reducia á la impotencia, podia únicamente ser útil al rey de Damasco, vencido por David y sojuzgado luego por Salomon en tiempo de Reson. Damasco no quiso apoyar á Judá en su guerra contra Israél, por si esta producia de nuevo la union de ambos reinos; pero mucho ménos podia consentir que Israél sojuzgase á Judá; tal parece haber sido el fundamento que tuvo Benhadad de Damasco para acceder á los ruegos de Asa, rey de Judá, cuando Baasa se fortificó en Rama. El ataque del N. de Israél por Benhadad, la devastacion del territorio del Jordan superior y de Cinnerot (11) pusieron de nuevo en cuidado al oprimido reino de Judá. Ela, hijo de Baasa, trás breve reinar, fué asesinado durante una comida en Tirsa por el general Simri que se ciñó la corona; pero el ejército de Israél que estaba sitiando á Guibeton, al tener noticia de lo acaecido en Tirsa, proclamó rey á su general Omri, el cual levantó el cerco de Guibeton y dirigiéndose á Tirsa, la tomó. Mas viendo Simri tomada la ciudad, y no creyendo posible defenderse en el palacio real, dióle fuego y murió abrasado en el incendio. No por eso quedó Omri por dueño de Israél, pues la mitad del pueblo se decidió por Tibni, hijo de Ahimat; pero la muerte de éste dejó libre el campo á su competidor.

Con la exaltacion de Omri (899 á 875 a. C.) eran ya tres las dinastías que habian ocupado el trono de Israél, miéntras que la familia de David continuaba en quieta posesion de la corona de Judá. Al igual de Baasa, fundó Omri una nueva capital, trasladando al efecto su residencia de Tirsa al monte de Somron, donde fundó la ciudad de Samaria. Dedúcese de la inscripcion de una lápida conmemorativa, mandada erigir por Mesa, rey de Moab, en su ciudad de Dibon (situada al E. del Mar Muerto) que Omri hubo de reinar con tino y fortuna. En dicha lápida se lee, que Omri, y luego su hijo, dominaron en Moab por espacio de cuarenta años, habiendo conquistado los israelitas no sólo la ciudad de Nebo, sino tambien la de Medaba, i. e. el territorio situado al S. de Nebo frente á Dibon, «oprimiendo á Moab durante muchos dias, porque Kamos (dios de los Moabitas) estaba airado con su tierra (12).» Como

el rey Mesa recobró su independencia á la muerte de Acab, hijo de Omri, la larga dominacion de éste en Moab debió de comenzar en el año de 893 a. C. Parece que Omri mantuvo relaciones de amistad con Etbaal, rey de Tiro (917 á 885 á. C.) ó con Balesor, que le sucedió en el trono (885-887 a. C.). La proximidad nada tranquilizadora del imperio Asirio, afirmado en el Eufrates y que antes de morir Omri tocaba en el Orontes, debió de aconsejar á los príncipes de Siria la más estrecha union. La autoridad y fama de Omri debieron de ser grandes, puesto que los reyes de Asiria, áun despues del destronamiento de su casa en la segunda mitad del siglo noveno, llaman «hijo de Omri» al rey de Israél, y á su reino «casa de Omri.»

Acab, hijo de Omri (875-853 a. C.) mantúvose en el poder usurpado por su padre. Cuentan los Libros de los Reyes, que Mesa, rey de Moab, pagaba anualmente al rey de Israél cien mil corderos y otros tantos carneros con sus vellones (13), y el mismo rey Mesa nos dice que á Omri sucedió su hijo, el cual, á semejanza de su padre, exclamó: «yo oprimiré á Moab», é Israél habitó en Medaba durante cuarenta años en los dias de Omri y Acab. De las inscripciones de Salmanasar de Assur, parece deducirse que los Ammonitas obedecieron tambien al rey Acab (14), el cual estrechó con el reino de Tiro, casando con Jesabel, hija de Etbaal, tia de Muton, príncipe entonces reinante. Mantuvo asímismo relaciones de amistad con el reino de Judá, que prosperó durante el reinado de Josafat, cuyo hijo Joram casó con Atalia, hija de Acab y de Jesabel (15). En los montes de Jesrael mandó Acab fabricar, á usanza de los príncipes fenicios, un palacio con ornamentacion de marfil (16).

El engrandecimiento de Israél y sus relaciones con Judá, movieron á Benhadad II de Damasco á romper con Acab y á invadir el territorio del vecino reino. Vino, en efecto, á Israél un segundo Benhadad con todo su poder y seguido de treinta y dos reyes, como se dice con evidente exageracion, si ya no es que entre tantos príncipes aliados está repetido el nombre de Benhadad de Damasco (17). En tanto que Benhadad se entregaba á la bebi-

da, cayó Acab sobre los Arameos y alcanzó gran victoria, aunque su ejército sólo constaba de 7.000 hombres. Como los siervos de Benhadad le aconsejaran, segun dice la parte poética de los Libros de los Reyes, luchar con los israelitas en la llanura, porque siendo sus dioses de la montaña, conseguiria vencerlos, volvió al año siguiente Benhadad con un ejército de Arameos, que anegaba la tierra. Venciólo Acab una vez más, siendo tan completa la victoria que los siervos de Benhadad, por mandato de éste, presentáronse al rey Acab vestidos de sacos y con la cuerda al cuello, implorando el perdon. Otorgósele Acab, prometiendo en cambio Benhadad devolver las ciudades tomadas por su padre á Omri.

Los príncipes de Siria dieron al olvido sus discordias y compusieron sus diferencias. Los reyes de Asiria, Assurnasirpal y Salmanasar II, apoderáronse del territorio situado á orillas del Eufrates, y se hicieron en él fuertes: el primero avanzó hasta llegar al Orontes y al Amanos, habiendo logrado el segundo conquistar la Cilicia. Salmanasar II salió de Nínive en la primavera del año 854 a. C. (18), pasó el Eufrates, impuso contribucion á sus ribereños, y se dirigió luego contra Damasco. Benhadad (Binhidri) de Damasco, Acab (Ajabu) de Israél, los reyes de Hamat y Arados con algunos otros príncipes Siros juntaron sus tropas para hacer frente al peligro que á todos ellos amenazaba. Salmanasar dió al ejército de los Siros (que constaba de doce príncipes aliados contrarios suyos) unos 60.000 hombres: Damasco trajo el contingente más numeroso de 20.000 guerreros y 1.200 cuadrigas: seguíanle Israél con 200 carros de guerra y 1.000 combatientes, Hamat con 700 carros y 10.000 hombres. Encontráronse ambos ejércitos en Karkar: el rey de Asiria se adjudicó la victoria, y dice que se apoderó de la caballería y atalajes de los Siros, y puso fuera de combate á los príncipes aliados con pérdida de 14.000 hombres, como aseguran algunas inscripciones, y 20.500, segun rezan otras. Pero Salmanasar nada dice de la derrota de los príncipes que pelearon contra él, ni de las contribuciones de guerra, ni de las ciudades conquistadas. Lo cierto es que hizo frente á los ejércitos reunidos de los Siros, y

rechazó el ataque de los Asirios; tal fué la victoria, si es que se la disputaron en el campo.

El culto de las tribus vecinas, la religion de Astarte, Kamos y Milcom entronizada entre los hebreos, y hasta en Jerusalem en los últimos años del reinado de Salomon, triunfó de nuevo en Judá, como vimos, durante los reinados de Asa y Josafat. La consagracion por Jeroboam de los santuarios de Betel y Dan, no obstante la ereccion en ambos lugares de la imágen de Jehová, miróse en Israél como una protesta contra la tolerancia del culto cananeo; pero la alianza entre Acab y Tiro dió por resultado que los dioses fenicios cobrasen de nuevo autoridad en Israél. Cuéntase que, cediendo Acab á las excitaciones de su mujer Jesabel, natural de Tiro, mandó erigir en Samaria, ciudad capital fundada por su padre, un templo á Baal de Tiro, y otro dedicado á la diosa Astarte, cuidando del primero 450 sacerdotes, y 400 del segundo (19).

Acostumbraban los hebreos desde los más remotos tiempos á consultar á Jehová sobre lo que habian de hacer: la conciencia, en su misma sencillez, encontraba en el cielo consejo y ayuda en los casos dudosos; siendo en Israél más frecuente que en otros pueblos la costumbre de consultar á Jehová. Así en los litigios, como al acometer cualquier empresa, consultaban los israelitas la voluntad de Jehová; y ya vimos que David nunca hizo nada sin acudir á la imágen de Jehová que le acompañaba en sus expediciones. Cuando querian los hebreos dar á entender que un consejo era prudente, decian: «Es como si lo hubiese dado Jehová.» Siempre y donde quiera estaban los israelitas habituados á buscar el arbitraje de Jehová. La pregunta y la respuesta seguíanse, como ya hicimos notar, miéntras los sacerdotes echaban suertes delante del Arca, ante el altar, en presencia de la imágen de Jehová. Al lado de los sacerdotes que echaban la suerte, habia unos hombres que veian lo oculto y podian dar á conocer lo venidero; y á dichos adivinos acudian los israelitas como á las suertes de Jehová, cuando querian saber si habria lluvia ó sequía, dónde estaba la oveja descarriada, y cómo podrian curarse en caso de enfermedad. Los tales

adivinos mediaban tambien en los pleitos, dando sentencia, que luego pasaba por dictámen de Jehová, el cual iluminaba á tales hombres, dándoles mirada penetrante y profunda sabiduría. A medida que el sentimiento religioso de los adivinos adquiria más fuerza é intensidad, creian ellos, como el pueblo, estar en relacion más cercana y estrecha con Jehová. Estos augures vivian de la religion, esto es, de lo que ganaban por dar á conocer la voluntad de Jehová. Llevado el adivino de su conviccion, llegó á ser vidente, es decir, un hombre en cuya conciencia se reflejaba la voluntad de Jehová. Samuel fué, por dineros, sacerdote, adivino y profeta á un mismo tiempo, es decir, anunciador, no sólo de cosas extraordinarias y venideras, sino tambien del recto juicio de la resolucion divina. David y Salomon acudieron á hombres de esta clase en demanda de consejo, y la vida interna del vidente dió fuerza á las amenazas, remontóse á la poesía, cuyas manifestaciones ya conocemos. Los profetas y videntes no protestaron en Israél, segun nuestras noticias, contra el culto de Jehová en imágen; pero se opusieron al culto de Baal y Astarte, dioses extraños, entronizado en Samaria por Acab y Jesabel. Las persecuciones de Acab aumentaron en vez de aminorar en los videntes la intensidad de su fé, su adhesion al Dios nacional de Israél, y los sacrificios hechos ó que estaban dispuestos á hacer. Obligados á vivir en lugares solitarios, en los desiertos, en los barrancos y en las cuevas, y por virtud de las privaciones, los ayunos y las meditaciones solitarias en el desierto, tenian sueños y éxtasis, que tomaban los proscritos por demostracion irrefragable de su relacion íntima con el Dios de Israél. Gracias á esta excitacion divina, fueron muy allá los profetas en sus predicaciones, lucharon y padecieron porque el culto del Dios nacional desterrase completamente el de las divinidades extrañas. En cuanto un profeta anatematizaba los sacrificios de Baal, y para librarse de la persecucion del rey, huia al desierto, no le faltaban allí celosos partidarios que oyesen sus palabras y siguiesen sus inspiraciones á modo de discípulos, aumentándose de esta suerte el número de los iluminados, avivándose su fé religiosa en medio de los peligros y de las privaciones,

y creciendo, al par que el celo por el culto de Jehová, el odio contra los dioses forasteros y sus adoradores, al compás de la cruda persecucion que se les hacia. Los profetas eran, en fin, hombres de palabra y hombres de accion.

Fortalecidos los profetas en sus luchas ardientes por la antigua religion de Jehová y sufriendo persecuciones por su fé en el Dios de Israél, uniéronse á éste por medio de relaciones internas de gran fuerza y tension. Llenos de fé y movidos de las revelaciones de que los hiciera partícipes Jehová, los profetas combatieron hábilmente á los reyes ateos; y en alas de su celo por la religion de Jehová, llegaron hasta el fanatismo ciego que no retrocedia ante nada, con tal que pudiese aniquilar el culto de los dioses extranjeros. La tradicion exornó con multitud de maravillas la vida de hombres que, como Elias y Eliseo, eleváronse en tiempo de Acab de adivinos á profetas, con el fin de mostrar la energía de su conducta y la fuerza que Jehová daba á sus adoradores. Elias fué arrebatado al cielo en un carro de fuego, y el cadáver de Eliseo hizo maravillas.

Cuéntase que Acab, cediendo á las vivas instancias de la reina Jesabel, mandó desterrar de su reino ó dar muerte á los profetas de Jehová que sublevaban al pueblo contra su soberano (20). Elias Tisbita de Galaad huyó primeramente al territorio del Jordan y luego á Tsarpat (Sarepta) en la tierra de los Sidonios (21): hallando por último, refugio en los barrancos del Carmelo á orillas del mar. Un cinto de cuero abrigaba su desnudez; una capa de pelo cubria sus espaldas, y en medio de la soledad un cuervo traia pan y carne al famélico vidente (22). Sucedió, pues, que una prolongada sequía afligió á Israél; y, en tal apuro, abandonó Elias su escondite para ofrecer al rey de Israél y á su pueblo que Jehová castigaria á los sacerdotes de Baal, salvando á su pueblo con sólo que volviese á la religion del Dios indígena. Elias pidió al rey Acab, que el pueblo y los sacerdotes de Baal y Astarte se congregasen en el Carmelo, donde Jehová pondria fin á la tenaz sequía. Acab suscribió al deseo del profeta. Reunido el pueblo, acercóse Elias á la muchedumbre y exclamó: «¿hasta cuando claudicareis entre dos pensa-

mientos siguiendo á Jehová al mismo tiempo que á Baal? De los profetas de Jehová sólo yo he quedado; mas de los sacerdotes de Baal hay cuatrocientos cincuenta. Dénsenos, pues, dos bueyes, uno á mí, el otro á los sacerdotes de Baal, los cortaremos en pedazos y pondrémoslos sobre leña, y el Dios que respondiere por fuego, ese sea nuestro Dios.» Mataron los sacerdotes de Baal el buey que les fué dado, pusiéronlo sobre un haz de leña é invocaron el nombre de Baal desde la mañana hasta el mediodia, diciendo: «Baal, respóndenos;» pero todo era en vano. En tanto Elias edificó (segun dice más extensamente la narracion) un altar, tomando doce piedras, conforme al número de las tribus; hizo despues una reguera, al rededor del altar, cortó el buey en pedazos y púsolo sobre la leña derramando agua tres veces sobre el holocausto. Y como Elias invocase el nombre de Jehová, diciendo: «sea hoy evidente que él es Dios en Israél y Elias su siervo,» cayó fuego del cielo, el cual consumió el holocausto, y la leña, y las piedras y el altar. Al ver esto, el pueblo todo cayó sobre sus rostros y dijo Elias: «Prended á los profetas de Baal, que no escape ninguno!» Cayeron sobre ellos y llevólos Elias al arroyo de Cison y allí los degolló. Viendo luego desde la cumbre del Carmelo que subia del mar una nubecilla como la palma de la mano de un hombre, Elias dijo al rey: «toma tu carro y desciende, porque la lluvia no te ataje,» y aconteció que los cielos se cubrieron de negras nubes y á un vendabal furioso siguió una gran lluvia. Elias, sin embargo, vino corriendo delante de Acab hasta llegar á su palacio de Jezraél (23). De esta narracion, tomada de la parte profética de los anales, ponemos en claro que Elias anunció al pueblo una prolongada sequía y un período de hambre en castigo de haber adorado á Baal; que alejado el peligro por la mediacion del profeta, el pueblo dió muerte á los sacerdotes de Baal, y Acab levantó el destierro y puso en libertad á los profetas de Jehová, cuya religion recobró de nuevo en Israél la supremacía y el decisivo influjo que antes tuviera.

Pasado el peligro de la invasion asiria, surgió de nuevo la discordia entre Damasco é Israél. Cuentan los libros de los hebreos que Benhadad no cumplió su pro-

mesa de devolver al rey Acab la ciudad de Ramot en Galaad; teniendo el rey de Israél tanto más motivo para quejarse del proceder de su compañero el de Damasco, cuanto que la invasion asiria le amenazaba en primer término, y para rechazarla tomó una parte principalísima el rey de Israél. Buscó, pues, Acab la alianza de Josafat, rey de Judá, para hacer la guerra á Damasco, y le exigió que saliese con él á pelear. Y Josafat respondió al rey de Israél: «yo saldré como tú; y como mi pueblo, así tu pueblo, y como mis caballos, tus caballos;» y vino á Samaria con sus guerreros. Ambos reyes estaban sentados cada uno en su silla junto á la puerta, pasando muestra al ejército expedicionario, y los profetas de Jehová en número de cuatrocientos, anunciábanles buena fortuna y decian; «¡Subid á Ramot de Galaad, que Jehová os la pondrá en vuestra mano!» Sólo uno de estos profetas, llamado Miqueas, hijo de Imli, denunció mal suceso, y Acab metió en la cárcel al profeta, segun dice la narracion, hasta que volviese triunfante de la guerra (24). Dióse la batalla frente á Ramot, quedando gravemente herido Acab de una flecha que penetró por las junturas de la armadura; mandóse curar y volvió á la pelea por no desanimar á su gente, estándose en su carro, aunque la herida sangraba, hasta la tarde, en que murió. Sabida su muerte por la gente de guerra, dispersóse el ejército y Josafat tomó el camino de su córte (853 a. C.).

La muerte de un guerrero tan esforzado como Acab fué una gran pérdida para el reino de Israél. No sabemos á costa de qué sacrificios hizo la paz con Damasco el rey Ojocias, hijo de Acab y de Jesabel: únicamente sabemos que el rey Mesa de Moab, al saber la muerte de Acab, negó el tributo que él y su padre se obligaron á pagar á Omri y Acab. Mas, por dicha para Israél, Salmanasar, rey de Asiria, movió sus armas en los años 850 y 849 a. C. contra Hamat y Damasco (25). Así pudo Joram, hermano menor de Ojocias, á quien sucedió trás un breve reinado (851-843 a. C.), intentar el reducir á los Moabitas. Pidió, por lo tanto, á Josafat de Judá que le acompañase, y Josafat le respondió: «Yo como tú, mi caballo como tu caballo;» y mandó no sólo la gente de guerra

de Judá, sino tambien la de Edom, en cuyo territorio, hácia la parte del Sur, dióse la batalla; siendo derrotados los Moabitas y quedando destruidas las ciudades, asolados los campos y cegadas las fuentes. El rey Mesa se refugió primero en la fortaleza de Cir Haroset, y posteriormente en Cerac, al Sur de Arnon, no léjos de la banda oriental del Mar Muerto. Los honderos de ambos reyes rodearon la fortaleza y asaltaron el muro. «Y cuando el rey de Moab vió que llevaba lo peor de la batalla y no podia romper el ejército contrario, arrebató á su primogénito, que habia de reinar en su lugar, y sacrificóle en holocausto sobre el muro. Y hubo grande enojo en Israél, y retiráronse de él y volviéronse á su tierra (851-849 a. C.)»

La guerra contra los Moabitas, comenzada bajo buenos auspicios, acabó desgraciadamente, segun confiesan los Libros de los Reyes. Lo mismo asegura la lápida mencionada de Dibon: «cuarenta años (dice el rey Mesa) habitó Israél en Medaba, la cual restituyó en mis dias el dios Camos. Y el rey de Israél fundó la ciudad de Atarot y atacó las fortificaciones, y las tomó, é hizo prisioneros á todos los varones y condújolos á la presencia de Camos y de Moab. Y díjome Camos: «vé y saca á Nebo del poder de Israél,» y yo fuí de noche y la expugné desde la aurora hasta el mediodia, y la tomé; consagrándola en señal de destruccion al dios Astor-Camos, y tomé de ella los vasos sagrados y los arrastré en presencia del dios Camos. Y el rey de Israél edificó á Jahaz, y me hizo la guerra, venciéndolo el dios Camos. En Moab hice prisioneros 200 hombres con todos sus jefes, y los conduje á Jahaz para juntarlos en Dibon. Fundé yo á Karho (26) con sus fuertes torres y régio alcázar: la ciudad de Aroer, y abrí una calle sobre el Arnon: á Bet Bamot que luego fué destruida: á Bazor y Bet Diblataim á Bet Baal Meon. Camos me dijo: «vé y pelea contra Horonaim.» Aquí termina el fragmento de la inscripcion. Se ve, pues, que Ojocias y Joram, sucesores de Acab, redujeron á la obediencia á los Moabitas, poniendo sitio á sus fortalezas, y procuraron someterlos desde Atarot, Nebo y Jahaz. Como esta guerra no dió resultados y se perdieron las fortalezas, la expedicion contra los Moabitas. comenzada

bajo tan buenos auspicios, será la que se desgració, si ya no es que fué anterior á la emprendida por Joram contra las plazas fuertes de Moab.

No pudo pensar ya en sojuzgar á los Moabitas el rey Joram de Israél, desde que se le volvió el rey Benhadad, una vez rechazada la invasion de Salmanasar. No habiendo logrado los israelitas hacer frente al enemigo, vióse Joram reducido á encerrarse en Samaria, en cuya ciudad hubo grande hambre: tanta, que la cabeza de un asno costaba ochenta siclos de plata, y la cuarta de un cabo de estiércol de paloma valia cinco siclos; finalmente, llegó el hambre á tal extremo, que una madre se comió á su propio hijo. Mas Eliseo, discípulo predilecto de Elías, exhortó á la perseverancia á los sitiados, prometiéndoles prontos auxilios de Jehová. En efecto, una noche se dispersó súbitamente el ejército de los Arameos, porque éstos creyeron (como dice la parte profética de los anales) qne el rey de los Heteos y el de Egipto venian en auxilio de Joram. Como Salmanasar, rey de los Asirios, nos dice que en el año 846 a. C. batió con 120.000 hombres á Benhadad de Damasco y á Irjulina de Ḥamat, podemos deducir que la aproximacion de los Asirios movió á Benhadad á levantar el cerco de Samaria para hacerles frente con sus fuerzas y las de Hamat. Menciona Salmanasar otra victoria, que no tuvo consecuencias, alcanzada sobre Benhadad, Irjulina de Hamat y doce príncipes confederados.

Benhadad de Damasco, que no Salmanasar de Asiria, fué el matador del profeta Eliseo. Abandonó éste, sin que sepamos por qué, el territorio de Israél, y fuése luego á Damasco; y habiendo caido enfermo Benhadad, envió á su criado Hazael, con ricos presentes, para que preguntase al profeta si sanaria de su enfermedad. Eliseo respondió: «vé y díle: seguramente vivirás; empero Jehová me ha mostrado que él ha de morir.» Y partió Hazael con el mensaje, y al dia siguiente ahogó á su señor y escaló el trono de Damasco (844 a. C.). El nuevo rey comenzó la guerra con Israél, no sin que á ello ayudase el profeta Eliseo (27).

Pocos años antes, habia muerto Josafat, rey de Judá

(848 a. C.), subiendo al trono Joram, su hijo, cuñado de Joram, rey de Israél. Los Idumeos que, en vida de Josafat, se habian alzado contra Moab, sacudieron el yugo, maltrataron á los judios establecidos en Edom (dejándolos establecerse en el puerto de Elat) y eligieron rey (28). En vano procuró Joram reducirlos, pues la fortuna de la guerra le fué contraria: cercáronle los Idumeos, teniendo que abrirse paso, en el silencio de la noche, al través del ejército sitiador. Los filisteos la emprendieron tambien con Joram, y hasta en Jerusalem robaron las joyas é hicieron prisioneros (29). El reinado de Joram duró sólo cuatro años. Las desgracias de Judá no eran, sin embargo, de todo punto irremediables: Ojocias, hijo de Joram, sobrino de Joram, rey de Israél, que subió al trono en el año 844 a. C., impetró luego contra los Damascenos el auxilio de su tio. Entrambos reyes pusieron cerco á Ramot de Galaad que estaba en manos de Hazael (30). Quedó herido en la lucha el rey de Joram, el cual volvió á Israél para curarse; poco despues abandonó tambien Ojocias el campamento de Ramot para visitar á su tio enfermo.

Este estado tenian las cosas, cuando Eliseo creyó que habia llegado el momento favorable para destronar al rey de Israél, induciendo á sublevarse contra el herido monarca á Jehú, el más autorizado de sus generales. Envió, al efecto, á Ramot á uno de sus discípulos con el cuerno del aceite y un mensaje para Jehú del tenor siguiente: Jehová dice: yo te he ungido por rey de Israél. Al entrar en Ramot el enviado de Eliseo, estaban sentados los jefes del ejército. Y dijo el mozo: «Jehú, una palabra tengo que decirte, y derramó el óleo sobre su cabeza, y dijo: Jehová, Dios de Israél, te ha ungido por rey sobre su pueblo: y herirás la casa de tu señor, para que yo vengue en la persona de Jesabel la sangre de mis profetas. Y perecerá toda la casa de Acab y aniquilaré de Acab todo meante á la pared; y á Jesabel comerán perros en el campo de Jezrael y no habrá quien la sepulte.» Apenas dijo el mozo estas palabras, se alejó de allí. Sorprendidos los jefes y los siervos, preguntaron para qué habia venido aquel loco; pero al declararles Jehú lo sucedido, tomaron presta-

mente sus capas, y tendiéndolas á los piés de Jehú, tocaron corneta y dijeron: ¡Jehú es rey!

Inmediatamente dirigióse Jehú, con buen golpe de gente, sobre Jezrael, para que nadie le tomase la delantera. El atalaya del alcázar anunció al rey que se acercaba á toda prisa una turba, á cuyo frente venia al parecer Jehú. Creyendo que se trataba de algun mensaje del ejército, el herido Joram, á quien acompañaba su homónimo el rey de Israél, recibió á Jehú y le dijo: ¿Hay paz? Y él respondió: ¿Qué paz, con las fornicaciones de Jesabel, tu madre, y sus muchas hechicerias? Asustado Joram, exclamó: Traicion, Ojocias. Mas Jehú flechó su arco é hirió á Joram entre las espaldas, y la saeta salió por su corazon, y cayó en su carro. Ojocias logró escapar. Desde una de las ventanas del palacio de Jezrael habia presenciado Jesabel la muerte del rey, su hijo segundo. Este acaecimiento, que decidia de su suerte, no la desanimó: al aproximarse Jehú, díjole Jesabel desde la ventana: ¿Sucedió bien á Cimri que mató á su señor? Jehú, en vez de responder, exclamó: ¿Quién es conmigo? Dos ó tres eunucos respondieron: ¡Nosotros, nosotros! Y él les dijo: ¡echad abajo á la reina! Los eunucos echaron por la ventana á la viuda de Acab, cuya sangre salpicó la pared y el caballo de Jehú, y el salvaje asesino atropelló el cadáver de la difunta reina. Entró luego Jehú en el palacio, y despues que comió y bebió, dijo por escrito á los ancianos de las tribus y á los jefes que mandaban en las plazas fuertes: Si sois mios y quereis obedecerme, dad muerte á los hijos de Acab que viven entre vosotros, y enviadme sus cabezas á Jezrael. Los ancianos tuvieron miedo al matador de Joram y de Jesabel, y ejecutaron lo que se les mandaba. Setenta varones, descendientes de Acab, fueron degollados; y sus cabezas puso Jehú en dos montones á la entrada de palacio. Venida la mañana, dijo Jehú al pueblo en son de burla: Yo he dado muerte á uno, mas ¿quién ha muerto á todos estos? No satisfecho todavía con el derramamiento de sangre, mandó Jehú degollar á todos los que habian quedado de la casa de Acab, y á sus consejeros, familiares y sacerdotes (843 a. C.).

En aquel mismo dia, persiguió Jehú encarnizadamente

al rey de Judá. A Yibleam llegaron los dardos del sucesor de Ojocias, el cual, herido de muerte, acabó sus dias en Meguiddo. Así logró Jehú llegar al trono de Judá; para cuyo fin, mandó asesinar á cuantos hermanos y parientes pudo haber del difunto Ojocias, pereciendo en la matanza cuarenta y dos varones (31). Pero en Judá tomó las riendas del gobierno Atalia, madre del difunto Ojocias, al saber que su hijo habia muerto en Israél; y á fin de asegurarse en el trono, exterminó á cuantos se opusieron á sus designios, sin perdonar á su propio nieto. Tan sólo pudo escapar de la matanza Joas, hijo de Ojocias, de edad de un año, salvado por la hermana de su padre (32).

No se escandalizaron los profetas de Israél ante los horrores de Jehú, á los cuales habian dado impulso; antes bien anunciáronle al punto la palabra de Jehová: «Por cuanto has hecho bien ejecutando lo que es recto delante de mis ojos, é hiciste á la casa de Acab conforme á lo que estaba en mi corazon, tus descendientes se sentarán sobre el trono de Israél (33).» Por su parte, no se inquietó Jehú por mostrarse agradecido á los hombres que le habian elevado. Juntó á los sacerdotes de Baal, y les dijo con el artificio que solia: que Acab habia servido poco á Baal; pero que él queria servirle más y ofrecer á Baal un grande sacrificio, para lo cual llamaba á todos los sacerdotes de Baal y daria muerte al que faltase.» Juntáronse, pues, en Samaria todos los sacerdotes y siervos de Baal en el templo de este dios. Empezado el sacrificio, acudió Jehú en persona para tomar parte en la festividad; pero de repente entraron en el templo ochenta eunucos y degollaron á todos los sacerdotes de Baal, quemaron las dos columnas que habia delante del templo, hicieron pedazos la estátua de Baal, derribaron su casa y la convirtieron en necesaria (34).

Un siglo hacia ya desde que las diez tribus se separaron de la casa de David y dividieron su reino. Desde entónces se hicieron la guerra los reinos de Judá é Israél, llamando al enemigo alternativamente, bien que las relaciones mantenidas por ambos reinos en los últimos treinta años, durante los reinados de Acab y Joram de Israél,

con Josafat, Joram y Ojocias de Judá, dieron á los dichos estados firmeza y solidez pasajeras. En Judá siguió reinando la casa de David; pero en Israél no pudieron arraigarse ni la casa de Jeroboam ni la de Baasa, y andando el tiempo, un feroz asesino aniquiló la casa de Omri y la exterminó completamente. Jehú fué el tercer soldado que se ciñó á viva fuerza la corona de Israél, y el fundador de la cuarta dinastía que ocupó el trono de Jeroboam.

Por dicha para el nuevo rey de Israél, Sálmanasar II hizo de nuevo la guerra á los de Damasco. En el monte, frontera del Líbano (dice el rey Salmanasar) batió, en el año 842 a. C., al rey Hazael del país de Ar am (i. e. de Damasco) matándole 16.000 soldados y tomándole 1.121 carros de guerra. Puso luego sitio á Damasco y destruyó sus baluartes. No sin dificultad pudo Jehú, aliado con los de Damasco, como habia hecho Acab, hacer frente á los Asirios, y sojuzgando á estos y apoyándose en ellos, pensó consolidar su trono usurpado. Como Sidon y Tiro, pagó Jehú tributo al rey Salmanasar, segun nos dice éste. En un obelisco del palacio de Salmanasar en Jalah, donde se leen los anales de sus victorias, y están representados simbólicamente cinco pueblos ofreciendo tributos, se ve detrás de Salmanasar un siervo que lleva el quitasol, miéntras otros dos eunucos le presentan á los enviados del rey Jehú. Un israelita, postrado á los piés de Salmanasar, besa la tierra, en tanto que otros siete, con toda la barba y el cabello largo, calzas en los piés, y en la cabeza casquetes redondos, cuyo copete se inclina algo hácia atrás, presentan un regalo consistente en jarros, copas, vasos, túnicas y barras. La túnica de los emisarios llega casi al tobillo, la epitoga cae por delante y por detrás hasta tocar la orla del vestido. El sobrescrito dice: «Tributo que recibí yo de Jehú (Iahua), hijo de Omri (Yumri): barras de oro y plata, copas, cucharas, vasos y jarros de oro, plomo, lanzas (35).»

Por mas que Jehú se sometiese á los Asirios, no se agotaron las fuerzas, ni decayó el ánimo de Hazael con el cerco de Damasco. Salmanasar menciona una nueva expedicion contra las ciudades de Hazael en el año 839 antes

de Cristo: no dice que se rindiera Damasco, pero sí que Sidon, Tiro y Biblos pagaron tributo; y luego, en el año 835, afirma de una manera general que todos los príncipes del país de Jatti (Siria) eran tributarios suyos. Fué Hazael bastante fuerte para arrebatar á Jehú, tan sanguinario y homicida como pésimo soberano, todo el territorio situado al E. del Jordan, el cual defendieron Acab y Joram muy valerosamente (36). Durante el reinado de Joacaz, hijo de Jehú, hundióse más y más el poder de Israél (815-798 a. C.), puesto en grave aprieto por Hazael y su hijo, el tercer Benhadad. Tuvo Joacaz que comprar la paz á costa de grandes concesiones (37); quedando reducido su poder á 10 carros de guerra, 50 hombres de á caballo y 10.000 de á pié, en tanto que Acab habia llevado á campaña 200 cuadrigas.

Terribles fueron las depredaciones que los de Damasco hicieron en tierra de Israél. Los Libros de los Reyes ponen en boca de Eliseo las siguientes palabras: «A las fortalezas de los hijos de Israél pegarás fuego, y sus mancebos pasarás á cuchillo, y estrellarás sus niños y abrirás sus preñadas (38),» y el profeta Amós dice que los de Damasco trillarian á Galaad con trillos de hierro. «Por eso (dice Jehová por boca de Amós) pondré fuego en la casa de Hazael, y consumirá los palacios de Benhadad y quebraré la barra de Damasco, y exterminaré á los moradores del valle de los Idolos (39).»

Los Asirios salvaron el reino de Israél, segun dicen los Libros de los Reyes: «y Jehová dió á Israél un salvador, el cual lo rescató de manos de los Arameos; y habitaron los hijos de Israél sus tiendas como ayer y antier (40).» Bin-nirar III, rey de Assur, fué el que amenazó á Damasco y á los Siros; y el cánon de los Asirios habla de una expedicion de este rey contra los Siros, y estos mencionan en sus inscripciones, que Bin-nirar venció á Mariah, rey de Damasco (debió de ser el sucesor de Benhadad III), imponiéndole una contribucion alzada. Si luego tuvo tambien Israél con los sidonios, filisteos é idumeos, que pagar tributo al vencedor de Damasco, esto prueba que el pais respiró de nuevo, al ménos en los últimos, años del reinado de Joacaz, y que Joas, descendiente de

Jehú (41) pudo arrebatar á los enervados damascenos las ciudades perdidas por su padre (42).

En Judá usurpó el trono, segun se dice, Atalia, viuda del rey Joram, madre del asesinado Ojocías (843 a. C.); siendo la única mujer que la historia de Israél menciona entre los soberanos reinantes. Fué Atalía hija de Acab, rey de Israél, y de su mujer Jesabel de Tiro; habiendo protegido como su madre el culto de Baal. Los profetas habian preparado en Israél la caida de la casa de Omri, á cuya hija sucedió lo mismo en Judá, gracias á la conspiracion de Joyada, sumo sacerdote del templo de Jerusalem. En efecto, la hermana de Ojocias salvó á Joas, siendo todavía niño de teta, de la matanza ordenada por su abuela; y oculto en el templo de Jerusalem cumplia siete años cuando pensó Joyada elevarle al trono; para cuyo fin ganó al jefe de la guardia real, y con mostrar al pueblo que el niño Joas estaba escondido en el templo, formó el plan del alzamiento. Un sábado formaron los guardias y los levitas una liga en el vestíbulo del templo, sacó de él Joyada al niño Joas, le puso la corona y lo ungió, aclamándole los soldados por rey al sonido de corneta. El pueblo confirmó la eleccion. Dirigióse Atalía apresuradamente al templo, exclamando: Traicion, traicion; pero la sacaron de órden de Joyada los guardias, y á manos de ellos murió en el palacio real, á donde llegó luego el rey niño acompañado de los levitas, los cuales lo sentaron en el trono solemnemente. «La ciudad permaneció tranquila, y el pueblo dió pruebas de contento,» dicen los Libros de los Reyes (837 a. C.)

Triunfante el sacerdocio, derribó el templo de Baal en Jerusalem, y fué asesinado Matán, sumo sacerdote de aquel dios; pero el número de los siervos de Baal debió de ser crecido en Jerusalem, y tan poco cayeron de ánimo, que pareció necesario poner guardias en el templo de Jehová para evitar una sorpresa (43). La tutela del rey niño quedó á cargo del sumo sacerdote Joyada, y la profecia de Joel, que es dè esta época (44), demuestra que el culto de Jehová cobró pleno dominio en el reinado de Joas, celebrándose ordinariamente los sacrificios y las festividades en Jerusalem, y rigiendo en toda su fuer-

za y vigor las prescripciones sacerdotales. Luego que Joas tomó las riendas del gobierno, cuidó de restaurar el templo, que amenazaba ruina, con tanto celo como pudiera el mismo clero. Sus trabajos quedaron paralizados, porque no pudiendo Israél hacer frente en aquel entonces á los de Damasco, Hazael, despues de atravesar el territorio de Israél, penetró en Judá y puso cerco á Jerusalem; de donde se retiró el invasor, mediante entrega que le hizo Joas de todas las ofrendas dedicadas á Jehová por Josafat, Joram y Ojocias, sus padres, y las que él habia dedicado y los tesoros de la casa real (45).

Murió Joas como su padre y abuela á manos de dos criados que le asesinaron (797 a. C.); pero Amacias, hijo de Joas, subió al trono, hizo ejecutar á los asesinos de su padre, y comenzó, sin que sepamos el por qué, la guerra contra Israél, victorioso á la sazon de los damascenos. Joas de Israél batió en Bet Semes al rey Amacias, el cual quedó prisionero, y su ejército dispersóse. Joas entró en Jerusalem, puso á saco el templo y el palacio, dejó luego en libertad al rey de Judá, y demolió en un radio de cuatrocientos codos los muros de Jerusalem desde la puerta de Efraim (i. e. la puerta occidental del suburbio) hasta la puerta de la esquina (al N. O. de Jerusalem, dando rehenes en señal de que mantendrian la paz en lo venidero. Más afortunado fué Amacias en sus guerras con los Idumeos, á los cuales venció en el valle de la Sal, donde perecieron 10.000 de ellos De resultas de esta victoria, recobró Judá, bien que no por completo, su soberanía sobre Edom. Formóse tambien una conspiracion contra Amacias, el cual, huyendo de los conjurados, salió de Jerusalem y se refugió en Lagis, donde lo mataron. El pueblo, no obstante, elevó al trono de Judá al hijo de Amacias, Uzia (Azarias) (46), sin embargo, de que sólo contaba este diez y seis años de edad (792 a. C.)

VIII.

CIUDADES DE LOS FENICIOS.

En el trascurso de los siglos décimotercero y undécimo, colonizaron los fenicios las islas y costas del Mediterráneo desde Chipre hasta Gades. La vida de la metrópoli no se contrajo ya á las faenas agrícolas, á la cria de ganados y á la pesca, sino que consistió en una industria muy desarrollada, en un comercio activo y en el cobro de grandes intereses marítimos. Hasta ahora sólo hemos podido estudiar la forma de gobierno del antiguo Oriente en la supremacía patriarcal de los ancianos de las tribus, en el despotismo de la monarquía militar, en el poder de los Faraones, los cuales, estando á la cabeza del Estado y de la religion, tenian cierto carácter divino á guisa de mantenedores del órden y reguladores de las costumbres y del derecho. ¿Qué modificaciones habia de sufrir la jefatura de una tribu al convertirla en principado de una ciudad y su territorio, cuando la mesocracia lograra desarrollar completísimamente sus fuerzas por la industria y el comercio, por los viajes marítimos y las colonias?

Casi no tenemos noticias de la constitucion y régimen interior de las ciudades fenicias. Sabemos tan sólo que la monarquía existió desde remotos tiempos en Sidon, Tiro y Arados, Byblos y Berytos; y probablemente seria la resultante de la soberanía de las tribus que se unieron para formar una ciudad. La monarquía duró mucho en las ciudades de los fenicios, echando tan hondas raices,

que sobrevivió á la pérdida de la independencia fenicia. La comparacion del régimen de las ciudades fenicias con el de las filisteas, nos muestra que estas últimas se gobernaban por la forma federativa, que los fenicios tuvieron en otra forma con posterioridad á la pérdida de su independencia. No da más luz el estudio comparativo de la constitucion de Cartago, la más moderna de todas. Prescindiendo de las noticias poco satisfactorias que sobre ese punto tenemos, la verdad es que la monarquía tuvo entre los fenicios un carácter transitorio en sus colonias más antiguas; y si el estudio de las instituciones cartaginesas es suficiente para darnos una idea de las formas que revistieron la ciencia y el arte de los Semitas de una ciudad libre, dueña al mismo tiempo de un extenso territorio, apenas basta para deducir consecuencias definitivas respecto de la constitucion de la metrópoli.

Tocante á la época antigua de las ciudades fenicias, sólo tenemos las escasas noticias que nos dan los libros hebreos, pues de las inscripciones asirias nos queda únicamente un fragmento trasmitido por Josefo, el cual lo tomó de Menandro de Efeso. Segun las várias narraciones de los griegos, reinó en Sidon, durante la guerra de Troya, un rey llamado Sobaal ó Setlon, y en Berytos, segun dice Filon, gobernaba un príncipe que tuvo por nombre Abibaal (ó Abelbaal) (1). El fragmento de Menandro afirma que á fines del siglo undécimo a. C. mandaba en Tiro un rey llamado Abibaal, á quien sucedió su hijo Hiram. Florencia guarda hoy una piedra preciosa, en la cual se ve un hombre coronado y con cetro, y ante él una estrella con cuatro rayos. La inscripcion, en antiguos caractéres fenicios, dice: «de Abibaal» (2) ¿Seria acaso esta piedra el sello del padre de Hiram?

Cuéntase que Hiram estuvo sentado en el trono de Tiro desde el año 1001 hasta el 967 a. C., y sometió de nuevo á los Kitios, esto es, á los habitantes de la ciudad de Kition en Chipre, ó principalmente á los moradores de las ciudades que le negaron el tributo. Ya indicamos más por extenso los motivos que indujeron á Hiram á formar alianza con David en los últimos años de su reinado, estrechándola todavía más con Salomon. Esta buena inteli-

gencia no sólo abrió completamente al comercio fenicio las puertas del mercado de Israél, sino tambien nuevas y más seguras vías para atravesar el Eufrates y penetrar en Egipto, utilizando de este modo el viaje por mar al través de la Arabia Meridional. Así logró el comercio fenicio llegar á su mayor grado de esplendor, un siglo despues de la fundacion de Gades. Hemos visto que los fenicios se embarcaron en Elat por los años de 990 a. C., y atravesando la Arabia Meridional, la costa de Somalí y la tierra de Ofir (probablemente la costa de Abhira, esto es, tierra de los pastores) llegaron á la embocadura del Indo. No menores fueron las ventajas que reportó Hiram de su alianza con Israél; pues se asegura que Salomon le pagaba anualmente por las maderas y la piedra de sillería 20.000 koros de trigo é igual número de bathos de aceite; teniendo, demás de esto, que ceder al rey de Tiro veinte lugares fronterizos para extinguir la ciudad de Israél.

Los metales preciosos que traian á la Metrópoli los barcos procedentes de Gades y Ofir, y las contribuciones de Salomon permitieron á Hiram hermosear y ensanchar su capital con obras de ornato y de defensa. La antigua Tiro estaba situada á la orilla del mar, y enfrente alzábase sobre un peñasco en medio de las aguas el templo de Baal Melkart, dios tutelar, edificado, al decir de sus sacerdotes, por los años 2750 a. C. La nueva Tiro alzábase sobre otra isla contígua al peñasco antes citado. Mandó Hiram unir ambas islas por medio de un terraplen y ensanchar todavía más hácia el continente (3) el espacio formado por la union de los peñascos, de modo que el brazo de mar que separaba la nueva Tiro de la antigua tenia solamente cuatro estadios (2.400 piés). La nueva ciudad, cuyo perímetro era de veinte y dos estadios (algo más de media milla), estaba rodeada de altos y fuertes muros de piedras de sillería, unidas con cemento, lamidos por las olas del mar, de suerte que no pudiesen los sitiadores afirmar el pié ó arrimar escalas (4). Los moradores de Tiro la Vieja podian retirarse á la nueva como fuesen sitiados por la parte de tierra firme. Los muros tenian 150 piés de elevacion, y eran solidísimos

del lado de la isla que miraba al continente; y no lo eran tanto por la parte que daba al mar, es á saber, hácia el Sur, donde estaban el régio alcázar, llamado por los griegos Agenorion, esto es, templo de Baal, y el astillero (5). Los dos fuertes de la isla con sus avenidas estaban intramuros mirando al E., dando el N. á Sidon, y el Sur á Egipto (6). Enormes peñascos muestran hoy en medio del mar la situacion de estos puertos contiguos á la isla de Tiro. Ensanchó Hiram con nuevas construcciones, y hermoseó el antiguo templo de Melkart y el santuario de Astarte, para cuyo fin mandó cortar cedros del Líbano. Demás de esto, hizo Hiram al templo de Melkart ricos presentes, y puso en él las famosas columnas de oro (7).

Tal fué la ciudad que, segun la expresion de Isaias, gastaba corona; siendo príncipes sus negociantes y nobles de la tierra sus mercaderes (8).» Los arquitectos, dice Ezequiel, completaron la belleza de Tiro, cuyos tableros eran de ciprés, y sus mástiles de cedros del Líbano: de castaños de Basan hicieron sus remos, y sus bancos de marfil y de maderas finas de la isla de Chipre, sus velas fueron de lino y tejidos de color, y sus pabellones de púrpura azul y roja de las islas de Elisah (9). Medio milenario más tarde describe Strabon casi con igual magnificencia el lujo de Tiro y Arados: esta última alzábase sobre un islote, rodeado del mar, cuyo perímetro tenia siete estadios y todo él lo cubrian casas; siendo tan grande el número de habitantes que las casas constaban de vários pisos: traian del continente el agua potable, porque en la isla habia sólo algibes y cisternas (10).

El rey Hiram murió á los cincuenta y tres años de edad, y á su hijo Baleazar, cuyo reinado duró un setenio (967-960 a. C.) sucedió Abdastartos (i. e. siervo de Astarte) el cual murió asesinado, á los nueve años de reinar, por los hijos de su nodriza alzados en armas. Muerto Abdastartos, ocupó el trono el mayor de los rebeldes hijos de la nodriza del difunto rey; pero al cabo de doce años la dinastía legítima volvió al trono (951-939 a. C.), en el cual se sentaron los hermanos del destronado Abdastartos por el órden siguiente: Astartos (939-927 a. C.); Astary-

mos (927-918 a. C.) asesinado por su hermano Pheles, el cual no gozó mucho tiempo del fruto de su crímen, porque á los ocho meses de reinar fué asesinado por Etbaal (Itobal) sacerdote de Astarte, habiéndose extinguido con Pheles la familia de Abibaal.

Etbaal subió al trono de Tiro (917 a. C.) y supo mantenerse en él: en la costa fenicia, al N. de Byblos, edificó la ciudad de Botrys y en el interior de Africa mandó fundar al Sud-Este de Ityki la ciudad de Auza (11). Parece que Etbaal ó su hijo y sucesor Balezor renovaron con los israelitas del reino de las diez tribus la alianza en que viviera Hiram con David y Salomon. Hemos visto que Omri, á la cabeza del ejército, se apoderó del trono de Israél en el año 901 a. C., de la misma manera que Etbaal habia usurpado el trono de Tiro. Ambos se encontraron en la misma posicion, teniendo que afirmar su poder y consolidar su dinastía. Demás de esto, es probable que la circunstancia de haberse apoderado los Asirios del Eufrates, por los años 880 a. C., le aconsejase á Omri el entrar en relaciones con los príncipes de Siria; una hija de Etbaal casó con Acab, hijo de Omri. Trás un reinado de 32 años, sucedió á Etbaal (885 a. C.) su hijo Balezor (885-877 antes de Cristo) (12), el cual sólo reinó ocho años, y dejó dos hijos menores llamados Mutton y Sijarbaal. Sin embargo, la corona no salió de la casa de Etbaal, aunque Mutton falleció en el año 822 a. C., dejando solamente un hijo menor de nueve años de edad, llamado Pygmalion, y una hija de poca más edad, llamada Elissa, la cual casó con su tio Sijarbaal, sacerdote de Melkart (13). Habia dispuesto Mutton que Elissa y Pygmalion fuesen coregentes; de modo que la pragmática comprendia tambien á Sijarbaal, marido de Elissa. Cuando Pygmalion cumplió los diez y seis años de edad, confióle el pueblo de Tiro el mando, y Pygmalion mató á su tio Sijarbaal, bien porque temiese su autoridad como primer sacerdote del patrono de la ciudad, ó porque, como se dice, codiciase sus riquezas (846 a. C. (14).

Cuéntase que Elissa huyó de Tiro, abandonando á su hermano y acompañada de algunos que no se sometieron al poder de Pygmalion (15). Los fugitivos desembarcaron

primeramente en Chipre; mas luego se dirigieron á la costa de Africa en las cercanías de Ityke, antigua colonia fenicia donde compraron á los Libyos tanto terreno, como pudiera cubrir una piel de toro. Habiéndose descompuesto la misma piel, ganaron un pedazo de tierra que, extendiéndose, dió lugar á una ciudad á la que llamaron los emigrados, en recuerdo de la antigua Heimat, Kartada, (karta hadaxa), esto es, ciudad nueva, los griegos Karcheedon, los romanos Carthago. La fábula de la compra del terreno pudo fundarse en el hecho de haber tenido los colonos que pagar tributo durante mucho tiempo á los indígenas, esto es, á los Maxyos, por la tierra que ocupaban. Lo que se dice de la piel de vaca y del destino ulterior de Elissa, la cual negó su mano á Jarbas, príncipe de Libya, y se suicidó por alejar sus instancias (16) (suceso que Virgilio atribuyó luego al desden), se funda en la fábula de Astarte la viajera (conocida tambien por el nombre de Dido) diosa de la luna, que tiene astas, á la cual pertenecia la vaca, y en la introduccion en Cartago de los usos del culto de esta diosa, hecho que influyó en la historia de la fuga de Elissa (17).

El nuevo establecimiento convirtióse, por su buena situacion, en un excelente punto de apoyo para las colonias occidentales de los fenicios. Del lado por donde la Sicilia se acerca más á la costa septentrional de Africa, remata la montaña que domina dicha costa, en pendientes suaves, convertidas de trecho en trecho en grandes desaguaderos y en fértiles colinas, aún hoy cubiertas de olivos y naranjos. Por el N. avanza la mar hácia el vistoso promontorio (Ras Sidi Ali), penetrando en el país por el de Hormes (Ras Addar). Al O. de esta ensenada, extiéndese una cresta que abunda en aguas vivas. No lejos de la orilla, elévase una empinada roca de unos doscientos piés de elevacion, sobre la cual estaba situado el burgo de Byrsa, donde los emigrados erigieron un templo á su dios Esmun, venerado entre ellos. Este nuevo burgo, cuyo circuito seria como de unos 2.000 pasos (redoblados) (18), fué al mismo tiempo la ciudad que llegó más tarde á la orilla por el S. E., y luego al N. O., costeando el burgo más allá del mar por cima de la ciudad baja. El puerto alzábase al

Sur debajo del burgo. A pocas millas al N. de la nueva colonia, al extremo del N. O. del golfo, estaba situada en la embocadura del Bagradas (Mexerda) la ciudad de Ityke, antigua colonia de los fenicios, la cual contaba ya dos siglos y medio de existencia, cuando los nuevos emigrados desembarcaron en las cóstas del golfo; y no muy hácia el S. de la costa, elevábase otra ciudad de compatriotas, llamada Adrymes (Hadrumetum), la más antigua de las colonias fenicias, segun Salustio (19). Los cartagineses nunca olvidaron el nombre de la antigua Ityke, con cuyo auxilio fundaron su colonia (20).

El fragmento de la lista de reyes de Tiro que nos ha trasmitido Josefo, acaba con la exaltacion al trono de Pygmalion y la fuga de Elissa. Sabemos, por otra parte, que los sucesores de Etbaal sufrieron las consecuencias de haber extendido los asirios su dominacion por el Eufrates y el Orontes. Ni los israelitas ni los siriacos movieron guerra á las ciudades situadas á orillas del Nilo, desde los tiempos de Ramsés III. Tiglat Pilesar I, rey de Asiria, vanagloríase en sus inscripciones de haber sometido el país de Arimi, esto es, el pais de los Arameos y el país de Jatti hasta èl gran mar de Occidente; pero los efectos de su expedicion al Oeste, áun dado que sorprendiese las ciudades fenicias, debieron de ser pasajeros; y la dominacion sobre el Occidente, que se atribuye Tiglat Pilesar, debió limitarse á exigir un tributo (21). Desde entonces habian transcurrido dos siglos durante los cuales ningun peligro corrieron los Siros del lado de Asiria. Pero cuando subieron al trono de Tiro Balegor y Mutton, sucesores de Etbaal, Asurnasirpal, rey de Siria, dirigió sus armas sobre el Eufrates del lado del Oeste (883-859 a. C.) Luego que redujo á la obediencia, al cabo de varias expediciones, al príncipe de Carjemis y despues de fortificar ambas orillas del Eufrates, penetró en el año 876 a. C. hasta el Orontes, se apoderó de las fronteras del Líbano (Labnana), y exigió tributo al rey de Tiro (esto es, á Mutton) y á los reyes de Sidon, Biblos y Arvad. Segun la inscripcion, consistió el tributo en barras de plata, oro y plomo. Salmanasar II, rey de Asiria, sucesor de Asurnasirpal (859-823 a. C.), invadió con más energía el Oeste. Despues de apoderarse

de Cilicia, tomó la ciudad de Hamat y batió en Carcar, como hemos visto, en el año 854, á los reyes aliados de Hamat, Damasco é Israél, á los cuales acompañaba tambien Matinbaal, rey de Arados. Pero todavía costó á Salmanasar tres expediciones (850, 849 y 846 a. C.) el hacer tributarios á los Damascenos en el año 842 a. C. Israél no apeló al recurso de las armas ó buscó el favor de Asiria; el rey Jehú pagó tributo á Salmanasar, igualmente que los de Tiro y Sidon. Este tributo lo volvieron á pagar Tiro, Sidon y Byblos en los años 839 y 835 a. C., en los cuales apareció de nuevo en Siria el ejército de Salmanasar, y la inscripcion de Bin-nirar, rey de Asiria. (810-781 a. C.) dice que Damasco, Tiro, Sidon, Israél, Edon y el país de los filisteos pagaron tributo. Evidentemente las ciudades de los fenicios pagaron el tributo de muy buena gana. Al punto que llegó con sus armas al Eufrates el rey de Asiria, estuvo en su mano el cerrar á los comerciantes de las ciudades los caminos de Mesopotámia y Babilonia, y por ende perjudicar grandemente el comercio de lós fenicios que, en su mayor parte, era de escala entre el Este y el Oeste. ¿Qué podian significar tributos de consideracion frente á pérdidas tan considerables?

Respecto á la organizacion interior de las ciudades fenicias, nos dice el fragmento de Josefo que la discordia y el asesinato no faltaban en el palacio de los reyes, y que el sacerdocio del dios protector de la ciudad gozaba de influjo cerca de la Corona. Pero de la naturaleza de las cosas se deduce, que esta ciudad régia no se gobernaba por las mismas formas absolutas que las monarquías militares de los grandes imperios de Oriente. El desarrollo de la vida civil y la actividad espontánea de la mesocracia debieron poner fuertes límites á la voluntad del rey, al contrario de lo que sucedia en Oriente. Miéntras más activo era el comercio y más floreciente la industria de las ciudades, mayor consideracion exigian los intereses de los grandes comerciantes é industriales, y mayores debieron ser sus exigencias. Para el mantenimiento del órden y la tranquilidad de las ciudades, se confiaba al rey el cuidado de dichos intereses; pero éstos tenian que hacer

valer ante el trono pretensiones de mucho peso, y se ponian frente á él animados de la más estrecha union. Los grandes comerciantes é industriales de las ciudades régias tenian que mirar por sí, para el caso de que les faltase el trono. Isaias nos dice que las comerciantes de Tiro eran príncipes. Mas seguramente vemos en época posterior que habia al lado del rey un Consejo, cuyos indivíduos pertenecian á los jefes de las familias y al sacerdocio hereditario. En las ciudades fenicias, las familias cuyo orígen se remontaba á los fundadores de las tribus y tenian riquezas y autoridad, antes que la invasion de los Amorreos y Hebreos apiñase intramuros una masa de extranjeros, tuvieron participacion en el gobierno; los jefes de familia fueron probablemente los que formaron parte del Consejo que asistia al rey. Los grandes comerciantes é industriales de la ciudad no podian naturalmente consentir que el cuidado de sus intereses estuviera sólo á cargo de los jefes de las primeras familias. Podemos, por lo tanto, asegurar que los grandes comerciantes é industriales no debieron de estar alejados por mucho tiempo de este Consejo real. En el siglo IV, parece que el Consejo de Sidon constaba de 500 ó 600 ancianos (22). Con los tesoros del Este y del Oeste que afluyeron á las ciudades de los fenicios, penetró el lujo en sus muros, desplegándose de la manera más ámplia el lado voluptuoso y lascivo del culto siriaco. Los comerciantes querian gozar de sus riquezas, y atentos exclusivamente al lucro y á la ganancia, prescindieron de toda moral. Las capas bajas de la sociedad siguieron el ejemplo que les daba las superiores. La muchedumbre de merceros y artesanos, la multitud de pilotos y marineros que trás largos y penosos viajes volvian á su pátria sedientos de goces, debió formar una poblacion turbulenta, poco fácil de manejar, y que sólo podia emigrar con la esperanza de mejorar de condicion. Ya hemos visto que el pueblo de Tiro elevó al trono á Pygmalion. En época posterior, se ve claramente que el pueblo tenia tambien parte en el gobierno de la ciudad (23).

La vida de los reyes era fastuosa y brillante, pudiendo afirmar sin género de duda que el príncipe de las ciudades fenicias gozaba de una buena parte de las rentas del co-

mercio, y esto lo confirman los libros hebreos por lo que toca á Hiram, rey de Tiro. Ezequiel dice: «Como un dios en una silla de dioses, está sentado el rey de Tiro en medio del mar; como en Eden, en el jardin de Dios habita él. Piedras preciosas forman la techumbre de su palacio: topacios, diamantes, zafiros, onices, carbunclos, esmeraldas y oro; y los anillos más preciados lleva puestos (24).» «Sus vestiduras (dice un cántico de los hebreos) exhalan mirra, áloe y cacia; en estancias de marfil se recrea él con los acordes de la lira. A la derecha de él está la reina con vestidos bordados de oro de Ofir, y detrás de ella las doncellas sus compañeras (25).»

Pocas noticias han llegado á nosotros, así del lujo de los príncipes fenicios, como de la magnificencia de sus ciudades (26). Recientemente se ha descubierto bien conservado el sarcófago de un rey de Sidon en una cripta murada cerca de esta ciudad. La época á que pertenece este monumento, aún no está averiguada. La tapa de hermoso mármol negro azulado muestra en relieve colosal una mascarilla al estilo egipcio, con tocado y barba tambien egipcios. La valona remata por detrás en dos gabilanes. La inscripcion, en caractéres fenicios, dice que este sarcófago es de Esmunazar, rey de Sidon. La fecha de la inscripcion es del año décimocuarto del reinado de Esmunazar, rey de los Sidonios, hijo de Tabnit, rey de los Sidonios, hijo de Esmunazar, rey de los Sidonios. El rey Esmunazar, en persona, habla en esta inscripcion y dice, que él y su madre Amastarte erigieron templos á Baal, Astarte y Esmum. Pide á los dioses que le concedan su gracia, como tambien á su país; declara que quiere descansar en este sepulcro, que él mismo se mandó fabricar, y que nadie lo abra ó traslade ni meta en él otro cadáver. El que tal haga, se verá con su posteridad abandonado de los dioses; quedará insepulto, y despues de la muerte no hallará dónde reposar en el reino de las sombras (27). Los sepulcros de los reyes de Judá, sucesores de David, así como sus sarcófagos particulares, estaban labrados en las peñas del desfiladero que separaba la ciudad y burgo de Jerusalem: al O. de Cartago, se encuentran grandes paredes de piedra con miles de sepulturas, y

nichos abovedados para enterrar á los muertos de la ciudad (28).

La monarquía hereditaria de la Metrópoli se extendió solamente, segun lo que sabemos, por las más antiguas colonias y las ciudades de Chipre. Las otras colonias estaban gobernadas por dos magistrados que llevaban el nombre de Sufetas, esto es, jueces. En Cartago se elegian anualmente los Sufetas, los cuales administraban justicia y ejercian el poder, estando asistidos de un Consejo de 28 ancianos. Parece que estos treinta indivíduos eran en su orígen los defensores de otras tantas sociedades á las cuales se unieron las familias antiguas de la ciudad. La union de las colonias con la Metrópoli, sobre todo cuando éstas no necesitaban del auxilio de aquella, era más mercantil y religiosa que política. Las colonias veneraban á los dioses de la Metrópoli y les daban parte de los despojos de guerra. Sabemos, además, que los templos de las colonias estaban servidos por sacerdotes procedentes de la Metrópoli. En Cartago, donde los sacerdotes de Melkart vestian la púrpura, se trasmitia por herencia la dignidad sacerdotal en la familia de los Bitias, originaria de Tiro como la de Elissa (30).

Las ciudades de los fenicios eran centros de una industria tan activa como extensa. Verdad es, que en este terreno no era de los fenicios cuanto les atribuyeron los griegos; pero con actividad y tino emplearon los recursos propios y extraños. La fabricacion del cristal era, sin duda, en Egipto más antigua que en Fenicia; pero en esta última alcanzó más perfeccion. Excelentes trabajos de cristalería dejó Sidon, los cuales aún en época posterior pasaban por los mejores de la antigüedad. Las dunas de la costa entre Akko y Tiro, donde limpiaban el cristal fundido (Sihor Libnat) (31) ministraban á las fábricas fenicias la tierra necesaria para trabajar el cristal. Tiénese por seguro que en Sarepta (Tsarpat, i. e. fundicion) ciudad de la costa entre Sidon y Tiro, fabricaban cristales de excelente calidad (32).

Los fenicios inventaron el arte de teñir de púrpura las telas por medio del jugo de los caracoles. Esta industria, en la que no tuvieron rivales, sobrevivió muchos siglos

al explendor de sus ciudades. En sus costas abundaban los caracoles tubiformes y purpuríferos, cuyo jugo ministraba á los fenicios excelente materia colorante. El jugo de los caracoles purpuríferos que de un crisol pasaba á un pozo profundo, es rojo oscuro en los caracoles pequeños, negro en los mayores; el jugo de los caracoles tubiformes es rojo escarlata. Pulverizando los caracoles obtenian por cocimiento la materia colorante. Por la mezcla y condensacion de esta materia colorante, añadiendo alguno que otro ingrediente, obtenian vários colores, desde el rojo claro en todos sus matices hasta el violeta y negro oscuro, de los cuales teñian sus tejidos de lana y sus linos de Egipto. Las telas así teñidas, notables por su brillante colorido, eran la púrpura tan estimada entre los antiguos. La púrpura de mejor calidad era la de color de sangre coagulada y la púrpura violeta de Ametis, que se fabricaban en Tiro (33). Cuando se extendió el uso de la tela de púrpura, no bastaron los caracoles acumulados en la playa de Tiro, en Sidon y Sarepta; porque se necesitaban trescientas libras de materia colorante para teñir cincuenta libras de lana (34). Hemos visto cómo los barcos fenicios iban de costa en costa en busca de caracoles purpuríferos, y cómo los encontraron en gran número en las playas de Chipre, Rhodas, Creta, Hythera y Thera, en el golfo de Laconia y Argólida y en el estrecho de Eubea: tambien acumulaban caracoles purpuríferos en el gran Syrte, en Sicilia, en las Baleares y en la costa de Tarsis (35). Aún en época posterior, cuando en muchos puntos del Mediterráneo se conocia ya el arte de teñir con caracoles de mar, conservó su fama la púrpura de Tiro. «Tiro (dice Estrabon) se cobró de sus reveses por sus viajes marítimos en los cuales sobrepujó á los fenicios y por sus tintorerías. Luego la púrpura de Tiro es la más hermosa, la pesca (de los caracoles) está cerca, y á la mano en gran abundancia cuanto es necesario para teñir. El número de los tintes hace poca grata la permanencia en la ciudad; pero ésta se ha enriquecido explotando dicha industria (36).» Un siglo despues dice Plinio «que todavía se mantiene la antigua reputacion de Tiro en testáceos y caracoles purpuríferos (37).» Entre

los antiguos se usó mucho la púrpura, sobre todo, en el Asia anterior. Los reyes fenicios fueron los primeros que usaron la púrpura como insignia de su dignidad; y luego se adornaron con ella los príncipes del Oriente, los sacerdotes, las damas nobles y las clases elevadas. En los templos y palacios servia la púrpura de colgaduras y tapices y tambien de velos y túnicas para las imágenes de los dioses. Los reyes de Babilonia y Asiria y trás ellos los de Persia guardaban en sus palacios muchas piezas de telas de púrpura. Plutarco aprecia en 5.000 talentos el valor de la púrpura que Alejandro halló reunida en Susa (38). En Occidente fué tambien la púrpura insignia de mando y seña de dignidad. Los griegos y romanos de los buenos tiempos usaban mantos de púrpura á guisa de adorno, sin duda por lo mucho que costaba.

El arte de teñir suponia en las ciudades el de tejer y repasar las telas. Los fenicios siguieron, segun parece, en el estampado de sus telas, al cual dieron gran impulso, modelos asirios y babilonios. Tiro y Sidon no igualaron á Babilonia en el arte de confeccionar perfumes. Verdad es, que las fábricas de Susinon y Kyprinon elaboraban perfumes de primera calidad; pero no alcanzaron ni la pomada de canela, ni la de nardo, ni, en fin, la régia de Babilonia (39).

En la explotacion de minas fueron maestros los fenicios. El libro de Job describe así estos trabajos: «Trastórnase la tierra, de la cual nace el pan; pónese mano en las rocas silíceas, llévase lejos de las habitaciones de los hombres al que desciende á un pozo de mina. Senda que nunca la conoció ave, ni ojo de buitre la vió, ni la pisaron animales fieros. Al través de las rocas se abren caminos, explóranse la oscuridad y las negras sombras. Luego ve el ojo todo lo preciado. El mineral de roca contiene zafiros y polvos de oro; el hierro se saca de las entrañas de la tierra, de las piedras se funde el metal; las gotas de agua se filtran, y lo escondido sale á luz (40).» Muy luego explotaron los fenicios en el Líbano y en Chipre minas de cobre; y en el siglo décimotercero, al llegar á las islas del mar Egeo, descubrieron los veneros de oro de Thasos. Herodoto, que vió allí los trabajos aban-

donados (al S. de Thasos) dice, «que los fenicios habian trastornado toda una montaña». Los trabajos de las minas de Thasos, sin embargo, daban todavía en el siglo quinto un producto anual de doscientos á trescientos talentos de oro. En España inauguraron los fenicios sus trabajos mineros en el «Monte de la Plata», esto es, en Sierra Morena, en el curso inferior del Bétis (Guadalquivir) (41); sus barcos subian el rio hasta Sephela (tal vez Hispalis, Sevilla). Las mejores minas de plata eran las de Ilipa (Niebla) más allá de Sephela; las mejores minas de oro y cobre eran las de Kotini en el territorio de Gades (42). Diodoro Sículo afirma que los fenicios ó los cartagineses abrieron todas las minas de Iberia, y los romanos ni una sola. En tiempos antiguos exigian los trabajadores de las minas, por cada tres dias, un talento de plata de Eubea y la cuarta parte del producto. Las minas de Iberia tenian muchos estadios de profundidad y latitud, con pozos, galerías y caminos cruzados, pues las venas de plata y oro eran mayores miéntras más hondas; contenian las inundaciones por medio de bombas de caracol egipcias. Observa Estrabon que los polvos de oro extraidos durante el dia se fundian á fuego lento y purificaban con tierra vitriólica. Los hornos de fundir plata eran elevados á fin de que el aire arrastrase los vapores del mineral siempre nocivos ya que no mortales (43).

Supieron los fenicios trabajar los metales que extraian de sus minas. Casi desde la fundacion de Gades, que nosotros fijamos en el 1100 antes de Cristo, se habla de las columnas de metal con inscripciones, mandadas poner en el templo de Melkart por su régio fundador. Los trabajos de fundicion que el maestro Hiram hizo para el rey Salomon, prueban que los de Tiro sabian fundir y modelar grandes masas de metal. Las poesías homéricas elogian á Sidon «la rica» «la artista»; hablan de las grandes aleaciones de metal y plata de la industria sidonia «rica en invenciones». En época posterior, todavía se buscaban los vasos de Sidon. No desconocieron los fenicios el arte de trabajar las piedras preciosas: en Homero barcos fenicios traen á los griegos collares de oro y ámbar. En siglos posteriores, se buscaban como dignos de admiracion

los dijes fenicios, sus cajas de alabastro, sus cincelados en marfil y madera con que adornaban las proas y bancos de las galeras (44).

La arquitectura de los fenicios sólo podemos apreciarla por los trabajos que ejecutaron para David y Salomon, y por las ruinas de algunos templos y murallas. Los israelitas acudieron á los fenicios por los años de 1000 a. de C., porque estos tenian ya fama de arquitectos. Por los edificios que levantaron en Jerusalem, y por las ruinas que han llegado á nosotras se ve, que los arquitectos fenicios empleaban en sus construcciones grandes baldosas cuadradas. Las narraciones de los hebreos dicen que los fenicios adornaban las techumbres con entallados, revestian por dentro las paredes con láminas de oro sobrepuesto, trabajado á cincel, y las solerías de baldosas de mármol entretejidas con láminas de oro y chapas de madera.

En arquitectura naval se llevaron la palma los fenicios. Las selvas primitivas de cedros y cipreses, inmediatas á su costas, les daban excelente madera de construccion, la cual sacaban tambien hasta no poder más del Valle de la Sal. Por mucha madera que cortasen los fenicios de estos bosques durante un milenario para construir buques, palacios, templos, y servir los pedidos del extranjero, todavía en el siglo tercero a. de C. daban materiales en tan gran número y de tan buena calidad que excitaron la admiracion de los griegos (45). El buque más antiguo de los fenicios, del cual se sirvieron siempre en el comercio, fué el Gaulos, barco de alta proa y elevado espejo, simétricamente esféricos: tenia una hermosa vela y lo tripulaban de veinte á treinta remeros. A el Gaulos seguian el barco largo y estrecho de cincuenta remeros, el cual servia al mismo tiempo de buque mercante y de corsario, y despues del descubrimiento de la tierra de plata el gran buque mercante y armado que se llamaba barco de Társis, el cual segun el dicho de Isaías, era obra preciada de los hombres (46). Para Ezequiel es Tiro un soberbio y magnífico buque del mar. Sabemos que los grandes buques de trasporte de los fenicios y cartagineses podian llevar á bordo 500 hombres. Los mejores constructores de barcos eran los de Byblos. Construian de cedro los mástiles y la qui-

lla de los barcos: los remos eran de encina que extraian de las llanuras de Basan. Los mejores remeros eran de Sidon y Arados. Jenofonte elogia la estrecha y puntual ordenanza á bordo de los barcos fenicios, la reparticion del buque, la buena distribucion de los trabajos, la experiencia, precaucion, actividad y tino de los remeros y oficiales fenicios (47). Otros elogian las grandes velas y hábiles remeros de los barcos fenicios, los cuales cinglaban contra el viento y hasta en tiempo de tempestad hacian felices viajes. Al paso que los griegos se orientaban en sus viajes por la Osa Mayor, más visible, pero muy poco segura, descubrieron los fenicios muy luego la estrella polar, excelente aunque invisible guía, llamada por los griegos «estrella fenicia». Los griegos concedian que precisamente por esta circunstancia eran más felices y seguros los viajes de los fenicios. Por término medio, andaban los barcos fenicios que regularmente navegaban á fines de Febrero y volvian á fines de Octubre en veinte y cuatro horas, otras tantas millas, y treinta los barcos mejor construidos y aparejados y con suficiente tripulacion. En el siglo décimoquinto las galeras de Venecia sólo podian andar en el Mediterráneo de 10 á 20 millas por cada veinte y cuatro horas (48). La habilidad de la marina fenicia sobrevivió á la independencia de las ciudades: sus moradores conservaron siempre inclinacion á los viajes por mar, y en ellos se ejercitaban. En las flotas de los reyes de Persia los barcos fenicios eran con mucho los mejores.

IX.

DEL COMERCIO Y TRAFICO DE LOS FENICIOS.

Únicamente en sus contornos hemos podido estudiar el desarrollo y extension del comercio de las ciudades fenicias. Digimos las facilidades que dieron á los fenicios sus alianzas al E. y S. con pueblos remotos, que eran de la misma raza y hablaban idiomas afines, desde la cordillera de montañas de Armenia y de Iram hasta la Arabia meridional. Sacamos en consecuencia del hecho de usar los Siros en el siglo décimosexto los pesos y medidas de Babilonia, que el tráfico de Siria con este antiguo centro de la cultura semítica no puede bajar del año 2000 a. C. Babilonia necesitaba aceites y vinos, lanas, pieles y metales, así para sus moradores, como para sus industrias. Gracias á los viajes al través de los desiertos de Siria, y á los adelantos de la civilizacion, estrecháronse las relaciones entre Siros y Babilonios. Al tráfico de la costa de Siria con el país del Eufrates, siguió el que se hacia con el del Nilo, tierra desigual, aunque de más facil cultivo, y gobernada, en la primera mitad del segundo milenario, por príncipes de estirpe semítica. Egipto, como Babilonia, necesitaba vinos y aceites, lanas, madera y metales para sus moradores y para sus fábricas: tráfico que en un principio pudo sostenerse, gracias á los viajes al S. de Siria. Vimos que la necesidad impulsó á estas tribus á

pedir á los Siros, Babilonios y Egipcios, granos, aperos de labranza y armas, á trueque de sus ganados, pieles y lanas. Del tráfico de las tribus árabes entre sí, desarrollóse luego, como ya hicimos notar, el trasporte de incienso y aromas desde la Arabia meridional á Babilonia, Siria y Egipto.

Dieron los fenicios un paso más decisivo al llevar su tráfico á Egipto, Babilonia y Sur de Arabia. Para el comercio con Egipto se podia prescindir de los viajes por tierra, estando libre el mar; porque era imposible llevar por tierra á Egipto madera del Líbano para construir edificios y barcos. Sin embargo, los minerales del Líbano y la púrpura, el aceite, el vino, la lana de Siria, géneros acaparados por los fenicios en sus fábricas, podian fácilmente llegar á Egipto en barcos de las ciudades fenicias. Para las necesidades de su industria podian los fenicios cambiar sus tejidos de lino de Egipto y en caso de apuro los tejidos de papiro, las obras de arte y los objetos de cristalería egipcios, y en fin sus medicamentos. En posesion de los productos de Egipto podian los fenicios llevar á Babilonia no sólo las telas de colores y los metales de Siria, sino tambien los productos de las fábricas egipcias, tomando en cambio para ellos y los egipcios, estampados, tapices y pomadas de Babilonia. El comercio de las ciudades fenicias no estuvo solamente limitado al cambio de productos, sino que tambien fué de escala entre aquellos dos antiquísimos centros de cultura. Herodoto empieza su obra haciendo observar que los fenicios se dedicaron muy luego á exportar y vender mercancías de Asiria y Egipto.

Los comerciantes de Tiro y Sidon llevaron sus mercancías al través del Eufrates, á cuyos príncipes compraron el permiso necesario, cuando no estaban en buenas relaciones con ellos. Israél, en tiempos de Salomon, les abrió el camino, construyendo carreteras donde habia almacenes y posadas. La vía más antigua que recorrian las caravanas, pasando por Sidon y Dan (Laix) en Israél, conducia á Damasco; desde cuyo punto, tomando la direccion del N. por Nibla y Emesa (Hems), llevaba á Haamt, y de aquí á Bambyke (Hierápolis) en las cercanías

del Eufrates, y luego por este rio á Harran, desde donde bajaban las caravanas á Babilonia por la cuenca del Eufrates, ó repasaban el Tigris por Serreig. Ningun detrimento sufrió el comercio de los Fenicios en el Tigris, cuyo rio fué para ellos, desde mediados del segundo milenario, otro centro de cultura. En las ruinas de Jalah, se han descubierto. en número no despreciable, obras de arte egipcias. Salomon abrió á los fenicios una vía más inmediata al Eufrates, la cual les permitió apoderarse de Tadusor, oasis de las palmeras en el desierto de Siria, convirtiéndola en plaza fuerte. Desde Tadmor, describiendo una curva amplísima al O. por junto á Tifaj ó Carjemis, se llegaba al Eufrates por el camino más corto (1).

Los mercaderes fenicios dieron inmediato impulso al tráfico con la Arabia meridional. Sabemos ya los caminos que recorrian sus caravanas: uno conducia de Damasco al oasis de Duma (Dumat ed Dxaudal), y desde este punto, más allá por el interior de Arabia: otro pasaba por Israél, Astarot, Karnaim, el país de los Ammonitas, Moabitas é Idumeos, y conducia á Elat; y desde aquí, á lo largo de la costa del Mar Rojo, á la tierra de los Sabeos, de cuyo país y del de los Jatramitas exportaban las caravanas no sólo las especias é inciensos, sino tambien los productos de la costa de Somali, importando luegc en barcos indios los productos de esta parte del mundo. Crecieron notablemente la esfera de accion y utilidades del comercio fenicio, cuando éste pudo atravesar sin inconvenientes la Arabia meridional, cuyos productos llevaban á Egipto, y los de éste á Babilonia. El comercio de las caravanas fenicias con el S. de Arabia debió ser antiguo, y muy activos y enérgicos los esfuerzos hechos para ensancharlo, puesto que Salomon les abrió al efecto el puerto de Elat. Gracias á la organizacion y buenos resultados de los viajes á Ofir, extendióse más y más al Este el comercio fenicio, realizando pingües ganancias. Del lejano Oriente trajeron los fenicios á Tiro, incienso, bálsamo, canela, cásia, sándalo, marfil, oro, perlas de la India y sedas (2).

Miéntras los fenicios extendian su comercio al Este y

Sur por Egipto y Arabia, Mesopotamia, Babilonia y Asiria, el país de los Moscos y Tibarenos, las minas de plata y cobre de los Jalybos en el Mar Negro y Armenia, ya en el año 1300 a. C., colonizaron las islas de Chipre y Rhodas acumularon caracoles purpuríferos en las orillas del Mar Egeo, en cuyas costas é islas descubrieron minas, fundaron colonias en Sicilia y Cerdeña, y en la costa de Africa las ciudades de Ityke é Hippo, y pudieron enviar á Fenicia pieles de leones y panteras, cuernos de búfalo, huevos y plumas de avestruz, marfil, alumbre y sosa, granos, frutos y esclavos. En el siglo undécimo debió ser tan considerable la demanda de productos de Occidente en Egipto, Babilonia y Asiria, que los fenicios se dedicaron más y más á satisfacerla. Vimos que ya por los años de 1100 a. C., fundaron á Gades á orillas del Océano Atlántico. El comercio fenicio llevaba á Egipto y Babilonia sus propios productos y los de Siria, porque no era únicamente de escala con estos pueblos cultos, y servia de medianero entre la antigua cultura de Oriente y la vida moderna de los pueblos de Occidente. Los barcos fenicios iban á los puertos en busca de los productos de Occidente, es á saber: oro de los griegos, cobre de las islas de Italia, plata de Tarteso, dejando en cambio armas, utensilios de metal, dijes, tapices pintados y tela de púrpura. Las obras de la industria babilónica y egipcia, descubiertas en las antiguas minas de Eaere y Alsium, llegaron á manos de los etruscos por el tráfico de las colonias de Sicilia.

Gades fué el centro y depósito del tráfico en el extremo Occidente, desde donde los fenicios avanzaron por el Océano Atlántico. Tambien hubo en la costa occidental de Africa colonias fenicias, de las cuales la más antígua y notable fué Lixos (Lajax, hoy El-Araix) en la embocadura del rio del mismo nombre (hoy Guadi-l-Ghos) en el Océano, en cuya ciudad habia un templo famoso dedicado al dios Melkart (4). Asegura Estrabon, que la fundacion de estas ciudades de los fenicios, situadas allende las columnas de Hércules, es poco posterior á la guerra de Troya (5). Cuenta Diodoro Sículo, que navegando los barcos fenicios por el mar allende las columnas con di-

reccion á las costas de Lybia, fueron lanzados al Océano por una tempestad, y descubrieron una gran isla frente á Lybia, la cual por sus aires puros y abundantes riquezas les pareció más bien digna de los dioses que de los hombres. Es, pues, indudable que los fenicios estuvieron en las Islas Canarias y en la de Madera. El mundo antiguo conoció muy luego el uso del estaño; pero este metal no lo habia más que en el N. O. de Iberia y en el S. O. de Inglaterra, pues las minas de estaño alemanas se descubrieron en la Edad Media, y las que hay en la India inferior en la pasada centuria (6). Herodoto dice á este respecto: el estaño y el ámbar vinieron de los últimos confines de Europa, donde si hay mar nadie lo ha surcado, aunque lo intentara con empeño. Plinio indica que Midakritos fué el primero que trajo el estaño de la isla Kassiteros, esto es, isla del estaño (7). Surcaron tambien los fenicios en busca del estaño el golfo de Vizcaya, las orillas de Bretaña, y descubrieron las costas de Cornualles, y hasta la isla de Albion (8). Las islas del estaño, llamadas por los griegos Kassitérides, de donde los fenicios extraian este metal, se hallan situadas al N. O. del Océano, y posteriormente las llamaron Islas Británicas; los del Valais llamaron á su país Ynis Prydein, esto es, isla de Prydein. Las poesías homéricas hablan con frecuencia del ámbar, convertido en objetos de adorno, que los barcos fenicios llevaban á los griegos. Los fenicios debieron conocer el ámbar, todo lo más tarde en el siglo décimo antes de Cristo; y como lo descubrieron no sólo en la costa del mar del E., sino tambien en las del N., entre la embocadura del Rhin y la del Elba, deducimos la consecuencia de que los barcos fenicios debieron pasar el canal en busca del ámbar (9). Cuán activo era el tráfico de Gades, muéstralo Estrabon en su tiempo, cuando dice: «de una pequeña isla que no tiene más de cien estadios de larga y apenas uno de ancha, sin desembarcadero en el continente ó en las islas, envia Gades los buques de más porte, y tiene tantos moradores, que ninguna otra ciudad, excepto Roma, la aventaja. La mayor parte de ellos, sin embargo, no vive en la ciudad, sino en los barcos (10).»

En el siglo décimo a. C. llegó el comercio marítimo de los fenicios desde la costa del golfo Arábigo y la de Somali y tal vez la embocadura del Indo, hasta las costas de Bretaña, y desde las costas de Mauritania, en el Océano, hasta el Tigris, y desde Arménia hasta el país de los Sabeos. Ya antes de esto sus colonias habian tenido pérdidas. Aun antes que Hiram subiese al trono de Tiro, se habian extendido los fenicios por las costas é islas del mar Egeo, despues de enseñar á los griegos, cuyos cantones aún no estaban formados, el uso de los pesos y medidas de Babilonia, la arquitectura civil y militar, la explotacion de minas y la escritura. El comercio fenicio con los griegos continuó siendo floreciente, á juzgar por las descripciones de las poesías homéricas. Las mejores joyas que encerraban los tesoros de los príncipes griegos, eran obra de los artistas de Sidon. Barcos fenicios en gran número surcaban los rios griegos. Apenas anclaba un buque mercante, exponian las mercancías en el mismo barco ó bajo de tiendas, ó iban los fenicios á venderlas en los lugares más cercanos. Los fenicios desembarcaban en una isla toda clase de dijes; y despues de realizar pingües ganancias, ofrecian á la reina un collar de oro y ámbar al tiempo que le quitaban el hijo y lo vendian en otra isla. Un fenicio fletaba un barco para Libya y persuadia á un griego que le siguiese como veedor de mercancías; con la intencion de venderlo á su arribada como esclavo. Las poesías homéricas, al paso que hablan del comercio de esclavos de los fenicios, dan noticias de este mismo tráfico en el Oriente. El profeta Joél, que vaticinaba, como ya hicimos notar, por los años 830 a. C., dice con referencia á la invasion de los filisteos en Judá acaecida en el año 845: Tiro y Sidon y todo el país de los filisteos robaron el oro y plata de Jehová, y se llevaron las alhajas más preciadas de su templo; los hijos de Judá y Jerusalem las vendieron á los hijos de Javan (los griegos) para alejarlos de sus términos (11).

La pérdida de las colonias que hubieron de abandonar los fenicios en las costas é islas griegas, halló ámplia compensacion en la mejora de las que tenian en el Occidente del Mediterráneo, en Cerdeña, donde fundaron á Ha-

ralis (Cagliari), en la banda meridional, en Córcega, en la costa septentrional de Africa, donde estaba situada Cartago, y en las costas de Iberia. Sufrieron igualmente otra pérdida en Oriente, y de ella no pudieron indemnizarse tan bien. Aún antes de la invasion de los filisteos, perdió el reino de Judá, como vimos, su soberanía sobre los Idumeos, quedando así cerrado para los fenicios al cabo de siglo y medio el puerto de Elat; y aunque cincuenta años más tarde volvió á abrírseles el citado puerto, durante los reinados de Amasías y Uzía, reyes de Judá, que sojuzgaron de nuevo á los Idumeos, no pudieron los fenicios zarpar con rumbo á Ofir por mucho tiempo desde Elat. Los fenicios quedaron reducidos definitivamente desde mediados del siglo octavo para hacer el comercio con los Sabeos á las caravanas que atravesaban la Arabia. Aún más notable fué la aproximacion de los asirios á las costas de Siria. Repetidas veces en el curso del siglo nono vinieron á Siria ejércitos asirios, y aquellos se redimieron por medio de tributos; mas los asirios, volviendo de nuevo á su tema, adelantaron las fronteras de su imperio hasta las orillas del Mediterráneo, quedando por ende sometidos los fenicios á una potencia, cuya sede estaba muy dentro del país. Así, era dudoso que las ciudades incorporadas á una gran potencia pudiesen mantener la sujecion de Chipre, el tráfico de Egipto y la union con las colonias occidentales. Sin género alguno de duda, fué á principios del siglo octavo cuando se hizo tambien en el Mediterráneo temible concurrencia á los fenicios. No contentos los Helenos con expulsar á los fenicios del mar Egeo, se apoderaron de la costa occidental del Asia Menor y se extendieron más y más al E. y al O. apoderándose de Rhodas y de Chipre. Más numerosas fueron sus colonias en el O. del Mediterráneo. Despues de fundar la ciudad de Kyme en las costas de Italia inferior, fundaron en Sicilia á mediados del siglo octavo sucesivamente á Naxos (738 a. C.), Syrakus (735 a. C.), Katane (730 a. C.) y Megara (728 a. C.), á las cuales siguieron muy luego en la Italia inferior Rhegion, Sybaris, Kroton y Tarento (720-708 a. C.) ¿Podian rivalizar con estas últimas ciudades las que tenian los fenicios en Sicilia, es á saber:

Rus, Melkart, Motye, Panormos, Soloeis y Erix? En el siglo sétimo, creció la rivalidad que una potencia marítima hacía al comercio fenicio, cuando los griegos aumentaron sus ciudades en Sicilia, penetraron á mediados de dicho siglo en Egipto, fundaron el año 630 a. C. á Kyrene, primera ciudad que tuvieron en la costa septentrional de Africa, hicieron el comercio con Tartessos, fundaron á fines del mencionado siglo una ciudad en la embocadura del Ródano, y aumentaron rápidamente en la inmediata centúria sus colonias en Sicilia y al O. del Mediterráneo.

Miéntras los griegos limitaban, como hemos visto, la esfera de accion del comercio fenicio, sus ciudades aguantaron desde mediados del siglo octavo todo el peso de la dominacion asiria, y pasada esta, la no menor de Babilonia. A despecho de tantos obstáculos y no obstante tan grandes pérdidas pudo un profeta hebreo decir á mediados del siglo octavo que Tiro «levantaba fortalezas y amontanaba plata como polvo y el oro como el lodo de las calles (12);» y Ezequiel describe á principios del siglo sexto (a. de C.), el comercio fenicio de esta suerte (13): «¡Tú la que estás asentada á las entradas del mar, mercadera de los pueblos de muchas islas! En muchas aguas te engolfan tus remeros; tu comercio en todos los mares alimenta á muchos pueblos: á los reyes de la tierra enriqueciste con la multitud de tus mercaderías y contrataciones: fuiste poderosa en medio de los mares. Todos los barcos del mar y sus tripulantes acudian á tí para negociar tus mercaderías. Persas, Libyos y Lydios te sirven como hombres de guerra: escudos y yelmos cuelgan de tus muros. Tu poder militar está alrededor de tus muros y en tus torres los valientes. Siria trafica contigo por la multitud de tus obras de arte: perlas, vestidos de colores, lino y púrpura, corales y rubíes trajo á tus mercados. Damasco contrata contigo por la abundancia de riquezas en vino de Helbon y excelente lana blanca. Judá y la tierra de Israél son tus mercaderes: á tus férias trajeron granos, pastas y miel. De la casa de Togorma vinieron á tus plazas caballos y mulos. Harran y Cannah, Assur y Kilmad conducian á tus mercados mantas de púrpura de diversos co-

lores, cajas de cedro llenas de damascos enlazados con cordones. Dedan es tu mercadera de mantas de cabalgar. Vedan (?) trae á tus férias hierro labrado, mirra destilada y caña aromática. Arabia y todos los príncipes de Cedar acuden á tí para el tráfico de corderos, machos cabríos y carneros. Los mercaderes de Sebaa y Raama tratan contigo: con lo principal de toda especiería y toda piedra preciosa y oro vienen á tus férias. Javan (los griegos), Tubal y Mesec (los Tibarenos y Moscos) son tus mercaderes: plata, hierro, estaño y plomo traen á tus férias. Muchas islas tienes á la mano para traficar; en pago te dan cuernos de marfil y ébano. Las naves de Tarsis te sirven de caravanas en tus negociaciones, por eso te llenaste y fuiste multiplicada grandemente en medio del mar.»

X.

APOGEO DE ASIRIA.

En la banda oriental del Tigris, á la embocadura de Zab mayor están las ruinas de Jalah, ciudad fundada en el año de 1300 a. C. por Salmanasar I, rey de Assur. Los restos del muro de circunvalacion muestran que esta ciudad tenia la forma de un cuadrilátero casi regular y que la parte occidental del muro miraba al antiguo y todavía visible curso del Tigris. En el extremo S. O. del cuadrilátero de la ciudad alzábanse, sobre un terraplen de ladrillos no cocidos, los palacios reales y el principal templo, edificios aislados de la ciudad por una muralla especial. Algo en el medio del citado terraplen, del lado que mira al rio, se ven los cimientos de un edificio de 360 piés de largo. Dos grandes puertas guardadas por leones alados con cabeza humana poblada de barba, imágenes ó símbolos del dios Nergal, conducian del lado del N. á una galería larga, aunque relativamente estrecha, de 154 piés de larga por 35 de ancha. En la parte S. de la misma abríase una ancha puerta, custodiada por dos toros alados con cabeza humana, imágenes del dios Adar, hechos de piedra calcárea amarilla, la cual daba entrada á una sala de 100 piés de larga por 25 de ancha. Al rededor del patio interior habia al E. y al S. (el O. está completamente destruido) dos salas grandes y considerable número de moradas de todas dimensiones, cuya altura parece haber sido de 16 á 18 piés (1). La galería del N., hasta la altura

de 10 á 12 piés, estaba revestida de chapas de alabastro, cuyos relieves describen los hechos guerreros del rey, sus batallas, asédios, sus partidas de caza (no mató ménos de 370 leones y cojió vivos 75). En la sala contígua hay tambien relieves con figuras colosales que rematan en cabezas de águilas. A partir del zócalo estaba revestido el muro de ladrillos de colores, barnizados ó cubiertos de arabescos.

Tal fué el palacio de Assurnasirpal, hijo de Tiglat Adar II que subió al trono de Asiria en el año 883 a. C. Entre las ruinas pareció su estátua. Sobre un zócalo sencillo descansa una piedra cuadrangular que sostiene una estátua en actitud grave y tranquila con larga túnica, sin tiara, largo el cabello, barba cerrada, una especie de hoz en la diestra y un pequeño cetro en la siniestra mano (2). Sobre el pecho se lee «Assurnasirpal, el grande y poderoso rey de los pueblos y de Assur, hijo de los reyes Tiglat Adar y Bin-nirar, poseyó el país desde el Tigris hasta la tierra de Labnana (Líbano), y sometió á su dominacion el gran mar y todos los países desde la salida hasta la puesta del sol (3).» Una figura de relieve que da á la entrada occidental de los dos templos que este rey mandó levantar al N. de su palacio sobre el terraplen de Jalah (á la entrada del primero habia dos leones colosales con las fáuces abiertas, á la entrada del segundo dos leones no alados), le representa con la kidaris en la cabeza y la mano alzada, viéndose delante de la base del relieve un pequeño altar de sacrificios (4). Assurnasirpal, segun sus inscripciones, se mandó erigir otra estátua en Tsibene-Su, cerca de las imágenes de Tiglat Pilesar I y de su padre Tiglat Adar II; pero sólo se conserva la imágen en relieve de Tiglat Pilesar (5). En cambio se encuentra en Hurkh en las cercanías de Diarbekr una tabla de piedra de Assurnasirpal que lo representa en la misma forma que el relieve citado de Tiglat Pilesar I.

El reinado de Assurnasirpal inaugura un movimiento militar del imperio asirio que duró un siglo, y cuyo poder se extendió de Occidente á Oriente. Dos grandes inscripciones dan principalmente noticias de los hechos de Assurnasirpal: la una grabada en ambas caras de una

gran piedra que formaba el piso del nicho de una gran habitacion de su palacio de Jalah (palacio del N. O. en el plano del descubridor); la otra, una lápida que tendrá de unos doce á trece piés de altura. La antigua ciudad de Jalah, dice Assurnasirpal en esta inscripcion, fundada por su antecesor Salmanasar el Magno, rey de Asiria, estaba arruinada; y él la sacó de cimientos (6), y juntó en ella los moradores del país vencido, derivó un canal del Zab mayor al que dió el nombre de Babut-uhal, y consagró al dios Assur (7). De dicho canal quedan restos, los cuales muestran que la direccion del Zab superior conducia precisamente á la ciudad en línea recta del lado del Norte. Mandó cortar del monte Jamani (Amanos) cedros, pinos y cipreses, para la creacion de los templos de Adar, Sin y Samas, sus señores (8); erigió templos en Jalah al dios Adar, á Bilit, á Sin, á Bin; mandó hacer la estátua de Adar el Magno, tomándola por patrono de la ciudad de Jalah, y dedicando piadosamente á tan gran divinidad el toro sagrado (9). Fundó y acabó un palacio para habitacion de su persona y «memoria de su fama.» «El que en la sucesion de los dias reine despues de mí, y cuide, de que este palacio de la ciudad de Jalah no se arruine, ni quede abandonado á los rebeldes, ni destruya sus columnas techumbres y artesonados, ni emplee estos materiales para otros edificios, ni cambie mis inscripciones que perpetúan mi fama, Assur y los dioses magnos exáltenle luego, dénle el imperio de la tierra, que domine sobre los cuatro puntos cardinales, y extiéndanse sobre su reino la abundancia y la paz (10).» Assurnasirpal tenia tambien un palacio en Nínive, donde asímismo hubo de edificar un templo. (11).

Las expediciones militares del rey, tomaron primeramente la direccion del N. hácia las fuentes del Tigris y el Eufrates. Al E., parece que no dirigió sus armas y contra Babilonia guerreó más como agredido que como agresor. Sus mejores triunfos hubo de alcanzarlos en el Oeste, donde antes que él, sólo Tiglat Pilesar habia penetrado de paso por el N. de Siria el año 1.100 a. C. Assurnasirpal se fortificó en el Eufrates, y se apoderó del Amanos, del Orontes y del Líbano. En su primera expedicion

afirma haber peleado en las cercanías de Urarte (Ararat), esto es, en tierra de Araxes. El segundo año salió de la ciudad de Nínive, vadeó el Tigris é impuso tributo á la tierra de Kumuj (Commagena) (12). El año siguiente (881 a. C.) mandó labrar la estátua que estaba colocada en la banda occidental del Tigris, y recibió tributos de los príncipes de Nairi, consistente en carros, caballos, barras de oro y plata, bueyes, ovejas y machos cabríos, y castigó su rebelion, destruyendo 250 lugares. Despues de esto, reedificó una fortaleza destruida por un rey de Babilonia (Tirat-Dunías), llamado Sibir, á la cual dió el nombre de Dur-Assur. En el año 878 a. C. salió, como dice su narracion, de la ciudad de Jalah: allende el Tigris, impuso cuantiosos tributos, volvió luego al Eufrates, y conquistó la ciudad de Suri, del país de Sukhi, donde mandó levantar su estátua: cayeron en sus manos cincuenta caballeros y los soldados de Nebo-Baladan, rey de Babilonía (Kar-Dunías) y atemorizó á los Caldeos (13). A la siguiente expedicion conquistó el territorio situado en la desembocadura del Jaboras, pasó el Eufrates en balsas, y venció á los moradores de Sukhi, Laki y Khindani, que en número de 6.000 hombres le salieron al encuentro: en ambas orillas del Eufrates fundó ciudades: la de allende tenia por nombre «Dur-Assurnasirpal», y la de aquende se llamó Nibarti-Assur. Miéntras tanto, mató á orillas del Eufrates cincuenta búfalos y veinte águilas, y cazó vivos veinte búfalos é igual número de águilas.

Las siguientes expediciones del rey se dirigieron contra Karjemis en tierra de Jatti. En el año 876 a. C. impuso á Sangar, rey de Karjemis, un tributo de 20 talentos de plata y 100 talentos de hierro. Desde Karjemis dirigióse Assurnasirpal á tierra de Labnana, esto es, tierra de Líbano. Lubarna, rey de Jatti, sometióse y hubo de pagar mayor tributo que el de Karjemis. Assurnasirpal llegó al Orontes, tomó la frontera del Líbano, llegó hasta el gran Mar de Occidente, ofreció sacrificios á los dioses y recibió en tributo de los príncipes de Tiro (Xurru), cuyo sólio ocupaba entónces Mutton, hijo de Etbaal, Sidon (Xiduno), Byblos (Gubli) y de la ciudad de Arvada (Arados), «que está en medio del mar,» barras de oro, plata y

plomo; y los dichos príncipes abrazaron los piés de Assurnasirpal. Volvióse luego el rey al monte de Jamani (Amanos) donde mandó grabar en las rocas la narracion de sus hechos, postrándose en Nínive á los piés de la diosa Istar (15). La última expedicion militar de que tenemos noticia, es la del N. O.; vanagloríase Assurnasirpal de haber sojuzgado la tierra de Hirkhi, la de Nairi, y de haber tomado y saqueado la ciudad de Amida (Diarbekr) (16).

Assurnasirpal llevó las armas asirias del lado del O. Aún más allá fué su hijo y sucesor Salmanasar II (859-823 a. C.) Como en su primera expedicion, pasó cuatro veces el Eufrates, despues de imponer tributo al rey de Nairi; peleó con Arami, rey de Urarti, impuso tributo al príncipe de Kumuj, y luchó repetidas veces con un príncipe llamado Ajuni, cuya capital era Tul Barsip, el cual trató en vano de unirse con Sangar, rey de Karjemis, á quien habia ya vencido Assurnasirpal y otros dos príncipes arameos. Salmanasar batió á los príncipes aliados de Ajuni, hizo á éste prisionero, trasportó á los moradores de Tul Barsip á Assur por el Eufrates, dió á la ciudad tomada el nombre de «Kak Salmanasar» (fortaleza de Salmanasar), impuso tributo á Sangar, rey de Karjemis, penetró hasta la tierra de Jamani (Amanos) y atravesó el Arantu (Orontes). Asímismo hubo de someterse Pikhirim, rey de Jilakki, esto es, de Cilicia (17). La amenazadora extension del imperio asirio fué causa de que los príncipes de Siria formasen, para resistir, una confederacion, á cuya cabeza se puso Damasco. En una inscripcion descubierta á orillas del Tigris, cerca de Kurj, cuenta Salmanasar que halló en el campo en el año 854 antes de Cristo, un ejército siriaco de más de 60.000 hombres. En el duodécimo *Iyar* abandonó Salmanasar la ciudad de Nínive, dirigióse á Kar-Salmanasar, donde recibió los tributos de Sangar, rey de Karjemis, de Kustaspi, rey de Kumuj y otros.» Desde el Eufrates me dirigí contra los de Halvan, que no quisieron aceptar la batalla y abrazaron mis piés, ofreciéndome en tributo oro y plata. Ricos presentes hice yo á Bin, dios de Halvan. Desde esta ciudad dirigí mis armas contra las de Irjulina,

rey de Hamat, cuya capital Argana tomé, trasportando sus prisioneros, las riquezas y tesoros de sus palacios, los cuales dí al fuego. De la ciudad de Argana dirigí mis armas contra Karka, la cual destruí, entregándola á la devastacion y al incendio. Benhadad, rey de Damasco, con 1.200 carros, 1.200 caballos y 20.000 hombres; Irjulina, rey de Hamat, con 700 carros, 700 caballos y 10.000 hombres; Acab, rey de Israél, con 200 (2.000?) carros y 10.000 hombres, 1.000 de Mussi, 10 carros, 10.000 hombres de Irkanat; Matinbaal, rey de Arados, con 200 hombres; 200 de Usanat; Adonibaal, rey de Sizan, con 30 carros y 10.000 hombres; Guindibuh, rey de Arva, con 1.000 camellos; Bahsa, rey de Ammon, con 100 hombres: estos doce príncipes se protegian unos á otros para luchar contra mí; mas con el auxilio poderoso de Assur los derroté desde Karkar hasta Kirzan, matándoles 14.000 hombres y apoderándome por la permision del dios Bin, de los carros, caballos y yuntas de los aliados (18).» En el obelisco de basalto negro, descubierto en las ruinas de Jalah, dice el rey sumariamente: «En mi sexta expedicion dirigíme contra las ciudades de las orillas del Balikh (Belik), y atravesé el Eufrates. Benhadad de Damasco é Irjulina de Hamat y los reyes de Jatti y del mar, me presentaron la batalla; mas yo los vencí, haciéndoles perder 20.500 hombres.» Lo mismo dice otra inscripcion conocida por la del Toro (19).

Batidos los reyes de Siria, pero no vencidos, nada dice Salmanasar de haberlos sojuzgado, imponiéndoles tributos. Las armas asirias tomaron luego otra direccion. El rey fué primero á las fuentes del Nilo, é impuso tributo á la tierra de Nairi (853 a. C.). Salmanasar dió su apoyo á Merodaj-Inadin, rey de Babilonia (Tirat-Dunías) contra el cual se habia levantado su hermano bastardo Merodaj-Belusati, durante cuya expedicion á Babilonia las tropas de Merodaj-Inadin, unidas á las de Salmanasar, ó solamente las de este último sofocaron la insurreccion, quedando muerto Merodaj-Belusati. Salmanasar ofreció sacrificios en Babilonia, Borsippa y Kutha; vanagloríase de haber impuesto tributo á los príncipes de Kaldi (Caldea) y de haber extendido su fama hasta el mar (20). Tras

esto, renovó la lucha contra Damasco; por espacio de dos años (850 y 849 a. C.) hizo guerra el rey Salmanasar á Benhadad, rey de Damasco. «Por la novena vez pasé el Eufrates (dice el rey) y conquisté ciudades innumerables. Habiendo bajado contra las ciudades de Jatti y Hamat, me apoderé de 89 de ellas. Benhadad de Damasco y doce reyes de Jatti (Siria) unieron sus fuerzas; pero yo los batí en la fuga.» Más adelante, dice Salmanasar: «En el año décimocuarto de mi reinado (846 a. C.) conté mis numerosos pueblos y atravesé el Eufrates con un ejército de 120.000 hombres. Benhadad, rey de Damasco, Irjulina, rey de Hamat, unidos con los doce reyes del mar superior é inferior, salieron á mi encuentro al frente de innumerables bandas, las cuales vencí en una batalla y perseguí en la fuga, tomándoles sus carros, caballos y bagajes. (21).»

Esta victoria no tuvo consecuencias. En vano hizo Salmanasar cuatro tentativas contra Damasco, yendo acompañado en la última expedicion á Siria de 120.000 hombres. Un año despues de muerto Benhadad, á quien sucedió en el trono de Damasco Hazael, habla Salmanasar de un triunfo en Siria. «En el año décimooctavo de mi reinado (842 a. C.) pasé el Eufrates por la décimasexta vez. Hazael (Jazailu) rey de Aram, confiado en sus fuerzas, juntó innumerables tropas y se fortificó en Sanir y en la frontera del Líbano; mas le vencí, haciéndole 16.000 prisioneros, con más 1.121 carros y 410 caballos y sus provisiones que cayeron en mi poder. Para salvar la vida, apeló Hazaél á la fuga; mas yo le perseguí: sitiéle en Damasco, su capital, cuyos muros arruiné: demolí, devasté y dí al fuego las innumerables ciudades aquende los montes de Hauran, llevándome sus prisioneros. Mandé poner mi estátua en los montes de Bahliras, contígua al mar. Por aquel entónces recibí tributos de Tiro y Sidon, de Jehú (Jahua), hijo de Omri (Jumri),» i. e. de Jehú, rey de Israél (22).

Aunque Sidon, Tiro é Israél pagaron tributo, no por eso cesó la oposicion de los damascenos. Salmanasar nos cuenta, asímismo, que en el año 839 a. C. atravesó el Eufrates por la vigésimaprimera vez para caer sobre las

ciudades de Hazael, rey de Damasco; pero no dice que lo venciera, y sólo recibió tributo de Tiro, Sidon y Biblos; y concluye diciendo muy sumariamente sobre su vigésimaquinta expedicion «que habia recibido tributos de todos los príncipes de Siria (de la tierra de Jatti» (835 a. C).

Las armas de Salmanasar penetraron tambien en el Norte y en el Este. Por lo que sabemos ahora, el ejército de Salmanasar invadió por vez primera el territorio de los Persas y de los Medas. En el año 858 a. C., dió la primera batalla en Urarti (Ararat) (23); en el 843 a. C., invadió la tierra de Nairi y mandó levantar su estátua junto á las fuentes del Tigris (24), y en los años 836 y 835 antes de Cristo, batió á los Tibarenos. Impuso tributo á los veinticuatro príncipes de Tabal (Tubal), penetró hasta el territorio de las minas de plata, esto es, en la tierra de los Jalybos (25), en tierra de Nairi; hizo tributarios suyos á los veintisiete príncipes de Parsua, devastando al paso los campos de Amadai (i e. Media) (26). Dirigió luego sus armas contra el país de Urarti, á cuyo rey Siduri batió (831 a. C.). En el año 828 a. C., invadió el ejército la tierra de Udati, huyendo de su capital el rey de Van; desde cuya ciudad bajaron los expedicionarios al país de Parsua, esto es, de los Persas, á los cuales impusieron tributo, saqueando luego en otra expedicion cincuenta lugares de Urarti (27).

Salmanasar, gracias á los más tenaces esfuerzos, llegó del lado del O. á Siria; por el N. O. á la tierra de los Tibarenos y Jalybos; por el N. hasta el lago de Van y el Araxes; por el E. hasta los Medas y Persas; y todavía la guerra le permitió hacer sacrificios en Babilonia, Borsippa y Kutha. Residió Salmanasar en la ciudad de Jalah, en cuyo terraplen al S. E. del palacio de su padre, mandóse fabricar una morada, de la cual aún quedan restos, entre ellos, algunos obeliscos que narran año por año los hechos de Salmanasar, y dos toros alados cubiertos de inscripciones que, al lado de la inscripcion de Kurkh, completan y amplían los datos del obelisco, el cual á más de citar como tributarios á los israelitas, habla tambien de otros cuatro pueblos tributarios. La inscripcion que hay bajo del relieve dice: *Tributo impuesto á Sua, rey de*

Kirzan: oro, plata, cobre. camellos de dos jorobas, toros del rio Sakeya. En el relieve se ve el trasporte de un elefante, un camello de dos jorobas, un rinoceronte, un hipopótamo y vários monos. Más adelante, dice: *Tributo impuesto á Merodaj-Baladan, rey de Sukhi: plata, oro, cuernos de búfalo, tejidos;* y encima se distingue el trasporte de dos leones y un ciervo, barras de metal y dientes de elefante, á guisa de tributo. Por último, dice la inscripcion citada: *Tributo impuesto á Garparuda, rey de Jatti (Siria): oro, plata, cuernos de búfalo, ébano* (28). Los camellos de dos jorobas, es decir, baktrianos, el elefante y el rinoceronte prueban que las armas de Salmanasar penetraron en el alto Iran lo bastante para imponer tributo á las tribus del lado oriental.

Demás de los restos del palacio de Salmanasar II, los hay más considerables de otro edificio de Salmanasar. Asurnasirpal erigió dos templos al N. de su palacio: al mayor de ellos (el del O.) añadió Salmanasar en el extremo N. O. del terraplen de la ciudad una torre, cuyas ruinas en forma de pirámide dominan la masa de escombros del palacio. Sobre el cimiento que forman naturalmente las rocas de las orillas del Tigris, púsose un basamento cuadrado (cuyos lados miden cada uno 160 piés) de veinte piés de alto, construido de ladrillo muy cocido y revestido por fuera de piedra de sillería; sobre cuya base levantóse la torre de pisos, que iban reduciéndose á medida que subian. En el primero de ellos, é inmediato á la plataforma, habia un corredor independiente, abovedado de ladrillo, de cien piés de largo, por doce de alto y seis de ancho, el cual formaba en el piso una línea secante de E. á O.

Dos siglos despues de la caida del imperio asirio, llegó Jenofonte dirigiéndose al Tigris con los diez mil á las ruinas de Jalah. Despues de pasar el Zapatos, esto es, el Zab mayor, llegó á una gran ciudad abandonada á orillas del Tigris, cuyo nombre le pareció á él que sonaba Larissa (Jalah), rodeada de un muro de milla y media de largo, el cual tenia una base de piedra de sillería de veinte piés de altura, y sobre ella alzábase una pared de ladrillo muy duro de veinticinco piés de espesor y cien de

alto. Junto á la ciudad habia una pirámide de sillería en la cual se habian refugiado muchos habitantes de los lugares vecinos (29). La parte superior de la torre de Salmanasar se transformaria en pirámide por la inclemencia del tiempo. Los lados de la torre estimólos Jenofonte en poco ménos de la mitad; la altura de las ruinas mide hoy 140 piés. Las inscripciones muestran que Salmanasar se sostuvo tambien en Nínive; y por las marcas de los ladrillos de las ruinas de Kileh-Sergat se ve que poseyó, asímismo, un palacio en la antigua capital Assur (30).

A pesar de la incansable actividad de Salmanasar y de sus no interrumpidas expediciones, y de los significativos triunfos de sus armas, acabó su reinado en medio de los disturbios interiores. Samsi-Bin II, hijo y sucesor de Salmanasar (823-810 a. C.), cuenta en una inscripcion, descubierta en las ruinas de su palacio construido en el extremo S. E. del terraplen de Jalah, que su hermano Assurdaninpal formó una conspiracion contra su padre Salmanasar, en la cual entró el país de Assur alto y bajo. Dice que eran veintisiete ciudades, entre ellas, la antigua capital Assur y Arbelas, las que se decidieron por Assurdaninpal; pero que él las redujo con el auxilio de los dioses magnos. Narra luego sus expediciones al Norte y al Este: en su primera expedicion sojuzgó toda la tierra de Nairi (nombra á todos sus príncipes en número de veintisiete), impuso tributo al país de Van, extendiéndose el imperio asirio desde Nairi hasta la ciudad de Kar-Salmanasar, frente de Karjemis. Seguidamente declaró la guerra á los de Akkad, les mató 1.300 hombres, haciéndoles 3.000 prisioneros. El rey Marduk-Balatirib, con las tropas de Caldea y Elam, de Nairi y Aram, presentó la batalla á Samsi-Bin II; pero fué vencido en su capital Dur-Kusu, con pérdida de 5.000 muertos y 2.000 prisioneros, quedando en poder de los asirios cien cuadrigas y las banderas del rey (819 a. C.). Al llegar á este pasaje, queda interrumpida la inscripcion, sin que sepamos nada de los ulteriores triunfos contra Babilonia; y sólo barruntamos que Samsi-Bin hizo de nuevo la guerra á los Caldeos y Babilonios (31) en los años undécimo y duodécimo de su

reinado (812 y 811 a. C.), pudiendo deducir del hecho de haber pedido auxilio el rey de Babilonia al de Edam, que los progresos de las armas asirias debieron de inquietar á los elamitas.

Bin-nirar III (810 á 781 a. C.) hijo y sucesor de Samsi-bin, el cual edificó su palacio al O. del alcázar y al S. del de su abuelo Assurnasirpal, contribuyó en este período al engrandecimiento del poder asirio. Dirigió sus armas dos veces al lago de Van, siete á Nairi, y ocho á Mesopotamia. En el año quinto de su reinado hizo la guerra á la ciudad de Arpad en Siria, y en el octavo contra la «costa del mar,» esto es, contra las costas de Siria. Sólo nos queda el principio de una inscripcion, por la cual podemos ver hasta dónde llegaban los límites de su imperio, inclusos los paises tributarios. «Tomé posesion (dice este fragmento) del país de Silema en Oriente, á saber: Kib, Illipi, Karkax, Aracias, Misu, Madai (Media), Parsua (Persia), Allabria, Abdadana, toda la tierra de Nairi, la montaña de Bilju (Balkh, Bactria) hasta el gran mar que está al Este; sometí el Eufrates, el país de Jatti (Aram), el país de Occidente, Tiro, Sidon, la tierra de Omri (Israél) y Edom, la tierra de Palaxtav (Filistea) hasta el gran mar de Occidente; y á todos ellos obligué á pagar tributo. Tambien dirigí mis armas contra la tierra de Imirisu (reino de Damasco) y contra su rey Mariah, al cual encerré en Damasco, capital de su reino. Cediendo á la fuerza de los terrores de Assur, el rey Mariah abrazó mis piés y se sometió, recibiendo yo en su mismo palacio de Damasco 2.300 talentos de plata, 20 talentos de oro, 3.000 talentos de cobre, 5.000 talentos de hierro, vestidos, imágenes de talla, sus riquezas, sus tesoros sin cuento (32). Sometí é impuse tributo á todos los reyes de Caldea, ofrecí sacrificios en Babilonia, Borsippa, Kutha, moradas de los dioses Bel, Nebo y Nergal (33).»

Segun esto, extendióse la dominacion de Bin-Nirar desde el territorio de los filisteos, y Tiro, Sidon é Israél, Media y Pérsia hasta Baktria; no cabiendo duda de que tambien impuso tributo á Babilonia.

Demás del palacio citado, levantó Bin-nirar en Jalah

un templo á Nebo, consagrado en el año 785 a. C. En las ruinas de este templo se han encontrado seis estátuas del dios Nebo, dos de las cuales tienen inscripciones en el pedestal, y por ellas sabemos que el gobernador de Jalah las dedicó á «Nebo, altísimo señor de su señor, al protector de Bin-nirar, rey de Assur, y al protector de Sammuramat, diosa del palacio, su señora,» habiendo erigido estas estátuas para prolongar sus dias y aumentar su posteridad (34).

El sucesor de Bin-nirar no supo mantener el imperio asirio á la altura que lo elevaron Asurnasirpal, Salmanasar, Samsi-Bin y Bin-nirar. Salmanasar III (781-761 a. C.) hizo durante su corto reinado seis expediciones contra Urarti (Ararat), y luchó contra Damasco y contra Hadraj en Siria. Assurdanil (771-753 a. C.), tuvo que sofocar rebeliones en Gozan (territorio de Nísibis), y Arafa, habiendo dirigido sus expediciones contra Hadraj y Arpad. Hasta en la ciudad de Jalah hubo disturbios contra Assur-Nirar II (753-745 a. C.)

LIBRO CUARTO.

APOGEO Y DECADENCIA DE ASIRIA, RESTABLECIMIENTO DE BABILONIA Y EGIPTO.

I.

LOS ASIRIOS EN TIERRA DE SIRIA Y LOS PROFETAS HEBREOS.

Asiria hizo grandes progresos en el curso del siglo noveno, y despues de los triunfos de Assurnasirpal, las armas de Salmanasar II y Bin-nirar III triunfaron en Oriente y Occidente. Quedaron sometidos los paises citados en el curso medio del Eufrates; Siria hubo de experimentar lo que podian las armas asirias; Cilicia pagó tributo, Damasco quedó al fin humillado, las ciudades fenicias y el reino de Israél pagaron de nuevo tributo al gran señor del Oriente, sin que pudieran sustraerse de ello los Idumeos y Filisteos. Fueron tambien afortunadas en el S. las armas de Bin-nirar, cuya supremacía reconocieron los príncipes caldeos. Los sucesores de Bin-nirar, cuyas armas estuvieron al parecer bastante ocupadas en Ararat, Damasco y Arpad, no supieron mantener sus conquistas. Mas Tiglat-Pilesar II, sucesor en el trono de Asiria de Assur-nirar II, supo mantener y ensanchar sus fronteras en todas direcciones.

A los pocos meses de haber tomado Tiglat-Pilesar las riendas del gobierno, salió á campaña contra Babilonia.

Fuera por la tiranía de Salmanasar II, Samsi-Bin II y Bin-nirar III, por el excesivo engrandecimiento de Asiria en el siglo noveno a. de C., ó por otros motivos, lo cierto es que en el siglo octavo no vemos ya unido al rey de Babilonia el territorio del Eufrates inferior; pues, segun las inscripciones asirias, formaba al lado de Babilonia como principado independiente (1). Tiglat-Pilesar venció á Nebo-Sabzi, príncipe de Bet-Silan, y le mandó crucificar delante de la gran puerta de su capital que fué tomada. Cuenta Tiglat-Pilesar que extendió su dominacion desde Dur-Kurigalzu y Sippara hasta Nipur; imponiendo tributo al extenso territorio de Kar-Dunias (Babilonia): 10 talentos de oro, 1000 talentos de planta; y ofreció sacrificios á Bel, Nebo y Nergal en Babilonia, Borsippa y Kutha y á la diosa Nana, señora de Babilonia (745 a. C.) (2). Tiglat-Pilesar no cita el nombre del rey de Babilonia que se vió forzado á abrirle las puertas de la capital y á pagar el tributo citado. Segun el cánon de Tolomeo, ocupó el trono de Babilonia desde el año 747 hasta el 733 a. C. el rey Nabonasar.

Desde Babilonia dirigió Tiglat-Pilesar sus armas contra los pueblos del alto Iran. En una expedicion que hizo más allá hácia el Oriente sometió 34 países. Entre los muchos nombres que cita de los mismos, se leen claramente los de Nixaa, Zikarti y Arakuttu: Nixaa es el territorio de Nicea en Media (Nicaya del Zendavesta y de las inscripciones persas). Zikarti será el nombre de los Sagartios de Heródoto, de los Azagarta de las inscripciones de los reyes de Persia, pueblo de pastores que se extendian por las estepas del interior del país montañoso situado al E. de los Medas y Persas. Arakuttu es el Haravaiti del Zendavesta, el Harauvati de las inscripciones de los Persas, y Arajosia, el valle del rio Arajotos (Arghandab). Tiglat-Pilesar no pudo sostener su soberanía sobre el alto Iran, limitándose al territorio del O. del mismo los resultados que obtuvo de otra expedicion emprendida en el año 744 a. C. Los Medas y los Persas tuvieron que pagar tributo (3).

Tampoco pudo Tiglat-Pilesar mantener su soberanía sobre los caldeos. Tomaron de nuevo las armas los Babilonios

é invadieron, segun parece, el territorio de Asiria. Tiglat-Pilesar recobró la ciudad que habian tomado, y ofreció sacrificio en Telassar, territorio de Babilonia, al dios Merodaj (753 a. C.) (4). Segun el cánon de Tolomeo, sucedió á Nabonasar, en Babilonia el rey Nadios, año 733 a. C.; y en el 731, Jinziros y Poros (Ukinzir y Pul) (5). El cánon de los Asirios dice que Tiglat-Pilesar bajó, el año 731 a. C., á la ciudad de Sapiya, y las inscripciones del rey cuentan que él encerró en dicha ciudad á Ukinzir, hijo de Amukan. «Maté delante de sus puertas á muchos de sus guerreros. Destruí, devasté y dí al fuego todas sus ciudades. Despoblé y reduje á un monton de escombros la tierra de Bet-Silan, Bet-Amukan y el país de Bet-Sahalla de un extremo á otro. Recibí tributo de Balasu (Belesys), hijo de Dakkuri (6).»

El cánon de Tolomeo da al vencido Ukinzir (Jinziros) el título del rey, que subió al trono de Babilonia el año 731, y á su lado llama rey á Poros; durando esta doble soberanía (único caso que se presenta de este género) desde el año 731 hasta el 727 a. C., esto es, tanto como el reinado de Tiglat-Pilesar II. Es, por lo tanto, necesario suponer que Tiglat-Pilesar hizo rey de Babilonia al vencido Ukinzir, ejemplo frecuentemente seguido en la práctica por los reyes asirios. Los libros hebreos hablan de un rey de Assur, llamado Pul, á quien atribuyen en Siria hechos que auténticamente pertenecen á Tiglat-Pilesar. Como los hebreos atribuyen los sucesos de Siria ya á Pul ya á Tiglat-Pilesar, al paso que las tablas asirias no mencionan ningun rey llamado Pul, habrá de suponerse que Pul era el nombre que dieron los babilonios á Tiglat-Pilesar durante su soberanía sobre Babilonia, y que esta designacion fué causa de que los hebreos creyeran que Pul era una persona distinta de Tiglat-Pilesar. La circunstancia de figurar en la lista de reyes de los babilonios el nombre de Pul antes que el de Tiglat-Pilesar, nada vale contra esta hipótesis.

Sobre sus hechos en el Eufrates menor, dice Tiglat-Pilesar, despues de haber narrado su victoria sobre Ukinzir: «Merodaj-Baladan (Marduk-habal iddina), hijo de Yakin, rey del mar, que no habia venido á pagar tributo

ni á besar los piés del rey, cediendo á la fuerza del terror de Assur, mi señor, se presentó á mí en la ciudad de Sapiya y besó mis piés. Recibí de él en tributo, oro, polvo de su tierra en gran cantidad, vasos de oro, piedras preciosas, productos del mar, bueyes y ovejas. (7).» Se vé claro por esto que Tiglat-Pilesar habia sojuzgado en el año 731 a. C. el S. de Caldea y el territorio del Eufrates hasta el mar. Tiglat-Pilesar designa expresamente á Merodaj-Baladan como rey del mar, esto es, de la orilla del mar. Tiglat-Pilesar se llama en dos inscripciones de fines de su reinado, descubiertas entre las ruinas del palacio que se mandó fabricar en medio del terraplen de Jalah al S. del de Salmanasar II (8), rey de Assur y tambien de «Babilonia, Sumir y Akkad, señor de los cuatro puntos cardinales.» Dominó el mar, desde Bet Yakin hasta Bikni, el mar occidental hasta Egipto (Musri); de Oriente á Occidente. Añade que se habia mandado edificar un palacio en medio de los palacios de su padre á orillas del Tigris (9).

Tiglat-Pilesar llevó, en efecto, sus armas contra Caldea é Iran, no sólo contra Babilonia y la montaña de Iran, sino que fué más allá que ninguno de sus antecesores; porque estuvo tambien en el N. Ya hemos hablado de sus expediciones á la tierra de Ararat (742 y 736 a. C.) y de las medidas que hubo de adoptar en Tubal. Los principales esfuerzos de Tiglat-Pilesar fueron los que hizo contra el Occidente. Sus expediciones á Siria produjeron efecto en Damasco y Hamat; siendo tambien de alguna trascendencia para la historia de Israél.

Israél y Judá, trás los malos tiempos, recobraron el órden y aumentaron su poder. Luego que Israél pudo respirar en los últimos años de Joacaz, reconquistó en el reinado de Joás (798-790) (10) las ciudades que estaban en poder de los Damascenos; Jeroboam II (790-749 a. C.), cuarto rey de la casa de Jehú, restableció el poder de Israél, logrando conquistar todo el territorio al E. del Jordan, tomado por Joacaz á los Damascenos. Jeroboam hizo guerra á Damasco y á los de Hamat, llevando, como dicen los Libros de los Reyes, las fronteras de Israél, desde Hamat hasta el mar de la llanura. Con la paz que siguió

á este hecho de armas, reanimóse la agricultura, cobró nuevo y fructuoso vigor el comercio, reinando en la capital Samaria la magnificencia y el lujo (11).

Uzía (Azarías), elevado al trono de Judá por el pueblo en el año 792 a. C. contra los asesinos de su padre Amasías, restableció en su reino el órden y la seguridad: reorganizó el ejército, dotándole de caballería y carros de guerra; y á peticion del pueblo, se hicieron preparativos militares, corazas y yelmos, escudos y picas, arcos y hondas. Mandó fortificar la ciudad de Jerusalem, flanqueándola de torres nuevas, y poniendo en ellas máquinas de guerra que pudieran lanzar sobre los sitiadores dardos y piedras. De esta suerte preparados, hostilizó Uzía á los Filisteos, Ammonitas é Idumeos. Apoderóse de Gat y de Asdod, y se vieron obligados los Ammonitas á pagar tributo, quedando sojuzgado todo su territorio (12). Edificó Uzía á Elat en el Mar Rojo, y reanudó, segun parece, los viajes á Ofir como en tiempo de Salomon (13). Curóse no sólo del comercio de su país, sino tambien de la agricultura y cria de ganados. «Amaba la agricultura (dice el texto hebreo) y tenia labradores y vendimiadores en los montes y numerosos ganados en los llanos.» Fuéle dado cojer el fruto de su trabajo; y ocupó el trono por espacio de cincuenta y dos años, desde los diez y seis hasta los sesenta y ocho de su edad. Judá llegó en el reinado de Uzía al mayor grado de esplendor que pudo alcanzar, despues de haberse separado de Israél. Las armas de Uzía fueron temidas, y se buscaba su alianza.

El aumento de bienestar en Israél y Judá produjo en las clases favorecidas la molicie y el desenfreno en las costumbres. Los pobres se vieron oprimidos y explotados, vulneróse el derecho en perjuicio de los débiles. Raras veces dejó de haber en Oriente abusos que, teniendo por objeto ganar dineros con más facilidad, dieron lugar en Israél á una crítica enérgica é inflexible. A los abusos del poder agregóse otro, y fué la proteccion que la casa de Jehú en Israél, y Joás en Judá dispensaron al culto siriaco, el cual hizo prosélitos con nuevo vigor en la aristocracia, imitadora del extranjero, con quien mantenia frecuentes relaciones, y á la postre arrastró al pueblo. A me-

dida que se acentuaba más y más el elemento sensual del culto siriaco, debió de ser más enérgica entre los pueblos vecinos la reaccion contra un culto tan contrario y opuesto á su propia conciencia.

Aunque Israél y Judá se creyeran seguros con el apoyo de su nuevo y bien consolidado gobierno, á las miradas penetrantes no podia ocultarse que habia en el Eufrates una potencia, á la cual no podian hacer frente Israél y Judá, áun en medio de su transitoria prosperidad. El peligro amenazaba del lado de Oriente. Fundando la monarquía, establecieron los iraelitas la paz y la seguridad de tener á raya á los Cananeos y Siros, lo cual consiguieron no sin dificultades, áun despues del cisma. Egipto, de quien naturalmente debian inquietarse en Siria, sólo habia turbado la paz de Israél en el espacio de cinco siglos, de una manera transitoria, cuando la expedicion de Sisak; mas ahora sucedió de otro modo, y era inútil alimentar ilusiones de ningun género. Por más que Acab, aliado con Damasco y la mayor parte de los príncipes siriacos, lograse rechazar la primera invasion asiria, Israél habia pagado desde entónces tributo á los reyes de Asiria, Salmanasar II y Bin-nirar III; y aunque el sucesor de éste no hizo guerra á Damasco, emprendiéndola con Hadraj y Arpad, Gozán y Arafa (14), lo cierto es que las expediciones á Siria podian renovarse á cada instante. Aunque Israél y Judá juntasen sus fuerzas bien organizadas momentáneamente, era imposible que pudieran resistir el empuje de los Asirios, como estos se propusiesen invadir la Siria. Sólo en el caso de que todos los Estados y razas de Siria, Filisteos y Fenicios, Hamat y Damasco, Israél y Judá, juntasen sus fuerzas de comun acuerdo, hubieran podido oponer á los asirios verdadera resistencia. Este pensamiento no se realizó; porque los intereses de los Estados eran diferentes, y los mercaderes de las ciudades de la costa y los del interior estaban separados por la cultura y la religion; y las razas de Oriente sólo habrian sido capaces de crear una monarquía universal y despótica, que hubiera exigido por parte de Israél la cesion de lo mejor que tenia. En vez de un movimiento político de Israél, Judá y Siria, la organizacion interior de Israél

y Judá trajo la reaccion contra el entronizamiento del culto cananeo; y la actitud imponente de Asiria dió de nuevo alas al desenvolvimiento religioso de los israelitas.

Creció y desarrollóse el profetismo en la lucha sostenida con la casa de Omri. Al ceder la persecucion, cedió tambien la tension de espíritu de los profetas, ocupando la predicacion y las reuniones el puesto de las luchas apasionadas. Pero no solamente se purificó y afirmó el profetismo, para cuyo trabajo eran elementos reales ya perfeccionados, el pensar sobre la esencia y voluntad de Jehová, abismándose en él. La expresion que el sentimiento religioso halló en los cánticos é invocaciones dió á la intuicion profética plenitud y espacioso movimiento. A la antigua intuicion sacerdotal sobre el destino del pueblo israelita y la alianza hecha con él por su Dios; á la fijacion de la ley que habia de ser el contenido de este pacto, sucedió luego la intuicion llena de vida, las visiones del Dios nacional que guiaban á los padres de las tribus, antecesores del pueblo; andando mucho tiempo hacia en manos de los profetas, así los escritos antiguos como los nuevos. Aún antes que Joél exhortase al pueblo á la penitencia, cuando el sumo sacerdote Joyada era tutor de Joás, rey de Judá, ambos escritos habian sido coleccionados por un profeta. Del contenido de ambos escritos, deducimos que los profetas interpretaron bajo su punto de vista, cuanto decian aquellos relativamente á promesas y predicciones, á la conducta del hombre para con Dios y á la naturaleza humana. De esta suerte, causó honda impresion en el ánimo de los profetas todo lo que leian en dichos escritos, tocante al destino de los padres de las tribus, á la alianza de Jehová con Israél, á la promesa de Jehová de proteger y bendecir á su pueblo y á la observancia del pacto: en dichos libros veian los profetas el pasado en relacion inmediata con el presente; fortificándose su conviccion de que la conducta externa no basta, y que lo esencial es la union más íntima del hombre con su Dios.

En realidad tuvo el pueblo israelita un destino singular: unido con una parte de las tribus árabes y sirias de la misma procedencia, no siguió, sin embargo, en su desarrollo idéntica marcha. Separado de las tribus de su

raza, con quienes en tiempos antiguos hicieron vida comun apacentando ganados, formó en la frontera y bajo la soberanía de Egipto una poblacion en la cual se daban la mano la sencillez nómada y ciertos resabios de educacion egipcia. Obligados por la tiranía que sobre su sentimiento nacional ejercia Egipto, emancipáronse de él los hijos de Jacob, abrazaron con nuevo vigor el culto de su Dios nacional, y por fuerza de armas conquistaron el territorio ocupado por tribus de la misma raza, á las cuales miraron, no obstante, como extranjeras. Las tribus de Siria eran muy superiores á ellos en educacion, riquezas y comodidades de la vida; las del interior, las del desierto, no cesaban de saquear el campo de los israelitas, cuyo espíritu nacional se mantuvo firme, gracias á la naturaleza del suelo, al aislamiento en que los colocaba los valles y montañas del interior, los cuales impedian, asímismo, que el génio nacional se extinguiese por el entronizamiento de la vida de las ciudades de la costa y por la influencia de Damasco y Hamat. En los tiempos de David y Salomon, hízose Israél superior á sus vecinos, acentuó resueltamente la oposicion hácia ellos en vez de debilitarla, y mantuvo firme, á guisa de reminiscencia digna de memoria, la conciencia nacional, desde cuyo punto de vista combatieron los profetas la religion siriaca; encontrando en Israél un apoyo tanto más sólido, cuanto más vivo habia sido el despertar de su conciencia. Aún más poderoso que el sentimiento nacional, era en los profetas la intuicion del Dios de Israél, extraño y opuesto desde un principio á la religion de las fuerzas generadoras de la naturaleza. Jehová era, en este sentido, un Dios temible cuya mirada daba la muerte, y la mera intuicion, que no sabe prescindir del elemento sensual, veía en el resplandor mortífero aunque purificador del fuego, el poder de Jehová. La separacion de todo elemento sensual, nada extraña al espíritu semita, llegó á su plenitud en la conciencia de los profetas, gracias á sus luchas con el culto siriaco; su intuicion sobrenatural, fortalecida en medio de la contradiccion, preservó la idea de Dios de los elementos materiales todavía adheridos á ella. ¿Cómo un poder sobrenatural habia de estar en una imágen, obra frágil del

hombre que es polvo de la tierra? El templo de Jerusalem nò tenia imágenès; los antiguos santuarios en su mayoría tampoco las tenian; sabiendo los hebreos que el culto sin imágenes era la religion tradicional de Dios. Ni adoraron los hebreos el becerro de oro de Jehová, erigido cuando el cisma de Israél, en contraposicion á las imágenes siriacas, y sólo tolerado por los profetas en los tiempos de Acab y de Joram, ni otra imágen de Dios. Siendo el poder divino sobrenatural, no cabe que se revele al mundo sensible por medio de apariciones, y ménos la deificacion de los elementos en que consistia la religion siriaca. El poder, ante quien tiembla toda la naturaleza, tiene que ser uno. Así, Jéhová fué el sólo y único Dios de la intuicion profética y el Dios indígena de los israelitas, á quienes protege en union de otros dioses no tan poderosos como él. Y este Dios es para ellos no ya el único poder que manda á la naturaleza, el fuerte y celoso Señor que redime al primogénito y quiere numerosos sacrificios y buenos perfumes; es aquel cuya conciencia se refleja en la de los profetas, los cuales en su iluminacion tienen por bueno y santo el altísimo poder de la moral. En El se concentra el elemento moral de la intuicion israelita; siendo la naturaleza nada más que el escabel de sus piés. El mundo se rije por El, que es el único poder supra-sensible, espiritual y moral, y ante El se desvanecen el mundo y los hombres. El es puro, santo y sublime: odia la injusticia, la violencia, la concusion, la avaricia, la impostura, la tiranía del prójimo, y no ve con buenos ojos la malicia. Su voluntad es ley, á cada cual premiará segun sus obras, y al malvado no perdonará sus crímenes. ¿A qué ofrecer al justo y santo Señor del cielo, sacrificios de ninguna especie? Los lábios y el corazon bastan para elevarse á su grandeza; su mandato lleva consigo aparejada observancia, y para santificarse es suficiente consultar su voluntad. A Dios se le sirve viviendo en la justicia y en la santidad: El no quiere sacrificios, sino conciencia, sencillez, castidad y moderacion.

Colocados los profetas en este punto de vista, al cual se elevaron por intuicion (creian conocer en su verdadera esencia al antiguo Dios de Israél), y volviendo á leer en

los sagrados libros el destino y los hechos de su pueblo, ¿no se habia anunciado ya Jehová á los patriarcas? ¿No habia establecido por medio de Moisés la verdadera religion, dispensando á su pueblo los mayores beneficios, sacándolo de Egipto, y dándole la tierra prometida? ¿Pero Israél habia observado el pacto que con él hiciera Jehová, observando su ley? En muchos casos se ofrecian sacrificios en Jerusalem; pero al mismo tiempo adoraban muchos el becerro de oro en Dan y Betel. ¡Cuántos no eran los que servian á Baal, Astarte, Axera y Adar! ¡Cuán olvidados de sus deberes vivian los reyes, los poderosos y los jueces, entregados al lujo y á los placeres! ¿Y era así como entendian cumplir los mandatos del Señor de la justicia y de la santidad?

De este punto de vista, resultó una série de hipótesis. Jehová eligió á Israél por su pueblo antes que á otro alguno. El lo protegerá y le dará su gracia. Pero, ¿cómo el Dios puro y santo ha de proteger y amparar á su pueblo que vive en la impureza? Jehová era Dios fuerte y celoso; y ¿no habia de castigar severamente la apostasía, la infidelidad y la ingratitud de su pueblo? Para tamaños delitos ¿no habia de decretar la merecida pena? Los Asirios tenian ya el pié en el Eufrates. De la hipótesis de que Jehová por su fortaleza y santidad no debia dejar sin castigo la idolatría y los vicios de su pueblo, desarrollóse la suposicion de que amenazaba un severo é inmediato castigo á Israél y Judá. De ello estaban firmemente convencidos los profetas, cuyo juicio ponia á Jehová muy por encima de las debilidades y extravíos de los hombres. Si el pueblo escogido se arrepiente, mejora de conducta, y sirve á Dios con los lábios y el corazon, volverá á la gracia de Jehová, ó le servirá de purificacion el castigo decretado. Dios quebrantará el orgullo obstinado de los corazones rebeldes, muchos caerán, mas perdonará á los que le sean fieles; y cuando su pueblo se haya purificado por el castigo, Jehová le alzará de nuevo, y le dejará entrar en el alcázar de Sion.

Estas suposiciones no bastaron ya á los profetas á principios del siglo octavo. Los videntes anuncian no ya acontecimientos determinados, sino las consecuencias que ten-

drá la conducta pecaminosa del pueblo: anuncian que es inminente un severo castigo para aplacar la cólera de Jehová. Incansables predican los profetas al pueblo, á fin de que se arrepienta y adore sólo al verdadero Dios. A mediados del siglo octavo, cuando el poder de Israél llegaba á su ocaso, la intuicion y el juicio de los profetas elevóse más y más; y al perder los israelitas su existencia política, llegaron los profetas al monoteismo puro.

Obligados á salir de la contemplacion interior para declarar la voluntad de Jehová, llenos de entusiasmo religioso, dieron los profetas á sus vaticinios una expresion tan viva y animada, que los buenos comienzos de la poesía lírica, puestos de manifiesto en los epinicios, odas y threnos israelitas, parecen derivados del movimiento espiritual promovido por los videntes.

Un hombre del reino de Judá, llamado Amós, natural de Tecoa, no lejos de Jerusalem, predicaba en el primer decenio del reinado de Jeroboam de Israél por los años 790 y 770 a. C. Amós no se dice «ni profeta, ni hijo de profeta,» asegura por ende que no es discípulo de ningun profeta, ni lleva el pobre y burdo vestido que usaban los videntes: y añade que es boyero y cojedor de cabrahigos. «Jehová me tomó detrás el ganado, y díjome: vé y profetiza á mi pueblo de Israél (15).» De su profecía, que escribió más tarde, se deduce haber tenido á la vista los sagrados libros, tales como salieron de la recension de los profetas, habiendo tenido noticia de la profecía de Joél (16). Presentóse Amós en Betel, principal santuario de Israél, donde adoraban el becerro de oro, y anunció que Dios habia condenado semejante culto, estigmatizando con mucha energía la corrupcion moral del país. En vano habia dicho Jehová por boca de sus profetas que la ley no se observaba, que el derecho era vulnerado, y los pobres estaban oprimidos. A los pecadores los amenazó, si no se arrepentian y mejoraban de conducta, con un próximo castigo. Los altares de Isaac serian luego destruidos; los santuarios de Israél echados por tierra, y la casa de Jeroboam pasada al filo de la espada. Semejantes palabras no sonaron bien á los oidos de los sacerdotes de Israél. Amacías, primer sacerdote de Betel, dijo al profeta Amós:

«Vidente, vé, huye á tierra de Judá, y come allí tu pan y di allí tus vaticinios. No profetices más en Betel, que es santuario y casa del rey.» Y Amós respondió: «Tú dices: no profetices contra Israél, ni vaticines contra la casa de Isaac. Por tanto, dice Jehová: tu mujer será deshonrada en la ciudad, y tus hijos é hijas morirán á hierro, y tu país será repartido en suertes, y tú morirás en tierra impura, é Israél emigrará forzosamente de su país.» Entónces Amacías el sacerdote dijo al rey Joroboam: «Amós conspira contra la casa de Israél: el país no puede sufrir sus vaticinios; porque ha dicho: Jeroboam morirá al filo de la espada, é Israél irá al cautiverio (17).»

Las profecías de Amós no van sólo dirigidas contra los israelitas. A los Damascenos y Ammonitas anuncia represalias por sus devastaciones en tierra de Galaad: á los filisteos porque vendieron los cautivos de Judá: á la ciudad de Tiro porque imitó á los Filisteos; á los Idumeos porque persiguieron encarnizadamente á sus hermanos (los judíos). Ni perdona al reino de Judá, que tampoco observa la ley de Jehová. Pero el castigo de Jehová sólo alcanza á los culpables; y aunque el dia terrible está cerca, Jehová levantará á Israél y lo restituirá á Sion.

«¿No os saqué yo de Egipto (dice Jehová por boca de Amós) y os traje por el desierto cuarenta años para que poseyéseis la tierra del Amorreo? ¿No destruí ante vosotros á los Amorreos, altos como cedros y fuertes como alcornoques? ¿No levanté de vuestros hijos profetas, y de vuestros mancebos, nazareos? (18). ¡Oíd esto los que oprimís á los menesterosos y arruinais á los pobres (19), y sobre las ropas empeñadas os acostais junto á cualquier altar y el vino de los penados bebeis en la casa de nuestros dioses, y á los pobres en la puerta haceis perder su causa (20), y vendeis por dinero al indigente, y al menesteroso por un par de zapatos (21), y entrais padre é hijo á una moza diciendo: cuando pasare el mes venderemos el trigo, y pasado la semana abriremos los alfolíes del trigo y achicaremos la medida y aumentaremos el precio y falsificaremos con engaño el peso! ¿Correrán los caballos por las peñas, y se arará en ellas con vacas? ¿Por qué habeis tornado vosotros el juicio en veneno y el fru-

to de justicia en ajenjo? (22). ¿Por qué vejais al pobre y le oprimís con impuestos y plantásteis hermosas viñas y edificásteis casas de sillería (23)? ¡Ay! de los reportados en Sion y de los descuidados en el monte de Samaria, que aplazan el dia de la ruina y acercan la silla de iniquidad y duermen en camas de marfil, y se tienden sobre un lecho y comen los corderos del rebaño y los becerros engordados y tocan mal el harpa é inventan instrumentos de cuerda como David (24); que beben vino en copas y se unjen con los ungüentos más preciados, y no se afligen por la ruina de José. Por tanto pasarán al cautiverio é irán á la cabeza de los desterrados (25). ¡Id á Betel y prevaricad; en Guilgal aumentad la rebelion, y traed de mañana vuestros sacrificios y vuestros diezmos cada tres años, y ofreced sacrificio de alabanza y pregonad voluntarias ofrendas! (26). No me busqueis en Betel, no vayais á Guilgal ni á Beersebá; que aborrezco vuestras solemnidades, que no me agradan vuestros sacrificios ni hago caso de los pacíficos de vuestras víctimas engordadas. Quitad de mí el rumor de vuestros cantares, y que no oiga yo el sonido de vuestras harpas (27). Corre el juicio como las aguas, y la justicia como impetuoso arroyo. Buscad lo bueno y no lo malo, para que vivais, y poned juicio en la puerta: quizá Jehová se apiadará del remanente de José. Aborreced el mal y amad el bien, y Jehová, Dios de los ejércitos, será con vosotros (28). Pero ellos no saben hacer lo recto y atesoran rapiñas en sus palacios. Venido ha el fin sobre mi pueblo: no le pasaré más. Y tornaré vuestras fiestas en lloro y todos vuestros cantares en endechas, y haré poner saco sobre vuestros lomos. El enemigo rodeará el país y acabará con el poder de Israél y serán saqueados sus palacios (29). Pasad á Calne y mirad: y de allí á la populosa Hamat: descended luego á Gat y ved si aquellos reinos son mejores que estos, si su término es mayor que vuestro término. Levantaré yo sobre vosotros gente que os oprimirá desde Hamat hasta el arroyo del desierto (30). Que el dia que visitare yo las rebeliones de Israél, visitaré tambien los altares de Betel y serán cortados los cuernos del altar y caerán á tierra, y heriré la casa del invierno con la

casa del verano, y arruinaré hasta los cimientos las casas de marfil (31). Y la huida perecerá del ligero, y el que tome el arco no resistirá, y el esforzado entre esforzados huirá desnudo aquel dia (32). A cuchillo morirán todos los pecadores de mi pueblo que dicen: No nos alcanzará el mal (33); mas no destruiré del todo la casa de Jacob, la cual haré que sea zarandeada como se zarandea el grano en un harnero y no cae una chinita en tierra. Vendrán dias en que el que ara alcanzará al segador, y el que pisa las uvas al que lleva la simiente, y los montes destilarán mosto y tornaré del cautiverio á mi pueblo Israél y edificarán ellos las ciudades asoladas y las habitarán y los plantaré sobre su tierra que yo les dí y nunca más serán arrancados de ella.»

Amós no se equivocó al señalar las muchas faltas morales de la organizacion de Israél, que instituida por Jeroboam, no sobrevivió á su fundador. Su hijo Zacarías que le sucedió en el trono por los años de 749 a. C., reinó sólo medio año, porque fué asesinado por un hombre llamado Sallum, que se habia puesto á la cabeza de una conspiracion. En Zacarías se extinguió la casa de Jehú. Aunque Sallum ocupó el trono, no pudo sostenerse en él. Manasés, hijo de Gadi, se alzó en armas en Tirza contra el usurpador, vino á Samaria, dió muerte á Sallum, y se declaró rey de Israél (748 a. C.) (34). El nuevo rey encontró alguna oposicion en el país, y trató de sostenerse en el trono acudiendo primero á Egipto y luego á los asirios, segun parece. En esta época de luchas intestinas, de revolucion y ninguna seguridad, tomó la palabra Oseas, hijo de Beeri, el cual habia dado principio á sus vaticinios en el reinado de Zacarias y los continuó en los años siguientes. «De aquí a poco (dice el oráculo de Jehová por boca del profeta) yo visitaré las sangres de Jezraél sobre la casa de Jehú.» Luégo dice: «Ellos eligieron reyes sin mi noticia: constituyeron príncipes, mas yo no lo supe. Te dí rey en mi furor y quitélo en mi ira. Cayeron todos tus reyes; no hay entre ellos quien á mí clame. Israél es torta no vuelta (35).» El profeta desea la abolicion del culto de Baal y el de las imágenes; que cesen los robos y asesinatos, y se arrepienta Israél; por-

que no hay más salvador que Jehová (36). Sacerdotes, oid esto: atiende, casa de Israél: y tú, casa del rey, escucha: que habla Oseas (37). Cuando Israél era jóven, yo le amé (dice Jehová) y de Egipto llamé á mi hijo. En el desierto, en la tierra de la sequía, yo le cuidé (38). Guiaba yo á Efraim, toméle de su brazo, con cuerdas humanas le traje, con cuerdas de amor, alzé el yugo de sobre sus espaldas y allegué á él la comida (39). Era Israél una viña frondosa; pero á medida que daba fruto, multiplicaba los altares; miéntras más fecunda era su tierra, más hermosas columnas erigia (40). De su plata se han hecho, segun su entendimiento, estátuas de fundicion é ídolos, obra de artífices, y dicen: el que sacrifique, bese los becerros (41). Sobre la cumbre de los montes sacrifican y ofrecen incienso sobre los collados, bajo de las encinas, álamos y olmos cuya sombra es buena (42). Iré trás mis amantes (dice Israél, la esposa infiel) que me dan mi pan y mi agua, mi lana y mi lino, mi aceite y mi bebida; y ella no conoce que Jehová le multiplicaba el trigo y el mosto y el aceite y la plata (43). No hay fé, ni amor, ni conciencia de Dios en el país. Habeis arado maldad, segásteis injusticia, y habeis comido fruto de mentira (44). Perjurios y mentiras, robos y asesinatos, adulterios y violencias prevalecieron. En el camino de Siquem asesinaron á los sacerdotes, cometieron en Guilgal todo linaje de desafueros, y sangres se tocaron con sangres (45). En los sacrificios sacrificaron carne y comieron (46). No quiero sacrificios, sino piedad, y el conocimiento de Dios, más que los holocaustos (47). Por tanto yo tomaré mi trigo á su tiempo, y quitaré á la esposa Israél mi lana y mi lino, y haré cesar su gozo, sus fiestas, sus novilunios, sus dias de reposo, y castigaré en ella los dias de Baal á quien incensaba; y adornábase de sus zarcillos y joyeles, é íbase trás sus amantes, y en todas las eras del trigo tomaba estipendio de amor sin acordarse de mí (48).»

«Olvidó Israél á su Hacedor, y edificó palacios, y Judá multiplicó sus ciudades fuertes (49),» dice el profeta aludiendo á las fortificaciones mandadas construir por el rey Ozías. «Tú confias en la multitud de tus guerreros; mas

al amanecer perece el rey de Israél. Efraim es incauta paloma; á Egipto acude, llama á los Asirios en busca de amorcillos: Israél pide auxilio al rey de Assur. Efraim se apacienta del viento y sigue el Este, porque hace alianza con Asiria y aceite lleva á Egipto (50). El rey cuyo auxilio buscais, no os sanará. El viento del E. sopla, un viento de Jehová se levanta del desierto que asolará todo lo más preciado y destruirá la ciudad de Samaria. El becerro de Bet-haven (esto es, casa de pecado; así altera el profeta el nombre de Betel, que vale tanto como casa de Dios) será llevado á guisa de presente al rey de Asiria, cuyo auxilio buscásteis. Puesto que no quereis arrepentiros, Assur será vuestro rey. Viene el dia del castigo, y lo que sucede al pueblo, eso pasará á los sacerdotes. El orgullo de Israél será humillado, y por causa de él caerá Judá. No permanecerá en la tierra de Jehová; Efraim volverá á Egipto y comerá cosas inmundas en Asiria. Caminará por enmedio de ruinas: Egipto lo enterrará y Menfis lo sepultará (51). Los altares de Bet-haven serán destruidos, sobre ellos crecerán espinos y cardos, y dirán á los montes: cubridnos; y á los collados: caed sobre nosotros (52).»

¿«Cómo tengo de dejarte (dice Jehová), ¡oh! Efraim? ¿Hé de entregarte yo, Israél? Pero mi corozon se revuelve dentro de mí, inflámase toda mi conmiseracion y no ejecutaré el furor de mi ira; porque Dios soy y no hombre: el Santo no entrará airado en la ciudad (53). Yo lo castigaré hasta que se arrepienta, y en su angustia se volverá á mí. La llevaré al desierto y hablaré á su corazon para que cante Israél como en los dias de su juventud y como en el dia de su salida de Egipto, y quitaré de su boca el nombre de Baal (55). Conviértete, Israél, á Jehová tu Dios, y dile: quita toda iniquidad y acepta el sacrificio de nuestros lábios. No nos librará Asiria; no subiremos sobre caballos, ni nunca más diremos dioses á la obra de nuestras manos (56). Luégo dice Jehová. Yo oigo á Efraim y la miro propicio. Yo medicinaré su rebelion y la amaré de voluntad; porque mi furor ha cedido y en sus casas la dejaré vivir. Yo seré á Israél como rocío: él florecerá como lirio y extenderá sus raíces como el Líbano.

Y te desposaré conmigo para siempre. Desposarte he conmigo en justicia y juicio y misericordia (57).

Cerca andaban los Asirios. En el año 743. a. C. dirigió Tiglat Pilesar II sus armas contra Arpad (á tres millas al N. de Alepo) (58), ciudad antes expugnada por su antecesor Assurdanil. Tiglat-Pilesar recibió en Arpad el tributo de diez príncipes, entre los cuales se encuentran demás del rey Arpad, el rey de Tiro, Kustaspi, rey de Kumukh (Commagena) y Pisiris, rey de Karjemis (59). Luego que se retiró Tiglat-Pilesar, aizóse de nuevo Arpad, y por cierto que no estaba sola. Los príncipes siros, y entre ellos Uzía (Azarías) rey de Judá, apoyaban la insurreccion. Las inscripciones de Tiglat Pilesar dicen que «diez y nueve provincias de Hamat con las ciudades de su circunscripcion, situadas en el mar del O., se rebelaron al mando de Azarías de Judá (60).» Podemos deducir de esto que el rey Uzía de Judá estuvo á la cabeza de las ciudades confederadas contra Asiria, en tanto que Manasés de Israél se puso de parte de los Asirios. Tiglat Pilesar estuvo sitiando durante tres años la ciudad de Arpad antes de tomarla (742-740 a. C.) (61).

Frustróse la tentativa de Uzía y del rey de Hamat, ó de una parte de este territorio para apoyar el movimiento de Arpad (62). Al año siguiente movió Tiglat-Pilesar sus armas contra Hamat y el país del Líbano: cuenta el rey asirio que «conquistó 19 provincias, á las cuales impuso sus empleados y su gobernador.» Los moradores que hizo cautivos, trasladólos á Uluba, cuya situacion se ignora. En Hamat recibió Tiglat Pilesar en el año 739 (738) antes de Cristo el tributo de diez y ocho príncipes, á saber: de Kustaspi de Kumukh, de Rezin de Damasco, de Manasés (Minijimmi) de Samaria, de Hiram de Tiro; de Sibbittibihli de Byblos, de Pisiris de Karjemis, de Iniel de Hamat, de Bassarmi de Tubal y de Zalibieh, reina de Aribi (Arabia). En esta lista no figura Judá, por más que con las ciudades del S. de Siria, hizo la guerra á los Asirios De Manasés cuentan, sin embargo, los Libros de los Reyes, que él dió al rey de Asiria 1.000 talentos de plata. esto es, dos millones y medio de thalers, «á fin de seguir siendo rey.» Para juntar esta suma, impuso Manasés á

los pudientes de Israél una contribucion de 50 siclos de plata, esto es, una mina (41 thalers y dos tercios). De donde se deduce que habia entónces en Israél 60.000 familias en disposicion de pagar una suma semejante (63).

Manasés pudo legar á su hijo Pecaia el trono que ganara por la fuerza, y en el cual logró mantenerse, sometiéndose á Tiglat-Pilesar (738 a.C.). Pecaia, en el segundo año de su reinado, murió en el palacio de Samaria á manos de Pecah, hijo de Remalía, uno de sus generales. Pecah subió al trono (736 a. C.), y se alió con Rezin, rey de Damasco, para hacer la guerra á Judá. Murió Uzía en el año 740, y su hijo Jotán le sobrevivió pocos años, no pudiendo su sobrino Acaz (734-728 a. C.) resistir la invasion de los Damascenos y de los israelitas. Rezin llegó hasta el Mar Rojo, echó á los judíos de Elat, y en ella se estableció. Levantáronse los Idumeos vencidos lo mismo que los filisteos por el rey Uzía. Los israelitas devastaron el territorio de Judá, llevándose á Samaria abundantes despojos é innumerables prisioneros. El ejército enemigo avanzó hasta Jerusalem, y Acaz para alejar el peligro «ofreció á su hijo en holocausto.» Finalmente, no encontró otro medio de salvarse, que impetrar el auxilio de Tiglat-Pilesar.

En los últimos años de Uzía, y durante el reinado de Jotán, tomó la palabra en Jerusalem el profeta Isaías, hijo de Amóz. Siguiendo el ejemplo de Amós y Oseas, criticó Isaías el lujo y los vicios de la gente rica, la injusticia de los ancianos, la corruptibilidad de los jueces y la impiedad del país. Denunció Isaías la falsa seguridad en que vivian por estar en posesion de muchos caballos y carros, y vaticinó aún con más energía que su antecesor el próximo castigo del pueblo escogido. Como al lado de Jehová habia otros dioses, anunció Isaías que los pueblos idólatras serian castigados al mismo tiempo que Israél y Judá. Ningun poder de la tierra seria bastante para impedir que Jehová castigase los crímenes de su pueblo. Pero Isaías muestra con los más vivos colores en pós del castigo, que aterrará á todos los pueblos, y los llevará á Jehová, el restablecimiento de Israél y de Judá, y el de

un mundo nuevo. Tal era el decreto de Jehová «desde los más remotos dias.»

«Lleno está el país (dice Isaías) de caballos, y no tienen número sus carros (64);» (el rey Uzía, como hemos visto, acumuló provisiones de guerra y reorganizó el ejército); pero tambien está lleno el país de ídolos, y ante la obra de sus manos se arrodillan. Cada cual hace violencia á su vecino: el mozo se levanta contra el viejo, y el villano contra el noble. Tus príncipes, ¡oh Jerusalem!, son prevaricadores y compañeros de ladrones; todos aman las dádivas, y van tras de las recompensas: no oyen en juicio al huérfano, ni llega á ellos la causa de la viuda. ¡Ay de los que establecen leyes injustas y determinando prescriben tiranía por apartar del juicio á los pobres, y por quitar el derecho á los afligidos! (16)! ¡Ay de los que por cohecho dan por justo al imperio, y al justo quitan su justicia (66)! ¡Ay de los que juntan casa con casa y allegan heredad á heredad, hasta ser ellos los únicos poseedores de la tierra (67)! ¿Qué pensais vosotros los que majais mi pueblo y moleis las caras de los pobres (68)? ¡Ay de los que se levantan de mañana para seguir la embriaguez y se están hasta la noche, hasta que el vino los enciende, y en sus banquetes hay harpas, vihuelas, tamboriles, flautas y vino (69)! ¡Ay de los que son valientes para beber vino y hombres fuertes para mezclar bebida! ¡Ay de los que á lo malo dicen bueno y á lo bueno malo, y hacen de la luz tinieblas y de las tinieblas luz, y ponen lo amargo por dulce y lo dulce por amargo, y son sábios en sus ojos, y prudentes delante de sí mismos! ¡Ay de los que se atraen el castigo como con cuerdas de vanidad y el premio del pecado como con coyundas de carreta (77)!

Mostró Isaías á los judíos que los sacrificios debian consistir en la pureza del corazon, en la rectitud de conducta y en las buenas obras. «¿Qué me importa (dice Jehová, hablando por boca de Isaías) la multitud de vuestros sacrificios? Harto estoy de holocaustos de carneros y de sebo de animales cebados: no quiero sangre de bueyes, ni de ovejas, ni de machos cabríos. ¿Quién os pidió que viniéseis á hollar mis átrios? Vuestras lunas nuevas y vuestras solemnidades tiene aborrecidas mi alma: me son gravosas, can-

sado estoy de llevarlas. No me traigais más vano presente: el perfume me es abominacion. Cuando extendiéreis vuestras manos, yo esconderé de vosotros mis ojos; y cuando multiplicáreis la oracion, yo no oiré (71). Os acercais á mí con vuestra boca y con vuestros lábios me honrais; mas vuestro corazon está léjos de mí, y vuestro temor para conmigo fué enseñado por mandamiento de hombres (72). Rechazad á los presuntuosos, aprended lo bueno, amparad á la viuda! ¡Laváos, quitad la iniquidad de vuestras obras de ante mis ojos! Dejad de hacer lo malo (73)!» «¿Qué más se habia de hacer á mi viña, que yo no haya hecho en ella? ¿Cómo esperando yo que diese uvas, ha dado sólo agraces? Os podé la viña: el despojo del pobre está en vuestras casas. Ahora quitaréla su vallado, aportillaré su cerca y será hollada (74). Con los ancianos y príncipes iré á juicio, y excitaré la admiracion de este pueblo; porque perecerá la sabiduría de sus sábios, y se desvanecerá la prudencia de los prudentes (75)». Despues de pintar Isaías con los colores más vivos el espanto del dia del Juicio, los terremotos, el terror y la muerte de los pecadores, pregunta dirigiéndose al pueblo: «¿quién de nosotros querrá vivir en el fuego devorador y habitará en las llamas eternas?» A lo cual responde: «El que camina en justicia y habla lo recto y aborrece la ganancia de violencias, y sacude sus manos por no recibir cohecho, y tapa su oreja por no oir sangres, y cierra sus ojos por no ver cosa mala, y tiene por Norte la justicia, y lo pesa todo en la balanza de la equidad, este tal habitará en las alturas; fortalezas de roca serán su refugio, y sus aguas nunca se agotarán. Si vuestros pecados son rojos como escarlata, tornaránse blancos como la nieve, en cuanto os escuche Jehová (76).»

Opúsose Isaías de la manera más decidida á que los israelitas buscasen el auxilio del rey de Assur. «La maldad (dice el profeta) se encendió como fuego: el hombre no tendrá piedad de su hermano. Cada cual hurtará á la mano derecha y tendrá hambre; y comerá á la izquierda y no se hartará. Manasés comerá á Efraim, y Efraim á Manasés, y entrambos á Judá.» «No temas (dice el profeta al rey Acaz) ni se enternezca tu corazon á causa de

estos dos cabos de tizon que humean, es á saber: por el furor de la ira de Rezin y del hijo de Remalía; que ellos no invadirán el suelo de Jerusalem, y la tierra que tu aborreces será dejada de sus dos reyes (78). Raerá el Señor con navaja alquilada á los de allende el rio (Eufrates) cabeza y pelos de los piés, y aun la barba tambien quitará.» Acaz no se detuvo, y envió embajadores á Tiglat Pilesar diciéndole que se reconocia «siervo del rey Assur,» y que le defendiese de manos del rey de Siria y del rey de Israél (80). Pero Isaías dijo: «Por cuanto Israél holgóse con Rezin y con el hijo de Remalía, el Señor hace subir contra ellos aguas de rios impetuosas. El rio saldrá de madre y se desbordará. El rey de Assur se llevará el reino de Damasco y los despojos de Samaria. Pero el rio, pasando por Judá, inundará y sobrepujará y llegará hasla garganta (81).»

Cuentan los Libros de los Reyes que Acaz tomó el oro y plata que encontró en la casa de Jehová y en el palacio del rey, y envió al de Asiria un presente que fué aceptado. «Subió contra Damasco y tomóla y desterró á los moradores á Cir, y mató á Rezin. Y á Israél vino Tiglat Pilesar y tomó á Ajon, Abel-Bet-Maaja y Janoa y Cedes y Asor y Galaad y toda la tierra de Neftalí y sus moradores trasportólos á Asiria. Y Osee, hijo de Ela, conjuróse contra Pecah, é hirióIo y matólo y reinó en su lugar y fué Acaz á Damasco al encuentro de Tiglat Pilesar (82).»

Las inscripciones de Tiglat-Pilesar narran estos sucesos de un modo diferente. Dice el cánon que el rey salio de Jalah contra los filisteos el año 734. De los anales (casi destruidos en este punto) se deduce que Tiglat Pilesar se apoderó primeramente de Zemar (Simyra, entre Damasco y Hamat), luego de Arka, dirigiéndose despues contra los filisteos (que unidos con Israél y Damasco atacaban á Judá). El príncipe de Gaza huyó á Egipto. «Conduje á Siria (dice más adelante Tiglat Pilesar) á los principales moradores del país de Bet-Omri (Israél) con sus tesoros. Dieron muerte á su rey Pecaja (Pecah) y puse yo en su lugar á Auxi (Oseas). De ellos recibí como tributo diez talentos de oro, mil de plata.» Luego quitó Tiglat Pilesar á Samsieh, reina de los árabes, 30.000 camellos y 20.000

bueyes, y se dirigió contra Damasco despues de someter las ciudades de los filisteos y la tierra de Israél, el Sur de Canaam y la Arabia. La capital sufrió el cerco por espacio de dos años. Cuando al fin tuvo que abrir las puertas, Tiglat-Pilesar mandó ejecutar al rey Rezin. Tiglat-Pilesar afirma que condujo al cautiverio con sus riquezas á 8.000 de sus moradores, y convirtió en un monton de escombros 518 lugares correspondientes á diez y seis distritos de Damasco (83).

Así sucumbió la ciudad que tan enérgicamente se resistió á los Asirios, cuyo intento les costó cien años de esfuerzos. De la lista de las contribuciones recibidas por Tiglat-Pilesar en el año 732 despues de la toma de Damasco, se deduce que le obedecian los filisteos y todo el Sur de Canaam. Cuando por vez primera apareció en el Norte de Siria por los años de 743, habia recibido ya en Arpad el tributo de diez príncipes. Despues de la conquista de Arpad y de haber castigado al país de Hamat en el año 739, pagaron tributo diez y ocho príncipes, y luego rindieron pleito homenaje al gran rey, veinticinco soberanos. Entre los vasallos que pagaban tributo figuran Mutumbaal, rey de Arvad, Sanib, rey de Ammon, Salman, rey de Moab, Asi-tinti, rey de Ascalon, Acaz (Yahujazi, Yoajas), rey de Judá, Kosmalak, rey de Edom, Hanno, rey de Gaza (84).

En Damasco, ya en poder de los Asirios, reconoció la soberanía de Tiglat-Pilesar, y le pagó tributo el rey Acaz en union de otros príncipes, aunque los Libros de los Reyes digan que el rey de Judá hizo frente en Damasco al de Asiria. En dicha ciudad de Damasco vió Acaz cómo el rey de Asiria ofrecia sacrificios á sus dioses. Vuelto á su pátria el rey de Judá, mandó al Sumo Sacerdote Urías que hiciese sacrificios en el templo de Jerusalem á la usanza de los Asirios, y que por respetos al rey de Asiria «alterase luego la distribucion del santuario. (85) Con la más profunda indignacion vió Isaías la conducta de Acaz.» ¡Vuestra tierra está destruida, vuestras ciudades puestas á fuego, vuestros campos delante de vosotros comidos de extranjeros. Quedóse la hija de Sion como choza en viña y como cabaña en melonar. Si Jehová no nos hubiera de-

jado cortísimos resíduos, como Sodoma fuéramos, y semejantes á Gomorra. Desde la planta del pié hasta la cabeza no hay en nosotros cosa sana; sino heridas, hinchazon y podridas llagas, que no están curadas, ni vendadas, ni suavizadas con aceite. ¿Dónde os heriré aún, cómo se aumentan vuestras rebeliones (86)? Pero ellos se han henchido del Oriente, y ejercen la mágia como los filisteos, y pelean con hijos extraños (87). El buey conoce á su dueño y el asno el pesebre; pero Israél no conoce á su Señor (68)!»

II.

FIN DEL REINO DE ISRAÉL.

Murió en el año 727 a. C. el rey Tiglat Pilesar II, el cual habia movido sus armas contra Arajosia y el desierto de Arabia, sojuzgó á Babilonios y Medas, y mandó despóticamente desde las montañas de Iran hasta la costa de Siria y la frontera de Egipto; desde la cordillera de Armenia hasta la embocadura del Eufrates y la orilla del golfo Pérsico. Sucedióle Salmanasar, cuarto de este nombre. La muerte del insigne régio guerrero pareció al rey de Israél, su vasallo Oseas, una ocasion propicia para sacudir el yugo de Asiria. La misma idea tenian, al parecer, los fenicios y los filisteos. Agréguese á esto la circunstancia de que la destruccion de Arpad, Damasco y Hamat, antemurales de Siria del lado del E., la extension del reino Asirio por Judá, las ciudades de los filisteos y todo el S. de Canaam, la total sumision de Siria, realizada por Tiglat Pilesar, hizo al reino de este último vecino del Egipto, para el cual era un peligro manifiesto el tener inmediata á sus fronteras una potencia militar y de gran fuerza. Habia, pues, que decidirse á prevenir el esperado ataque de los Asirios, ó lo que era mejor aún, contrarestarlo por otro, que se apoyara en los elementos de resistencia que aún tenia Siria. La situacion interior de Egipto se habia modificado esencialmente. La amistad de los sucesores del Faraon Sisac terminó en la invasion de los etíopes de Meroe (730 a. C.), cuyo rey mandaba tambien

en Egipto, esto es, sobre las fuerzas unidas de Dongola, Nubia y Egipto. Este aspecto de las cosas hizo entrever á Oseas, rey de Israél, la posibilidad de sustraerse de la dominacion de una gran potencia con el auxilio de otra. Los Libros de los Reyes dicen: «Salmanasar, rey de Asíria, descubrió que conspiraba Oseas, pues habia enviado embajadores á Seveh, rey de Egipto, y no pagaba como antes, tributo anual al rey de Asiria (1).»

Isaías previó claramente qué consecuencias tendria para Jerusalem una empresa calificada por él de vértigo y, en su juicio, capaz de hacer más terrible el castigo de Jehová. «¡Ay de la corona de soberbia de los ébrios de Efraim y de la flor caduca que está sobre la cabeza del valle fértil de los aturdidos del vino! Las bebidas fuertes hicieron vacilar á los sacerdotes y profetas, y el vino les trastornó la cabeza. En extraña lengua hablará Jehová á este pueblo, al cual dijo: ¡Dá reposo al cansado; este es el camino de la salud! Pero no quisieron oir. ¿A quién se enseñará ciencia, ó á quién se hará entender doctrina? ¿A los quitados de la leche? ¿A los arrancados de los pechos? ¡Hé aquí que viene un fuerte y poderoso Señor, el cual será como turbion de granizo y como torbellino trastornador, semejante al ímpetu de récias aguas que inundan y con fuerza lo echan todo por tierra! Con los piés hollará la corona de soberbia de los béodos de Efraim. Y será la flor caduca que está sobre la cabeza del valle fértil, como la fruta temprana, la cual, en viéndola uno, se la coge conforme la tiene á la mano (2).»

A los filisteos y á los fenicios tambien auguró males Isaías: «No te alegres (les dice) Filistea toda por haberse quebrado la vara del que te heria (Tiglat Pilesar); pues de la raiz de la culebra saldrá basilisco y su fruto cerastes volador: Humo vendrá de Aquilon (3).» A los fenicios les dice: ¡Aullad, naves de Tarsis; porque Tiro destruida es, hasta no quedar casa ni entrada! Callad, moradores de la costa, que el mercader de Sidon y los navegantes henchian. Su provision era de las sementeras que crecen con las muchas aguas del Nilo, de la mies del rio. Fué tambien feria de gentes. Avergüénzate, Sidon; porque la mar, la fortaleza de la mar habló y dijo: nunca es-

tuve de parto, ni parí ni crié mancebos, ni levanté vírgenes. Pasaos á Tarsis: aullad, moradores de la costa. ¿Es esta vuestra alegre ciudad de muchos dias antiguos? Sus piés la llevan á peregrinar léjos. ¿Quién decretó esto sobre Tiro la coronada, cuyos negociantes eran príncipes, cuyos mercaderes eran los nobles de la tierra? Jehová de los ejércitos lo decretó. Jehová mandó sobre Canaam que sus fortalezas fuesen derribadas, y dijo: «No te alegrarás más, ¡oh tú, oprimida vírgen, hija de Sidon! Levántate para pasar á Jitim (Chipriotas); y aun allí no tendrás reposo. En llegando la noticia á Egipto, se dolerán de las nuevas de Tiro (4).»

Los Libros de los Reyes dicen: «Salmanasar, rey de Asiria, movió sus armas contra Oseas y le hizo prisionero, declaró la guerra al país y puso cerco á Samaria, durante tres años. Y el rey de Asiria se apoderó de Samaria, llevó cautivos á los israelitas á la ciudad de Jalah (Cilicia?), al Tabor, al rio de Gozan y á las ciudades de los Medas. A las ciudades de Israél llevó gentes de Babel, Kuta, Hamat, Separvaim, las cuales se establecieron en las ciudades de Israél (5).» Dice Josefo que Salmanasar, rey de Asiria, irritado por las negociaciones secretas de Oseas con Egipto, marchó contra la ciudad de Samaria y la tomó por fuerza de armas al cabo de un cerco de tres años.» El rey de Asiria hizo la guerra á los Siros y á los Fenicios y á Tiro cuando reinaba Eluleos. Menandro que habla de los anales, y tradujo al griego los documentos de los Tirios, prueba lo mismo cuando dice: Eluleos reinó 36 años; como se separasen de él los Cicios, fué por mar á su tierra y los sometió. Envió contra ellos Salmanasar, rey de Asiria, gente de guerra y la declaró á todos los fenicios; y despues de hacer las paces, retiróse. Sidon, Akko, la antigua Tiro y otras muchas ciudades separáronse de los Tirios; pero como estos no depusieron su actitud hostil, dirigió el rey sus armas contra ellos, dándole los fenicios sesenta barcos y 800 remeros; mas los Tirios con doce barcos solamente dispersaron la armada enemiga y les hicieron 500 prisioneros. El rey de Asiria se volvió á su tierra despues de poner vijías en el rio y en los acueductos para cortar las aguas que iban á los pozos

de los Tirios, resistiendo estos la maniobra del Asirio con surtirse de aguas minerales. Tal es lo que dicen los anales de los Tirios acerca de Salmanasar, rey de Asiria (6).»

Por virtud de estas noticias podemos trazar el curso de los acontecimientos de la manera siguiente. Muerto Tiglat Pilesar, los fenicios, los filisteos y los irraelitas procuraron sacudir el yugo de los Asirios. Contaban para ello con el auxilio de Egipto y el de Seveh, rey de Meroe y Egipto, á quien llaman Sabhi las inscripciones asirias. Sabakon las listas de Maneton, Sabaka los monumentos egipcios. El rey de Asiria venció á los Siros antes que los socorriesen los egipcios. Atemorizado Oseas, procuró conciliar la voluntad del rey de Asiria rindiéndose á él voluntariamente. Salmanasar redujo á cautiverio al rey Oseas, dirigiendo inmediatamente sus armas contra las ciudades de la costa. Las de los filisteos, la antigua Tiro sobre el continente, se sometieron; y sólo la ciudad insular, Tiro, se mantuvo firme. Las ciudades sometidas dieron á Salmanasar barcos para la conquista de Chipre y el bloqueo de la ciudad insular, demás de los que vinieron del continente; pues la antigua Tiro dependia de los Asirios y los moradores de la ciudad insular tenian cortadas las aguas que surtian los pozos de la costa. Los sesenta barcos que mantenian el bloqueo debieron de contar con más de 800 remeros; y como cada barco llevaba cincuenta, el total de la tripulacion llegó á 3.000 remeros. Es tambien sorprendente que los Tirios se atreviesen á luchar no teniendo más que doce barcos. El bloqueo no pudo ser muy estrecho, y cada combate apenas fué una escaramuza para los sitiados. Luego que se sometieron las ciudades de los fenicios y mostraron su obediencia, pagando tributo y dando barcos, todavía durante el bloqueo de Tiro fué Salmanasar en el año 724 á poner sitio á Samaria. Tiro pudo resistir por espacio de cinco años un sitio por mar, que distaba mucho de ser rigoroso, y en esto no se cumplió la profecía de Isaías; pero Samaria rindióse tras valerosísima resistencia al cabo de tres años (722 a. C.).

No han llegado á nosotros inscripciones de Salmana-

sar IV (algunas balanzas llevan únicamente su nombre;) sólo podemos afirmar por el cánon de los Asirios que reinó desde el año 727 hasta el 722; y aunque el cánon de Tolomeo pone á Eluleos como rey en lugar de Jinciros y Poros (Ukinzir y Tiglat Pilesar), ambos habian podido morir naturalmente por la misma época; pero es más verosímil que Salmanasar creyera conveniente cambiar el virey de Babilonia, y nombrase para dicho cargo á Eluleos (Illuhillu) en el año 726. Salmanasar dirigió abiertamente sus mayores esfuerzos contra Siria y no sin éxito, por más que se le resistiese la ciudad insular Tiro, y no viviera ya cuando la toma de Samaria.

Segun el cánon de los Asirios, subió Sargon (Sarrukin i. e. fuerte es el rey) al trono en el año 722. En sus inscripciones habla de los reyes de Asiria que le precedieron; mas él no se da como hijo de Salmanasar. «En los comienzos de mi reinado (dice Sargon) sitié y tomé con ayuda del dios Samas, que me dió la victoria contra mis enemigos, la ciudad de Samaria (Samirina). Sus moradores en número de 27.280 reduje á cautiverio, y aparté 50 carros que me tocaron de los despojos de guerra: sustituí á los desterrados con los habitantes de los países vencidos, y les impuse mis oficiales y el tributo de mi antecesor. Destruí la ciudad de Samaria y toda la casa de Omri (7).» Samaria se defendió cual ninguna otra ciudad de Siria; ni Arpad ni Damasco igualaron la energía de su resistencia. Dícennos los Libros de los Reyes, qué el rey de Asiria llevó á Israél, en lugar de los indígenas reducidos á cautiverio, gentes de Babel y Kutha, de Ava, Hamat y Separvaim. Las inscripciones de Sargon dicen que cuando este rey luchó en Babilonia despues del vencimiento de Israel, en el año 721 a. C., condujo al país de Jatti, esto es, á Siria habitantes de Babilonia y de Armenia, y algunos años despues á la ciudad de Samaria las tríbus árabes «de Tammud (Tamudenos), Tasid, Ibadid, Marsiman y Jayapa, los remotos Arbeos y restos de los vencidos de Bari (8).» Los sucesores de Sargon aumentaron el número de extranjeros establecidos en Israél llevando cada vez más gente al territorio de las diez tríbus. Las inscripciones del sucesor de Sargon muestran que éste se puso á

la cabeza del país llamado por los Asirios samaritano.
La mala suerte que tuvo para el reino de Israél su separacion de Asiria, no mató las esperanzas puestas por los Siros en los Egipcios, ni retrajo á los pueblos vecinos de renovar la tentativa de Israél. Por otra parte creian bastante distraidas las armas de Sargon haciendo al E. la guerra á Elam y Babilonia, y confiaban, por ende, más que antes en la proteccion de Egipto. Subleváronse, pues, Hamat, Damasco, Arpad y Gaza: «En el segundo año de mi reinado (dicen los anales de Sargon naturalmente muy deteriorados en este pasaje) apoderóse Ilubid, rey de Hamat, de la ciudad de Karkar, y alzó en armas contra mí las ciudades de Damasco, Zemar (Simyra) y Arpad. Los Asirios conquistaron la ciudad de Karkar, la misma que ciento treinta y cuatro años antes defendieron de las armas de Salmanasar II, Benhadad y Acab, reyes de Damasco é Israél respectivamente. Mandó Sargon desollar vivo al cautivo Ilubid (un relieve del palacio de Sargon representa el suplicio indicado) (9); ordenó, asímismo, el destierro de una parte de los moradores de Hamat, poniendo en su lugar gentes de Karalla y Allabria (en la vecindad de Armenia). Al decir de la inscripcion fueron conducidos á Siria unos 63.000 Asirios (10). Vencida Hamat, pudo Sargon volver sus armas contra Hanno, Gaza y Egipto, en auxilio del cual acudieron los Siros. «Hanno (Janon), rey de Gaza (dice la inscripcion), y Sabhi (Seveh), Sultan (Siltannu) de Egipto, me presentaron la batalla en las cercanías de Rafia (hoy Refah al Sur de Gaza á la mitad del camino entre Gaza y El Arix), é invocando al dios Assur, mi Señor, los vencí. Sabhi logró escapar, y por mi propia mano hice prisionero al rey de Gaza, Hanno (11). Devasté y dí al fuego sus ciudades, llevándome á tierra de Asiria 9.320 cautivos (12).»

Rechazados los egipcios, no por eso terminaron en la batalla de Rafia las luchas de Sargon con los Siros. Primeramente hizo la guerra á las tribus árabes, sojuzgando la de Tammud y los restos de los moradores de la tierra de Bari, «los cuales no conocian las letras ni los documentos escritos, y nunca pagaron tributo al rey de Assur.» Los triunfos del rey en Arabia debieron ser importantes

y ejercer una influencia terrorífica. Despues de esta expedicion, dicen los anales que Sargon recibió tributos de Pirhu (i. e. Faraon), rey de Egipto, de Samsieh, reina de los árabes (la cual habia ya pagado contribucion á Tiglat Pilesar); de Itamar, rey de los Sabeos, recibió oro, municiones, caballos y camellos, amen del tributo que le pagaron los reyes de la costa del mar y de los que vivian en medio del mar, esto es, de los príncipes de las ciudades de los fenicios y de Chipre. La ciudad insular Tiro se rindió igualmente: una inscripcion dice que Sargon atravesó el mar en barcos, y hubo de someter el país de Kui (que es para nosotros desconocido) y la ciudad de Tiro (13) Salmanasar IV al decir de Josefo, habia ya enviado una flota contra Chipre, la cual, siguiendo el ejemplo de las ciudades fenicias de la costa, rindió pleito-homenaje al rey Sargon (715 a C) (14).

Azuri, rey de Asdod, que no queria pagar tributo, inducido á separarse de los Asirios con otros príncipes de las inmediaciones, fué depuesto por Sargon, el cual dió el trono de Asdod al hermano de Azuri, Ajimit. «Los de Jatti (i. e. los Siros, en este pasaje los filisteos) que se vengaron de la defeccion (dice Sargon), deshonraron mi trono y alzaron por rey á Jaman que no tenia ningun derecho á la corona. El usurpador, cuando estuvo cerca mi ejército, huyó á un lugar de Egipto, situado en la frontera de Meroe. Puse sitio y tomé la ciudad de Asdod, cayendo en mi poder los dioses de Jaman, su mujer é hijos, los tesoros, riquezas y preciosidades de su palacio, y reduje á cautiverio á los moradores del país. Amedrentóse en sumo grado el rey de Meroe, cuyo padre hacia ya mucho tiempo que no enviaba embajadores á mi régio antecesor, el poderoso Merodaj, para pedirle la paz; mas cuando se vió cargado de cadenas, depuso su actitud hostil, y me envió embajadores á tierra de Assur (15). De aquí se desprende que las ciudades de los filisteos se dirigieron de nuevo al Egipto en demanda de auxilios; pero que el ejército egipcio no solo brilló por su ausencia, sino que Egipto hizo las paces con Asiria mediante la extradicion de Jaman. Esta afirmacion la comprueba una profecía de Isaías que dice: «En el año que vino Tartan

(i. e. el generalísimo asirio) á Asdod, enviado por Sargon, y sitió á Asdod y la tomó, en aquel tiempo dijo Jehová: «Vé y quita el saco de tus lomos, y descalza los zapatos de tus piés. «E hízolo así Isaías, andando desnudo y descalzo. Y dijo Jehová: «De la manera que anduvo mi siervo Isaías desnudo y descalzo tres años, señal y pronóstico sobre Egipto y sobre Etiopía (Aux), asi llevará el rey de Asiria á los cautivos de Egipto y á los desterrados de Etiopía, mozos y viejos, desnudos y descalzos y descubiertas las nalgas para vergüenza de Egipto. Y se avergonzarán luego de Etiopía, su esperanza, y de Egipto que era su gloria. Y dirá en el mismo dia el morador de esta costa: Mirad qué tal fué nuestra esperanza, dónde nos acogimos por socorro para librarnos de la presencia del rey de Asiria. ¿Y cómo escaparemos (16)?»

No por haberse ejecutado el castigo de Asdod, dejó luego de haber más rebeliones en Siria. Parece que los Asirios cobraban regularmente los tributos; siendo tan sólido el poder de aquellos príncipes, que las ciudades de Chipre (Jatnan entre los Asirios) enviaron su tributo á Babilonia en el año 709 a, C. al rey Sargon, el cual, en prueba de su soberanía sobre Chipre, mandó erigir una estátua suya de siete piés de elevacion en medio de la isla junto á Idalion: dicha estátua se halla ahora en el Museo de Berlin. Las inscripciones narran la extension de los dominios de Sargon, el rápido engrandecimiento de su imperio, los templos que mandó fabricar, los tributos que recibió en Babilonia de los siete príncipes de Jatnan (los anales de Sargon dicen que Jatnan distaba siete jornadas del mar por donde se pone el sol, que es la misma distancia de Tiro y Kition) (unas treinta millas), luego la ereccion de la estátua, y amenaza de muerte al que borrase del pedestal el nombre de Sargon ó escribiese algun otro: Nebo y los dioses que habitaban en medio del ancho mar perderian á él y á su familia (17).

Judá se vió libre de la tempestad que destruyó la tierra de Israel y tan pesada visita hizo en los países de Hamat, Gaza y Asdod. Sin duda alguna el rey Acaz pagó regularmente el tributo, gracias al cual en el año 732 a. de C. le salvó Tiglat Pilesar del ataque de los filisteos,

damascenos é israelitas. La misma obediencia mantuvo su hijo Ecequías que subió al trono de Judá en el año 728 a. de C. Vió sin moverse el largo sitio de Samaria, la caida de la capital de Israél, el destierro de las tribus. Una inscripcion de Sargon descubierta en Jalah, prueba que Judá era territorio sometido á los Asirios: en dicha inscripcion «el país de Judá (Jahuda) que está muy léjos» se encuentra entre los países conquistados por Sargon (18).

III.

ASIRIA DURANTE LOS REINADOS DE SARGON

Y SENAQUERIB.

Fué el rey Sargon uno de los soberanos asirios más poderosos y temibles. Al O. realizó la conquista de Siria, la de Chipre, siendo el primer rey asirio que midiera felizmente sus armas con las de Egipto y Meroe. No menor actividad desplegó al E. y al N., donde le dieron todavía mejores resultados sus expediciones militares. Merodaj-Baladan del S. de Caldea, que en el año 731 a. C. reconoció en Sapiya la soberanía de Tiglat Pilesar, penetró en Babilonia á la muerte de Salmanasar IV. Depuso á Eluleos, nombrado por Salmanasar, puso mano «y no ciertamente por la voluntad de los dioses» en el cetro de Babilonia, y reunió de nuevo en su mano el reino de Babel (721 a. C.) (1). Despues de la toma de Samaria, dirigióse Sargon á Babilonia, pasó la frontera, desterró á Siria á los moradores de los territorios babilonios, é hizo un acomodamiento con Merodaj-Baladan, por virtud del cual conservó éste bajo su dominio el N. y S. de Caldea (2). No conocemos las cláusulas de este arreglo; sabemos únicamente que Sargon declaró acto contínuo la guerra á Humbanigas, rey de Elam, y lo venció (3). Salió luego apresuradamente á la campaña de O., en la cual se apoderó de Hamat, derrotó al ejército egipcio y al de Sabakon en Rafia, é hizo prisionero al príncipe de Gaza. Al

año siguiente ocupaba Sargon sus armas en el N. E., en las cercanías de Armenia, y en el año 717 a C. tuvo que combatir la insurreccion de Pisiris, príncipe de Karjemis, ya de antes vencido por Tiglat Pilesar. Pisiris quedó prisionero con toda su familia, Karjemis destruida: el vencedor se llevó á Jalah once talentos de oro y 2.100 de plata (4). Aza, príncipe tributario de Van, fué asesinado, y en su lugar alzó Sargon á su hermano Ullusun; pero éste con Urza, príncipe de Urarti (Ararat), Bagadatti del monte Mildis y los príncipes de Karalla y Allabria, se sublevaron contra Asiria. Sargon venció á los de Van, hizo prisionero á Bagadatti, y le mandó desollar vivo en el mismo sitio en que habia asesinado á Aza. Sometióse Ullusun; pero tan luego como se retiraron los asirios, volvió á insurreccionarse de concierto con Urza de Ararat y las reyes de Karalla y Allabria. Sargon volvió de nuevo sus armas contra los aliados, venciólos é hizo prisionero al rey de Karalla, y le mandó tambien desollar vivo, desterrando al territorio de Hamat una parte de los moradores de Karalla y Allabria (716 a. C.). Despues de esto sometió Sargon el país de Kharkhar (tal vez el territorio de Keretha), que se habia sublevado, castigó á los moradores, y transformó su capital en una fortaleza, á la que dió el nombre de Kar-Sargon, esto es, ciudad de Sargon (5).

Luego que Salmanasar II, y tras él Bin-nirar III, sojuzgaron todo el alto Iran, el país de los Medas quedó al parecer completamente sometido desde la expedicion de Tiglat Pilesar II. Sargon dice que le pagaron tributo, primero 28, y luego 22 príncipes de los Medas. No hubiera podido Sargon establecer una parte de los desterrados israelitas en las ciudades de los Medas, como aseguran los Libros de los Reyes, si el país de los Medas no le obedeciera. Para someter de nuevo á los sublevados Medas, movió Sargon sus armas en el año 715 contra Bet-Dayauku, esto es, el país de Deyoces. Dayauku quedó prisionero. Para enfrenar á los Medas, convirtió Sargon cuatro ciudades Medas en fortalezas, á las que dió los nombres de Kar-Nabu, Kar-Sin, Kar-Bin y Kar-Istar, y se posesionó de 34 ciudades Medas. Del país de los Me-

das, dirigióse Sargon más hácia el S. O. contra los árabes. En el mismo año recibió tributo de Egipto, de la reina Samsieh, de Itamar, rey de los Sabeos (715 a. C.). Dos años despues, recibió Sargon tributo de 45 príncipes Medas, entre ellos, Satrapana, Apsabaras, Barzan (Barzanes), Arbaku (Arbaces); tributo que consistió en 4.609 caballos, en asnos y muchas ovejas (730 a. C.) (6).

Dice Sargon que extendió sus dominios desde el gran rio de Egipto hasta el lejano país de los Medas, que está en el nacimiento del sol; desde Cilicia, Tubal y el país de los Moscos, hasta Bet-Yakin (7). Tiglat Pilesar destronó, en el año 728 a. C., á Bassarmi, rey de Tubal, y dió la corona á Julli. Sargon dió á su hijo Ambris la soberanía de Tubal, lo casó con su hija, y le confió además el dominio de Cilicia. Ambris no correspondió á la confianza de Sargon, pues de concierto con Mita, rey de los Moscos, Urza, rey de Ararat (que se habia alzado en el año 716 contra Sargon), Urzana, rey de Musasir, sublevóse contra Asiria. Ambris fué derrotado y conducido á Asiria con sus principales corifeos, la ciudad de Musasir fué tomada por asalto (un relieve del palacio de Sargon muestra la toma de esta ciudad), Urza se dió la muerte, Mita se sometió, Cilicia obedeció (714 a. C.).

No vemos con claridad los motivos que determinaron la ruptura del pacto concluido entre Sargon y Merodaj-Baladan y la guerra consiguiente. Los anales de Sargon parecen decir que Merodaj-Baladan se negó á pagar tributo. En la compendiosa relacion de los hechos de Sargon (fastos) se dice que Merodaj-Baladan, aliado con Sutruk-Ranjundi, rey de Elam, y llamando en su auxilio á las tribus árabes de Pekod, Taman, Rua y Kindar, tuvieron sublevadas contra Asiria durante doce años á Sumir y Akkad. «En mi expedicion (dice la inscripcion de Sargon) dejé á Babilonia, corrí á Dur-Yakin, fortifiqué el campo situado delante de la ciudad por medio de un ancho foso, que llené de agua del Eufrates. Triunfaron mis guerreros, las tribus árabes huyeron. Merodaj-Baladan dejó en el campo su tienda, las insignias de su régia dignidad, y se refugió de noche en Dur-Yakin. Puse sitio y tomé á Dur-Yakin (8).» La ciudad quedó destruida y ano-

nadado el poder de Merodaj. Tambien obtuvo Sargon ventajas sobre los Elamitas (9). Ofreció luego sacrificios á los dioses en Babilonia, sentóse en el trono de Babel, tomó el título de rey de Babel, Sumir y Akkad, y recibió al mismo tiempo en Babilonia en el año 709 a. C. el tributo de un príncipe de una isla del golfo Pérsico y el de los siete reyes de Chipre con los de Mita, rey de los Moscos (10). El cánon de Tolomeo dice que Arkeanos subió en el año 709 al trono de Babilonia, y en él se mantuvo hasta el año en que murió Sargon. Arkeanos puede, segun esto, ser el mismo Sargon (Sarrukin). Quedan tambien tablas de barro con las fechas de los años del reinado de Sargon (11).

La no interrumpida série de sus campañas dejó á Sargon espacio para emprender y terminar grandes obras de pública utilidad. Restauró el casi arruinado palacio de Salmanasar en Jalah (12). No se satisfizo con las tres capitales Assur, Jalah y Nínive y sus alcázares. Miéntras residia en Jalah, mandó edificar á dos millas de Nínive, en el curso del moderno Khosr, que al través de la antigua Nínive desembocaba en el Tígris, una ciudad y un palacio al que dió el nombre de Dur-Sarrukin, esto es, fortaleza de Sargon. La nueva construccion (Khorsabad) formaba, como se ve por los restos del muro de circumvalacion, un cuadrilátero regular, cuyos lados medía cada uno 6.000 piés. Del lado del N. O. del muro de cintura estaba el palacio, rodeado de una muralla especial, fuera del cuadrilátero de la ciudad nueva, cuyos muros tenian 45 piés de espesor y eran de ladrillo sobre una base de piedra de sillería, estando revestidos de la misma materia el muro del palacio y los baluartes que flanqueaban las murallas del N. O. de la ciudad (13). Dos toros con cabeza humana guardaban la entrada principal del régio alcázar, cuyas salas estaban adornadas de relieves que describian las hazañas del rey, la ejecucion de Ilubid, rey de Hamat, el asalto de Musasir. Sobre el relieve á la izquierda de la entrada, arrancando del suelo, corre un ancho friso con una inscripcion, que da vuelta á la sala y aclara los hechos descritos en el relieve y termina en el lado opuesto á la entrada. En algunas salas este friso for-

ma una narracion seguida que expone los hechos del rey por los años de su reinado (anales). En otras salas es más breve la inscripcion, contentándose con exponer los hechos más notables del rey (fastos). Los dos toros que guardan la entrada del palacio están cubiertos tambien de inscripciones. En los cimientos del palacio se encontró una caja de piedra en la cual habia siete láminas de oro, plata, estaño, cobre, plomo, alabastro y mármol llenas de inscripciones como el cilindro arcilloso que tambien pareció entre las ruinas. En los ladrillos del palacio se lee: «Palacio de Sarrukin, desciendiente de Bel, Patis de Assur, del poderoso rey; rey de los pueblos, rey de Assur.» Sobre las placas de oro se lee igualmente: «Palacio de Sarrukin, lugar-teniente de Bel, Patis de Assur, del poderoro rey, rey de los pueblos, rey de Assur, que manda en Oriente y Occidente sobre los cuatro puntos cardinales y les puso gobernadores. Por mi voluntad fundé en las cercanías del monte una ciudad, á la que dí el nombre de fortaleza de Sarrukin. En medio de la ciudad fabriqué moradas dignas de los grandes dioses Salman, Sin, Samas, Bin y Adar. Assur, el alto señor, borre el nombre y la simiente del que destruya la obra de mis manos y robe mis tesoros (14).» La inscripcion del toro dice que estaba dedicada á Samas y Bin la puerta del E., á Anu y á Ystar la del O., la del Sur á Bel y Bilit, y la del N. á Salman y á la Señora de los dioses (15). En otras inscripciones vanagloríase Sargon de haber restaurado los templos en Babilonia, Borsippa, Sippara y Nipur, de haber vuelto los dioses á las ciudades de Ur (Murgheir) y Arku (Erej) en Babilonia donde moraban, y de haber construido en Borsippa un canal (16). Al fin de los anales habla Sargon de haber concluido el palacio de Dur-Sarrukin comenzado en el año 712 a. C. y de haberse instalado en él por los años de 706 a. C. con los generales, gobernadores, adivinos y cronistas (17).

Los últimos años del reinado de Sargon fueron como los primeros años de lucha y de borrasca. Tuvo que habérselas con el país de Elibí, del cual sólo podemos decir que debió ser vecino de los Elamitas y de los Medas (18). Cuenta Sargon que el país de Elibí por él sometido muy

luego, le permaneció fiel miéntras vivió el rey Daka. A su muerte se disputaron la corona dos hijos, á saber: Ipsabara que pidió auxilio á los Asirios, y Nibi, que acudió á los de Elam. Sargon envió sus tropas y quedó vencido Nibi, el cual se salvó en una fortaleza con 1.500 arqueros; mas tomado el fuerte, quedó Nibi prisionero de Sargon y el trono de Elibí por Ipsabara (707-706 a. C.) (19). Al año siguiente murió asesinado el rey Sargon (705 a. C.) (20).

Sucedióle su hijo Senaquerib (Sin-aji-irib). Dice Beroso, apoyado en el testimonio de Josefo, que Senaquerib sojuzgó toda el Asia y el Egipto (21). Al nuevo rey tocó llenar el penoso cargo de sostener los extensos dominios de su padre. Era de suponer que una vez muerto á mano airada el gran príncipe guerrero, tratarian los países vencidos de sacudir el yugo de Asiria. ¿Pudo Senaquerib, ante todo, sostener sus dominios de Babilonia? El cánon de Tolomeo habla de un interregno de dos años en Babilonia despues de la muerte de Sargon (704 y 703 a C.) Segun dice un fragmento de Alejandro Polyhistor, citado por Eusebio, reinó en Babilonia un hermano de Senaquerib, luego Haguises durante un mes, y despues Merodaj-Baladan por espacio de medio año. Cuentan los libros hebreos que Merodaj-Baladan, hijo de Baladan, rey de Babel, envió letras y presentes á Ecequías, rey de Judá, el cual mostró al enviado babilonio «sus tesoros, sus metales preciosos y la casa de armas (23).» Segun esto confiaria Senaquerib á principios de su reinado el gobierno de Babilonia á un hermano suyo, el cual no pudo resistir la usurpacion de Haguises, asesinado luego por Merodaj-Baladan. Este último, á quien llaman los hebreos hijo de Baladan, debió ser el segundo de este nombre, es decir, hijo de Merodaj-Baladan, rey de Bet-Yakin en la embocadura del Eufrates, que se sometió primero á Tiglat Pilesar en Sapiya y luego á la muerte de Salmanasar IV, llegó al trono de Babilonia, sucumbiendo en el año 709 al empuje de las armas de Sargon (24). Si Merodaj-Baladan envió cartas y presentes á Ecequías, y éste enseñó al mensajero babilonio los tesoros y la casa de armas de Judá, tendria por objeto la embajada anunciar al rey de

Judá que el trono de Babilonia estaba en manos de Merodaj-Baladan, y tenia pensado defenderlo de los Asirios, apoyándose en los príncipes de Siria, tambien alzados en armas contra Asiria y por ende resueltos á mirar por sí y por Babilonia, puesto que su insurreccion podria servirles de apoyo. Que este fué el objeto de la embajada de Merodaj-Baladan, se desprende del estado de las cosas y del monitorio que los Libros de los Reyes ponen en boca de Isaías al tener éste noticia de la embajada de Babel y de la conducta de Ecequías. Las inscripciones de Senaqueríb confirman esta apreciacion. Dice el rey: «Al principio de mi reinado (sucedió) que yo derroté á la vista de la ciudad de Cis á Merodaj-Baladan, rey de Kar-Dunias (Babilonia) juntamente con las tropas de Elam. En medio de la batalla huyó solo al país de Guzumman y salvóse atravesando pantanos y charcos. Lleno de gozo puse el pié en su palacio de Babilonia y abrí sus tesoros. Reduje á cautiverio á su esposa, á sus concubinas, á sus empleados, á sus tropas, al mayordomo del palacio. Por el poder de Assur, mi señor, me apoderé de 89 ciudades fuertes y burgos de Caldea y 820 villas en su territorio y me llevé sus prisioneros. Igual suerte experimentaron las tropas de Arameos y Caldeos que guarnecian las plazas de Erej, Nipur, Cis, Kutha y los moradores de las ciudades insurrectas. Puse por rey de Sumir y Akkad á Belibos (Bilid), hijo de un adivino de la ciudad de Suanna, conducido á mi palacio en union de otros muchos niños. De vuelta de la expedicion vencí á los habitantes de Tuhmun, Nijih, Jadak, Nuhua (Edessa), Pekod, Hauran, Hagaran, Nebat Aram que aún no se habian sometido; llevándome á tierra de Asiria 208.000 hombres y mujeres, 7.200 caballos y asnos, 5.330 camellos, 70.200 bueyes, 800.600 cabezas de ganado menor y un rico botin (25).»

El fragmento de Abydenos dice que Merodaj-Baladan reinó seis meses despues de Elibos (Belibos.) De la inscripcion aparece en claro que Senaquerib puso por gobernador de Babilonia á Belibos despues del vencimiento de Merodaj-Baladan. Segun el cánon de Tolomeo empezó el reinado de Belibos en Babilonia en el año 702 a. C., y

las inscripciones de Senaquerib ponen al principio de su reinado la guerra contra Merodaj-Baladan, los Arameos, Edessa, Hauran, las tríbus árabes de Pekod, Hagaríes y Nabateos. El cilindro, que dá noticia más detallada de esta guerra, es del sétimo mes del cuarto año del reinado de Senaquerib, esto es, del año 702 a. C. (26.) Podemos, por lo tanto, afirmar con seguridad la derrota de Merodaj-Baladan por los años 703 a. C., y su embajada Ecequías á principios de este ó á fines del año 704.

Vencida la insurreccion de Babilonia, no por eso se estuvieron quedos los príncipes de Siria, los cuales cifraban sus esperanzas de resistencia en Egipto, ya que habian perdido las que pusieran en Babilonia. Judá se habia repuesto en los treinta años de paz que siguieron al dia de la sumision de Acaz á Tiglat Pilesar en Damasco. Aunque Ecequías vió tranquilamente la caida de Samaria y de Israél, preparóse, sin embargo, á rechazar un dia el yugo de Asiria, aprovechando las oportunidades mejor que Oseas de Israél. Su tesoro estaba, como ya vimos, repleto, y en buen estado su casa de armas. Mejoró y fortificó los muros y las torres de Jerusalem. Añadió nuevas defensas al portillo de Millo entre Sion y la ciudad; redeóla de una nueva muralla por fuera de la primera línea de defensa. Para completar estas obras utilizó los materiales de las casas que mandó demoler (27). Mandó construir grandes depósitos de agua, y en las afueras cegó los arroyos y las fuentes. Aprestó gran cantidad de armas, escudos y pertrechos de guerra (28). Ecequías no estaba solo en Siria, pues las inscripciones de Senaquerib muestran que Eluleos (Luli), rey de Sidon, y Zidka, rey de Ascalon, estaban de acuerdo con Judá. El pueblo de Ascalon depuso al príncipe Sarludari, amigo de los Asirios, y proclamó en su lugar á Zidka. Ecequías se puso á la cabeza de la insurreccion. Padi, príncipe de Ekron, que no quiso unirse á los rebeldes, fué depuesto por los principales y por el pueblo, que le hicieron prisionero y lo entregaron á Ecequías. Entabláronse negociaciones con Egipto, y Ecequías envió al Faraon que era Tirhaka II, sucesor de Sabakon ricos presentes (29); y al paso que ponia á los judíos en estrechísima relacion de intereses

con Egipto y en posicion de insurreccionar toda la Siria y sostenerla eficazmente, tomó luego las armas contra los Asirios.

Por más que Ecequías hubiese hecho mejores preparativos que veinticinco años antes Oseas, rey de Israél, apenas era dudoso que esta tentativa de insurreccion por parte de Judá tendria la misma suerte que la de Israél; pues el auxilio de los egipcios serviria de muy poco á los judíos y ménos los habria de salvar. Isaías previno al rey y á su pueblo contra una empresa tan temeraria. Pues ¿cómo era posible oponerse con éxito al incontrastable poder de los Asirios? «¡Ay de los hijos que se apartan (dice el profeta al rey y á sus consejeros) para tomar consejo y no de Jehová, y concluir alianzas y no en el espíritu de Jehová, añadiendo pecado á pecado! Descienden á Egipto sin la voluntad de Jehová, para que los ampare el Faraon y cobijarse á su sombra. Mas la proteccion del rey de Egipto se os tornará en vergüenza, y el amparo del Faraon en ignominia. Sobre lomos de jumentos llevan ellos sus riquezas y sus tesoros sobre corcobas de camellos al pueblo que no les será de provecho. La proteccion de Egipto es vana é inútil, y yo dí voces á mi pueblo cuya fuerza es estarse quieto (30). ¡Ay de los que descienden á Egigto en busca de auxilio y confian en caballos y su esperanza ponen en carros, porque son muchos y no buscan á Jehová. Los egipcios hombres son, no Dios: y sus caballos, carne y no espíritu. En queriendo Jehová, se tambalea el protector y cae el protegido (31). Pero vosotros sois un pueblo rebelde, hijos mentirosos, que no quereis oir el mandamiento de Jehová. Vosotros decis á los videntes, no veais, y á los profetas, no vaticineis la verdad sino halagadnos y profetizad mentiras (32). Mirad no se aprieten más vuestras ataduras (33). No digais: el turbion del azote no llegará á nosotros, pues nos amparamos de la mentira y nos cubrimos con la falsedad (34). El turbion del azote os arrollará. Porque así dijo el Señor Jehová, el Santo de Israél: en descanso y en reposo sereis salvos: en quietud y en confianza será vuestra fortaleza. Mas vosotros dijísteis: no, huiremos en caballos, sobre ligeros cabalgaremos (35). Porque confiásteis en violen-

cia y en iniquidad, os será este pecado como torrente que sube á un alto muro, cuya caida viene de pronto (36). Destruccion y acabamiento he oido de Jehová, señor de los ejércitos (37).»

«Añadid un año á otro, corran las fiestas, que luégo pondré yo á Jerusalem en apretura (dice Jehová) y asentaré campo contra tí en derredor, y te estrecharé con ingénios y levantaré contra tí baluartes (38). El enemigo vino hasta Ajat, pasó por Mijron, en Mijmas dejó sus máquinas de guerra. Pasaron el vado, alojáronse en Gueba, Ramá tembló, Gabaá la de Saul huyó. ¡Grita en alta voz, hija de Galim, haz que se oiga hácia Lais, pobrecilla Anatot! Madmena huyó, y los moradores de Guebim se salvaron. Aun en este dia reposa ella en Nob, alza luego su mano al monte de la hija de Sion, al collado de Jerusalem (39). ¿Pero qué tienes que toda tú subes á los terrados, tú llena de alborotos, ciudad turbulenta, ciudad alegre? Elam toma aljaba en carro de hombres y caballeros, y Cir descubre el escudo. Tus más hermosos valles están llenos de carros y los de á caballo acampan á la puerta. ¡Hombres derriban el muro, en el monte resuena el grito de alarma (40)!»

A este respecto dicen los Libros de los Reyes: «El año décimocuarto del rey Ecequías, salió Senaquerib, rey de Asiria, contra todas las ciudades fuertes de Judá, y tomólas. Entónces Ecequías envió á decir al rey de Asiria en Lajis: «Yo he pecado: vuélvete de mí, y llevaré todo lo que me impusieres.» Y el rey de Asiria impuso á Ecequías trescientos talentos de plata y treinta de oro. Y Ecequías dió toda la plata que fué hallada en la casa de Jehová y en los tesoros de la casa real, y fundió las puertas y los quiciales del templo de Jehová que el mismo Ecequías cubriera de oro, y diólo al rey de Asiria. Mas éste envió desde Lajis contra Jerusalem á Tartan, y á Rabsaris, y á Rabsaces, con un grande ejército; y habiendo llegado, pasaron junto al conducto del estanque de arriba, que está en el camino de la heredad del batanero. Llamaron luego al rey, y salieron Eliacim, mayordomo de la casa real, Sebna, escriba, y el canciller Joah. Y díjoles Rabsaces: «Vosotros confiais en aquel bordon de caña casca-

da, en Egipto, en el que si alguno se apoyase, entraréle por la mano y se la pasará. ¿Cómo, pues, hareis volver la cara atrás á uno solo de los generales, al menor de los siervos de mi señor?» Entónces dijeron Eliacim, Sebna y Joah: «habla á nosotros, tus siervos, en siriaco, que nosotros lo entendemos, y no en judáico á oidos del pueblo que está sobre el muro.» Y Rabsaces les dijo: «¿Háme enviado mi señor á tí y á tu señor, y no á los que están sobre el muro, para comer su estiércol y beber el agua de sus piés con vosotros?» Paróse luego Rabsaces y dijo con toda la voz en judáico á los que estaban en la muralla: «Oid la palabra del gran rey, del rey de Asiria. ¡Haced conmigo paces, os dice, y salid á mí, y cada uno comerá de su vid y de su higuera, y beberá las aguas de su pozo!» Mas el pueblo calló, porque habia mandado el rey que no respondiese á los asirios. Y regresando Rabsaces, halló al rey de Asiria combatiendo á Libna. Y oyó decir de Tiraca, rey de Etiopía, que habia salido para hacerle guerra. Entónces volvió él, y envió embajadores á Ecequías, y dijo: «No te dejes engañar por tu dios en quien confias. Los dioses de los pueblos que mis padres destruyeron, ¿pudieron evitar que cayeran en mis manos Gozan y Harran y Resef, y los hijos de Eden y Telassar? ¿Dónde están el rey de Hamat, el de Arpad y los reyes de Separvaim, de Hena y de Iva (41)?»

Las inscripciones asirias señalan con precision el año en que vino Senaquerib á Asiria para combatir á los príncipes rebeldes (42), y fué el 701 a. C., por consiguiente, el año vigésimosétimo, y no el décimocuarto del reinado de Ecequías. Si la narracion de los hebreos supone á Senaquerib al S. O. de Jerusalem en Lajis (en las cercanías de Gaza, hoy Um-Lajia), dedúcese de ello con seguridad que Senaquerib trató de evitar la llegada á Siria del ejército egipcio, poniendo obstáculos á la union de las fuerzas de Judá y Egipto. El haber llegado Senaquerib á Siria antes que los egipcios y la ocupacion de las ciudades de Judá fueron causa de que atemorizado Ecequías se sometiera y pagase un crecido rescate. Mas esto no bastaba al rey de Asiria, el cual pidió resueltamente que le abriese sus puertas Jerusalem, y á ello no accedió Ecequías.

Procuró entónces Senaquerib rendir la ciudad, valiéndose al mismo tiempo de la fuerza y de las negociaciones; pues creyó posible tomar la ciudad de Jerusalem antes que llegasen los egipcios. Así, desde el campo de Lajis envió contra Jerusalem á su general Tartán con una parte del ejército. La aproximacion de los asirios contra Jerusalem no fué, como habia anunciado Isaías, del lado del Norte por Mijmas, Gabaa, Anatot y Nob, sino del lado del Sur. Los asirios cercaron la ciudad y principiaron las negociaciones; mas el rey Ecequías se mantuvo firme. Intentaron, aunque en vano, los sitiadores seducir á las gentes de las murallas. Cuando estuvo cerca el ejército egipcio, se trasladó Senaquerib de Lajis á Libna, y desde este punto abrió nuevas negociaciones; pero Ecequías no cedió.

Las inscripciones de Senaquerib confirman esta narracion de los hebreos, mostrando que el rey de Asiria se dirigió primero contra Sidon, luego contra Ekron, ciudad de los filisteos, y contra Eltekeh y Timnat, despues contra Ascalon, habiendo estado muchos dias acampado en Lajis. En la misma época debió ser cuando Senaquerib mandó erigir su estátua en la forma habitual de los reyes asirios, con la kidaris en la cabeza, la diestra alzada, con relieves é inscripciones en caracteres cuneiformes y jeroglíficos de Ramsés; poniéndola al S. de la embocadura del Lykos (Nak-el-Ykelb) junto á la que habia erigido hacia más de setecientos años Ramsés II. Los caracteres cuneiformes están casi borrados, de suerte que sólo puede leerse el nombre de Senaquerib. En cambio se conserva en buen estado un relieve del palacio de Senaquerib en Nínive que lo representa en el campamento de Lajis (43). El rey está en su tienda sentado en una alta y bien decorada silla y tiene dos saetas en la mano derecha, el arco en la izquierda: detrás del rey se ven dos eunucos que le hacen aire con abanicos, delante un general y en pos de los citados, mujeres y hombres prisioneros con el cabello crespo y barba larga. La inscripcion de la tienda dice: «Tienda de Senaquerib, rey de Assur.» Debajo de las figuras se lee: «Senaquerib, rey de los pueblos, rey de Assur, se sienta en un elevado trono y toma

los despojos de la guerra de Lakix (44).» De resultas de la toma de Lajis, como dicen los Libros de los Reyes, cayeron en poder del enemigo las ciudades de Judá, y su rey Ecequías se sometió al de Assur, pagándole 30 talentos de oro y 300 de plata. Las inscripciones de Senaquerib afirman que Ecequías pagó 30 talentos de oro y 800 de plata: diferencia que se explica teniendo en cuenta que el talento fuerte de plata era para los Siros lo que para los babilonios el talento sencillo de plata; de suerte que 300 talentos fuertes equivalian á 800 sencillos (45). Segun esto la suma total de lo que pagó Ecequías en oro y plata montaba á 2.100.000 thalers. De las inscripciones de Senaquerib se deduce más adelante, que no sólo le pagó Ecequías la suma indicada, entregándole además al rey Ekron, vendido por sus mismos súbditos, sino que al ver Senaquerib la negativa de Ecequías á franquearle las puertas de Jerusalem, la cercó para corroborar las negociaciones; y no habiendo dado éstas resultados, intentó tomarla por asalto.

El mismo Senaquerib dice: «En mi tercera expedicion me dirigí contra el país de Jatti (de los Siros). Luli (Eluleos) rey de Sidon, atemorizóse de mis fuerzas y huyó lejos en medio del mar, y me apoderé de su país. Sometiéronse por temor á las armas de Assur, Sidon la magna y la chica, Bet Ziti, Zarpat, Majllib, Kansu, Akko, sus ciudades fuertes y sus plazas abiertas. Hice á Tubal (Itobal) rey de Sidon y le impuse á guisa de tributo contribuciones permanentes. Los reyes de Samaria Sidon, Arados, Byblos, Ardod, Moab, Edom y todos los de Occidente vinieron á las fronteras de mi imperio á ofrecerme ricos presentes y besar mis piés. Llevéme á tierra de Asiria á Zidka, rey de Ascalon, que no quiso someterse á mi imperio, juntamente con los dioses de la casa de su padre, los tesoros, su mujer, é hijos. Sarludari, hijo de Rukibti, su anterior rey, lo volví al trono y le impuse tributo en señal de vasallaje y dió la obediencia. Continuando mi expedicion, volví mis armas contra las ciudades de Zidka, Bet, Dagon, Yoppe, Bene Basak que no se habian sometido, tomélas y me llevé los prisioneros. Los altos empleados, los grandes y el pueblo de Ekron, que en el silen-

cio de la noche habian entregado á su rey Padi con siniestra intencion y cargado de cadenas á Ecequías, (Jazakiyahu) mi aliado y vasallo, se atemorizaron. Altaku (Eltekah) y Toamna cayeron en mi poder y me llevé sus prisioneros, dirigiéndome luego contra la ciudad de Ekron. Dí pena de muerte á los altos empleados y á los grandes fautores de la rebelion, haciéndolos empalar sobre las murallas. Reduje á cautiverio á los moradores de la ciudad que habian ejercido violencias; y amnistié á los que no tomaron parte en la insurreccion. Reinstalé á Padi en su trono y le impuse tributos. A Ecequías, rey de Judá, que no quiso someterse, le tomé 46 plazas fuertes, innumerables burgos y lugares de corta vecindad, de los cuales saqué como botin de guerra 200.150 hombres de ambos sexos, caballos, mulos, jumentos, camellos, bueyes y ovejas sin cuento. Mandé encerrar en una jaula, cual si fuera pájaro, al rey Ecequías en Jerusalem (Ursalimma) su capital, cuyas fortificaciones derribé y mandé abrir la salida de la gran puerta. Repartí las ciudades, cuyos moradores hice prisioneros, entre Mitinti, rey de Asdod, Padi, rey de Ekron, é Ismibil, rey de Gaza, empequeñeciendo así su territorio (46).»

Anunció Isaías más enérgicamente que los profetas sus antecesores el dia del castigo. Ninguno de ellos habia hablado con tal expresion, ni inspirado con su palabra tanta confianza. Llenos de angustia debian esperar los judíos el dia del castigo, debiendo tan solo confiar en Jehová que podria hacer florecer el nuevo reino, una vez purificados los corazones. Cuando el lujo y las riquezas desaparezcan, los generales y soldados hayan muerto; cuando «tiemblen los pecadores y se estremezcan por el castigo los impíos!» cuando «el Señor lavare las inmundicias de las hijas de Sion (47)» y «limpie como con lejia las escorias (48),» entónces «se apiadará él de su pueblo que mora en Sion; en oyendo la voz de alarma, Jehová responderá luego (49).» Sin embargo, Isaías no anunció únicamente á Judá el futuro castigo; incesantemente habia dicho que ningun poder de la tierra por grande y audaz que fuese, podria hacer frente á Jehová. La gran intuicion de Isaías le habia hecho ver que el castigo anuncia-

do para Israél seríalo tambien para todos los pueblos: de cuyo terrible escarmiento saldria una nueva doctrina fundada en el temor de Dios, en la justicia y en la paz. «Dia de Jehová de los ejércitos (dice el profeta) vendrá sobre todo soberbio y altivo y sobre todo ensalzado, y será abatido, y sobre todos los cedros del Líbano y sobre todos los alcornoques de Bazan, y sobre todos los montes, y sobre toda torre alta y todo muro escarpado y sobre todas las naves de Tarsis y las mejores obras de arte. Y la altivez del hombre será abatida, y la soberbia de los hombres será humillada. Aquel dia arrojará el hombre sus ídolos de oro y plata á los parajes donde habitan los topos y murciélagos, y solo Jehová será ensalzado (50).» Así los egipcios y etíopes serian tambien castigados, y al fin llegaria la vez al pueblo de que se valiera Jehová para castigar los pecados de los otros, á los asirios. A este gran dia del Juicio «en el cual serán castigados los crímenes de los moradores de la tierra,» seguirá la reparacion: «pues Jehová hiere y sana (51),» Jehová volverá á su pátria á los israelitas deterrados en Assur y á los abandonados por Egipto (los iraelitas allí refugiados huyendo de Sargon) y restaurará el poder de Israél y el de los Asirios y Egipcios, y dirá Jehová: «bendito sea mi pueblo de Egipto y el Asirio, obra de mis manos, é Israél, mi heredad (52). Todos los pueblos vendrán al monte de Jehová para aprender sus caminos y sendas; porque de Sion saldrá la doctrina, y de Jerusalem la palabra de Jehová. Y juzgará á los pueblos: que el fruto de la justicia es la paz, á fin de que las gentes conviertan sus espadas en rejas de arado y sus lanzas en hoces. No lucharán más unos pueblos con otros, ni se ensayarán más en la guerra (53). Morará el lobo con el cordero, y el tigre con el cabrito se echará: la vaca y la leona pacerán juntas, el leon y el buey comerán paja, y el niño de teta se entretendrá en la cueva del aspid (54).» Vendrán, pues, los dichosos tiempos que estarán llenos del conocimiento de Jehová, como el mar lo está de agua; y en tanto conservará la doctrina de Jehová un pueblo por él escogido, y al cual manifestó su voluntad desde la época de los patriarcas. Estaba Isaías tan convencido de que Sion y el

templo de Jehová no perecerian, como de que Jerusalem sobreviviria á la catástrofe, salvándose el alcázar de Sion. Así como Jehová habia castigado á Israél moderadamente con el cautiverio, impidiendo la completa ruina del pueblo, así alimentaba Isaías la firme creencia de que Judá no pereceria del todo, ni seria tomada Jerusalem; quedando aplacada la justicia de Jehová con el saqueo del país por los asirios y la ocupacion de las demás ciudades. Esta esperanza era para el profeta tanto más fundada, cuanto que Ecequías adoraba á Jehová con celo y fervor.

Perdidas las ciudades de Judá é invadido el S. de este reino por un poderoso ejército de Senaquerib, cercada Jerusalem, exhortaba Isaías al pueblo y al rey á ser perseverantes con el mismo celo y la misma energía que antes desplegara para disuadirlos de toda empresa. Tocaba esta vez el perderse á los asirios, los cuales no entrarian en Jerusalem, porque Jehová habria de salvar á Judá. «¡Ah! vosotros Asirios (dice Jehová por boca de Isaías), sois instrumento de mi cólera y vara de mi furor. Sobre el pueblo de mi ira le envio para que arrebate presa y lo huelle todo como barro de las calles (56). Pero aconteció que despues que el Señor hubo acabado toda su obra en el monte de Sion y en Jerusalem, visito yo el fruto de la soberbia del corazon del rey de Asiria y la gloria de la altivez de sus ojos. Porque dijo: quité los términos de los pueblos, y saqueé sus tesoros y derribé como valiente á los que estaban sentados en el trono, y alcanzó mi mano como nido de aves las riquezas de los pueblos, y como se cojen los huevos dejados, así me apoderé yo de toda la tierra; pues no hubo quien moviese ala y abriese el pico y graznase. Con la fortaleza de mi brazo lo he hecho y con mi sabiduría; porque soy prudente. Como hice á Samaria y á sus ídolos, ¿no haré tambien así á Jerusalem y á sus ídolos? Gloríase el hacha contra el que con ella corta, ó se ensoberbece la sierra contra el que la mueve; como si el bordon se levantase contra los que lo levantan; como si se levantase la vara. Por tanto, el Señor de los ejércitos enviará flaqueza sobre sus gordos, y ardor de fuego destruirá su poder, y la gloria de su bosque y de su campo fértil consumirá, y los árboles que quedasen, serán tan

pocos, que un niño los podrá contar (57). Cuando acabares de saquear, serás tú saqueado; y cuando estés más enfrascado en el robo, te robarán á tí tambien (58). Mucho tiempo há que Jehová lo hizo y de antiguo lo formó. Y ahora lo hice venir, y fué para que los asirios reduzcan las ciudades á montones de ruinas y pisoteen á sus moradores impotentes como la yerba del campo. Pero (Jehová dice) yo conozco la violencia del fuerte, sus salidas y sus entradas. Por cuanto se encolerizó y su embriaguez subió á mis oidos, pongo mi anillo en sus narices y mi bocado en sus labios, y le haré volver por el camino por donde vino. ¡Pueblo mio, morador de Sion, no temas de Assur! Con vara te hirió y contra tí alzó su palo. Mas de aquí á poco se acaba mi furor y mi enojo para fenecimiento de ellos, y en el mismo dia su carga será quitada de tus hombros y su yugo de tus espaldas (59). El rey de Asiria no entrará en esta ciudad, ni arrojará saeta en ella, ni vendrá delante de ella escudo, ni será echado contra ella baluarte; por el camino que trajo se volverá. Porque yo protejo á esta ciudad para salvarla por amor de mí y por amor de David, mi siervo (60). Como lo pensé, así sucedió: que he de quebrantar al asirio en mi tierra (Judá), y en mis montes lo he de hollar (61). ¡Ay! ¡Multitud de pueblos que hacen estrépito á manera de ruido de aguas caudalosas. Mas Jehová los reprende, y huyen lejos ahuyentados como el tamo de los montes delante del viento. Al tiempo de la tarde hé aquí de repente turbacion y antes de la mañana ya no son. Esta es la suerte de los que nos roban y el síno de los que nos saquean (62)!»

Sea que los repetidos esfuerzos de los asirios para entrar en Jerusalem se estrellaran ante la firmeza del rey y del pueblo, ó que en lugar de embestir sitiasen la plaza; ya trataran de derribar el muro, como dice Senaquerib, lo cierto es que se salvó Jerusalem. Cuenta Heródoto que Senaquerib, rey de los árabes y asirios (tal denominacion cuadraba á Senaquerib que habia sometido un número respetable de tríbus árabes) descendió á Egipto con poderoso ejército. Al rey de Egipto, Setos, sucesor de Sabakon y de Anysis, que se abatió ante el peligro, apare-

ciósele en sueños el dios y le infundió ánimos; prometiéndole que no le sucederia desgracia ninguna, y encontraria quien lo salvase. Salió, pues, Setos, y acampando en Pelusium frente al ejército de Senaquerib, cayó de noche sobre el campo de los asirios una verdadera nube de turones, que royeron las aljabas y los arcos y los soportes de los escudos; y como los asirios huyesen desarmados al dia siguiente, murieron muchos de ellos (64). Los Libros de los Reyes dicen que despues de haber vaticinado Isaías «Yo protejo á esta ciudad (dice Jehová) para salvarla por amor de mí y por amor de David mi siervo.» «la misma noche salió el ángel de Jehová é hirió en el campo de los asirios 185.000 hombres. Y como se levantaron por la mañana temprano, hé aquí que todos eran cadáveres. Entónces Senaquerib se fué y tornó á Nínive, donde se estuvo (64).»

Los Libros de los Reyes, ordenados y corregidos por los profetas en la forma que han llegado á nosotros, se esfuerzan por demostrar que las desgracias de Israél provenian de la infidelidad de los reyes, aunque los extravíos de éstos nunca pasaran de sacrificar en los montes, ofrecer incienso á otros dioses y adorar á los astros. Igual sentido dan los profetas al auxilio dispensado por Jehová á los reyes piadosos, en cuyo número cuentan á Ecequías, el cual, apartándose de la conducta de su padre Acaz, restauró el culto de Jehová, «quitó los altos, hizo pedazos las columnas é imágenes de Astarte;» siendo uno de sus primeros cuidados el poner en vigor las reglas concernientes á la conservacion del sacerdocio (65). Así que su piadosa conducta le sacó de la situacion más apurada, gracias á la intervencion de Jehová, como asegura *á posteriori* el vidente Isaías.

En realidad, esta vez los egipcios no vinieron. Tirhaka se batió con Senaquerib, el cual miraba, no sin cuidado, las consecuencias, á juzgar por las medidas que tomó para impedir la union de las fuerzas judías y egipcias. Senaquerib tomó las plazas de Sidon, Ekron y Ascalon, saqueó el territorio de Judá, llevóse doscientos mil hombres y los ganados, hizo morder el polvo á todos los príncipes de Siria. Verdad es qne Ecequías

entregó á Padi, teniendo además que pagar un crecido tributo; pero no abrió á los asirios las puertas de la capital. Importaba mucho á Senaquerib dejar las espaldas bien guardadas con la toma de Jerusalem, por si llegaba Tirhaka, como se ve por las repetidas negociaciones con Ecequías y por el asedio y toma de dicha capital. Cuando el ejército egipcio llegó á Siria, Senaquerib salió primero de Libna, y luego de Timnat y Eltekeh, para estar más cerca del ejército que sitiaba á Jerusalem. Dióse la batalla junto á Eltekeh, y Senaquerib dice: «Los reyes de Egipto habian llamado en su auxilio los arqueros, cuadrigas y caballos del rey de Meroe (Miluhhi) en número considerable. En las cercanías de Altaku me presentaron la batalla, y confiado yo en Assur, mi señor, peleé con ellos y vencílos. Por mi propia mano hice prisioneros en el campo de batalla á los automedontes é hijos del rey de Egipto, y á los aurigas del rey de Meroe (66).» Senaquerib se atribuye la victoria; pero no dice, como acostumbra, el número de muertos, el de prisioneros, ni que el enemigo huyera. Al contrario, levantó el cerco de Jerusalem y estuvo en poco que no lo hiciera de un modo brusco; y su ejército no pareció de nuevo en Siria, aunque despues de esto ocupó el trono asirio por espacio de veinte años. Pudo no haber sufrido una derrota el ejército de Senaquerib; pero debió de experimentar grandes pérdidas, como lo da á entender la inscripcion que habla muy vagamente de los enemigos; pues al par que cita siempre al príncipe contrario, aquí habla del rey de Egipto, del rey de Meroe, y luego vuelve á hablar del rey de Egipto. Pero ante todo, altera el órden de los sucesos, porque supone que la batalla contra los egipcios se dió despues de haber capitulado Sidon y Ekron; y eso que habla antes de esta misma ciudad en cuyas inmediaciones se dió la batalla. Con suprimir la inscripcion los acontecimientos que precedieron á la batalla, á saber: la toma de Eltekeh y de Timnat, la capitulacion de Ekron, la conquista de las ciudades de Judá, la entrega de Padi por Ecequías, el destierro de 200.000 judios de ambos sexos, el reparto de su territorio entre los príncipes filisteos de Ekron, Asdod y Gaza, y poner al final el sitio de Jerusalem, el cambio en

el encadenamiento de los sucesos da á la desgraciada expedicion á Siria las apariencias de una victoria. Tambien procura encubrir la inscripcion el levantamiento del sitio de Jerusalem, y lo pone al fin de la historia de la expedicion á Siria, haciéndolo coincidir con el hecho de haber pagado tributo Ecequías, cuyo suceso coincidió con la entrega de Padi. Atemorizó tanto á Ecequías el asalto de la ciudad, que envió al rey de Asiria 30 talentos de oro, 300 de plata y otras preciosidades, igualmente que su hija y concubinas en pago del tributo, y encargó á sus enviados que prometiesen solemnemente su sumision (67). En la inscripcion de Nebi-Yunus que contiene los hechos de Senaquerib, Jahuda y su rey Jazakiyahu figuran entre los pueblos sometidos (68).

El mal éxito de Senaquerib en Siria tuvo al parecer resultados al Este. El cánon de Tolomeo dice que Belibos, elevado al trono de Babilonia por Senaquerib despues de la expulsion de Merodaj-Baladan, dejó de reinar en el año 700 a. C., en cuya época dice el mismo Senaquerib haber emprendido su cuarta expedicion para sofocar «el alzamiento popular que elevó á Surub al trono de Babilonia.» Por la misma época volvió á enseñorearse de Bet Yakin el rey Merodaj-Baladan II. Senaquerib despues de vencer á Surub, la emprendió con Bet Yakin: Merodaj-Baladan embarcó las imágenes de sus dioses, y con ellas refugióse en la ciudad de Naguiti-Nakki «que está en medio del mar:» «atemoricé á mis aliados los Elamitas. A mi vuelta, elevé al trono de Merodaj-Baladan á mi primogénito Assurnadin, á quien dí tambien la soberanía del extenso territorio de Akkad y Sumir (69).» El cánon de Tolomeo dice que Aparanadios reinó en Babilonia desde el año 699 hasta el 693: cuenta Alejandro Polihistor que Senaquerib, despues de vencer á los de Babilonia, le impuso por rey á su hijo Asordanes (70). Aparanadios, Asordanes y Asurnadin son una sola y misma persona.

No por eso terminó la resistencia de Babilonia: una nueva expedicion se hizo necesaria para someter la ciudad y tierra de Nipur (Niffer): la derrota de los moradores de Bet Yakin «que despreciaban el poder de Senaquerib, y se veian sostenidos por los Elamitas,» exigió

igualmente otra grande expedicion, gracias á la cual pudo invadir Senaquerib el territorio de Elam, con cuyo auxilio habia salido de nuevo á campaña el rebelde Surub. Procuró Senaquerib acabar con los Elamitas, que servian de punto de apoyo á todas estas rebeliones, y conquistó 34 grandes ciudades, amedrentando al rey de Elam, Kudur-Nanjundi que abandonó, acogiéndose á los montes, la capital de su reino, Madaktu; y habiendo Senaquerib movido sus armas contra ella en el rigor del invierno, detuviéronle en los montes «las lluvias y las nieves» y tuvo que volverse á Nínive (71).

Este fracaso hizo que Assurnadin, hijo de Senaquerib, no pudiera sostenerse en Babilonia. El cánon de Tolomeo, afirma que en el año 693 a. C. reinaba en Babilonia Neguebelos, al cual sucedió Mesesimordacos. Senaquerib nos dice que los moradores de Babilonia cerraron sus grandes puertas para sublevarse. Volvió Surub de Elam, y la gente de Babilonia le puso en el trono: el nuevo rey envió la plata y el oro de Bel (del templo que dicho dios tenia en Babilonia) á Umman Minanu, rey de Elam (sucesor de Kudur-Nanjundi), impetrando su auxilio. Nabu-sum-iscum, hijo de Merodaj-Baladan, las tríbus de los persas, las de Elibi, la gente de Bet Amucan y de Bet Sahalla, los de Pecod, Nua y Kindar juntáronse con Surub, aclamado rey de Babilonia, y descendieron á dicha ciudad. Segun esto, parece que el Neguebelos (Nihubil) del cánon fué el jefe de la nueva insurreccion de Babilonia y huyó ante las fuerzas de Assurnadin, siendo luego reemplazado por Surub, á su vuelta de Elam, el cual tomó como rey de Babel el nombre de Mussisi-Marduk (Mesesimordacos) i. e. Merodaj el Salvador (72).

Cuenta Senaquerib que Suzub y sus aliados ordenaron sus huestes en número de 150.000 hombres á orillas del Tigris junto á la ciudad de Jalule (73), y fueron vencidos; quedando prisionero Nabu-sum-iscum: los reyes de Elam y Babilonia apelaron á la fuga (74) cuyo triunfo se debió, segun parece, al soborno de un caudillo de los Elamitas, contra los cuales dirigióse primeramente Senaquerib y despues de vencerlos una vez más, marchó contra Babilonia «Tomé la ciudad, y la entregué á las llamas, no perdo-

né á hombres, niños, ni esclavos, llené de cadáveres sus alrededores. Reduje á cautiverio á Surub y su gente Saqueé el tesoro de la ciudad y destruí sus muros. Saqué de Babilonia y reinstalé en la ciudad de Hecali (75) los dioses de esta ciudad, arrebatados á Tiglat Pilesar por Merodaj-Nadinaj, rey de Akkad, y conducidos á Babel antes del año 418.» La toma de Babilonia sucedió en el año 689 a. C., en cuya fecha termina, segun el cánon de Tolomeo, el reinado de Mussisi-Marduk. Posteriormente vemos en posesion de un trono en el Golfo Pérsico á un hermano de Nabu-sum-iscum. Continuando la guerra de Elam, parece que su rey Halludus hizo tenaz resistencia á Senaquerib, en cuyo poder cayó, no obstante, la plaza fronteriza de Bet Imbi (76).

Cuenta Beroso que el rey Senaquerib venció en Cilicia un ejército griego y para conmemorar esta victoria se hizo erigir una estátua, mandando tambien fabricar el templo de Anjiale y fundar la ciudad de Tarso. Los compañeros de Alejandro de Macedonia vieron en Anjiale la estátua de un rey de Assur. Cuentan las inscripciones que Senaquerib extrañó á los rebeldes de Cilicia (Jillaku) como habia hecho en los primeros años de su reinado (77), sometió luego á los que moraban en las selvas, destruyó y dió fuego á sus ciudades (78), y extrajo del Amanos maderas para sus construcciones.

Mantuvo Senaquerib, no sin pérdidas en Occidente, el poder Asirio á la altura en que lo dejara Sargon. Al E. hizo una expedicion contra Ipsabara de Elibí y recibió el tributo de los Medas en el año 703 (79) En obras de pública utilidad no quedó inferior Senaquerib á ninguno de sus predecesores. En Bavian al N. E. de Nínive en la montaña que está sobre el curso superior del Ghazr, se ve la estátua del rey tallada en las rocas y cubierta de inscripciones. Al S. O de la antigua Arbela existe un monton de ruinas cuyos fragmentos demuestran que allí echó Senaquerib los cimientos de la ciudad de Caxi (80) y erigió en Tarbisi un templo á Nergal. En Nínive edificó un templo á Nebo y á Merodaj, reconstruyó los muros de la ciudad (81), mejoró sus cisternas, y fabricó un canal. Vanagloríase en sus inscripciones Senaquerib de

haber derivado del Khosr diez y ocho canales para beneficio de la tierra y de haber renovado, hermoseado y engrandecido la ciudad de Nínive que parecia una taza de plata. Luego edificó en dicha ciudad de Nínive dos palacios, uno pequeño al Sur de la desembocadura del Khosr en el Tigris (Nebi Junus), el mayor al Norte cerca de la embocadura del Khosr en el Tigris (Kuyundxic). Del primero cuenta que lo mandó construir su padre para las tropas, caballos, provisiones y tributos; pero que no habiéndole concluido lo agrandó y renovó Senaquerib (82). Del palacio grande cuenta que lo edificaron sus padres, pero sin concluir su ornamentacion; las olas del Tigris estropearon los cimientos, y para evitar el mal desvió Senaquerib el curso del Tigris, construyó diques, hizo de nuevo el palacio y convertir grandes piedras en leones y toros (83).

Los restos del palacio de Kuyundxic demuestran por sus dimensiones que era el primero de los alcázares del rey de Assur. Alzábase junto al Tigris sobre un terraplen de más de ochenta piés de altura. Los salones tenian una longitud de 150 á 180 piés y 25 de latitud; habiéndose descubierto unas 70 salas de este edificio (84). La fachada daba al Norte y guardaban la entrada dos enormes toros alados con cabeza humana. A la entrada del costado que daba al N. E. habia dos toros con alas y cabeza humana cubiertos de inscripciones que narran extensamente la edificacion del palacio. La historia de las obras se lee en los relieves que cubren las paredes de la sala grande, situada detrás del pórtico y en la galería inmediata. En ellos se ven la alfarería, los trabajadores con espuertas llenas de materiales, sacar del Tigris los enormes cantos destinados á esculpir leones y toros, levantándolos por medio de cables y centenares de manos, valiéndose de arrastres y balsas de madera. Un hermoso y bien esculpido toro está en pié rodeado de un aparato de madera que mantienen en equilibrio los trabajadores por medio de cuerdas y palos en forma de horquilla: la parte inferior del arrastre se mueve por medio de una palanca en forma de cuña que facilita la elevacion de la masa de piedra. El inspector de las obras está colocado entre los piés delanteros del coloso y dirige por movimientos de

manos los esfuerzos de los trabajadores. El rey Senaquerib presencia desde su carro el trasporte de una masa de piedra tan enorme. Cuatro largas filas de trabajadores acarrean de la misma manera un bien construido toro con cabeza humana. En otra habitacion se ven séries de criados que llevan canastos de manzanas, uvas, pasas y otros comestibles. Los relieves de las restante habitaciones describen los hechos de guerra de Senaquerib, á saber: paso de rios y pantanos, sitios, asaltos de ciudades en la montaña y en el llano. Las inscripciones de los citados relieves están muy deterioradas y destruida la parte superior del muro, de suerte que sólo puede leerse alguna que otra palabra á semejanza de lo que hemos visto sucede en el relieve representando al rey en el sitio de Lajis. Refiriéndose á este palacio dice el rey en una de sus inscripciones: «A aquel de mis hijos que en la sucesion de los dias llame Assur á reinar sobre esta tierra y sus moradores, digo esto: este palacio envejecerá y se arruinará. Ojalá lo reedifique, restaure las inscripciones y las letras de mi nombre, limpie las estátuas, ofrezca sacrificios y lo ponga todo en su lugar: que de esta suerte oirá Assur su oracion (85).»

IV.

APOGEO DEL IMPERIO DE ASIRIA.

No porque Senaquerib fuera impotente para someter á los Siros, fué su reinado pobre en acontecimientos; habiendo tenido un fin más desastroso que el de su padre. Un fragmento de Beroso nos cuenta que Ardumuzanes, hijo de Senaquerib, asesinó á su padre (1). Leemos en los Libros de los Reyes: «Que estando Senaquerib haciendo oracion en el templo de Nisroj, su dios, Adramelej y Nergal Saresar, sus hijos, lo hirieron á cuchillo y huyeronse á tierra de Ararat, y reinó en su lugar Assarhadon, hijo de Senaquerib (2).» Nada sabemos de Assurnadin, hijo mayor de Senaquerib, que reinó por su padre seis años en Babilonia; tal vez murió en la insurreccion que puso en aquel trono á Suzub. Tampoco podemos decir si el deseo de ejercer el poder supremo fué la causa eficiente que arrastró á los otros dos hijos á cometer un parricidio. Sabemos únicamente por las inscripciones y los libros hebreos que Assarhadon, cuarto hijo de Senaquerib, ocupó el solio no sin tener que luchar con los asesinos (618 antes de Cristo (3).

Senaquerib no quiso tener más vireyes en Babilonia, despues de haber sofocado la tercera rebelion de aquellos súbditos, y ejerció por sí el mando. El cánon de Tolomeo supone como interregno los ocho años transcurridos desde que fué reprimida la dicha insurreccion de Babilonia hasta la muerte de Senaquerib, y en el año 680 a. C.

empieza, segun el cánon, el reinado de Asaradino, esto es, de Assarhadon. De donde deducimos que Assarhadon muy luego de haber subido al trono de Asiria, sojuzgó á los de Babilonia, opinion apoyada en las inscripciones de Assarhadon, las cuales dicen que el rey «una vez afirmado en el trono al principio de su reinado (4),» venció á Nabu-zir, hijo de Merodaj-Baladan, el cual habia puesto su confianza en el rey de Elam, «cuya vida no perdonó.» «Su hermano Nahid Merodaj huyó de Elam para rendirme pleito homenaje, fué á Nínive, mi capital, y besó mis piés. Díle, en toda su extension, el país del mar que constituia el imperio de su hermano (5).» «Restablecí la tranquilidad turbada en Bet Daccur, territorio de los caldeos cerca de Babilonia, por Samas-dar-ukim, y puse en el trono á Nabu-Sallim, enseñándole á obedecer mis mandatos (6).»

Más adelante cuenta Assarhadon que se coronó en Babilonia é impuso la sumision á los grandes: llámase rey de Assur, señor de Babel ó de Kar-Dunias, rey de Sumir y Akkad. Dió libertad á los prisioneros que habia hecho. Mandó luego fabricar ladrillos para construir en Bet Saggatu el templo de los grandes dioses, restauró los muros de Babilonia, Imgur-Bel y Nimitti-Bel, y sometió á los habitantes de dicha ciudad á las leyes que habia dictado (7). Los ladrillos de las ruinas de Amran en Babilonia sobre la banda oriental del rio prueban que Assarhadon erigió un templo en Bet Saggatu al dios Merodaj. Dice Assarhadon que, para conmemorar sus victorias, mandó levantar con los despojos en Asiria y Babilonia treinta y seis grandes templos, cubriéndolos de oro y plata (8). Muy consolidado debió estar el imperio de Assarhadon en el país del Eufrates, cuando emprendió obras de tal magnitud en Babilonia y restauró sus murallas.

Durante su reinado, estuvo Babilonia en completa dependencia de Asiria, igualmente que el alto Iran al Este. Dice Assarhadon que en los últimos confines del país de los Medas está el país de Patisarra, cuyos reyes Silisparna é Iparna trasportó á Babilonia con sus caballos, carros, bueyes y ovejas. Otros tres régulos de los últimos confines del país de los Medas atacaron á los Asirios; pero los

contuvo el temor de Assur, y á Nínive fué á parar el producto de sus minas. Agregando á su imperio aquellos territorios, puso Assarhadon gobernadores y les exigió tributo (9).

Del lado del N. alcanzó el poder de Asiria, bajo el reinado de Assarhadon, mayor extension que antes. Al O., logró sujetar á los Siros (empresa abandonada por su padre, despues de haberse unido al efecto con los egipcios), y supo consolidar su imperio sobre ellos. Vanagloríase Assarhadon de haber expulsado de su tierra á los moradores del país de Van; y cuenta que Timpa, rey del lejano país de los Cimmerios (Simirai), vino con su ejército á someterse; habiendo sojuzgado tambien á los de Cilicia y á los de Duha que vivian en las selvas del país de los Tibarenos (Tubal) (10).

Cuentan los Libros de los Reyes que Assarhadon trasportó gentes de Persia, Erej, Babel, Susa y Elam, y las hizo habitar en Samaria (11); habiendo Jehová permitido que los generales de Asiria cayesen sobre Manasés, rey de Judá, hijo de Ecequías, siervo de Baal y Astarte, y lo condujeran con esposas á Babilonia. «Y luego que se vió en angustias, oró ante Jehová, su Dios, y humillóse en la presencia del Dios de sus padres, el cual oyó su oracion y volviólo á su reino y á Jerusalem (12).» Las inscripciones de Assarhadon no dejan duda ninguna de que dicho rey dominó en toda Siria y en la isla de Chipre. «Tomé yo la ciudad de Sidon (dice el citado rey), dí muerte á sus moradores, arrojé al mar sus murallas y casas, destruí sus templos. Abdimilent, rey de Sidon, escapó por mar, el cual atravesé con el fin de abatir su orgullo. Apoderéme de sus tesoros y conduje á Siria á sus hombres y mujeres, que no se pueden contar, y sus bueyes, ovejas y jumentos, En tierra de Jatti (Siria) fundé una ciudad á la que dí el nombre de Fortaleza de Assarhadon, y establecí en ella á los desterrados de la montaña y del mar oriental (Golfo Pérsico), imponiéndoles mis empleados y un gobernador (13).» Mandó Assarhadon levantar su estátua en Nahr-el-Kelb, roca de la costa de Siria, junto á la de Ramsés II y la de su padre Senaquerib. Enumera los príncipes de Siria y Chipre que le

obedecian: «Doce príncipes de la costa del mar: Baal, rey de Tiro, Manasés, rey de Judá (Minasi sar ir Iahuda), Cadumuh, rey de Edom, Mussuri, rey de Moab, Mitinti, rey de Gaza, Ituzu, rey de Ascalon, Iskiasap, rey de Ekron, Culubaal, rey de Byblos, Abibaal, rey de Arvad, Puduil, rey de Samaria, Numilcu, rey de Ammon, y el de Asdod.» Vienen luego los reyes de Chipre: «Ikistu (Egisto), rey de Idalion (Idial), Pitaguru (Pythágoras), rey de Cicione, Itudagon, rey de Salamis, Iriil, rey de Paphos, Damasu (Dámaso), rey de Soli, Numisu, rey de Curion, Damusi, rey de Tamasos, Unasagusu, rey de Amathus, Buhli, rey de Limenia, y el de Upridissa (Aphrodision); diez reyes del país de Jatuan (Chipre) en medio del mar; en todo sojuzgué 22 reyes de la tierra de Jatti en la costa y en medio del mar (14).»

Lo dicho por los hebreos con respecto á la trasmigracion á Samaria de los pueblos del E., confírmalo el mismo Assarhadon en esta inscripcion, la cual dice expresamente que fueron trasportadas á Siria gentes del mar oriental y de la montaña al E. Por medio de estas inmigraciones consolidó Assarhadon su dominio sobre los Siros. Juntándose unos descontentos con otros, rompióse la solidaridad y cohesion de los indivíduos de aquella nacionalidad. Manasés, rey de Judá, figura entre los príncipes vencidos de Siria inmediatamente despues del príncipe de Tiro. No podemos decidir si Manasés se unió á los Sidonios para hacer frente al poder de Assarhadon, si vencido y desterrado cobró luego la libertad, ó si posteriormente, quizá en el reinado del sucesor de Assarhadon, intentó sublevarse y sufrió la suerte del vencido; pero esto último es lo más verosímil. Las inscripciones hasta ahora descubiertas dan noticias seguidas sólo de los nueve primeros años del reinado de Assarhadon. No es de extrañar que la crónica de los hebreos designe á Babel como el lugar del cautiverio de Manasés; pues vimos que Assarhadon lo mismo habitaba en Babilonia que en Nínive. Por otra parte, la significacion y poder de los colonos griegos eran grandes en Chipre á principios del siglo sétimo, como se ve por los nombres de los príncipes de Chipre: Egisto, Pythágoras, Damaso, Bulis, que

mandabanen Cicione, Idalion, Curion y Aphrodision.

Quedaron tambien sometidas las tríbus árabes de las cercanías de Siria y las del interior. Cuentan las inscripciones que Assarhadon elevó al trono de los árabes á una mujer de su palacio, llamada Tabuya, aumentó en 65 camellos el tributo que debian pagarle los vencidos, y les devolvió las imágenes de sus dioses. La muerte de otro príncipe árabe, llamado Hazael, permitió que fuese rey Yalhu, hijo de Assarhadon, el cual elevó á 50 camellos la contribucion que habian de pagar los antiguos súbditos de Hazael (15). Penetró Assarhadon en el remoto país de Bazu y Khazu, donde hacia muchísimo tiempo que nadie habia puesto la planta, y dió muerte á los reyes Kisu, Acbaru, Mansancu, Habisu, Niaru, Habanamru, y á las reinas Yapah y Bailu; llevándose á tierra de Asiria los dioses, las riquezas y las personas de los súbditos vencidos (16).

Pero Assarhadon hizo más que todo esto, alcanzando una victoria superior á todas las suyas. «Apoderóse de la la parte superior de Siria y Egipto,» que así lo dice un fragmento de Abydenos (17). Como Senaquerib habia abandonado ante las armas egipcias la conquista de Siria, reanudó luego sus luchas con Egipto y conquistó el antiguo imperio á orillas del Nilo. Acerca de la rota de Tirhaka tenemos escasísimas noticias. La inscripcion de las rocas de Nahr-el-Kelb, aunque deteriorada, deja traslucir que ella narra el vencimiento de Tirhaka, la toma de Menfis y la conquista de Egipto (18). En el reverso del relieve que adornaba la entrada del palacio de Assarhadon en Jalah, se lee: «Palacio de Assarhadon, rey de Musur (bajo Egipto), rey de Patrus (Egipto superior) (19), del país de Miluhhi (Meroe) y de Cux;» y el hijo y sucesor de Assarhadon nos dice que su padre descendió á Egipto, penetró muy dentro del país y derrotó á Tirhaka, aniquilando su poder militar. Conquistó el Egipto y la tierra de Cux, hizo innumerables prisioneros y sometió el país de uno á otro extremo. Dió á las ciudades otras denominaciones y confió el gobierno de ellas á sus criados y les impuso tributo (20).

No quiso Assarhadon encargar el gobierno de Egipto á

un solo rey tributario; y para mantenerlo en la obediencia, dividió el territorio egipcio entre veinte príncipes. A juzgar por los nombres, la mayor parte de ellos son egipcios y solo uno asírio. Nicuu (Neco) fué príncipe de Sais y Menfis, Sarludari de Zihinu, Pacruru de Pisaptu, Pestubastes de Tanis, Harsiesis (Horsihiset) de Sebennytos, Tapnajti (Tnephachtos) de Bunubu, Zikha de Sint, Lamintu de Jemmis, Sisac de Busiris, Muntimianje de Thebas (Niha) (21).

Sólo aproximadamente puede fijarse la época en que Assarhadon sojuzgó el imperio de Egipto. Las inscripciones dan noticias extensas de los hechos de Assarhadon hasta el año de Atarilu, esto es, el 673 a. C.; y como no mencionan la conquista de Egipto, puede esta fijarse en el año 673. Por otra parte, la lista de reyes de Maneton dicen que el reinado de Neco, príncipe de Sais, empezó en el año 672 a. C. (22). De donde podemos inferir que en este año debió de realizar Assarhadon la conquista de Egipto. Meroe y Cux no cayeron en manos del Asirio, y Tirhaka se sostuvo en el Nilo superior; porque es notoria exageracion la conquista de Meroe de que hablan las inscripciones.

Habia llegado Asiria á la cumbre del poder. Tiglat Pilesar I penetró hasta las fuentes del Tigris, y llegó á ver el Mediterráneo: Assurnasirpal sojuzgó la Cilicia y exigió tributos á los príncipes de las ciudades fenicias: Salmanasar II impuso tributos á Israél y á los pueblos de la montaña de Iran: Bin-nirar III dominó en Siria y el alto Iran: Tiglat Pilesar II puso bajo su dependencia la Arajosia y Babilonia, donde mandaron como reyes Sargon y Senaquerib: Assarhadon imperó no solamente en el Golfo Pérsico y Siria, sino que tambien le obedecieron los Medas y los árabes en una extension de territorio mayor que antes, y príncipes tributarios gobernaron en su nombre el fértil territorio del Nilo inferior.

En plena posesion de tales triunfos y en el apogeo de su poder cedió Assarhadon la corona de Asiria á su hijo Assurbanipal en el duodécimo *yyar* del año 668 a. C. en presencia del pueblo congregado al efecto, el cual rindió pleito homenaje al nuevo rey (23). El cánon de Tolomeo

dice que Assurbanipal comenzó á reinar en Babilonia en el año 667 a. C. Lo primera expedicion del nuevo rey fué la defensa de Egipto, invadido por Tirhaka, el cual se apoderó de Menfis. El gobernador de Asiria huyóse. Assurbanipal fué á Siria y recibió el homenaje de sus príncipes, igualmente que de 22 reyes de la costa y de alta mar (con ligeras diferencias, los mismos príncipes de Siria y Chipre, de Tiro y Judá, hechos tributarios por Assarhadon) (24), apresuradamente marchó á Egipto y derrotó en Carbanit el ejército de Tirhaka. Al saber esta rota, huyóse Tirhaka por el Nilo á Thebas; y aunque esta ciudad cayó en poder de los Asirios y acamparon en ella, se evadió Tirhaka. Repuso Assurbanipal al gobernador elegido por su padre, juráronle fidelidad en presencia de los grandes dioses, y despues de reconquistar el Egipto y la tierra de Cux, volvióse pacíficamente á Ninive cargado de botin. Pero faltaron al juramento Neco, príncipe de Sais, Sarludari de Zihinu y Pacruru de Pisaptu (25), los cuales, de concierto privado con Tirhaka, levantáronse contra Asiria. El gobernador de Egipto por Assurbanipal, que tuvo noticias de la conjuracion é intercepto los partes, puso presos á Sarludari y á Neco, enviándoles á Ninive cargados de cadenas: castigó la sublevacion de las ciudades de Sais, Mendes y Tanis, y dió pena de muerte á sus rebeldes moradores (26). Luego que fué vencido Tirhaka por fuerza de armas, volvió Neco á la gracia del Asirio, el cual lo restituyó á Egipto dándole ricos vestidos, anillos de oro, carros y caballos, y el gobierno del distrito de Sais; y le estrechó aún más enviando á Nebo-Nazban (así se pronuncia en asirio el nombre de Psammético), hijo de Neco, al gobierno del distrito de Atribis.

Aun todavía no estaba restablecida la tranquilidad en Egipto. Verdad es que, segun dicen las inscripciones, se aproximaba el fin de Tirhaka; pero su hijo y sucesor Urdamanes invadió nuevamente el Egipto, derrotó el ejército asirio en Menfis, y se apoderó de esta plaza. Assurbanipal se puso al frente de sus tropas, fué á Egipto y venció á Urdamanes en batalla campal. «Tomé yo mismo la gran ciudad de Thébas donde se habia fortificado Urdamanes y la destruí como si

hubiera pasado sobre ella un viento tempestuoso. Me llevé los tesoros de Urdamanes, dos grandes obeliscos situados delante de la puerta del templo y cubiertos de hermosos grabados, innumerables despojos y los moradores de ambos sexos (27).» Luego envió á sus criados á tierra de Cux, los cuales trasportarian á Nínive los metales preciosos, los tesoros de sus palacios, los caballos y los habitantes del país. «No Ammon (Thébas) dice el profeta Nahum, estaba asentada á la orilla del Nilo, cercada de agua, cuyo baluarte era el rio y el agua su muralla. En tu auxilio fueron los esforzados Etíopes y los Egipcios con innumerables fuerzas y Phut y Libya. Pero tambien ella fué al cautiverio: estrellaron sus niños en las encrucijadas de las calles, y sobre sus nobles echaron suertes y cargaron de cadenas á todos sus magnates (28).» La recuperacion de Egipto contra Tirhaka, la defensa de la cuenca inferior del Nilo ante la nueva tentativa de aquel insurrecto que se habia puesto de acuerdo con algunos vasallos de Assarhadon para reconquistar el Egipto, y finalmente el ataque de Urdamanes y la tentativa de Assurbanipal contra Cux sucedieron en el primer año de su reinado á los 668 y 664 años a. C. (29).

Unas lápidas descubiertas en el monte Barcal junto á Napata, capital de los Etíopes, hablan de expediciones contra Egipto emprendidas por dos príncipes de Meroe. Cuéntase en una de dichas lápidas cómo Pianji Meriamon vino al Sur de Egipto para defenderlo de las armas de Tafnejt (Tnephachthos), príncipe de Sais, el cual andaba por allí cerca á la mira de sojuzgar todo el Egipto. El ejército de Pianji vino á Thebas, derrotó el del Nilo inferior y penetró rio arriba. Tafnejt con los príncipes del bajo Nilo batió por segunda vez á Nemrut, á Sisac y á Osorcon de Bubastis. Nemrut, príncipe de Sesennu (Hermópolis), y Pefabast, príncipe de Heracleópolis, sometiéronse á Pianji, el cual puso sitio á Menfis que defendia Tafnejt con 8.000 hombres. Pianji dió seguridades á la ciudad de «que no haria derramar lágrimas á los niños, si se le abrian las puertas.» Pero todo fué inútil. Los muros fueron tomados por asalto, murieron muchos guerreros de Tafnejt y otros cayeron prisioneros. Luego se sometieron Petisis, princi-

pe de Atribis, y los demás del bajo Egipto, y finalmente, Tafnejt, el cual apellidó gracia en su favor. Todos los príncipes del Nilo inferior rindieron pleito homenaje; mas Pianji no los dejó en su retiro, «porque eran inmundos y comian pescado;» únicamente no molestó á Nemrut, que no era ictiófago. Luégo que Pianji sometió de esta suerte todo el Egipto inferior, volvióse á su reino cargado de botin (30). Pudiéramos sentirnos inclinados á creer que Pianji no murió á manos del hijo de la mujer de Tirhaka, y fué aclamado por los del Egipto superior, habiendo sido los príncipes del bajo Egipto, que él venciera, aquellos vasallos de Assurbanipal tan enérgicos defensores de su tierra con el apoyo de los Asirios, y que se le sometieron no muy de buena gana despues de la toma de Menfis, señalada en las inscripciones de Assurbanipal. La vuelta de Pianji á Meroe cargado de botin, como dice la lápida, sería en realidad su retirada ante el ejército asirio de Menfis á Thebas, y luégo á Meroe. Pero, segun la narracion de los Asirios, habia en Thebas un príncipe tributario, y en Menfis y Sais no reinaban Tafnejt ni Petisis, sino Neco y su hijo (el Tapnachti de los Asirios es príncipe de Bunubu). Los nombres de los demás príncipes, ménos los de Sisac y Petubastes, están completamente borrados en la lápida y en las inscripciones de Assurbanipal. Así la expedicion de Pianji debió ser en época anterior, quizá en la misma en que el rey de Meroe intentó por vez primera enseñorearse de Egipto.»

La otra lápida dice: Amon-meri-nut (Nut-meri-amon), en el año de su exaltacion al trono vió en sueño dos serpientes; y como preguntase la declaracion del sueño, se le anunció: «que pasaria el S. y conquistaria el N.» Púsose, pues, en marcha, y cuando llegó á Thebas saliéronle al encuentro el profeta del templo de Amon-Ra con los astrólogos, recibiéndole alborozados los moradores, que en un principio le tomaron por enemigo. Pero al acercarse á Menfis Amon-meri-nut, se le opusieron los hijos de la rebelion, á quienes venció apoderándose de Menfis, de cuya ciudad salió para batir á los príncipes del N. Permanecieron éstos encer-

rados en su muros; pero cuando vieron sitiadas sus ciudades, mostráronse desde las murallas á Amon-meri-nut, caido el semblante, y el príncipe de Pasupti, Piker, dijo: tú matas á quien quieres, y perdonas la vida á quien quieres, y todos desean y quieren ser tus siervos. Al oir esto, llenóse de alegría el corazon de Amon-meri-nut. Volviéronse los citados príncipes á sus ciudades, y enviaron á su señor las riquezas del N. y del S. (31). Como las inscripciones de Assurbanipal dicen que Urdamanes se fortificó en Thebas y en Menfis, y cuentan á Pacruru, príncipe de Pisaptu, entre los vasallos de Asiria, podria ser que los príncipes tributarios, despues que Thebas se declaró por el rey de Meroe, y éste venció á los Asirios y se apoderó de Menfis, se pasasen al conquistador de esta última ciudad, por creerle bastante fuerte para defenderlos de las invasiones asirias. Es, por lo tanto, posible que el hijo de la mujer de Tirhaka, el Urdamanes de Assurbanipal, el Amon-meri-nut de la lápida fuese del monte Barcal. Los nombres de Urdamanes y de Amon-meri-nut están separados uno de otro, siendo muy extraño que los Asirios no pensasen castigar la defeccion de los príncipes tributarios. Otra defeccion habia perdonado Assurbanipal á Neco y á su hijo, los cuales pudieron haber permanecido fieles á los Asirios y hacerles traicion algunos de los vasallos.

Sea de esto lo que fuese, Assurbanipal defendió el Egipto contra los príncipes de Meroe, y desterró á Egipto á los moradores de la ciudad de Carbit del país de Halahasta por él conquistada (32). No lograron mejor resultado las tentativas aisladas de los príncipes siros para sacudir el yugo de Asiria. Cuenta Assurbanipal que en su tercera expedicion invadió el territorio de Baal, rey de Tiro, que le habia negado la obediencia. Cercólo, y le obligó á beber agua del mar. Baal fué restaurado en su trono despues de someterse y entregar con un respetable tributo á sus hijas y á las de su hermano (33). Conquistó Assurbanipal el territorio de Iakinlu, rey de Arvad, que vivia en el mar (la ciudad de Arvad estaba situada sobre un islote cerca de la

costa), y no habia querido ántes someterse á los Asirios. Iakinlu se sometió, y hubo de enviar á Nínive á su hija con muchos regalos para la casa de las mujeres del rey. Assurbanipal confió el gobierno de Arvad al hijo de Iakinlu, Azibaal (34). Enviaron igualmente á Nínive á sus hijas y besaron los piés del asirio Mugallu, rey de los Tibarenos, que perpetraba latrocinios, y Sandasarmi, rey de Cilicia, que no habia obedecido al antecesor de Assurbanipal. Gyges, rey de Lydia, «país cuyo nombre no oyó mi padre,» dice Assurbanipal, envió un mensaje á Nínive. Su trono vacilaba, los Cimmerios le oprimian, y buscó abiertamente el apoyo de Asiria. Dicen las inscripciones que dió obediencia al rey de Asiria, y le ofreció tributo (35). El poder de Asiria llegó al O. del Asia menor y á las costas del mar Egeo.

Las otras expediciones de Assurbanipal fueron dirigidas contra el N. Axeri, rey de Minni, se negó á pagar el tributo, y los Asirios devastaron el país en dos invasiones sucesivas; los vasallos de Axeri se insurreccionaron y le dieron muerte. Valli, hijo de Axeri, se sometió, envió á Nínive su hija y pagó el tributo correspondiente, elevado por Assurbanipal á 30 caballos (36). Sarduri, rey de Ararat (Urarti), envió ricos presentes y reconoció la soberanía de Asiria. La insurreccion de Birizjadri, régulo de los Medas, y de los dos hijos de Gagui (Gog), otro régulo de los Sajos (Saji), Sariti y Pariza, fué vencida: apoderáronse los Asirios de 75 lugares fortificados, y condujeron prisioneros á Nínive á los tres jefes del levantamiento (37).

Assurbanipal encargó el gobierno de Babilonia á su hermano menor Samul-sum-ukin (el Samuges de Abydenos, el Saosdujinos del cánon de Tolomeo) (38), el cual pidió auxilio á su hermano para rechazar á Urtaki, rey de Elam (sucesor de su hermano Ummanaldas I), que invadió el territorio de Babilonia y llegó hasta acampar bajo los muros de dicha ciudad (39). «Para defender á Bel y Nebo, mis dioses, á quienes sirvo, reuní mis guerreros,» dice Assurbanipal; los Elamitas fueron rechazados á sus fronteras. No mucho despues

de esta malograda expedicion murió Urtaki, rey de Elam, sucediéndole en el trono su tercer hermano Teumman. Los hijos de los otros dos hermanos, dos hijos de Ummanaldas y los de Urtaki, temieron que Teumman quisiera desembarazarse de ellos para asegurar la sucesion al trono á su propio hijo, y huyéronse tierra de Asiria (40). Habiendo pedido Teumman su extradicion, nególa Assurbanipal; y comó le declarase la guerra Teumman é invadiera el territorio de Asiria, hizo un sacrificio Assurbanipal á la diosa Istar en Arbela, «la ciudad de la alegría de su corazon,» y oró diciendo: ¡Oh, tú, diosa de las diosas, temible en la batalla, diosa de la guerra, reina de los dioses, alegra el corazon de Assur, vence y aniquila á Teumman! Y la diosa oyó mi súplica y dijo: «No temas; yo te daré la victoria.» Aquella noche aparecióse Istar en sueño al vidente, con el arco en la mano, y anunció que el enemigo no habia de triunfar, y que ella protegia al rey de Assur en medio del combate (41). Replegóse Teumman, y esperó el ataque de los Asirios en una posicion inmediata al Eluleo (Ulai). Los Asirios y los hijos de Urtaki, Ummanigas y Tammaritu, lucharon con fortuna. Teumman, herido en la refriega, huyó acompañado de su primogénito; pero habiéndose roto el carro en la selva, fueron alcanzados y muertos los fugitivos. Assurbanipal dió á Ummanigas el trono de Susa. Un relieve del palacio de Assurbanipal muestra la proclamacion de Ummanigas como rey en Madactu y Susa por un general asirio (42). Fidalu, parte del territorio de Elam, gobernada hasta entónces por Istar-Nanjundi, al E. de Elam segun parece, quedó á cargo de Tammaritu. La cabeza de Teumman sirvió de trofeo al entrar en Nínive Assurbanipal, y luégo fué enclavada en la gran puerta de dicha ciudad (43).

Habia obtenido Assurbanipal una série de triunfos con la sumision de Egipto, Lydia y Elam, cuando la insurreccion de Samul-sum-ukin en Babilonia lo puso todo en confusion (650 a. C.) (44). En su deseo de dominar, abrió los tesoros de los templos de Bel, Nebo y Nergal, en Babilonia, Borsippa y Kutha, y envió ricos

presentes á Ummanigas, rey de Elam, para asegurar su apoyo, y lo consiguió (45). Samul-sum-ukin exigió á los gobernadores del territorio del Eufrates que tomasen parte en la rebelion; y aunque los de Erej, Arafa y Amida procuraron contener el movimiento, no lo consiguieron. Los de Babilonia, olvidando los beneficios recibidos, dice Assurbanipal, levantaron en armas contra él á los moradores de Sippara, Babilonia, Borsippa y Kutha, sus hermanos. «Los moradores de Accad, una parte de Caldea, los Arameos, los de la costa del mar y otros importantes súbditos mios (dice Assurbanipal), capitaneados por Samul-sum-ukin, mi infiel hermano, negáronme la obediencia. Los príncipes de Guti, del Occidente, de Meroe, sometidos por mí, tomaron parte en la rebelion» (46).

Esta insurreccion era tanto más de temer cuanto que Egipto estaba ya alzado en armas cuando Samul-sum-ukin rompió con su hermano; siendo el primero que siguió la señal dada por Babilonia. A la cabeza del movimiento insurreccional de Egipto púsose Psammético (en las inscripciones asirias Pisamilki), hijo de Neco, dos veces gobernador de Sais por Assurbanipal, ó como éste lo llama, Neboxabzan, gobernador de Atribis. Dice Assurbanipal que Gyges, príncipe de Lydia, «socorrió á Pisamilki, rey de Egipto, el cual habia sacudido mi yugo (47).» No sabemos si en esta ocasion fué cuando intentó sublevarse contra los Asirios el rey de Judá, Manasés, yendo á la zaga del general trastorno.

Assurbanipal supo conjurar los más graves peligros. El gobernador de Erej se sostuvo contra Samul-sum-ukin y logró vencer al ejército asirio y á los Babilonios, Elamitas y Arabes reunidos. Sippara, Kutha, Borsippa y Babilonia viéronse sitiadas, llegando en esta última á experimentar, tras largo asedio, los horrores del hambre; y habíanse comido ya, segun dice Assurbanipal, á sus hijos (48), cuando por fin abrieron las puertas (648 a. C.) (49). Samul-sum-ukin cayó en poder de su hermano, el cual «lo mandó quemar.» Todos los jefes de la insurreccion fueron severamente

castigados, y sólo perdonó á los que lograron escapar de los extragos de la guerra y del hambre. Un relieve del palacio de Assurbanipal nos lo muestra en su cuadriga contemplando á los prisioneros y el botin que tiene delante. Dice la inscripcion, que el rey mandó que le presentaran el manto régio de Samul-sum-ukin, sus vestiduras, sus mujeres, cuadrigas, generales y guerreros (50).

Vencida la insurreccion de Babilonia, dirigió Assurbipal todos sus esfuerzos á sofocar la de Elam, cuyo estado prometia seguro triunfo. Luégo que Ummanigas envió tropas á Babilonia en apoyo de Samul-sum-ukin, sublevóse Tammaritu y destronó á Ummanigas, sin cuyo auxilio no pudo sostenerse el nuevo rey, el cual, huyendo de «su siervo» Indabigas, fué á implorar y obtuvo el perdon de Assurbanipal (51); siendo de nuevo arrojado del trono por Ummanaldas, hijo de Atamitu (52). Esta vez no encontró quien lo defendiera. Paje se hizo dueño de una parte del país. En tales circunstancias no podia ser dudosa la victoria. Assurbanipal envió tropas al mando de Belibni contra el territorio de Dur-Yakin, gobernado en calidad de príncipe tributario por Nabu-bel-zikri,, nieto del jóven Merodaj-Baladan (tal vez hijo de Nahid-Merodaj), el cual tomó al parecer parte en la sublevacion de Samul-sum-ukin, y luégo huyóse á Elam. Indabigas, y luégo Ummanaldas, pidieron su extradicion; y estando Ummanaldas á punto de conseguirla, Nabu-bel-zikri se dió la muerte (53). En seguida pasó la frontera el ejército asirio, abandonando Ummanaldas su capital Madactu para refugiarse en los montes. Assurbanipal dice haber conquistado unas 30 ciudades. En la segunda expedicion recorrió, saqueándole, el territorio de Elam en un mes y veinticinco dias (treinta y un dias). Conquistó catorce ciudades y se dirigió luégo Assurbanipal á Susa y logró apoderarse de la antigua metrópoli de Elam, «la gran ciudad asiento de los dioses» (645 a. C.) (54). Ummanaldas fué al fin sorprendido en el monte «cual un ave de rapiña,» y conducido á tierra de Asiria. Dióse Paje al vencedor Assurbanipal. Los dioses de Susa,

treinta y cinco estátuas del rey de Elam que habia en Susa, Madactu y Huradi, fueron trasportadas á tierra de Asiria. Volvió á Erej, de donde la sacaron ántes los Elamitas, la imágen de la diosa Nana. Dice Assurbanipal que desterró de Elam á sus moradores y los repartió por su imperio.

«Até á mi carro régio á Ummanigas, Tamaritu, Paje y Ummanaldas, sucesores de Teumman en el trono de Elam (55).»

Assurbanipal tomó las riendas del gobierno de Babilonia, la cual no podia ya buscar en los Elamitas apoyo contra los Asirios. No contento Assurbanipal con tales victorias, movió sus armas contra los Arabes, que habian cooperado en la faccion de su hermano (56). Abiateh y Guaiti, dos régulos árabes, pelearon en el ejército de Samul-sum-ukin, y con éste fueron vencidos (57). Ammuladin, rey de los Cedaríes, y Adiya, princesa de los Arabes, cayeron en manos del rey de Moab, el cual los entregó al de Asiria (58). Assurbanipal dirigióse contra Guaiti y Abiateh, y venció las innumerables turbas de Guaiti, cuyas tiendas quemó. Sometióse Abiateh, el cual fué perdonado, y obtuvo los dominios de Guaiti. Huyóse éste á tierra de Nadnu, rey de los Nabateos, en union de los cuales hubo de conspirar luégo contra Abiateh. Los Nabateos y los siervos de Atarsamain (i. e. de Istar) (59) fueron vencidos en su propio territorio por un ejército asirio, quedando prisioneros Abiateh y su hermano Guaiti, y su hijo: innumerables camellos y ganados se llevaron los vencedores. En Nínive desollaron vivo al hermano de Abiateh, y sacaron los ojos al hijo de Guaiti (60).

De esta suerte se extendieron los Asirios por el territorio de los Arabes, al par que consolidaron su dominacion en Siria. Cuentan las inscripciones que Acco fué destruida por no poder defenderse despues de vencidos los Arabes (61). Cilicia y el E. del Asia menor dieron tambien la obediencia. A no ser por esto, no habria podido Ardys, rey de Lydia, hijo de Gyges, que habia sucedido á su padre en el año 654 a. C., dar el paso de reconocer nuevamente la soberanía del rey de Assur para

recabar el apoyo de éste contra los Cimmerios que oprimian á los de Lydia. No parece que despues de vencer á los Arabes haya hecho Assurbanipal ninguna tentativa para la reconquista de Egipto. En cambio empeñóse muy sériamente en sojuzgar la Siria el Faraon Psammético, libertador de Egipto, si es cierta la afirmacion de Heródoto, el cual asegura que Psammético estuvo sitiando por espacion de 29 años la gran ciudad de Siria, Asdod (Azotos), hasta apoderarse de ella. «Esta ciudad, añade Heródoto, sufrió el sitio más largo de que tenemos noticia (62).» No podia Psammético sitiar la ciudad de los filisteos, Asdod, ántes de conquistar sus fortalezas de Rafia, Gaza y Ascalon, que estaban al Sur; siendo su propósito al atacar dichas ciudades el dificultar la marcha á Egipto del ejército asirio. En el Sur de Filistea tenian que proveerse de forrajes, y sobre todo de agua, ántes de aventurarse á pasar el desierto. Psammético tenia que luchar, no tanto con las fuerzas de los filisteos, como con las tropas asirias que guarnecian dichas ciudades y las fuerzas de refresco de Asiria. Diodoro Sículo narra la manera de ponerse en órden de batalla el ejército de Psammético en sus luchas con los Siros (63). Es imposible que durase 29 años el cerco de una ciudad. Tocante á la noticia de Heródoto, puede asegurarse que la guerra entre Egipto y Asiria sobre la posesion de las ciudades filisteas de la costa duró 29 años. Contando desde la muerte de Psammético, tendremos que la guerra de Siria comenzaria lo más tarde en el año 639 a. C.; y desde la invasion de los Scythas en Siria, que debió interrumpir por lo ménos esta guerra, esto es, desde el año 626 a. C., deduciremos que Psammético se levantaria contra Babilonia en el año 655 a. C., y simultáneamente la emprenderia con las ciudades de los filisteos. Es cosa averiguada que la separacion de Psammético de los Asirios debió suceder verosímilmente en este año, y en ningun caso con posterioridad al 652 a. C. (64).

V.

DEL GOBIERNO, RELIGION Y ARTE

DE LOS ASIRIOS.

«Era Assur cedro en el Líbano (dice el profeta Ezequiel), umbroso con sus ramos y de grande altura. Las aguas lo hicieron crecer, encumbróle la alta marea: sus rios iban alrededor de su pié, y á todos los árboles del campo enviaba sus canales. Por tanto, se encumbró su altura sobre todos los árboles del campo, y multiplicáronse sus ramas á causa de las muchas aguas. En sus ramas hacian nido todas las aves del cielo, y debajo de su ramaje parian todas las bestias del campo, y á su sombra habitaban muchas gentes. Hízose hermoso en su grandeza con la extension de sus ramas. Los demás cedros no lo cubrieron en el jardin de Dios; los cipreses no le igualaron, y los plátanos no fueron semejantes á sus ramas. Ningun árbol en el jardin de Dios fué semejante á él en su hermosura. Hícelo yo (Jehová) hermoso con la multitud de sus ramas, y todos los árboles de Eden tuviéronle envidia (1).»

No hay estado en el antiguo Oriente que, contenido en un territorio relativamente pequeño y disponiendo de escasos recursos materiales, se elevase tanto como Asiria y conquistara una supremacía que supo defender por mucho tiempo harto enérgicamente. Junto á Babilonia crece lento y trabajoso este imperio envuelto en contínuas y tenaces guerras. Grandísimos esfuer-

zos hubo de costar á los Asirios penetrar en las fuentes del Tigris y del Eufrates, conquistar el país de Van y el de Ararat, sojuzgar á los Moscos y Tibarenos, y apoderarse del S. E. del mar Negro. La feliz tentativa de Tiglat Pilesar I para conquistar el N. de Siria y el Mediterráneo, no tuvo, sin embargo, consecuencias duraderas. Desde principios del siglo noveno adquirió el reino de Asiria mucha extension al N. E. y O. Assurnasirpal se extiende por el Amanos, el Orontes, el Líbano, y recibió tributo de las ciudades fenicias. Salmanasar II hace los mayores esfuerzos contra Hamat y Damasco, y simultáneamente obliga á pagar tributo á los pueblos del Occidente del alto Iran. A fines del siglo noveno impera Bin-nirar III desde la costa del Méditerráneo hasta más allá de la montaña de Iran. A mediados del siglo octavo, Tiglat Pilesar II penetra en Arajosia y sostiene por lo ménos su dominacion sobre los Medas y los Persas; humilla al O. á las ciudades de Hamat, Damasco y Samaria; rinden pleito homenaje al gran rey de Assur los Judíos, los Filisteos y todos los príncipes de Siria. La emprendió primeramente con Babilonia, y obligó al Sur de Caldea á reconocer la soberanía de Asiria. Sargon defiende luégo la Siria de las armas egipcias, y agrega á la corona de Assur la de Babilonia: Chipre y las islas del golfo pérsico le reconocieron por soberano. Senaquerib mantiene su dominacion sobre Babilonia, no obstante las repetidas insurrecciones, teniendo á raya á los Elamitas y á los Medas; y aunque no pudo rechazar de Siria á los de Egipto, conservó, sin embargo, su soberanía sobre la mitad del Oriente del Asia menor. Assarhadon reina en Assur y Babel, recupera la Siria, somete á los Arabes de uno á otro confin de su territorio como en tiempos de Tiglat Pilesar II, y conquista el Egipto. Los ejércitos de su sucesor triunfaron en Menfis, Thebas, Babilonia y Susa. Expediciones posteriores acabaron con el antiguo reino de Elam, y por el O. obligaron á someterse á los de Lydia.

Ningun otro imperio cuenta, como Asiria, tan larga série de príncipes guerreros, activos é incansables en

la pelea. Creian los Asirios pelear, no sólo por su dominacion y fama, sino tambien por sus dioses, Assur, Sin y Samas, Istar, Bin y Adar, al hacer guerra á los pueblos que no adoraban á estas divinidades. Tan extraordinaria actividad por parte de los príncipes explica la solidez y siempre creciente extension del poder asirio. La incansable actividad de estos príncipes corre parejas con su torpeza para organizar la administracion y el gobierno, único medio de asegurar la dependencia de los pueblos sometidos. Los reyes de Asiria salian á campaña, derrotaban á sus enemigos, y luégo se contentaban con hacerlos tributarios y poner en las ciudades su estátua tallada en las rocas de la tierra conquistada. Así que los vencidos dejaban de pagar el tributo, comenzaban de nuevo las hostilidades, destronaban al adversario y daban la corona á otro, que empezaba el mismo juego en cuanto se le ofrecia la más mínima ocasion de sacudir el yugo asirio. Dada la tenacidad de las tribus semíticas y de los habitantes de las montoñas del N., veíanse los reyes de Asiria condenados á estar contínuamente con las armas en la mano. Castigaban los reyes asirios á los rebeldes de un modo bárbaro destruyendo sus ciudades: á los príncipes insurrectos y á sus más notables cómplices solian imponer terribles penas, como desollarlos vivos, sacarles los ojos, empalarlos ó quemarlos sin dar la menor señal de espanto. A veces perdonaban á los príncipes insurrectos: una vez sometidos, les restauraban en su trono, aunque se hubieran sublevado más de una vez. No con demasiada frecuencia levantaban los reyes de Asiria fortalezas para defender su soberanía en los pasos del Eufrates, en el país de los Medas, en las fronteras de Elam y en Siria. Tenian gobernadores asirios únicamente en las tierras de corta extension, á juzgar por lo que sabemos; al paso que en los territorios extensos y en las grandes poblaciones, en las ciudades y principados de Siria, estaban á la cabeza del gobierno mandatarios indígenas. A las veces intentaban los reyes de Asiria estrechar sus relaciones con los príncipes tributarios, haciéndolos entroncar con su familia. Sólo

en Babilonia gobernaron, y no siempre con felicidad, vários hijos y hermanos del rey. Un progreso notable de la política asiria fuélo el de Assarhadon al confiar á veinte príncipes el gobierno de Egipto, en vez de encargarlo á uno solamente. Para mantener en la obediencia á los vencidos, apelaban los reyes asirios al medio de trasegarlos en todo ó en parte: sistema que no producia efectos notables en las nacionalidades del Asia anterior ni en la montaña de Iran, y sí únicamente á costa de repetidos ensayos en territorios de poca extension y de corto número de habitantes, tales como Israel, Hamat y las tribus árabes.

Con un gobierno tan mal organizado, y disponiendo los reyes de Asiria de escasos medios, se explica cómo pudieron tener ocupados á sus pueblos en constantes guerras y sacar de un territorio no muy extenso hombres y recursos para levantar cargas tan pesadas. Es cosa fuera de duda que los reyes de Asiria mandaban sin cortapisas en sus dominios hereditarios, porque reunian en su persona los cargos de primer magistrado, sumo sacerdote y generalísimo; á ellos revelaban los dioses su voluntad, apareciéndoseles en sueño y prometiéndoles su proteccion. En las tablas de piedra que representan las imágenes del rey, se ven á la izquierda de las mismas los símbolos de los dioses protectores del sol y de la luna, un casquete acabado en punta y una corona con alas, que son, al parecer, emblemas del dios Assur. En los monumentos que figuran batallas y expediciones venatorias, está representado el dios magno Assur en actitud de cubrir el carro del rey. Los encargados de ejecutar los mandatos de los dioses son los reyes, que con el auxilio divino vencen á los enemigos y á los príncipes rebeldes. Los reyes, y no los sacerdotes, ofrecen sacrificios: en su palacio de Cuyundxic se ve á Senaquerib derramando la libacion sobre cuatro leones muertos por él en una cacería y colocados delante del altar. En otros monumentos aparece el rey con un vaso de asa en la mano, que contiene presentes para los dioses, ó levantando en alto una tapadera de pino. El rey usaba en los sacrificios vestidu-

ras sagradas especiales: llevaba pendientes del cuello unas imagencitas del sol y de la luna con casquete acabado en puntas, un vaso, un bidente, y en la mano un cetro pequeño. Los sacerdotes están á su lado sirviéndole: detrás de la imágen del rey se ven génios alados protegiendo al sacrificador.

Unicamente el rey usaba la empinada tiara (kidaris), especie de casquete alto en forma cónica truncado por la parte superior; sólo el rey habla en las inscripciones. Lo que hacen los generales, lo cuenta el rey como inmediatamente realizado por él. La servidumbre régia estaba á cargo de eunucos, que se distinguen en los monumentos por la obesidad, mejillas sin pelo de barba y cabellera lisa, al paso que las demás figuras llevan el pelo largo y rizado y bien aliñadas barbas. Los eunucos llevan el quitasol y el abanico del rey, son sus coperos y los introductores de los que iban á rendir pleito homenaje ó á pagar el tributo, y tambien hacian las veces de escribas régios. Como empleados públicos, vemos á los eunucos en los carros de guerra desempeñando el oficio de generales de division.

Del organismo administrativo tenemos noticias poco satisfactorias. El profeta Nahum habla de los gobernadores y magnates del rey de Assur, de los príncipes asirios, tan numerosos como la langosta, y de sus generales, que compara á un enjambre de insectos (2). Ezequiel mienta á los gobernadores de Asiria magníficamente vestidos de púrpura azul, «caballeros en caballo y todos son mancebos amables» (3). Del almanaque asirio de principios del siglo noveno que ha llegado á nosotros, resulta que los años se designaban regularmente con los nombres de ciertos altos empleados en determinada série. Llamábase el primero año de Tartanu (Tartan), el generalísimo del rey; los demás tomaban nombre de las siguientes dignidades: mayordomo de palacio, jefe del harem (ó éste primero que aquél), consejo privado, príncipe reinante, gobernadores de las ciudades ó territorios de Rezef, Nisibis, Arafa y Jalah. En la segunda mitad del reinado de Assurbanipal, figura ya en la série de los altos empleados el gobernador de Babilo-

nia (4). De lo dicho se infiere que existia entre los Asirios una gerarquía de autoridades superiores; siendo la costumbre de designar los años con los nombres de los empleados y con el de sus servidores los acontecimientos notables, una prueba de que habia órden y actividad en las funciones del gobierno de Asiria.

Las inscripciones muestran que los Asirios apuntaban los acontecimientos más remotos con la fecha en que sucedieron, y llevaban la cuenta del número de enemigos muertos y prisioneros, de las reses confiscadas, de los cautivos y desterrados y de los tributos que recibian. En los relieves de la época de Sargon y en la posterior se ve al escriba apuntando para el rey en tiras de cuero breves noticias sobre los generales en campaña, y el éxito que tuvieron y acerca de los sucesos de los pueblos vecinos, refiriéndose con frecuencia á diarios más detallados. Nos queda tambien una muestra de la correspondencia diplomática entre Asiria y Elam, un escrito de Ummanaldas II, rey de Elam, sobre el nieto del jóven Merodaj-Baladan que se acogió á él, y una proclama de Assurbanipal á los súbditos de Nabu-bel-zikri anunciándoles que los toma bajo su proteccion y los envia á Belibni por gobernador (5). Tocante á la administracion dicen únicamente las inscripciones que el rey mandó construir depósitos para los despojos de guerra y para los caballos y bagajes del ejército. De estas noticias se deduce que la administracion indígena funcionaba regularmente; porque la organizacion del ejército y las máquinas de guerra suponen una administracion activa y esmerada, que daba consistencia al Imperio, y facilitaba á sus titulares la conservacion y aumento de su supremacía por lo mismo que la corona no siempre se trasmitia por herencia. Tiglat Pilesar I cita cuatro de sus predecesores que llegaron al trono por sucesion hereditaria. Los reyes se dicen siempre hijos y descendientes de su antecesor. Hasta la época de Sargon no tenemos noticia de regicidios ni de insurrecciones capitaneadas por hijos de reyes. Sargon parece que fué el fundador de una nueva dinastía, porque no se titula hijo de su antecesor

(Salmanasar IV), ni llama progenitor á ninguno de sus predecesores; pero la corona se trasmitió en su familia hasta la caida del Imperio, no obstante que Sargon y su hijo Senaquerib murieron asesinados, y Assarhadon, ántes de llegar al trono, hubo de sostener guerra con los asesinos de su padre, y Assurbanipal se vió precisado á combatir la insurreccion de su hermano para defender su corona.

La guerra era, sin duda, el primer cuidado de los reyes de Assur, cuya actividad militar, sostenida por un ejército siempre dispuesto al combate, era el único fundamento de su poder allende las fronteras de Assur. Isaías dice de los guerreros de Asiria: «Al cabo de la tierra vienen prontamente. No hay entre ellos cansado, ni que vacile. Este pueblo duerme ligeramente. Ninguno se desata el cinto de los lomos, ni rompe la correa de sus zapatos. Sus saetas están aguzadas y todos sus arcos entesados. Las uñas de sus caballos son como de pedernal y sus cuadrigas como torbellino. Braman como leoncillos, apañan los despojos y nadie se salva» (6). Segun dice Heródoto, llevaban los Asirios yelmos de metal de singular estructura, petos de cáñamo, lanzas, escudos y espadas á la egipcia y mazas con puntas de hierro (7). A juzgar por los monumentos, la infantería asiria estaba repartida en cuadrillas que se diferenciaban por el traje y el armamento: la infantería pesada llevaba yelmo cónico ó casquete redondo con una cresta elevada guarnecida de pelo, cota de placas ó anillos de acero para defender el pecho, ó coraza guarnecida de escamas en vez de placas y anillos, escarcelas desde la rodilla hasta el tobillo ó martingala. Cubríanse, además, con escudos ovalados ó en forma de cruz. Eran sus armas ofensivas la lanza y una espada corta ó corva que llevaban pendiente del tahalí. Tenian tropas ligeras compuestas de honderos y arqueros, los cuales solian llevar escuderos con rodelas de la altura de un hombre que se colocaban delante de los arqueros. Los reyes peleaban desde su carro armados de arcos y flechas. Tal era antiguamente el modo de guerrear de los príncipes y magnates en la India, Egipto, Asiria, Filis-

tea, Hazor y Damasco. Miéntras los Hebreos fueron labradores y ganaderos, peleaban á pié; cuando establecieron la monarquía hemos visto que el primer cuidado de los príncipes era proveerse de carros. El general del ejército asirio peleaba tambien desde su carro y era además abanderado. El arma especial del ejército asirio era el carro, del cual tiraban tres caballos: dos sujetos al yugo, y uno fuera de él. Iban en el carro tres hombres, á saber: el auriga y un arquero con su escudero, provistos de cotas de mallas, que solo dejaban libres los brazos, y escarcelas de escamas. A las veces el automedonte y el arquero llevaban cada uno detrás un escudero. En el ejército asirio, como en el de los Faraones, no faltaba la caballería, compuesta de numerosos escuadrones de bien amaestrados caballos; y los soldados manejaban unos la lanza y otros el arco, yendo montados quiénes en pelo, quiénes en albardones. Ni tampoco eran raras las paradas, y en ellas llevaban suelta la lanza en la mano derecha y embrazaban el escudo con la izquierda. Formaban el campamento distribuyendo las tiendas en filas atravesadas por una calle ancha, en medio de la cual se alzaba la tienda del rey, al cual vimos ya sentado en su trono con el arco en la una mano y la flecha en la otra. En las tiendas espaciosas encendian fuego los guerreros y ponian vasijas sobre piedras, al paso que en otras cuidaban de los heridos. Hemos visto cómo vadeaban un rio los Asirios: el rey, los carros y el bagaje á fuerza de remos, hombres y caballos á nado, aquellos ayudados de odres llenos de viento, cual sucede hoy dia en Mesopotamia. Otras descripciones representan los barcos con doble fila de remeros. En la batalla se ve que las líneas de la infantería pesada esperan el ataque del enemigo: el primer soldado con la rodilla en tierra y la lanza en ristre, el segundo en postura algo inclinada y enristrada tambien la lanza, miéntras que los arqueros en la tercera línea disparan sus flechas por cima de las otras dos. Luégo viene el rey magníficamente vestido en un carro tirado por caballos ricamente enjaezados, disparando contra las filas enemigas un dardo tras otro, bajo la

proteccion de Assur. En algunos relieves la infantería y caballería enemigas lanzan dardos corriendo y de espaldas, á semejanza de lo que hacian perfectamente los Medas y los Persas. Tambien se ven defenderse de este modo á los que montaban camellos. Los más de los relieves presentan á los enemigos de los Asirios encerrados en ciudades bien fortificadas con elevados muros y torres almenadas, y á las veces con tres órdenes de defensas. Los fuertes estaban situados en las alturas rodeados de viñas ó de selvas de pinos y abetos, bien á orillas de los rios junto á los bosques de palmeras, cuyo fruto servia de alimento durante el año de sitio. Otras descripciones figuran con tortugas y grandes pescados, etc., la situacion de la ciudad enemiga á orillas de un rio ó en la costa del mar. Supieron los Asirios el arte de poner sitio á una ciudad y de rendirla (8), ya socavando sus muros ó penetrando en ella por caminos subterráneos (9). El modo usual de atacar una ciudad consistia en rellenar los fosos y abrir luégo brecha en los muros por medio de arietes, los cuales descansaban en ruedas y estaban cubiertos de pieles de animales ó protegidos por una torre de madera, que giraba sobre ruedas, y servia de parapeto á los tiradores para acercarse al muro. Los monumentos describen tambien máquinas para lanzar piedras. Abierta la brecha, avanzaba la infantería protegida por la tortuga. Cuando querian escalar el muro, buscaban los arqueros, si era posible, una posicion á cubierto de los tiros enemigos, desde la cual lanzaban muchos dardos sobre los defensores de las murallas para ahuyentarlos de los parapetos, en tanto que la infantería pesada arrimaba las escalas. Los sitiados procuraban evitar el asalto lanzando sobre los sitiadores una lluvia de dardos, piedras y tizones incendiados. Escalado el muro, indican los sitiados su rendicion levantando las manos, y se ve á las mujeres huir montadas en mulos ó camellos, ó pedir gracia de rodillas y juntas las manos. El vencedor reune los despojos de la guerra: armas, trípodes, vasos, camas, sillas; y luégo ponia centinelas, miéntras otros traian á sus generales las cabezas de los vencidos, cuyo número

apuntaban los escribas. Llevábanse los ganados de los vencidos: camellos, ovejas y machos cabríos; cargaban de cadenas á los prisioneros y conducíanlos á la presencia del rey, que estaba sentado en su trono. Luégo los vemos caminar con pesados hierros en las manos y piés, atadas las manos, perforados los lábios y narices, unas veces de dos en dos y otras en cuadrilla, custodiados por guardias que los maltrataban á golpes. El rey ponia el pié en el pescuezo á los príncipes cautivos, alanceaba á unos y cubria á otros de dardos. El vencedor hacia su entrada triunfal en la metrópoli con músicas y soldados que iban delante del carro régio, y á las veces llevaban las cabezas de los príncipes vencidos.

La última defensa del Imperio consistia en las fortificaciones de las capitales. No ménos que de sus palacios cuidaban los reyes de Assur de las murallas de sus capitales, de cuya renovacion pocas veces hablan las inscripciones. Cuenta Diodoro Sículo, copiando á Ctesias, que la ciudad de Ninos (Nínive) formaba un largo cuadrilátero de 480 estadios (12 millas) de circunferencia, con sus muros de cien piés de alto flanqueados por 1.500 torres de doble elevacion. Un escrito de los Hebreos, perteneciente al cuarto siglo a. C., afirma que Nínive tenia tres jornadas de periferie y contaba entre sus habitantes 120.000, que no distinguian su mano izquierda de su mano derecha; esto es, niños en los primeros años de la vida. De más peso es el testimonio de Nahum, el cual, á mediados del siglo séptimo a. C., dice que «Nínive rebosa de gente como un estanque de agua; sus mercaderes son más numerosos que las estrellas del cielo (10).» Nínive estaba situada frente á Mosul, segun deducimos de las ruinas de Cuyundxic y Nebi Junus; y por lo que resta de los muros, se sabe la circunferencia que tuvo realmente; porque su figura era la de un cuadrilátero largo, aunque un tanto irregular. Al O. de la ciudad pasaba el Tigris; el muro de este lado tenia junto al antiguo lecho del rio una extension de 13.600 pies; el del E., que era más largo, media 16.000; el del N., 7.000; el del S., que era más corto, tenia sólo la mitad de esta

extension (11); de suerte que el circuito de la ciudad no tenia dos millas (una milla y dos tercios), ni siquiera la sexta parte de la circunferencia que dice Ctesias. Ni áun contando el circuito del fuerte muro exterior que da al E. y se extiende desde la embocadura del Khosr en la ciudad, hasta el arroyo que desagua en el Tigris al S. de Nínive, formando una línea doble en figura de cuadrilátero, y suponiendo que la ciudad de Sargon estuviese á dos millas al N. E. de Nínive sobre la orilla izquierda del Khosr, el rádio de ámbas ciudades no tendria más de tres millas. Como el régio alcázar y los templos de Nínive comprendian una parte no despreciable del circuito, se calcula que la poblacion seria de 200.000 almas; y abarcando tambien una gran parte de la ciudad el palacio de Sargon, resulta que Nínive y Dur-Sarrukin apénas tendrian 300.000 habitantes.

A cuatro millas al Sur estaba situada Jalah, otro sitio del rey de Assur, fundada por Salmanasar I. Por la naturaleza del terreno era Jalah todavía más fuerte que Nínive. Defendíala tambien al O. el rio Tigris, en el cual desembocaba el Zab mayor á milla y media al S. de Jalah. El curso del Tigris formaba de N. E. á S. en línea recta y tambien al E. de la ciudad la primera línea de defensa, aumentada todavía por el Bumodos (Ghasr), afluente considerable del Zab mayor, que corria de N. á S. y á dos millas al E. de Jalah desaguaba en el Zab, á poca distancia de la desembocadura de éste en el Tigris. Assurnasirpal mandó construir un acueducto, derivado del Zab, más allá de su desembocadura en el Tigris, que tomando la direccion del N. llegaba á Nínive. Formaba la ciudad, como ya hemos dicho, un cuadrilátero regular, cuya extension equivalia á la mitad de la circunferencia de Nínive; los palacios reales ocupaban el S. O. de la ciudad. Es posible que hubiera un extraordinario sistema de defensa para proteger juntamente á Jalah y Nínive. Al N. de Jalah, junto al arroyo de Xordere, que pasa por delante del lado meridional y oriental de Jalah, se encuentran montones de ruinas que llegan hasta Keremles, y to-

mando luégo la direccion del N. al través de la llanura hasta Khorsabad. Posible es que esta línea de castillos sirviese de fundamento á la tradicion que da á Nínive doce millas de circunferencia, la misma atribuida por Heródoto á Babilonia.

La tercera capital de Assur, ó la cuarta si se incluye en este número á Dur-Sarrukin, era más antigua que Nínive y Jalah, y estaba situada sobre la banda occidental del Tigris. Los escombros de Kileh-Sergat, de los cuales queda en pié una colina en figura de cono, indican su situacion. En dichas ruinas se ven únicamente montones de ladrillos, y de vez en cuando algunas piedras de sillería. Todavía se ve el surco de los antiguos muros: esta ciudad formaba tambien un cuadrilátero, cuyo rádio era menor que el de Jalah (12).

Jenofonte describe las ruinas de Jalah y Nínive del modo siguiente. Pasado el Zab mayor, los Griegos, atacados por los Persas, anduvieron en este dia 25 estádios hasta que llegaron por la tarde á unos lugares. Despues de un dia de descanso emprendieron la marcha, que retardó un nuevo ataque de los Persas, y llegaron por la tarde al Tigris. «Aquí habia una ciudad grande y solitaria, llamada Larissa. Los muros de ella tenian 25 piés de espesor y 100 de altura: el circuito de los mismos dos parasangas (milla y media). Eran los muros de ladrillo cocido al fuego: el cimiento era de piedra de sillería hasta la altura de 20 piés. Habia en esta ciudad una pirámide de piedra, en la cual se habian refugiado las gentes de muchos lugares vecinos.» Tras una marcha de seis parasangas (4 millas) llegaron los Griegos «á una fortaleza grande y abandonada» junto á una ciudad cuyo nombre era Mespila. Los cimientos de los muros son de piedras conquilióforas lisas, y tienen 50 piés de espesor y otros tantos de altura. Sobre estos cimientos alzábanse los muros, construidos de ladrillos duros como la piedra, y tenian igualmente 50 piés de espesor y 100 de altura: el rádio de los muros media seis parasangas (13). De esto se deduce que Jalah y Nínive estaban rodeadas de fuertes muros: los de Jalah tenian 120 piés de elevacion por 25 de espesor;

los de Nínive 50 de espesor y 150 de altura. El circuito de seis parasangas, esto es, de cuatro millas, se explica naturalmente teniendo en cuenta que Jenofonte creyó pertenecientes á la misma ciudad las dos millas que distaba de Dur-Sarrukin la fortaleza abandonada, sita en sus inmediaciones. Con seguridad puede afirmarse que los reyes de Asiria no omitieron medio alguno para hacer inexpugnables á las dos ciudades, especialmente á Nínive y Dur-Sarrukin. El espesor de los muros bastaba para resistir á los arietes, y la altura de las almenas impedia que hiciesen mella los dardos y las piedras y el arrimo de las escalas. Los muros de Nínive, construidos de ladrillo, tienen hoy dia veintiseis piés de altura, y sus cimientos son de bien cortada piedra calcárea: los restos de las murallas de Dur-Sarrukin tienen 45 piés de espesor.

En el curso de nuestra narracion hemos hablado suficientemente de los palacios y templos que á porfía mandaron construir en Nínive, Jalah y otras capitales los reyes de Assur desde los primeros tiempos del Imperio. Estos palacios, que los reyes erigian para su morada, eran al mismo tiempo monumentos de sus hazañas y pregoneros de su fama. Assarhadon y Assurbanipal no cedieron á sus predecesores en esto de hacer obras de pública utilidad. Ya hablamos de las grandes obras que emprendió Assarhadon en Babilonia, Bet, Saggatu y Asiria, de los templos que mandó erigir en Babel y de la restauracion de sus muros. En Nínive agrandó el magnífico palacio construido por su padre y los más pequeños que estaban situados al Sur, cuyos solares muestran los montones de ruinas de Nebi Junus. En Jalah erigió su palacio al S. O. del terraplen sobre que se alzaban los palacios reales; de suerte que en el rádio vendrian á estar contiguos este palacio y el de Assurnasirpal. Una ancha escalera conducia á la fachada meridional, adornada de una galería doble que guardaban leones y esfinges. Estas son leonas con alas, y las que tienen cabeza humana llevan ceñida la tiara asiria, que remata en puntas. Dichas figuras, que en vano buscamos en Asiria, vienen á ser imitaciones de

la escultura egipcia. De las inscripciones se deduce que Assarhadon mandó construir este palacio en los últimos años de su reinado y despues de la conquista de Egipto. En la parte posterior de los relieves de la galería se dice Assarhadon rey de Babilonia, de Egipto, de Patrus (Pa-Hator, Thebas), de Meroe y Cux. Por otra parte, es manifiesto que el tal palacio quedó sin concluir, habiendo empleado Assarhadon, para decorar el salon de su nueva obra, los relieves de la galería que daba al palacio de Tiglat Pilesar II. En las paredes se ven placas lisas junto á las que tienen relieves, señal de que la muerte del rey fué causa de la interrupcion de las obras. Assurbanipal mandó edificar un palacio en Tarbisi (Xerif-Jan) (14), concluyó durante su reinado el palacio de su abuelo en Cuyundxic, y dice que renovó, mejoró y llevó á cabo esta última obra con el concurso nada voluntario del rey de los Arabes, á quien hizo prisionero despues de vencer una insurreccion capitaneada por él (15). Cuenta luégo que mandó reedificar desde los cimientos hasta las almenas los muros de Nínive, construidos por Senaquerib, y maltratados de resultas de los grandes aguaceros que todos los años enviaba el dios Bin (16).

En las ruinas de Cuyundxic se han descubierto una multitud de inscripciones, que pasan por ser la biblioteca ó archivo de Assurbanipal (17); contiene la narracion del gran diluvio y de la bajada al infierno de la diosa Istar, invocaciones asirias, noticias curiosísimas acerca de la religion de los semitas orientales, y listas de empleados y de reyes. Dichas inscripciones son bilingües, y los caractéres cuneiformes van acompañados de signos fonéticos que indican el valor é inflexiones de las palabras de un idioma desconocido, y luégo del babilonio-asirio. Assurbanipal mandó copiar las antiguas incripciones de esta clase, juntamente con otras correspondientes á la época primitiva. Ya digimos que el lenguaje desconocido de las inscripciones bilingües, de orígen turaniano, debió tener estrechas relaciones con el de Babilonia, y haber sido el de la poblacion del Eufrates y del Tigris, anterior á los Semitas, de cuyo idioma traen

orígen los caractéres cuneiformes que figuran en las inscripciones bilingües. Recientemente se ha descubierto el sobreescrito de una de las dos tablas de arcilla bilingües, que dice: «Tabla hecha á la medida de la antigua en caractéres asirios y columnas accadias (18).» De aquí se sigue que á dicho pueblo corresponde el nombre de Accad, y á su idioma el de accadio; y como lòs reyes de Babilonia se decian príncipes de Sumir y Accad, título que adoptaron los reyes de Assur en concepto de soberanos de Babilonia, y el pueblo accadio vivió mucho tiempo bajo la dominacion semítica, puede afirmarse que en el nombre de Sumir está comprendida la parte semítica de la poblacion de Babilonia.

Babilonia y Assur son dos ramas derivadas del mismo tronco. Ya hemos indicado que la religion y el culto de los Asirios se diferencia tan sólo de la religion y culto de los Babilonios en que el dios supremo de Asiria se llama Assur en vez de llamarse El. Mayor diferencia pudiera haber existido entre ámbas religiones, aunque no sabemos si la parte astrológica del sistema babilonio significaba lo mismo á orillas del Tigris que á las del Eufrates. La imágen de Assur se ve en los relieves de los reyes harto frecuentemente. El dios tiene rostro humano, severo y con barbas, y un yelmo ó casquete redondo. En las imágenes que lo representan en actitud belicosa, el dios tiene defendido el pecho por una cota de placas de acero, el arco en la mano y lanza dardos contra los enemigos de su pueblo. En las imágenes que lo representan de vuelta á su pátria victorioso, el arco que el dios tiene en la mano descansa sobre el sello en forma de cilindro. En otros relieves se ve una figura flotando en el agua, con un casquete redondo astado en la cabeza y cuerpo de pescado desde las caderas, cuya figura creemos que es la imágen de Dagon. En los cilindros asirios está representado el dios de la luna, Sin, con túnica y barbas largas, apoyado en una media luna y en el copete del tocado otra media luna. La imágen del dios Bin tiene en la mano el tridente de los rayos, unamitra puntiagu-

da en la cabeza, y su túnica á modo de enagüillas. Las imágenes de Assur tienen frecuentísimamente al lado en los cilindros un disco solar, el creciente de la luna y siete estrellas (19). De las imágenes de los dioses sólo se ha encontrado hasta ahora la de Nebo, vestida de una larga túnica que le baja del pecho, y con toda la barba. Más frecuente es encontrar siempre pareados en los pórticos de los reales palacios asirios, toros alados y leones con cabeza humana, símbolos de Adar y Nergal; siendo la altura de dicha imágen de 10 á 18 piés. A la raíz de las grandes alas, que son un modelo bien acabado y están replegadas á la espalda, elévase un rostro severo y grave con barba larga, cubierto ya de un casquete ó de una tiara eminente, en torno de la cual serpentean cuatro astas taurinas. Estas figuras están delante de los pórticos, á veces completamente aisladas, ó arrancan de la parte anterior y del antipié de las pilastras do las puertas, viniendo á ser prolongaciones en relieve de aquellas. No es raro ver en los relieves génios alados con casquete alto y redondo, del cual salen juntas cuatro astas de toro; á veces llevan los dichos génios desnuda la cabeza, ó cuando más ceñida del cíngulo pequeño de los sacerdotes, teniendo siempre descubiertos los hombros y los brazos. Las tales figuras aparecen tambien de dos en dos á la entrada de las habitaciones, ya de pié á los lados de un árbol maravillosamente trabajado, ó de rodillas, bien rezando ó haciendo conjuros. En igual actitud están el uno frente al otro dos génios con cabeza de águila. Es frecuente ver figuras humanas con cabeza y alas de águila, vestidas á la manera de los reyes; leones deambulantes con cabeza y alas aguileñas, troncos de hombre con patas de ave y cabeza de leon.

La arquitectura asiria y babilonia no se diferenciaban esencialmente. Tanto en Babilonia y Asiria, como en Nínive y Jalah, preferian para edificar el ladrillo de barro. Construian templos, palacios y casas de ladrillo, duro como la piedra, no cocido, desecado al sol y mezclado con paja. Estos materiales, cuyo espesor variaba de cinco á quince piés, eran los más adecuados, así para

dar solidez á los muros, como para defenderlos del calor en el verano. Los sillares de las zanjas y revestimientos de los edificios asirios no venian de tan léjos como los de Babilonia, pues eran de piedra calcárea y conquiliófora extraidas de las montañas vecinas. Conocíase la capacidad de las habitaciones, reducidas á proporcion y más bien largas que anchas, por las vigas de la techumbre; viniendo á ser galerías ó salas parecidas á las que nos dan á conocer los restos de los palacios régios: el salon del palacio de Assurnasirpal en Jalah mide ciento cincuenta y cuatro piés de largo por treinta y cinco de ancho: las salas del palacio de Cuyundxic tienen de 150 á 180 piés de longitud por cuarenta de latitud, y la galería grande mide unos 200 piés de largo por veinticinco de ancho. Se han encontrado en Khorsabad en el palacio de Sargon restos de columnatas. El uso del arco de ladrillo apuntado y oval recuerda la galería chica del palacio de Salmanasar II en Jalah y las puertas arqueadas de Khorsabad, por medio de las cuales están á veces figuradas las ciudades en los relieves. Las planchas de piedra calcárea ó alabastro blanco, gris y amarillo que cubrian las habitaciones á la altura de diez á doce piés, eran de colores, como se ve por los resíduos numerosos que en ellos dejó la pintura (20). Las paredes estaban revestidas más allá del zócalo, ménos en los espacios reservados á las ventanas, de ladrillos cocidos y barnizados, y en parte esmaltados de colores: adornaban las vigas de la techumbre con obras de talla en madera y marfil, con láminas de oro y plata (ornato aplicado tambien á los muros exteriores de los palacios) y piedras preciosas (21). Las vigas del techo de los palacios incendiados yacen por el suelo, rotas y carbonizadas, habiéndose descubierto trozos de ellas: la parte superior de los muros de ladrillo, estropeada por el viento y las lluvias, cubre el piso de las habitaciones. Allí dónde el fuego fué ménos intenso, rompiéronse al fin las vigas de la techumbre, estropeáronse las primeras hiladas de ladrillos, levantando el piso y los alrededores de las habitaciones. De esta suerte convirtiéronse en montones de

escombros los palacios de Nínive, Jalah y Dur-Sarrukin; mas las ruinas de la parte superior preservaron de mayor destruccion las esculturas y las inscripciones de la planta inferior de las habitaciones.

Las aguas de los arroyos engrosados por las lluvias socavaron los montones de ruinas de Khorsabad, Cuyundxic y Nebi Junus. Esto no obstante, se conservan de Nimrud reliquias fidedignas del arte y cultura asirios, aunque ménos numerosas que los monumentos de la civilizacion egipcia todavía en pié á orillas del Nilo. Los reyes de Asiria conmemoraban y repetian ménos sus hechos que los de Egipto, no existiendo á orillas del Tigris la multitud de sepulcros de que está lleno el valle del Nilo. Podemos, por lo tanto, conocer la vida asiria, si no con la misma extension que la de Egipto, al ménos de un modo más satisfactorio y característico, pues las inscripciones asirias revelan un sentido más real é histórico y dan mejores informes. El exámen, siquiera sea superficial, de las ruinas, demuestra que en ella está sepultada una civilizacion muy adelantada en todos sentidos. Hasta ahora sabemos que la cultura de Asiria árrancaba de la antigua civilizacion de Babilonia y Elam, ántes de la cual, bastante avanzada por los años 2000 a. C., habia dominado en el valle del Eufrates y del Tigris la cultura del pueblo turaniano de Accad. La escritura se conocia en Babilonia y Asiria tanto como en Egipto; y, gracias á ella, á las narraciones de las hazañas de los reyes y á los fragmentos de las listas de soberanos, es fácil seguir la historia de Asiria en sus hechos principales. Resulta de las inscripciones, que tenian capacidad los Asirios para formar narraciones seguidas, aunque no exentas de alguna exageracion, mostrando los trozos de poesía lírica que han llegado hasta nosotros cierta vivacidad de sentimiento y un ritmo parecido al de los cánticos religiosos de los Hebreos (22). Los fragmentos de poesía épica que conocemos pertenecen á los Babilonios (23). Mejores noticias tenemos de la marcha que siguieron en su desenvolvimiento las artes plásticas de los Asirios. Las esculturas más antiguas de los palacios de

Assurnasirpal y de Salmanasar II revelan cierta rudeza y pesadez, que moderan el adelanto de las artes y la mayor regularidad de las obras de Sargon.

El arte asirio llegó á su apogeo en las obras de los grandes palacios de Cuyundxic, edificados sucesivamente por Senaquerib, Assarhadon y Assurbanipal, obras que se distinguen por la variedad y elegancia de la ornamentacion, la riqueza de las figuras y su actitud llena de vida. La escultura y la arquitectura tienen á orillas del Tigris diferente carácter que en las márgenes del Nilo, pues no se sujetan á las leyes invariables del arte egipcio; y aunque no se distinguen por la solemnidad de éste, vénse en cambio libres del monótono paralelismo de las formas egipcias. La escultura asiria tiene un carácter más resuelto y determinado que la egipcia; porque no estando ligada como ésta por las reglas del estilo hierático, trabaja las más de las veces sobre la piedra calcárea, de estofa más dúctil que el granito, material preferido de los Egipcios.

A orillas del Nilo, el punto culminante es el perfil: en Asiria, lo esencial es la figura bien modelada, con robustos miembros y exagerados músculos.

El profeta Nahum llama á Nínive tesoro inacabable, y dice que la casa de su Dios está llena de objetos preciosos y de obras de talla y fundicion. Se ve por los monumentos que estaba muy extendido entre los Asirios el uso de las obras de arte; pero sabemos poco de sus sepulcros: los sarcófagos, á cuyo lado hay sencillos objetos de barro, son estrechos y pequeños, como los de Babilonia, y sólo contienen esqueletos adornados de collares y brazaletes (24).

VI.

EMANCIPACION DE LOS MEDAS

Y DE LOS PUEBLOS DEL NORTE.

«Despues que los Asirios mandaron en el Asia superior durante 520 años (dice Heródoto), los primeros que de ellos se separaron fueron los Medas, los cuales, peleando valerosamente con los Asirios, conquistaron su libertad. Los demás pueblos imitaron luégo la conducta de los Medas. Emancipados los pueblos de Asia, sujetáronse los Medas al gobierno de un hombre. Viviendo los Medas en lugares dominados por la anarquía, eligieron rey á Deyoces, hijo de Fraortes, varon insigne y estimado por su equidad y prudencia. Mandó luégo Deyoces construir un palacio, rodeóse de una guardia y obligó á los Medas á fundar una hermosa ciudad, que ahora se llama Ecbatana. De esta suerte afirmó Deyoces su poder y reunió á los Medas en un sólo pueblo. Despues de un reinado de 53 años, sucedióle su hijo Fraortes. No contento éste con mandar á los Medas, hizo una expedicion contra los Persas y los sometió; y cuando se hubo enseñoreado de los dos pueblos, que eran valerosos, sojuzgó toda el Asia. Finalmente, la emprendió con los Asirios, dueños de Nínive y de ántes dominadores de todos los pueblos; y aunque algunos se habian separado de ellos, tenian poder bastante para defenderse. Contra éstos movió sus armas Fraortes, pereciendo él y la mayor parte de su ejército á los 22 años de reinar.

Sucedióle su hijo Cyaxares, el cual formó un ejército de todos los pueblos que le obedecian para destruir la ciudad de Nínive y vengar la muerte de su padre. Vencidos los Asirios y sitiada Nínive, llegó un gran ejército de los Scythas, los cuales habian arrojado de Europa á los Cimmerios, y en seguimiento de éstos llegaron á tierra de los Medas. Del choque de Medas y Scythas resultaron éstos vencedores, perdiendo aquellos el imperio de Asia. Los vicios arruinaron en Asia el imperio de Scythas, que duró 28 años, pues además del tributo que imponian y cobraban á los vencidos, no tenian respeto á la propiedad. Pero Cyaxares y los Medas sorprendieron á los principales de los Scythas en un banquete que les dieron, y así recobraron los Medas su perdido imperio de Asia. Dominaron los Medas en Asia 128 años, sin contar el tiempo que mandaron en ella los Scythas» (1).

Todo cuanto dice Heródoto respecto de la fundacion de una monarquía y de la union de varios cantones, parece más bien ficcion del arte griego, que no eco de de la tradicion oriental; y esto sin negar que el historiador, cuyas palabras acabamos de trascribir, tomase sus noticias sobre los reyes y la monarquía meda de los Indígenas ó de los Persas. Depurada la narracion de Heródoto, sólo queda en pié el hecho real de que Fraortes, hijo de Deyoces, régulo de los Medas, allá por los años 640 ántes de Cristo, logró reunir las tribus de los Medas, y á la cabeza de ellas luchar por su libertad contra los Asirios. Fraortes y el grueso de su ejército perecieron defendiéndose de Assurbanipal, y no, como dice Heródoto, atacando á los Asirios. Aun dejando á Fraortes la gloria de haber instaurado la monarquía meda, no se puede negar que su hijo y sucesor Cyaxares, cuyo reinado empezó, segun la cronología de Heródoto, el año 633 ántes de Cristo, fué el verdadero fundador de la monarquía meda; pues á juzgar por la inscripcion de Darío, dábase por descendiente de Cyaxares (Uvacxatra) un caudillo de los Sagartios; y Fraortes dejó su nombre, como jefe de la rebelion de los Medas contra Darío, para tomar el de Cxatrita, ó des-

cendiente del rey Cyaxares, cuyos triunfos no sucedieron al principio, ni en los quince primeros años de su reinado. Despues de la rota de Fraortes por Assurbanipal, indudablemente vióse obligado Cyaxares á luchar con los Asirios para salvar su corona, y no, como quiere Heródoto, para vengar la muerte de su padre; siendo muy posible que derrotase en una batalla á los soldados de Assurbanipal.

Designaban los Griegos á los pueblos del Norte con el nombre general de Scythas, cuyas tribus, situadas al N. de los Thracios (llamados «hippimolgos» (*) en las poesías homéricas) (2) eran nómadas y vivian de sus ganados, y sobre todo de la leche de burras. El nombre de Scythas aparece por vez primera en Hesiodo, el cual los apellida «hippimolgos galactófagos que viven en carros». En las historias de Heródoto se leen noticias curiosas acerca de los pueblos de orígen Scytha, pues el historiador griego está más enterado que muchos escritores posteriores de cuanto concierne á los pueblos del Norte. «El mar Caspio (dice Heródoto) está aislado y tiene quince jornadas de longitud y ocho de latitud.» Al Oriente de dicho mar hay grandes llanuras habitadas por los Saces, los Masagetas, junto al Iaxartes, y los Isedones (3). Al Occidente del mar Caspio está el Cáucaso, la montaña más elevada de la tierra, en la cual habitan varios pueblos, y entre ellos los Sármatas, cuyos llanos carecen de vegetacion, y se extienden unas quince jornadas más allá del Don ó Tanais. Hombres y mujeres andan á caballo, saben manejar el arco y viven de la caza y de la guerra (4).

Hácia el Norte habitaban, además de los Scythas, segun la opinion de Heródoto, y veinte jornadas más allá del país de los Tauros, en la orilla occidental del Tanais, los Melanchlenos, llamados así por el color negro de los vestidos que usaban, los cuales tenian costumbres Scythas, aunque en modo alguno procedian de ellos.

(*) HIPPIMOLGOS quiere decir *el que ordeña jumentos.* GALACTÓFAGOS significa *el que se alimenta de leche.*

Al Occidente vivian tribus nómadas sin ley ni justicia y de costumbres más rudas que los Scythas, siendo los únicos que comian carne humana, por lo cual les llamaban andrófagos. Más al Occidente residian junto á los andrófagos los Neuros, al Norte del mar de que derivaba el Tira (Dniester), pueblo de costumbres scythas, y que, como éstos, lindaba por Poniente con los Agatirses, por cuyo país corria el Maris (el Theis con el Maros) á desembocar en el Istros (8). Segun asegura Heródoto, nadie sabe acerca de quién pudiera vivir en el Norte fuera de los Neuros, de los Andrófagos y de los Melanchlenos, de los Argipeos y de los Isedones, «más que lo que sobre esto cuentan los Isedones, los Argipeos y los Scythas.» Los Isedones cuentan que además de ellos vivian unos hombres monóculos, los Arimaspes, que arrebataban el oro á los grifos, que además de ellos estaban en el Norte. Aristeas de Proconesos (550 ántes de Cristo), que pretendia haber estado entre los Isedones, habia cantado en honor de los Arimaspes, y decia que «además de los Isedones, que hacian alarde de larga cabellera, vivian al Norte los Arimaspes, ricos en caballos y ganado lanar y vacuno, los hombres más forzudos de todos; pero que en su risueño semblante sólo tenian un ojo cubierto de espesos cabellos» (9). Esquilo llama á los Arimaspes «caballeros monóculos en el torrente aurífero,» y al lado de éstos se hallan los grifos, «los perros mudos y de agudo hocico de Júpiter.» Esquilo hace volar (10) por el Norte sobre un grifo, «ave cuadrúpedo,» al rey de todas las aguas que corren alrededor del mundo: «el Océano.»

Los Scytas en el Ponto se llamaban tambien Scolotas segun dice Heródoto. La naturaleza de las estepas que habitaban en el interior no les permitian, lo mismo que á los Sármatas, llevar una vida sedentaria. En estas estepas brotaban en seguida las pastos en la primavera; pero luégo los abrasaba el calor del estío, para sucumbir, despues de un débil renacimiento en el otoño, á las nevadas del largo invierno. Así que para mantener sus ganados los Scolotas tenian que andar

errantes, sin embargo de que tambien cultivaban los campos en los valles protegidos del viento Norte por los bosques, en la corriente inferior y en las embocaduras del Boristenes (Dnieper), del Hipanis (Bog) y del Tiras (Dniester), sembrando trigo, mijo y cáñamo. Entónces las llanuras de la Crimea eran tambien el granero de la Scythia, y por lo tanto debian hallarse en aquella época protegidas por bosques (11).

Los hombres iban en su mayor parte á caballo, las mujeres y los niños permanecian en carros (12) tirados por bueyes, y que provistos de una cubierta de fieltro servian de tienda y de casa (13). El traje de los Scythas era de pieles, pues además de la vestimenta superior de cuero llevaban anchos calzones de lo mismo. Usaban este traje, que chocaba á los Griegos, segun observa Heródoto, «á causa del frio,» para lo que tenian un cinturon alrededor del cuerpo, que apretaban fuertemente siempre que pasaba algun tiempo sin tener que comer. Su hacienda consistia en rebaños de ganado caballar, vacuno y lanar, con la lana de los cuales preparaban sus fieltros; su alimento era carne cocida (14). Tenian tan poca leña que sólo podian cocer su comida con ramas, y cuando les faltaban tambien éstas, se servian de los huesos de animales para hacer fuego. El caballo era el animal más importante para los Scythas, pues se alimentaban en parte de la carne de él; gustaban mucho de la leche de las yeguas, y no les era desconocida la preparacion del cumis, leche de yeguas ágria (15).

Cuando los Griegos dieron á conocer el vino á los Scytas á principios del siglo VII ántes de Cristo, hombres y mujeres se complacian en beber sin tasa y en embriagarse con vino puro (16). El pueblo se dividió en una porcion de familias. Segun dice Heródoto, el país se hallaba repartido en distritos, cada uno de los cuales tenia su gobernador y un sitio en que éste administraba justicia; en cada distrito habia dispuesto al lado de la residencia del gobernador un lugar sagrado para el dios de la guerra, de dónde se deduce que cada familia tenia ya señalado un distrito fijo de caza y pas-

tos, del que no podia salir al cambiar de pastos ó de estaciones. Los gobernadores que administraban justicia en las tribus eran los más ancianos, los jefes de las hordas. Habia una tribu que tenia la primacía sobre las demás, y ésta, á quien Heródoto llama los «Scythas Reales,» habitaba en el Borístenes en el país de Guerrhos, á catorce jornadas de la embocadura de este rio, segun lo cual habria que buscar el distrito de pastos de la Horda Real en las cascadas del Dnieper.

Los Scolotas pretendian descender de los dioses, del Dios del cielo, el Papaeos. De la union del Dios del cielo con la hija del rio Boristenes nació el Targitaos, y éste tuvo por hijos á Lipoxais, Arpoxais y Colaxais, en tiempo de los cuales bajó del cielo una copa, un hacha de armas, un yugo y un arado de oro. Cuando Lipoxais quiso cogerlos, se calcinó el oro, y lo mismo sucedió á Arpoxais; pero el hermano menor pudo cogerlos, y de este modo se hizo rey, descendiendo de él la familia real y la (17) de los otros dos hermanos. El poder supremo era hereditario, pues el hijo sucedia al padre; pero si el pueblo no estaba satisfecho del rey, elegia otro indivíduo de la misma familia (18). Los reyes conducian el ejército á la guerra, distribuian el botin y eran en tiempo de paz los jueces superiores (19). Cuando el rey dictaba una sentencia de muerte, no sólo se mataba al culpable, sino á toda su familia (20); y si un scytha era condenado á muerte á instancia de otro scytha, entónces el rey entregaba el sentenciado al demandante para que éste lo matase. Los reyes tomaban várias mujeres y elegian para criados suyos á los Scythas libres que querian, teniendo para su servicio cocineros, escanciadores, palafreneros para sus caballos, correos y una guardia personal (21).

Cuando el rey enfermaba, creian los Scythas que alguno del pueblo habia jurado en falso por el génio del hogar del rey, que era el juramento más sagrado entre ellos, y por eso habia sobrevenido la enfermedad del rey (22). Este llamaba entónces á su presencia tres de de los más célebres adivinos, de los que habia un gran número entre los Scytas, y aquellos decian su pronós-

tico, desplegando al mismo tiempo haces de mimbres ó enrollando y volviendo á desenrollar tiras de corteza de tilo, despues de lo cual los tres adivinos decian al rey el nombre del que habia prestado el juramento falso. Si entónces otros seis adivinos eran de la misma opinion, se decapitaba al Scytha designado por los primeros; pero si dichos seis eran de distinta opinion, se volvia á interrogar á otros adivinos; y si, por último, el mayor número de ellos se manifestaba de opinion contraria á la de los tres primeros, se ataba á éstos últimos, y poniéndolos en un carro lleno de ramaje y tirado por bueyes, se prendia fuego al ramaje y se hacia andar á los bueyes.

Muerto el rey, embalsamaban su cadáver y lo paseaban por todas las hordas. Como señal de luto, en todos los sitios por donde habia pasado el cadáver se rapaban los Scythas el pelo, se cortaban un pedazo de la oreja, se herian en la frente y en la nariz, y se atravesaban una flecha por la mano izquierda. En el país de Guerrhos cavaban una gran fosa cuadrangular y colocaban al rey muerto en el fondo de ella sobre un lecho de ramaje, clavándose lanzas alrededor en el suelo con tejido de mimbres encima. Extrangulaban á una de las mujeres del rey, á su caballerizo, á su escanciador, á su cocinero, á su criado favorito y á su heraldo, y ponian los cadáveres de éstos en la fosa al lado del rey. Tambien mataban los caballos del rey y los echaban en la sepultura con otros objetos, despues de lo cual rellenaban la fosa y elevaban sobre ella un túmulo lo más alto posible. Al cabo del año elegian y mataban cinco criados jóvenes de la servidumbre del régio difunto y cinco caballos, y colocábanlos como guardianes alrededor del sepulcro, para lo cual, despues de sacar los intestinos del cuerpo de los caballos y rellenarlo de paja, levantaban estos por medio de estacas clavadas en el suelo, colocando encima á los mozos muertos, sostenidos tambien por medio de estacas fijadas á lo largo de la espina dorsal (23).

La guerra era entre los Scolotas la ocupacion más honrosa, y los que ejercian un oficio no eran tan esti-

mados como los demás (24); así que los más ricos tenian numerosos esclavos para el cuidado de los ganados y las faenas del hogar. Los Scythas peleaban en su mayor parte á caballo como arqueros: sus arcos eran de forma y curvatura (25) particular y las puntas de cobre de sus flechas debian haber estado envenenadas (26); además llevaban hacha de armas, sable, puñal y lanza y un látigo (27). Su coraza y su escudo debian ser de piel de ante. «Ningun hombre se les escapa, dice Heródoto; pero nadie puede alcanzarles y hacerles tomar parte en la pelea si no quieren y les favorecen sus rios.» Cuando un scytha mata por vez primera á un enemigo, tiene que beber la sangre de éste (28): el que no ha matado ningun enemigo no bebe vino en el festin que el gobernador del distrito da una vez al año, y tiene que sentarse aparte; pero el que ha matado muchos enemigos apura de una vez dos copas (29). Los Scythas cortan á los enemigos muertos la piel del cráneo y la cuelgan de la brida de sus caballos, pasando por más valiente el que tiene mayor número de pieles: algunos tambien arrancan la piel á los muertos y hacen de ella cubiertas para sus carcáx. El que quiere tener parte en el botin debe llevar al rey (30) la cabeza del que haya matado. Respecto á los prisioneros, sacrificaban á uno de cada ciento, y á los demás los conservaban como esclavos. Si un scytha ha tenido alguna cuestion con otro, y el rey se le ha dado para que lo mate, guarda el cráneo de aquel áun cuando sea un pariente cercano. Los más pobres revisten estos cráneos con piel de vaca; los ricos los hacen dorar y los usan como vasos; y si va algun extranjero á su casa, se los enseñan y los celebran (31). Segun parece, sólo los ricos tienen várias mujeres. Respecto al hombre, la mujer era un objeto de su propiedad como una cabeza de sus rebaños, y los hijos adquieren desde luégo un derecho hereditario á la posesion de sus madres. Cuando muere un scytha le colocan en un carro sus más próximos parientes, y le llevan á casa de los amigos, cada uno de los cuales dá un banquete, al que asiste el muerto como los demás, y al cabo de cuarenta dias entierran al difunto (32).

Segun dice Heródoto, los Scolotas veneraban sobre todos los dioses á Papaeos, dios del cielo, y á Hestia, esto es, el génio del hogar, que entre ellos se llama Tabiti, y además de éstos al dios de la luz, el Octosyros, y á la diosa de la tierra, la esposa del Dios del cielo, que se llama Apica (33). Los Scolotas no tenian imágenes ni altares; sólo el dios de la guerra, al que sacrificaban mayor número de víctimas que á los demás dioses, tenia un lugar sagrado en el punto de reunion de cada distrito, el cual consistia en un gran monton de haces de ramaje de tres estádios de largo y de ancho, y plano por encima, que se renovaba todos los años con 150 carros de ramaje, y sobre el que se ponia sobresaliendo una espada de hierro como emblema del dios. Todos los años sacrificaban víctimas á estas espadas, y entre los animales preferian los caballos. A los prisioneros que los Scythas ofrecian en sacrificio al dios de la guerra, les echaban vino en la cabeza y los mataban al pié de los montones de ramaje, de modo que la sangre cayera en un receptáculo para despues verterla sobre la espada: luégo cortaban al cadáver de la víctima el brazo derecho y le tiraban al aire, dejándole donde caia (34).

Estas noticias nos muestran que los Scolotas formaban un pueblo honrado, frugal, indolente, sociable y aficionado á la bebida. Endurecidos con la vida que hacian en las estepas, eran belicosos y arrogantes con enemigos inferiores en número: tampoco les faltaban grandes defectos, pues al lado de rasgos de bondad, tenian costumbres salvajes y crueles; y aunque estaban acostumbrados y dispuestos á soportar con paciencia las mayores privaciones, eran, por otra parte, inclinados á la intemperancia y á los goces desordenados. Vivian en la mayor suciedad, y por más que la falta de agua en aquellas estepas dificultase la limpieza, no es una razon para que nunca se lavaran los Scolotas, dice Heródoto.

Los Sármatas y los Scolotas hablaban, segun asegura Heródoto, la misma lengua: los Sármatas, sin embargo, debian hablar mal el Scolota, esto es, debian hablar un dialecto distinto, pues la afinidad de la lengua prue-

ba la afinidad de los dos pueblos. Diodoro Síeulo llama á los Sármatas una rama de los Medas implantada en el Tanais, y Plinio los cree sucesores de los Medas (35). Los nombres y palabras que se nos han dado como scolotas y sármatas nos llevan en su mayor parte á raices arias, esto es, á la lengua madre que dominaba al occidente y al oriente del Iran, al persa y al bactrio antiguos. Los nombres de los rios Tanais y Borístenes (*vuru-ztana*) significaban que tenian «orillas dilatadas y anchas;» en los nombres terminados en ais de los pretendidos primeros dominadores de los Scolotas Lipoxais, Arpoxais y Colaxais no puede ménos de reconocerse el antiguo Isaya bactrio (Príncipe), y los nombres de Spargapeites, Ariapeithes y Ariarathes de los Scolotas se encuentran con la misma forma entre los Persas, así como se vé el nombre de la diosa Octosyros (acaso *Vita-zura*, arco fuerte) en el de Artasyras. El nombre de la diosa del hogar Tabiti significa la ardiente, la resplandeciente (36); y si segun dice Heródoto la familia Real de los Scolotas se llamaba «Paralatae,» significaria en lenguaje bactrio la «colocada primero» (*paradhata*), ó la «que vá delante» (*pararata*), esto es, la dominadora. En el Avesta se toma Thraetaona tres veces por el brillo de la Majestad, lo mismo que Cyros en la epopeya del Iran occidental; así que sólo el tercer hijo de Targitaos pudo tambien coger los dones que envió el cielo. Heródoto afirma que las Amazonas se llamaban en lengua scolota Viorpata, que significa matadores de los hombres. Esta palabra equivaldria al Bayapatis bactrio, que significa señores y no matadores de los hombres, nombre que no corresponde á las Amazonas, sino á los Sármatas, cuyas mujeres vivian varonilmente y dominaban; por lo que si los Griegos reunieron á los Sármatas con las Amazonas, procederian los Sármatas de Scolotas y Amazonas.

No más exacta es la explicacion que da Heródoto del nombre de los Arimaspes, que debe significar «monóculos.» Airyamazpa significa realmente el que tiene «caballos dóciles», y aunque efectivamente pudiera llamarse á aquel pueblo con este nombre ario, pudieran

muy bien habérsele atribuido los Scolotas ó Sármatas. Segun esto, si se reconoce en los pueblos Scolotas ó Sármatas forma ó raza ária, á sus vecinos en el Norte, los Neuros, los Andrófagos y los Melanchlenos, habria que considerarlos como padres de los eslavos.

Segun la relacion de Heródoto, los Scolotas han vivido en el Oriente hasta que, acosados por los Masagetes, se dirigieron á Occidente al país de los Cimmerios. No falta, sin embargo, quien diga que no fueron los Masagetes los que acosaron á los Scythas, sino que los Arimaspes expulsaron de su país á los Isedones, y éstos á su vez á los Scythas. Los Cimmerios, continúa Heródoto, tuvieron consejo en Tizas, y luego huyeron de los Scolotas hácia el Asia, á lo largo de la orilla oriental del mar Negro, estableciéndose en la península donde ahora existe la ciudad griega de Sinope. «Pero los Scolotas se posesionaron de su país y persiguieron á los fugitivos; mas se equivocaron al tomar el camino alto, que es mucho más extenso y tiene el Cáucaso á su derecha, hasta que por fin volvieron al centro del país y llegaron al territorio de los Medas» (38).

En este relato choca en primer lugar que los Scolotas, que, como el mismo Heródoto nos dice, aseguraban descender del Dios del cielo y de la hija del Boristenes, pues segun tradicion, Targitaos, su primitivo padre, habia nacido en el Ponto, su país, aparezcan ahora de pronto como emigrantes del Oriente. De otras noticias de Heródoto resulta que fija la expedicion de los Scolotas contra los Cimmerios hácia el año 630 ántes de Cristo, y, sin embargo, él mismo afirma que mucho ántes que las Amazonas emigradas del Termodon llegasen á las orillas del Macotis, se encontraban allí los Scolotas, cuyos hijos tuvieron de las Amazonas á los Sármatas.

Fuera de estas grandes contradicciones, lo cierto es que los Masagetes ó los Isedones son los que empujaron á los Scythas de Oriente á Occidente sobre los Cimmerios, que celebraron consejo en el Dniester, enterraron allí sus muertos y huyeron del país; pero no como lo ordenaba su situacion hácia Occidente en la embocadura

del Danubio, sino hácia el enemigo que avanzaba y que querian evitar, precisamente hácia el Oriente. No contentos los Scythas con haber obtenido sin combatir las moradas que tenian, persiguieron á los Cimmerios, que no les habian hecho oposicion, hasta que habiendo ya perdido las huellas de éstos, equivocaron el camino y entraron por la derecha del Cáucaso, esto es, á lo largo de la orilla occidental del mar Caspio ó de la otra parte del mismo, precisamente en el territorio de los Masagetes, ante los que se habian visto ántes obligados á retroceder en la Media. Ni el pueblo fugitivo de los Cimmerios, ni el ejército perseguidor de los Scythas podian de ningun modo llegar al Cáucaso á lo largo de la orilla del mar Negro en el Asia, pues entre Gelendschik y Gagra habia una muralla de rocas que penetraban en el mar, y más allá el camino no hubiera sido mucho más cómodo, siendo sólo practicable la costa á orillas del mar Caspio por el desfiladero de Derbend; pero Heródoto no podia designar este camino como uno de los más anchos. Despues de todos estos prodigios, y cuando volvieron de esta expedicion al cabo de 28 años, encontraron los Scolotas á sus mujeres, que habian abandonado, establecidas familiarmente con los esclavos en el Maestis y en las montañas tauricas.

Segun cuenta Heródoto, los Scythas invadieron la Media en los primeros años del reinado de Cyaxares, que segun sus cálculos reinó de 633 á 593 ántes de Cristo, y por lo tanto por los años 633 y 630, debiendo los Cimmerios haber llegado poco ántes que ellos al Asia menor. Ya hemos demostrado que los Cimmerios, probablemente familia de orígen tracio, empujados primero desde la orilla Norte del mar Negro á la Crimea, habian ido ya desde aquí en el siglo octavo ántes de Cristo á la embocadura del Halis, en el mar Negro: que con anterioridad al año 700 ántes de Cristo tomaron y saquearon la capital de los Lydios: que en el primer tercio del siglo siete reconocieron la soberanía de Assarhadon de Asiria; y que despues, en tiempo de Assurbanipal, acosaron fuertemente á Gyges de Lydia, y le obligaron, así como á su sucesor, á buscar el apoyo de Asiria. No

podian, por lo tanto, los Scolotas penetrar en el Asia para perseguir hácia el Asia menor á un pueblo que se hallaba ya establecido aquí desde hacia lo ménos cien años; pero tampoco los Scolotas residieron en las estepas del Ponto mucho tiempo ántes de la época designada por Heródoto. Lo que éste dice de su culto demuestra claramente que al venerar ellos tambien el fuego del hogar, se habian separado de las tribus arias del Iran ántes de la época en que su creencia tomó la forma designada con el nombre de Zarathustra; y si á los rios que bañaban sus estepas les dieron nombres de su idioma, debieron ántes haber pastado en ellas sus ganados. Lo mismo, pues, que la tradicion de los Scolotas de que habla el propio Heródoto, la comparacion tambien con el idioma del Iran manifiestá que los Sármatas y los Scolotas se debieron separar en fecha remota de las tribus del Iran (39), y nada era más natural que el que los habitantes del desierto, despues de hallarse en posesion de fértiles territorios en las embocaduras de los rios entre aquella série de bosques, procuraran acercarse al mar, vencieran por fin á los pueblos de la costa y hasta expulsaran á los que habian quedado en las montañas de la Crimea.

¿Cómo puede Heródoto combinar la antigua inmigracion de los Cimmerios en el Asia Menor con un ataque de los caballeros del Norte á la Media para ponerlos en relacion causal? Los Cimmerios invadieron la Lydia y las ciudades jónicas de la costa en la época en que Ardis gobernaba en Lydia como Rey, esto es, segun Heródoto, por los años 681 á 639, y segun la cuenta de Eusebio por los años 654 á 617 ántes de Cristo, y tomaron entónces por segunda vez la capital de Sardes hasta Akropolis.

No era cuestion, dice Heródoto, de someter las ciudades, sino de asaltarlas y saquearlas (40). Heródoto no sabe con seguridad nada respecto de los hechos anteriores de los Cimmerios en el país del lado acá del Halys, ni de la primera conquista de Sardes, ni de las luchas de los Cimmerios con Gyges, antecesor de Ardys, sino que tomó la expedicion de ellos contra Sardes y

las ciudades de los jonios en tiempo de Ardys, como contemporánea de su inmigracion en el Asia menor, ó por esta misma inmigracion. Ahora ya se tienen noticias por los Griegos del Ponto del antiguo antagonismo de los Scolotas del desierto y de los pueblos de la costa, y Heródoto cuenta que en tiempo de Cyaxares el ejército de los Scythas invadió la Media, asolando el Asia, y llegó hasta el Occidente del Asia menor al reino de Aliates de Lydia, tio de Ardys (41). Esto le bastaba para adaptar á su doctrina cosas tan heterogéneas como cuando más adelante hace entrar al Darcios de Persia en el país de los Scythas para castigarlos por su irrupcion en el Asia (42).

Haciendo aún abstraccion de los Cimmerios, falta saber qué pudo inducir á los Scolotas á una expedicion tan aventurada como era la irrupcion en Media, y cómo les fué posible efectuarla. ¿Cómo pudieron llegar por el territorio de los Sármatas al Cáucaso, pasando por el estrecho de Derben ó sobre el Volga y el otro lado del Jaik por el desierto á la orilla oriental del Mar Caspio y por el territorio de los Masagetes y Saces hácia la Media? Estas dudas hacen suponer que no fueron los Scolotas del mar Negro, sino los Sacios que vivian en el Oxus los que emprendieron aquella invasion en la Media y el paso del Asia superior. Assurbanipal habla de una expedicion contra los Saces, y Ctesias hace mencion de las luchas que Astibaras de Media, que acaso corresponda al Cyaxares de Heródoto, tuvo que sostener (43) con los Partos y los Saces: nosotros debemos presumir que comprendiendo los Griegos á todos estos pueblos bajo el nombre general de Scythas, los confundieron ó cambiaron con los Scolotas del Ponto, atribuyendo á los Scolotas lo que correspondia á los Saces. Pero Heródoto habla de una manera precisa de las alteraciones que ocurrieron en el Ponto durante la ausencia de los Scolotas en el Asia y del regreso al Maeotis de las hordas de Scolotas que invadieron el Asia, noticias que tambien se encuentran en otros. Segun esto, respecto á la afirmacion de Heródoto de que la invasion de los Scythas empezó en el mar Negro, sólo

queda la suposicion de que fueran las tribus de los Sármatas las que marcharon hácia el Sur, y que á este movimiento se unieran las hordas vecinas de los Scolotas en la orilla occidental del Tanais, suposicion apoyada en que el jefe de las hordas invasoras se llamaba tambien Tanaos. Tambien podrian haber sido tribus del Tanais y tribus del Don, esto es, Scolotas y Sármatas las que penetraron en la Media al principio del gobierno de Cyaxares, cuando despues de la muerte de su padre defendia contra los Asirios la libertad de los Medas (44).

«Los Scythas, dice Heródoto, que formaban un ejército poderoso, guiados por su rey Madias, hijo de Prototias, batieron á los Medas, que perdieron el dominio del Asia, haciéndose dueños de ésta los Scythas» (45). Desde la Media se lanzaron los Scythas al valle del Tigris y al Eufrates, penetrando hasta Siria, Palestina y hasta los confines del Egipto, segun dicen Heródoto, Justino y los cronógrafos.

El año 626 fué cuando sus falanges inundaron el país de Judá, cuyos habitantes se refugiaron en las ciudades fuertes, en las quebraduras y en las cumbres de las montañas. «Hé ahí un pueblo que viene de los países del Norte, dice el profeta Jeremías, el hijo de Hilkias, y una gran nacion que aparece de la extremidad de la tierra. Es un pueblo fuerte cuya lengua no conoces, y que por lo tanto no entiendes lo que habla. Se remontan como nubes, sus carros son un torbellino y sus caballos ligeros como las águilas; llevan arcos y flechas, son crueles y no dan cuartel; el ruido de sus voces parece el bramido del mar, y van á caballo dispuestos á pelear como un solo hombre. Su aljaba es una tumba abierta y todos son héroes. El leon sale de su espesura y se lanza á la destruccion de los pueblos (46). Del Norte viene la desgracia y la ruina. Jehová convoca á las tribus del reino contra el Norte, un viento abrasador viene de las colinas del desierto y los sitiadores vienen de país lejano. Los leones rugen contra Israel, convierten su país en un desierto y queman sus ciudades, abandonadas ya por sus habitantes. Se anun-

cia en Judá, se clama en Jerusalen, llega á Thekoa el sonido de las trompetas y se levanta una bandera en Bethcarem. De repente los destructores se arrojan sobre nosotros, y destruyen tiendas y tapices. Ante el ruido de la caballería y de los arqueros huyen á sitios escarpados, se arrastran por los matorrales y suben á las rocas: nos hacen entrar en las ciudades fuertes, no se puede andar por los campos ni por los caminos, pues por todas partes se ve la espada enemiga y el terror. Nuestras manos se aflojan y se apoderan de nosotros la angustia y el dolor. ¡Oh, pueblo mio, envuélvete en tus mantos y cúbrete de ceniza! Los sitiadores vienen de países lejanos y hacen resonar sus clamores contra las ciudades de Judá: como guardianes están alrededor de Jerusalen, y hácia Jerusalen vienen pastores con sus rebaños, que levantan tiendas en rededor, y devoran su riqueza. Vendimiarán como las cepas el resto de Israél, dijo Jehová al ejército, el país será un desierto, pero no quiero acabar con él» (47).

Si Jerusalen y las ciudades fuertes resistieron, el país, sin embargo, fué devastado y saqueado. Desde Judá marchó la expedicion de los Scythas al Sur hácia el Egipto, y segun cuenta Heródoto el rey Psammético fué al encuentro de ellos á los confines del Egipto, y redimió su invasion por medio de regalos; pero segun otros, los pantanos de dichos confines fueron los que impidieron su invasion (48), pues en todo caso no era el terreno quebrado del Egipto un campo de batalla en que los Scythas pudieran prometerse un resultado. Al retirarse del Egipto los Scythas se dirigieron por tierra de los filisteos hácia Ascalon; pero no se apoderaron de esta ciudad fortificada, y sólo la retaguardia saqueó el antiguo y rico templo de Derceto (49) situado extramuros.

VII

CAIDA DEL IMPERIO ASIRIO.

La preponderancia que adquiriera despues de prolongadas luchas el Imperio Asirio, se vió abatida por las tres grandes potencias del antiguo Oriente, Babilonia, Egipto y Elam, perdiendo en unos pocos decenios lo que habia ganado en siglos. No cayó, pues, Asiria lenta y paulatinamente, sino que desde la cumbre de la gloria y del explendor se vió de pronto lanzada al abismo, perdiendo la supremacía, desapareciendo su pueblo y no quedando de la Asiria más que los montones de escombros de sus ciudades.

Se comprende que los monumentos de Asiria y las inscripciones no nos den noticia alguna de la caida del Imperio; sin embargo, las ruinas de Jalah nos han conservado el nombre del último Emperador, el hijo de Assurbanipal. En el ángulo Sudeste del terreno en que se alzaron los palacios de la ciudad, al Sur de las ruinas de la casa del segundo Samsi-Bin, se hallan los restos de un edificio no muy extenso, y algunos ladrillos tienen la siguiente inscripcion: «Yo Assur-idil-ili rey de los pueblos, rey de Assur, hijo de Assarhadon, rey de Assur, hago preparar vigas y ladrillos para la construccion de una casa de salvacion situada en Jalah, y hago esto para conservacion de mi alma (1)». El año 626 ántes de Cristo, á la terminacion del reinado de Assurbanipal, fué cuando su hijo Assur-idil-ili debió subir al trono de Asiria.

Heródoto, además de la narracion que hace de la invasion de los Scythas en Media, de la victoria del rey Cyaxares, de su dominacion en toda el Asia y del saqueo de ésta y de la redencion de los Medas por medio de una astucia, añade que éstos, despues de pasar á cuchillo á la mayor parte de los Scythas, volvieron á hacerse dueños de los pueblos del Asia sobre los que ántes habian ya dominado, regresando los Scythas á su antigua residencia en la orilla Norte del mar Negro. Despues, continúa diciendo, Cyaxares acogió amistosamente una porcion de Scythas que se habian separado de los demás y se habian presentado pidiéndole proteccion, y luego, en prueba de aprecio, les confió jóvenes medas para que les enseñasen el idioma Scytha y el arte de manejar el arco. Algun tiempo despues, como siempre que iban á cazar los Scythas solian traer caza, cuando alguna vez volvian con las manos vacías, les reprendia duramente Cyaxares: por lo que viéndose tan indignamente tratados, se irritaron los Scythas, y haciendo pedazos á uno de los jóvenes que les habian confiado, se los presentaron preparados como si fuera carne de venado á Cyaxares, que comió de ello con sus comensales, despues de lo cual se escaparon los Scythas á los dominios de Aliattes, rey de los Lydios. Ciaxares pidió que se los entregasen, á lo que se negó Aliattes, por cuya razon estalló entre los Lydios y los Medas una guerra que duró cinco años. En esta guerra, unas veces vencieron los Medas y otras tambien los Lydios, y así continuó hasta que en el sexto año, estando peleando los dos ejércitos, el dia se convirtió en noche. Thales de Mileto habia predicho este cambio á los Jonios y habia fijado el año en que habia de realizarse. En cuanto sobrevino la noche, los Medas y los Lydios dejaron de pelear, pues por ámbas partes habia propension á la paz.» Los que se reunieron fueron Syennesis el Cilicio y Labinetos el Babilonio, los cuales lograron que la paz fuera un hecho, y convinieron en un matrimonio recíproco, estableciendo que Aliattes daria su hija Arianis por mujer al hijo de Cyaxares, y que se cuidaria de no formar alianzas sin una necesidad apremiante (2).»

Es cuando ménos extraño que el rey de Media, despues de haberse librado de la superioridad de los Scythas con gran trabajo y sólo por un ardid, no sólo admitiese en su país á una porcion de este pueblo, sino que los favoreciese tomándolos como cazadores suyos y maestros de jóvenes medas, y que despues, por vengar una infamia de los mismos, sostuviese guerra con los Lydios durante más de cinco años. ¿Cómo podian los Lydios y los Medas sostener guerra entre sí, habiendo centenares de millas de distancia de unos á otros? ¿No estaba Asia en medio entre la Media y el Asia menor? ¿Qué interés podia tener el Príncipe de los Cilicios en terminar una lucha en las cercanías de sus confines, y qué razon tenia el babilonio Labinatos para entrometerse en llevar á cabo la paz y un matrimonio entre las casas reinantes de Lydia y de Media? ¿Habia un rey independiente en Babilonia, ó estaba aún ésta bajo la dominacion asiria?

Escasos fragmentos de Abidenos y de Polyhistor, que nos han conservado los cronógrafos, dejan por lo ménos adivinar algo de la conexion de todas estas cosas. «Despues de Sardanápalo, esto es, despues de Assurbanipal, como le llama Abidenos, reinó Saracos en Asiria. Cuando éste supo que una multitud de pueblo alborotado venia del lado del mar, envió en seguida á Busalossoros como comandante del ejército á Babilonia; pero éste abrazó el partido de la rebelion y casó á su hijo Nabucodonosor con Amuhit, hija del rey Astiages de Media (3). Alejandro Polyhistor dice: Saracor envió como general á Nabopolassar; pero éste casó á Amyite, hija de Astiages, sátrapa de Media, con su hijo Nabucodonosor, y se levantó contra Saracos y Nínive (4). Saracos, sucesor de Assurbanipal en el trono de Asiria, llamó despues á Abidenos y á Polyhistor. Saracos envia como general, segun Abidenos, á Busalossoros, segun Polyhistor, á Nabopolassar, contra la multitud que venia del mar y contra las tribus de los Scythas que penetraben desde el mar Caspio ó que volvian de Siria, es decir, del mar Mediterráneo. Segun el cánon de Ptolomeo, el gobierno de Nabopolassar en

Babilonia empieza el año 625 ántes de Cristo. Este Nabopolassar del cánon y de Polyhistor es el mismo Busalossoros de Abydenos: tienen el mismo nombre, en aquel el padre de Nabukodrossor, en éste el padre de Nabucodonosor. Nabukodrossor es Nabukudurussur y Nabucodonossor es la forma aramea del nombre Nabukudurussur. En ámbos fragmentos, Nabopolassar, al que el último rey de los Asirios envia como gobernador ó general á Babilonia, en donde su administracion empezó en el año 625 ántes de Cristo, toma la resolucion de sublevarse contra el rey de los Asirios, y para este efecto se pone en relacion con el rey ó con el sátrapa, es decir, con el gobernador asirio de Media, al que, tanto Abydenos como Polyhistor, llaman Astyages (5); en ámbos fragmentos Nabopolassar casa á su hijo Nabucodonosor con Amuhit ó Amyite, la hija del meda. Astyages, llamado por los Armenios Asdahag, era el hijo de Cyaxares, de Media, que empezó á gobernar en el año 593 ántes de Cristo; por consiguiente, en ámbos fragmentos habrá que poner á su padre en lugar suyo, como en lugar del Labynato de Heródoto hay que poner al Nabopolassar de los fragmentos. Si el gobernador asirio de Babilonia estaba resuelto á librarse de la dominacion de Asiria, y con este objeto habia ya formado alianza con los Medas, en este caso tenia ciertamente un interés muy vivo en poner término á la guerra en que Media habia entrado con Lydia, dejando así en libertad el poder beligerante de Media contra Asiria. Todavía era mejor si Lydia podia ponerse enteramente al lado de Media aliándose con ella, como ya Babilonia se habia aliado con la nueva casa real de Media.

Meditemos, pues, acerca de la conexion de todos estos sucesos. En el último decenio del reinado de Assurbanipal, Phraortes, hijo de Deyoces, habia logrado reunir bajo su mando á las tribus de los Medas y llevarlos con las armas contra los Asirios; pero fué muerto en el combate que con la mayoría de su ejército dió á las tropas de Assurbanipal en el año 633 ántes de Cristo. Su hijo Cyaxares continuó la guerra contra los Asirios; entónces aquellas masas de caballería venidas del

Norte penetran en Media, vencen al ejército meda, inundan el país, y avanzando hácia el Oeste cubren la parte montañosa de la Media, descendiendo por Asiria, Mesopotamia y Siria, y volviendo desde los límites del Egipto se lanzan sobre las ricas comarcas de Babilonia. Segun los datos de Heródoto, la irrupcion de los Scythas en Media se verificó, como hemos visto, entre 633 y 630 ántes de Cristo; estas grandes masas de Scythas estaban en Siria en el año 626 ántes de Cristo; pero debian, por consiguiente, haber invadido tambien la Asiria hácia los últimos años del reinado de Assurbanipal ó los primeros de su sucesor Assur-idil-ili. Si hubieran de sacarse deducciones de un dato de Kleitarcho, la irrupcion de los Scythas se verificó en tiempo de Assurbanipal; refiere además que Sardanápalo (Assurbanipal) murió en una edad avanzada, despues de haber perdido la dominacion sobre Siria (6); pero, por otra parte, aquella tabla, fechada el año vigésimo del reinado de Assurbanipal en Babilonia, dice que en el año 627 la dominacion asiria se conservaba intacta, á lo ménos en Babilonia. Para dominar en este país, para defenderle de los Scythas, envió allí Assur-idil-ili á Nabopolassar como gobernador suyo en el año 625 ántes de Cristo.

Apénas podremos dudar de que la invasion de los pueblos que venian del Norte, la irrupcion de los Scythas que siguió á la ruina de Egipto y de los pueblos del Iran, fué el golpe más fuerte para el imperio asirio, pues alcanzó al país orígen de la monarquía y deshizo la union del imperio. Los países que hasta entónces habian estado subyugados como Armenia, Mesopotamia y Siria, no podian ser defendidos contra los Scythas. Un poder más fuerte habia vencido á las temidas armas de los Asirios, y los pueblos subyugados recobraban su independencia despues que habia pasado la tempestad. Debemos suponer además, que el rey Cyaxares de Media lo primero que hizo fué volver á libertar á su país de los Scythas, que la conmocion del imperio asirio y el estado de debilidad en que la invasion de los Scythas habia puesto á la Asiria sugirieron al gobernador de

Babilonia la idea de libertarla para poder establecer en ella la dominacion de su casa. Se vé claramente que, á pesar de todo, no consideraba fácil lograr este objeto cuando juzgó necesario entrar en la más estrecha union con Media para ir contra el rey de Asiria. Cyaxares parece haberse aprovechado enérgica y rápidamente de lo favorable de la situacion; parece haber aprovechado su victoria sobre los Scythas, la confusion y la disolucion que produjo la invasion de los Scythas, no para atacar á Asiria, que él debió considerar todavía como demasiado fuerte, sino para presentarse á los armenios, á los de Mesopotamia y á los Capadocios como libertador, tanto de las depredaciones de los Scythas como de la dominacion de los Asirios, y extendiendo así rápidamente su soberania hasta dentro del Asia menor. Sólo así se comprende que haya podido estar en guerra con los Lydios, los cuales, por su parte, deben haber aprovechado la confusion de la última invasion de los Cimmerios y la decadencia de Frigia para extender rápidamente su dominacion hácia el Este.

Los Scythas no pueden haber dominado 28 años en Asia, como pretende Heródoto. Justino limita este tiempo á ocho años (7). Antes de que Cyaxares emprendiera la guerra contra los Lydios, los Scythas debian haberse alejado ya de la Media y del Asia anterior. Si segun la relacion de Heródoto, un eclipse de sol que Thales habia anunciado á los Jonios tuvo lugar en medio de una batalla, la fecha de ésta se puede fijar con certeza que fué el 30 de Setiembre del año 610. La guerra entre los Medas y los Lidios debe haber empezado el año 615 ántes de Cristo, puesto que hacia ya cinco años que duraba cuando se dió la batalla. Para pelear en el Asia menor y poder obligar á que reconocieran su soberanía los paises que hay desde la Media hasta el Halys, Cyaxares debe ciertamente haber arrojado á los Scythas de Media ya por los años 620 ántes de Cristo (8).

Un eclipse de sol durante una batalla debia causar una impresion muy grande sobre los Lydios y los Medas. El dios del sol era el primer dios de los Lydios, y los Medas adoraban al dios de la luz, Mithra, como se-

ñor y dispensador de la victoria; jamás ponian en movimiento su ejército ántes de la salida del sol. Los dioses supremos, irritados, habian apartado su vista del combate porque no querian esta guerra. Nabopolassar no habia aumentado abiertamente las fuerzas de Babilonia para el combate contra los restos del imperio asirio; sólo por medio de la union que habia formado con Media creia poder llevar á cabo su ruina. Media habia cercado á Asiria por la parte del Norte formando una ancha curva; habia subyugado estados y pueblos más débiles; mas precisamente por esta causa habia venido á tener una complicacion con Lydia. Nabopolassar tenia por consiguiente, razones poderosas para separar de ésta las fuerzas beligerantes de los Medas. Se aprovechó, pues, de la impresion que aquel signo de los dioses habia producido, tanto en el campo de los Medas como en el de los Lydios, y en union con Syennesis de Cilicia se presentó como mediador de la paz. Habia que establecer entre Media y Lydia una paz duradera, que persuadiese á los Medas de que si se decidian á pelear con Asiria serian molestados por los Lydios; con respecto á Cyaxares, se hizo valer cuánto más provechoso para Media seria adquirir el primitivo país asirio del lado de allá del Tigris, que estar formada de conquistas de territorios lejanos, con los cuales sólo se tenia una union difícil por medio de Armenia, en tanto que existia el resto del imperio asirio. Media y Lydia se convinieron en que el Halys formaria en lo sucesivo la línea divisoria de ámbos imperios; pero no se trataba solamente de un acuerdo entre Lydia y Media: ámbas debian renunciar á una guerra ulterior entre ellas, y al mismo tiempo debian adherirse á los designios de Nabopolassar y Cyaxares contra Asiria, aunque la ruina de esta nacion ponia en perspectiva para Lydia misma el amenazador engrandecimiento del poderío de los Medas. El imperio lydio debia precaverse, por lo tanto, no ménos que Babilonia, contra la preponderancia de Media. Todos estos designios se llevaron á efecto por una alianza de la dinastía lydia con la casa real de Media; Alyattes, rey de los Lydios, dió por mujer á su hija

Aryanis á Astiajes, hijo de Cyaxares; y como Amyita, hija de Cyaxares, estaba casada con Nabucodonosor, hijo de Nabopolassar de Babilonia, éste se halló tambien emparentado con la casa de la Lydia.

Ya en el tiempo en que Asiria bajo Assurbanipal se hallaba en el apogeo de su poder, cuando su ejército habia tomado y saqueado á la misma Thebas, á la mitad del siglo sétimo, el profeta Nahum de Judá habia anunciado que vendria la época de la destruccion de Asiria, y habia preguntado á la ciudad de Nínive si era mejor que No Ammon (Thebas): «El leon, dice Nahum, roba para sus hijos y mata para sus leonas, llena con el robo su cueva y su guarida con botin; pero yo estoy aquí contra tí, dice Jehová, Señor de los ejércitos; yo reduciré á humo tus carros de guerra, y la espada devorará tus leones; arrancaré de la tierra tus rapiñas, y no se oirá ya más la voz de tus mensajeros. Descubriré tu rostro y dejaré ver á los pueblos tu desnudez, y á los reinos tu oprobio. Y te llenaré de fango y te cubriré de afrentas. ¡Ay de la graciosa y encantadora doncella, ay de la ciudad de la sangre! la cual está llena de impostura y violencia, y no renuncia al robo. Estruendo de los látigos y ruedas que resuenan, y relinchos de caballos y carros que corren, ginetes ataviados y relucientes espadas y relumbrantes lanzas. El destructor avanza contra tí, Nínive. Mira el camino, repara tus fortalezas, ciñe tu cintura, apréstate con valor. Abastécete de agua para cuando te halles sitiada, fortifica tus bastiones, entra en el barro y pisa la arcilla y mejora tus hornos de ladrillos. Tus poderosos corren á las murallas, pero tropiezan en su marcha. La máquina de ataque está levantada; todos sus bastiones son como higos y brevas: si se los sacude caen en la boca del que vá á comerlas. El fuego te devorará y el hierro te extirpará (8). Con el torrente que inunda lleva Jehová la destruccion á sus moradas; las puertas de los rios se han abierto y el palacio se deshace. Vé ahí tu pueblo, son mujeres para tus enemigos: se abren las puertas de tu país, y el fuego devora tus cerrojos. Llena de hombres estaba Nínive cuando estaba de pié;

pero huyen. Deteneos, deteneos; sin embargo, ninguno se volvió; sus doncellas suspiraban como tórtolas, y se golpeaban el pecho. Robad el oro, robad la plata, los tesoros son infinitos; abundancia de toda clase de magníficas vasijas. Ha quedado devastada, y desgarrada, y despedazada, y desmayado el corazon, y vacilantes las rodillas, y multitud asesinada, y montones de muertos y cadáveres sin fin. Se tropezaba en los cadáveres; tus conductores huyeron, rey de Asiria; tus magnates descansan, tu pueblo está disperso por los montes, y nadie se reune. ¿Dónde está ahora la caverna de los leones, y cuál era el pasto para los cachorros á donde el leon y la leona y la cria iban sin ser turbados? No se sembrará más en tu nombre, no hay alivio alguno para tu herida, mortal es el golpe que has recibido. El que te mire huirá de tí y dirá: destruida está Nínive, y todos los que oigan hablar de tí aplaudirán con sus manos, pues ¿sobre quién no pasó contínuamente tu maldad?» (9).

El profeta Sofonias, unos treinta años más tarde, despues de la invasion de los Scythas el año 624 ántes de Cristo (10), presenta en perspectiva de un modo aún más determinado la destruccion de Nínive: «Jehová, dice, extiende tu mano hácia el Norte y destruye á Asiria, y convierte á Nínive en una soledad erial, semejante al desierto. Y yacen en ella ganados, todos los animales en rebaños; en los capiteles se albergan erizos y pelicanos, pájaros cantan en las ventanas, ruinas en los dinteles de las puertas, y la madera de cedro está arrancada. El que pasa cerca de ella murmura y agita su mano. Esta es la ciudad alegre, la que vive sin pesares, la que en su corazon dice: «¡Yo, y fuera de mí ninguna más! ¡Cómo ha llegado á ser una soledad para guarida de animales!» (11).

Heródoto dice: «Despues que los Medas hubieron matado á la mayor parte de los Scytas en Media, volvieron á ser señores de los pueblos que ántes los habian obedecido. Entónces tomaron tambien á Nínive—en otro punto explicaremos cómo sucedió esto—é hicieron súbditos suyos á los Asirios, con excepcion de la parte

de Babilonia (12).» Polyhistor refiere que Nabopolassar habia ido á pelear con Sarakos contra Nínive, y que éste, asustado por su marcha, se quemó con el castillo real, y Nabopolassar tomó en sus manos el gobierno de Babilonia y de los Caldeos.

Los cronógrafos Eusebio y Jerónimo ponen la ruina de Babilonia en el año 606 ó 605 ántes de Cristo. Podemos suponer que Nabopolassar, que habia buscado y conseguido la union con Media, y habia sido mediador entre Media y Lydia, fué el que prosiguió principalmente la lucha decisiva contra Asiria; que los Medos y los Babilonios inmediatamente despues de aquel tratado de paz en el año 610, se preparaban contra Assur-idil-ili, y que la guerra empezó en el año 609, terminando en el 606 ántes de Cristo con la toma de Nínive y la caida de Assur-idil-ili. Cuando pasó Jenofonte por junto á las ruinas de Nínive, viendo los grandes trozos de las altivas murallas que aún estaban en pié, oyó decir que la ciudad no habia podido tomarse, ni por lo largo del bloqueo ni por la fuerza; que Zeus habia asustado con rayos á los habitantes, y que de este modo habia sido conquistada (13).

La antigua Babilonia estaba triunfante con el vástago que habia nacido de sus propias raíces, le habia extendido á lo léjos, y finalmente, despues de varios duros combates, le habia vuelto á traer al tronco de donde procedia. Los pueblos del Iran, que se habian unido para el combate de libertad en Media, y á los que se aliaron despues los Armenios, los Moscos y los Tibarenos, siguieron al poder á que los Asirios pagaban tributo. Heródoto dice expresamente que el país asirio tocó á Media, y Mesopotamia pasó al nuevo imperio de Babilonia, cuyos límites llegaban hasta el Tígris (14). Las ciudades que durante tres siglos habian recibido el tributo de los pueblos del Asia, desde la Cilicia hasta la Bactriana, desde el mar Negro hasta el golfo Pérsico, no existian ya; pero no sólo ellas, sino toda la raza de los Asirios, debia ser destruida en esta lucha. Cuando despues dominaron los Persas, repetidas veces se sublevaron los Babilonios y los Elamitas para recon-

quistar su independencia; jamás se ha hablado de una sublevacion de los Asirios.

En la profecía de Ezequiel, que vió consumarse la destruccion de Nínive, dice Jehová: «Porque Assur era de elevada altura y su cima se extendia hácia arriba y su corazon se elevaba sobre su altura, le puse yo en la mano del héroe de los pueblos para que hiciese con él segun su albedrío, yo le arrojé segun su delito. Extranjeros, los más poderosos de los pueblos, le troncharon y le arrojaron. En los montes y en todas las tierras cayeron sus ramas, sus vástagos fueron destrozados en todos los valles del país, todos los pueblos de la tierra se apartaron de su sombra y le abandonaron. Sobre su tronco derribado se posan las aves del cielo, y en sus ramas están los animales del campo. Con el estruendo de su caida asusté á las naciones, así que yo le ví caer en el infierno con los demás que bajan al sepulcro. En aquel dia dejé afligirse y detuve los rios alrededor suyo; las grandes aguas fueron retenidas; yo dejé al Líbano llevar luto por él, y todos los árboles del campo le lamentaron. La tumba de Assur está hecha en la caverna más profunda; á su alrededor las tumbas son su ejército; todos ellos fueron muertos al filo de la espada; esparcian el terror en el país de los vivos» (15).

Ctesias nos ha conservado una relacion bastante detallada de la ruina del imperio asirio. Ciertamente da en ella al imperio de los Medas una série de soberanos que todavía es ménos admirable que la de Heródoto, y pone la toma de Nínive cási doscientos ochenta años ántes de lo que fué en realidad. Su lista de reyes empieza con Arbaces, al que siguen Mandaces, Sosarmos, Artykas, Arbianes, Artaeos, Artines, Astibaras y su hijo Aspadas. En su relacion, Arbaces es quien destruyó el imperio asirio, y Aspadas mató á Ciro. Al fijar él la caida de Aspadas-Astyages en el año 564 ántes de Cristo, Arbaces, despues del tiempo de reinado que Ctesias atribuye á los reyes aislados, habria destruido el imperio asirio en el año 883 ántes de Cristo, es decir, precisamente en el tiempo que Assurbanipal subió

al trono y cuando empezó el constante engrandecimiento de la supremacía asiria (16).

Sardanápalo fué el trigésimo dominador de Asiria despues de Nino, segun refiere Ctesias. No llevó las armas como sus antepasados ni fué á caza: pero superó á todos sus antepasados en voluptuosidad y molicie. Jamás se le vió fuera del palacio; pasaba su vida con las mujeres, se cortaba la barba, se suavizaba la piel frotándose con piedra pomez, de modo que la tenia más blanca que la leche; se daba con albayalde, se pintaba los ojos y las cejas, usaba traje de mujer, competia con las concubinas en adorno, en el tocado y en todas las artes de las cortesanas, y vivia afeminadamente como una mujer. Con las piernas estendidas se sentaba entre las mujeres, con ellas hilaba lana de púrpura, imitaba su voz, tomaba contínuamente los manjares y las bebidas que más excitaban á la lujuria, y buscó impúdicamente el placer del hombre y el de la mujer (17).

Á las puertas del palacio estaban los sátrapas de los pueblos que cada año conducian los ejércitos: entre estos se hallaba el gobernador de Media, Arbaces, hombre de conducta prudente, experimentado en los negocios, buen cazador y guerrero, que ya habia hecho cosas hábiles y que todavía podia aspirar á más. Cuando oyó hablar de la vida y de las costumbres del rey, pensó que éste era señor del Asia solamente porque faltaba un hombre hábil. Tenia amistad con el gobernador de Babilonia, Belesys, que esperaba con él á la puerta del rey; Belesys era de la raza de los Caldeos, que eran los sacerdotes y gozaban de la mayor consideracion: pero los Babilonios eran los astrónomos más profundos, y se distinguian por su experiencia en las cosas divinas, en la ciencia de la profecía y en la explicacion de los prodigios y de los sueños. Á este hombre comunicó Arbaces sus pensamientos: primero hablaron en las cercanías del palacio, cerca de un pesebre en donde comian dos caballos, y cuando fué medio dia descansaron allí. Entónces vió Belesys en sueños que uno de los dos caballos dejó caer avena de su boca so-

bre Arbaces, que tambien dormia. El otro caballo le preguntó por qué lo hacia, á lo que el primero contestó: «Porque dominará sobre todos los que en el dia manda Sardanápalo.» Entónces Belesys despertó á Arbaces y le invitó á dar un paseo á orillas del Tigris, y allí le dijo: «¿Qué me darás, ¡oh Arbaces! por la buena nueva, si te anuncio que Sardanápalo te ha nombrado gobernador de Cilicia? ¿Por qué te burlas de mí? contestó Arbaces; ¿cómo me habia de nombrar para ese puesto, olvidándose de muchos mejores? A lo que Belesys contestó: Sin embargo, es así; sé bien lo que me digo. Entónces, contestó Arbaces, no te tocaria la parte menor de tal gobierno. A lo que aquel dijo: Pero si Sardanápalo te hiciera sátrapa de toda Babilonia, ¿qué me concederias tú entónces? Arbaces contestó: Deja de molestarme; soy meda y no estoy acostumbrado á permitir que un babilonio se burle de mí. Por el gran Belo, repuso Belesys, no te lo digo por burla, sino informado por signos. Entónces, dijo Arbaces, si llegara á ser sátrapa de Babilonia, tú serias mi segundo en toda la satrapía. Belesys continuó: Pero si tú llegaras á ser rey de todo el imperio que tiene ahora Sardanápalo, ¿qué me harias? ¡Oh desgraciado! contestó Arbaces; si Sardanápalo supiera esta conversacion, entónces tú y yo pereceríamos miserablemente: ¿por qué se te ha ocurrido decir tales chanzas? Pero Belesys trabó su mano diciendo: Por ésta mi mano derecha que yo estimo, y por el gran Belo, no hablo en chanza, sino conociendo bien las cosas del cielo. A lo que contestó Arbaces: Entónces te daria Babilonia para que la gobernaras durante tu vida y sin tributo. Y como Belesys pidiera que le diese la mano, le dió gustoso la derecha, y Belesys dijo: Persuádete de que es cierto que has de dominar. Pasado lo cual, volvieron á la puerta del palacio para cumplir el servicio acostumbrado. Más adelante, cuando Arbaces conoció á Sparameizes, uno de los eunucos de más confianza del rey, le pidió que le dejara ver á éste, pues deseaba con ardor acercarse á él y ver cómo era; pero el eunuco contestó que era imposible, que jamás se habia permitido semejante cosa, por lo

que Arbaces desistió; aunque pasados algunos dias volvió á pedírselo como vehemencia, añadiendo que le recompensaria tal favor con mucho oro y plata. Esto venció al eunuco, que era de carácter benévolo, y le prometió que lo tendria presente para un momento oportuno. Arbaces le regaló una copa de oro, y Sparameizes habló de ello con el rey, que accedió á la peticion. Entónces Arbaces vió á Sardanápalo sentado entre las mujeres hilando lana de púrpura con ellas y teniendo los ojos pintados (17) de blanco alrededor; y conociendo qué clase de hombre era el rey, se halló más inclinado que ántes á realizar las ideas que le habia manifestado el caldeo. Entró en relacion con los jefes de los demás pueblos, y con banquetes y halagos ganó la amistad de todos ellos; finalmente, convino con Belesys en que él mismo haria sublevarse á los Medas y á los Persas; Belesys haria otro tanto con los Babilonios, y hablaria al jefe de los Arabes, con el cual tenia ya amistad, para que tomara parte en la empresa. Cuando hubo pasado el año de servicio y llegaron las nuevas tropas, las que ya habian cumplido su tiempo volvieron, segun costumbre, á sus hogares. Entónces Arbaces logró persuadir á los Medas á sublevarse contra el rey y ganar á los Persas, bajo el pretexto de que en lo sucesivo quedarian libres. Otro tanto hizo Belesys con los Babilonios para que se sublevaran por su libertad, y decidió por medio de emisarios al jefe de los Arabes á que se adhiriese á la empresa. Despues de haber pasado un año, reunieron la multitud de sus soldados y marcharon con todas sus fuerzas hácia Nínive, con el pretexto de que iban á licenciarlas, pero en realidad para destruir la dominacion de los Asirios. De los cuatro pueblos que ántes hemos citado, se reunieron en total unos 400.000 hombres; y una vez reunidos los jefes, deliberaron acerca de lo que se debia hacer. Cuando Sardanápalo tuvo noticia de ésta sublevacion, dirigió las fuerzas de los demás pueblos contra los rebeldes. La batalla se dió en la llanura; los rebeldes fueron batidos, perdieron mucha gente y fueron perseguidos hasta los montes que se hallan á 70 estádios

de distancia de Nínive; y cuando descendieron de nuevo al llano para la batalla, Sardanápalo colocó su ejército enfrente de ellos y les envió heraldos para anunciarles que daria doscientos talentos de oro al que matase al medo Arbaces, y que el que le entregase vivo recibiria doble cantidad y además el gobierno de Media, prometiendo otro tanto al que entregara vivo ó muerto á Belesys; pero estas ofertas quedaron sin resultado; sin embargo, Sardanápalo cogió y mató á muchos de los rebeldes, persiguiendo á los restantes hasta su campo en los montes. Los rebeldes, que habian llegado á desanimarse por estas dos derrotas, se reunieron para deliberar con Arbaces; la mayor parte de ellos opinaba que cada uno debia volverse á su país, guarnecer los puntos fortificados y preparar todo lo necesario para la guerra; pero Belesys el babilonio dijo que los signos de los dioses anunciaban que alcanzarian su designio con trabajo y reveses, y convenció, por lo tanto, á que perseverasen en el peligro. Así tuvo lugar la tercera batalla, en la que Sardanápalo tambien venció, haciéndose dueño del campo de sus enemigos y persiguiéndolos hasta las fronteras de Babilonia. Arbaces habia peleado con el mayor valor, matando muchos Asirios, pero estaba herido. Despues de tantas pérdidas y de tan repetidas derrotas, no tenian ya esperanza, y todos se preparaban á regresar á su pátria. Belesys, que habia pasado en vela aquella noche observando las estrellas, dijo á los desalentados que si aguardaban todavía sólo cinco dias les vendria auxilio de ellos mismos, y que tendria lugar un gran cambio en las cosas; que él sabia por su conocimiento de las estrellas que los dioses lo anunciaban así; que podian esperar aquellos dias, y experimentar tanto el favor de los dioses como su ciencia. Se llamó de nuevo á todos para que esperasen el tiempo marcado, cuando súbitamente anunciaron que un gran número de tropas enviadas de la Bactriana á Sardanápalo se acercaba marchando apresuradamente. Arbaces creyó entónces que con los guerreros mejores y más esforzados debian salir al

encuentro de los de la Bactriana, y que si no se podia convencerlos para que se unieran con los sublevados debian obligarlos á ello con las armas. Primero hablaron á los jefes acerca de la libertad, y despues á los guerreros, de modo que los de la Bactriana se unieron á los demás. El rey de los Asirios no sabia nada de esta desercion, y extraviado por la fortuna se dejó llevar por la indolencia. Permitió que sus guerreros preparasen una fiesta con muchas víctimas y abundancia de vino, y lo demás que ántes se ha dicho. Los rebeldes supieron por desertores la negligencia de los enemigos y su embriaguez, y por la noche dieron un ataque inesperado. Entretanto, repentinamente, bien dirigidos y preparados contra enemigos que no lo estaban, se apoderaron del campamento, mataron á muchos y persiguieron á los demás hasta la ciudad. Entónces tomo el rey mismo el cuidado de su defensa y entregó el mando del ejército á Salaemenes, hermano de su mujer; pero en la llanura, cerca de la ciudad, fueron derrotados los Asirios en dos batallas, pereciendo el mismo Salaemenes: muchos murieron en la huida; otros muchos, á los que se habia cortado el camino para volver á la ciudad, fueron arrojados al Tigris, de modo que el ejército de los Asirios pereció, á excepcion de muy pocos. El número de los muertos era tan grande, que el agua del rio, mezclada con sangre, cambió su color hasta muy léjos. Entretanto el rey estaba encerrado en la ciudad, y muchos de los pueblos subyugados se reunieron á los contrarios para lograr su libertad. Sardanápalo vió que el reino estaba en el mayor peligro, y envió á sus tres hijos y á sus dos hijas á Kottas, gobernador de Paphlagonia, á quien tenia por el más fiel de sus gobernadores, entregándoles tambien tres mil talentos de oro (18). Al mismo tiempo mandó á todos sus vasallos que le enviaran auxilio para la guerra, en tanto que él mismo preparaba lo necesario para el sitio. Habia oido una tradicion de sus antepasados de que nadie tomaria á Ninive ántes de que el rio llegara á ser enemigo de la ciudad; como esto no podia suceder nunca, confiaba conservar

la ciudad, y esperaba las tropas que habian de enviarle los gobernadores. Los rebeldes llevaban el sitio con mucho ardor; pero no podian hacer ningun daño por razon de lo fuerte de las murallas, y los habitantes de la ciudad tenian en abundancia todo lo que necesitaban, gracias á la vigilancia del rey. Así, durante dos años de sitio, no se logró nada más sino que nadie pudiera salir de la ciudad; pero en el tercer año sucedió que el Tigris, crecido por grandes y constantes lluvias, inundó una parte de la poblacion destruyendo la muralla en un espacio de veinte estádios. El rey conoció entónces que el rio habia llegado á ser enemigo de la ciudad, y perdió toda esperanza de resistencia y de salvacion (19). Para no caer en manos de los contrarios, mandó poner en el palacio real una hoguera de cuatrocientos piés de altura. En ella hicieron con vigas una habitacion de cien piés de larga y otros tantos de ancha, en la cual colocaron ciento cincuenta lechos de oro con almohadas y muchas mesas de oro. Luégo pusieron diez millones de talentos de oro, cien millones de talentos de plata y un gran número de vestidos de toda clase, mantos y telas de púrpura sobre la hoguera. Dentro de aquella habitacion se echó Sardanápalo en uno de aquellos lechos con su mujer, y en los demás las concubinas; la habitacion estaba cubierta con largas y fuertes vigas, y despues de haber amontonado alrededor de ella gran cantidad de madera de modo que no hubiera salida alguna, dió órden el rey de que se le prendiera fuego. Ardió durante quince dias; las gentes de la ciudad se admiraban del humo que salia del palacio, pero creian que el rey ofrecia un sacrificio, pues sólo los eunucos sabian lo que pasaba. Así terminó su vida Sardanápalo con todos los demás que estaban en el palacio real, devorado por el fuego y de un modo noble en cuanto era posible (20), despues de haberse entregado sin medida á los placeres. Cuando los rebeldes supieron la muerte del rey, tomaron la ciudad entrando por la parte rota de las murallas, vistieron á Arbaces con el traje real, le proclamaron rey y le dieron dominio sobre todo; él, á su vez, concedió gracias segun sus merecimientos á

los jefes que habian peleado con él y los hizo gobernadores de los pueblos. Belesys recordó al rey sus méritos y la promesa de darle la dominacion sobre Babilonia; además, en los peligros de la guerra habia hecho voto á Belo de que despues de vencer á Sardanápalo y quemar su palacio, enviaria sus cenizas á Babilonia, y con éstas mandaria hacer en el templo de Belo á orillas del Eufrates un elevado monton, que para todos los que navegaran por el Eufrates seria un monumento imperecedero del que habia derribado la dominacion de los Asirios. Habia sabido por un eunuco de Sardanápalo cuánto oro y plata habia en las cenizas del palacio. Arbaces, que lo ignoraba porque todos los demás se habian quemado con el rey, permitió la traslacion de las cenizas y concedió á Belesys Babilonia sin tributo; pero cuando llegó á saber el robo, nombró por jueces á los generales del ejército con los cuales habia peleado contra Sárdanápalo; Belesys confesó su delito y el tribunal le condenó á muerte. El rey, sin embargo, como era magnánimo y queria distinguir de un modo digno el principio de su reinado, no sólo le perdonó la vida, sino que dejó que conservara el oro y la plata que ya habia llevado á Babilonia, y ni áun le quitó la dominacion sobre esta ciudad, diciendo que sus méritos primeros eran mayores que la falta cometida despues. Cuando se supo este hecho, no sólo sirvió para hacer amar á Arbaces, sino que le dió fama en los pueblos, juzgando todos que es digno de dominar aquel que así trata á los que han faltado. Tambien fué clemente con los habitantes de Ninive; es verdad que los dividió en pueblos, pero dejó á cada uno su propiedad; despues arrasó la ciudad, y el oro y la plata que todavía habia en la hoguera, que eran aún muchos talentos, fué enviado por órden suya á Ecbatana en Media (21).

Se ve por esto que Ctesias pone la fecha de la ruina de Nínive unos doscientos ochenta años ántes de que tuviera lugar; que además en su relacion ha atribuido á Arbaces lo que pertenece al rey Cyaxares de Media, y se comprende que ha dado al último soberano de Nínive el nombre del penúltimo, es decir, el nombre del

soberano más conocido y más célebre del último siglo, el nombre de Assurbanipal (Sardanápalo), en vez del desconocido Assur-idil-ili, y que ha cambiado el nombre del gobernador de Babilonia, Nabopalassar, en la forma errónea de Belesys. En esta relacion de Ctesias hay cosas muy notables. Empieza con una vision en sueños con un prodigio para Arbaces; sabe las conversaciones que Arbaces y Belesys tienen á la puerta del palacio de Nínive y en su paseo por el Tigris, y cómo piensan repartirse la piel del leon ántes de que haya muerto. La vida y modo de ser afeminado del rey de Assur está descrita con los rasgos más marcados y al mismo tiempo más minuciosos. Y, sin embargo, á este hombre afeminado se le atribuye una esposa, á cuyo lado muere; tres hijos y dos hijas, que envia léjos para poner en salvo su vida ántes de que se cierre Nínive. Si el soberano de Assur era tan despreciable, no debian hacerse para derribarle preparativos tan grandes, ni contratos ni matrimonios entre Media, Babilonia y Lydia. Despues de una vida disipada en un harem, un soberano afeminado podia en efecto darse la muerte acosado por un gran peligro; pero seria difícil que tuviera la resolucion ni la aptitud para combatir con un valor heróico y tenaz durante tres años por el imperio y por el trono. En la relacion de Ctesias este rey afeminado vence tres veces en grandes batallas á sus adversarios, los que están ya decididos á abandonar la empresa, cuando la desercion de los de la Bactriana al enemigo, la sorpresa y la crecida del Tigris deciden la suerte en contra de Sardanápalo, que, como dice el mismo Ctesias, concluye su vida de un modo noble. Este mismo fin tiene lugar del modo más prodigioso. En un país escaso de maderas, en una ciudad sitiada, se levanta un monte de madera de cuatrocientos piés de altura, que debe elevarse más alto que todas las murallas y torres y verse desde léjos por amigos y enemigos; los habitantes de Nínive no podian de ningun modo admirarse del humo que se elevaba de este monte. La relacion dice que la hoguera ardió quince dias seguidos sin interrupcion, y aunque la brecha estaba abierta ya ántes de que se formara y en-

cendiera la hoguera, los sitiadores esperaron tranquilamente que se consumiera ésta ántes de penetrar á viva fuerza en la ciudad.

Todas estas contradicciones y maravillas, unidas á la descripcion detallada y vigorosa de la vida del rey entre las mujeres; la relacion del trato entre Arbaces y Belesys; su carácter, el conocimiento íntimo de sus proyectos y conversaciones, el término dramático del combate, cuya decision pende, por decirlo así, de un cabello, y los preparativos para el suicidio por el fuego, demuestran que Ctesias nos ha descrito el fin del imperio asirio, no ménos que su principio, tomándolo de un orígen poético, de aquellos cantos medo-persas que ántes nos dieron noticias tan exactas acerca de Semíramis y de la guerra con los indios. El medo Arbaces está decididamente en el primer plan: él, el cazador astuto, el guerrero hábil, se persuade, cuando estando de servicio á la puerta del palacio oye hablar de la vida afeminada del rey, que allí falta un hombre hábil. La vision en sueños del caballo que deja caer el grano sobre Arbaces, corresponde decididamente al modo de ver de los pueblos iránios, á los Medas y á los Persas. El comentador astrónomo, el babilonio, conoce entónces inmediatamente lo que significa este signo, y se apresura á asegurar en parte la satrapía de Babilonia por medio de una promesa solemne que arranca á Arbaces. El aspecto del rey, adornado como una mujer, y al que Arbaces llega á ver por último mediante el soborno de Sparancizes le hace decidirse, y ganando á los jefes de las tropas de servicio que están con él en Nínive, empieza la guerra. Tambien en la tercera batalla son batidos los rebeldes, á pesar de las heroicidades de Arbaces y á pesar del número de Asirios que ha muerto: está herido, y el ejército se ha visto obligado á retroceder á los confines de Babilonia. El babilonio, que ya despues de la segunda batalla habia levantado por medio de sus conocimientos astronómicos el ánimo de los aliados, les pide que resistan sólo cinco dias más, y en este plazo, marchando atrevidamente Arbaces al encuentro de los Bactrios, logra ganar á éstos, luégo

asaltar el campamento de los Asirios, y, por último, en la segunda batalla destruir el ejército asirio á las puertas de la ciudad; de modo que si los rebeldes habian perdido tres batallas, ahora ganaron otras tres. Así se cumplió el antiguo oráculo de que el rio seria enemigo de la ciudad, y Arbaces ocupó el lugar de Sardanápalo. Con la prudencia y sutileza del babilonio, realzadas por su conocimiento del cielo, se encuentra la lealtad del meda. Belesys le ha engañado; pero Arbaces perdona al sentenciado á muerte, no sólo la vida, sino que, despreciando el vil metal, se lo deja y le cumple la promesa que en otro tiempo le hizo, por lo que los pueblos del Asia hubieron de reconocer que Arbaces era digno de dominarlos.

No hay duda de que se ve cierta poesía en oponer al fausto femenil del soberano de Asiria las maneras sencillas y el vigor del vasallo meda, y en agregar luégo los conocimientos astronómicos y las sutilezas del babilonio que ayudan y favorecen á éste; pero la epopeya medo-persa requeria por este contraste aún más. Una mujer varonil, Semíramis, fundó el Imperio, y un hombre afeminado le llevó á su ruina. En el Sardanápalo del poema se encuentran extraordinariamente acentuados los rasgos femeninos, pues no sólo lleva el traje de las mujeres, no sólo se dedica á trabajos femeniles, sino que imita la voz de la mujer y busca los placeres de ambos sexos. De aquí debemos deducir que, así como los cantores medas para dibujar su Semíramis emplearon el mito y la figura de una diosa de los Semitas, de Istar, para dibujar el tipo contrario de la Semíramis, Sardanápalo, se han valido del mito del dios semita que cambia su sér con el de la diosa que tiene al lado, que lleva vestidos de mujer é hila la tela de púrpura, lo mismo que sus adoradores llevaban en ciertas fiestas trajes de mujer. La narracion de Luciano de que en el templo de Hierápolis habia una estátua de Sardanápalo al lado de la de Semíramis (22), puede servir de apoyo á esta deduccion. Tambien para la descripcion de la caida de Sardanápalo parecen hallarse conformes los cantores medas con los actos del culto

del dios siro. En las grandes fiestas los Siros levantaban al dios del sol enormes piras, sobre las que amontonaban una porcion de preciosidades, y luégo las prendian fuego al mismo tiempo que á una imágen del dios, que habia de rejuvenecerse en el incendio (23).

Si se trata de separar la parte histórica que pueda existir en estas poesías, hay que convenir en que los cantores medas hubieron de cantar el mejor hecho de armas de la Media, la destruccion de Asiria, poco tiempo despues del acontecimiento mismo, y que debia permanecer viva en la Media la tradicion de este gran resultado de sus armas. La cooperacion de los Medas y de los Babilonios para este objeto está suficientemente probada, segun hemos visto. No hay tampoco que dudar en que la guerra habia sido larga y empeñada, pues Heródoto dice tambien que los Medas sufrieron ántes una gran derrota, y es del todo probable que trascurrieron más de dos años ántes de que ocurriera la caida de Nínive; y, por último, tambien se refiere que Assur-idil-ili, cuando perdió todo, prendió fuego al castillo real y desapareció con él. Simri de Israel se hizo quemar igualmente con su palacio en Thirza. Sin embargo, para esto no era necesario establecer piras, además de que no hubieran tenido tiempo para ello, porque segun el poema mismo habia ya brecha abierta. Ciertamente que desde los tiempos de Assurbanipal en el trascurso de los tres últimos siglos habian amontonado inmensos tesoros en Nínive en los palacios de los reyes de Assur (Assurbanipal sólo, en ménos de 60 años, y áun de 30, guardó los despojos de Thebas, de Babilonia y de Susa), áun cuando no 10 millones de talentos de oro y 100 millones de talentos de plata, como calcula Ctesias que se derritieron en el incendio de los palacios de Nínive, despues de haber sacado ántes del castillo 3.000 talentos (sobre 1.500 quintales de oro).

En este poema choca que se suponga completamente intacto al imperio asirio, que los pueblos avasallados se conformen á enviar sus tropas para servir en Nínive por acuerdo que los mismos cantos atribuyen ya á Ninias, y que al destructor de Nínive se le admitiera

como vasallo del rey de Asiria. Es posible que esta idea corresponda á la conclusion que los Persas han dado á los cantos de los Medas, pues los Persas fueron los que dieron á conocer éstos á Ctesias. Tambien los cantores persas hablan de la caida de la dominacion meda, y hacen sucederse inmediatamente las tres dominaciones asiria, meda y persa; y del mismo modo podia de intento haberse hecho abstraccion del nombre de Cyaxares. En las tres derrotas que los aliados sufrieron delante de Nínive, pueden incluirse la ruina de Fraortes con la mayor parte de su ejército y las primeras luchas de Cyaxares contra Asiria. Con más exactitud que Heródoto, que atribuye á las armas de Fraortes la fundacion de la soberanía meda en Asia, considera el poema la union de los Persas y de otros pueblos con los Medas como una mancomunidad para obtener la libertad por medio de la lucha contra los Asirios. Las condiciones que los Persas pusieron ántes de su accesion, fueron las de ser una anexion persa. En cambio hay que considerar de algun valor histórico la importancia que los cantos atribuyen á la caida de otros pueblos de Asiria durante la guerra para la terminacion de ésta. Si los poemas medas realzan fuertemente la relacion que existia entre Belesys y el rey meda, y los servicios que Belesys presta, decididamente esto no se funda sólo en que la union de los Medas y Babilonios ha ocasionado en realidad la ruina de Asiria, sino que querian y debian declarar tambien que, al lado del reino meda y de resultas de las luchas contra la Asiria, surgió otro reino babilonio independiente, que se formó libremente como una satrapía sin tributo, pues, en realidad, con iguales derechos que la Media, tomó Babilonia parte en la lucha. Formada por sí la union con Media, y afirmada ya por medio de la alianza de las casas reinantes, las armas medas se separaron de la guerra lydia, y surgieron la paz y los matrimonios entre Lydios y Medas, sosteniéndose la más completa independencia entre príncipes como Nabopolassar y Nabucodonosor. De esta situacion los cantos medas han establecido una relacion de dependencia respec-

to de Nabopolassar, á quien el rey de los Medas ha prometido Babilonia por su ayuda, teniéndola él y sus descendientes sólo por la gran voluntad del rey meda: tambien los cantos medas tratan á los sucesores de Nabopolassar como lugartenientes de los reyes medas.

Para los Griegos era ya el nombre de Sardanápalo, en tiempo de Aristófanes, la expresion del fausto y del deleite, y entre ellos era corriente (24) el dicho de «más disoluto que Sardanápalo;» además de que tenian allí la idea de que Sardanápalo habia apurado la vida en los placeres porque ésta era corta, y el hombre, despues de muerto, no era más que polvo. De este modo Sardanápalo pasaba entre los Griegos como modelo y predicador de aquella filosofía que aconseja gozar de la vida; y las inscripciones asirias que habia en Anquiale, en Cilicia, en una imágen de un rey asirio que parece hacer un movimiento despreciativo con la mano (25), dieron ocasion á los poetas griegos para inventar pretendidas traducciones de las mismas, las cuales, con el nombre de epitafios autógrafos de Sardanápalo, inculcaban doctrinas de esta clase. «Sabiendo bien que has nacido mortal, dice la más corriente de estas inscripciones, diviértete y goza, que para los muertos no hay alegría: tambien yo soy polvo, yo, el mayor soberano de Nínive, y sólo lo que como y bebo, y lo que gozo con los placeres del amor, es mio; lo demás, por grande y hermoso que sea, tengo que dejarlo» (26).

Cuando los Scythas, cuya irrupcion desde Media fué lo que más daño causó al poder y á la cohesion del imperio asirio, despues de merodear, segun dicen, 28 años en Asia, regresaron á su país, encontraron todo cambiado en él, segun cuenta Heródoto. Las mujeres que se habian quedado se casaron con los esclavos, lo cual produjo una nueva familia. Dichos esclavos interceptaron el camino en el Maeotis por medio de un foso, y cuando los que volvian trataron de franquearle, fueron rechazados por los esclavos y sus hijos, hasta que los Scolotas dejaron los arcos y las flechas y acometieron á aquellos con los látigos: entónces, recordando su esclavitud, se escaparon, y los Scythas volvieron á su

pátria (27). Heródoto dice tambien (difícilmente con razon) que los Scolotas sacaban los ojos á sus esclavos. Mal podian pelear estando ciegos contra flechas ni látigos, y si sólo hubieron de pelear sus hijos, debió á éstos producirles un gran temor el látigo. El fundamento de esta narracion puede estribar en que los restos de los Cimmerios que habian quedado en las montañas de Crimea, los Tauros, se aprovecharon de la marcha del ejército de los Scolotas para volver á ocupar las llanuras de la Crimea, y que, para poder sostenerse en toda la península, habian interceptado por medio de un foso el estrecho de Perecop; pero no pudieron conservar esta adquisicion luégo que las tribus de los territorios contiguos se vieron reforzadas por las tropas que volvian del Asia. En cuanto al pretendido efecto del látigo que llevaba cada scolota, lo han añadido los Helenos como prueba de la esclavitud en el país de los Scythas.

VIII.

JUDÁ BAJO LOS REINADOS DE MANASÉS Y DE JOSÍAS.

El estado de las diez tribus se hallaba sometido á las armas de los Asirios. Si el reino de Judá se libró de la misma suerte veinte años más tarde, sufrió, sin embargo, gravísimas heridas, pues por todas partes le saquearon, arrastraron á doscientos mil de sus habitantes y sólo la capital resistió. Esta milagrosa salvacion de tan grande azote pareció á los Judíos como una gracia particular de Jehová concedida al rey Ezequías por su devocion en hacer desaparecer los altos, en romper las columnas y en exterminar á Astarte.

En aquella época de tranquilidad en que Senaquerib, despues de la batalla de Altaen, abandonó la Siria, empezó el reinado del hijo de Ezequías, del rey Manasés. Subió al trono á la edad de 12 años (697 ántes de Cristo) (1), y cuando llegó á su mayor edad, hácia el año 680 ántes de Cristo, se dispuso Assarhadon á emprender nuevas expediciones contra la Siria. En las inscripciones de Assarhadon encontramos, despues del rey de Tiro, al rey Manasés (Minasi) de Judá y al rey Abibaal de Samaria, á donde Assarhadon volvió á llevar colonos del Oriente á las órdenes de los príncipes tributarios de Siria. Tambien en el catálogo de príncipes sometidos á Assurbanipal, el sucesor de Assarhadon, se cita en el año 665 á Manasés de Judá

con el rey de Tiro (2). En esta época, Assarhadon conquistó el Egipto y Assurbanipal le ayudó en repetidas expediciones, viendo el reino de Judá el paso del ejército asirio hácia el Nilo y su regreso. Nosotros no podemos fijar cuándo se verificó la sublevacion de Manasés contra Asiria de que hablan los libros de los Hebreos, y que dió por resultado que Manasés fuese conducido con cadenas á Babilonia hasta que el rey de Asiria le perdonó. Es posible que Manasés se adhiriera á la resistencia que Sidon opuso á Assarhadon en la primera expedicion de éste á Siria; pero es posible tambien que Manasés se sublevase contra Assurbanipal cuando la rebelion del hermano de éste produjo un movimiento general entre los pueblos sometidos y siguiera la suerte de aquel.

Los Hebreos dicen que Manasés no siguió el ejemplo de su devoto padre, sino que siguió las huellas de su abuelo Acaz, pues restableció el culto de Baal, consagró una pira en el valle de Ben-Hinnmom, y quemó á su hijo en honor de Moloc. En la azotea de palacio y en los pórticos del templo se establecieron altares y sacerdotes que incensaban al «sol, á la luna, al zodiaco y á toda la cohorte celeste,» y en el templo habia habitacion para los favoritos y las mujeres que tejian las tiendas, habiendo fijado el rey en el templo mismo el retrato de Astarte. En vano se opusieron los sacerdotes á este proceder, en vano anunciaron los profetas «que la destruccion se cernia sobre Jerusalem como sobre Samaria.» Manasés hizo matar á los que se le oponian, y llenó de sangre inocente de un extremo á otro de Jerusalem. «Como un leon hambriento devoró la espada de vuestro profeta,» dice Jeremías.

Nada mejoró tampoco con el advenimiento al trono de su hijo Amon (642 ántes de Cristo), «pues hacia lo peor, y siguiendo el mismo camino que su padre, adoraba á los ídolos á que prestaba culto aquel; así que sus criados se conjuraron contra él y le asesinaron en su casa; pero la gente del campo mató á todos los que se habian conjurado contra Amon, y colocó en su lugar como rey á su hijo Josías.» Amon estuvo sólo dos años

en el trono, y Josías no contaba más que ocho años (640 ántes de Cristo.)

En los primeros siglos, despues del establecimiento de los Hebreos, se introdujo el culto de los Siros aparte del de Jehová, que estuvo más arraigado y mejor establecido en tiempo de Saul, David y Salomon. Los primeros profetas se opusieron con el mayor celo, y áun con fanatismo, á la introduccion del culto de Baal en Israel, y luégo contrarestaron satisfactoriamente la nueva adopcion de este culto por el pueblo con la idea pura y profunda del Dios nacional. En tiempo de Manasés volvió, sin embargo, á entablarse la más viva lucha entre estas tendencias contrarias. Cuanto más enérgicamente condenaban los profetas la religion de los Siros; cuanto más firmemente luchaban contra toda práctica y sacrificio, contra la sensualidad, la voluptuosidad y el desórden, tanto más frecuentemente se unian los debilitados y cási vencidos elementos, tanto más obstinadamente se adheria el partido opuesto al culto de los vencidos, y tanto más ardientemente se agrupaban todos los dioses siros en Jerusalem y en sus alrededores, viéndose aún luchar entre sí las ideas religiosas más sublimes con las más bajas, y la adoracion de un Dios santo y único con el culto del placer y de la mutilacion. Segun parece, la persecucion á los sacerdotes y profetas de Jehová durante el largo reinado de Manasés fué más cruel que nunca, y aunque se dió á entender á sus departamentos la idea de evitar la repeticion de semejantes violencias, esto sólo era posible cuando la fé que profesaban, y por la que habian padecido, llegara por fin á triunfar irrevocablemente y á prevalecer de una manera exclusiva en Judá. Sin embargo de que cesó la persecucion durante la minoría del rey, el culto siro continuó: y en cuanto el jóven rey, al llegar á su mayor edad, se decidió por éste, volvieron los tiempos de Manasés. Ni la organizacion del sacerdocio del templo, ni su religiosa influencia, fueron suficientes para hacer que los reyes observasen la religion de Jehová, y para impedirles la ejecucion de reformas y persecuciones en interés del culto siro, no pudiendo tampoco impedir la

palabra poderosa y llena de fé de los profetas lo que el influjo de los sacerdotes no llegó á conseguir. Los sacerdotes y los profetas tendian á un acomodamiento. Si lograban imponer á la Corona el culto de Jehová, y asegurar á éste el apoyo completo de la autoridad real; si conseguian que el culto de Jehová se considerase como la única religion legal del Estado, era de esperar que, establecido severamente el culto de Jehová, quedara excluido para siempre el culto siro, asegurada la situacion del clero, y conjurados los peligros que en lo futuro pudieran sobrevenir.

La cuestion era obtener el poder del Estado y la fuerza de la ley para la conservacion del culto de Jehová, y ligar de un modo fijo pueblo y rey al culto de Jehová, obligándoles á ello, si era posible. Las antiguas notas de los sacerdotes contienen, como hemos visto, al mismo tiempo que la razon del destino del pueblo en la antigüedad, el ritual, las prescripciones para los sacerdotes, las reglas de purificacion y los antiquísimos preceptos y normas de venganza, del derecho de familia y de otros usos del foro. Su contenido era más bien una ley para los sacerdotes que para los legos; y esto, y la relacion en que estas prescripciones se hallaban con la narracion histórica, hacian á estos libros impropios para dar al rey y al pueblo una idea de las obligaciones más esenciales. Tratándose de un código para los láicos, debian omitirse las minuciosas reglas para los sacerdotes, y recoger las prescripciones esparcidas en los libros antiguos, arreglando en un compendio las obligaciones que cada israelita habia de cumplir. Debia acomodarse el nuevo modo de ver de los profetas con los preceptos antiguos, y armonizar éstos con la idea profunda de los profetas. Tambien se trató de ceder algo de pretensiones exageradas y demasiado ideales para hacer valer disposiciones tanto más enérgicas cuanto más moderadas. Así, sólo de semejante ley podia esperarse que fuera reconocida por el soberano y el pueblo como ley fundamental del país.

El rey Josías tenia veintidos años cuando el reino se vió sorprendido con aquella grave invasion de los Scy-

thas, que con sus masas de caballería inundaron Siria y Judá, penetraron por el Sur de Siria hácia el Egipto y luégo retrocedieron. Si Jerusalem resistió, y las ciudades fuertes pudieron resistir, el país, sin embargo, quedó terriblemente arruinado, volviendo Judá á estar, como en tiempo de Ezequías, al borde del abismo, y volviendo Jehová á salvar otra vez á su pueblo; así que esto debió causar una profunda impresion en el corazon del pueblo y en el del jóven rey.

Mandó éste hacer reparaciones en el templo, y al efecto los porteros del mismo hacian cuestaciones en los sacrificios. Cuando Josías envió su secretario Safan á pedir al Pontífice Hilcia el dinero recogido, dijo éste: «que habia encontrado el libro de la ley en casa de Jehová;» y dió al secretario un rollo de papel. Este presentó el escrito al rey y le leyó, y Josías, á quien sorprendió mucho su contenido, y las amenazas que en él se proferian contra los que violaban la ley de Jehová, encargó al Pontífice, á Safan y á algunos otros: «que preguntasen á Jehová acerca de lo que se decia en el libro encontrado.» Estos acudieron á la profetisa Hulde, mujer de Sallum el guarda-ropa, la cual declaró que las palabras del libro eran palabras de Jehová: y entónces el rey convocó (esto fué el año 622 ántes de Cristo) «á los más ancianos de Judá y á todo el pueblo en casa de Jehová, y les leyó todo el contenido del libro que se habia encontrado en dicha casa de Jehová (4).»

Segun este libro, la segunda ley, Moisés, despues de legislar en el Sinaí, habia vuelto á anunciar poco ántes de su muerte en el país de Moab, en la frontera de Canaan, la ley de Jehová, y habia renovado la alianza de Jehová con Israel. A este libro precede un discurso de Moisés dirigido á manera de profecía á los Israelitas, y que resume los beneficios que Jehová ha estendido sobre su pueblo en Egipto y despues de su salida de este país. La forma retórica de esta descripcion, comparada con el espíritu de la antigua ley, prueba el efecto que desde entónces ha producido el estilo profético. Pero no sólo la forma, sino que tambien el contenido de la nueva ley, se halla determinado en puntos esenciales por la idea

divina desarrollada entre los profetas: Jehová: que ha creado la tierra y los hombres (5), «de quien es el cielo y que es cielo de todos los cielos, Dios de los dioses y Rey de los reyes (6), sólo esencia verdadera, siendo todo lo demás rayo de luz pasajero, y gobierna la naturaleza y los hombres segun su albedrío, ampara á viudas y huérfanos y no hace distincion de personas,» aparece tambien en la nueva ley como un Dios vehemente, «que empapa sus dardos en la sangre de sus adversarios;» pero que es asimismo, como los profetas han enseñado, «un Dios misericordioso que no se complace en castigar á los delincuentes, sino en corregirlos;» verdad es que castiga las faltas de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generacion; pero tambien ejercita su clemencia en millares de los que le aman (8). No se debe adorar á este Dios en imágen, pues, como dice argumentando históricamente el libro de la ley, «no ha visto forma alguna desde el dia en que Jehová os habló saliendo del fuego en el Horeb (9).»

Como los profetas se fijaron en la relacion de este Señor, único del cielo y de la tierra, con el pueblo de Israel para la admision de un gobierno universal divino, la ley se reduce por su índole á establecer las relaciones de Jehová con Israel. A causa, pues, de esta relacion, Jehová dió Canaan á los Israelitas, eligió á Sion como monte suyo, á Jerusalem por residencia y el templo por casa suya, y por eso mismo Jehová fué para los profetas el rey propio de Israel. El nuevo libro de la ley, lo mismo que el antiguo, considera la union de Jehová con los Israelitas como una alianza, como un contrato entre dos partes, en el que cada uno puede sostener su derecho: Jehová á su veneracion, é Israel á las concesiones de Jehová, á la tierra que le habia correspondido por el culto de Jehová, al disfrute de sus campos y viñedos, al descanso y seguridad ante los enemigos y al aumento de su raza y prosperidad. Jehová es el Señor é Israel es el siervo; el siervo debe servir, pero el Señor no debe omitir la recompensa. Jehová ha hecho saber sus mandamientos á

Israel, y los Israelitas se han obligado á cumplirlos; y en tanto que cumplan esta obligacion, Jehová no disminuirá la remuneracion de su servicio. Ahora bien: si los profetas, fundándose en semejante alianza, toman cualquier desgracia que sufre Israel como una consecuencia del rompimiento de la misma; si la cuestion entre Jehová é Israel sobre el cumplimiento ó no del contrato es para ellos un hecho corriente, á que va unido el anuncio del dia del fallo y de las duras penas que Jehová enviará á aquellos que quebrantan la alianza, el libro de la ley adquiere ya un aspecto más sacerdotal, puesto que termina con la bendicion al que haya cumplido el convenio, y con la maldicion al que haya faltado á él; á lo cual añade Moisés: «que sabe que despues de su muerte los Israelitas se portarán mal (10).» En el primer caso, «el fruto de las madres, el de los campos, las crias de sus vacas y ovejas, todo será bendito en Israel, y podrá prestar á los demás pueblos, y no necesitará de ellos (11);» de lo contrario, Jehová afligirá á Israel «con la sarna, con la hinchazon de Egipto en las piernas, y desde la cabeza hasta los piés; con calenturas, peste, tisis, inflamacion con ceguera y locura ó extravío de la razon; luégo el cielo será para ellos de bronce, y la tierra de hierro: todos los poderosos de la tierra serán maltratados, y sus cadáveres servirán de pasto á los animales; se verán dispersos entre todos los pueblos de un extremo á otro de la tierra, y causarán horror y servirán de mote y de risa á todos los pueblos (12).»

Aunque los profetas anunciaron el dia del Juicio y la destruccion de los infieles, tampoco dejaron de pintar con brillantes colores la regeneracion de Israel, creyendo firmemente que la misericordia de Jehová seria despues tan grande como habia sido su cólera; que por medio del resto de los fieles y de la regenerada Israel reduciria Jehová todos los pueblos á su culto; que algun dia «volveria á brotar una rama de la familia de Isaí,» y que la casa de David gobernaria con nueva fuerza divina. En el libro de la ley faltan estos grandes pensamientos acerca de la regeneracion del poder

de Israel y estas esperanzas sobre el Mesías procedente de la casa de David, indicando tan sólo respecto del reino de Israel, «que si Israel se convertia, Jehová devolveria los cautivos á Israel, se formaria de nuevo y circuncidaria su corazon (13).»

Si como punto de partida se ha fijado que los Israelitas deben servir á Jehová para prosperar, en tal caso esta idea habia de ser necesariamente el resultado de la actitud del Dios primitivo para con el pueblo encomendado á su guarda; así, es natural admitir bajo un punto de vista imparcial, que la recompensa sigue á las buenas obras, que en la tierra el bueno ha de prosperar y el malo ha de sufrir; así, la esencia de esta série de ideas en los Israelitas no es tanto servir por amor á la recompensa, cuanto que ésta es la consecuencia inmediata de la adoracion de Jehová; pero si el premio por el servicio resalta más entre los Judíos que en ningun otro pueblo; si en ninguna otra parte el aspecto jurídico de las relaciones entre Dios y el hombre está tan asegurado por un pacto como aquí, ya los profetas habian dado una importancia íntima y moral á la pura relacion del pacto entre Jehová é Israel considerándole como un matrimonio, y con arreglo á esto, no sólo censuraban su infraccion como una violacion del derecho, sino que la extigmatizaban como una perfidia. El libro de la ley no se detiene sólo en el pacto aislado, sino que pregunta: «si se ha visto ú oido cosa tan grande en la tierra como que un Dios haya tratado de atraer á sí á un pueblo de enmedio de los pueblos por signos y prodigios y guerra y mano fuerte y el brazo extendido y por hechos grandes y terribles (14).» Pero «no se ha inclinado á vosotros Jehová ni os ha escogido, dice más adelante, porque seais más que todos los pueblos, sois el más pequeño, sino porque Jehová os ama (15).» Es «la gracia de Jehová la que se ha inclinado sólo á los padres de Israel para guiarlos (16).» Ahora bien: si la relacion del Señor protector para con su pueblo pasa á ser una relacion de amor libre, por esa razon el libro de la ley no exije sólo de los Israelitas una adoracion exterior de Jehová por medio

de ofrendas y sacrificios. «El precepto que te intimo no está sobre tí, dice el libro de la ley, ni puesto léjos de tí para que puedas decir: ¿Quién de nosotros podrá subir al cielo y traérnosle, ó quién de nosotros podrá atravesar el mar y anunciárnosle? La palabrá está en tu boca y en tu corazon (17). Romped la piel que cubre vuestro corazon, y no seais tenaces por más tiempo (18). Hallareis á Jehová si le buscais con todo vuestro corazon y vuestra alma (19). ¿Qué exije Jehová de tí? Que le ames con todas tus facultades y vayas por su camino (20). Ama á Jehová, tu Dios, con todo tu corazon y tu alma, y observa lo que se ha de observar con respecto á él: sus decretos, sus derechos y sus mandamientos en todo tiempo (21).»

Si la nueva ley hace valer el punto de vista del sentimiento interior, de la elevacion del corazon y del amor hácia Dios; si halla de nuevo el sér moral de Jehová en el corazon del hombre, y en ello está completamente de acuerdo con las pretensiones de los profetas, tambien se mantiene con arreglo al punto de vista sacerdotal todo el servicio de los sacrificios con las prescripciones de la pureza. Aun en el caso de que el sacerdocio hubiera estado de acuerdo con el punto de vista de los profetas, ¿cómo hubiera sido posible darle valor y consistencia entre el pueblo, entre los reyes, á los cuales no les era fácil sostener el ritual de Jehová al lado de los cultos sensuales de la Siria? El ritual para los sacerdotes, las prescripciones de sus derechos y deberes existian ya; la nueva ley no debia ser una instruccion para los sacerdotes, sino esencialmente una regla de vida para los seglares. La segunda ley habia que considerarla aquí, por consiguiente, sólo como un complemento para inculcar de un modo más marcado la unidad del culto y su concentracion en el templo de Jerusalem. Así sólo es severa en prescribir con decision que tambien todos los Israelitas deben celebrar la Passah en Jerusalem. Para poner, finalmente, un término á la costumbre que venia de antiguo de adorar á Jehová sobre las alturas, se insiste en que todos los sacrificios deben ofrecerse en el santuario de Je-

rusalem, y se prohiben expresamente todos los demás lugares de sacrificios, como tambien todo sacrificio que no esté ofrecido por sacerdotes del templo. En otras cosas, por el contrario, la nueva ley introduce modificaciones más suaves. En la fiesta de la nueva cosecha, basta ofrecer en sacrificio cada uno ofrendas voluntarias en la proporcion «en que Jehová le ha bendecido;» únicamente el israelita no debe presentarse ante Jehová (22) con las manos completamente vacías. La nueva ley modera tambien los derechos y entrega del diezmo á los Levitas. Es verdad que el diezmo de la cosecha debe llevarse al templo segun la antigua costumbre como ofrenda de gracias á Jehová; pero permite reemplazar la entrega natural, convertirla en dinero; finalmente, se declara satisfecha si se paga exactamente el diezmo á lo ménos cada tercer año (23). El código omite por completo el diezmo del ganado; sólo se mantiene el derecho de los sacerdotes á los primeros machos que nazcan de los animales: «con tal res no se debe arar; tal oveja no debe ser esquilada; año por año deben ser comidas ante Jehová (24).» Para disminuir el diezmo, la nueva ley buscó una compensacion en que los Levitas, como los sacerdotes, deben tener parte en los sacrificios si sirven en el templo; y en que los Israelitas deben dejar tomar parte á los Levitas en las comidas de los sacrificios de gracias y fiestas (25). La nueva ley no repite otras exigencias de la ley antigua de que una parte del botin de la guerra corresponde á los sacerdotes, que en pagos hechos al pueblo y en revistas cada uno tiene que pagar una capitacion al templo.

Lo más esencial era poner un término al culto cananeo en Israel é impedir que se introdujera en el porvenir; por esta razon la nueva ley debia conservar con completa dureza la oposicion contra los Cananeos; en las ciudades conquistadas, á lo ménos todo lo varonil debia «pasarse» al filo de la espada (26). No era tampoco ménos severa con respecto á las disposiciones de la separacion de Israel de todos los demás pueblos, de la prohibicion de contraer matrimonios con éstos (exceptuando sólo con las mujeres cogidas en la guerra) (27),

y la prohibicion de admitir á extranjeros como ciudadanos y compatriotas. Ni debe aún acogerse á las tribus próximamente aliadas de los Amonitas y de los Moabitas, áun cuando familias de ellos vivian en la tribu décima en Israel; sólo para la tribu unida más de cerca con ellos, para los Idumeos, se admite una excepcion: «No aborrecerás al idumeo, porque es tu hermano;» puede admitirse á los Idumeos en la tercera tribu. La nueva ley va más allá todavía que la antigua, amenazando con pena de muerte la veneracion de cualquier otro dios que Jehová, y declarando que el culto de todos los demás dioses sirve sólo para producir la muerte. Los parientes más próximos no deben de ningun modo perdonar á los infieles, sino, por el contrario, perseguirlos con el mayor ardor. El que sirve á otros dioses, por la declaracion de dos ó tres testigos, debe ser conducido ante la puerta y apedreado de modo que los testigos le arrojen las primeras piedras; aunque el libro de la ley dice expresamente que no basta (28) el dicho de un testigo. Igualmente debe darse muerte á los falsos profetas que invitan á servir á otros dioses, áun cuando hagan pronósticos y milagros (29). «Así, continúa el libro de la ley, si tu hermano ó tu hijo, ó tu hija, ó la mujer en tu pecho, ó tu amigo al que amas como á tu alma, te escitan á servir á otros dioses, no debes perdonarlos: tu mano debe ser la primera á apedrearlos (30).» Si una ciudad practica la idolatría, sus habitantes y todos los séres vivientes que hay en ella (incluso el ganado), deben ser desterrados y pasados al filo de la espada; todos los muebles y todo lo que posean debe llevarse en conjunto al mercado y quemarse allí como un holocáusto á Jehová; hasta las casas deben destruirse por el fuego y no volver á edificarlas jamás (31).

El libro de la ley trata de evitar el peligro más grave, determinando que el pueblo no elegirá rey á ningun extranjero. ¿Cómo podria ser un extranjero rey de Israel cuando éste no admitia á ningun extranjero como compatriota? El rey del pueblo que Jehová se ha elegido tenia que pertenecer á los elegidos. Pero más

adelante dispone la nueva ley que el pueblo debe «poner por rey á aquel á quien Jehová elija,» disposicion que, reconononociendo y sancionando el antiguo derecho de eleccion, reserva á la influencia de los sacerdotes la decision de nombrar á la persona que ha de ocupar el trono. El libro de la ley prescribe al rey mismo «no conservar ni tener muchas mujeres, ni muchos caballos, para que su corazon no se extravíe como sucedió á Salomon y Achab, y no poseer mucho oro ni plata. Tambien debe hacerse una copia de esta ley cuando se siente sobre el trono de su reino, tener esta copia consigo y leerla toda su vida, para que aprenda á temer á Jehová y á observar todo lo que dice la ley y su corazon no se sobreponga á sus hermanos (32).»

La antigua ley marcaba los preceptos del derecho de la sangre, del de familia, y además reglas sobre el derecho personal y la proteccion de la propiedad. La ley nueva trata principalmente de asegurar la ejecucion y aplicacion de estos puntos de derecho en la práctica de los tribunales, y al efecto exige cierta influencia de los sacerdotes en el tribunal. En principio manifiesta que toda cuestion de derecho «ha de resolverse por los sacerdotes y Levitas (33);» en cuanto á la práctica, se contenta con prescribir que en todas las puertas han de establecerse jueces y gobernadores, y añade: «Si tienes que resolver un asunto grave, dirígete al sitio que Jehová haya elegido en el templo y á los sacerdotes, Levitas y juez que estén allí, y haz segun la sentencia que ellos pronuncien.» El hombre que no obedezca al sacerdote que represente allí á Jehová debe morir (34).

En cuanto al procedimiento judicial, previene la nueva ley que sólo se exija la declaracion de dos ó tres testigos (35), que habrán de examinar detenidamente los jueces, y «si el testigo ha prestado una declaracion falsa contra su hermano, se le hará á él lo que habia de hacerse á dicho su hermano» (36). La nueva ley, lo mismo que la antigua, exhorta á los jueces «á no tener en cuenta la persona,» y añade que «no debe admitir regalo alguno, que nunca perjudique el derecho, y ménos el de las viudas y huérfanos, siendo maldito

el que perjudique el derecho del huérfano y de la viuda» (37).

Lo mismo en las formas judiciales que en las disposiciones sobre diezmos, introduce la nueva ley variaciones en armonía con la práctica. Considera como impracticable las disposiciones sobre el año sabático y el de jubileo, y reduce sencillamente éstas á determinar que cada siete años (año sabático), «se ejerza la remision,» esto es, que todo préstamo no pagado hecho ántes de este año caduque á la entrada del mismo; pero teniendo en cuenta las malas consecuencias que podrian resultar de esto, exhorta el libro de la ley al mismo tiempo á que nadie deje de prestar al pobre porque no pueda contar con la restitucion despues del año de remision (38). La antigua ley exigia, como ántes se ha dicho, que á los pobres se prestase sin interés (39); la nueva va más allá, pues dice que no se deberá cobrar interés á ningun israelita, y sólo á los extranjeros (40) (por ejemplo, á los comerciantes fenicios); pero aquí tambien se añade que á causa de esto nadie dejará endurecer su corazon y cerrará su mano ante su hermano pobre, sino que «le prestarás sobre prenda lo que necesite, y Jehová te bendecirá por ello en todos los asuntos que vayan á tus manos» (41). Así, pues, se ve que en Israel sólo se prestaba sobre prenda. La antigua ley impide admitir la capa al pobre como prenda (42); el nuevo libro de la ley prohibe entrar en la casa del que pida un préstamo para elegir por sí mismo una prenda, y prescribe que el que presta dinero ha de esperar fuera hasta que el deudor traiga la prenda. Tampoco podrá exigirse nunca el molino ó piedra de moler, ni el vestido de la viuda (43).

Repetidas veces exhorta la nueva ley á fin de que al deudor que incapacitado para pagar llegue á ser esclavo del prestamista. no se le obligue á hacer ningun servicio de esclavo, sino que más bien le tengan en casa como criado asalariado y pechero. Tambien exige que todos los esclavos participen, no sólo del descanso del sábado, sino tambien de las fiestas de la recoleccion y de la vendimia; repite el mandato de la ma-

numision de los esclavos hebreos á los siete años, y añade: «cuando le declares libre, no le abandonarás, sino que le encargarás de tus ovejas, de tus eras y de tus lugares, pues debes acordarte de que tú eras siervo en tierra de Egipto, y que Jehová, tu Dios, te ha redimido.» Los esclavos que se escapen y se refugien en otro distrito no serán devueltos á su dueño, segun el libro de la ley (44).

La ley antigua dispone: «No guardarás hasta la mañana siguiente el salario del jornalero;» la nueva exije que se pague ántes de la puesta del sol, pues que lo necesita y lo desea» (45). No debe oprimirse á los pobres, á las viudas, ni á los huérfanos, sino que se les debe apoyar en los tribunales, y tenderles la mano. En la recoleccion no se debe espigar: no se recogerán las espigas sueltas, ni los granos de uva caidos en las viñas; y si te dejases olvidado un haz en el campo, no has de volver por él, sino que debes dejarle para el extranjero, para la viuda y el huérfano, lo mismo que el rebusco (46). Con la misma severidad con que la nueva ley sostiene la libertad de Israel contra los vecinos, con igual energía proteje al extranjero desamparado que se detenga en Israel: «Maldito sea el que atropella el derecho del extranjero» (47). La ley prohibe tambien burlarse de los que tengan algun defecto corporal, y maldice al que extravíe á un ciego en el camino (48). No debe dejarse extraviada la vaca ó la oveja de su hermano, sino que se le devolverá ó se guardará, si fuere desconocido su dueño; y del mismo modo se procederá con todo lo que se vea perdido (49). No se sacarán de los nidos de pájaros más que las crias, pero nunca las madres (50). Se tratará de conservar los árboles frutales, áun en tierra enemiga (51), y no se atará el hocico al buey que trabaje en el campo, debiendo cuidar de que los animales descansen tambien el sábado (52).

Despues de leer el rey Josías dicho libro de la ley á los ancianos y al pueblo que estaban reunidos en casa de Jehová, prometió que «seguiria á Jehová y que observaria sus preceptos, cumpliendo fielmente todo lo

escrito en el referido libro;» y entónces todo el pueblo entró en la alianza. El rey se ocupó con el mayor celo en destruir los altares, las imágenes y signos del culto extranjero, que en tiempo de Manasés, y áun de ántes, existian en Jerusalem, en sus cercanías y en todo el país. Se sacó del templo la imágen de Astarte y fué quemada en el torrente Cedron. Se destruyeron los altares que habia en la azotea del palacio hecho por Acaz, y los que Manasés estableció en el pórtico del templo, siendo profanadas las piras de Moloc, en el valle Blu Hinnom, así como los altares de Milcom y Camos, que desde tiempo de Salomon habia en las alturas cerca de Jerusalem, «de modo que ya nadie volvió á sacrificar sus hijos por medio del fuego.» Josías mandó además venir á Jerusalem á todos los sacerdotes de las ciudades de Judá, y profanó los altos. desde Geba hasta Beerseba, «así como el altar que Jeroboam II estableció en Betel.» 'A los sacerdotes que no obedecieron y siguieron sacrificando en las antiguas aras y en los altos, los hizo sacrificar como víctimas en los mismos altares que no habian querido abandonar, despues de lo cual se festejó la Passah, segun lo prevenido en la ley, «como nunca se habia hecho en tiempo de los reyes de Israel y de Judá.» diciendo la tradicion en elogio de Josías «que ningun rey anterior á él le ha igualado, y que despues de él no aparecerá otro igual» (53).

Los sacerdotes y los profetas, pues Jeremías ayudó tambien con celo (54) al establecimiento del libro de la ley, contribuyeron á que se hiciera la reforma, y de este modo el culto de Jehová adquirió una forma fija, una base legal, siendo, por último, reconocido como religion del Estado, lo cual fué ya un adelanto de la mayor importancia, á propósito para fortalecer el sentimiento nacional y religioso de los Judíos, y cuyas consecuencias habian de ser más duraderas que el pequeño reino de Judá.

IX.

DESTRUCCION DEL REINO DE JUDÁ.

Desde la época del rey Manasés, nada dicen los libros de los Hebreos de intervencion de los soberanos asirios en la suerte del reino de Judá; así, que segun el testimonio de Heródoto, tenemos que admitir que Psammético, despues de unir el Egipto á su dominacion, y de negar obediencia á los Asirios (655 ántes de Cristo), sostuvo en las fronteras de Judá una guerra larga y tenaz, cuyo objeto podia ser solamente poner á Egipto en posesion de las ciudades del Sur de los Filisteos, para de este modo, si no impedir, al ménos entorpecer la marcha del ejército asirio por el desierto. Debemos suponer que Psammético no sostuvo esta guerra sólo contra las fuerzas de los Filisteos, sino contra las que llevaron los Asirios, y sospechamos que trascurrió una série de años (655-626), hasta que se apoderó de Gaza, Ascalon y Asdod; pero no comprendemos cómo la invasion de los Scythas influyó en estos sucesos. Segun la relacion de Heródoto, Psammético no aguardó á los Scythas en Siria, sino dentro de los confines del Egipto, donde redimió su invasion; de lo cual resulta claramente, lo mismo que de la declaracion de Heródoto, acerca de la conquista de Gaza por el sucesor de Psammético. que éste no conservó ningun punto en Siria. Podemos, por lo tanto, inferir respecto á Judá, que desde la aparicion de los Scythas y desde la subida al trono de Assur-idil-ili en Nínive, cesó toda influencia por parte

de Asiria. Y que en Judá se prestaba grande atencion á lo que sucedia del otro lado del Eufrates, lo prueba la prediccion del profeta Sofonías, pariente, segun parece, del rey Josías, de que está próxima la destruccion de Nínive, y que se efectuará poco despues de la invasion de los Scythas (1).

La caida de Asiria, que el profeta Ezequiel describe con sorprendentes palabras, no debia reportar ventaja alguna al reino de Judá. Israel cayó defendiéndose contra Asiria y tratando de buscar el apoyo del Egipto, y las mismas tendencias y las mismas esperanzas llevaron ya á Judá en tiempo de Ezequías al borde del abismo. Asiria dejó de existir; pero el nuevo reino de Babilonia surgió de pronto en su lugar; y si en el movimiento de reaccion de Asiria y del Egipto se ahogó Israel, tambien Judá se vió envuelta en el antagonismo entre la nueva Babilonia y el Egipto regenerado.

Necao, el hijo y sucesor de Psammético, que subió al trono de los Faraones el año 610 ántes de Cristo, se propuso aprovechar el favorable aspecto que presentaba la lucha de los Medas y Babilonios contra Asiria, para realizar el fin que su padre se habia propuesto al emprender la guerra en los confines de Siria. Desde la invasion de los Scythas, Asiria habia perdido la alianza de la Siria; su poder se hallaba ya en decadencia y el resto de sus ejércitos estaba al servicio de Media y de Babilonia; así que Necao pensó aprovecharse de esta situacion para conquistar la Siria, y al efecto dirigió sus armas contra esta. Libre ya el rey Josías de la dominacion de los Asirios, no creyó deber tolerar el yugo del Egipto, y para defender su país salió al encuentro de los Egipcios, aunque el ejército de Faraon era mucho mayor que el judío; pero no al Sur de Judá, como era de esperar, sino al Noroeste de Jerusalem en las llanuras de Jesicel. Se cree que Necao, para evitar el paso del Desierto, embarcó sus tropas en las costas de Siria y las desembarcó en las cercanías del Carmelo; pues segun cuenta Heródoto (2), tenia Necao una flota, tanto en el Mediterráneo como en el Mar Rojo;

pero sea esto como quiera, la batalla se empeñó en el valle de Meguiddo, saliendo vencedor el ejército egipcio. El rey Josías murió, y los Judíos fueron batidos (609 ántes de Cristo); pero los siervos del rey lograron retirar el cadáver de éste del campo de batalla (3), y le llevaron á enterrar en el sepulcro de sus padres en Jerusalem (4). Despues de esto, el pueblo, dejando á un lado á los dos hijos mayores de Josías, proclamó rey al tercero, llamado Joacaz (5), el cual, á poco de su elevacion al trono, se dirigió al campo del Faraon, que éste habia establecido en Ribla en el territorio de Ilamath, con objeto de prestarle obediencia; pero Necao le hizo prender y le envió prisionero á Egipto, donde permaneció hasta su muerte; de modo que sólo estuvo tres meses en el trono. Los Judíos no volvieron á proclamar rey, sino que Necao nombró á Joaquin, segundo hijo de Josías, como príncipe de Judá, é impuso al país una contribucion. De los demás hechos de Necao en Siria, la tradicion sólo nos refiere la toma de Gaza. Debemos, sin embargo, inferir por los acontecimientos subsiguientes, que Necao logró someter á su soberanía todos los Estados sirios (6).

Entretanto Joaquin, el rey de Judá nombrado por él, sin cuidarse de su dependencia del Egipto, ni de la contribucion que el país habia tenido que pagar, se ocupaba en construir palacios en Jerusalem, y para esto exigia dinero y servicios á sus súbditos. El profeta Jeremías, que habia contribuido al establecimiento del libro de la ley bajo el gobierno de su padre, anatematizó esta conducta. «No lloreis por el rey muerto, decia Jeremías á los Judios, y no le compadezcais; llorad más bien por el que se han llevado preso (Joacaz), el cual morirá lejos del país en que nació. A Joaquin nadie le llorará, pues desgraciado del que edifica su casa á costa de injusticias, y del que exije á sus deudos servicios que no paga. Desgraciado del que dice: quiero construir para mí una gran casa con grandes salones, y los reviste de cedro y los pinta de bermellon. ¿Crees tú que gobiernas para tener muchas casas de cedro? Tu padre comia y bebia, pero administraba justicia. Tus ojos y tu corazon no se

han ocupado más que en lucrarte y en verter sangre inocente, y en actos de opresion y de violencia. Lo mismo que entierran á un asno, así te enterrarán á tí, arrastrándote y arrojándote lejos de las puertas de Jerusalem» (7). Si el profeta escapó á la cólera del rey, lo debió á la proteccion de Ahicam, hijo del secretario Safan, pues á otro profeta que predicó en el mismo sentido, Uría, le hizo Joaquin traer del Egipto, á donde se habia escapado, y lo mandó matar (8).

Jeremías no podia compararse con Isaías en la energía y elevacion de pensamientos; pero le excedia en la valentía y severidad de la oposicion contra el rey y contra el pueblo. La derrota de Meguiddo y la prision de Joacaz llamaron la atencion del profeta sobre la peligrosa situacion del reino, además de que el ejército egipcio se hallaba en Siria sometiendo á sus armas provincias y ciudades unas tras otras. Jeremías creyó, por lo tanto, inevitable la ruina del reino de Judá. Isaías dijo que Jerusalem y el templo se salvarian del castigo de Jehová, y esta idea, afirmada por la milagrosa salvacion ante el ejército de Senaquerib y ante las turbas de los Scythas, se arraigó entre la mayor parte de los profetas y entre el pueblo, en lo cual veia Jeremías un gran mal. El pueblo confiaba en la inviolabilidad de la ciudad y del santuario, y los Judíos creian que aún cuando faltasen ó pecasen estaban seguros la ciudad y el templo: así que se dispuso á combatir enérgicamente esta creencia (9). Segun su modo de ver, debian desaparecer todos los usos y signos exteriores, lo mismo los sacrificios y ayunos, que el templo y el arca de la alianza. pues sólo despues de una destruccion radical se regeneraria el pueblo por medio de un reducido número de fieles y de un vástago de la familia de David. Sin esta destruccion, el pueblo no se salvaria segun el modo de ver de Jeremías, «pues el negro no puede cambiar su piel, ni la pantera sus manchas» (10). Despues de este castigo, Jehová «concluirá con su pueblo una nueva alianza; pero no como la que concluyó con los padres cuando los llevó de Egipto:» «mi ley, dice Jehová, la coloco en su interior y la escribo en su cora-

zon (11). Entónces no se hablará del arca de Jehová, y nadie se acordará de ella, y sin embargo, se hará otra.» Luego Jehová dará pastores de la rama de David (12) que apacentarán Israel con prudencia y cuidado, y todos los pueblos se reunirán alrededor del nombre de Jehová, y no seguirán la indocilidad de su mal corazon.

Preocupado con estas ideas dijo Jeremías á la multitud reunida en el pórtico del templo: «Enmendad vuestra conducta y escuchad la voz de Jehová, vuestro Dios. Si no seguís su ley y no escuchais las palabras de los profetas, abandonará Jehová esta ciudad á la execracion de todos los pueblos de la tierra (13). No os fieis de palabras engañosas: ¡el templo de Jehová es este! Robais, matais y quebrantais el matrimonio, incensais al Baal y coceis tortas para la diosa del cielo (14), y luego venís á esta casa, invocais el nombre de Jehová y pensais que ya estais salvados para volver á cometer tales crímenes. Id á mi residencia de Silo, dice Jehová, y mirad lo que he hecho allí á causa de la maldad de Israel: lo mismo haré en esta casa y os arrojaré de mi presencia, como he arrojado á vuestros hermanos de la rama de Efraim» (15). Á estas palabras cogieron los sacerdotes á Jeremías, y el pueblo se levantó colérico para matar al profeta, porque anunció la ruina del templo; pero algunos de los más ancianos intercedieron por él y recordaron al pueblo lo que Miqueas habia profetizado en tiempo de Ezequías: «Sion quedará surcado como un campo, y Jerusalem será un monton de ruinas,» (16) y ni el rey ni el pueblo le mataron. El mismo Jeremías dijo á la muchedumbre irritada: «Mirad, cstoy en vuestro poder, haced conmigo lo que querais; pero habeis de saber que vertereis sobre esta ciudad sangre inocente, pues que el mismo Jehová me ha enviado para deciros todo lo que acabais de oir;» entónces el pueblo le soltó.

Despues de que el rey Necao sometió toda la Siria en el trascurso de tres ó cuatro años (609-606 antes de Cristo), la caida del reino asirio y la toma de Nínive le hicieron extender más sus miras; y con la idea de renovar las famosas expediciones de los antiguos Fa-

raones y de ensanchar los límites del Egipto hasta Mesopotamia, marchó hácia el Eufrates en el año 605. Con esto Nabopolasar de Babilonia se creyó amenazado, pues despues de tanto trabajo como le habia costado entrar en posesion de la soberanía independiente de Babilonia, aparecia de pronto un nuevo enemigo para echar á perder los resultados obtenidos y poner en peligro el Estado que habia restablecido (17). No sintiéndose, sin embargo, con fuerzas ya para soportar las fatigas de la guerra, encomendó á su hijo Nabucodonosor el mando del ejército. Necao se dispuso á impedirle el paso del Eufrates en Karjemis (18), y aquí fué donde tuvo lugar la batalla en que Necao sufrió una gran derrota que puso un término repentino á todos sus planes de conquista (19).

Pero ni esta derrota, ni la retirada del ejército egipcio, causaron alegría alguna en Jerusalem; ántes bien temieron el avance de Nabucodonosor y se prepararon á cambiar una servidumbre por otra, en vista de lo cual se prescribió un dia de ayuno (20). Desde lo ocurrido en el templo, no se atrevia ya Jeremías á presentarse en público, y se contentaba con hacer notar sus exhortaciones y anuncios por medio de su secretario Baruc. Despues de la batalla de Karjemis, manifestó claramente que Nabucodonosor era el instrumento de que se servia Jehová para castigar á todos los pueblos y atribuyó á los Caldeos la misma mision de conquistar el mundo, que cien años ántes habia atribuido Jesaías á los Asirios; pero á los setenta años de dominacion, plazo que corresponde al ciclo de diez años sabáticos, debian tambien ser destruidos los Caldeos. «Hace veintitres años (21), mandó Jeremías escribir á Baruc, me trasmitió Jehová sus palabras y os hablé enseguida; pero no me oísteis, y escuchásteis á otros profetas que no eran siervos de Jehová. Por eso, dice Jehová, hago venir á mi siervo Nabucodonosor sobre este país y sus habitantes, y sobre todos los pueblos de alrededor, y hago desaparecer de ellos la alegría, las voces del novio y de la novia, el ruido del molino y la luz de la lámpara. Todo este país se convertirá en

ruinas, y los pueblos servirán, durante setenta años, al rey de Babel. Toma esta copa de vino de mi furor, me dijo Jehová, y hazles saber de ello á todos los pueblos; que beban y se embriaguen y se enfurezcan con la espada que les envio. Haz beber á Jerusalem y á las ciudades de Judá, al Faraon de Egipto y á todos los reyes del país de los Filisteos, á los reyes de Tyro y de Sidon, y á los reyes de las islas del otro lado del mar, á los Idumeos y á los Moabitas, y á los reyes de la Arabia que habitan en el Desierto, y á los reyes de Media. Jehová ruje desde la altura y ruje contra su cabaña (Jerusalem); lanza un grito contra todos los habitantes de la tierra. Jehová disputa con los pueblos, con todos los mortales, y entrega los impíos á la espada. La desgracia vá de pueblo en pueblo, y los muertos por Jehová quedan en un mismo dia y de un extremo á otro de la tierra sin que los lloren, é insepultos como abono de los campos (22).» Jeremías mandó á Baruc que leyera este y otros pronósticos á la multitud reunida, el dia de ayuno, en el primer pórtico del templo. «Quizás se humillen, decia él, con súplicas á Jehová, pues es grande la cólera de éste contra el pueblo.» Baruc cumplió el encargo de Jeremías, y el escrito hizo profunda impresion en la mayor parte de los oyentes, teniendo Baruc que volverlo á leer á los jefes de Joaquin que así se lo exigieron. Enseguida éstos dijeron al rey, que habitaba entónces en su palacio de invierno, las profecias de Jeremías, y mandando aquel que le leyeran tres ó cuatro trozos, cogió el pergamino, lo hizo pedazos con el cuchillo, los arrojó al brasero que tenia delante, y mandó que llevasen ante él á Jeremías y á su secretario Baruc; pero los dos se habian escondido y los jefes no estaban dispuestos á esforzarse en buscarlos (23).

Necao perdió en aquel dia todo el fruto de sus luchas en Siria; y aunque pudo conservar todavía á Gaza, fracasó su proyecto, y regresó á los confines del Egipto perseguido por Nabucodonosor. Sin embargo, tanto el reino de Judá como el Egipto se libraron del ataque de los Babilonios, porque la noticia de la muerte de Nabopolassar, hizo que Nabucodonosor,

seguido de poco numeroso acompañamiento, se apresurase á marchar á la capital de Babilonia con objeto de recoger la corona del nuevo reino. Los sacerdotes de Babilonia tomaron entretanto sus medidas, y nombraron de su seno un regente que gobernase el reino hasta el regreso de Nabucodonosor (24).

Tan pronto como el cambio de dinastía se hubo llevado á cabo felizmente en el nuevo reino, y luégo que Nabucodonosor hubo asegurado su situacion, dedicó sus esfuerzos á la extension y seguridad de sus Estados. La mision de la nueva dinastía, si habia de echar raíces, era renovar el brillo y el poder del antiguo reino de Babilonia, y para ello contaba el nuevo soberano con la confianza que en sí mismo y en la fuerza de su ejército le hubieron de hacer adquirir los resultados que Nabopolassar obtuvo contra los Asirios, y la brillante victoria que Nabucodonosor consiguió sobre los Egipcios. Pero no se trataba sólo de explendor y gloria, sino que tambien el poder meda, con cuya alianza se habian elevado Nabopolassar y Nabucodonosor, daba mucho qué pensar á los Babilonios. Es verdad que estaban ahora en las mejores y más estrechas relaciones con la córte meda, lo mismo que con la lydia; ¿pero podria contarse con la firmeza de estas relaciones amistosas? ¿No era prudente dar al nuevo reino de Babilonia un poder que sirviese de contrapeso á las fuerzas de los Medas? Perteneciendo el Norte y el Este á los Medas, la direccion natural que Babilonia habia de seguir para su ensanche era al Sur en la orilla del golfo pérsico, y al Oeste en Siria. Hácia aquí se dirigieron las conquistas de los soberanos Asirios, y aquí, á orillas del Mediterráneo, están las ciudades de los Fenicios, que encierran en sus muros el comercio universal, y cuya industria y riqueza podian proporcionar los mayores recursos al nuevo reino. Pero prescindiendo de toda esta clase de consideraciones, las campañas de Psammético y Necao á Siria, prueban que el abandono de ésta á sí misma no significa otra cosa que la entrega á los Egipcios de la posesion de estas importantes provincias; y una vez asegurada la

dominacion del Egipto en Siria, podia llegar un dia en que el Egipto diera la mano á los Medas para destruir el nuevo reino de Babilonia, no teniendo entónces éste fuerzas bastantes contra dicha coalicion.

Nabucodonosor pensó primero extender su dominacion sobre los Arabes por bajo del Eufrates, en la Arabia del Norte y en las costas de Siria. Los jefes de las tribus Arabes de Dedan, Thema, Kedar y Hazor, se declararon vasallos suyos (25). Luégo dirigió sus armas contra los Ammonitas, Moabitas é Idumeos, á los cuales sometió, así como á Arpad, Hamat y Damasco. Jerusalem temblaba al ver la caida de los pueblos vecinos. «Los Caldeos han despertado, dice el profeta Habakuc, el pueblo terrible y ágil que se esparce por toda la tierra y se apodera de viviendas que no son suyas. Veloces como panteras son sus caballos, y ligeros como lobos occidentales sus caballeros galopan con arrogancia y vuelan como águilas que corren tras la presa. Se burlan de los reyes y de los príncipes, se rien de las fiestas, extienden sus conquistas por toda la tierra, y se llevan innumerables prisioneros: luégo marchan como un torbellino y su poder es en Dios (26). Mis rodillas tiemblan porque tengo que esperar tranquilamente el dia de la opresion y al pueblo que nos oprima (27). ¿No se levantarán de pronto los pueblos y te exigirán tributo y te saquearán la naciones á las cuales tú has saqueado?» (28) Jeremías dice de Nabucodonosor: «Como un leon se lanza sobre los floridos campos (29). Huye, escapa con todas tus fuerzas, habitante de Hazor, pues Nabucodonosor, rey de Babel, ha pronunciado contra tí una sentencía y te prepara un golpe. ¡Avanza, dice Jehová, contra un pueblo que vive aislado, sin puertas ni cerrojos! ¡Avanza contra Kedar y destruye á los hijos del Oriente! Les quitarán sus tiendas y sus ovejas, se llevarán sus tapices y sus camellos y les robarán sus rebaños. Dispersará por todas partes á los de cabellos rapados (los árabes), dice Jehová, y los arruinará, y Hazor servirá de vivienda al chacal y será siempre un desierto (30). Gritad, hijas de Rabbat (Rabbat Ammon), ceñíos con túnicas, pues Mil-

kom andará errante con sus sacerdotes y príncipes (31). Desgraciado de tí, Moab, perdido está el pueblo de Kamos. Lo mismo que el águila baja él y extiende sus alas sobre Moab; las fortalezas se hallan ocupadas (32). ¡Perdidas están Hamat y Arpad, y Damasco se acobarda y huye! (33). Estabas orgullosa, Edom, porque vives en altas rocas y tienes elevadas montañas; si tú has elevado tu nido como las águilas, serás precipitada de él» (34).

Cinco años habian trascurrido desde la batalla de Karjemis, cuanda Nabucodonosor atravesó los confines de Judá (600 ántes de Cristo (35). Joaquin se sometió, y por este medio evitó su ruina, pudiendo Nabucodonosor, con la sumision de Judá, dirigir sus armas hácia las costas del Sur. Esta marcha de Nabucodonosor y la necesidad de impedir que se estableciesen los Babilonios en los confines del Egipto, debia volver á comprometer á éste en la guerra, pues Necao habia tenido tiempo de reponerse de la derrota de Karjemis. La esperanza, por lo tanto, en el auxilio de Egipto indujo al rey Joaquin, tres años despues de su sumision á Nabucodonosor, á negarle la obediencia y á intentar una rebelion.

Por órden de Nabucodonosor invadieron desde luégo Judá los ejércitos de los pueblos vecinos que habian permanecido fieles, los Sirios septentrionales, los Ammonitas y los Moabitas. Despues que los Egipcios fueron rechazados á sus fronteras, y que el rey de Babel «hubo tomado desde el rio Eufrates hasta el arroyo de Egipto todo lo que pertenecia al rey de Egipto,» Nabucodonosor volvió sus armas hácia Jerusalem para castigar á los rebeldes (36). El rey Joaquin acababa de morir y el pueblo habia elevado al trono á su hijo Jeconías, entónces de edad de diez y ocho años. Jerusalem fué cercada por el ejército babilonio, y Nabucodonosor mismo vino para dirigir el sitio (37). Juro yo, hace decir Jeremías á Jehová, que aunque Jeconías fuere para mí como el sello de mi mano derecha, me le arrancaria, y te entregaré en poder de los que buscan cómo matarte, de aquellos cuyo rostro te hace temblar en poder de los Caldeos. Te arrojo á tí y á tu madre

que te parió á un país extraño en que no nacisteis y allí morireis. (38). Jeconías hacia sólo tres meses que ocupaba el trono cuando se vió obligado á abrir las puertas de la ciudad á los enemigos. Con su madre Nehusta, que parece haber reinado por él, con los empleados de su casa y sus eunúcos, entró en el campo caldeo para entregarse él mismo al rey de Babilonia (597 años ántes de Cristo) (30).

Nabucodonosor queria asegurar la obediencia de los Judíos; la esperanza en el auxilio del Egipto no debia hacer que éstos volvieran á tomar las armas. No sólo mandó conducir á Babilonia al jóven rey con su madre, los cortesanos, los tesoros y las alhajas del templo, sino tambien á las personas principales de la ciudad, á los jefes de la milicia y á todos los soldados de Jerusalem en número de 7.000. Para dejar á la ciudad más indefensa todavía, fueron llevados á Babilonia todos los que trabajaban en hierro, como herreros y cerrajeros; en total 10.023 almas; sólo el pueblo bajo debió quedar en Jerusalem. En lugar de Jeconías, Nabucodonosor puso como gobernador á Sedecías, tio de aquel y cuarto hijo de Josías, y le obligó dándole la mano y prestando juramento á guardar obediencia y fidelidad (40). Los Judíos trasladados, segun la regla de conducta de los príncipes Asirios, fueron establecidos en Babilonia y parte de ellos en Jaboras.

Tales disposiciones, para asegurar la obediencia de este pequeño país, no quebrantaron el espíritu tenáz de los Judíos, su obstinada dureza, su ardiente deseo de libertad y de independencia. Sedecías y los que le rodeaban sintieron la ignominia del yugo que se les imponia, y compartieron con la gran multitud del pueblo el ardiente deseo de volver á sacudirle á la primera ocasion que se presentara; muchos profetas favorecian esta aspiracion y prometian la victoria y un éxito feliz si tomaban de nuevo las armas. No habia trascurrido mucho tiempo desde la instalacion de Sedecías, cuando el profeta Hananías de Gibeon anunció en el templo ante todo el pueblo: «Dentro de dos años volverá á traer Jehová á este lugar todos los objetos del

templo, que Nabucodonosor ha conducido á Babilonia y á Jeconías, rey de Judá y á todos los cautivos los volveré á traer, dice Jehová, pues yo romperé el yugo del rey de Babilonia» (41). Jeremías le contestó: «Romperá el yugo de madera, pero le pondrán de hierro. Ve ahí, yo te retiro de la tierra, dice Jehová, este año morirás, pues has hablado injusticia.» Y Hananías murió como dice la tradicion todavía en el sétimo mes del mismo año (42).

Jeremías consideraba á los Caldeos como el instrumento de Jehová para castigar á los pueblos; segun su modo de ver, soportar su dominacion era la voluntad de Jehová; el que resistia se imponia un yugo más duro y atraia sobre sí la completa perdicion. Si Isaias habia sostenido por lo ménos la creencia de que Jerusalem y el templo continuarian existiendo, Jeremías, como hemos visto, no participaba de esta esperanza: por lo tanto, predicaba sin cesar sumision al yugo y obediencia pasiva; era infatigable en arrancar al pueblo toda idea de salvacion, exhortaba por escritos enviados á los Judios llevados á Babilonia, á no entrar en conspiraciones, llegaba hasta considerar dichosa la suerte de aquellos desterrados; los invitaba á construir casas en Babel, y á rogar á Jehová por el bien de dicha ciudad (43); pero si á los ojos de los profetas levantados hácia el cielo era extraño el sentimiento nacional y el impulso de su pueblo; si la conciencia nacional se habia perdido en el modo de ver religioso, la aspiracion del pueblo á recobrar su existencia independiente, la tenaz perseverancia con que los Judios estaban dispuestos á combatir por su pátria á romper el yugo del extranjero, no estaban ménos justificados que la prudente consideracion de la imposibilidad de tal empresa, ni que el elevado punto de vista religioso adoptado por Jeremías, haciendo abstraccion de las cosas reales. ¿Quién habria de censurar á aquellos que estimaban más el deber de dar su vida por su pátria, áun en la situacion más desesperada y abatida, que el consejo de someterse obedientes al poderoso? ¿Quién podria vituperar á aquellos que consideraban este modo de presen-

tarse Jeremías como un acto perjudicial, que deseában que éste se pusiera al lado de su pueblo contra el extranjero, y que extigmatizaban las predicaciones de Jeremías como traidoras al Estado? El principio nacional estaba contra el teocrático.

Era imposible que dejara de haber duras acusaciones y persecuciones violentas contra Jeremías. De ello se lamenta amargamente cuando todos los dias se ve escarnecido y acusado (44); duda y deplora su suerte; refiere cómo ha pensado no volver á hablar en nombre de Jehová, pero que la voz interior le ha obligado á ello; ha sido como fuego abrasador en su corazon, «yo no popodia soportarlo (45).» «Maldito sea el dia, exclama, en que he nacido; maldito el hombre que llevó alegre mensaje á mi padre diciéndole: Te ha nacido un hijo. ¿Por qué, Jehová, no me has hecho morir en el vientre de mi madre para que yo vea tristeza y afliccion, y mis dias pasen en oprobio? (46) Estas disposiciones alternan luégo con un deseo violento de un castigo semejante para sus contrarios; él es inocente; Jehová le ha impulsado á hablar y le ha dictado sus palabras; ha pedido con frecuencia á Jehová que aparte el dia de la ruina de Judá; Jehová, por quien padece, debe vengarle en sus contrarios; la cólera y la indignacion le dominan bastante para llamar una ruina sangrienta sobre sus enemigos. Héme aquí, Jehová, dice, y véngame en mis perseguidores, reconoce que soporto el oprobio por causa tuya (47). No he deseado el dia de la desgracia; tú lo sabes; lo que ha salido de mis labios está manifiesto ante tu rostro (48); cuando tus palabras llegaban á mí, yo las cogia ávido y eran para placer y alegría de mi corazon; yo no me sentaba en el círculo de los que se rien, ni estaba contento; cuando me asía tu mano, me sentaba solitario, pues me llenabas de disgusto. Yo era como una oveja mansa que se conduce al matadero, y no sabia que meditaban intrigas contra mí (49). ¿Por qué han de ser mis dolores constantes y mis heridas mortales? (50) ¿Por qué el camino del criminal ha de ser dichoso, y por qué están contentos todos los que practican la perfidia? (51). Separarlos

como ovejas para el matadero y destinarlos para el dia de la matanza (52). Piensa cómo yo estaba ante tí para apartar de ellos tu cólera; por esta razon abandona sus hijos al hambre, y entrégalos á ellos al acero, que sus hombres sean una ofrenda á la muerte, y sus mujeres queden huérfanas y viudas; tú conoces sus proyectos mortales contra mí; no los perdones su culpa y no borres sus pecados ante tí» (53). Jeremías oyó luego la contestacion de Jehová que le decia: «Ciñe tus riñones; habla ante ellos todo lo que yo te ordeno; no los temas; te hago como una ciudad fuerte, como una columna de hierro, como una muralla de bronce, contra todo el país, el rey, los sacerdotes, los ancianos y el pueblo. Pelearán contra tí, pero no podrán nada, te salvaré de las manos del malvado y te libraré del poder del tirano (54).

Más adelante Jeremías predicaba así: «Sus profetas los dicen, en efecto: no vereis ninguna espada ni el hambre vendrá á vosotros; y el Señor os dará tiempos felices en este país; pero Jehová dice: no les he notificado nada, ni he hablado con ellos, dicen mentiras y engaño de su corazon y adivinacion. Morirán por el hierro y el hambre; el pueblo, al que hacen pronósticos, debe ser esparramado por las calles de Jerusalem (55). Dicen bien; conocemos, Jehová, nuestra injusticia, la culpa de nuestros padres, pero por el amor de tu nombre no nos desoigas; no manches el trono de tu majestad, no rompas tu alianza con nosotros. Mas Jehová me dice á mí: no pidas por ese pueblo; aún cuando Moisés y Samuel se presentaran ante mí, mi corazon no se inclinaria hácia ellos (56). No tengas compasion: he quitado mi salvacion de ellos, la gracia y la piedad: el pecado de Judá está marcado con un buríl de hierro, grabado con punta de diamante en la tabla de su corazon, en los ángulos de sus altares (57).»

Cuatro años despues de la instalacion de Sedecías, los reyes de Sidon y de Tiro enviaron emisarios á Jerusalem para invitar á los Judíos á abandonar á Nabucodonosor; tambien se presentaron emisarios (593) de los Ammonitas, Moabitas é Idumeos, sometidos desde

ántes que los Judíos. Las ciudades fenicias se vieron amenazadas de un ataque del rey de Babilonia; la oposicion se presentaba con fuerzas reunidas; parecia dar probabilidad de éxito á una sublevacion y poder evitar la rendicion de las ciudades fenicias; pero Jeremías dijo en nombre de Jehová á los enviados: «He hecho la tierra, los hombres y los animales, y los doy á quien me parece bien. Todos estos países los doy ahora á Nabucodonosor, rey de Babilonia, mi siervo, y tambien le doy la fiera del campo para que le sirva, y al pueblo y al reino que no quieran servir á Nabucodonosor, á tal pueblo le castigaré con hierro, hambre y peste hasta que sea exterminado por su mano; poned vuestros cuellos al yugo del rey de Babilonia, así vivireis» (58), Esta vez venció la opínion del profeta; los fenicios fueron abandonados á su suerte y subyugados por Nabucodonosor (59); sólo Sidon parecia haber hecho una oposicion séria (60). La ciudad insular de Tiro conservó su libertad.

Algunos años despues subió Faraon Hophra, nieto de Necao, al trono de Egipto (589 años antes de Cristo), y mostróse dispuesto á arriesgar el combate contra Nabucodonosor. Contando con su auxilio los Judíos, no se contuvieron más tiempo (61), y se levantaron con el rey á la cabeza (588) (62), pero ántes de que Hophra hubiese terminado sus preparativos, Nabucodonosor estaba en Judá con un ejército poderoso (63); las plazas fuertes fueron sitiadas y las ciudades unas tras de otras se entregaron; sólo Lajis se sostuvo más largo tiempo (64). «En la encrucijada, dice el profeta Ezequiel, ha mandado el rey de Babél que le profeticen; sacude las flechas, consulta las entrañas de las víctimas. La adivinacion le conducirá á la derecha contra Jerusalem, á fin de que vaya á batirla con arietes, los dirija contra las puertas y levante la voz con el grito de guerra; quitada está la diadema y quitada la corona de los príncipes de Israel.» (65).

El sitio de Jerusalem empezó. Si Isaías, cuando los Asirios acampaban delante de la ciudad, habia exhortado al pueblo y al rey á tener valor y per-

severancia, aunque habian tomado las armas contra su consejo, la conducta de Jeremias fué distinta de la de su precedesor, esforzándose en describir con las palabras más duras como inútil y loca toda resistencia. Cuando Sedecías le envió á decir que consultara á Jehová acerca del éxito del sitio, Jeremías contestó: «Vuelvo contra vosotros las armas de la guerra con que peleais contra el rey de Babél, y traigo á los Caldeos á la ciudad; peleo contra vosotros con el brazo extendido, y entrego la ciudad en manos del rey de Babél para que la incendie, y aflijo á sus habitantes con hambre, hierro y peste, y los que queden los pongo en manos de Nabucodonosor para que los pase al filo de la espada. Pongo delante de vosotros el camino de la vida y el de la muerte; el que permanezca en la ciudad morirá.» (66). A pesar de que estos pronósticos debian hacer decaer el ánimo y la fuerza de la reststencia por la consideracion de que gozaba Jeremías entre los profetas, no hicieron desmayar al rey ni á la poblacion de la capital. Los que servian por deudas, todos esclavos Hebreos de nacimiento, fueron puestos en libertad para aumentar el número de los defensores.

El éxito parecia venir en auxilio del valor perseverante; el ejército egipcio avanzó obligando á los Caldeos á levantar el sitio de Jerusalem (587) (67): pero Jeremías anunció: «El poder militar de Faraon que os ha servido de auxilio volverá á Egipto, y los Caldeos vendrán de nuevo ante esta ciudad y la tomarán, y áun cuando vosotros matarais todo el ejército de los Caldeos y sólo quedaran de ellos hombres heridos en sus tiendas, se levantarán y prenderán fuego á Jerusalem» (68). Por tales discursos y pronósticos Jeremías debia aparecer como traidor al pueblo que peleaba por la libertad y la existencia: así, cuando aprovechando el levantamiento del sitio quiso salir para ir á su patrimonio de Anatot, fué detenido en la puerta de la ciudad como un desertor que se pasaba á los Caldeos y puesto en la cárcel; sin embargo, el rey le mandó llevar á un lugar seguro más cómodo, y pronto lo mandó poner en libertad (69).

La profecía de Jeremías se habia cumplido: los egipcios fueron batidos; Jerusalem, cercada de nuevo, fué tratada con más dureza que ántes (70); las paralelas de los Caldeos avanzaban hasta la muralla de la ciudad, pero los defensores no desmayaban; las casas, hasta los edificios del palacio, fueron demolidos para afirmar las murallas conmovidas ó para construir nuevos trozos (71). Los jefes al fin se irritaban de que Jeremías en tal estado de cosas continuase predicando que cesara la resistencia y que se sometieran á los Caldeos, y exigian del rey que se le diera la muerte; «hace débiles las manos de los soldados que todavía quedan, y lo mismo las manos del pueblo; busca la ruina, no la salvacion de los Judíos (72).»

En vista de esto, Sedecías dejó que hiciesen con Jeremías lo que les pareciese, y entónces le llevaron preso al castillo de Sion y allí le mandaron arrojar en el foso donde á la sazon no habia más que cieno; mas como un etiope eunuco del rey se interesase con éste por el profeta, Sedecías permitió que volvieran á sacar del foso á Jeremías, y que se le tuviera preso en el patio de la cárcel (73).

Entretanto, «el hambre aumentaba en la ciudad,» la necesidad llegaba al más alto grado. «Los sacerdotes y los ancianos, dice en las lamentaciones, morian de inanicion; fuera exterminaba el hierro, dentro la peste; el pueblo buscaba el alimento sollozando y daba por él cuantas preciosidades tenia. Los niños, áun los de pecho, morian de inanicion llamando á sus madres; donde habia trigo y vino allí perecian como alcanzados por la muerte, allí exhalaban su alma en el seno de sus madres. Mejor era ser alcanzado por la espada que exterminado por el hambre» (74). Finalmente, los Caldeos, cuyo ataque se habia dirigido á la parte Norte de la ciudad, que era la más accesible, lograron apoderarse (75) del arrabal cercado por la muralla exterior, y una vez en posesion de éste dirigieron sus esfuerzos hácia la puerta del centro que daba entrada á la ciudad al lado del fuerte Millo. Conducidos por Nergal, Sarezen y Sarsejim, el jefe de los Eunucos, los Babilonios tomaron la

puerta del centro durante la noche, y se sostuvieron en ella; por lo cual Sedecías, dudando poder conservar más tiempo la ciudad, trató de pasar con sus soldados, y logró hacerlo y salir al campo; pero en las cercanías de Jericó los Caldeos que le perseguian alcanzaron á la tropa que huia y cogieron al rey. El pueblo se defendió, segun parece, con tenacidad en los puntos aislados de la ciudad, en el castillo y en el templo, de modo que trascurrieron todavía algunas semanas ántes que la ciudad estuviese completamente en poder de los Babilonios (Julio de 586), habiendo durado el sitio un año, cinco meses y siete dias (76).

Nabucodonosor habia castigado la primera rebelion de los Judíos deponiendo y llevándose al rey, desterrando á las personas principales y á los soldados y dejando desarmada á la ciudad; pero estas disposiciones no habian bastado para asegurar la sumision de aquel reducido país; Egipto no debia hallar ya en lo sucesivo ningun aliado en la Siria meridional ni contar con ningun punto de apoyo en Jerusalem La obstinada tenacidad de los Judíos debia quebrantarse y poner un término para siempre á sus intrigas con Egipto. Sedecías, que habia sido depuesto por Nabucodonosor mismo, á quien habia prestado juramento de fidelidad, no debia dejar de sufrir el castigo de su perjurio. Nabucodonosor no estaba con el ejército sitiador, se hallaba en Ribla, y allí fué conducido Sedecías; ante su vista fueron ejecutados los jefes judíos prisioneros, entre ellos sus propios hijos, y despues á él mismo le cegaron, le cargaron de cadenas y le llevaron á Babilonia para morir allí en la cárcel (77). Nebuzaradan, jefe de la guardia de honor de Nabucodonosor, fué el encargado de castigar á Jerusalem. El sumo sacerdote Seraje, con el sacerdote inferior Sofonías, los inspectores del templo, muchos empleados y sesenta de los hombres más principales de la ciudad, entre todos setenta y dos, fueran llevados igualmente á Ribla y ejecutados allí (78); las columnas de bronce, los vasos y objetos del templo que aún quedaban, así como todas las preciosidades del palacio, fueron á parar á Babilonia (79). El

ejército caldeo demolió las murallas; la ciudad, el palacio y el templo quedaron reducidos á cenizas; los propietarios con sus mujeres é hijos tuvieron que salir del país, no quedando en la ciudad más que el pueblo bajo (80), y dejando como gobernador del resto de la poblacion á un judío, Guedalía, hijo de Ahikam, que se estableció en Mirpa, endonde habia guarnicion babilonia (81).

«Hija de Sion, deja correr tus lágrimas como rios dia y noche; así se lamentaban los Judíos;» no te permitas ningun descanso; no creian los reyes de la tierra, ni todos los pueblos del mundo, que un enemigo sitiador podria entrar por las puertas de Jerusalem; Jehová despreció su altar y su santuario, y las piedras de éste fueron arrojadas á la calle; desde el cielo á la tierra ha arrojado el Señor los adornos de Jerusalem, y no ha apreciado el taburete de sus piés en el dia de su cólera; como fuego ha derramado su enojo (82) sobre la tienda de la hija de Sion. Mudos están sentados en el suelo los ancianos de la hija de Sion, y arrojan polvo sobre su cabeza, cubiertos con un saco; las doncellas de Jerusalem inclinan la cabeza hácia la tierra. Tus enemigos silban y dicen: hemos destruido, este es el dia que esperábamos, y le hemos alcanzado. Las puertas están desiertas, los caminos de Sion tristes; nadie viene á la fiesta. Vosotros, todos los que andais su camino, mirad y ved si hay un dolor que iguale á mi dolor (83). Lo que poseíamos ha tocado á extraños, nuestras casas á extranjeros; somos huérfanos sin padre, nuestras madres están como viudas; siervos dominan sobre nosotros; escarnecen á las mujeres y á las doncellas; ahorcan á los jefes, y no honran la ancianidad. Bebemos nuestra agua por dinero, y recibimos nuestra leña pagándola. Los jóvenes acarrean piedras de molino, y los mozos vacilan bajo el peso de la leña (84). Mayor es la penitencia de mi pueblo que el castigo de Sodoma (85). Todos mis enemigos se alegran de mi desgracia, se rien de mi decadencia; pero tú, Jehová, traerás el dia en que se verán como yo; haz á ellos lo que me han hecho á mí (86). Nuestros padres pecaron, ya no existen, nos-

otros llevamos su culpa, vuelve á tomarnos contigo, Jehová; pues ¿habias tú de desecharnos por completo é irritarte tanto con nosotros?»

La toma de la ciudad habia librado al profeta Jeremías, cuya conducta no habia quedado ignorada de los Caldeos, y Nebuzaradan le dejó en libertad de ir con él á Babilonia, en donde se le atenderia, ó de permanecer en el país: Jeremías prefirió lo último y recibió dinero y regalos de Nebuzaradan (88). No habian trascurrido dos meses despues de la destruccion de Jerusalem, cuando el gobernador Guedalía fué asesinado por un hombre de la familia de David: una parte de los que habian quedado en el país, temerosos de que Nebuzaradan volviera á causa de este hecho, se fueron á Egipto, á donde muchos de ellos se habian refugiado ya durante la guerra, y obligaron á Jeremías á ir con ellos; el profeta terminó su dias en Egipto (89).

La suerte que los Asirios habian preparado 136 años ántes al Estado de las diez tribus, le habia tocado tambien ahora al reino de Judá; con la capital habia caido el templo, y con éste la última esperanza del pueblo: el resto del Estado que unos 700 años ántes se habia fundado bajo la direccion de Josué, estaba destruido; sus reliquias estaban en manos de los vencedores; el pueblo de Judá se hallaba ahora esparcido como los Israelitas, en los canales de Egipto, como en los arroyos de Babilonia, en Jaboras, en Mesopotamia y en las bocas del Nilo habitaban los desterrados, y á los que habian huido (90) no les habia quedado más que el recuerdo del explendor de David y la tristeza por la caida de Israel.

Pero la larga duracion concedida al reino de Judá habia producido buenos frutos: habia dado tiempo á los Judíos para afirmar su sentimiento religioso y nacional, no sólo porque el trono de Judá habia quedado en poder de los descendientes de David, y el reino habia tenido un centro muy considerable en el templo, y habia conservadò por lo mismo una firme union con el clero, sino porque en las aflicciones y combates de los cincuenta años últimos, los sacerdotes,

en union con los profetas y dominados por el modo de ver de éstos, habian podido dar una base legal al culto de Jehová, que habia llegado á ser la religion reconocida del Estado. Si éste no tenia por ello ningun aumento en su poder exterior ni en su seguridad, habia ganado, sin embargo, de un modo inapreciable en afianzar y desarrollar su sentimiento religioso; ya no era de temer que los Judios que se habian llevado ó que habian huido, como los Israelitas que fueron conducidos á Asiria y á Media, se perdieran entre los pueblos extranjeros, en medio de los cuales vivian, y renunciaran á su creencia religiosa. Los profetas habian anunciado el restablecimiento de Israel, purificado despues del castigo que habian atraido los pecados del pueblo; el castigo habia venido, ya no podia dudarse de que vendria el restablecimiento; si Assur habia caido, tambien podia sonar la hora para Babilonia: ya Jeremías habia marcado su tiempo; así, pues, la ruina de su estado y de sus santuarios no permitia á los Judios dudar del auxilio de su Dios, ni abandonar su creencia; los que habian quedado lo mismo que los desterrados, conservaban tanto el dolor por la caida de Jerusalem, como la esperanza en el apoyo de Jehová.

X

SEGUNDO IMPERIO DE BABILONIA.

ÚLTIMOS FARAONES.

Sacudieron los Babilonios el yugo de los Asirios, y vengáronse de éstos, que habian tomado á Ninive cuantas veces cayeron sobre Babilonia. La dominacion y hasta el mismo imperio de Asiria quedaron destruidos, y aquel tronco que se habia elevado tanto sobre Babilonia cayó por tierra. La circunstancia de haber rechazado con éxito la tentativa de Egipto para tomar posiciones en el Eufrates, debió inspirar confianza á los Babilonios, que de buen grado obedecieron á Nabopolassar, caudillo libertador, el cual, como pretenden las relaciones de los griegos, descendia de sacerdotes, que, al decir de Beroso, facilitaron su exaltacion al trono. Como era natural, arraigóse profundamente la nueva dinastía, cuyos mejores títulos eran el haber libertado al país, restableciendo el antiguo imperio.

«Despues de la caida de Ninive, dice Heródoto, Babilonia fué la capital de los Asirios (1).» En este sentido Nabucodonosor trató de comprender su mision: el nuevo imperio no debia tener por límites, como el antiguo, el curso inferior del Eufrates: despues de la victoria alcanzada cerca de Carjemis, habia continuado hasta Siria: pero no pudiendo entónces aprovecharse de ella por completo á causa de la muerte de su padre, se ocupó, luégo que estuvo seguro en su trono, en sujetar

á los Arabes, como tambien á los Dedaníes, á los Themaníes y á los Kedaríes. Dispuso que los reinos de Arpad, Hamat y Damasco, que habian resistido tanto tiempo y tan tenazmente á los Asirios, formasen partes constitutivas de su imperio; y despues de sojuzgar á los Ammonitas, Moabitas é Idumeos, llegó el turno al reino de Judá. Nabucodonosor extendió sus dominios despues de la sumision de Judá y de los Filisteos hasta los límites de Egipto. La sublevacion de Judá sirvió únicamente para hacer más dura su dependencia (597 años ántes de Cristo); no tuvo mejor éxito el levantamiento de las ciudades fenicias (593 años ántes de Cristo); á la segunda rebelion de Judá siguió, despues que hubo fracasado la intervencion de Egipto, la ruina del Estado (586 años ántes de Cristo). Una sola ciudad, la nueva Tiro, protegida por el brazo de mar que separaba su isla de la tierra firme, se habia librado de la dominacion de Nabucodonosor; esta gran plaza comercial debia tambien incorporarse al imperio de Babilonia; mas era dificultoso lograrlo sin una flota. El profeta Ezequiel anunció á los Tirios su próxima ruina (2); porque Tiro se alegraba de la ruina de Jerusalem, y habia dicho: «yo estaré llena cuando ella esté desierta.» El profeta describe con colores muy vivos cómo Nabucodonosor dirigirá sus arietes contra las murallas de Tiro, cómo derribará las torres con sus máquinas de guerra, el baluarte colocado contra ella y el escudo levantado contra ella (3); ve la isla convertida en una roca desnuda que servirá para extender las redes (4). Estas profecías no se cumplieron en toda su extension; el sitio fué un bloqueo desde tierra firme; un impedimento al comercio de la ciudad con la costa, como ya en tiempo de Salmanasar IV habia sucedido durante cinco años que habia estado cercada por los Asirios. Las tropas de Nabucodonosor deben haber estado trece años delante de Tiro; el cerco terminó, segun parece, en el año 573 por medio de un convenio, en el que los Tirios reconocieron la soberanía del rey de Babilonia y el derecho de elegir sus reyes, segun parece, sin llegar á abrir las puertas de la ciudad; el rey

Etbaal de Tiro dejó el gobierno, y Nabucodonosor puso á Baal en el trono (5). «Un penoso servicio, dice el profeta Ezequiel, ha mandado hacer Nabucodonosor á su ejército contra Tiro; todas las cabezas están calvas y todos los hombres gastados, y ninguna recompensa ha sacado de Tiro el ejército.»

Tras largos combates logró Nabucodonosor echar de Siria á los Egipcios, desbaratar sus tentativas de apoyar el levantamiento de los Siros, traer á la obediencia á las tribus de los Arabes y á las ciudades de los Siros, y reunir bajo su dominacion á las tribus semíticas desde el Tigris hasta la costa de Siria, desde el golfo pérsico hasta el arábigo, no habiendo nunca alcanzado tal poderío el antiguo imperio de Babilonia. Sin embargo, esta extension de poder no era apénas comparable con la de los Medas, los cuales, unidos á Babilonia, habian derribado á los Asirios; pero estaban más circunscritos los dominios de Babilonia y su poblacion era más homogénea. Estas ventajas, unidas á la fertilidad del país, á la industria y comercio de las ciudades fenicias, suplian en Babilonia la mayor extension del territorio meda (6).

La conducta de Nabucodonosor con respecto á Egipto demuestra que no era conquistador ni queria la extension de su imperio más allá de ciertos límites: lo que le interesaba ante todo á Nabucodonosor era la seguridad de su imperio, y este problema, en tanto que dependia de él, lo resolvió con la mayor perseverancia. Dirigió su atencion especialmente al aumento del público bienestar y á fortificar el país primitivo y la capital: Babilonia habia sufrido siempre mucho por virtud de las repetidas invasiones de los Asirios; la guerra de Senaquerib, los sitios y ocupaciones de la capital hubieron de dejar profundas huellas: el alzamiento de Samul-sumukins destruyó nuevamente lo que habia reparado Assarhadon.

La prosperidad de la agricultura dependia del sistema de canales. Nabucodonosor fué el primero que mandó poner en buen estado los diques del Eufrates y limpiar y reparar de nuevo los canales, aumentando además su número y utilidad, pues mandó construir desde el

Eufrates al Tigris el canal que se llamó Nahr Malka, es decir, el foso del rey, apellidado y designado por Heródoto como el mayor de los canales de Babilonia. Segun la relacion de Jenofonte, habia cuatro canales que ponian en comunicacion el Eufrates con el Tigris, los cuales tenian cien piés de anchura y una profundidad suficiente para que pudieran ir por ellos buques cargados de cereales; todos tenian puentes, y la distancia que separaba uno de otro apénas era de una milla; de ellos derivaban canales de riego, primero los mayores, luégo los más pequeños, y despues las tajeas, como hacian los Griegos en los campos sembrados de mijo. Los grandes canales de riego eran, sin embargo, tan profundos, que los Griegos de Clearco no los pudieron atravesar sin trabajo, para cuya operacion inclinaron las palmeras que daban sombra á las orillas. Nabucodonosor completó el sistema de canales de Babilonia, é hizo construir diques á orillas del mar para contener las inundaciones (8).

Con el fin de atajar las aguas del Eufrates emprendió y llevó á cabo Nabucodonosor una de sus mejores obras hidráulicas. Junto á la antigua ciudad de Sippara, situada más allá de Babilonia y de los cuatro canales que unian el Tigris y el Eufrates, mandó abrir cerca de la márgen oriental del Eufrates una gran cuenca, nada inferior al mar artificial de Amenemha, de 124 estádios (diez millas) de extension y 35 piés de profundidad. Afirma Beroso que esta cuenca tenia 40 parasangas (30 millas) de extension, por 20 codos de profundidad, y añade que sus esclusas regaban todo el llano. Siendo realmente de diez millas la extension de la cuenca, pudo ésta, como el mar de Amenemha, haber sido una hondonada que se trasformó por medio de diques en un depósito de agua (9). Junto á la ciudad de Ardericca mandó hacer Nabucodonosor al Eufrates un nuevo lecho para minorar la fuerza de la corriente, y facilitar la navegacion rio arriba, ó, lo que es más verosímil, porque fué necesario moderar el curso del rio para llevar el sobrante de sus aguas al canal de Sippara (10).

El comercio marítimo entre Babilonia y el golfo pérsico, la fundacion de Guerrha en la costa de Arabia, y cuando ménos la del puerto de Teredon, en la embocadura del Eufrates, á 80 millas más abajo de Babilonia, son de la época de Nabucodonosor (11), cuyo objeto al fundar las dichas ciudades, no fué otro que el de facilitar el comercio de las caravanas. Verdad es que en época posterior sólo figuran los de Guerrha comerciando con los Sabeos, al paso que los libros judáicos solo mientan á los Dedaníes. Los de Guerrha llevaban los productos de Arabia á la Siria, atravesando el desierto, y por mar á Babilonia (12). Uno de los resultados más beneficiosos de las obras hidráulicas de Nabucodonosor fué sin duda la navegacion del Eufrates, que abrió las puertas de Babilonia á los productos de la India y Arabia (13), debiéndose igualmente atribuir á Nabucodonosor la construccion de los caminos que facilitaron el comercio con los pueblos sometidos á su imperio (14).

Las repetidas invasiones de los Asirios en tierra de Babilonia movieron al fundador del segundo imperio á tomar sus precauciones para evitar en lo futuro semejante peligrosa contingencia. El Eufrates y el Tigris defendian bien á Babilonia al E. y al O.; y por el N. la protegian los canales, sobre todo el de Nahr Malka (15). Con el fin de mejorar las defensas de la frontera septentrional, y poner á cubierto el canal de Sippara, mandó Nabucodonosor levantar una muralla, que por razon de su destino llamaron los Griegos «muralla de los Medas,» cuya extension era de 20 piés de ancho por 100 de altura (16).

De esta suerte fortificada era Babilonia, segun Beroso, una ciudad inexpugnable (17). Diodoro Sículo dice que los muros de Babilonia tenian 360 estádios de extension y los flanqueaban 250 torres.

Segun Heródoto, el Eufrates dividió en dos mitades la ciudad; y su figura era de cuadrilátero, y cada uno de sus lados tenia 120 estádios. Noticias tan contradictorias no permiten formar idea clara de la ciudad de Babilonia y sus fortificaciones. Beroso afirma que Nabucodonosor agrandó el palacio de su padre y unió por

medio de un puente los dos cuarteles en que estaba dividida la ciudad (19); obra que tuvo por objeto el desarrollo del comercio y la defensa de la metrópoli.

No sabemos si la descripcion que hace Heródoto del circuito de los muros de Babilonia corresponde al estado que tenian cuando Ciro la cercó ó se refiere á una época posterior; pero de todos modos no debieron quedar intactas las murallas despues que Ciro y Darío se apoderaron de Babilonia. Es imposible, como dice Heródoto, que una muralla de 12 millas de extension tuviese 50 codos de ancho por 200 de alto. De esta noticia puede significar que Nabucodonosor tuvo el propósito de que las murallas de Babilonia permitieran á su ejército rehacerse en el caso de una derrota. Aristóteles dice que Babilonia tenia la extension de un pueblo y no de una ciudad (20). Diodoro Sículo afirma que los muros tenian 160 estádios de circuito (21); y si, como dice Heródoto, la ciudad tenia la figura de cuadrilátero, el perímetro de las murallas debió ser de 260 á 360 estádios, es decir, de 7 á 8 millas. Un contemporáneo hebreo habla de los «anchos muros» y de «las altas puertas» de Babilonia (22).

No por atender á las obras de defensa de su capital descuidó Nabucodonosor el ornato de los templos y otros edificios. Depositó en el templo de Bel y en otros los despojos de guerra.

En el ala más notable del nuevo alcázar de Nabucodonosor, á orillas del Eufrates, estaban los famosos jardines colgantes para recreo y esparcimiento de la reina Amyite, hija de Cyaxares, la cual, como era del país de los Medas, deseó tener en el llano de Babilonia un panorama semejante al de su pátria (23).

Las inscripciones de Nabucodonosor mencionan los templos que dicho rey mandó construir, y tambien las fortalezas. Del contenido de dichas inscripciones se deduce que Nabopolasar empezó á reconstruir los fuertes de Babilonia.

No sobrevivió Nabucodonosor á la conclusion de sus obras, pues hubo de morir á los 42 años de reinado (561 ántes de Cristo). Por dicha dejó terminadas las

obras que su padre comenzara, de suerte que Nabucodonosor fué el verdadero fundador del segundo imperio de Babilonia, y dejó tan buena memoria entre los suyos que en la decadencia del imperio bastó el nombre de Nabucodonosor para mover guerra á los Persas.

Ninguno de los sucesores de Nabucodonosor le igualó en actividad militar, prevision y espíritu emprendedor. Evilmerodaj, hijo de Nabucodonosor, reinó, al decir de Beroso, sin inteligencia (24). Mostróse benigno con Jeconías, rey de Judá, hijo de Josías, prisionero de Nabucodonosor hacia ya 36 años, y le sentó á su mesa con los demás príncipes vencidos que tenian obligada residencia en Babilonia. A los dos años de reinar el hijo del gran rey murió asesinado por su hermano político Neriglisar (559 a. C.). Las ruinas descubiertas á orillas del Eufrates demuestran que Neriglisar terminó las obras de los muros que dejó Nabucodonosor sin concluir. Murió Neriglisar á los cuatro años de haber subido al trono, dejando un hijo de pocos años, llamado Labosoarjad; pero los grandes del reino se conjuraron á los nueve meses del reinado nominal de Labosoarjad, y le dieron muerte, pasando luégo la corona á Naboneto, uno de los conjurados (555 ántes de Cristo). El nuevo rey debia hacer frente á la tormenta que trastornó el Asia. Un pueblo mucho más poderoso de lo que habia previsto Nabucodonosor logró penetrar en várias puntos de Babilonia.

Los sucesores de Ramsés III mantuviéronse tranquilamente dentro de los límites del valle del Nilo, á juzgar por el silencio que acerca de sus hechos de armas guardan los monumentos de Egipto y los libros hebreos. A la muerte de Ramsés subió al trono de Egipto en el año de 1091 ántes de Cristo una nueva dinastía, siendo su fundador Smendes. Tanis debió de ser la metrópoli de la nueva dinastía, segun se deduce de las listas de Maneton y de las huellas que dejaron en el Egipto inferior Smendes y sus sucesores. Durante el reinado de los últimos Ramesíes, creció la autoridad de Herhor, sumo pontífice de Ammon en Thebas. Cuentan las inscripciones del templo de Junsu, en Carnac,

que Herhor hermoseó la ciudad de Thebas «para gloria de Ammon y otros dioses.» Parece que los sucesores de Herhor en el sumo pontificado mantuvieron su influjo por lo ménos durante los primeros reyes de la nueva dinastía (25). De los hechos de ésta nada nos dicen los monumentos ni la tradicion, pudiendo únicamente deducir que Psusennes II, sexto sucesor de Smendes, empezó á reinar, segun el cómputo de Lepsius, en el año 996 ántes de Cristo, mantuvo relaciones de amistad con Israel, contribuyó al desarrollo del comercio de ámbos países y murió ocho años ántes que su yerno Salomon (961 a. C.).

Sisac (Sesonjis), sucesor de Psusennes, fundó una nueva dinastía, que tomó nombre de la ciudad de Bubastis en el Egipto inferior (26). En el primer patio del templo de Carnac, al occidente del templo de Ammon, erigido por Ramsés II en el muro de circunvalacion, mandó Sisac contruir una sala de columnas, en cuyo arquitrave se lee que el dicho rey «agrandó el templo de Ammon y dió nueva vida á la ciudad de Thebas» (27).

Las inscripciones aseguran que el Faraon Sisac venció á los pueblos del Norte y á los del Sur, llevando por do quiera el terror de sus armas.

Pocas noticias nos dan los monumentos acerca de los sucesores de Sisac, cuya dinastía, á los 179 años de dominacion (961-787 a. C.), fué reemplazada por la de los Tanitas (787-743 a. C.), y á ésta sucedió la de Sais. Mas si la historia de Egipto es algo oscura desde la época de los Ramesíes, sabemos en cambio con seguridad que los sucesores de aquellos Faraones trasladaron al Egipto superior la capital del imperio, dejando de ser Thebas la metrópoli, que revivió el imperio del Egipto inferior y en él residieron como de ántes las nuevas dinastías, no ya en Menfis, sino en Tanis, Bubastis y Sais.

Segun Maneton, habia reinado Bocjoris seis años cuando el etiope Sabacon invadió el territorio de Egipto, hizo prisionero á Bocjoris y lo quemó vivo. A Sabacon, sucedió otro etiope llamado Sebijos, y á éste Tarco, tambien del mismo orígen. La victoria de Sabacon

sobre Bocjoris, y la conquista de Egipto por los etíopes, sucedieron en el año 730 ántes de Cristo. Los monumentos egipcios llaman Saba ó Sabaca al nuevo rey, Sabataca á Sebijos, su sucesor, y Tahalca á Tarcos: los Hebreos pronunciaron Tirhaka (28). Este fué vencido en el año 672 ántes de Cristo por Assarhadon, rey de Siria, el cual se hizo dueño de todo el Egipto, cuyo gobierno hubo de confiar á doce príncipes. Reducido el Egipto á provincia asiria, Necao y su hijo Psammético se decidieron por el vencedor. Por los años de 655 ántes de Cristo emprendió Psammético la reconquista de Egipto, el cual cobró su independencia á los 75 años de dominacion extranjera.

Nada fácil era la mision de Psammético si habia de asegurar la independencia de su país despues de tantos menoscabos como habia sufrido. Mas precisamente hubo de errar en los medios que escogitara para realizar sus designios, porque se valió de mercenarios griegos para restablecer en Egipto la unidad monárquica; siendo esta la vez primera que los occidentales intervinieron en los negocios de Egipto. Así se explica que unos 200.000 hombres descontentos del favor otorgado á los Griegos por Psammético, tomaran la resolucion de emigrar á Etiopía sin curarse, al parecer, del daño irreparable que de esta suerte inferian á su pátria.

Necao (610 a. C.), hijo y sucesor de Psammético, concibió grandes proyectos, que no pudo realizar: y aunque venció á Josías, rey de Judá, fué derrotado por Nabucodonosor, rey de Babilonia. No fué Necao más afortunado al querer abrir un canal de comunicacion entre el Nilo y el mar Rojo. Pasando de largo sobre el breve reinado de Psammético II, sucesor de Necao, acerca del cual apénas hay noticias, tenemos que Hophra (Apries, 589-570 a. C.), nieto de Necao, pereció en una insurreccion militar de los mercenarios griegos, en los cuales hubo de poner toda su confianza. Amasis, jefe de los sediciosos, una vez elevado al trono, siguió la política de sus predecesores con respecto á los extranjeros, y á él se debe la fundacion de la colonia griega de Naucratis. Durante el reinado de Amasis creció el

bienestar de Egipto, en términos de contarse 20.000 municipios, y dió sus frutos la libertad de comercio (29). A fines de su largo reinado, Amasis, que ocupó el trono de los Faraones durante cuarenta y cuatro años, hubo de mirar con inquietud por el porvenir de su imperio. Cuando se preparaba Cambises, hijo de Ciro, á invadir con buen golpe de gente el territorio de Egipto, murió Amasis (526 a. C.), dejando á su hijo Psammético III (Psamménito) la corona y el grave cuidado de hacer frente á la invasion de los Persas.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

NOTAS.

I.

(1) Arriano, *Anábasis*, 3, 7. Estrabon, p. 736, 738. Plinio, *h. n.* 6, 27. 31. Ptolomeo, 6, 1. Susa distaba, segun Heródoto (5, 52) 42 parasangas de la frontera septentrional de Susiana. H. Stein *zu Herodot*, 1,178.
(2) Brandis, *rer. asyr. temp. emendata*, p. 13 et seqq.
(3) Diodoro Sículo, 2, 3. 2, 27. Nikolaos, *Frag.* 9 ed. Müller.
(4) *Frag.* 7 ed. Müller.
(5) *Frag.* 1. 2 ed. Müller. Vid. Justino, 1, 1.
(6) Anonym., *Tract. de mulier.* c. 1.
(7) Diodoro Sículo, 2, 1-22.
(8) Estrabon, p. 80. 529. Lucian, *De dea Syr.*, c. 14.
(9) *Anábasis*, 3, 4, 10. 11.
(10) *De Isid.*, c. 24.
(11) Diodoro Sículo, 2, 4, *init.*
(12) Lucian., *De dea Syria*, c. 33. 14. 38. El nombre de Semiramot se lee en el *Libro de las Crónicas*, 1, 15, 18-20. 1, 16, 5. 2, 17, 5.
(13) Agathias, 2, 24.
(14) C. Schrader, *Keilinschrift.* (Inscripciones cuneiformes), p. 20.
(15) Ménant, *Annal.*, p. 18.
(16) C. Schrader, *Keilinschrift, u. A. T.*, p. 7.
(17) Rougé, *Etude sur divers monuments de Toutmés* III. p. 49. *Vid.* Birch. *Annals of Thotmes* III; Archaeologia, 1853, p. 128. Chabas, *Mélanges*, 3, 2, 286. 299.
(18) Ménant, *Annal.*, p. 17.
(19) Ménant, l. c. p. 196. 211.
(20) Ménant, *Annal.*, p. 23, lee Caraindas por Caratadas.
(21) G. Rawlinson lee Cara-kha-das.
(22) G. Rawlinson, *Monarchies*, 2, 56.
(23) Ménant, *Annal.* p. 73.
(24) C. Schrader, *Keilinschriften u. A. T.* p. 20.
(25) C. Schrader, *A. B. Keilinschriften*, p. 148.
(26) G. Rawlinson, *Mon.* 2, 58.
(27) C. Schrader, o. c. p. 152.
(28) Ménant, l. c. p. 31.
(29) Indicacion de C. Schrader.
(30) Ménant, l. c. p. 32. G. Rawlinson, l.c. p. 72.

(31) Ménant, *Ann.*, p. 47. 48.
(32) G. Rawlinson, *Monarch.* 2, 64.
(33) Ménant, l. c. p. 48.
(34) C. Schrader, obra citada, p. 16.
(35) Ménant, l. c. pág. 52. 236.
(36) Schrader, obra citada, página 25, 27, 31.
(37) Ménant, *Ann.*, p. 63.

II.

(1) 9, 13.
(2) V. 911-914.
(3) Deuteronomio, 8, 9.
(4) Virgilio, *Eneida*, 1, 619. 620. Estéban Bizantino, *Sapeethos*.
(5) Movers, *Phœniz*. 2, 134.
(6) Gesen, *Monum*, (Monumentos de Gesenius), p. 153.
(7) Estéban Bizantino, s. v.
(8) Josefo, *Antigüedades*, 1, 6, 1.
(9) 7, 90.
(10) Movers, *Los Fenicios;* 2, 239. 240.
(11) Brandis, *Monatsberichte der Berl. Akad.* (Memorias de la Academia de Berlin), 1873, p. 645 seqq.
(12) 1, 8.
(13) Heródoto, 1, 105. Pausanias, 1, 14, 7. 3, 23, 1.
(14) Estéban Bizantino, *Meelos*
(15) Estéban Bizantino, *Ooliaros*.
(16) Diodoro Sículo, 4, 2. 5, 56. 57. 58. 48. 49.
(17) Eph. frag. 12 ed. Müller.
(18) Heródoto, 4, 147. 2, 45. 49. 5, 58. 59.
(19) Frag. 8. 9. ed. Müller.
(20) Fragm. 40-42. 43-45 ed. Müller.
(21) Fragm. 163, ed. Müller.
(22) Theog. 937. 975.
(23) Pyth. 3, 88 seqq.
(24) Athenaeos, p. 360.
(25) Heffter, *Götterdienste auf Rhodos* (Culto religioso de los Rhodios) 3, 18. Welcker, *Mythol.*, 1, 145.
(26) Brandis *Münzwesen* (Numismática), p. 587.
(27) Estrabon, p. 346. 457. 472.
(28) Brandis, *die Bedeutung der sieben Thore von Theben*, (significacion de las siete puertas de Tébas), Hermes, 2, 275 seqq.
(29) Böckh, *Metrologie*, p. 45.
(30) Gesen., *Monum*. p. 217. 325.
(31) Estrabon, p. 377. Pausanias, 1, 32. 5.
(32) Apolodoro, 1, 6, 26.
(33) Apolodoro, 3, 15, 9. Diodoro Sículo, 4, 60, 61.
(34) Heródoto, 3. 122. 1, 171. 7, 169-171.
(35) Tucídides, 1, 4.
(36) *De legg. init. Minos* p. 262. 319. Aristot. *Pol.* 7, 9, 2. 2, 7, 1. 2. Diodoro Sículo, 5, 78.
(37) Estrabon, p. 730. Estéban Bizantino, s. v.
(38) Estéban Bizantino, s. v. Müllenhoff, *deutsche Altertumshunde* (Antigüedades germánicas) 1, 222.
(39) Pausanias, 21, 6.
(40) Estéban Bizantino, *Hytheera*.
(41) Pausanias, 1, 14. 7.

(42) 7, 171.
(43) Heródoto 2, 44. 145.
(44) Heród. 4, 157.
(45) Tucídides, 5, 112.
(46) 6, 2. Diodor. Sícul. 5, 12.
(47) Ptolomeo, 4, 3, 47.
(48) Movers, *Phoeniz.* 2: 355. 362.
(49) Heráclides del Ponto, *Fragm.* 29 ed. Müller. Gesen. *Monum.* p. 293. Olshausen, *Rhein. Mus.* (Museo Riniano), 1852, p. 328.
(50) Tucídides, 6, 2.
(51) *Eneida,* 5, 760.
(52) Diodor. Sícul, 4, 83. Estrabon, p. 272.
(53) 4, 83.
(54) 4, 23.
(55) Heródoto, 5, 43.
(56) Estéban Bizantino, Solooeis, Sapphon. frag. 6 ed. Bergk.
(57) Tucídides, 6, 2.
(58) Diodoro Sículo, 5, 35.
(59) Aristot. de mirab. ause. c. 104. Diodoro Sículo, 4, 24. 29. 30. 5, 15. Pausanias, 10, 17, 2.
(60) Movers, *Phoenizier.* 1, 536.
(61) Salustio, Yugurta, 19, 1.
(62) Movers, obra citada p. 144.
(63) De mirab. ause. c. 146.
(64) h. l. 16, 79.
(65) Etym. magm. *Gadeira.*
(66) Diodoro Sículo: 5, 19, 20.
(67) Müllenhoff, obra citada, 1, 83.
(68) Estrabon, p. 169-172.
(69) Movers, obra citada, 2, 622.
(70) 27, 12 25. Estrabon. p. 148. Müllenhoff, obra citada, 1, 81.
(71) 4, 159.
(72) De mirab. ause. c. 147.
(73) Estrabon, p. 148.
(74) Aristófanes, Ranas, v. 475.
(75) Diodor. Sícul. 5, 35. Estrabon, p. 144. seqq.
(76) Scylac. peripl. c. 111.

III.

(1) Jueces, 5, 10, 14. 10. 4.
(2) De Wette-Schrader, *Einleitung*, (Introduccion), 325 seqq.
(3) En tiempo de David existian sólo 270.000.
(4) Jueces, 20, 8. 24, 7. 18.
(5) Jueces, 20, 27 seqq. De-Wette Schrader, obra citada, p. 326.
(6) Jueces, 6, 36-40. 18, 5. 20, 18 seqq.
(7) Jueces, 17, 5. 18, 30. Samuel, 1, 7, 1. 2, 6, 3.
(8) Samuel, 1, 2, 13-22.
(9) Jueces, c. 17 seqq.
(10) Jueces, 6, 25-32. 8, 27.
(11) Samuel 1, 19, 13-16. 1, 21, 9. Génesis 31, 34. Jueces, c. 17, 5. c. 13, 14. 17. Reyes, 2, 23, 24.
(12) Jueces, 3, 19, seqq.
(13) Jueces, c. 4. 5.
(14) Jueces, 6, 2-5.
(15) Jueces, 8, 19.
(16) Jueces, 7, 2 6.
(17) Jueces, 8, 22.
(18) Jueces, 8, 27.
(19) La época de Gedeon no es fácil de determinar, siendo probable que tanto él como la generacion subsiguiente pertenecieran á la segunda mitad del siglo duodécimo.
(20) Jueces, 20, 1, 21, 10.

IV.

(1) Jueces, 13, 1. 14, 4. 15, 11.
(2) Steinthal, Zetschrift für Völkerpsychologie (Datos para estudiar la psicología de los pueblos), 2, 21.
(3) Josefo, Antigüedades, 5, 11, 5.
(4) Reyes, 2, 25, 8. Jeremías, 52, 12.
(5) Samuel, 1, 13, 19-21.
(6) Samuel, 1, 13.
(7) Samuel, 1. c. 8.
(8) Samuel, 1, 14, 22. 1, 13, 3-7.
(9) Samuel, 1, 13 16-18.
(10) Samuel, 1, 14, 1-23.
(11) Samuel, 1, 14, 24-45.
(12) Nöldeke Amalekiter (Amalecitas), p. 14. 15.
(13) Samuel, 1, 15 5-43.
(14) Samuel, 1, 14, 47, 48. 52. 2, 1, 24.
(15) Samuel, 1, 20, 5. 25. 1, 14, 49. 50. 1, 18, 19. 1, 31, 2. 2, 21, 8. Crónicas, 1, 9, 39. 1, 10, 2.
(16) Samuel, 1, 7, 2. 2, 6.
(17) Samuel, 1, 16, 21.
(18) Samuel, 1, 18, 1-5. 2; 13-16. 30.
(19) Samuel, 1, 22, 14.
(20) Samuel, 1, 18, 13.
(21) Samuel, 1, 18, 17-20. 28.
(22) Samuel, 1, 18, 9. 1, 20, 31.
(23) Samuel, 1, 21, 10.
(24) Samuel, 1, 19, 17.
(25) Puede que sea ornato de la narracion el decir que habiéndose negado la guardia á poner mano en los sacerdotes, los matase un idumeo, siervo del rey.
(26) Samuel, 1, 22, 6-23. 1, 32, 6.
(27) Samuel, 1, 13, 8-14.
(28) Samuel, 1, 22, 3. 2, 10, 1.
(29) Samuel, 1, 22, 2. 1, 23, 13.
(30) Samuel, 1, 25, 2-12.
(31) Samuel, 1, 25, 18-42.
(32) Samuel, 1, 30, 26 31.
(33) Samuel, 1, 23, 1-5.
(34) Samuel, 1, 23, 9-13.
(35) Samuel, 1, 23, 25 28.
(36) Samuel, 1, 26, 1. 2. 27, 1-3.
(37) Samuel, 1, 27, 12.
(38) Samuel, 1, 27, 6. 12.
(39) Crónicas, 1, 18, 1-7. 20.
(40) Samuel, 1, 30, 26-31.
(41) Samuel, 1, 27, 7.
(42) Samuel, 1, 29.
(43) Samuel, 1, 28, 3.
(44) Samuel, 1, 31, 1-7.
(45) Samuel, 1, 31, 12, 13.
(46) Samuel, 2, 21, 12.
(47) Samuel, 2, 2, 8-10.
(48) Samuel, 2, 2, 1. 3. 4. 10.
(49) Ewald, *Geschichte des Volks Israel* (Historia del pueblo de Israel), 2, 572.
(50) Samuel, 2, 3, 1. 10. 11. 2, 5, 4. 5. Reyes, 1, 2, 11.
(51) Samuel, 2, 2, 23.
(52) Samuel, 2, 3, 31-39.
(53) Samuel, 2, 3, 27-39.
(54) Samuel, 2, 2, 27.
(55) Samuel, 2, 5, 1-3.
(56) Samuel, 2 21, 3.

V.

(1) Samuel, 2, 5, 6-8.
(2) Samuel, 2, 5, 17.
(3) Samuel, 2, 5, 22-25.
(4) Samuel, 2, 21, 15-22. Crónicas, 1, 21, 4-8. 1, 19, 1.
(5) Samuel, 2, 8, 1. Jesús Siraj, 47, 8.
(6) Nöldeke, obra itada, p. 17-25.
(7) Samuel, 2, 8, 2.

(8) Samuel, 2, 10, 6-14.
(9) Samuel, 2, 8, 3. 4. 2, 10, 15-19.
(10) Salmo 60, 2. Samuel, 2, 8, 13.
(11) Reyes, 1, 11, 16.
(12) Reyes, 1, 11, 18.
(13) Samuel, 2, 8, 6. 7. 2, 10, 19.
(14) Salmo 18. de Wette-Schrader, obra citada, p. 345.
(15) Reyes, 1, 11, 27.
(16) Reyes, 1, 11, 29.
(17) Crónicas, 1, 28, 25-31.
(18) Samuel, 2, 15, 18.
(19) Samuel, 2, 23, 18. Crónicas, 1, 12, 15. 26-45.
(20) Samuel, 2, 20, 23. Crónicas, 1, 19, 17.
(21) Samuel, 2, 23, 8.
(22) Samuel, 2, 24, 9.
(23) Samuel, 2, 20, 23-26. Crónicas 1, 28, 16-22.
(24) Crónicas, 1, 25, 3. Josefo, *Antigüedades*, 5, 11, 5. 8, 1, 3. 20, 10, 2.
(25) Samuel, 2, 6, 1-8. 12-15. Salmo 24.
(26) Crónicas, 1, 7, 4-15. 50-53. Samuel, 2, 15, 24. 27. Crónicas, 1, 25.
(27) Samuel, 2, 3, 2. 3. 2, 5, 14, 16. Crónicas, 1, 3, 1.
(28) Samuel, 2. 5, 4.
(29) Samuel, 2, 13. 2, 15, 1-6. 2, 17, 25. Crónicas, 1, 2, 17.
(30) Samuel, 2, 16, 5-14.
(31) Samuel, 2, 17, 27.
(32) Samuel, 2, 19, 11-13.
(33) Samuel, 2, 19, 18-33. Reyes, 1, 2, 8.
(34) Samuel, 2, 16, 3-5. 2, 19, 24-30.
(35) Samuel, 2, 19, 40.
(36) Samuel, 2, 20, 8-13. Reyes, 1, 2, 5.
(37) Samuel, 2, 20, 15 22.
(38) Samuel, 2, 11. 2, 12, 15-24.
(39) Reyes, 1, 1, 17. 30.
(40) Reyes, 1, 1, 5-49.
(41) Reyes, 1, 2, 5-9.
(42) Reyes, 1, 11, 4.
(43) Reyes, 1, 14, 21.
(44) Reyes, 1, 2, 28-36.
(45) Reyes 1, 2, 37-46.
(46) Reyes, 1, 2, 26, 27.
(47) Reyes, 1, 11, 14-22.
(48) Reyes, 1, 11, 23-25.
(49) Reyes, 1, 9, 17.
(50) Reyes, 1, 11, 27. 1, 9, 15. 24.
(51) Reyes, 1, 9, 15-19.
(52) Reyes, 1, 4, 26. 1, 10, 26.
(53) Reyes, 1, 9, 16.
(54) Reyes, 1, 4, 20 25. 1, 5, 4.
(55) Reyes, 1, 9, 19. Crónicas 2, 8, 6.
(56) Reyes, 1, 10, 29.
(57) Reyes, 1, 9, 26-28. 1, 10, 22.
(58) Jueces, 17 10.
(59) Samuel, 2, 24, 24.
(60) *Cantar de los Cantares*, 8, 11. Mayers, obra citada, 3, 48, seqq. 81, seqq.
(61) Reyes, 1, 5, 7-10. 15-17. Crónicas, 2, 2, 16.
(62) Reyes, 1, 7, 46.
(63) Reyes, 1, 6, 7, 13-51. Crónicas, 2, 3, 4 10.
(64) O. Müller, *Archaelogie*, § 240, nota 4.
(65) Reyes, 1, 9, 25.
(66) Reyes, 1, 7, 1-12.
(67) Reyes, 1, 10, 12. Crónicas, 2, 9, 11.
(68) Reyes, 1, 7, 7.
(69) Reyes, 1, 10, 18 20.
(70) El *Cantar de los Camtares* dice: «60 las reinas, 80, las concubinas y las doncellas sin cuento.»
(71) Reyes, 1, 9, 24.
(72) Reyes, 1, 10, 21. Crónicas, 2, 9, 20.
(73) *Cantar de los Cantares*, 3, 7-10.

(74) Reyes, 1, 10, 16. 17.
(75) Reyes, 1, 10, 27.
(76) Reyes, 1, 4, 29-34.
(77) Reyes, 1, 4, 22. 23. 26-28.
(78) Reyes, 1, 9, 20. 21.
(79) Reyes, 1, 5, 13-18. 1, 4, 5. Crónicas, 2, 2, 17. 18.
(80) Reyes, 1, 9, 10-14.
(81) Reyes, 1, 11, 4-9 33. 2, 23, 13.
(82) Crónicas, 1, c. 24-27.

VI.

(1) Números, 4, 4, 8, 23.
(2) Levítico, 21, 16-21.
(3) Levítico, 21, 5.
(4) Exodo, 20, 26.
(5) Exodo, 28, 31.-35. 39, 22-27.
(6) Exodo, 28, 4-30. 36-43.
(7) Exodo, 13, 2. Números, 3, 5-51. 8, 16.
(8) Números, 18, 20-26.
(9) Números 18, 17.
(10) Números 18, 8-20.
(11) Levítico, 27, 29-33.
(12) Génesis, 14, 20, 28, 22, Exodo, 30, 11-16. 38, 25-28. Números, 1, 45 seqq. c. 31.
(13) Samuel, 1, 20. 5. 24. Números 28, 11. 29. 6. Ewal, *Alterthümer* (Antigüedades), p. 360.
(14) Exodo, 12, 15-19. Números, 9, 13. 28, 16-24.
(15) Levíticos, 23, 9-21.
(16) Reyes, 1, 12, 33.
(17) Samuel, 1, 1, 3. Reyes, 1, 12, 27-32.
(18) Exodo, 23, 13. 34, 25.
(19) Levítico, 23, 29.
(20) Levítico, c. 16. c. 23, 26-32.
(21) Levítico, 17, 3-5.
(22) Levítico, c. 1-6.
(23) Levítico, 7, 23-34 y otros lugares.
(24) Exodo, 30, 1-9.
(25) Levítico, 6, 12, 13. 9, 17.
(26) Números, 15, 38. Levítico, 19, 19.
(27) Levítico, 11 1-44.
(28) Levítico, 17, 15.
(29) Levítico, 17, 14.
(30) Levítico, c. 13, 14.
(31) Números, 31, 20-24.
(32) Levítico, 12, 3.
(33) Jeremías, 9, 24 seqq.
(34) Heródoto, 2, 104. Samuel, 1, 14, 6.
(35) Exodo, 4, 24. Véase la obra citada de Wette, p. 282.
(36) Números 33, 50-56.
(37) Levítico, 18, 21.
(38) Levítico, 19, 27-29.
(39) Deuteronomio, 21, 11-14.
(40) Levítico, 19, 35. 36.
(41) Exodo, 23, 10. 11.
(42) Levítico, 25, 24-31.
(43) Exodo, 22, 25-27. Levítico, 25, 35-38.
(44) Núm., 35, 30.
(45) Exod., 21, 28-36.
(49) Exod., 21, 32. Oseas, 3, 2.
(50) Levítico, 19, 29. 21, 9.
(51) Levítico, 18, 20. 20, 10.
(52) Núm., 5, 5-31.
(53) Levit. c. 18.
(54) Exod., 21, 7. 8.
(55) Exod., 21, 17.
(56) Núm., 36, 1-11. Tobías, 7, 10.
(57) Levit, 19, 13.
(58) Exod., 20, 10.
(59) Exod., 21, 20. 21. 26.
(60) Levit, 25, 47 seqq.
(61) Levit, 25, 39-41.
(62) Exodo, 21, 2-6.

VII.

(1) Reyes, 1, 11, 26-28. 40.
(2) Reyes, 1, 12, 22.
(3) Reyes, 1, 14, 30.
(4) Blau, Zeitschr. D. M. G., (*Gaceta de la sociedad de orientalistas alemanes*), 10, 233 seqq.
(5) Reyes, 2, 8, 20.
(6) Reyes, 1, 15, 16-24, *Crónicas*, 2, 16, 1-10.
(7) Reyes, 1? 15, 11-14, *Crónicas*, 2, 14, 2-5.
(8) Reyes, 1, 22, 48.
(9) Reyes, 1, 22, 49.
(10) *Cantar de los Cantares*, 6, 4.
(11) Reves, 15, 20.
(12) Nöldeke, Inscripcion de Mesa (en aleman).
(13) Reyes, 2, 3, 4.—(14) Véase la obra citada de Schrader.
(15) Reyes, 2, 8, 18.
(16) Reyes, 1, 21, 1. 2, 22, 39. 2, 9, 15 seqq.
(17) Schrader, *Inscripciones cuneiformes*, p. 104.
(18) Año de Dagan Assur.
(19) Reyes, 1, 16, 31-33. 1, 18, 19. 2, 3, 2.
(20) Reyes, 1, 18, 4-13. 17. 1, 19, 10-14.
(21) Reyes, 1, 17, 9, 10.
(22) Reyes, 2, 1, 8, 2, 17, 4-6.
(23) Reyes, 2, 18, 17-46.
(24) La parte refundida por los profetas atribuye la ruina de Acab al hecho de haber éste perdonado á Benhadad despues que Jehová lo puso en sus manos.
(25) Año décimonono de Salmanasar.
(26) Vid. la obra citada de Nöldeke.
(27) Reyes, 1, 19, 15. 2, 8, 7-15.
(28) Joel, 4, 19. Amós, 1, 11, 12.
(29) *Crónicas*, 2, 21, 16-18. Amós, 1, 6.
(30) Reyes, 2, 9-14.
(31) Reyes, 2, 10, 12-14.
(32) Reyes, 2, 11, 1-3.
(33) Reyes, 2, 10, 30.
(34) Reyes, 2, 10, 18-27.
(35) Schrader, obra citada, p. 105.
(36) Reyes, 2, 10, 32.
(37) Reyes, 2, 13, 25.
(38) Reyes, 2, 8, 12.
(39) Amós, 1, 3.
(40) Reyes, 2, 13, 5.
(41) Vid. Lib. 4.º, cap. 1.º
(42) Reyes, 2, 13, 25.
(43) Reyes, 2, 11, 3-20.
(44) Reyes, 2, 18, 27.
(45) Reyes, 2, 12, 17. 18.
(46) Vid. libro 4.º, cap. 1.º

VIII.

(1) Eustath, *ad Odyss*, 4, 617.
(2) Luynes, *Essai sur la numismatique des satrapies*, p. 69.
(3) Estrabon, p. 757. Josefo, c. Apion, 1, 17, 18. *Antig*. 8, 5, 3. Diodor. Sicul., 17, 40. Curtius, 4, 7 ed. Mütz.
(4) Curtius, 4, 8. Plinio, h. n. 5, 17.
(5) Arriano, 2, 21, 23. Diodor. Sicul., 17, 46.
(6) Arriano, 2, 24. Estrabon, p. 757.
(7) Josefo, *Antig*, 8, 5, 3. c. Apion, 1, 17, 18.

(8) Isaías, 23, 8.
(9) Ezequiel, 27, 4-7.
(10) Estrabon, p. 754.
(11) Josefo, *Antig.*, 8, 13, 2.
(12) Movers, obra citada, 2, 1, 355.
(13) Serv, *ad Aeneid*, 1, 343.
(14) Justino, 18, 4.
(15) Timaei, *Fragm.* 23 ed. Müller. *Appian. Rom.—hist.* 8, 1.
(16) Timaei, *Fragm.* 23 ed. Müller.
(17) Movers, *Phoeniz.*, 1, 609 seqq.
(18) Estrabon, p. 832.
(19) Salustio, Jugurtha, 19. Orosio, 4, 22.
(20) Appian. *Rom. hist.*, 8, 1. 132.
(21) Justino, 18, 6.
(22) Diodor. Sícul, 16, 41. 45. *Fragm.* 23. ed. Bipont.
(23) Josefo, *Antig*, 14, 12, 4. 5, Curtius, 4. 15.
(24) Ezequiel, 28, 2-17.
(25) Salmo, 45, 9-15.
(26) Renan, *Rev. arqueolog.*, 1861, vol. 4, p. 145 seqq.
(27) Rödiger, *Z. D. M. G.* (Gaceta de la Sociedad de orientalistas alemanes) 9, 647. Schlottmann, die *Inschrift Esmunazars* (Inscripcion de Esmunazar). Halcóy, *Mélang.*, p. 9. p. 34.
(28) Beulé, *Nachgrabungen in Karthago*, D. *Ueb.* (Excavaciones de Cartago, vers. alem.) p. 98 seqq.
(29) Liv., 28, 37. Movers, *Phoeniz.*, 2, 1. 529 seqq.
(30) Servius, *ad Aen*,. 1, 738.
(31) Josué, 19, 26. Estrabon, p. 758. Tácito, *Hist.* 5, 7.
(32) Plinio, *h. n.* 5, 17.
(33) A. Schmidt, *Forschungen auf dem Gebiete des Alterthums* (Investigaciones sobre la Antigüedad), p. 69.
(34) Schmidt, obra citada, p. 129 seqq.
(35) Heródoto, 4, 151. Plinio, *hist. nat.*, 9, 60. Estrabon, p. 145. 835.
(36) Estrabon, p. 757.
(37) Plinio, *hist. nat.*, 5, 17.
(38) Plutarco, *Alex.* c. 36.
(39) Movers, *Phoenizier*, 3, 103.
(40) Job, 23, 1-11.
(41) Müllenhoff, obra citada 1, 120 seqq.
(42) Estrabon, p. 142. Plin., *h, n.*, 3, 3. Ptolomeo, 2, 4, 14.
(43) Estrabon, p. 175. 176. 120. Plin., *h. n.* 7, 57.
(44) Ezequiel, 27, 5. 6.
(45) Diodor. Sícul., 19, 58.
(46) 2, 16.
(47) *Oeconom*, 8, 12.
(48) Movers, *Phoeniz.*, 3, 182 seqq. 191 seqq.

IX.

(1) Movers, *Phoeniz.*, 2, 3, 424 seqq.
(2) Movers, obra citada, 2, 3, 265 seqq.
(3) Ezequiel, 27, 14. 38, 6.
(4) Plin., *h. n.*, 5, 1. 19, 22. Vid. la obra citada de Movers, 2, 2, 537 seqq.
(5) p. 48, cf. p. 150.
(6) Müllenhoff, obra cit., p. 24.
(7) Heródoto, 3, 115. Plin., *h. n.*, 7, 57.
(8) Müllenhoff, obra citada, p. 88 reqq. 93 seqq.
(9) Müllenhoff obra citada, p. 223.

(10) p. 168.
(11) Joel, 4, 4 seqq. Vid. De Wette-Schrader, op. cit. p, 454.
(12) Zacarías, 9, 3. Vid. De Wette-Schrader, obra citada, p. 480.
(13) *Ezequiel*, c. 27.

X.

(1) G. Rawlinson, *Monarchies*, p. 94.
(2) Rawlinson, obra citada, p. 340.
(3) Ménant, l. c. p. 67.
(4) Rawlinson, l. c. 319, 97.
(5) Ménant, l. c. 49. 64.
(6) Schrader, l. c. p. 20. 21.
(7) Ménant, l. c. p. 92.
(8) Ménant, l. c. p. 89.
(9) Ménant, l. c. p. 83.
(10) Ménant, l. c. p. 93.
(11) G. Smith, *Daily telegraph*, 25 Jun. 1873.
(12) Ménant, l. c. p. 71.
(13) Ménant, l. c. p. 84.
(14) Menant, p. 86.
(15) Schrader, l. c. p. 66. 67.
(16) Ménant, l. c. p. 90. 91.
(17) Ménant, l. c. p. 106-111.
(18) Schrader, l. c. p. 94 seqq. 101. 102. Ménant, l. c. p. 99. 113.
(19) Ménant, l. c. p. 99. 115.
(20) Ménant, l. c. p. 100. 114.
(21) Schrader, l. c. p. 103. 167.
(22) Schrader, l. c. p. 106. 107.
(23) Ménant, *Inscripcion de Kurteh*, l. c p. 116.
(24) Ménant, l. c. p. 115.
(25) Ménant, l. c. p. 104.
(26) Ménant, l. c. p. 101.
(27) Ménant, l. c. p. 103.
(28) Oppert, *Memorias de la Acad. de Inscripciones* 1869, 1, 513.
(29) *Anábasis*, 3. 3. 4. 7-9.
(30) Ménant, l. c. p. 96.
(31) Oppert, *Empires*, p. 127. 128. Rawlinson, l. c. 115. N. 8. Ménant, l. c. p. 124.
(32) Schrader, l. c. p. 111. 112.
(33) Ménant, l. c. p. 124. Cf. Rawlinson, l. c. p. 117.
(34) Oppert, *Emp.*, p. 130. Ménant, l. c. p. 128.

LIBRO CUARTO

I.

(1) Oppert, *Dour Sarkayan*, p. 30. Ménant, *Annal.*, p. 160, p. 181.
(2) Smith, *Z. Aeg. Sprache* (Lengua egipcia), 1869, p. 90 seqq. Ménant l. c. p. 139.
(3) Lenormant, *Z. Aeg. Sprache* (Lengua egipcia), p. 84 seqq. Menant, l. c. p. 134, 143.

(4) Smith, l. c. p. 13.
(5) Schrader, l. c. p. 164. 165.
(6) Schrader, l. c. p. 129 seqq.
(7) Schrader, l. c. p. 129.
(8) Schrader, l. c. p. 213.
(9) Ménant, l. c. p. 138, 144.
(10) Amós, 6, 3-8. 3, 11.
(11) Oseas, 12, 9.
(12) Crónicas, 2, 26. Isaías, 2, 7.
(13) Reyes, 2, 14, 22.
(14) Reyes, 2, 19, 12. 2, 17, 6.
(15) Amós, 1, 2.
(16) Amós, 4, 9.
(17) 7, 7-14.
(18) Amós, 2, 9-11.
(19) 8, 4. 5, 12.
(20) 2, 6. 7.
(21) 8, 6.
(22) 6, 12.
(23) 5, 11.
(24) 6, 1-7.
(25) 5, 11.
(26) Amós, 4, 4. 5.
(27) 5, 21-23.
(28) 5, 14. 15. 24.
(29) 3, 10, 11. 6, 2.
(30) 6, 14.
(31) 3, 14-15.
(32) 2, 14-16.
(33) 9, 10.
(34) Reyes, 2, 15. Cf. Zacarías, 11, 8.
(35) Oseas, 1, 4. 7, 7. 8, 4, 13, 11.
(36) 13, 4.
(37) 5, 1.
(38) 13, 5.
(39) 11, 1-4.
(40) 10, 1.
(41) Oseas, 13, 2.
(42) 4, 13.
(43) 2, 5-8.
(44) 10, 13.
(45) 4, 2.
(46) 8, 13.
(47) 6, 6.
(48) 2, 9-13. 9, 1.
(49) 8, 14.
(50) 12, 2.
(51) Oseas, 5, 13. 7, 11. 8, 9. 10, 6. 11, 5. 13, 15. 14, 1.
(52) 10, 8.
(53) 11, 9.
(54) 5, 15.
(55) 2, 14, 17.
(56) 14, 2-4.
(57) 14, 5. 9. 2, 19.
(58) Kiepert. *Z. D. M. G.*, (*Gaceta de la sociedad de orientalistas alemanes*), 25, 665.
(59) Smith, l. c. 1869, página 92.
(60) Schrader, l. c. p. 115.
(61) Schrader, l. c. p. 118.
(62) Smith, l. c. p. 12. 111.
(63) 2, 14, 19. 20.
(64) Isaías, 2, 7.
(65) Isaías, 10, 1. 2.
(66) 5, 23.
(67) 5, 8.
(68) 3, 14. 15.
(69) 5, 11, 12.
(70) 5, 18-22.
(71) Isaías, 1, 10-15.
(72) 29, 13.
(73) 1, 16. 17.
(74) 5, 4. 5. 3, 14.
(75) 29, 14.
(76) 33, 14-16. 1, 18, 19.
(77) 9, 17-20.
(78) 7, 4. 6, 16.
(79) Isaías, 7, 20.
(80) Reyes, 2, 16, 7. 8.
(81) Isaias, 8, 4 8.
(82) Reyes, 2, 15, 29. 30. 2, 16, 9. 10.
(83) Schrader, l. c. página 146, 153. Smith, l. c. página 14.
(84) Schrader, l. c. p. 147.
(85) Reyes, 2, 16, 11-18. Cf. Crónicas, 2, 28, 24. 29, 7. cf. Isaías, 17, 1.
(86) Isaias, 1, 5 9.
(87) 2, 6.
(88) 1, 3.

II.

(1) **Reyes, 2, 17, 4. Cf. cap. 12.**
(2) Isaías, 28, 1-15.
(3) Isaías, 14, 29-31.
(4) 23, 1-12.
(5) Reyes, 2, 17, 3-6. 24.
(6) *Antigüedades*, 9, 14, 2.
(7) Oppert, inscript. *Dour Sarkayan*, p. 8. 30. Schrader, l. c. p. 157. 158. Ménant, l. c. p. 161.
(8) Oppert, l. c. p. 13. Schrader, l. c. p. 162. 163. Ménant, l. c. p. 162. 165.
(9) Ménant, l. c. p. 182.
(10) Ménant, p. 207.
(11) Schrader, l. c. p. 258.
(12) Oppert, l. c. p. 30. Ménant, l. c. p. 161. 200.
(13) Ménant, l. c. p. 193.
(14) Schrader, l. c. p. 258. Ménant, l. c. p. 159. 163.
(15) Schrader, l. c. p. 259. Oppert, l. c. p. 29. Ménant, l. c. p. 159. 169.
(16) Isaías, 20, 1.
(17) Ménant, l. c. p. 169. 206-208. Cf. Smith, l. c. p. 70. 71.
(18) Schrader, l. c. p. 90. Ménant, l. c. p. 205.

III.

(1) Ménant, l. c. p. 206.
(2) Oppert, inscript. *Dour Sarkayan*, p. 27. 28. *Fastes de Sargon.*, p. 6.
(3) Oppert, *Dour Sarkayan*, p. 3. Ménant, l. c. p. 161. 181. 192.
(4) Ménant, p. 206, lee 2 talentos y 70 minas. Smith, 11 talentos.
(5) Ménant, p. 164. 184.
(6) Oppert, l. c. p. 30. Ménant, l. c.p. 161. Smith, l. c. Setiembre de 1873.
(7) Ménant, l. c. p. 167. 193. 200. 201. 205.
(8) Oppert, l. c. p. 37. Ménant, p. 174. 193.
(9) Ménant, l. c. p. 175.
(10) Ménant, p. 190.
(11) Schrader, l. c. p. 333.
(12) *Inscripcion de Jalah*, Ménant, l. c. p. 205. 211.
(13) G. Rawlinson, *Monarch.* 324 seqq.
(14) Oppert, inscript. *Dour Sarkayan*, p. 23. 24.
(15) Oppert, l. c. p. 8.
(16) Oppert, l. c. *Annal.* p. 29. Ménant, l. c p. 270. 199. 158. 173. 180.
(17) Schrader, l. c. p. 266 Ménant, l. c. p. 168. 179
(18) Cf. Ménant, l. c. p. 160. 184.
(19) Ménant, l c. p 177. 187.
(20) Schrader, l. c. p. 331.
(21) *Antigüedades*, 10, 1, 4.
(22) Euseb., p. 19, ed. Ancher.
(23) Reyes, 2, 20, 12 seqq. Isaías, c. 39.
(24) Schrader, l. c. p 213 seqq.
(25) Schrader, l. c p 219 Cf. *Inscripcion de Nebi Junus.*
(26) Schrader, p 195.
(27) Isaías, 22, 9. 10.
(28) Isaías, 22, 11. Crónicas, 2, 32, 4. 5. 30.
(29) Isaías, 30, 6.
(30) Isaías, 30, 1 6.
(31) 31, 1 3.
(32) 30, 9. 10.

(33) 28, 22.
(34) 28, 15.
(35) 30, 15, 16.
(36) 30 12. 13.
(37) 28, 22.
(38) 29, 1.
(39) Isaías, 10, 28-32.
(40) 22, 1. 2. 5 7.
(41) Reyes, 2, 18, 13 seqq. 2, 19, 9 13.
(42) Schrader, l. c. p. 196.
(43) Layard, cuarto 36.
(44) Schrader, l. c. p. 170.
(45) Brandis, *Münzwesen* (Numismática), p. 98.
(46) Schrader, l. c. p. 168 seqq.
(47) Isaías, 4, 4.
(48) 1, 25.
(49) 30, 19.
(50) Isaías, 2, 12 22.
(51) 19, 22.
(52) 19, 25.
(53) 2, 3, 4.
(54) Isaías, 11, 6-8. Cf. 25, 6-12. 35, 5-10.
(55) 27, 8.
(56) 10, 5, 6.
(57) Isaías, 10, 7-18.
(58) 33, 1.
(59) 10, 24-27.
(60) Reyes, 2, 19, 25-33. Isaías, c. 36. 37, 1-34. 10, 24-27.
(61) 14, 24-27.
(62) 17, 12-14.
(63) Heródoto, 2, 141.
(64) Reyes, 2, 19, 34-36.
(65) Reyes, 2, 18, 4. Crónicas, 2, c. 29-31.
(66) Schrader, l. c. p. 172.
(67) Schrader, l. c. p. 173.
(68) Ménant, l. c. p. 231.
(69) Schrader, l. c. p. 225.
(70) Euseb. Chson, p. 19.
(71) Ménant, l. c. p. 232.
(72) Schrader, l. c. p. 165. Ménant, l. c. p. 222 seqq. 236.
(73) *Inscripcion de Nebi Junus.*
(74) Ménant, l. c. p. 232.
(75) Smith, (Lengua egipcia), 1870, p. 39, 40. Ménant, l. c. p. 216.
(76) Smith, *Assurbanipal*, p. 207. 274.
(77) Ménant, l. c. p. 228.
(78) Ménant, l. c. p. 231.
(79) Ménant, l. c.p. 217. 227. 228.
(80) Ménant, p. 237.
(81) Smith, *Assurbanipal*, p. 318.
(82) Ménant, l. c. p. 211. 224. 233.
(83) Ménant, l. c. p. 229. 212.
(84) Rawlinson, l. c. p. 179. N. 5. (85) Ménant, l. c. p. 230.

IV.

(1) *Frag.* 12 ed. Müller.
(2) Reyes, 2, 19, 37. Josefo, 10, 1, 5.
(3) Beroso, *Frag.* 7 ed. Müller.
(4) Ménant, l. c. p. 248.
(5) Schrader, l. c. p. 227.
(6) Ménant, l. c. p. 243.
(7) Ménant, p. 248.
(8) Ménant, l. c. p. 245.
(9) Ménant, l. c. p. 244.
(10) Ménant, l. c. p. 244.
(11) Esdras, 4, 9, 10.
(12) Crónicas, 2, 33, 11-13.
(13) Schrader, p. 244. Ménant, l. c. p. 241.
(14) Schrader, l. c. p. 228 seqq.
(15) Schrader, l. c. p. 105. Ménant, l. c. p. 243.
(16) Ménant, l. c.
(17) *Frag.* 7 ed. Müller.

(18) Oppert *Mémoires de l'academie d. inscript.* 1869, 518.

(19) Paturus ó Patrus es Patrusim, Pa-Hathor, i. e. Thébas, por consiguiente, el Egipto superior.

(20) Schrader, l. c. p. 212.

(21) Haigh, lengua egipcia, p. 71 seqq. Smith, *Assurbanipal*, p. 204 seqq.

(22) Segun el cómputo de Lepsius. Por el cánon de Africano de Bockh empezó á reinar Necao el dia 6 de Febrero del año 666 ántes de Cristo.

(23) Schrader, l. c. p. 210.

(24) Smith *Assurbanipal* p. 21.

(25) Smith, l. c. p. 41.

(26) Smith, l. c. p. 32.

(27) Smith, l. c. p. 55. 54. 56. 57.

(28) Nahum, 3, 8-10.

(29) Lepsius, *Abhandlung, Brl. Akad* (Disertacion leida en la Acad. de Berlin), 1854, p. 220 seqq.

(30) Rougé, *Revista arqueológica*, 1863, 2, 94 seqq. Cf. Ebers Aegypt. p. 230 seqq.

(31) Maspero, *Essai sur la stèle du songe*, Rev. arch. 1868, 17, 329 seqq.

(32) Ménant, l. c. p. 219.

(33) Smith, l. c. p. 58 seqq.

(34) Smith, l. c. p. 62. 63.

(35) Smith, l. c. p. 75.

(36) Smith, l. c. p. 95 seqq.

(37) Smith, l. c. p. 115. 96. 97.

(38) Smith, l. c. p. 151.

(39) Smith, l. c. p. 103. Ménant, *Annal.* p. 282.

(40) Smith, l. c. p. 107. 117.

(41) Smith, l. c. p. 120 seqq.

(42) Smith, l. c. p. 140. 146. Ménant, *Ann* p. 286.

(43) Smith, l. c. p. 133. 135. 142. 145.

(44) Segun todas las apariencias, fué tomada Babilonia.

648 años a. C., y la guerra contra Samul-sum-ukin duró por lo ménos tres años. Smith, l. c. p. 322.

(45) Smith, l. c. p. 171.

(46) Smith, l. c. p. 154. 155. 169. 201.

(47) Smith, l. c. p. 66.

(48) Smith, l. c. p. 163.

(49) Euseb. ed Mai p. 19. Ménant, l. c. p. 294.

(50) Smith, l. c. p. 199. Ménant, l. c. p. 288.

(51) Smith, l. c. p. 174. 191. 195. 197. 202.

(52) Ménant, l. c. p. 293. Smith, l. c. p. 165. 168.

(53) Smith, l. c. p. 178 seqq. 183. Ménant, l. c. p. 292. 293. Cf. Smith, l. c. p. 135.

(54) Smith, l. c. p. 213.

(55) Smith, l. c. p. 237. 241. 233. 304. Ménant, l. c. p. 291. Cf. Smith, l. c. página 306.

(56) Smith, l. c. p. 247.

(57) Smith, l. c. p. 263.

(58) Smith, l. c. p. 264.

(59) Smith, l. c. p. 270. 283. Ménant, l. c. p. 271.

(60) Smith, p. 283. Ménant, p. 271. 280. 293.

(61) Smith, l. c. p. 282.

(62) 2, 157.

(63) 1, 67.

(64) Véase el capítulo XII.

V.

(1) 31, 3-9.
(2) 3, 17. 18.
(3) 23, 6. 12.
(4) Cf. Schrader, *Z. D. M. G.* (*Gaceta de la Sociedad de Orientalistas alemanes*), 25, 449 seqq.
(5) Smith, *Assurbanipal*, p. 252.
(6) Isaías, 5, 26-29.
(7) Heródoto, 7 63.
(8) Isaías, 3, 33, Cf. Reyes, 2, 19, 32.
(9) Layard, *Ninive*, p. 378.
(10) 2, 9, 3, 16.
(11) Rawlinson, l. c. p. 254 seqq.
(12) Layard, *Ninive and its remains*, 2, 44.
(13) Jenofonte, *Anábasis*, 3, 3. 4.
(14) Schrader, l. c. p. 210.
(15) Smith, l. c. p. 312. 314.
(16) Smith, l. c. p. 318.
(17) Cuartos números 40 y 41 del plano de Layard.
(18) Lenormant, *Etudes Accadiennes*, 1, 3, p. 67 seqq. Schrader, l. c.
(19) Rawlinson, l. c. p. 16. 19. Layard Mon. pl. 69, n. 45. 47. 48.
(20) Ezequiel, 23, 14, 15.
(21) Layard, l. c. p. 327. 328.
(22) Schrader, *Höllenfahrt des Istar* (Viaje á los infiernos de la diosa Istar), p. 71 seqq.
(23) Schrader, l. c. p. 63 seqq.
(24) Layard, *Ninive*, p. 304.

VI.

(1) Heródoto 1, 95-106. 130.
(2) Iliada 13, 5. 6. Strabon, p. 300. 302.
(3) Heródoto, 2, 203. 7, 64.
(4) Heródoto, 4, 21. 57. 123. Cf. Estrabon, p. 496-498.
(8) Heródoto, 4, 18. 100. 106. 107, 125.
(9) Tsetzes Chil. 7, 144. 163.
(10) Prometeo, 285. 802.
(11) Estrabon, p. 311.
(12) Heródoto, 4, 114, 122.
(13) Heródoto, 4, 75. Hippocrates, *De aëre*, p. 92, ed. Coray. Estrabon, p. 307.
(14) Heródoto, 4, 2. 61. 63.
(15) Heródoto, 6, 84. Platon, *De legg.* p. 637. Hippocrat. *de morbis* 4, 13.
(16) Neumann, *Dic Hellenen im Skythenlande* (Los helenos en tierra de Scythas), p. 202.
(17) Heródoto, 4, 5.
(18) Heródoto, 4, 78, 80.
(19) Heródoto, 4, 69, 120.
(20) Heródoto, 4, 69.
(21) Heródoto, 4, 71. 78.
(22) Heródoto, 4, 68.
(23) Heródoto, 4, 71. 72.
(24) Heródoto, 2, 167.
(25) Curtius, 10, 1.
(26) Aelian. nat. anim., 2, 16. 9, 15.
(27) Heródoto, 4, 3. 70.
(28) Heródoto, 4, 64.
(29) Heródoto, 4, 66.
(30) Heródoto, 4, 64.
(31) Heródoto, 4, 65.
(32) Heródoto, 4, 73.

(33) Heródoto, 4, 127.
(34) Heródoto, 4, 59.
(35) Diodor. Sicul., 2. 43. Plin. h. n. 6, 19.
(36) Müllenhoff, l. c. p. 588.
(37) Müllenhoff, l. c. p. 555 seqq. 576.
(38) Heródoto, 1. 104. 4. 1. 4.
(39) Müllenhoff. l. c. p. 562.
(40) Heródoto. 1. 6. 15. 16.
(41) 1, 73. 74.—(42) 4, 1. 4.
(43) Ctesias V, *Frag.* 25-28. Nicol. *De Fragm.* 121 eq. Müller.
(44) Justino. 1. 1. 2. 5.
(45) Heródoto. 1. 103.
(46) Jeremías. 4. 13. 5. 15. 6. 22. 23.
(47) Jeremías. 4. 17. 20. 27. 6. 1. 2. 9. 26. 2. 14. 15. 4. 13.
(48) *Scythas ab Aegypto paludes prohibuere*, Justino. 2. 3.
(49) Heródoto. 1. 105.

VII.

(1) Schrader, l. c. p. 234.
(2) Heródoto, 1, 73. 74.
(3) Kiepert, l. c. p. 191.
(4) Syncell, p. 210.
(5) En armenio, Ardhag. Eusebio es la forma armenia.
(6) Athen. p. 530.
(7) Justino. 2, 5
(8) Nahum. 2. 13. 14. 3. 1 5. 12-15.
(9) 1, 8. 14. 2, 7-12 3, 7. 13.
(10) Sofonías, 2, 13 15.
(11) 1, 106.
(12) Anábasis, 3, 4.
(13) Nabucodonosor reinó en el país situado á orillas del Jaboras, como se deduce del hecho de haberse establecido los hebreos en las márgenes de dicho rio.
(14) Ezequiel, 31, 11 16. 32, 22, 23.
(15) Diodor. Sicul, 2, 32 34.
(16) Ctesias en Diodoro Sículo, 2, 23. Nicol. D. frag. 8, ed. Müller. Athenaeos p. 529.
(17) Nicol. Damasc. frag. 9. *ed* Müller. Athen. l. c. Diodoro Sículo 2, 24.
(18) Athenaeos, p. 528.
(19) Diod. Sicul, 2, 24 27
(20) Athen. p. 528.
(21) Diod Sicul. 1, 28.
(22) *De dea Syr.* c. 40.
(23) Aristoph. *Aves*. 1022.
(24) Diod. Sicul 2. 23.

VIII.

(1) Heródoto, 4, 1-4. 8. Justino, 2, 5. Polyaenos, 7, 44. 2.
(2) Smith Asurbanipal, p. 28
(3) Smith Asurbanipal, p. 31.
(4) Reyes, 2, 21, 3-16. 2, 23. 4-14. *Jeremías*. 2. 30 7. 31. 8, 2. 19. 15, 4. 19, 4. 5
(5) Reyes, 2, 22. 3-20. Deuteronomio, 31, 9-13.
(6) Deuteronomio, 4,
(7) 10. 14. 17.
(8) Deuteronomio, 5. 9. 4 15
(10) Deuteronomio, 31, 27.
(11) 28, 12.
(12) 28. 15. cf. 4, 27
(13) Deuteronomio, 30, 1 10.
(14) 4, 32-34.
(15) 7, 7, 8.
(16) 10, 14 15 4, 37.

(17) Deuteronomio, 30, 11-14
(18) 10, 16.
(19) 4, 29.
(20) 19, 9. 10, 12.
(21) 13, 3. 11, 1, cf. 6, 4-6.
(22) Deuteronomio, c. 12. 16, 16.
(23) 15, 19. 20. 14, 22-29. 26. 12-15.
(24) 12, 6. 11. 17. 14, 27 29.
(25) 18, 6-8.
(26) 20, 10 17.
(27) 7, 1 4.
(23) 2, Deuteronomio, 17 2-7.
(29) 13, 1 5.
(30) 13, 6 11.
(31) 13, 12 17 cf. Exodo, 22, 18. 20.
(32) Deuteronomio, 17, 14-20.
(33) 21, 5.
(34) 17, 8 12. 19, 17. 25, 13.
(35) 17, 4. 6. 19, 15.
(36) 19, 19.
(37) 16, 19, 27, 19.
(38) Deuteronomio, c. 15.
(39) Deuteronomio, 15, 6. 23, 20. 28, 12.
(40) 15, 7 11.
(41) Deuteron, 24, 6. 10-13. 17.
(44) Deuteron, 12, 12. 16, 11. 14. 15, 12-18.
(45) 24, 15.
(46) 24, 19 22.
(47) 27, 19.
(48) 27, 18. cf. Levítico, 19, 14.
(49) 22, 1-4.
(50) 21, 6.
(51) 20, 19. 20.
(52) 25, 4.
(53) Reyes, 2, 23, 4-25. Crónicas, 2, c. 34. 2, 35, 1-19. Jesús de Siraj, 49, 1, 2.
(54) p. e. *Jeremías*, 11, 1-8.

IX.

(1) El profeta vaticina durante el reinado de Josías (1, 1) y se muestra celoso impugnador de los ídolos en Judá y Jerusalem, donde no fué aceptada la reforma de Josías: la destruccion de Nínive era de esperar, segun 2, 13.
2) Heródoto, 2, 159.
3) La descripcion del *Libro II de las Crónicas*, 35, 20 seqq. es insostenible.
(4) Reyes, 2, 23, 30. Jeremías, 22, 10; Cf. De Wette Schrader *Einleitung* (Introduccion) p. 481. N. 6.
(5) Sobre los hijos de Josías: Johanam. Joacim. Sallum Joacas, Sedecías. *Crónicas*, 1, 3, 15, 16.
(6) Jeremías, c. 47. Kadytis en Heródoto, 2, 159 es Gaza; el vocablo parece formado á semejanza del egipcio *Kazatu*.
(7) Jeremías, 22, 10-19.
(8) 26, 12-14. 20-23.
(9) Jeremías, 2 23-
(10) 13, 23.
(11) 31, 31-35.
(12) 23, 5.
(13) Jeremías, 26, 1-5. 13.
(14) 7, 18.
(15) 7, 1-15. 8, 8, 26, 6.
(16) Miqueas, 3, 12.
(17) Josefo. Antigüedades, 10, 5. 1.
(18) Berosi *Frag.*, 14 ed. Müller.
(19) Jeremías, 46, 1-13. 15. 16. 17.
(20) 36, 6. 36, 1. 22.
(21) 25, 1-3.

(22) Jeremías, c. 25.
(23) Jeremías, c. 36.
(24) Beros. ap. Joseph., antiq. 10, 11. 2; contra Apionem, 1, 19.
(25) Jeremías, 25, 20-23. 49, 28-33.
(26) Habacuc, 1, 6-11.
(27) 3, 16.
(28) 1. 17. 2, 5-8.
(29) Jeremías, 49, 19.
(30) 49, 28-33.
(31) 49, 3.
(32) 48. 40. 46.
(33) 49. 23. 24.
(34) 49, 23.
(35) Reyes, 2, c. 24.
(36) Reyes, 2, 24, 1-10.
(37) Reyes, 2, 24, 10. 11.
(38) Jeremías, 22, 24-27.
(39) Reyes, 2, 24, 12.
(40) Ezequiel, 17, 13. Reyes, 2, 24, 13-17. *Crónicas*. 2. 36, 13. Jeremías, 39, 1-3, 52. 28.
(41) Jeremías, 28, 1-4
(42) 28, 12-17.
(43) C. 29, Cf. 24. 5 seqq.
(44) Jeremías, 20, 7. 8.
(45) 20, 9.
(46) 20, 14-18.
(47) 15, 15.
(48) 17, 16.
(49) 11, 19.
(50) 15-16-18.
(51) 12, 1.
(52) 12, 3.
(53) Jeremías, 18, 21-23.
(54) 1, 17-19. 15, 20. 21.
(55) 14, 11-16.
(56) 14, 20-22. 15, 1.
(57) 17, 1.
(58) Jeremías, 27, 1-12.
(59) Jeremías, 51, 59.
(60) Ezequiel, 32, 29. Mienta à Sidon entre los pueblos qus ántes del vigésimo año del reinado de Nabucodonosor, sucumbieron al empuje de las armas del rey. cf. 28, 21-26. Jeremías, 47, 4.
(61) Ezequiel. 17. 15. Josefo Antig., 10, 7, 3.
(62) Reyes, 2. 25, 1-3. 8. Jeremías, 34. 1-7. Ezequiel, 21. 1.
(63) Reyes, 2, 25, 1.
(64) Jeremías, 34, 7.
(65) Ezequiel, 21, 21. 22. 25. 26.
(66) Jeremías, 21, 1-10
(67) Jeremías, 37, 5.
(68) 37, 6, 10.
(69) Jeremías, 37, 11 21.
(70) Josefo Antig., 10, 7, 3. Ezequiel, 17, 17.
(71) Reyes. 2. 25, 1-3. Jeremías, 52, 4. 5. cf. Ezequiel, 4, 2. 17. 17. 21. 21.
(72) Jeremías, 33, 4.
(73) 38, 4. 37, 21-28. 28.
(74) Jeremías, 19, 19. Ezequiel, 4, 16. 17. 5. 11. 12. Trenos, 2, 20, 4, 9. 10. 2. 11. 12, 1. 13.
(75) Jeremías, 39, 3. 52, 6. 7. Reyes, 2, 25, 3. 4.
(76) En el cuarto mes del año undécimo del reinado de Sedecías, décimonono del gobierno de Nabucodonosor. cf. Ideler *Handbuch der* Cronologie. Manual de Cronologia, 1, 529. Ezequiel, c. 12.
(77) Jeremías, 39, 6. 7. 52, 11. Reyes, 2, 25, 7.
(78) Jeremías, 39, 6. 52, 10.
(79) Reyes, 2, 25, 13-17. Crónicas, 2, 36, 18.
(80) Jeremías, 52, 12-28.
(81) Jeremías, 40, 5 10.
(82) Trenos, 4. 12. 2, 7, 4, 1.
(83) 2, 14-18. 1, 12.
(84) Trenos, 5. 1 14.
(85) 4, 6.

(86) 1, 7. 21. 22.
(87) 5, 7. 21. 22.
(88) Jeremías, 39, 11, seqq. 40, 1-6.
(89) C. 41. 42. Reyes, 2, 25, 22-26.
(90) Jeremías, 24, 1. 8. c. 40-44. Ezequiel 1, 1-3, etc.

X.

SEGUNDO IMPERIO DE BABILONIA.—ÚLTIMOS FARAONES DE EGIPTO.

(1) Heródoto, 1, 178.
(2) Ezequiel, c. 26-28. La profecía comienza en el año undécimo despues del cautiverio de Joacin, luna primera, cuatro meses ántes de la toma de Jerusalem: dedúcese del vers. 7.°, cap. 26.°, que aún no habia empezado el sitio de Tiro, la cual debia ser destruida por haberse regocijado de la caida de Jerusalem. Declara luégo Ezequiel en el año 570, que los Caldeos no apoyarian á Tiro por el mal servicio que ésta les habia hecho; vers. 17, cap. 29. De donde se deduce que el sitio de Tiro, cuya duracion fué, segun Josefo, de 13 años, verificóse por los años de 586-570; dato que confirman las declaraciones de Josefo (c. Ap. 1, 21. *Antig.* 10, 11, 1), tomadas de los Anales fenicios, segun los cuales subió Ciro al trono en el año décimocuarto del reinado de Hiram, soberano de Tiro. Antes de Hiram reinó cuatro años Merbaal, y á éste precedieron en el mando por espacio de seis años los Jueces Mutton y Guerastrat y el rey Balator. El Sumo Pontífice Abbar reinó tres meses, los Jueces Ecnibal y Jelbes gobernaron por espacio de un año. El reinado de Baal duró diez años, y ántes gobernó Itobal, bajo cuyo mando sufrió Tiro un sitio de trece años. La dominacion de Ciro comienza indudablemente en el año 538 (a. C.) cuando la toma de Babilonia y la ocupacion por los persas del territorio de los Caldeos. Agréguese á esto las declaraciones de Josefo, y tendremos que el sitio de Tiro, interrumpido en el año 573, comenzó de nuevo en el año 586 inmediatamente despues de la toma de Jerusalem. Dice Josefo por vía de ampliacion que el sitio de Tiro empezó en el año sétimo del reinado de Nabucodonosor (597); pero esto parece estar en contradiccion manifiesta con los detalles que dá sobre el particular. Puédese, por tanto, leer con Niebuhr (*Assur und Babel*, Asiria y Babilonia, p. 107) año décimo sétimo del reinado de Nabucodonosor, en vez de sétimo solamente.
(3) Ezequiel, 26, 8. 9. 10.

(4) 26, 14.

(5) De las afirmaciones de Beroso sacamos en consecuencia que Tiro y Fenicia se sometieron á Nabucodonosor. Josefo (*contra Apionem*, t. 21), cuenta que Merbaal é Hiram, reyes de Tiro, dependian de Babilonia, y que al finalizar el sitio acabó el reinado de Itobal, y empezó el de Baal. Parece, pues, que Itobal fué depuesto y su familia desterrada á Babilonia. A semejanza de los Asirios, acostumbraban los babilonios á declarar cautivos á los reyes vencidos, como se ve por lo sucedido á Jeconías, y declara el texto del Libro de los Reyes, 2, 25, 28.

(6) No es admisible la afirmacion de Niebuler con respecto á que el segundo imperio de Babilonia fué desde un principio dependencia de los Medas. Si Nabopalasar hubiera sido gobernador en vez de rey, para nada habria necesitado acabar con los Asirios. Por otra parte, las fortalezas mandadas construir por Nabucodonosor contra los Medas, y las medidas esenciales qne adoptó durante su reinado, bastan para demostrar que Babilonia era un reino independiente, porque es imposible que los Medas hubieran consentido á un sátrapa levantar fuertes contra su soberanía.

(7) Heródoto, 1, 185. Arriano, *Anábasis*, 7, 21. Polybio, 9, 43. Strabon, p. 751. Ammiano Marcelino, 23, 6. Ptolomeo, 5, 20.

(8) Abyden. *fragm.* 8, 9 ed. Müller. Ptolomeo, (5, 17), designa el sitio del *basileios pótamos*. Del texto de Eusebio (*Chron.*, p. 55, ed. *Auch.*). *Armacalen fluvium ex Euphrate derivavit*, se deduce que Nabucodonosor mandó construir el Nahr Malka. Cf. *Praep. evangel.* 9, 41. Armacal deberá significar lo mismo que Nahr Malka; cf. Plinio, 6, 26 (30). Acerca del sitio de Nahr Malka vid. Jenofonte Anábasis, 2, 4. Ammiano Marcelino, 24, 6, y sobre la construccion de barcos. Heródoto, 1, 193.

(9) Euseb. *chron.* ed. *Auch.* p. 55. *Praep. evang.* 9, 41. Diodoro Sículo (2, 9) atribuye á Semíramis la contruccion de este canal y las demás obras públicas de Babilonia, ménos la de los jardines colgantes, sobre los cuales está mejor enteredado. Heródoto atribuye á la reina Nitocris la construccion de los diques y el puente del Eufrates: 1, 184-188. Pero sabemos muy bien que desde Nabopolasar hasta la caida del imperio, no reinó en Babilonia ninguna mujer. Conviene no olvidar que Heródoto está mal informado en lo tocante al imperio de Babilonia, y refiere toda historia á Nilocris y Labyneto; y pues el escritor griego llama á Nabopolasar unas veces Sabyneto y otras Naboneto, tal vez

Nitocris sea Amyite, hija de Ciaxares, esposa de Nabucodonosor; porque dadas las expresas afirmaciones de Beroso, recogidas por Josefo y Eusebio, no merecen crédito las noticias de Horódoto, el cual está más en lo cierto al afirmar en contra de Be roso y de Diodoro Sículo, que la cuenca tenia 420 estádios de extension.

(10) Arderica es idéntica á Idicara de que habla Ptolomeo y está situada más allá de Sippara á orillas del Eufrates. Ptolomeo, 5, 17. 19.

(11) Euseb. *Chron.*, p. 56 ed. *Auch. Praep. evang.*, 9, 41. Dionisio Periégeta. 982. Ptolomeo., 5, 19. Movers (*Fenicios.*, 2, 3, 308) dá una idea diferente de la situacion de Guerrha, ciudad que servia de depósito de los aromas de Arabia.

(12) Isaías, 43, 14. Esquilo, Persas 52-55. Aniano, Ind. 32. Estrabon., p. 766.

(13) Estrabon, l. c. Diodoro Sículo 17. 112.

(14) Movers, Fenicios, 2, 3, 306.

(15) Plinio, hist. nat. 6, 26.

(16) Jenofonte, Anal., 2, 4. cf. Josefo, c. Apion, 1, 20. cf. Grote, hist. de Grecia, 9, 89.

(17) Beroso, *Fragm.* 14 ed. Müller.

(18) Heródoto, 1, 185. cf. Aniano, Anab. 7, 25.

(19) Oppert, Expedicion á Mesopotamia, 1, 151 seqq.

(20) Política, 3, 1, 12.

(21) Diodoro Sículo, 2, 8.

(22) Jeremías, 51, 53, 58.

(23) Beroso, *Fragm.*, 14. ed. Müller. Abyd. *Fragm.* 8. 9. ed. Müller.

(24) Beroso, l. c.

(25) Mariette *Athen. Franc.* Oct. 1855, p. 86: *Revista arquelógica* 1865, 12, 179.

(26) Tocante á los predecesores de Sisac, vid. Brugsch, Historia de Egipto, p. 219.

(27) Brugsch, l. c. p. 222.

(28) La sílaba final *ca* en Sabaca y Sabataca, opina Brugsch que es el artículo; de donde vino que los hebreos pronunciaran Seveh y los Asirios Sabhi el nombre de Saba.

(29) Heródoto, 2, 177. Segun Diodoro Sículo tenia Egipto en los primitivos tiempos 18.000 municipios, y 36.000 bajo la dominacion de los Ptolomeos. Teócrito (Idilio, 17, 83), dice que en Egito habia 36.600 municipalidades.

FIN DE LAS NOTAS.

INDICE

LIBRO TERCERO.

FUNDACION DEL IMPERIO ASIRIO Y DE LAS CIUDADES Y VILLAS SIRIACAS.

LIBRO CUARTO.

APOGEO Y DECADENCIA DE ASIRIA.

RESTABLECIMIENTO DE BABILONIA Y EGIPTO.

FIN DEL ÍNDICE.